

**DEAN
KOONTZ**



**LA HABITACIÓN
DE LOS
SUSURROS**

RBA

DEAN
KOONTZ

LA HABITACIÓN
DE LOS
SUSURROS

Traducción de
JUAN PASCUAL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

RBA

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o están usados de manera ficticia, así que cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, establecimientos comerciales, sucesos o lugares, es fortuito.

Título original inglés: *The Whispering Room*.

Autor: Dean Koontz.

© Dean Koontz, 2017.

© de la traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2020.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2020.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona

rbalibros.com

Primera edición: febrero de 2020.

REF.: ODBO664

ISBN: 9788491876243

AURA DIGIT • COMPOSICIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

ESTE LIBRO ESTÁ DEDICADO A RICHARD HELLER: UNA ROCA FIRME EN TIEMPOS TURBULENTOS, MI AMIGO, ABOGADO Y SABIO CONSEJERO DURANTE CASI TREINTA AÑOS, QUIEN SABE QUE EL ORO MÁS VALIOSO TIENE CUATRO PATAS.

No parecen seguir ninguna clase de reglas en concreto; al menos, si las hay, nadie las cumple.

LEWIS CARROLL,
Alicia en el país de las maravillas

[En la colmena] las abejas no trabajan si no están a oscuras; el pensamiento no funciona a menos que esté en silencio; tampoco funcionará la virtud si no es en secreto.

THOMAS CARLYLE,
Sartor Resartus

CONTENIDO

PRIMERA PARTE: A LA MANERA DE HAWK

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28

29
30
31
32
33
34
35
36
37

SEGUNDA PARTE: VIRUS POLIMÓRFICO

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32

TERCERA PARTE: VIAJE POR CARRETERA

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16

CUARTA PARTE: IRON FURNACE

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12

- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29

QUINTA PARTE: ENCONTRAR A JANE

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18

- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30

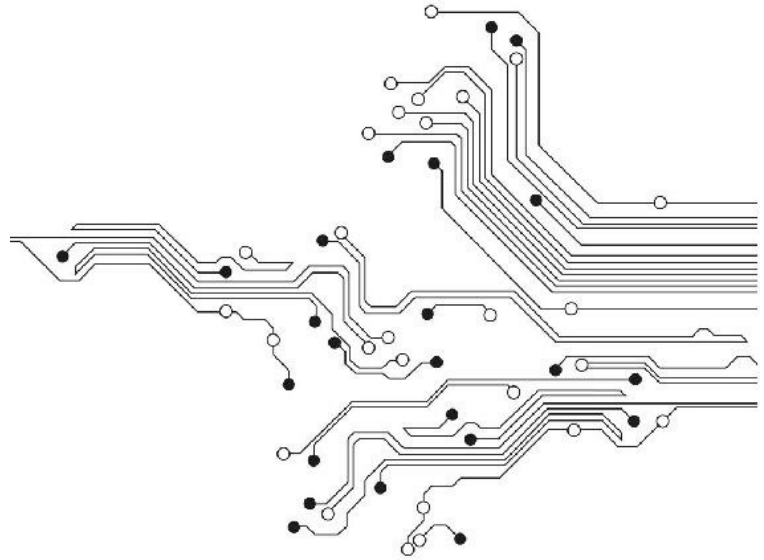
SEXTA PARTE: LA NOVENA PLANTA

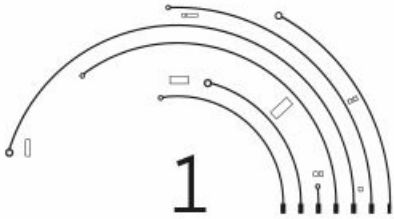
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37

PRIMERA PARTE

A LA MANERA DE HAWK





Cora Gundersun caminó a través de un fuego abrasador sin quemarse y sin que su vestido blanco prendiera. No tenía miedo, antes bien se sentía emocionada, y las muchas personas admiradas que presenciaban aquel espectáculo estaban boquiabiertas de pasmo, mientras que en sus expresiones de asombro parpadeaban los reflejos de las llamas. La llamaron por su nombre pero no con voces de alarma, sino con fascinación, con una nota de veneración incluso, por lo que Cora se sintió emocionada y humilde a partes iguales por que la hubieran convertido en alguien invulnerable.

Dixie, una perra salchicha dorada de pelo largo, despertó a Cora lamiéndole la mano. La perra no sentía respeto alguno por los sueños, ni siquiera por el que su dueña había disfrutado durante tres noches seguidas y del que le había hablado a Dixie con vívidos detalles. Ya había amanecido, era la hora del desayuno y del aseo matutino, para Dixie mucho más importante que cualquier simple sueño.

Cora tenía cuarenta años y un aspecto pajaril y vivaz. Mientras la pequeña perra bajaba el conjunto de escalones portátiles que le permitían subir y bajar de la cama, Cora se levantó para enfrentarse al día. Se puso unas botas que le llegaban al tobillo con reborde de piel que ella utilizaba como zapatillas de invierno, y en pijama siguió a la *dachshund* que trotaba por la casa.

Justo antes de entrar en la cocina, se le ocurrió la idea de que un desconocido estaría sentado a la mesita de la estancia y que algo terrible sucedería.

Por supuesto, ningún hombre la esperaba. Nunca había sido una mujer asustadiza. Se reprendió a sí misma por haberse sobresaltado sin motivo, sin ninguno en absoluto.

La cola dorada y plumosa de la perra barrió el suelo con impaciencia mientras Cora le ponía agua fresca y pienso.

Para cuando tuvo preparada y encendida la cafetera, Dixie ya había terminado de comer. Parada delante de la puerta trasera, la perra ladró con educación, solo una vez.

Cora cogió un abrigo de un perchero de la pared y se encogió de hombros.

—A ver si puedes vaciarte tan rápido como te llenas. Hace más frío ahí fuera que en el sótano del Hades, querida, así que no te entretengas.

Mientras abandonaba el calor de la casa camino del porche, el aliento le brotó como si un puñado de fantasmas que le poseían el cuerpo desde hacía tiempo hubiera sido expulsado

mediante un exorcismo. Se quedó en la parte de arriba de los escalones para vigilar a la preciosa Dixie Belle, por si acaso todavía quedara algún mapache malhumorado por allí después de una noche en busca de comida.

Más de un palmo de nieve de finales de invierno había caído la mañana anterior. Al no haber soplado el viento, los pinos todavía cargaban estolas de armiño en cada rama. Cora había excavado un claro en el patio trasero para que Dixie no tuviera que rebuscar en la nieve profunda.

Los perros salchicha tienen un olfato muy agudo. Sin hacer caso de la súplica de su ama de que no perdiera el tiempo, Dixie Belle vagó de un lado para otro en el claro, con la nariz pegada al suelo, llena de curiosidad por averiguar qué clase de animales las habían visitado durante la noche.

Miércoles. Día de escuela.

Aunque Cora llevara fuera del trabajo desde hacía dos semanas, todavía sentía que debía darse prisa para ir a la escuela. Dos años antes, la habían nombrado «maestra del año en Minnesota». Quería mucho —y echaba de menos— a sus niños de sexto curso de primaria.

Las migrañas, que comenzaban de repente y que duraban entre cinco y seis horas, a veces acompañadas por malos olores que solo ella podía percibir, la habían inhabilitado. Los dolores de cabeza parecían responder lentamente a los medicamentos: zolmitriptán y un relajante muscular llamado Soma. Cora nunca había sido una persona enfermiza, y quedarse en casa la aburría mucho.

Dixie Belle finalmente orinó y dejó dos excrementos pequeños, que Cora recogería con una bolsa de plástico más tarde, cuando ya estuvieran congelados.

Cuando siguió a la *dachshund* al interior de la casa, vio que había un desconocido sentado a la mesa de la cocina, tomando un café que se había servido con todo el descaro. Llevaba puesto un gorro de lana. Se había desabrochado la chaqueta, también forrada de lana. Tenía un rostro alargado y unos rasgos afilados, y su mirada fría y azul era directa.

El intruso habló antes de que Cora pudiera gritar o darse la vuelta para huir.

—Juega al mensajero del miedo conmigo.

—Sí, vale —respondió, porque ya no parecía ser una amenaza. Después de todo, lo conocía. Era un tipo agradable. Él la había visitado al menos dos veces la semana anterior. Era un hombre muy agradable.

—Quítate el abrigo y cuélgalo. —Ella hizo lo que le pidió—. Ven aquí, Cora. Siéntate.

Sacó una silla y se sentó a la mesa. A pesar de mostrarse amistosa con todo el mundo, Dixie se retiró a un rincón y se acomodó allí para observarlo todo recelosa desde un ojo claro y otro castaño.

—¿Soñaste anoche? —le preguntó el hombre agradable.

—Sí.

—¿Fue el sueño del fuego?

—Sí.

—¿Fue un buen sueño, Cora?

Ella sonrió y asintió.

—Fue maravilloso, un paseo maravilloso a través de un fuego relajante, sin miedo en absoluto.

—Tendrás el mismo sueño otra vez esta noche.

Ella sonrió y palmeó dos veces en señal de regocijo.

—Oh, bien. Es un sueño tan maravilloso... Algo así como uno que tenía a veces de niña: el sueño de volar como un pájaro. Volar sin miedo a caer.

—Mañana es el gran día, Cora.

—¿De verdad? ¿Qué está pasando?

—Lo sabrás cuando te levantes por la mañana. No volveré más. Incluso con lo importante que es esto, no necesitas ninguna orientación práctica.

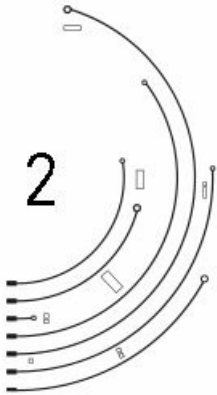
Se terminó el café, deslizó la taza hasta situarla delante de ella, se puso de pie y colocó su silla debajo de la mesa.

—*Auf Wiedersehen*, estúpida zorra flacucha.

—Adiós —respondió ella.

Una serie de luces diminutas que centelleaban y zigzagueaban aparecieron de repente en su visión, un aura que precedía una migraña. Cerró los ojos, temiendo el dolor que estaba por llegar. Pero el aura pasó. El dolor de cabeza no se produjo.

Cuando abrió los ojos, tenía la taza vacía sobre la mesa, delante de ella, con un residuo de café en el fondo. Se levantó para servirse otra.



Un domingo de marzo por la tarde, en defensa propia y con gran angustia, Jane Hawk había matado a un querido amigo y maestro.

Tres días después, un miércoles, cuando la noche estaba tan repleta de estrellas relucientes que ni siquiera el enorme despliegue de luces en el valle de San Gabriel, al noreste de Los Ángeles, podía aclarar completamente el cielo, la mujer llegó a pie a una casa que había explorado antes en coche. Llevaba consigo una bolsa grande llena de contenido incriminatorio. En la pistolera de hombro que llevaba debajo de la chaqueta deportiva colgaba una pistola Colt.45 ACP robada, modificada en una de las mejores tiendas de armas personalizadas del país.

El barrio residencial parecía tranquilo en medio de esa época caótica, silencioso en un tiempo caracterizado por el clamor. Los árboles pimenteros de California susurraban y las frondas de las palmeras crujían suavemente en una fragante brisa de jazmines. La brisa también estaba cargada por el mal olor de la descomposición que surgía de un desagüe del canal y también por otro, tal vez procedente de los cuerpos de las ratas envenenadas que habían huido de la luz del sol para morir en la oscuridad.

El cartel de EN VENTA en el patio delantero de la casa, el estado del césped al que le hacía falta una buena siega, el candado de seguridad fijado en el pomo de la puerta delantera y colocado por alguna inmobiliaria y las cortinas echadas indicaban que el lugar debía de estar vacío. Lo más probable fuera que el sistema de seguridad no estuviera activado, porque no quedaba nada en la casa que se pudiera robar y porque una alarma habría complicado la tarea de mostrar la propiedad a los posibles compradores.

El patio que había en la parte posterior de la casa carecía de muebles. El agua oscura que ondulaba en la piscina desprendía un leve olor a cloro, y era un espejo para la luna menguante.

Un murete de separación estucado y unos ficus ocultaban la parte posterior de la casa a los vecinos. Ni siquiera a la luz del día la habrían visto. Jane abrió la cerradura de la puerta de atrás con una pistola de ganzúas LockAid comprada en el mercado negro y que se vendía legalmente solo a las agencias policiales. Volvió a meter el dispositivo en la bolsa, abrió la puerta y se quedó escuchando a medio entrar la cocina sin luz, las habitaciones que había más allá.

Convencida de que su evaluación de la casa había sido la correcta, cruzó el umbral, cerró la puerta tras de sí y volvió a echar el cerrojo. De la bolsa sacó una linterna LED con dos configuraciones: la encendió en el haz más tenue y examinó una cocina elegante con armarios blancos brillantes, encimeras de granito negro y electrodomésticos de acero inoxidable. No había utensilios de cocina a la vista. Tampoco vajilla de porcelana china de diseño a la espera de ser admirada en los estantes de esos pocos armarios superiores que tenían puertas transparentes.

Atravesó habitaciones espaciosas tan oscuras como ataúdes cerrados y sin muebles. Aunque las cortinas cubrieran las ventanas, mantuvo la linterna en la luz de corto alcance, dirigiéndola solo hacia el suelo.

Se quedó cerca de la pared, donde era menos probable que crujieran los peldaños de la escalera, pero aun así anunciaron su llegada mientras ascendía.

Aunque lo que le interesara fuera la parte delantera de la casa, recorrió todo el segundo piso para asegurarse de que estaba a solas. Era una casa de clase media alta en un vecindario deseable, con un baño privado en cada habitación, aunque la frialdad de sus estancias vacías hizo que Jane tuviera el presentimiento de que se trataba de una zona urbana en declive y en decadencia social.

O, tal vez, no fueran las habitaciones oscuras y frías lo que fomentara esa aprensión. De hecho, la embargaba un presentimiento persistente desde hacía casi una semana, desde que se había enterado de lo que estaban planeando algunas de las personas más poderosas en este nuevo mundo lleno de maravillas tecnológicas para sus conciudadanos.

Dejó la bolsa de mano junto a una ventana en un dormitorio delantero, apagó la linterna y abrió las cortinas. No observó la casa que estaba justo enfrente de la calle, sino la que estaba al lado: un buen ejemplo de arquitectura de estilo Craftsman.

Lawrence Hannafin vivía en esa dirección, y era viudo desde marzo del año anterior. No había llegado a tener hijos con su difunta esposa. Aunque solo tuviera cuarenta y ocho años, veintiuno más que Jane, era probable que Hannafin estuviera solo.

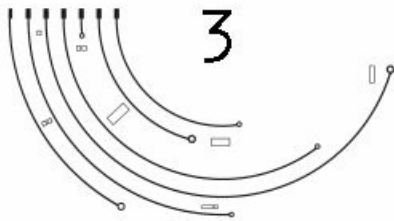
Ella no sabía aún si lo podía considerar un posible aliado. Lo más probable fuera que se tratara de un cobarde sin convicciones, alguien que rehuiría el desafío que ella tenía la intención de plantearle. La cobardía era la actitud por defecto de los tiempos en los que vivían.

Esperaba que Hannafin no se convirtiera en un enemigo.

Durante siete años, ella había sido agente del FBI en el Grupo de Respuesta a Incidentes Críticos, siendo asignada con mayor frecuencia a casos relacionados con las Unidades de Análisis

de Comportamiento 3 y 4, las cuales se ocupaban de los asesinatos en masa y los asesinatos en serie, entre otros delitos. Solo había matado en dos ocasiones en ese puesto, en una situación desesperada en una granja que se encontraba aislada. La semana anterior, mientras no estaba de servicio en el FBI, había matado a tres hombres en defensa propia. Se había convertido en una agente fugitiva, y ya estaba harta de tener que matar a gente.

Si Lawrence Hannafin no poseía el coraje y la integridad que su reputación sugería, Jane esperaba que al menos la rechazara sin intentar llevarla ante la justicia. No habría justicia para ella. No habría abogado defensor. Ni juicio por jurado. Teniendo en cuenta lo que sabía sobre ciertas personas poderosas, lo mejor que podía esperar era recibir un balazo en la cabeza. Ellos tenían los medios para hacerle algo mucho peor: la capacidad de romperla, de borrarle todos los recuerdos, de robarle el libre albedrío y reducirla a la esclavitud más dócil.



Jane se quitó la chaqueta deportiva y la pistolera de hombro y durmió, aunque no demasiado bien, en el suelo, con la pistola a mano. Como almohada, usó el cojín de una silla que había junto a la ventana al final del pasillo del segundo piso, pero no tenía nada que pudiera utilizar como manta.

El mundo de sus sueños era un reino de sombras cambiantes y de media luz plateada sin una procedencia concreta, a través del cual huía de maniqués malévolos que en el pasado habían sido como ella, pero que ahora eran tan incansables como robots programados para la caza, con los ojos desprovistos de todo sentimiento.

La alarma del reloj de pulsera la despertó una hora antes del amanecer.

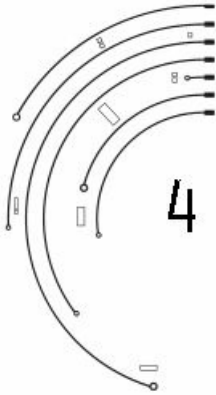
Sus limitados artículos de tocador incluían pasta de dientes y un cepillo. En el baño, con la linterna tenue puesta en un rincón del suelo, con la cara convertida en una máscara de expresión atormentada en el espejo oscuro, se lavó el sabor del miedo de aquellos sueños.

Abrió unos centímetros las cortinas de la ventana de la habitación y observó la casa de Hannafin a través de unos pequeños binoculares de gran potencia mientras su aliento cargado de menta humedecía brevemente el cristal de la ventana.

De acuerdo con su página de Facebook, Lawrence Hannafin corría una hora cada mañana al amanecer. Una habitación del segundo piso se iluminó y, minutos más tarde, se encendió una luz suave en el vestíbulo de la planta baja. Con una diadema para combatir el sudor de la cabeza, pantalones cortos y zapatillas de correr, salió por la puerta principal cuando el cielo del este enrojecía con las primeras luces rosadas del día.

Jane observó con los binoculares cómo echaba la llave y luego la guardaba en un bolsillo de los pantalones cortos.

Lo había observado desde su coche el día anterior. Había corrido tres manzanas en dirección al sur, luego había girado hacia el este en un vecindario con terrenos para caballos, donde había seguido los senderos para cabalgar que recorrían las colinas sin urbanizar llenas de maleza y de hierbas silvestres. Había estado fuera sesenta y siete minutos. Jane solo necesitaba una pequeña parte de ese tiempo para hacer lo que debía hacer.



Otra mañana típica de Minnesota. Una losa de cielo de color gris como una capa de hielo sucio. Copos de nieve dispersos en el aire en calma, como si se hubieran escapado entre los dientes apretados de una tormenta reticente a soltarse.

Vestida con su pijama y sus botines de piel, Cora Gundersun preparó un desayuno a base de tostadas con mantequilla espolvoreadas con queso parmesano, huevos revueltos y el tocino de Nueske, el mejor del mundo, que se sirvió bien frito, crujiente y sabroso.

Una vez sentada a la mesa, leyó el periódico mientras comía. De vez en cuando, partía un trozo de tocino para dárselo a Dixie Belle, que esperaba pacientemente junto a su silla y recibía cada golosina con deleite y gratitud.

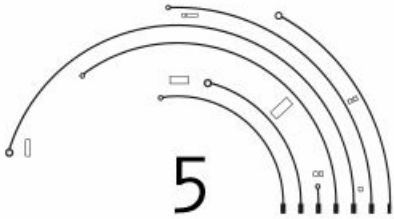
Cora había soñado de nuevo que caminaba sin sufrir daño alguno a través de un fuego abrasador mientras los espectadores se maravillaban de su invulnerabilidad. El sueño la animó y se sintió purificada, como si las llamas hubieran sido el fuego amoroso de Dios.

No había padecido una migraña desde hacía más de cuarenta y ocho horas, lo que suponía el alivio más prolongado a su sufrimiento de que había disfrutado desde que comenzaron los dolores de cabeza. Se atrevió a esperar que su inexplicable aflicción hubiera llegado a su fin.

Con varias horas por delante antes de que necesitara ducharse, vestirse y conducir hasta el pueblo para hacer lo que debía, aún en la mesa de la cocina, abrió el diario que llevaba desde hacía algunas semanas. Su escritura era casi tan limpia como la producida por una máquina, y las líneas de cursiva fluían sin interrupción.

Una hora después, dejó el bolígrafo, cerró el diario y se puso a freír más tocino de Nueske, por si esa resultaba la última ocasión que tendría para comerlo. Fue una idea muy peculiar. Nueske producía tocino fino desde hacía décadas, y Cora no tenía ninguna razón para suponer que fueran a cerrar el negocio. La economía era mala, sí, y muchas empresas se habían retirado, pero Nueske

era para siempre. Sin embargo, comió el tocino con tomates cortados en rodajas y más tostadas con mantequilla, y de nuevo lo compartió con Dixie Belle.



Jane no cruzó la calle directamente de la casa vacía a la casa de Hannafin. Caminó hasta el final de la manzana con la bolsa de mano, y luego media manzana más antes de cruzar la calle y acercarse a la residencia desde el norte, lo que redujo de forma considerable la posibilidad de que alguien mirara por una ventana el tiempo suficiente para reconocer tanto de dónde había venido ella como adónde iba.

En la casa de estilo Craftsman, los escalones de piedra tallada bordeados con ladrillos conducían hasta un ancho porche, y en ambos extremos de este, las glicinias de color carmesí en primera floración bajaban en cascada sobre los paneles de celosía, lo que proporcionaba una buena privacidad para poder cometer el allanamiento.

Tocó el timbre tres veces. No hubo ninguna respuesta.

Insertó la lámina delgada y flexible de la pistola LockAid en la ranura del cerrojo y apretó el gatillo cuatro veces antes de que todos los tambores de clavijas quedaran alineados.

Una vez dentro, antes de cerrar la puerta a su espalda, le habló al silencio.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Cuando solo el propio silencio le respondió, se adentró.

Los muebles y la arquitectura combinaban entre sí de modo elegante. Había chimeneas de piedra de pizarra con revestimientos cerámicos. Los muebles eran de estilo Stickley con telas de algodón estampadas en tonos tierra. Las lámparas también eran de estilo Arts and Crafts, iluminación de artesanía. Vio alfombras persas.

El vecindario deseable, la casa grande y el diseño interior no favorecían su esperanza de que Hannafin fuera un periodista limpio. Se trataba de un periodista con puesto fijo, y en esos días, cuando los periódicos, en su mayoría, eran tan delgados como los adolescentes anoréxicos y desaparecían de forma constante, los periodistas de plantilla, incluso aquellos que trabajaban para un importante diario de Los Ángeles, no recibían grandes salarios. El dinero en cantidades realmente grandes se lo llevaban los periodistas de televisión, la mayoría de los cuales no eran por ello más periodistas que si fueran astronautas.

Hannafin, sin embargo, había escrito media docena de libros de no ficción, y tres de ellos habían pasado varias semanas en el tercio inferior de la lista de los más vendidos. Habían sido

obras serias, bien escritas. Quizás hubiera elegido invertir el dinero de los derechos de autor en su casa.

El día anterior, tras usar uno de los ordenadores públicos de una biblioteca en Pasadena, Jane había pirateado con facilidad el proveedor de telecomunicaciones de Hannafin y había descubierto que no solo utilizaba un teléfono móvil, sino también un teléfono fijo, de modo que lo que estaba a punto de hacer era aún más fácil de realizar. Había podido acceder al sistema de la compañía telefónica porque conocía una puerta trasera creada por un superfriki informático del FBI, Vikram Rang.

Vikram era amable y divertido, y cruzaba las líneas legales cuando el director o un poder superior del Departamento de Justicia le ordenaban hacerlo. Antes de que Jane se fuera de permiso, Vikram se había enamorado inocentemente de ella, aunque por entonces ella estuviera casada y tan lejos de las posibilidades de ese juego que bien podría haber estado en la Luna. Era una agente que cumplía estrictamente el reglamento, de modo que nunca había recurrido a métodos ilegales, pero había sentido curiosidad por lo que podría estar haciendo el círculo interno corrupto en el Departamento de Justicia, y le había dejado a Vikram que se vanagloriara de sus habilidades cada vez que había querido impresionarla.

Al pensar en ello, ahora le parecía como si hubiera intuido que su buena vida se volvería amarga, que acabaría desesperada y huyendo, y que iba a necesitar todos los trucos que Vikram pudiera mostrarle.

Según los registros de la compañía telefónica, además de un teléfono instalado en la pared de la cocina, había tres modelos de escritorio en la casa de Hannafin: uno en el dormitorio principal, otro en la sala de estar y el tercero en el estudio. Ella comenzó por la cocina y terminó en el dormitorio principal, retirando la parte inferior de cada caja del teléfono con un destornillador Phillips pequeño. Conectó un chip de dos funciones que podía activarse remotamente para servir bien como un transmisor infinito, bien como una toma de línea estándar; instaló una derivación inalámbrica y cerró la carcasa. Solo necesitó diecinueve minutos para completar toda aquella tarea.

Si el gran vestidor que había en el dormitorio principal no le hubiera servido para sus planes, habría encontrado otro armario. Pero este le iba bien. Una puerta con bisagras, no una corredera. Aunque en esos momentos no estuviera cerrada con llave, la puerta mostraba una cerradura, tal vez por contener una pequeña caja fuerte de pared escondida allí o tal vez porque la difunta señora Hannafin había tenido en su poder una colección de joyas valiosas. Era una cerradura ciega desde el interior del armario, sin un cerrojo operable en ese lado. Un taburete le permitió llegar a los estantes más altos con facilidad.

Hannafin tenía mucha ropa con etiquetas elegantes: trajes Brunello Cucinelli, una colección de corbatas Charvet, cajones con jerséis de St. Croix. Jane escondió un martillo entre unos jerséis y

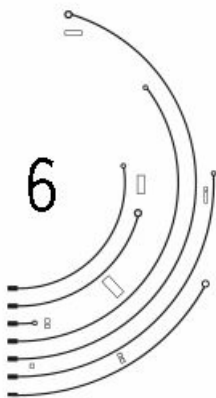
un destornillador en el bolsillo interior de un traje azul a rayas.

Pasó otros diez minutos abriendo cajones en varias habitaciones, sin buscar nada específico, solo haciéndose una idea acerca del hombre.

Si salía de la casa por la puerta principal, el pestillo encajaría en su lugar, pero la cerradura no quedaría echada. Cuando Hannafin regresara y descubriera que la cerradura no estaba echada, sabría que alguien había estado allí en su ausencia.

En lugar de eso, salió por la puerta de un lavadero que conectaba la casa con el garaje y dejó la cerradura sin echar, pues allí era más probable que pensara que no había cerrado con llave.

La puerta lateral del garaje no tenía cerrojo. El simple cierre de pestillo la aseguró cuando ella salió y la cerró tras de sí.



De nuevo en la desierta casa en venta, cuando ya el sol de la mañana cubría el edificio, Jane encendió las luces del baño principal.

Como a veces le pasaba últimamente, la cara en el espejo no reflejó lo que ella esperaba. Después de todo lo ocurrido a lo largo de los cuatro meses anteriores, se sentía agobiada y desgastada por el miedo, el dolor, la preocupación. A pesar de tener el cabello más corto y de llevarlo teñido de castaño rojizo, el reflejo le devolvió un aspecto muy parecido a como era antes de que aquello comenzara: una persona de veintisiete años de aire juvenil y mirada clara. Era horrible que su marido hubiera muerto, que su único hijo estuviera en peligro y escondido, y sin embargo no se podía leer en su rostro ni en sus ojos ningún testimonio de pérdida y ansiedad.

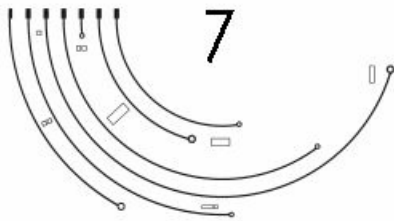
Entre otras cosas, la bolsa grande contenía una peluca rubia larga. Se la colocó en la cabeza y la aseguró, la cepilló y usó una gomilla azul de pelo para hacerse una coleta. Se puso también una gorra de béisbol que no llevaba ningún logotipo o eslogan. Vestida con pantalones vaqueros, un jersey y un abrigo deportivo para ocultar la pistolera de hombro y el arma, pasaba desapercibida, excepto por el hecho de que durante los días anteriores los medios informativos se habían asegurado de que su rostro fuera tan familiar para el público como el de cualquier estrella de televisión.

Podría haberse esforzado en disfrazarse mejor, pero quería que Lawrence Hannafin no tuviera ninguna duda sobre su identidad.

Esperó tras la ventana del dormitorio principal. Según su reloj, el corredor regresaba sesenta y dos minutos después de comenzar su ejercicio matutino.

Debido a su fama por los libros más vendidos y el público lector que tenía gracias al periódico, gozaba de la libertad de trabajar de vez en cuando en casa. Sin embargo, acalorado y sudoroso

como estaba, probablemente decidiera ducharse más pronto que tarde. Jane esperó diez minutos antes de ir a visitarlo.



Hannafin lleva viudo un año, pero todavía no se ha acomodado completamente a estar solo. A menudo, cuando regresa a casa, como ahora, llama por costumbre a Sakura. En el silencio que obtiene por respuesta, se queda inmóvil, afectado por su ausencia.

A veces, él mismo se pregunta, irracionalmente, si, de hecho, está muerta. Cuando ocurrió su crisis médica, él se hallaba fuera del estado con motivo de un reportaje. Incapaz de soportar verla muerta, autorizó la cremación. Como consecuencia, de vez en cuando se vuelve con la repentina convicción de que está detrás de él, viva y sonriendo.

Sakura. En japonés, el nombre significa «flor de cerezo». Se ajustaba con su delicada belleza, si no con su fuerte personalidad...

Él había sido diferente antes de que ella apareciera en su vida. Ella era tan inteligente, tan tierna... Su apoyo suave pero constante le dio la confianza necesaria para escribir esos libros que antes no representaban más que proyectos de los que hablaba. Para ser periodista, era alguien extrañamente retraído, pero ella lo sacó de lo que llamaba su «caparazón de tortuga infeliz» y lo abrió a nuevas experiencias. Antes de ella, se mostraba tan indiferente a la ropa como al buen vino; pero ella le enseñó estilo y refinó su gusto, hasta que él quiso parecer guapo y educado para que estuviera orgullosa de que la vieran con él.

Después de su muerte, guardó todas las fotografías en las que estaban juntos, que ella había enmarcado en plata y había dispuesto amorosamente aquí y allá por la casa. Las imágenes lo habían perseguido, ya que ella sigue persiguiendo sus sueños más noches de las que no lo hace.

—Sakura, Sakura, Sakura —le susurra a la casa en silencio, y luego sube la escalera para ducharse.

Era corredora, y le insistió en que corriera para mantenerse tan en forma como ella, para que permanecieran sanos y envejecieran juntos. Correr sin Sakura al principio parecía imposible, y los recuerdos como fantasmas lo esperaban en cada recodo de cada ruta que habían seguido. Pero dejar de correr le pareció una traición, como si ella de verdad estuviera ahí fuera en esos senderos, incapaz de regresar a la casa de los vivos, esperándolo para poder verlo y saber que él estaba bien y lleno de vida, siendo fiel al régimen de carreras que ella había establecido para ambos.

Si alguna vez Hannafin se atreviera a expresar tales pensamientos a la gente en el periódico, lo llamarían sentimental a la cara, y sensiblero y llorón, o cosas peores, a su espalda, porque no hay lugar en el corazón de la mayoría de los periodistas contemporáneos para el sentimentalismo, a menos que esté entremezclado con la política. Sin embargo...

En el baño principal, pone el agua de la ducha tan caliente como pueda tolerar. No usa jabón común por indicación de Sakura, porque estresa la piel, así que se enjabona con el gel de baño *You Are Amazing*. Su champú de huevo y coñac es de *Hair Recipes*, y usa un acondicionador de aceite de argán. Todo esto le parecía vergonzosamente femenino cuando Sakura estaba viva. Pero ahora es su rutina diaria. Recuerda las ocasiones en las que se ducharon juntos, y en el oído le parece escuchar de nuevo la risita de niña con la que ella se involucraba en esa intimidad doméstica.

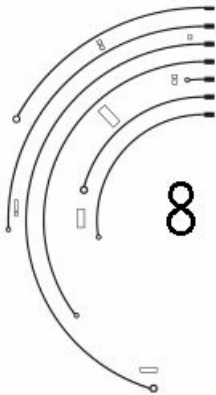
El espejo del baño está empañado de vapor cuando sale de la ducha y se seca con la toalla. Su reflejo es borroso y, por alguna razón, también inquietante, como si la forma nebulosa que imita cada movimiento, en caso de revelarse por completo, no fuera él, sino un habitante-menos-quehumano procedente del mundo que queda al otro lado del cristal de azogue. Si limpia el espejo, lo rayará. Deja el vapor para que se evapore y camina desnudo hacia el dormitorio.

En una de las dos butacas está sentada una mujer de aspecto asombroso. A pesar de llevar puesto calzado deportivo y unos pantalones vaqueros desgastados, una sudadera sencilla y una chaqueta deportiva que no es de marca, parece salida de las páginas de *Vogue*. Le resulta tan impresionante como la modelo que sale en los anuncios del perfume de *Black Opium*, excepto por el hecho de que esta sea rubia en lugar de morena.

Se queda estupefacto durante un momento, casi seguro de que le pasa algo malo a su cerebro, de estar alucinando.

Ella señala una bata que ha sacado de su armario y ha dejado sobre la cama.

—Ponte eso y siéntate. Tenemos que hablar.



Cuando se terminó la última loncha de tocino, Cora Gundersun se sorprendió al darse cuenta de que ella sola se había comido casi medio kilo, menos el par de tiras que le había dado a la perra. Sentía que debería estar avergonzada por esa exhibición de gula, o incluso sentir cierto malestar físico, pero no notaba ninguna de las dos cosas. De hecho, aquel pequeño exceso le parecía justificado, aunque no supo dar con el motivo.

Por lo general, cuando terminaba de comer lavaba los platos y los cubiertos de inmediato, los secaba y los guardaba. En ese momento, sin embargo, sintió que la limpieza supondría malgastar un tiempo precioso. Dejó su plato y los cubiertos sucios en la mesa e hizo caso omiso de la sartén con grasa que reposaba en el quemador de la cocina.

Mientras se chupaba los dedos se fijó en el diario en el que había estado escribiendo con tanto afán. Fue totalmente incapaz de recordar sobre qué había escrito en su última anotación. Desconcertada, deslizó su plato a un lado y lo reemplazó por el diario, si bien dudó en abrirlo.

Cuando se graduó en la universidad, casi hacía ya veinte años, había albergado la esperanza de convertirse en una escritora de éxito, una novelista seria de cierta consideración. Echando la vista atrás, esa intención grandiosa no había sido más que una fantasía infantil. A veces, la vida parecía una máquina diseñada para aplastar los sueños de manera tan eficaz como comprimía los coches una prensa hidráulica de chatarra hasta transformarlos en cubos compactos. Necesitaba ganarse la vida, y una vez que comenzó a dar clase, el deseo de publicar algo se fue debilitando año tras año.

En esos momentos, aunque no podía recordar lo último que había escrito en su diario, el fallo de memoria no le preocupaba, no despertó en ella el temor a una aparición temprana de la enfermedad de Alzheimer. En cambio, se sintió inclinada a escuchar una voz tranquila y pequeña que le decía que se sentiría deprimida por la calidad de lo que había escrito, que ese espacio en blanco en su memoria no era sino obra de la lúcida crítica Cora Gundersun para evitarle a la

escritora Cora Gundersun la angustia de enterarse de que su forma de escribir carecía de espíritu y era basta.

Apartó el diario sin leer el contenido.

Miró a Dixie Belle, que estaba sentada junto a la silla del comedor. La perra salchicha miró a su ama con aquellos hermosos ojos desiguales, dos óvalos de color azul claro y castaño oscuro en medio de una suave cara dorada.

Los perros en general, no solo la buena de Dixie, a veces miraban a sus humanos con una expresión de preocupación amorosa teñida de tierna compasión, como si conocieran no solo los temores y esperanzas más íntimos de las personas, sino también la verdad misma de la vida y el destino de todas las cosas, como si desearan poder hablar para brindar consuelo compartiendo cuanto sabían.

Esa fue la expresión con la que Dixie miró a Cora, y que afectó profundamente a su dueña. La tristeza sin causa aparente la venció, al igual que un temor existencial que conocía demasiado bien. Se agachó para acariciarle la cabeza a la perra. Cuando Dixie le lamió la mano, la visión de Cora se empañó de lágrimas.

—¿Qué me pasa, cariño? Me pasa algo malo.

La voz tranquila y apacible de su interior le dijo que se calmara, que no se preocupara, que se preparara para el día lleno de acontecimientos.

Las lágrimas se secaron.

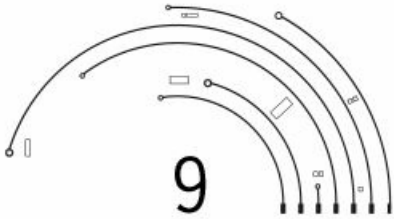
En el reloj digital del horno brillaba la hora: 10:31.

Disponía de una hora y media antes de tener que conducir hasta la ciudad. La perspectiva de disponer de tanto tiempo la puso inexplicablemente nerviosa, como si tuviera que mantenerse ocupada para evitar pensar... ¿En qué?

Las manos le temblaban cuando abrió el cuaderno por una página nueva y recogió la pluma, pero los temblores cesaron en cuanto comenzó a escribir. Como si estuviera en trance, Cora anotó rápido una línea tras otra de su prosa cuidadosamente escrita, sin repasar lo que iba anotando, sin pensar en qué escribiría a continuación, llenando el tiempo para calmar sus nervios.

Dixie, de pie sobre sus patas traseras, con las delanteras puestas en el asiento de la silla de Cora, gimió en busca de atención.

—Tranquilízate —le dijo Cora—. Tranquila. No te preocupes. No te preocupes. Prepárate para un día lleno de acontecimientos.



El asombro de Lawrence Hannafin se convirtió en un rubor incómodo mientras agarraba desnudo la bata de baño. Tras cubrirse y anudarse el cinturón, recuperó la compostura lo suficiente como para sentirse preocupado.

—¿Quién coño eres?

La voz de Jane sonó fuerte pero sin amenaza.

—Relájate. Siéntate.

Estaba acostumbrado a recuperarse, y su confianza regresó rápidamente.

—¿Cómo llegaste aquí? Esto es un allanamiento de morada.

—Violación de domicilio —lo corrigió ella. Se quitó la chaqueta deportiva para dejar a la vista la pistolera de hombro y el arma—. Siéntate, Hannafin.

Después de un momento de vacilación, él dio un paso con cuidado en dirección a una segunda butaca que estaba dispuesta en ángulo frente a la de ella.

—En la cama —le ordenó, porque no lo quería cerca.

Vislumbró un frío cálculo en sus ojos de color jade, pero si Hannafin había considerado la idea de abalanzarse sobre ella, se lo pensó mejor. Se sentó en el borde de la cama.

—No hay dinero en la casa.

—¿Tengo pinta de ladrona?

—No sé lo que eres.

—Pero sí sabes quién soy.

Hannafin frunció el ceño.

—Nunca nos hemos visto.

Se quitó la gorra de béisbol y esperó. Tras unos momentos, Hannafin abrió más los ojos.

—Eres del FBI. O lo eras. La agente corrupta a la que todos están persiguiendo. Jane Hawk.

—¿Qué piensas de todo eso? —quiso saber ella.

—¿De todo qué?

—De toda esa mierda que sale sobre mí en la televisión, en los periódicos.

Incluso en esas circunstancias, volvió rápidamente a su trabajo de periodista de investigación.

—¿Qué quieres que piense al respecto?

—¿Te lo crees?

—Si me creyera todo lo que veo en las noticias, no sería periodista, sería idiota.

—¿Crees que realmente maté a dos hombres la semana pasada? ¿Ese sórdido empresario de la red oscura y el abogado de Beverly Hills?

—Si dices que no lo hiciste, tal vez no lo hicieras. Convénceme.

—No, los maté a los dos —replicó Jane—. Para poner fin a la condición en la que se encontraba un hombre, también maté a Nathan Silverman, mi jefe de sección en el FBI, un buen amigo, además de mi maestro, pero de eso no has oído hablar. No quieren que se sepa.

—¿Quiénes no lo quieren?

—Ciertas personas en el FBI. En el Departamento de Justicia. Tengo una noticia para ti. Una bien gorda.

Sus ojos eran tan ilegibles como los de un buda de jade. Después de un silencio meditativo, habló de nuevo.

—Voy a por un bolígrafo y un bloc de notas, y me lo cuentas.

—No te muevas. Vamos a hablar un rato. Luego, tal vez, el bolígrafo y el bloc de notas.

No se había secado del todo el pelo. Unas gotas de agua le bajaban por la frente y por las sienes. De agua o sudor.

Hannafin le sostuvo la mirada y, al final de otro silencio, volvió a hablar.

—¿Por qué yo?

—No confío en muchos periodistas. Los pocos en los que podría haber confiado de la nueva generación... todos están muertos de repente. Tú no.

—¿Mi única virtud es estar vivo?

—Escribiste un perfil sobre David James Michael.

—El multimillonario de Silicon Valley.

David Michael había heredado miles de millones, ninguno de los cuales había sido conseguido en Silicon Valley. Luego ganó unos cuantos miles de millones más con la extracción de datos, con la biotecnología, con casi todo en lo que invirtió.

—Tu perfil era justo.

—Siempre trato de serlo.

—Pero había una pizca de acidez en él.

Hannafin se encogió de hombros.

—Es un filántropo, un progresista, un individuo sencillo, brillante y encantador. Pero no me gustó. No pude conseguir encontrar nada turbio en él. No había razón alguna para sospechar que no fuera lo que parecía ser. Pero un buen reportero tiene... intuición.

—David Michael invirtió en una instalación de investigación de Menlo Park, Shenneck Technology. Luego, él y Bertold Shenneck se convirtieron en socios en una empresa de

biotecnología llamada Far Horizons.

Hannafin esperó un momento a que ella continuara y, cuando no lo hizo, dijo:

—Shenneck y su esposa, Inga, murieron el domingo en un incendio en su rancho de retiro de Napa Valley.

—No. Los ejecutaron a tiros. Lo del incendio es una mentira para tapar lo ocurrido.

Con independencia del autocontrol que pudiera tener, todo hombre muestra alguna señal de miedo, como las señales deladoras en el póquer, que revelaban la verdad emocional de este cuando estaba lo suficientemente ansioso: un tic en el ojo, un palpitar repentino visible en la sien, un gesto repetido de lamerse los labios, una cosa u otra. Hannafin no mostró nada que ella pudiera detectar.

—¿También los mataste?

—No, pero merecían morir.

—Entonces, ¿eres juez y parte?

—No puedo ser comprada como un juez ni engañada en calidad de parte implicada. De todos modos, a Bertold Shenneck y a su esposa los asesinaron porque para Far Horizons, es decir, para el brillante y encantador David Michael, ya no resultaban útiles.

Durante un momento, Hannafin la miró intensamente a los ojos, como si fuera capaz de leer la verdad en el diámetro de sus pupilas, en las estrías azules de sus iris. De repente, se puso en pie.

—Joder, necesito bolígrafo y papel.

Jane sacó el .45 de debajo de su chaqueta deportiva.

—Siéntate.

Él se quedó de pie.

—No puedo fiar todo esto a la memoria.

—Y yo no puedo fiarme de ti. Todavía no. Siéntate.

Se sentó a regañadientes. No parecía acobardado por el arma. Lo más probable era que las gotas de humedad que le resbalaban por el rostro fueran de agua, no de sudor.

—Ya sabes lo de mi marido —le dijo.

—Está en todas las noticias. Era un marine muy condecorado. Se suicidó hace unos cuatro meses.

—No. Lo asesinaron.

—¿Quiénes?

—Bertold Shenneck, David James Michael, todos y cada uno de los hijos de puta relacionados con Far Horizons. ¿Sabes lo que son los nanomecanismos?

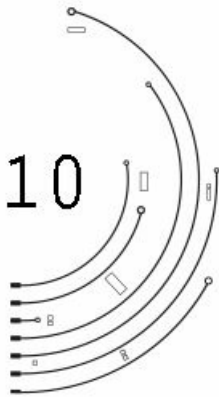
El cambio de tema desconcertó a Hannafin.

—¿Nanotecnología? Mecanismos microscópicos fabricados con tan solo unas cuantas moléculas. Tienen algunos usos en la vida real, pero sobre todo son ciencia ficción.

—Son hechos científicos —le corrigió—. Bertold Shenneck desarrolló nanomecanismos que se inyectan en la sangre mediante un suero. Son cientos de miles de dispositivos increíblemente diminutos que son neurotrópicos. Se ensamblan entre sí para formar un sistema más complejo después de atravesar las paredes capilares y llegar al tejido cerebral.

—¿Un sistema más complejo? —Frunció el ceño en un gesto de escepticismo y entornó los ojos—. ¿Qué clase de sistema más complejo?

—Un mecanismo de control.



Si Lawrence Hannafin pensaba que Jane era una paranoica de las conspiraciones gubernamentales, no dio muestras de ello. Se sentó en el borde de la cama y logró mantener cierta dignidad a pesar de llevar puesta una bata de algodón de felpa, estar descalzo y tener las manos sobre los muslos. La escuchó con atención.

—La tasa histórica de suicidios en Estados Unidos es de doce por cada cien mil habitantes. El año pasado, más o menos, aumentó a quince —le dijo Jane.

—Supongamos que tienes razón y es más alto. ¿Y qué? Estos son tiempos difíciles. Una mala economía, agitación social...

—Excepto que el aumento atañe a hombres y mujeres de éxito, la mayoría con matrimonios felices, sin antecedentes de depresión. Militares, como Nick, mi esposo. Periodistas, científicos, médicos, abogados, policías. Estos fanáticos están eliminando a personas que, según su modelo de computación, empujarán a la civilización en la dirección equivocada.

—¿De quién es ese modelo informático?

—De Shenneck. De David Michael. Es el modelo de Far Horizons. El de quienes sean los cabrones del gobierno que se hayan aliado con ellos. Su modelo de computación.

—Pero eliminándolos ¿cómo?

—¿Es que no me escuchas? —le preguntó ella, y su aparente frialdad de agente del FBI se derritió un poco—. Mecanismos de control de nanomáquinas. Implantes cerebrales autoensamblados. Los inyectan...

Él la interrumpió.

—¿Por qué iba nadie a someterse a una inyección así?

Agitada, Jane se levantó de la butaca, se alejó un poco más de Hannafin, y luego se quedó mirándolo fijamente, apuntando la pistola al suelo cerca de sus pies en un gesto despreocupado.

—Por supuesto que no saben que se los han inyectado. De una forma u otra, acaban sedados antes. Luego, son inyectados durante el sueño. En las conferencias a las que asisten. Cuando viajan, lejos de casa, solos y vulnerables. El mecanismo de control se ensambla en el cerebro a las pocas horas de la inyección, y después de eso olvidan que una vez sucedió.

No menos inescrutable que un muro de jeroglíficos en la tumba de un faraón, Hannafin la miró como si fuera una profetisa que predijera el destino de la humanidad que él tanto había esperado o como si estuviera loca y confundiera unas pesadillas febriles con los hechos, sin que ella pudiera determinar cuáles. Tal vez él estuviera procesando lo que ella le había dicho, dándole vueltas para resolverlo. O tal vez estuviera pensando en el revólver que tenía en el cajón de la mesita de noche y que ella había encontrado en su primera visita a la casa.

Por fin habló de nuevo.

—Y luego estas personas, estas personas inyectadas... ¿Están controladas? —No pudo reprimir una nota de incredulidad en su voz—. ¿Quieres decir como robots? ¿Como zombis?

—No resulta tan obvio —explicó Jane con impaciencia—. Ellos no saben que están controlados. Pero semanas más tarde, tal vez meses, reciben la orden de suicidarse, y no pueden resistirse. Puedo proporcionar montones de datos de la investigación. Notas suicidas muy extrañas. Pruebas de que los fiscales generales de al menos dos estados están conspirando para encubrir esto. Hablé con una médica forense que vio la red de nanomáquinas a través de los cuatro lóbulos del cerebro durante una autopsia.

Tenía mucha información que transmitir y quería ganarse la confianza de Hannafin. Pero cuando hablaba demasiado rápido, era menos convincente. Se oyó a sí misma como si estuviera a punto de balbucir. Casi enfundó el arma para tranquilizarlo, pero rechazó la idea. Era un hombre grande en buena forma física. Podría someterlo sin problemas, llegado el caso, pero no había ninguna razón para darle una oportunidad si es que existía una posibilidad entre mil de que la tomara.

Ella respiró profundamente y habló con calma.

—Su modelo de computación identifica un número crítico de estadounidenses por cada generación que supuestamente podrían orientar la cultura en la dirección equivocada, empujando a la civilización al borde de ideas peligrosas.

—Un modelo informático puede ser diseñado para dar cualquier resultado que se desee.

—No me digas. Pero un modelo informático les da una autojustificación. Este número crítico de los suyos es de doscientos diez mil. Dicen que una generación consta de veinticinco años. Así que la computadora establece que eliminemos a los ocho mil cuatrocientos correctos cada año, de modo que puedan crear un mundo perfecto, todo él paz y armonía.

—Eso es una puñetera locura.

—¿No te has dado cuenta de que la locura es la nueva normalidad?

—¿Ideas equivocadas? ¿Qué ideas equivocadas?

—No son muy claros sobre eso. Simplemente, las reconocen cuando las ven.

—¿Van a matar a gente para salvar el mundo?

—Ya han matado a gente. A muchos. Matar para salvar el mundo, ¿por qué es tan difícil de creer? Es una idea tan vieja como la historia.

Tal vez él necesitara moverse para asimilar una gran idea nueva, para hacer frente a tal conmoción en el sistema. Se puso de pie de nuevo, sin ninguna intención agresiva obvia, sin amagar ningún movimiento hacia el cajón de la mesita de noche donde guardaba el revólver. Jane se encaminó hacia la puerta del pasillo cuando él se apartó de ella y se acercó a la ventana más próxima. Se quedó mirando hacia la calle vecina, tirando de la mitad inferior de su cara con una mano, como si acabara de despertarse y sintiera un resto de sueño todavía pegado como una máscara.

—Eres una cuestión candente en la página web del Centro Nacional de Información sobre Delitos. Fotos. Una orden federal para tu arresto. Dicen que supones una gran amenaza para la seguridad nacional, que robas secretos de defensa.

—Son unos mentirosos. ¿Quieres la historia del siglo o no?

—Todas las agencias policiales del país utilizan esa página web.

—No tienes que decirme que estoy en una situación difícil.

—Nadie esquivo al FBI durante mucho tiempo. O a Seguridad Nacional. No hoy en día, no con cámaras por todas partes y aviones no tripulados y todos los automóviles que transmiten su ubicación vía GPS.

—Sé cómo funciona todo eso, y cómo no funciona.

Se volvió desde la ventana para mirarla.

—Tú contra el mundo, todo para vengar a tu marido.

—No es venganza. Se trata de limpiar su nombre.

—¿Sabrías ver la diferencia? Y hay un niño metido en todo esto. Tu hijo. Travis, ¿verdad? ¿Qué tiene: cinco años? No voy a verme involucrado en nada que ponga en peligro a un niño pequeño.

—Ya está en peligro ahora, Hannafin. Cuando yo no dejé de investigar la muerte de Nick y de estos suicidios, los muy cabrones amenazaron con matar a Travis. Con violarlo y matarlo. Así que salí a la carrera con él.

—¿Está a salvo?

—Está a salvo por ahora. En buenas manos. Pero para que esté seguro para siempre tengo que hacer pública esta conspiración. Tengo las pruebas. Copias de los archivos de Shenneck, cada iteración de su diseño para los implantes cerebrales, los mecanismos de control. Registros de sus experimentos. Ampollas que contienen mecanismos listos para inyectar. Pero no sé en quién confiar en el FBI, en la policía, en ningún lado. Necesito que hagas pública la historia. Tengo

pruebas sólidas. Pero no me atrevo a compartirlas con personas que podrían quitármelas y destruirlas.

—Eres una fugitiva de la justicia. Si trabajo contigo en lugar de entregarte, me hago cómplice.

—Disfrutas de una exención periodística.

—No, si no me la conceden y no, si todo esto que me estás diciendo es una mentira. No, si no eres real.

La exasperación de Jane trajo una oleada de calor a su cara y una nueva aspereza a su voz.

—No solo usan los nanoimplantes para matar a personas que no les gusten. Ellos tienen previstos otros usos, aplicaciones que te darán asco cuando lo exponga todo. Que te aterrorizarán y asquearán. Esto va sobre la libertad, Hannafin, tanto la tuya como la mía. Se trata nada menos que de un futuro de esperanza o de esclavitud.

Hannafin volvió a centrar la atención en la calle que se extendía más allá de la ventana y guardó silencio.

—Me pareció ver un par de pelotas cuando saliste de la ducha. Tal vez sean solo decoración.

Tenía las manos a los costados, cerradas, lo que podría indicar bien que estaba reprimiendo su ira y quería golpearla, bien que se sentía frustrado por su incapacidad de mostrarse como el intrépido periodista que había sido en su juventud.

Jane extrajo un silenciador de un compartimento de la funda de hombrera y lo acopló a la pistola.

—Aléjate de la ventana. —Al ver que no se movía, le gritó y empuñó la Colt con las dos manos—. ¡Ahora!

Su postura y el silenciador lo persuadieron para que se moviera.

—Métete en el armario —le ordenó.

Su rostro sonrojado palideció.

—¿Qué quieres decir?

—Relájate. Solo quiero darte tiempo para pensar.

—Me vas a matar.

—No seas estúpido. Te encerraré en el armario y te dejaré pensar en lo que te he dicho.

Antes de ducharse, él había dejado su billetera y las llaves de casa en la mesita de noche. Ahora la llave, en una bobina rizada de plástico rojo, estaba en la cerradura del armario.

Hannafin dudó si cruzar ese umbral.

—La verdad es que no tienes otra opción —dijo—. Ve a la parte posterior del armario y siéntate en el suelo.

—¿Cuánto tiempo me mantendrás encerrado?

—Encuentra el martillo y el destornillador que escondí hace un rato. Úsalos para sacar los pasadores de pivote de las bisagras, y luego levanta la puerta para abrirla. Estarás libre en unos

quince o veinte minutos. No voy a dejar que me veas salir de casa e identifiques qué coche estoy conduciendo.

Al ver que el armario no sería su ataúd, Hannafin entró y se sentó en el suelo.

—¿De verdad hay un martillo y un destornillador?

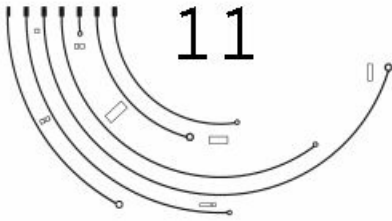
—De verdad. Siento haber tenido que presentarme de esta manera, pero estoy en la cuerda floja desde hace días, y no pienso permitir que nadie me haga caer. Son las nueve menos cuarto. Te llamaré al mediodía. Espero que decidas ayudarme. Pero si no estás listo para desvelar una historia que haga caer sobre ti a legiones de demonios, dímelo y mantente al margen. No quiero atarme a alguien que no pueda cumplir.

Ella no le dio opción a responder, cerró la puerta con llave y dejó esta en la ranura.

Inmediatamente, lo oyó hurgando en el armario en busca del martillo y el destornillador.

Enfundó la pistola y el silenciador por separado. Recogió su bolsa y se apresuró a bajar la escalera. Al salir, cerró de golpe la puerta principal para asegurarse de que él la oyera.

Después del brillante campo de estrellas de la noche anterior y del pálido cielo del amanecer, la bóveda azul sobre el valle de San Gabriel se rendía ante una armada de nubes de tormenta que navegaban desde el noroeste, con rumbo a Los Ángeles. Entre las ramas de hojas densas de los laureles indios cercanos se refugiaban ya los gorriones cantarines, emitiendo gorjeos dulces y notas claras para tranquilizarse mutuamente, mientras que los cuervos seguían recorriendo el cielo como escandalosos heraldos de la tormenta.



A más de dos mil quinientos kilómetros por aire de Los Ángeles, en Minnesota, el reloj digital del horno de Cora Gundersun indicaba las 11:02 cuando cerró su diario. No estaba menos desconcertada por esta última sesión de escritura furiosa que por la que la había precedido. No sabía qué palabras había escrito en esas páginas o por qué se había sentido obligada a escribirlas, ni siquiera por qué después de haberlo hecho no se atrevía a leerlas.

La silenciosa y pequeña voz de su interior le aconsejaba serenidad. Todo iría bien. Más de dos días sin migraña. Para ese mismo día de la siguiente semana, probablemente regresara a su clase de sexto grado y a los niños a quienes amaba casi tanto como si hubieran sido su propia descendencia.

Había llegado el momento de que Dixie Belle recibiera el capricho de última hora de la mañana y el segundo paseo del día. En consideración al tocino que le había dado anteriormente, la perra recibió solo dos galletas pequeñas en forma de moneda en lugar de las cuatro habituales. Como pareció entender la causa de la ración, no rogó más ni se quejó, sino que avanzó por la cocina hacia la puerta de atrás, con las uñas chasqueando contra el linóleo.

—Dios mío, Dixie, mírame, todavía en pijama y ya ha transcurrido casi toda la mañana —dijo Cora mientras se esforzaba en ponerse el abrigo—. Si no vuelvo a enseñar pronto, me convertiré en una perezosa impenitente.

El día no se había templado mucho desde el amanecer. El cielo helado colgaba bajo y estreñado, sin mostrar pruebas de la tormenta anunciada, excepto por un mínimo de escamas blancas que descendían lentamente en espiral a través del aire calmo.

Después de mear, Dixie no corrió hacia la casa, sino que se quedó mirando a Cora en el porche. Los *dachshunds* no necesitan mucho ejercicio, y Dixie en particular era reacia a dar largas caminatas y a cualquier cosa que fuera algo más que una experiencia ocasional al aire libre. A excepción de su primera visita al patio por la mañana, siempre se apresuraba a entrar después de terminar sus necesidades. En esta ocasión, hizo falta persuadirla, y regresó vacilante, casi como si no estuviera segura de que su dueña fuera su dueña, como si de repente Cora y la casa le parecieran algo desconocido.

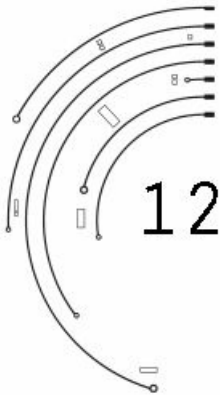
Minutos más tarde, después de ducharse, se secó el cabello con la toalla. No tenía sentido utilizar un secador y un cepillo de pelo. Sus rizos se resistían a ser moldeados. No se hacía ilusiones acerca de su apariencia y hacía mucho tiempo que había aceptado el hecho de que nunca se volverían para mirarla bien. Parecía alguien agradable y presentable, que era más de lo que se podía decir de algunas personas menos afortunadas.

Aunque no fuera adecuado para la estación, se puso un vestido blanco de crepé de rayón con mangas de tres cuartos, un corpiño ceñido de escote alto y redondo, y una falda con pliegues de cuchillo cosidos hasta la cadera. De todos sus vestidos, aquel era el que más se acercaba a que se sintiera atractiva. Como los tacones altos no hacían nada por embellecerla, llevaba zapatillas blancas.

Solo después de haberse puesto los zapatos se dio cuenta de que ese atuendo era el que llevaba en el sueño en que caminaba sobre el fuego, que había tenido la noche anterior, por quinta vez consecutiva. Además de sentirse casi atractiva, ahora canalizaba al menos una porción del sentido de invulnerabilidad que hacía que el sueño fuera tan encantador.

Aunque Dixie Belle solía acostarse en la cama para ver vestirse a su ama, en esa ocasión estaba debajo de la cama, y solo sobresalían su cabeza y sus largas orejas debajo de la colcha.

—Es usted una perrita muy curiosa, señorita Dixie. A veces puedes ser tan tontorróna...



A las nueve en punto comenzó a existir un leve riesgo de que un agente inmobiliario acompañara a algún cliente en su recorrido por la casa vacía. Pero en un día laborable como aquel, la mayoría de los compradores que trabajaban solo podrían programar una cita después de las cinco.

De todos modos, si un agente se presentara con los clientes, Jane no tendría que sacarles un arma. Había un acceso al ático en el techo del vestidor junto al dormitorio principal, una escalera segmentada, que ella bajó para tenerla a punto, por si acaso la necesitaba. En cuanto oyera voces abajo, se retiraría al reino superior de las arañas y las lepismas y levantaría la escalera plegable tras subir.

Una vez de vuelta en el dormitorio, sacó un receptor de FM compacto de la bolsa de mano y lo enchufó a una toma de corriente debajo de la ventana desde la que había llevado a cabo la vigilancia del lugar de Hannafin. Ese receptor especial, que incorporaba un amplificador y una grabadora, operaba por debajo de la banda comercial donde las emisoras de radio funcionaban, y estaba sintonizado previamente en un punto no utilizado del dial que coincidía con la onda portadora emitida por los transmisores que había acoplado en los cuatro teléfonos de Hannafin.

Necesitaría ese receptor solo si el periodista usaba uno de los teléfonos de línea fija para llamar a alguien. Si precisara hablar con alguien antes de que ella lo llamara al mediodía, probablemente recurriría a su teléfono móvil. La mayoría de la gente pensaba que las llamadas a los móviles eran mucho más difíciles de interceptar. De hecho, eran difíciles, aunque no en todas las circunstancias ni cuando la persona que vigilaba realizaba los preparativos adecuados.

Jane extrajo de la bolsa un teléfono móvil desechable, uno de los tres que tenía en ese momento, cada uno de los cuales había comprado semanas antes en diferentes tiendas de grandes superficies. Tenía acoplado al lado del micrófono con cinta aislante un reproductor de sonido electrónico

programado, aproximadamente del tamaño de una bala de rifle, capaz de volver a emitir cualquier código de sonido.

Después de abrir las cortinas unos veinte centímetros, lo que proporcionaba una buena vista de la casa de Hannafin, marcó el número de teléfono fijo del periodista en su móvil desechable. Pulsó el botón de llamada y un instante después activó el reproductor electrónico.

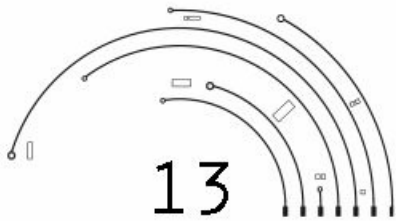
El chip que había conectado a los cuatro teléfonos de Hannafin era capaz de realizar dos funciones: la primera, como un aparato de escucha de línea estándar para pinchar las llamadas; la segunda, como un transmisor infinito. El código de sonido producido por el reproductor electrónico activó el transmisor infinito, impidiendo que sonara el timbre de los teléfonos del periodista. Al mismo tiempo, encendió sus micrófonos y transmitió a Jane los ruidos de la casa a través de la línea telefónica.

Los teléfonos en la cocina, sala de estar y estudio de Hannafin no transmitían más que silencio, lo que significaba que podía escuchar claramente cuanto estaba sucediendo en el dormitorio principal. El golpeteo del martillo contra el mango del destornillador y el delgado chirrido de un pasador que salía del carril de una bisagra confirmaron que había encontrado las herramientas que ella le había escondido entre su ropa.

No mucho después de que el martilleo se hubiera detenido y hubiera quitado las espigas de las tres bisagras, Jane oyó el ruido de la puerta en su marco mientras él forcejeaba con ella. Un silencio repentino seguido de una palabrota ahogada significaron que se había dado cuenta de una dura verdad: aunque las bisagras (tres en la parte de la puerta que se abría, dos en la hoja del marco) se separarían ahora que los pasadores ya no las mantenían unidas, la puerta no se abriría más que un par de centímetros porque quedaba encajada en su sitio por el cerrojo echado.

Por eso le había proporcionado un destornillador resistente y un martillo de acero de medio kilo en vez de herramientas más ligeras. Para abrir la puerta de madera sólida, tendría que partir y arrancar la madera, ya fuera para soltar las hojas de las bisagras montadas en la puerta, ya para arrancar todavía más la madera y dejar a la vista el mecanismo del cerrojo ciego, lo que sería un trabajo agotador.

Le había dicho que podría liberarse al cabo de unos quince o veinte minutos, pero le había mentido. Necesitaría tal vez una hora para salir del armario. Quería que tuviera tiempo suficiente para pensar en su propuesta antes de que pudiera buscar un teléfono. Y esperaba que, en su agotamiento, se diera cuenta de que, a cada momento de su breve relación, ella había estado varios pasos por delante de él, y que siempre lo estaría.



Cinco años antes, Cora había completado un curso de capacitación con Dixie Belle que calificaba a la *dachshund* como un perro de terapia. Desde entonces, ella había llevado a su mejor amiga a la escuela todos los días. Sus estudiantes eran todos niños con necesidades especiales que sufrían discapacidades en el desarrollo y una amplia gama de problemas emocionales. Con su cola bien emplumada, sus ojos conmovedores y su personalidad vibrante, la señorita Dixie cumplió con su deber heroico en el aula, dejándose acariciar, abrazar y que la volvieran loca, lo que siempre calmaba a los niños, mitigando los temores que los aquejaban y ayudándolos a concentrarse.

De hecho, Cora llevaba a Dixie con ella a todas partes.

En el pequeño lavadero de la cocina, la perra se plantó debajo de la pizarra de la que colgaban unos collares y correas. Meneó la cola y miró expectante a su dueña. Aunque le atraía poco el aire libre, a Dixie le encantaba el aula y dar paseos en la Ford Expedition.

Cora tomó un collar rojo y una correa a juego. Se arrodilló para ponérselo todo a la perra salchicha... y descubrió que las manos le temblaban con demasiada fuerza como para hacer coincidir las dos mitades del cierre del collar entre sí y poder abrocharlas.

Debía llevar a la perra. Era consciente de que debía llevar a la preciosa Dixie. Consciente de que llevarse a la perra consigo era, por alguna razón, un detalle culminante, parte del retrato de sí misma que estaba destinada a pintar durante ese día lleno de acontecimientos. Pero las manos no le obedecían. El broche del collar se le resistió.

La perra gimió y retrocedió por la puerta abierta hacia la cocina, donde se detuvo y la miró sin mover la cola.

—No lo sé —se oyó decir Cora—. No lo sé... No estoy segura de qué debo hacer.

La pequeña voz silenciosa, a la que ella había considerado como la expresión de su intuición y de su conciencia, no había sido audible hasta ese momento. Más bien, había sido una especie de mensaje de texto, unas palabras de luz que formaban oraciones convincentes a través de una pantalla virtual en algún oscuro despacho de su mente. Pero, justo en ese momento, el mensaje pasó de la luz al sonido, y una voz masculina y seductora le susurró dentro del cráneo.

«No hay tiempo para retrasarse. Vamos, vamos, vamos. Haz aquello para lo que naciste. La fama se te escapó como escritora, pero la fama será toda tuya cuando hagas esto, para lo que

naciste. Serás famosa y adorada».

Fue capaz de resistir el impulso de llevarse a la perra, pero no pudo resistir esa voz. De hecho, se vio abrumada por el deseo de obedecer a su conciencia, a su intuición, a lo que quiera que fuese —¿Dios?— esa voz que le hablaba y le agitaba el corazón con una promesa de realización propia que hacía mucho tiempo se le había negado.

Cuando devolvió la correa y el collar al colgador, las manos dejaron de temblarle de inmediato.

—Mamá no tardará mucho en volver, cariño. Tú sé buena. Mamá volverá pronto.

Abrió la puerta entre el lavadero y el garaje, y una corriente de aire frío se apoderó de ella. Se había olvidado de su abrigo. Dudó, pero no debía demorarse. Tenía que ponerse en marcha, vamos, vamos, vamos.

—Te quiero, Dixie, te quiero mucho —dijo Cora, y la perra gimoteó.

Cerró la puerta tras entrar en el garaje.

No se molestó en encender los paneles fluorescentes, sino que se encaminó directamente hacia la puerta del conductor de la Ford Expedition, blanca como la nieve, que permanecía aparcada, brillando suavemente, en las sombras del único hueco que había.

Se puso al volante, arrancó y utilizó un control remoto para abrir la gran puerta hacia el techo.

La luz invernal inundó el garaje a medida que la puerta segmentada traqueteaba hacia arriba siguiendo los rieles, y le pareció que aquello era parecido al relampagueo centelleante de luz que en las películas siempre anunciaban una llegada maravillosa, ya fuera de un hada madrina, ya de un extraterrestre benigno o de algún mensajero enviado por el cielo.

En su vida tranquila y mundana, eran inminentes algunos acontecimientos trascendentales, y se emocionó ante la expectativa de que se cumpliera un momento de gloria todavía por definir.

El levísimo olor a gasolina indujo a Cora Gundersun a volverse y a mirar en la parte posterior de la Expedition. Había abatido todo el asiento trasero y el espacio de carga ampliado albergaba quince bidones pequeños de color rojo brillante de unos ocho litros de capacidad. Los bidones estaban alineados en tres filas. La noche anterior había desenroscado la tapa superior y la tapa con pitorro de cada bidón y las había reemplazado con envolturas de plástico de doble espesor aseguradas con bandas elásticas.

Se había olvidado de que hubiera preparado todo aquello. Lo recordó en ese preciso momento, y no se sintió sorprendida. Examinó los bidones y supo que debería estar orgullosa de lo que había hecho, porque la voz seductora la elogió y habló de aquello para lo que había nacido.

En el asiento del pasajero delantero había una gran olla de metal en la que había cocinado muchas sopas y guisos a lo largo de los años. En la parte inferior de la olla había unos ladrillos verdes, del corcho verde blando que los floristas utilizaban como base para sus arreglos, y que había comprado en una tienda de jardinería. De pie, clavados en el corcho, había dos haces de

fósforos de madera de tallos largos, diez por corcho, cada grupo unido por dos bandas de goma, una debajo de las cabezas de las cerillas y la otra en la parte inferior de los gruesos palillos. Junto a la olla había un pequeño encendedor de gas.

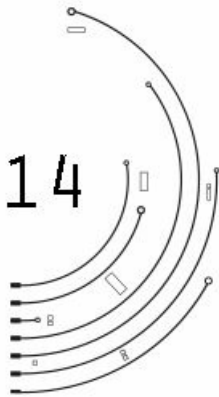
Pensó que los fósforos parecían dos manojos de diminutas flores marchitas, flores mágicas que, cuando se pronunciara la palabra del hechizo, florecerían en brillantes ramos.

Dispersas entre las latas de gasolina, detrás de ella, había doscientas cabezas de fósforos que había cortado de sus palillos.

Cuando salió al día gris, no se molestó en coger el control remoto y hacer descender la puerta del garaje detrás de ella. La voz encantadora le dijo que el tiempo apremiaba, y Cora estaba ansiosa por descubrir por qué era así.

Para cuando llegó al final del camino de entrada, el calor que emanaba de las rejillas de ventilación le había quitado el frío de la piel desnuda y ya no necesitó el abrigo.

Al final del camino de acceso giró a la derecha en la carretera de dos carriles del condado y se dirigió hacia la ciudad.



Mientras esperaba en la casa vacía al otro lado de la calle, escuchando en su móvil desechable, a Jane le pareció interesante que durante los cuarenta y siete minutos que Lawrence Hannafin tardó en salir del armario, en ningún momento gritara pidiendo ayuda.

Situado cerca del centro de la casa, el armario carecía de ventanas, y tal vez el periodista supiera que la residencia estaba tan bien construida que nadie más allá de sus paredes lo oiría gritar. O tal vez ya hubiera decidido que la historia que ella le había ofrecido era demasiado grande para rechazarla, sin importar los riesgos, en cuyo caso no querría pedir ayuda y explicarle a nadie quién lo había encerrado.

Se atrevió a tener esperanza.

Con un último estruendo, la lejana puerta del armario se abrió de golpe o, más probablemente, se derrumbó en el suelo de la habitación, seguida por la asfixiada respiración de Hannafin, que le sonó más fuerte mientras cruzaba la habitación y se acercaba al teléfono en su mesita de noche, pero luego se volvió más suave cuando, evidentemente, entró en el baño principal, dejando la puerta abierta tras de sí.

Surgió un nuevo sonido, y ella necesitó un momento para decidir que debía de ser el agua corriendo en el lavabo del baño. Tendría sed después de sus esfuerzos, y también quizá querría refrescarse con agua fría la cara sudorosa.

Después de un minuto, cerró el agua, y solo se oyó una débil serie de ruidos no identificables hasta que a un chasquido le siguió el inconfundible sonido de una meada. El ruido previo probablemente procediera de la tapa del inodoro golpeando contra el depósito de agua.

Evidentemente, no se molestó en lavarse las manos.

Salió del baño. A juzgar por la proximidad de su respiración agitada y la suave vibración de los muelles, se sentó en el borde de la cama, con el teléfono al alcance y dentro el micrófono

abierto.

Si levantaba el auricular para hacer una llamada, tendría que desconectarse de inmediato apagando el transmisor infinito por el que lo escuchaba, para que él recibiera un tono de llamada. En ese momento, el chip de dos funciones que ella había plantado en su teléfono cambiaría a una transmisión de línea simple, y la conversación que mantuviera con la persona a la que llamara le llegaría a ella a través de una combinación de receptor de FM, amplificador y grabadora que descansaba en el alféizar.

Respiró lenta y profundamente varias veces, como si intentara calmarse. Al parecer, no le funcionó, porque no fue capaz de contener la rabia y comenzó a soltar una retahíla de barbaridades y palabrotas, a cuál más subida de tono.

Un momento después, él activó lo que debía de ser su móvil, porque por la línea abierta se oyó la musiquilla de bienvenida de su compañía telefónica. Era evidente que creía que una llamada de móvil era más difícil de interceptar y menos vulnerable que una línea telefónica terrestre convencional.

Ella había tenido la esperanza de que él no iba a intentar ponerse en contacto con nadie, que esperaría a que ella lo llamara al mediodía, como le había dicho que haría. Quizá se trataba de una llamada inocente, tal vez para cancelar una cita a la que ya no deseaba asistir, o algo así. Pero lo más probable fuera que se viera decepcionada por él.

No sonaron los tonos de las teclas que indicaran que había marcado un número de teléfono para hacer una llamada. En cambio, murmuró algo para sí mismo, lleno de amargura.

—Putaloca sifilítica. Sí, tengo un par, imbécil, y no son solo de decoración.

Jane sospechó que sabía de quién estaba hablando.

Se oyó otro sonido, que bien podría haber sido el de un cajón al abrirse.

—Ponme a prueba otra vez, perra, y te meto una de estas entre las tetas.

Quizás hubiera sacado el revólver del cajón de la mesita de noche.

Durante aproximadamente un minuto se puso a hacer algo que ella no pudo identificar, ya que solo oía sonidos suaves y crujientes.

Luego vino una serie de tonos de tecla cuando hizo una llamada.

Fue evidente que había puesto su móvil en altavoz, porque una mujer respondió después del segundo timbrado.

—Woodbine, Kravitz, Larkin y Benedetto.

Una firma de abogados.

—Con Randall Larkin, por favor —dijo Hannafin.

—Un momento, por favor.

La voz de otra mujer.

—Despacho de Randall Larkin.

—Lawrence Hannafin para hablar con Randy.

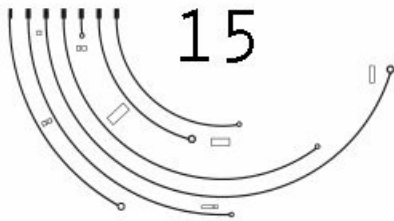
—Está atendiendo otra llamada, señor Hannafin.

—Esperaré.

—Puede que tarde un rato.

—Use la línea auxiliar. Hágale saber que es urgente. Es una cuestión de vida o muerte.

De pie junto a la ventana de la casa vacía, con el móvil desechable en la oreja, a la espera de que Randall Larkin atendiera la llamada del periodista, Jane Hawk observó avanzar el frente de la tormenta, oscuro como el hierro, mientras este se apoderaba del cielo y un silencio amenazador y sombrío presionaba desde Glendora a Pasadena, pasando por todos los puntos intermedios.



Cora Gundersun vivía en un área rural de amplios campos ondulados y bosques de coníferas — con píceas azules, aguiléñas, pinos negros, abetos noruegos—, y las praderas estaban cubiertas de nieve prístina, con los árboles adornados de blanco como los de las tarjetas de Navidad. Habían despejado la carretera del condado, que serpenteaba negra como el satén de esmoquin a través de la blanca tierra nupcial.

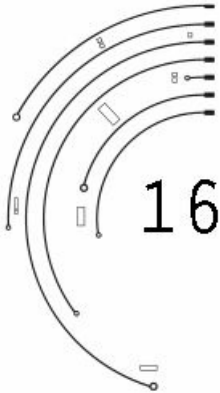
El blanco parecía ser el tema del día: el paisaje por el que pasaba, el vehículo que conducía, el vestido que llevaba, la niebla que oscurecía su memoria y le ocultaba sus intenciones. Esa nube mental no la molestaba; de hecho, la consolaba ahora que su perra estaba a salvo en su casa y ella sentía aquella calidez mientras se deslizaba por un país de las maravillas invernal. Librarse de pensar demasiado era una bendición. Toda su vida, su mente había corrido mientras escribía montones de ficción que nunca se había atrevido a presentar ante un agente o editor, mientras ideaba nuevas técnicas en el aula para llegar a los niños con necesidades especiales que le habían sido confiados, mientras presionaba a la junta escolar para que prestara un mejor servicio a las niñas y los niños que demasiadas personas no tardaban en descartar como no aptos, como un lastre para la sociedad. Ahora, en cambio, solo pensaba en la belleza y la paz de la tierra por la que cruzaba, en la voz interior que se preocupaba por ella y que le prometía su propia realización.

El viaje a la ciudad le llevaría media hora si no aceleraba. Y no debía acelerar. Nunca le habían puesto una multa por exceso de velocidad o por cualquier otra infracción. Se enorgullecía de una vida en la que había cumplido con el *corpus iuris* de su país durante una época en que el Estado de derecho parecía estar bajo amenaza y la corrupción se mostraba rampante. Por alguna razón que no entendía —o que no necesitaba entender—, sabía que ese preciso día debía conducir dando muestras de respeto por las normas de tráfico e intentar que no la detuviera un agente.

Después de veinticinco minutos de viaje, la tormenta encarcelada en los cielos helados se liberó de repente. Desde un cielo invisible, una deslumbrante cantidad de nieve descendió reluciente. Dentro del todoterreno, con ventanas por los cuatro costados, Cora parecía flotar a través de aquel espectáculo como si se hubiera invertido la mecánica de una bola de nieve, de modo que alrededor de ella se extendía un invierno por todo el mundo exterior, mientras ella se maravillaba desde el interior de una esfera de cristal sin nieve.

La encantadora voz interior la animó a valorar aquella nevada como un buen presagio. La tormenta no podía cubrir de escarcha su cabello rizado ni enfriarla, al igual que el fuego en su sueño no era capaz de dañarla. Aquello era un presagio que confirmaba la invulnerabilidad que se le había otorgado, la protección absoluta de todas las cosas calientes y frías, de todas las cosas agudas y contundentes, de todas las fuerzas letales.

Cruzó por las afueras de la ciudad. Se detuvo en el arcén de Fitzgerald Avenue, una pendiente larga y fácil que formaba una intersección con Main Street. Cogió el encendedor de gas y lo probó para asegurarse de que funcionaba. Si por alguna razón no funcionara, había otro encendedor en la guantera. Pero funcionó.



El cielo se estaba oscureciendo de forma amenazante. La vivienda de Hannafin, con su decoración de estilo Craftsman, empezó a parecerse a la casa maldita de un cuento de hadas. En la ventana de la casa vacía donde se encontraba, brillaba el débil reflejo fantasmal de Jane con el teléfono móvil puesto en la oreja...

Randall Larkin de Woodbine, Kravitz, Larkin y Benedetto aceptó la llamada de Lawrence Hannafin.

—¿Una cuestión de vida y muerte? Será mejor que no sea nada menos que eso, Larry, considerando que tuve que colgarle a un cliente importante que no está acostumbrado a que le cuelguen.

—Tu línea es segura, ¿verdad?

—Sí, sí. Lo revisamos todo dos veces al día. ¿Estás con el manos libres?

—No te preocupes. Estoy solo, vistiéndome. Se puede liar una bien gorda. Joder, esa no me pillaba desnudo otra vez.

—¿Esa quién?

—Acabo de recibir una visita. La viuda, la perra de cinco estrellas vista por última vez en Napa.

Jane pensó que quizá la falta de respuesta de Larkin podría significar que no era capaz de interpretar de inmediato la descripción del periodista. Pero, en realidad, el suyo fue un silencio producto del aturdimiento.

Luego, la ira y la incredulidad se entrecruzaron en su voz:

—¡Mierda! Te estás quedando conmigo. ¿Acaba de tocar a tu puta puerta?

—Salgo de la ducha, y ahí está ella apuntándome con una pistola a la cara.

—Pero ella no puede saberlo.

—No puede —le confirmó Hannafin—. Y no lo sabe.

—¿Cómo diablos puede saber de ti?

—No lo sabe —repitió Hannafin—. Quiere confiar en mí. Quiere que cuente la historia. Me lo explicó todo.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Me dijo que me lo pensara, dijo que me llamaría después de que me lo pensara, y luego me encerró en un armario para que no pudiera seguirla ni ver qué coche conducía. Tuve que romper la puerta para salir. La perra me dejó con un martillo y un destornillador. Me gustaría tumbarla desnuda y mostrarle otro uso para el puto destornillador.

—No te precipites.

—No me voy a precipitar.

—Parece como si estuvieras a punto de hacerlo.

—Ya te he dicho que no. Es una oportunidad.

—Es una oportunidad increíble —dijo Larkin, mostrándose de acuerdo.

—Ya no creo que sea morena. Llevaba una peluca rubia larga, que le daba el aspecto que tenía al principio, antes de que todo esto comenzara. Solo la estaría usando si con eso no quisiera que yo viera cómo ha cambiado el color y el estilo de su cabello para que no coincida con ninguna de las fotos en el sitio web de la policía.

—¿Qué coño me importa a mí el color de su pelo? —quiso saber Larkin.

—Soy periodista. Me fijo en los detalles. Solo te lo digo. De todos modos, me va a llamar al mediodía. ¿Podemos localizarla?

—Usará un móvil desechable. Pero tal vez haya una manera.

—Dile a nuestro disc-jockey que la tipa lo ha relacionado con esto, pero que ella cree que a mí él me parece un idiota.

Jane pensó que el disc-jockey era una forma de decir «de jota», que eran las dos primeras iniciales de David James Michael, el encantador multimillonario con tres nombres. Tal vez el tono un tanto ácido que Hannafin había utilizado cuando escribió el perfil de Michael estuviera calculado, de modo que no pareciera que él estaba en la nómina del ricachón.

—Lo primero que tengo que hacer es conseguir que nuestro chico de Seguridad se ponga en marcha ya —dijo Larkin—. No disponemos de mucho tiempo de aquí al mediodía. No sé si será posible.

—Supongamos que la pillamos —dijo el periodista—. Entonces, deberían ascenderme a editor antes todavía.

—Todo a su tiempo.

—A la mierda. Quiero un poco de gratitud.

—No tengo tiempo para esto ahora.

—Quiero un poco de gratitud, Randy.

—¿Solo ha pasado un año y ya te has olvidado de lo que hemos hecho por ti?

—Una promesa es una promesa, y es lo que se me ha prometido.

—Estoy seguro de que te darán el escritorio grande. Ahora, aguanta y espera.

—Cuenta con ello —dijo Hannafin, y colgó.

Por el teléfono fijo abierto del periodista se escuchó el chasquido de su móvil, que estaba sobre la mesita de noche.

Jane lo oyó moverse. Debía de estar terminando de vestirse.

Iban a convertirlo en el editor de qué, ¿del periódico para el que escribía? Si David James Michael era el propietario de una parte de esa publicación o de su compañía matriz, mantenía bien ocultos sus intereses.

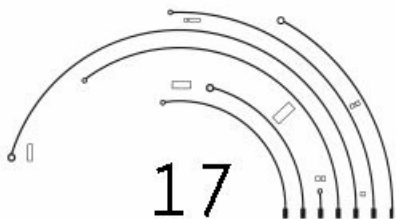
Así que Hannafin había demostrado ser un pequeño cerdo con la nariz metida en el abrevadero de D. J. Michael, uno más en un mundo lleno de gente en venta. No había puesto muchas esperanzas en él, pero en lo concerniente a periodistas, él era la única esperanza que tenía en esos momentos.

Si la depresión hubiera sido una opción viable, se habría comprado una botella de vodka, se habría alojado en un motel con un nombre falso y se habría ausentado de aquella guerra durante unos cuantos días. Pero su precioso hijo, Travis, vivía amenazado de muerte. Y la memoria de su marido estaba manchada por un asesinato disfrazado de suicidio. Además, su propio padre, el célebre pianista, seguía realizando una gira de conciertos llena de éxitos, a la espera de que su hija, a la que no veía desde hacía años y que se había convertido en una famosa fugitiva, acabara encarcelada o muerta a tiros antes de que ella pudiera hacerle pagar por lo que le había hecho a su madre diecinueve años antes. No tenía tiempo para la depresión. Ni un minuto.

Tampoco tenía la menor inclinación hacia la depresión. La depresión era para aquellas personas desesperadas que decidían que la vida no tenía sentido, pero Jane sabía, en cambio, que la vida tenía demasiado sentido para procesarlo, que cada minuto de vida estaba plagado de significado, lleno hasta los bordes de significado. Parte de su significado resultaba tan claro e incisivo como una aguja en el cuello, otra parte tenía un carácter tan alegre que el corazón henchido parecía capaz de elevarse por los aires entre los pájaros, aunque buena parte del significado más profundo de la vida quedara al margen de su comprensión, latente y misterioso.

De pie junto a la ventana, mientras observaba la casa de estilo Craftsman que estaba al otro lado de la calle, Jane se preguntó cuál era el mejor modo de trasladar algo de significado a la vida de Lawrence Hannafin, para que el periodista pudiera beneficiarse del don de ella, para que este pudiera reconocer con ojos claros el miserable sentido de la vida que había mantenido hasta ese momento, y pudiera esperar que mejorara cuando finalmente reconociera que su situación dentro

de aquel universo numinoso era incluso peor que el de una cucaracha que avanza a ciegas a través de una alcantarilla sin luz.



El cielo taponado dejaba caer unos copos que parecían capullos de flores, cubriendo el día de pétalos como si fueran un millón de claveles de boda. Cora Gundersun iba vestida de blanco, a la vez que una blancura agradable le cubría la mente. La madera blanqueada de las cerillas largas atadas en racimos de manera eficiente...

La llama del encendedor de gas encendió el primer grupo de cerillas de cabeza azul, que emitieron un silbido chisporroteante cuando se convirtieron en una antorcha en miniatura. Dejó caer el encendedor y condujo el Ford Expedition para sacarlo del arcén y entrar de nuevo en Fitzgerald Avenue, cuesta abajo hacia el cruce con Main Street.

Al final de Fitzgerald, justo al otro lado de Main, se encontraba el histórico hotel Veblen, construido en 1886 y renovado tres veces desde entonces, la más reciente el año anterior. El restaurante ocupaba la mitad de la parte delantera de la planta baja del hotel, lo que proporcionaba a sus grandes ventanales unas magníficas vistas a la calle del centro de la ciudad, que mostraba un aspecto pintoresco cubierta por la nieve que caía.

Mientras se acercaba al cruce que se encontraba a una larga manzana cuesta arriba desde Main Street, Cora sostuvo el volante con la mano izquierda y con la derecha arrancó del corcho verde blando de floristería el montón de cerillas largas ya encendidas. Lo usó para encender el segundo manojo, y luego arrojó el primero a la parte de atrás del Ford Expedition, donde enseguida encendió algunas de las doscientas cabezas de cerillas que había dispersas entre las latas de gasolina.

El olor a azufre que se extendió por el vehículo no había formado parte de su sueño lleno de fuego, pero a Cora no le pareció molesto. Lo consideró como el olor de la invulnerabilidad. La tranquila y pequeña voz le dijo que respirara profundamente para inocularse contra todo riesgo de arder, para volver a ser la figura maravillosa que inspirara asombro entre los espectadores.

En el espacio de carga que tenía a la espalda, la alfombrilla prendió casi de inmediato. El humo fino le resultó menos atractivo que la fragancia sulfurosa de los fósforos encendidos, pero, por supuesto, tampoco le haría ningún daño.

En el camino hacia la ciudad, la gasolina en los quince bidones se había visto afectada por el movimiento del vehículo, y no había dejado de chapotear y removerse contra las paredes

metálicas que la confinaban, lo que generó un calor que provocó una pequeña expansión y elevó los vapores para hinchar la envoltura de plástico que hacía las veces de tapón en los orificios de llenado y en las boquillas. Esas finas capas de película plástica se inflaron como globos en miniatura, y algunas se despegaron en parte de las gomillas que las fijaban en su lugar. Los vapores volátiles se condensaron en la superficie interior de aquellos profilácticos inadecuados, gotearon a través de pequeñas brechas y el líquido se deslizó por los bidones, no en gran cantidad, sino en diminutos regueros, tal vez no más de tres o cuatro cucharadas de líquido contando todos los bidones.

Para cuando Cora entró en la última manzana de Fitzgerald y empezó a acelerar en dirección a Main, hacia el histórico hotel Veblen, las llamas hambrientas ya ascendían por los bidones, donde encontraron las envolturas de plástico y las devoraron. Cuando lanzó el segundo paquete de fósforos encendidos en el espacio que había detrás de ella, escuchó el estampido de uno de esos depósitos de gasolina al estallar en llamas, y luego otro más, pero debido a que los bidones estaban ventilados por dos lugares y a que el aumento de la temperatura aún no era suficiente para precipitar una deflagración catastrófica del combustible, no se produjo una explosión inmediata, tan solo la ruidosa oleada de las llamas asomando por las boquillas y el orificio de llenado.

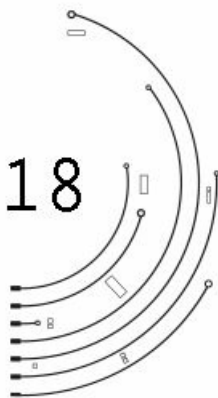
El espejo retrovisor mostraba el reflejo de las llamas que se agitaban en un esplendor caleidoscópico, y Cora vio que algunos peatones se detenían en la acera y la señalaban y miraban fijamente, sorprendidos de que ella hubiera pasado de caminar entre el fuego a conducir con fuego. Su asombro le encantó, y se echó a reír, sin mostrarse alarmada en lo más mínimo por el aire repentinamente tórrido, porque en ese momento era lo que siempre había sido: ignífuga. Era tanto la escritora como la protagonista de aquella asombrosa historia, y aunque el aire estuviera de repente tan seco y caliente que instantáneamente le cuarteó los labios y le agrietó la pared interior de las fosas nasales, no sintió miedo, porque la encantadora voz interior que la alentaba debía de ser la voz del Dios que había aconsejado y protegido a Shadrach en el horno. Shadrach, Meshach y Abednego sobrevivieron a la pena de muerte del horno del rey sin un solo pelo chamuscado, y ella también escaparía sin daño alguno de aquella prueba, mientras los espectadores se maravillaban y gritaban de admiración.

Cora Gundersun sufrió durante un momento terrible en aquella marcha por lo demás triunfante, mientras las llamas azotaban la parte trasera del asiento del conductor y cubrían el salpicadero entre los asientos delanteros, a la vez que el humo lo cubría casi todo. Vislumbró por un instante a un perro con una correa, al lado de su amo, en la acera. Aunque era un labrador de pelo dorado en lugar de un *dachshund* de pelo largo, recordó a Dixie Belle sola en su casa, y se sintió invadida por la intensa pérdida de su dulce Dixie, una sensación de pérdida que durante un momento le aclaró la mente, de modo que se dio cuenta del horror de su situación. Pero con un susurro tranquilizador, la vocecita de su interior mudó el terror por un arrebató de alegría y ella gritó en

éxtasis cuando las llamas se lanzaron temblorosas desde el salpicadero hasta el dobladillo de su falda.

Cuando el calor hizo saltar reventada la ventana de la puerta del maletero, gran parte del humo salió aspirado a través de ese hueco, de modo que las llamas del salpicadero se desplazaron hacia atrás y rozaron con alas brillantes el pelo rizado de Cora. Pisó a fondo el acelerador. Con el ánimo de una heroína indomable en el mejor relato que jamás hubiera escrito, soltó un grito de victoria mientras se precipitaba hacia la intersección.

Bajo un cielo inclemente más blanco que un ojo con cataratas, a través de la nieve en cascada que parecía un Niágara cristalizado, el Ford Expedition blanco atravesó los torrentes. Y ella, vestida de blanco como en el sueño, con el único vestido con el que se había sentido algo atractiva, se estrelló contra la pared frontal del restaurante del hotel, y las grandes hojas de cristal cayeron sobre los asistentes al almuerzo. Las mesas, las sillas, los platos y las personas salieron despedidas por doquier por su entrada principal. Por fin llegaron las explosiones que liberaron a Cora Gundersun de este mundo, cuando el vehículo se detuvo y la gasolina en llamas salió a chorro por toda la espaciosa estancia, una amenaza que ni siquiera el equipo de seguridad formado por seis guardaespaldas fue capaz de contener, y los envolvió, a ellos y al gobernador, que había acudido a la ciudad desde la capital para celebrar la reapertura de aquel histórico hotel.



Jane mantuvo a mano el móvil desechable. Los transmisores infinitos en los teléfonos de línea fija de Lawrence Hannafin aún le podían proporcionar cualquier información que él pudiera decir mientras se encontrara entre las cuatro habitaciones de su residencia donde estaban ubicados.

Se quitó la peluca rubia en el baño principal de la casa vacía, la puso en una bolsa de plástico y la devolvió a su bolso grande. Hannafin estaba en lo cierto cuando sospechaba que ella ya no era ni rubia ni morena. Tampoco tenía el cabello castaño liso y desgreñado, sino más bien lo suficientemente rizado como para engañar a cualquiera que la mirara, de tal manera que pareciera tener un rostro diferente del que figuraba en las fotos de Internet entre los más buscados del país.

En su vida anterior, antes de comenzar a investigar por cuenta y riesgo propios, rara vez había usado mucho maquillaje. No lo había necesitado; pero había momentos en esta etapa de su vida en que un poco de maquillaje, de corrector, de sombra de ojos y un toque de lápiz de labios podía convertirse en una especie de máscara, aportándole una sensación de anonimato tal vez mayor de la que realmente proporcionaba. Decidió permanecer sin maquillaje. Se quedó con la gorra de béisbol puesta y sacó de la bolsa un par de gafas con cristales sin graduación, un elemento de atrezo que utilizaría cuando saliera de aquel lugar.

De vuelta a la ventana del dormitorio, mientras esperaba por si lograba escuchar lo que Randall Larkin revelaría cuando llamara a Hannafin, repasó en la memoria la conversación entre ambos. Dos de las cosas que el abogado había dicho eran las que más le interesaban.

«Lo primero que tengo que hacer es conseguir que nuestro chico de Seguridad se ponga en marcha ya. No disponemos de mucho tiempo de aquí al mediodía».

Por «Seguridad» debía de referirse a la Agencia de Seguridad Nacional. Los implantes de nanomecanismos en el cerebro del fallecido Bertold Shenneck habían sido el santo grial para una gama tan amplia de cabrones ávidos de poder que tanto él como David James Michael pudieron

tejer una conspiración que incluía a personajes del sector privado y a funcionarios del gobierno, quienes juntos habían corrompido a figuras clave del FBI, Seguridad Nacional, el Departamento de Justicia y la Agencia de Seguridad Nacional. Eso para empezar. El sentido común le indicaba que la CIA, Hacienda y, quizá, todos los demás departamentos del gobierno, incluso en los niveles superiores del poder ejecutivo y de la legislatura, debían de estar —cuando no plagados— al menos infiltrados por miembros de esta confederación demencial de totalitarios utópicos.

De todos los departamentos y agencias del gobierno federal que se ocupaban de la aplicación de la ley y de la defensa nacional, la Agencia Nacional de Seguridad o NSA era sin duda la más secreta y poderosa. El centro de datos de Utah, que ocupaba casi diez hectáreas de terreno, era capaz de supervisar por todo el aire cada llamada telefónica y mensaje de texto y demás transmisiones digitales, almacenarlas y realizar análisis de metadatos en busca de pruebas de actividades terroristas y de otras amenazas a la seguridad nacional.

La NSA no leía los mensajes de texto ni escuchaba las llamadas telefónicas en tiempo real, e incluso más tarde solo revisaba una pequeña fracción de un porcentaje marcado por un programa de escaneo analítico. Si Larkin y los suyos tenían a alguien en la NSA en una posición lo suficientemente elevada como para ayudar en sus esfuerzos por identificar la señal de Jane en su móvil desechable, y su ubicación, mientras conversaba con Lawrence Hannafin al mediodía, eso solo podía significar que el rumoreado programa urbano de sobrevuelo era real.

Incluso cuatro años antes, algunos en el FBI habían especulado sobre la posibilidad de que la NSA mantuviera sobre las principales ciudades aeronaves especiales de vigilancia con personal propio, listas para ser lanzadas al aire a los pocos minutos de recibir una orden. Volaban a altitudes no muy elevadas que, sin embargo, les permitían un radio de rastreo de al menos ochenta kilómetros, y se suponía que estos aviones estaban equipados para pescar, en el gran río de señales de telecomunicaciones, solo aquellas ondas portadoras reservadas a los teléfonos móviles. Además, se dijo que el operador a bordo podía personalizar el programa de escaneo analítico para buscar palabras específicas de una crisis urgente, tales como los nombres de los terroristas a los que estaban buscando o el nombre del objetivo contra el que se pensaba que una célula terrorista podría estar planeando un ataque inminente.

En este caso, debido a que el equipo de búsqueda aerotransportado tendría los números de teléfono móvil y de línea fija de Hannafin, podrían vigilarlos, esperar la llamada entrante de Jane y utilizar la tecnología de seguimiento de fuentes para identificar la ubicación de su móvil desechable, ya estuviera sentada en un banco del parque, ya conduciendo en coche.

Eso no importaba. Ahora sabía que Lawrence Hannafin no era un periodista honesto. No lo llamaría al mediodía.

Sin embargo, gracias a Hannafin se había enterado de que el abogado, Larkin, era un asociado de David James Michael, quizás incluso uno de los miembros del círculo interno del

multimillonario. Era una pista nueva. Una fuente.

Si no podía encontrar un periodista que revelara la noticia, tendría que ir a por D. J. Michael. Un hombre de su riqueza sería difícil de acorralar. Tendría la mejor seguridad privada. Si el fundador de Facebook, Mark Zuckerberg, estaba rodeado por dieciséis guardaespaldas fuertemente armados en todo momento, como se había informado de manera fiable, entonces era muy probable que D. J. Michael tuviera más.

Sus fortunas eran aproximadamente iguales, pero Michael tenía más que ocultar. Y sabía que ella ya había dado con Bertold Shenneck y con un abogado, William Overton, que eran socios cercanos a él. Estaban muertos. Y aunque prácticamente todas las agencias policiales del país la estuvieran buscando, por aquel entonces, seguía siendo libre para perseguir a su presa.

Lo segundo de interés que Randall Larkin dijo durante la conversación telefónica mantenida con Hannafin requería una interpretación, pero estaba segura de que había captado el significado. Cuando el periodista insistió para que lo ascendieran a editor de su periódico, cuando declaró que merecía cierta gratitud por darles aquella oportunidad de atrapar a Jane, Larkin había respondido de forma oblicua.

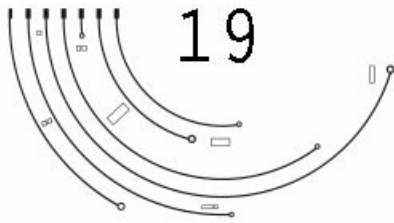
«¿Solo ha pasado un año y ya te has olvidado de lo que hemos hecho por ti?».

La esposa de Lawrence Hannafin durante diecisiete años, Sakura, había muerto un año antes.

Aunque Jane desconocía los detalles, la mujer había sufrido una crisis médica de algún tipo.

Hannafin no estaba cerca de su esposa cuando sucedió. Estaba fuera de la ciudad realizando un reportaje.

Con amigos como Randall Larkin y D. J. Michael, no habría necesitado arriesgarse a mancharse las manos de sangre.



Durante un par de minutos, los transmisores infinitos no enviaron nada más que silencio desde la casa de Hannafin al móvil desechable de Jane.

Cuando comenzó a hacer ruido de nuevo, Jane oyó el ruido de los platos y el tintineo de los cubiertos, el chasquido de lo que podría haber sido una sartén en un quemador de la cocina. Supuso que había ido a la cocina a desayunar. La cafetera, que estaba cerca del teléfono de la pared, comenzó a filtrar, y el sonido característico de su gorgoteo confirmó su ubicación.

En la calle, el tráfico había disminuido. Los niños se habían ido a la escuela; los padres, al trabajo.

Los Ángeles y sus alrededores rara vez habían visto un cielo tan maligno como aquel, con las nubes que lo cubrían condensándose hasta formar vetas de color negro. En Virginia, donde ella había vivido con Nick y donde había nacido Travis, las tormentas solían ir acompañadas de cielos dramáticos, pero aquí incluso el mal tiempo era tranquilo, y los rayos y los truenos eran poco frecuentes.

Tal vez cinco minutos después de que el periodista entrara en la cocina y veinte minutos después de que Larkin terminara la conversación anterior, el abogado volvió a llamar. El tono del móvil de Hannafin era un par de compases de *Don't Let the Sun Go Down on Me*.

Respondió a la llamada.

—Sí.

—Ya están en el aire —le dijo Randall Larkin—. Si llama temprano, estarán barriendo frecuencias y listos para ella.

—¿Qué pasará cuando la localices?

—Suponemos que se quedará por tu zona hasta que hable contigo. Dentro de veinte minutos tendremos a seis unidades terrestres preparadas dentro de un radio de treinta kilómetros a tu alrededor, a la espera.

—¿Qué pasa con el tiempo?

—¿Estás con el manos libres de nuevo? Me pone nervioso.

—No te cagues encima. Necesito las manos. Me estoy preparando el desayuno y, además, tengo la pipa en la encimera por si acaso.

—¿Pipa? ¿Una pipa de qué?

—Una pipa, un hierro, una pistola. Si piensa sorprenderme otra vez, le meteré un balazo entre las tetas.

—Ella llamará, tal como te dijo. No se arriesgará a volver hasta que esté convencida de que realmente piensas ayudarla.

—No sabes qué coño hará. No es más previsible que un terremoto. De todos modos, ¿qué pasa con el tiempo?

—¿Qué pasa con él? —preguntó a su vez Larkin.

—Si estalla la tormenta, ¿las aeronaves no se quedarán en tierra?

—No, no. Solo si el viento sopla con demasiada fuerza, pero se supone que no va a hacerlo. En cuanto llame, mantenla en línea todo el tiempo que puedas, finge que dudas pero que te inclinas por creerla, haz que deba convencerte un poco.

—Si tiene la sensación de que estoy improvisando, sabrá por qué, y colgará. Lo de buenorra y tonta suelen ir juntas, pero no en su caso.

—Eres periodista, así que también eres un artista en inventarte mierdas. Simplemente, usa tu don. ¿Qué es ese ruido?

—Estoy batiendo huevos para una tortilla.

—No todo iba a ser bueno con lo de quedarte viudo, ¿verdad?

—Es mejor que la alternativa. Esa perra era capaz de hacer que un hombre perdiera el gusto por las mujeres para toda la vida.

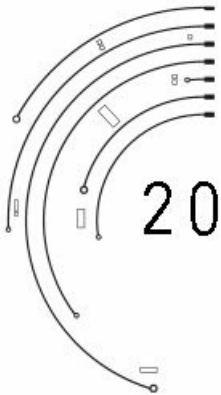
—Será mejor que superes tu cabreo antes de que llame. No importa lo listo que te creas, ella notará ese tono en tu voz.

—No te preocupes. Cuando esas unidades terrestres la encuentren, es mejor que la machaquen rápido y bien.

—Tú solo mantenla en línea —insistió Larkin—. Y cuidado no te quemes los huevos.

El abogado colgó, y Hannafin dijo:

—Anda y que te jodan, picapleitos —dijo cuando creyó que nadie le oía.



Con el bolso al hombro, las gafas de montura de carey y el cabello rojizo recogido bajo la gorra de béisbol, Jane se encaminó hacia el sur y se alejó de la casa vacía y del hogar de Hannafin, en dirección a la mañana cubierta de nubes y expectante.

La tormenta continuó reteniendo la lluvia, pero ya no se respiraba quietud. Los bordes afilados de las frondas de las palmeras temblorosas se rozaban entre sí. Sonarían ruidosamente si la brisa se convirtiera en viento.

Cuando pasó al lado de una alcantarilla, dejó caer el móvil desechable entre las rejillas y se detuvo el tiempo suficiente hasta alcanzar a oír el chapoteo del móvil en la fragante oscuridad de las ratas muertas.

Caminó una manzana y media y torció hacia el este en la siguiente esquina. Su Ford Escape negro estaba aparcado bajo las húmedas y floridas ramitas de los árboles pimenteros.

El coche lo habían robado en Estados Unidos; lo habían modificado con más potencia de motor en Nogales, México; le habían grabado un nuevo número de motor, repintado y entregado en una operación de venta sin licencia a través de la frontera en Nogales, Arizona. El concesionario de automóviles operaba en una serie de graneros sin marcar pertenecientes a un antiguo rancho de caballos, y no aceptaba cheques ni tarjetas de crédito. Ni hacía préstamos. Ella pagó con bastante dinero en efectivo que les había sustraído a algunas personas malas en Nuevo México.

Habían eliminado el GPS del vehículo, con su transpondedor de identificación, por lo que el Ford Escape no podía ser rastreado por satélite.

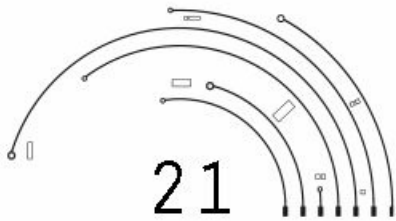
De momento, ya había terminado con el valle de San Gabriel, aunque no con Lawrence Hannafin. No pondría demasiada atención en él, no cuando tenía peces mucho más grandes que pescar, pero él era uno de Ellos, un miembro del grupo de psicópatas que D. J. Michael y el

difunto Bertold Shenneck, creadores de la web, habían montado, y se lo haría pagar tarde o temprano.

Condujo hacia el oeste y entró en el valle de San Fernando, el cual mostraba más signos de desgaste y agotamiento que el propio de San Gabriel. La decadencia no era evidente en todas las ciudades y, a menudo, el deterioro presentaba un carácter sutil y casi refinado. Pero en algunos lugares era evidente, una mancha de podredumbre y desesperación con la que se podía diagnosticar la corrupción que estaba devorando al país.

En una zona que hasta el momento había escapado de la plaga, se detuvo en una charcutería y pidió comida para llevar. No confió solo en su nuevo peinado y en las gafas para evitar ser reconocida, sino que también mantuvo una actitud que nadie asociaría con una fugitiva. No mantuvo la cabeza agachada, no se caló la gorra hasta las cejas, no evitó el contacto visual, sino que les sonrió alegremente a todos, conversó con el hombre que tomó el pedido y se agachó para mantener una conversación divertida con una linda niña que esperaba con su madre para recoger su pedido. Jane no era texana, pero Nick había nacido y crecido allí, y había estado con sus padres lo bastante a menudo como para poder imitar su acento, que no se parecía en nada a su voz tal y como la había escuchado la gente en los diversos fragmentos del vídeo del FBI que echaban por las noticias.

Cuando se sentó en su automóvil dispuesta a comer, tres rayos iluminaron el cielo en rápida sucesión, y le dio la impresión de que los árboles, los edificios y el tráfico que fluía se estremecían a lo largo de la calle estroboscópica, a lo que le siguió un chasquido semejante al de la corteza de la tierra tras partirse por el violento empuje de alguna clase de fuerza catastrófica. La lluvia cayó con intensidad tropical. El mundo se volvió borroso más allá de las ventanas del Ford, y Jane acogió agradecida la recién conquistada privacidad.



Los gnomos aguantaban pacientemente la lluvia. La casa de estilo rancho de un solo piso en Reseda estaba bien mantenida. En la puerta de la cerca blanca, una placa verde declaraba, con letras blancas de fantasía: LA CASA DEL ABUELO Y DE LA ABUELA. Seis gnomos poblaban el patio, un grupo de tres bastante contemplativo y otros tres inmobilizados en posturas de baile. También había un baño para pájaros y un molino de viento de un metro veinte de altura. Un letrero sobre la puerta principal rezaba: BENDITA SEA ESTA CASA.

Todo aquello eran gilipolleces, la forma de camuflaje de su propietario. Si aquellas personas alguna vez tuvieron nietos, probablemente ya se los habían comido.

Los registros de la propiedad identificaban a los dueños como John y Judy White, y aunque vivían allí, se hacían llamar Pete y Lois Jones. Solo Dios conocía sus verdaderos nombres, y posiblemente ni siquiera Él.

Eran refugiados sirios que probablemente nunca habían sido sirios, y que habían sido aceptados en Estados Unidos gracias a unos documentos falsificados que luego destruyeron. Se suponía que vivían en Boston con unos parientes de acogida, pero los parientes no existían, aunque Boston fuera real.

Jane llegó a la entrada protegida por un techado, cerró su paraguas plegable, lo apoyó contra una maceta y tocó el timbre.

Lois abrió la puerta, una mujer regordeta y mona de unos cincuenta y tantos años con el pelo negro y un chándal rosa demasiado ajustado. Tenía las uñas esmaltadas de verde y seis anillos con diamantes del tamaño de unas uvas. Y los ojos oscuros con una mirada capaz de filetear un pescado.

La mujer habló alrededor del cigarrillo que le colgaba del labio inferior. En lo que parecía más un acento de Europa del Este que uno procedente del Medio Oriente, la mujer dijo:

—Llegas pronto.

—Tengo mucho que hacer después. Esperaba que mi pedido estuviera listo.

—Estás mojada.

—Está lloviendo. Lo siento.

—No importa, querida. Entra.

La casa apestaba a tabaco.

—Siéntate, siéntate —dijo Lois—. Hablo con Pete.

En el sofá azul yacía un gordo gato blanco. Miró fijamente a Jane con unos ojos hostiles tan amarillos como las yemas de huevo.

Jane se sentó en el borde de un sillón reclinable.

Nada del interior de la casa era compatible con la imagen exterior típica de una casa estadounidense, pero tampoco era muy extraña hasta que uno se adentraba en la gran estancia de la parte posterior, donde Pete fumaba un cigarrillo tras otro mientras trabajaba con prensas antiguas, impresoras láser, máquinas de laminado y todo tipo de equipos distintos para fabricar impecables documentos falsificados de diversas clases.

El vendedor de coches del mercado negro en Nogales, Enrique de Soto, quien le había vendido el Ford Escape, le había hablado de estas personas. Ella conocía a Enrique porque se había cruzado en su camino mientras trabajaba como agente del FBI, durante la búsqueda de un asesino en serie llamado Marcus Paul Headsman que se dedicaba a coleccionar cabezas. Headsman afaná uno de los coches robados de Enrique —un momento de justicia callejera en una sociedad inclinada cada vez menos a garantizar la verdadera justicia—, y, después de su arresto, esperó obtener uno o dos favores tras denunciar al vendedor de coches robados.

Hay más delincuentes que agentes para perseguirlos. Es necesario que los policías de todas las agencias realicen una selección de casos del mismo modo que lo hacen los médicos de emergencia en una crisis con demasiados heridos a los que atender. Como sucedía con mayor frecuencia de lo que la gente creería, las autoridades que habían recibido la denuncia contra Enrique estaban sobrepasadas y con poco personal, aparte de que andaban persiguiendo piezas más grandes que él. Pusieron su expediente en un cajón con una etiqueta que rezaba algo así como PARA CUANDO LAS RANAS CRÍEN PELO, donde el papel se volvería amarillo y quebradizo hasta que, una o dos décadas más tarde, se desechara para dejar espacio a nuevos casos que nadie tuviera tiempo de investigar.

Jane había visitado a Lois y Pete dos días antes. Como parte de sus servicios, le proporcionaron cinco pelucas de alta calidad de diversos colores y peinados, unas cuantas lentes de contacto sin graduación que le cambiaban el color de los ojos, unas nuevas placas de matrícula falsificadas y varias fotografías que usar en un nuevo lote de permisos de conducir.

Un segundo gato blanco hizo su aparición y le bufó a Jane, la espalda arqueada, con un tono verde en los ojos que sería del todo adecuado para el estofado del caldero de una bruja.

Se levantó del sillón reclinable, y el gato se subió de un salto allí mientras Jane se cambiaba a un sillón de cuero cubierto de arañazos.

Aunque ya tenía una colección de permisos falsificados, ya no le servían. Mostraban diferentes nombres y estaban emitidos en diferentes estados, pero todos y cada uno de ellos mostraban una

imagen de ella con el aspecto que tenía antes de que su rostro apareciera en la tele en toda la nación.

Cuando Lois regresó, traía un pequeño sobre de papel manila y una bolsa de plástico que contenía las cinco pelucas, las cuales tendría que usar a la par que los permisos falsos.

Jane sacó las identificaciones laminadas del sobre y las revisó. Seis. Con diferentes nombres. Una mostraba una foto con el aspecto que tenía en ese momento, y cinco, con las pelucas.

Pete sabía que las imágenes tomadas por las cámaras baratas que había en cada uno de los departamentos de vehículos motorizados rara vez se parecían a los individuos fotografiados y nunca eran retratos muy glamurosos. Imitó la dura iluminación de los aparatos de los DMV, y ella puso caras raras que no fueran demasiado absurdas, pero que la hicieran parecer un poco extraña. Nadie a quien se le mostraran esas fotos pensaría en la agente del FBI; y la imprecisión de la imagen le permitiría embellecerse o afearse, según lo requiriera la situación, y seguir pareciéndose a la mujer en el permiso. Lo mejor de todo era que Pete trabajaba con un pirata informático de primera clase con una habilidad tan refinada que podía entrar en cualquier sistema informático de los DMV en el país e insertar un archivo personalizado que parecería legítimo para cualquier policía que pudiera detenerla por exceso de velocidad o por cualquier otra razón.

Había pagado por adelantado, y cuando devolvió los seis permisos al sobre, dijo:

—Esto vale cada centavo que me has pedido, pero los precios de tus pelucas son escandalosos.

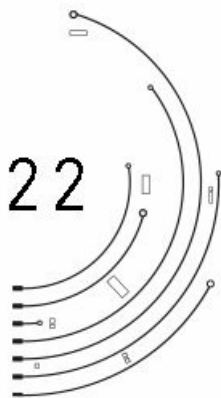
Lois soltó un anillo de humo.

—Un buen negocio consiste en vender una serie de complementos a un precio jugoso. No le hacemos descuento a nadie, cariño.

A Jane le habría encantado arrestarlos si hubiera tenido la autoridad para hacerlo, y si no hubiera necesitado su ayuda para mantenerse libre y viva.

—Ha sido un largo camino desde Siria, ¿eh?

—Siria es un retrete. Que tengas un buen día.



A las seis y media de la tarde del jueves, cinco horas después del ataque, la nevada comenzó a remitir y las farolas se encendieron. Bajo el resplandor de las luces de emergencia, el humo que surgía del hotel Veblen, medio derrumbado y quemado, hasta poco antes negro y denso, se elevaba en esos momentos blanco y escaso, como si se tratara de un amago de presencias etéreas, de espíritus que ascendieran desde aquel lugar de muerte llameante. Los copos de nieve, que eran más grandes al final de la tormenta, descendían en espiral lentamente con la solemne gracia de los pétalos de flores que son arrojados por los dolientes a una tumba abierta.

El sheriff Luther Tillman se encontraba en la esquina de Fitzgerald con Main, al otro lado de la calle frente a aquella devastación, con las manos metidas en los bolsillos de su acolchada chaqueta de uniforme con aislamiento Thermoloft. De vez en cuando, el ritmo y la velocidad de las exhalaciones de su aliento semejante al humo de un dragón cambiaban de manera visible, una muestra evidente de que su estado de ánimo pasaba de la ira a la pena y, de nuevo, a la ira. Se sentía agradecido de que los edificios que flanqueaban el hotel hubieran sufrido menos daños de los que se podría haber esperado, pero eso era un escaso consuelo a la luz de la magnitud de la destrucción. La cifra de muertos en ese momento ascendía a cuarenta y dos personas, incluido el gobernador y el congresista del distrito, pero ese número seguramente aumentaría a medida que los rescatadores buscaran por entre las ruinas.

Permaneció allí sumido en la frustración, después de que la policía del estado lo apartara a un lado y luego, con más agresividad, lo hicieran los agentes del FBI de su oficina en Minneapolis, y por fin, los especialistas del FBI que habían volado desde Quantico, principalmente desde la Unidad de Análisis de Comportamiento 1, que se ocupaba de terrorismo, incendios y bombardeos. No albergaba resentimiento alguno contra ellos. Poseían los conocimientos específicos y los recursos para investigar aquello más a fondo de lo que cualquier departamento del sheriff del

condado pudiera hacer. Y el hecho de que un congresista estuviera entre las víctimas significaba que se había convertido en un delito federal. Sin embargo, también se trataba de su jurisdicción, y muchos de los muertos eran sus amigos y vecinos. Se sentía afligido, y su dolor se agudizaba por momentos debido a su sensación de inutilidad.

A pesar del frío y del humo acre que iba y venía siguiendo los caprichos del viento de la tarde, la gente del pueblo se había arracimado en la zona para observar y hacer vigilia por los muertos. Los agentes de Luther les pedían amablemente que retrocedieran cuando se acercaban demasiado y proporcionaban consejos de un modo paciente a aquellos que estaban preocupados por lo que les hubiera podido pasar a sus seres queridos. Pero no había mucho más que su departamento pudiera hacer frente a la abrumadora presencia de las autoridades federales.

Llamaba la atención de la multitud, porque medía un metro ochenta y ocho y se mantenía bien erguido con cincuenta y un años; en sus tiempos había sido una estrella del fútbol americano en el instituto de secundaria local, y era tan negro como cualquiera en Minnesota, donde menos del cinco por ciento de la población era afroamericana. Se enorgullecía de que lo hubieran elegido sheriff del condado cuatro veces consecutivas. Sin embargo, no era el tipo de orgullo que conducía a un engreimiento; antes bien, estaba teñido de humildad y por un sentido de la responsabilidad hacia las personas que le habían confiado el trabajo.

Además, su esposa después de veintiséis años, Rebecca, era capaz de detectar a tiempo la arrogancia que se avecinaba justo cuando todavía no era más que una presunción engreída, y podía reprenderlo con una mirada o con unas pocas palabras cariñosas. Intentaba no olvidar nunca que sus actos también se reflejaban en ella y en sus dos hijas, lo cual era otra razón por la que se sentía consternado ante el hecho de que las autoridades superiores le hubieran dejado con tan poco que hacer cuando los lugareños esperaban, con razón, mucho más de él.

Le preocupaba que la investigación se hubiera reducido demasiado rápido a una sola pista: Cora Gundersun. Conocía a Cora desde hacía veinte años. Ella no era capaz de una violencia tan horrible.

Sí, pero. Cada ser humano era un misterio; cada mente, un laberinto de pasillos y salas secretas. Nadie conocía realmente a nadie ni qué podría ser capaz de hacer. A excepción de un cónyuge. E incluso en ese caso, no siempre.

Cora hacía maravillas con los niños que tenían necesidades especiales, y nadie había tenido jamás una sola palabra desagradable que decir sobre ella. Sin embargo, por mucho que Luther no quisiera creer que el gusano del mal o de la locura hubiera anidado en su alma, era demasiado policía para descartarlo.

Poco quedaba de su coche, convertido en una masa retorcida de acero y fibra de vidrio fundida, y menos aún de Cora, demasiado poco para hacer una identificación positiva que no fuera por el ADN. Numerosos testigos que la conocían bien estaban dispuestos a declarar que era ella quien

había conducido el Ford Expedition envuelto en llamas, que parecía que se estuviera riendo mientras aceleraba y que no había nadie más en el interior del vehículo.

El FBI también estaba registrando su casa, situada en una zona más rural del condado. En esos momentos, Luther no podía hacer otra cosa que no fuera observar y sentir que no servía para nada.

A las 18:42, después de cruzar la calle para hablar con el jefe de bomberos del condado, más por tener algo que hacer que por reunir información importante, le sonó el teléfono.

Quien llamaba era Rob Stassen, el agente a quien le había asignado que estuviera en la casa de Cora para ayudar a los federales.

—Sheriff, si no está demasiado ocupado ahí, debería venir aquí.

—En este momento, la única diferencia entre un oso que hiberna y yo es que no tengo una cueva. ¿Qué pasa? —preguntó Luther.

—Nada. Es solo que... se han ido.

—¿Quiénes se han ido?

—El FBI.

Los federales habían establecido un centro de respuesta a incidentes en la biblioteca de Main Street, a media manzana del hotel Veblen. De allí había salido un grupo de cuatro agentes hacia la casa de Cora Gundersun a las 15:30. Dos agentes especiales más, de los que llegaron más tarde de Quantico, cargados con cajas de equipo, los habían seguido a las 16:30.

La casa no era el escenario de un delito, pero cabía suponer que era el lugar donde se habían realizado la planificación y los preparativos. Un primer recorrido por las instalaciones, con un registro tan minucioso como un caso de aquella importancia requería, debería haberle llevado al equipo forense por lo menos hasta la medianoche.

Luther bajó la mirada a sus botas cubiertas de nieve y movió los fríos dedos para evitar que se pusieran rígidos. Luego se apartó del jefe de bomberos y bajó la voz cuando habló por teléfono.

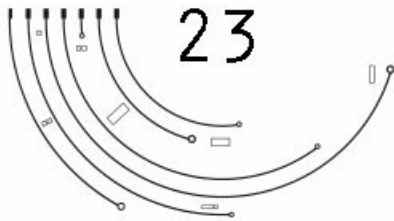
—¿Dijeron cuándo pensaban volver?

—No creo que lo hagan —respondió Rob Stassen.

La intuición de Luther le decía —le había estado diciendo desde hacía un tiempo— que algo no iba bien con algunos de los agentes federales. Unos pocos parecían desinteresados hasta cierto punto, ajenos al horror que los rodeaba. Por supuesto, los investigadores, al igual que los primeros agentes en responder a cualquier suceso similar, debían permanecer tranquilos y controlar sus sentimientos más intensos. Pero incluso los más profesionales entre ellos, endurecidos por experiencias siniestras, debían de sentirse perturbados y conmovidos ante una escena como aquella; y aunque no expresaran su angustia y su compasión con palabras o lágrimas, sus sentimientos deberían haberse reflejado en sus rostros a las claras. Al menos, cuatro de esos rostros, hombres y mujeres, estaban petrificados por la indiferencia, como si las mentes que había

detrás de aquellos ojos fueran incapaces de reconocer una humanidad común entre ellos mismos y las víctimas destrozadas y quemadas por el fuego, atrapadas y sin vida entre los escombros.

—Ahora mismo estoy solo aquí —añadió Rob Stassen—. Tengo una sensación muy extraña sobre el lugar, sheriff. Será mejor que venga a echar un vistazo.



La biblioteca estaba tranquila al final de la tarde, con las lámparas del techo encendidas solo en filas alternas, tal vez para ahorrar en el recibo de la luz. Las ventanas altas, compuestas por numerosos paneles, filtraban la poca iluminación procedente del gris claro del día lavado por la lluvia.

Había pasillos con estanterías cargadas de libros, aunque menos de lo que hubiera ocurrido en décadas anteriores, ya que les habían dedicado mayor espacio a los DVD, a un rincón donde contar cuentos para niños y, en la parte posterior de la gran sala principal, a una serie de mesas de trabajo con ordenadores disponibles para los visitantes.

Los teléfonos inteligentes, las tabletas electrónicas y los ordenadores portátiles tenían todos identificadores únicos y las autoridades podían localizarlos en tiempo real. Por lo tanto, Jane Hawk había recurrido a los ordenadores de las bibliotecas, donde navegaba de incógnito desde que había empezado a huir y a mantenerse fuera del sistema. Aun así, en caso de que las cadenas de búsqueda incluyeran a ciertas personas y cosas que sus perseguidores sabían que le interesaban —como David James Michael, la compañía Far Horizons, los nanomecanismos, los implantes cerebrales y asuntos similares—, ella podría disparar las alarmas de los sitios web que vigilaban sus enemigos, iniciando sus sistemas de seguridad en pos de la fuente de búsqueda. Por ello, procuraba que sus visitas a las bibliotecas fueran breves.

Estaba sola entre las mesas de trabajo y esperaba seguir sola hasta que terminara.

Tenía dos objetos de interés. El primero era Randall Larkin, el abogado. Tras no llamar a Lawrence Hannafin al mediodía, probablemente concluyeran que se lo había pensado dos veces tras su encuentro con el periodista y había decidido no confiar en él. No podían saber que ella había escuchado sus conversaciones telefónicas con Larkin.

Debido a que nunca había usado gafas, el sencillo accesorio con cristales sin graduación comenzó a molestarla. Los apoyos centrales de la montura le irritaban el puente de la nariz. La pieza final de la patilla derecha le rozaba la piel detrás de la oreja. No tardaría en desaparecer por la noche y, entonces, se las quitaría.

El bufete de abogados —Woodbine, Kravitz, Larkin y Benedetto— trabajaba desde una dirección en Little Santa Monica Boulevard, en Beverly Hills. El nombre de Randall Larkin la

condujo a numerosos enlaces. Anotó los detalles más destacados en un pequeño cuaderno y no tardó en tener lo que necesitaba.

Antes de pasar a la segunda búsqueda, después de examinar la estancia para asegurarse de que no hubiera nadie a la vista, se quitó las gafas y se masajeó las marcas que le habían dejado en la nariz.

Cuando abrió los ojos y se puso las gafas, había una mujer a unos cinco metros de distancia, al final de un pasillo de estantes, observándola con una leve expresión de perplejidad. Tendría unos treinta y pico años. Zapatos para caminar con suela de goma, falda de color canela, blusa blanca. Empujaba un carrito de libros y estaba devolviendo los volúmenes a su emplazamiento original en las estanterías.

Le sonrió, y la mujer le devolvió la sonrisa. Jane volvió a prestar atención al monitor, sin mostrar preocupación. Permaneció atenta a la bibliotecaria con su visión periférica mientras buscaba rápidamente cualquier noticia sobre la muerte de Sakura Hannafin el año anterior y encontraba lo que necesitaba.

—Disculpe —dijo la bibliotecaria. Se le había acercado con el carrito de libros vacío—. Estoy segura de que nos conocemos, pero no logro recordar de dónde.

Jane habló imitando el acento de Texas.

—Diantre, he tenido la misma sensación cuando la vi. ¿Alguna vez ha vivido en Dallas o por allí?

—No. Siempre en California.

—Estoy viviendo con una amiga en Oakdale Avenue, a un par de manzanas de Saticoy, mientras encuentro casa. ¿Conoce Oakdale?

—¿Está eso en Winnetka?

—Justamente.

La bibliotecaria asintió con la cabeza.

—Vivo en Canoga Park.

—Justo al lado. Quizá las dos hayamos comprado comida en las mismas tiendas del Pavilions.

—No, no voy allí a comprar.

Jane frunció el ceño, encogiéndose de hombros.

—Oiga, ¿cree que nos conocimos en una vida anterior?

—Bueno, siempre me he sentido atraída por el antiguo Egipto, los faraones, las esfinges y todo eso, como si hubiera vivido allí una vez.

—¡Usted, yo y Tutankamón!

Intercambiaron una sonrisa y Jane volvió a centrar la atención en el ordenador, como si todavía tuviera trabajo que hacer. La bibliotecaria se alejó empujando el carrito vacío. Quizá mirase atrás una vez más. Jane la observaba solo indirectamente.

En cuanto la mujer se perdió de vista por entre el laberinto de estanterías, dirigiéndose hacia la recepción, Jane apagó el ordenador y agarró su bolsa grande y su paraguas. Poco dispuesta a salir por la entrada principal, se encaminó rápidamente hacia una puerta con un cartel que indicaba dónde estaban los baños.

Al otro lado había un pasillo, y los paneles de rejilla que iluminaban desde arriba arrojaban pilares de luz que hacían relucir el suelo de vinilo azul pálido. En el extremo más cercano del pasillo, un letrero rojo brillante sobre una puerta anunciaba la salida.

Salió a la lluvia y a una pequeña zona del aparcamiento que probablemente estuviera destinada para los empleados de la biblioteca.

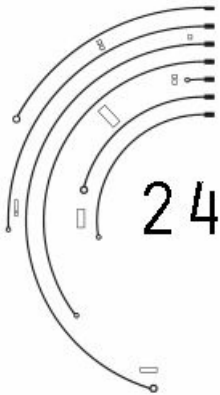
Su Ford Escape estaba a dos manzanas de distancia, en una calle residencial. Por eso nunca lo dejaba cerca de una biblioteca en la que realizara una investigación. Si ellos conseguían una descripción de su vehículo, tendría que abandonarlo, robar otro automóvil y conducir hasta Nogales, en Arizona, para llevar a cabo un intercambio con Enrique de Soto. Todos los demonios del infierno —o, al menos, sus secuaces— la estaban buscando, y no tenía tiempo para ir hasta Nogales.

Sin detenerse a abrir el paraguas, se apresuró por entre dos coches estacionados. Cuando se adentraba en el callejón lleno de charcos, un hombre gritó detrás de ella.

—¡Eh, oiga!

Miró hacia atrás y vio a un tipo vestido de uniforme. No era un policía. Llevaba uniforme verde y negro. Una pistola al cinto. Tal vez fuera un guardia de seguridad. ¿Las bibliotecas tenían guardias armados en la actualidad? Mierda, sí, incluso las iglesias probablemente tuvieran guardias de seguridad armados hoy en día.

Una empalizada de tiendas y restaurantes se extendía hasta el lado más lejano del callejón. Jane corrió y dejó atrás sus puertas traseras y contenedores de basura. El guardia gritó. Iba a por ella.



Las nevadas recientes cubrían las antiguas, como sucesivas capas de ropa de cama en un paisaje profundamente adormecido, con montículos aquí y allá que semejaban a las formas de los durmientes que sueñan. Las ramas esqueléticas de color hueso de los árboles cubiertos de invierno, las aronías, los arces y los álamos grises, junto con las ramas de hojas perennes cargadas de nieve, más blancas que negras, en absoluto verdes por la noche, ofrecían una escena monocromática en medio de la luz espectral de los campos nevados.

Luther Tillman condujo solo el todoterreno del departamento del sheriff a través de la campiña, convencido a cada kilómetro que recorría de que el asesinato en masa que se había producido en el hotel Veblen no era un acontecimiento aislado producto de la locura, sino el comienzo de algo más. La paz y otras muchas alegrías propias de su vida llena de satisfacciones descansaban sobre una finísima capa de hielo.

Sin luz en ninguna de las ventanas, la casa construida a base de tablones de madera blanca y un solo piso de Cora Gundersun, envuelta por una capa invernal, no apareció de repente a la vista, sino que se reveló de forma gradual a la luz de los faros. Torció justo para entrar en el camino de acceso, que no habían limpiado de nieve, y condujo hasta la parte trasera de la casa, donde aparcó detrás del todoterreno de Rob Stassen. Apagó los faros y el motor.

El humo que echaba el tubo de escape se cristalizó mientras Rob salía de su vehículo y cerraba la puerta.

Cuando Luther se acercó al agente, la perra salchicha de pelo largo de Cora saltó al asiento del conductor del todoterreno y miró por la ventana lateral con solemne interés.

—Dixie no habrá cenado —comentó el sheriff.

—Ya pensé en eso. —Rob tenía treinta y seis años, y había pasado diez años sirviendo como policía militar de la Marina antes de hartarse de frecuentar puertos extranjeros y volver a casa

para ayudar a mantener la paz—. Encontré su pienso. Tuve que convencerla para que comiera. Incluso así, apenas ha comido. Tiembla y gime, la pobre. Es como si lo supiera.

—Los perros lo saben —dijo Luther, mostrándose de acuerdo.

—De toda la gente posible, Cora, «maestra del año en Minnesota». Es que me parece increíble.

Luther se dirigió hacia el cercano porche trasero, con la nieve crujiendo y chirriando mientras se compactaba bajo sus botas.

—De un modo u otro, esta Cora de hoy no era la Cora que conocíamos —opinó Luther.

—¿Quiere decir que tenía una especie de tumor cerebral o algo así?

—Nunca lo sabremos. No queda rastro suficiente de ella para realizar una autopsia. —Habían limpiado de nieve los escalones del porche. Al subir por ellos, Luther dijo—: ¿No hay un aviso de la policía en la puerta, ni sello que la mantenga cerrada?

—Al principio siguieron todas las reglas, hasta que apareció el tipo ese, Hendrickson. Luego salieron de aquí con el rabo entre las piernas.

—¿Quién es ese tipo, Hendrickson?

—Booth Hendrickson, del Departamento de Justicia. Debe de haberles dado caña de algún modo, no sé por qué.

El FBI no era una agencia independiente del todo, ya que estaba bajo la autoridad del Departamento de Justicia.

—¿Le pediste una tarjeta? —quiso saber Luther.

—Afirmó que se había quedado sin ninguna. Tal vez fuera verdad. Demasiado universitario de Harvard y Yale, si quiere saber mi opinión. Pero su identificación de Justicia parecía auténtica, y los especialistas de Quantico lo conocían.

—¿Qué les dijo? ¿Por qué los echó?

—No me dijeron nada, sheriff. Para Hendrickson, yo solo era un policía de centro comercial. La casa está cerrada. Se llevó la llave, así que, si cree que debemos hacer esto, tendremos que forzar la puerta, tal vez encontrar una ventana sin el cerrojo echado.

—Cora tenía escondida una llave por si se quedaba fuera.

Cogió un cepillo de mango largo de cerdas rígidas que había apoyado contra la pared, y se quitó la nieve de las botas.

—Ya la registraron bastante mal, señor.

—No necesitamos empeorarlo, Robbie.

Rob Stassen usó el cepillo mientras Luther rebuscaba la llave en el saliente del dintel. Abrió la puerta y encendió las luces.

Caos en la cocina. La nieve derretida formaba charcos en el parqué. Las huellas fangosas parciales se superponían como una burla caprichosa del arte abstracto. El armarito tenía las

puertas abiertas. El contenido del cubo de basura estaba esparcido por el suelo, donde lo habían revisado y luego dejado sin recoger.

El polvo negro de huellas dactilares manchaba la mesa, la puerta de la nevera, los armarios. Habían buscado otras huellas además de las de Cora, por si acaso hubiera cómplices. Los investigadores se habían quitado los guantes de plástico usados para evitar contaminar la escena con sus huellas y los habían tirado al suelo o los habían dejado sobre las encimeras.

—¿Se parece al trabajo habitual del FBI? —preguntó Luther.

—Han contaminado la escena, sheriff. No es una película del FBI.

—Tal vez no lo haya sido durante mucho tiempo. ¿Recogían pruebas o las eliminaban?

—Por Dios, ¿de verdad me hace esa pregunta?

Luther estaba junto a la mesa del comedor estudiando un grueso cuaderno de notas que estaba abierto.

—Esto es de Cora. No he conocido a nadie que tenga una escritura tan clara como la de ella.

—Uno pensaría que lo escribió a máquina —comentó el agente.

Para aquella anotación había usado solo una cara de cada página. El lado izquierdo de la hoja había quedado en blanco.

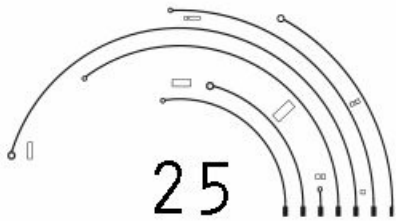
A la derecha, comenzando por la parte superior, había escrito «A veces, por la noche; a veces, por la noche; a veces, por la noche...». Como si se hubiera quedado sentada allí sumida en una especie de estado semiautista, con la mente atascada al igual que la aguja de un viejo tocadiscos en un surco de un disco de vinilo, esas cinco palabras se alineaban una línea tras otra.

Luther pasó una página, luego otra, una cuarta y una quinta, todas iguales en el contenido, hasta que llegó a donde ella continuó con el pensamiento que tanto necesitaba expresar: «A veces por la noche, me despierto completamente, me despierto completamente, me despierto completamente...».

Durante seis páginas, Cora se había limitado a repetir esas tres últimas palabras, que aparecían alienadas una y otra vez con una regularidad espeluznante.

Cuando Luther encontró material nuevo seis páginas más adelante, Rob Stassen, que estaba de pie junto a él, dijo:

—Se me ha helado la sangre.



Con el crepúsculo coagulándose rápidamente detrás de la capa de nubes oscuras que habían lanzado todos sus fuegos artificiales, la tormenta sombría arrojó una luz desagradable sobre el valle de San Fernando. Perseguida por un guardia de seguridad armado, Jane avanzó chapoteando por el agua que corría arrastrando basura a lo largo de la amplia y poco profunda ciénaga en el centro del callejón. Tras pasar junto a un contenedor de basura, y ver una puerta de acero con un cartel que rezaba VALENTINO RISTORANTE / ENTREGAS, intentó entrar, y tuvo suerte.

Al otro lado había una sala de recepción, aproximadamente de unos seis metros de ancho por tres de largo. El suelo y las paredes de hormigón, con estantes de metal vacíos a derecha e izquierda. Vio una puerta interior que probablemente condujera a la cocina, y el olor a ajo cargaba el aire. Todavía no habrían abierto para la cena, pero el personal seguro que ya lo estaba preparando todo.

Dio un paso hacia la izquierda, dejó la bolsa y se apoyó contra la pared. La puerta giró hacia ella y luego se cerró de golpe.

Si el tipo que venía a por ella no era un policía que trabajaba para una compañía de seguridad privada ni tampoco un antiguo militar, si fuera uno de esos aspirantes a policía que había conseguido que le concedieran un permiso de respuesta armada, estaría muy ansioso por demostrar su valía. Con una gran cantidad de entusiasmo pero escasa experiencia real, entraría allí a la carga bajo la suposición de que ella se hallaba decidida a escapar por el restaurante y a salir por la puerta principal.

Si era uno de esos aspirantes, ella deseaba solo que no irrumpiera en la sala de recepción con la pistola desenfundada. Algunos de aquellos candidatos a agentes realmente ansiaban apuntar a alguien con su arma, mientras que otros le tenían algo de miedo a sus respectivas pistolas.

El pomo giró, la solapa inferior de aislamiento de goma se deslizó por el umbral con un sonido de succión, la puerta se abrió alejándose de Jane, un chorro de aire cargado de lluvia salpicó la estancia, y allí estaba él, a menos de un metro de ella. El guardia se dio cuenta de su presencia cuando Jane presionó el botón de apertura y, en una fracción de segundo, le desplegó el paraguas en las narices.

El guardia gritó de asombro, tal vez por no percatarse a tiempo de lo que le había estallado delante de la cara. La aparición del paraguas había sido tan negra y repentina que quizá pensó que se trataba de la propia Muerte encarnada, con las alas desplegadas para envolverlo. Se tambaleó hacia un lado y cayó.

Jane dejó a un lado el paraguas y le pisó las pelotas al hombre caído con la fuerza suficientemente como para hacerle desear que lo hubieran castrado antes.

—No me obligues a hacerte más daño —le dijo, manteniendo el pie en sus partes preciadas.

No tuvo de qué preocuparse, porque el golpe en la entrepierna lo había dejado sin fuerzas. Se inclinó y le sacó el arma de la pistolera, dio un paso atrás y lo apuntó con el arma cuando la puerta exterior se cerró.

—Quédate en el suelo. Quítate los pantalones.

Con la cara pálida por la conmoción, jadeante de dolor, necesitó que le repitiera las órdenes antes de entenderla, pero no lo hizo para demorarse.

Cuando el guardia de seguridad se quitó los pantalones, la puerta interior se abrió y apareció un hombre de mediana edad con regios rasgos romanos, vestido de blanco y con un gorro de chef, quien evidentemente había entrado a ver qué era todo aquel ruido. La expresión de su cara fue la de cualquiera a quien le hubieran entregado en mano un cartucho de dinamita con la mecha encendida.

Cuando el chef comenzó a retroceder, Jane giró la pistola hacia él.

—Quieto ahí o te pego un tiro.

—Por favor, no, tengo una madre dependiente —le suplicó, levantando las manos mientras sostenía la puerta interior abierta con su cuerpo.

Con la espalda pegada al suelo, el guardia se esforzaba por quitarse los pantalones empapados de lluvia por encima de los zapatos, lo que a Jane le podría haber parecido una situación ridícula si no tuviera que preocuparse de que, allá en la biblioteca, la egiptófila ya hubiera llamado a la policía.

—Coge el paraguas y ciérralo —le ordenó al chef.

Este hizo lo que le ordenó, y el guardia consiguió liberarse de sus pantalones.

—Chef, tira el paraguas ahí, a la bolsa que hay en el suelo. Ni se te ocurra tirármelo a mí.

Podría haber sido campeón de lanzamiento de herraduras. El paraguas cayó justo encima de la bolsa. Jane se volvió hacia el guardia.

—Quítate los calzoncillos.

—Joder, no.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó.

—Sí, sí, lo sé.

—Así que sabes que estoy desesperada. Desnudo o muerto. Tú eliges. Rápido.

Se quitó los calzoncillos.

—Levántate.

Con una mueca y aspirando el aire entre los dientes apretados, necesitó apoyarse en los estantes de metal para ponerse en pie. Todavía no podía mantenerse erguido.

—Coge tus pantalones y calzoncillos —le ordenó—. Abre la puerta y tíralos al centro del callejón.

Hizo lo que le ordenaba, y cuando ella le dijo que se acercara al chef, también obedeció esa orden, aunque declaró con indiscutible sinceridad que la odiaba.

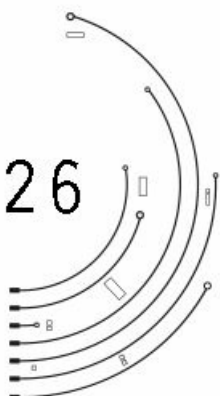
Jane impidió que la puerta exterior se cerrara por completo antes de contestar.

—Me partes el corazón. —Cogió la bolsa y el paraguas con la mano izquierda—. Chef, ¿eso que huelo es *bracirole*?

—Es una noche especial.

—Ojalá pudiera quedarme a probarlo.

Salió de la sala de recepción de mercancías, arrojó la pistola del guardia al contenedor y corrió a través de la lluvia, que ahora parecía más fría de lo que había sido dos minutos antes. El viento había tomado impulso durante su breve ausencia, ahora que la puerta de la noche se estaba abriendo, y soplaba a lo largo del callejón, aullando como una manada fantasmal que se hubiera asustado y se marchara de estampida a través del terreno siglos antes de que el primer hombre lo hollara por primera vez.



La cocina de la muerta. La grasa de tocino fría y pegajosa en una sartén sobre la hornilla. Había guantes de goma desechados por agentes del FBI, doblados sobre los respaldos de las sillas y en los bordes de las encimeras y tirados por el suelo, como si fueran los restos de criaturas marinas semejantes a las anémonas desplazadas desde un océano distante por medios desconocidos. Un plato junto con los cubiertos sucios en la mesa, dejados por una mujer a la que se conocía por su extraordinaria pulcritud. Y el diario que contenía miles de repeticiones de frases y oraciones con las que construyó laboriosamente un mensaje, la prueba de una necesidad obsesiva de transmitir una condición o experiencia que la asustaba y oprimía.

«A veces, por la noche, me despierto completamente...».

El sheriff Luther Tillman pasó seis páginas antes de encontrar otra construcción de la oración, que fue cuando Rob Stassen dijo: «Se me ha helado la sangre».

En la página ponía: «A veces, por la noche, me despierto completamente y siento que una araña se arrastra dentro de mi cráneo...».

—Seguro que el FBI tiene que haberse fijado bien en esto. No son tan incompetentes como para pasarlo por alto —dijo Luther.

—Pero se lo habrían llevado —respondió Rob—. Por Dios, es una prueba clave.

El comportamiento del FBI era inexplicable, pero Luther estaba más centrado en lo horrible que resultaba cuanto habían encontrado allí, y se entristeció al leer aquella prueba de que Cora Gundersun había padecido una enfermedad mental de un tipo u otro.

Pasó tres páginas antes de encontrar el punto en el que ella había logrado extraer de sí misma la siguiente parte de la oración:

«A veces, por la noche, me despierto completamente y siento que una araña se arrastra dentro de mi cráneo, y me habla...».

Dos páginas más tarde, había más, y tres páginas después de eso, y cuatro páginas después, hasta que su escritura terminó y todas las páginas restantes del cuaderno permanecían en blanco.

Luther leyó en voz alta el mensaje completo.

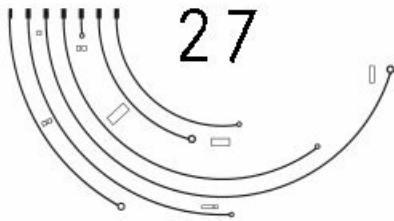
«A veces, por la noche, me despierto completamente y siento que una araña se arrastra dentro de mi cráneo, y me habla, me habla en un susurro maligno. Creo que está poniendo huevos en los pliegues de mi cerebro. Me dice que me duerma, y así lo hago. Me olvido de la araña durante un tiempo. Hasta que me despierto de nuevo por la noche y la siento arrastrarse, siento cómo me mete sus huevos en el cerebro, y la araña dice: “Olvídame”. La araña será mi muerte».

El compresor del refrigerador se encendió y Luther levantó la vista sobresaltado.

—Pobre Cora —dijo Rob Stassen—. Suena extraño decir eso, considerando lo que hizo hoy. Pero, por Dios, está claro que estaba mal de la cabeza. ¿Y ahora qué, sheriff?

Luther cerró el diario y se lo metió debajo del brazo.

—Ahora registramos este lugar de cabo a rabo y vemos qué otra cosa el FBI no creyó que fuera importante.



Jane necesitaba un motel sencillo que ofreciera anonimato pero que no tuviera cucarachas, donde pudiera decir que no tenía tarjeta de crédito y pudiera pagar en efectivo sin levantar sospechas.

Todo el valle de San Fernando era demasiado peligroso para ella después del incidente con el guardia de seguridad. Evitó las autopistas colapsadas por el tráfico que se filtraba alrededor de los innumerables accidentes relacionados con la lluvia. Condujo hacia el oeste hasta Woodland Hills y tomó la carretera estatal 27 en dirección sur a través de las montañas de Santa Mónica hasta la carretera de la costa.

La playa de Will Rogers State estaba cerrada. Una cadena entre los puntales impedía el acceso al aparcamiento. El terreno era difícil a ambos lados de las vías de entrada, pero rodeó el bloqueo con el Ford Escape. Apagó los faros y condujo lentamente hacia el aparcamiento a través de los jirones de la niebla costera.

La forma de una estructura emergió entre la niebla: los baños públicos. Retrocedió hasta el alero del edificio y salió a la lluvia con su bolsa. Del maletero sacó una de las dos maletas y la bolsa de pelucas.

Le llegaba el ruido del océano, que chocaba repetidamente contra la orilla, pero no podía ver las olas rompiendo a través de la niebla.

Habría cámaras en la entrada o en el exterior de aquellas instalaciones, o en ambos lugares. No era probable que obtuvieran una imagen clara con aquel tiempo. De todos modos, no iba a romper nada, por lo que no habría razón para que revisaran más tarde el vídeo de esa hora tan solitaria.

La pistola de ganzúas LockAid abrió la cerradura que protegía los aseos para mujeres. Una vez dentro, solo encendió el banco de luces que había sobre la hilera de lavabos. El aire olía a desinfectante con efluvio a orina.

Abrió la maleta en el espacio que había entre dos lavabos y sacó de ella una bolsa de basura grande que usaba cuando era necesario hacer cambios de vestuario durante el camino. Dejó a un lado la gorra de béisbol, se quitó la chaqueta deportiva y la pistolera de hombro con el arma. Luego se quitó el jersey y los vaqueros y los metió en la bolsa con el abrigo empapado. Por último, se quitó los Rockports, pero no los calcetines mojados, porque quería mantener una

barrera entre ella y un suelo que necesitaba una limpieza a fondo. Después de ponerse unos vaqueros secos, un jersey, la pistolera y una chaqueta deportiva nueva, se ató los zapatos mojados.

La policía ya conocería su cabello castaño. La lluvia le había quitado los rizos, pero tendría que teñirlo pronto.

Jane eligió de la bolsa de pelucas suministrada por los falsos refugiados sirios en Reseda una de color negro intenso con mechones cortados de forma desigual, una versión *Vogue* del estilo punk. A pesar de haber estado en aquella casa custodiada por gnomos donde se adoraba a los cigarrillos, el exuberante cabello olía a limpio, porque Lois, la del chándal rosa, guardaba las pelucas en un refrigerador con ese propósito.

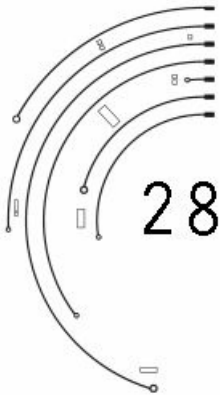
Jane se recogió su propio cabello, se ajustó la peluca, se la cepilló rápidamente, se miró en el espejo y creyó en su nuevo yo. Luego, se dio un poco de sombra de ojos con un sutil toque azul y lápiz labial para que coincidiera. Tendría que guardar las gafas y la gorra de béisbol para una futura encarnación. Se colocó un anillo de nariz falso en la fosa nasal derecha, una serpiente plateada con un diminuto ojo de rubí.

De los seis permisos de conducir falsificados, eligió el que tenía una foto que coincidía con su peinado (ahora era Elizabeth Bennet, de Del Mar, California) y la guardó en su billetera.

Entre el contenido de sus bolsillos que había puesto en la encimera del lavabo antes de cambiarse, un camafeo tallado en piedra de jabón fue lo último que recuperó. Era la mitad de un medallón roto que había encontrado su hijo, Travis, en el lugar donde lo estaban ocultando unos queridos amigos. El niño pensó que el perfil se parecía a su madre, y que debía ser buena suerte que lo encontrara entre las piedras alisadas en la orilla de un arroyo. Ella no veía parecido alguno. Sin embargo, aceptó el regalo y prometió llevarlo siempre, para que pudiera protegerla y garantizar que regresara con él. Besó el camafeo, como cualquiera podría besar una medalla religiosa o la cruz que cuelga de un rosario, lo besó nuevamente y lo sostuvo con fuerza en su puño durante un momento antes de guardarlo en el bolsillo de los pantalones vaqueros.

Debido a que el maletero del Ford estaba debajo del alero del edificio, cargó todo en la parte trasera sin mojarse, y corrió hacia la puerta del conductor. Diez minutos desde que llegó hasta que se fue.

Después de un día angustioso, se sentía algo más confiada de poder pasar la noche de forma segura. Sin embargo, como la delincuente más buscada de Estados Unidos que era, el día siguiente supondría un desafío, sobre todo si se tenía en cuenta lo que había planeado para Randall Larkin.



Si el contenido y el estado de la modesta casa de Cora Gundersun decían algo sobre ella, era que vivía una vida simple de pequeños placeres. Apreciaba la compañía de su perra, Dixie Belle, para quien había comprado numerosos juguetes y pequeños jerséis coloridos, y había dejado constancia de su vida juntas en media docena de álbumes de fotos. Disfrutaba haciendo tapices de pared, estaba suscrita a *Guideposts* y tenía una pared entera cubierta con fotografías enmarcadas de docenas de los estudiantes más queridos a los que ella les había dado clase a lo largo de los años.

Aunque la mujer había muerto y su derecho a mantener sus secretos había desaparecido, no tanto por el hecho de su muerte cuanto por lo que les había hecho a esas personas en el hotel Veblen, el sheriff Luther Tillman no podía evitar sentirse culpable de violar su privacidad. Rob Stassen abrió cajones, inspeccionó armarios y recorrió la pequeña casa. Ella tenía pocas posesiones y no quería nada más, y su modestia era evidente allá donde miraba.

No encontraron ningún otro objeto tan extraño como el diario que estaba en la mesa de la cocina, aunque en el dormitorio hubiera otros treinta cuadernos distintos. Las estanterías cubrían una pared desde el suelo hasta el techo. Los libros de tapa dura y los de bolsillo ocupaban los estantes más altos, pero el estante inferior contenía diarios del tamaño de una cuartilla de trescientas páginas llenos con la precisa escritura de Cora. Luther examinó unos pocos, y Rob hojeó algunos otros, y ambos llegaron a la misma conclusión: a lo largo de las dos décadas anteriores, la maestra había escrito cuentos y novelas completas a un ritmo prodigioso.

—¿No hay que escribir los manuscritos a máquina? —se preguntó Rob.

—Tal vez hizo que se los mecanografiara otra persona.

—¿Publicó algo alguna vez?

—No, que yo supiera —dijo Luther mientras pasaba las páginas.

—Sufrir tanto rechazo debió de haber sido difícil.

—Tal vez nunca la rechazaran.

—¿Qué? ¿Cree que publicó bajo un seudónimo?

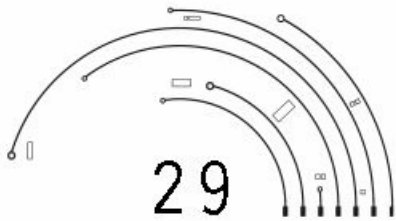
—Tal vez nunca intentase que la publicaran.

Rob leyó algunas líneas y dijo desdeñosamente:

—Está claro que no es Louis L'Amour.

Luther se había enganchado con el párrafo inicial de un relato y descubrió que tenía ganas de seguir leyendo.

—Tal vez no sea Louis L'Amour, pero tiene algo.



Un motel en Manhattan Beach, lejos de la arena, una habitación anodina y una cama de tamaño respetable con el colchón hundido, pero limpia y libre de insectos, al menos hasta que las luces se apagaron. La lluvia en la noche sonaba como diez mil voces de una población inquieta; las ráfagas de viento, por su parte, como un feroz orador que las impulsara a la violencia cuando, cada cierto tiempo, sacudían un toldo de metal cercano y golpeaban una contraventana suelta en un edificio abandonado al otro lado de la calle. Más comida para llevar, cargada de proteína. Coca-Cola con vodka.

Mientras comía, Jane revisó sus notas sobre la muerte de Sakura Hannafin y sobre la vida, en general, de Randall Larkin, el amigo de Lawrence Hannafin. Todos los que estaban relacionados con el multimillonario David Michael vivían en un laberinto de espejos de engaño, cada uno de ellos proyectando múltiples reflejos, sin que hubiera dos iguales; élites sociales y políticas cuyas vidas secretas —sus vidas verdaderas— transcurrían en las alcantarillas. Si su odio fuera veneno, estarían todos muertos.

Con su segunda Coca-Cola con vodka, encendió el televisor para ver las noticias por cable que ofrecía, además de detalles sobre ella, y por primera vez se enteró del incidente en Minnesota, donde el número de muertos ya era de cuarenta y seis.

Una querida maestra planeando un asesinato en masa, uno de esos que no se hacen en nombre de Alá: tenía las características de un ataque suicida programado por un implante de nanomáquina. Cora Gundersun había sido la «maestra del año en Minnesota». Tal vez el modelo computacional de los conspiradores la considerara una persona que, al menos de alguna manera, empujaría a la sociedad en una dirección que desaprobaban. Y, entre los que había incinerado, había un gobernador y un congresista con reputación de reformadores.

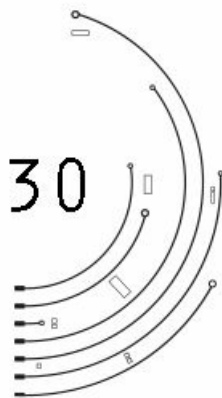
Los elegidos para la eliminación estaban en lo que los conspiradores llamaban «la lista Hamlet», algo de lo que Jane se había enterado por uno de los dos hombres que había matado en defensa propia la semana anterior. Con la actitud autojustificada de un político que argumenta que los chanchullos son una forma de justicia social, le explicó que si alguien hubiera matado a Hamlet en el primer acto de la obra de Shakespeare, habrían quedado más personas con vida al

final. Parecían creer realmente que esa burda interpretación literaria justificaba el asesinato de ocho mil cuatrocientas personas al año.

Eran intelectuales, entusiasmados con ideas más importantes para ellos que las personas. Aquellos que se designaban a sí mismos como intelectuales eran de las personas más peligrosas del planeta. El problema consistía en que todos los intelectuales primero se consideraban a sí mismos como tales antes de que otros aceptaran su estatus y los buscaran para que les transmitieran su sabiduría. No tenían que superar una prueba para confirmar su brillantez ni comparecer ante una junta acreditada por la cual necesitaran certificarse. Era más fácil ser aclamado como intelectual que obtener una licencia de peluquero.

Jane apagó el televisor, asqueada. Algo en el comportamiento de los presentadores de noticias le decía que tanto sus solemnes expresiones como sus voces medidas y sus pausas emocionales estaban calculadas; que cada uno de ellos, en el lugar donde se solapaban el perpetuo niño interior y la conciencia de reptil, se encontraba emocionado de encontrarse en directo cuando la tragedia aumentó la audiencia, cuando pudieron imaginarse que formaban parte de la historia.

Sin peluca, en camiseta y bragas, se sentó en la cama para terminarse la bebida, escuchando la lluvia y el viento que bramaba y el tráfico en la calle. Cerró los ojos y vio a su hijo durmiendo en la casa segura de unos amigos que nadie podía relacionar con ella, vio a los dos pastores alemanes que también vivían allí, se imaginó a uno de los perros durmiendo a los pies de la cama con el niño, como en la antigua Europa una loba había dormido con el bebé abandonado llamado Rómulo y lo mantuvo a salvo para que pudiera vivir y fundar la ciudad de Roma.



Poco después de las once de la noche, con Rebecca y Jolie dormidas en el piso de arriba, el sheriff Luther Tillman se sentó a la mesa de la cocina descalzo pero todavía con el uniforme puesto, inmerso en otro relato de Cora Gundersun. Los dos primeros habían sido elegantemente escritos. Ese tercero podría llegar a ser el mejor. A veces, la prosa le cantaba al oído, y cuando la pronunciaba en voz alta sonaba a través de la estancia con una melodía no menor.

Se quedó maravillado por el secreto largo tiempo guardado de la maestra: que hubiera sido capaz de llenar treinta gruesos diarios con una ficción de una calidad que cualquier editor se habría apresurado en publicar, pero que, evidentemente, nunca hubiera dicho una palabra sobre su escritura a nadie. Tan extrovertida como había sido, tan profundamente involucrada con su comunidad, también había vivido otra vida de creación febril, sola, excepto por su perra y por el perro anterior a Dixie Belle, creando un universo de personajes vívidos que poblaran su soledad.

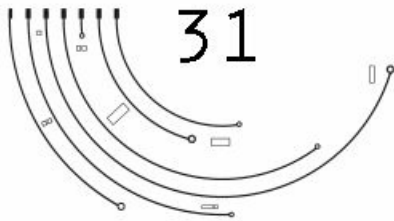
Como si Luther hubiera pronunciado su nombre en voz alta, Dixie gimoteó y levantó la vista de su cama, que el sheriff se había llevado de la casa de Cora y había puesto en un rincón de la cocina.

—Vuelve a dormir, pequeña —dijo, y la perra suspiró y agachó la cabeza.

Se había llevado también a casa diez de los diarios, más uno en el que Cora, obsesivamente, había escrito sobre su certeza paranoica de que una araña le estaba poniendo huevos en lo profundo del cerebro. Por la mañana, tendría que volver a casa de Cora y reunir los diarios restantes. No podía entender cómo una mujer que había escrito con tanta sensibilidad y tan bien podía haber empotrado ese coche bomba contra el hotel Veblen. Como alguien convencido de que cualquier crimen semejante era resultado de un crecimiento retorcido con raíces que podían desenterrarse, estaba seguro de que en algún lugar de esos cuadernos se podría encontrar la

prueba de su primera inestabilidad, el momento en que comenzó la paranoia. Quizá no solo cuándo, sino también por qué.

Colocado en un cargador encima de una encimera cercana de la cocina, su móvil sonó a las 11:48. El sheriff se volvió en su silla, cogió el teléfono y respondió a la llamada. El agente Lonny Burke, asignado a una de las rutas de patrulla por la campiña del condado, le informó de que la casa de Cora Gundersun era pasto de las llamas y que se trataba, sin duda, de un caso de incendio provocado.



Para Luther Tillman, aquello parecía algo más que un acto de débil venganza perpetrada por algunos familiares de los que murieron en el hotel.

Con las tejas, vigas, montantes, tableros, puertas, armarios y demás muebles convertidos en ceniza que el viento había arrastrado a los confines de la noche, la losa de hormigón emitía un brillo fosforescente, como un reflejo de la luz de la luna, si bien esta permanecía oculta por las nubes. El brillo pálido se debía al calor retenido, todavía tan intenso que los cristales de las ventanas yacían sobre el cemento en charcos deslumbrantes, los cuales, justo en ese momento, comenzaban a formar remolinos y ondulaciones, y todo el metal de los hornos y de la nevera y de las ollas de cocción—incluso del horno hecho para el fuego— se había convertido en una masa a medio fundir de pequeño tamaño, radiante y extraña.

A una distancia de unos catorce metros, la nieve alrededor de la casa se había convertido en vapor y agua, y el suelo helado se había convertido en lodo. Un poco más lejos, un manto de ceniza y manchas de hollín oscurecían el manto del invierno. Delante de la casa, el par de viejos pinos había perdido toda su fronda verde, y mostraba un aspecto irregular, negro y humeante, como si los dos árboles fueran tótems antiguos, con el suelo a su alrededor lleno de miembros desprendidos y transformados en carbón.

Los bomberos ya habían sido derrotados antes de llegar, no habían podido hacer nada más que contemplar cómo se consumían definitivamente los últimos vestigios de aquel infierno. Sin embargo, todavía estaban presentes, como si esperaran por pura superstición que un incendio tan artificialmente feroz pudiera volver a resurgir de sus cenizas a pesar de haber consumido todo cuanto pudiera arder.

En el punto donde el camino de entrada a la casa partía de la carretera del condado, apoyado contra el buzón, había un mensaje de los responsables del incendio, unas letras blancas pintadas en una plancha de madera contrachapada: ARDE EN EL INFIERNO, ZORRA ASESINA.

Vance Saunders, quien años antes estuvo al cargo del control de incendios en un portaaviones, le dijo que ningún acelerante corriente pudo alimentar un incendio semejante.

—Aunque hubieran empapado todas las habitaciones con gasolina, nunca habría ardido de esta forma —le comentó a Luther—. Había algo de napalm en esto.

Después de que los bomberos se fueran, Lonny Burke se encaminó junto a Luther hacia sus respectivos vehículos.

—Si abrimos un caso para esto, entonces todos los que conocían a alguien que falleció en el hotel son sospechosos de este incendio intencionado.

—Quienquiera que haya hecho esto, no es alguien del condado —dijo Luther.

Perplejo, Lonny dijo:

—¿Quién ha sido entonces?

Luther recordó cómo un hombre del Departamento de Justicia de Estados Unidos sacó al FBI de la casa y finalizó prematuramente su investigación.

—Tal vez nunca lo sepamos..., y tal vez no necesitemos saberlo.

Después de que Lonny regresara a su ruta de patrulla, Luther condujo lentamente hasta su casa a través de aquella noche de elevada latitud, donde, con tiempo despejado, a veces se quedaba traspuesto ante un cielo reluciente por la aurora boreal. Sabía que esas corrientes luminosas de color no eran más que partículas solares cargadas que bombardeaban la atmósfera superior y fluían a lo largo de líneas de energía magnética de la Tierra, pero aquel espectáculo nunca dejaba de asombrarlo. Uno podía conocer el origen científico de un acontecimiento y, aun así, considerar el fenómeno algo misterioso y místico, y sentirse pequeño y vulnerable ante ello.

Se encontraba a medio camino de casa cuando llamó a Rob Stassen, con quien había registrado la casa de Cora Gundersun. Rob respondió, todavía despierto.

—Soy yo —dijo Luther.

—Sí, señor. Solo estaba viendo algo en la caja tonta —respondió Robbie hablando con la boca llena.

—¿Estás mascando algo?

—Doritos y guacamole.

—Escucha, ¿le dijiste a alguien lo que encontramos en la casa de Cora?

—Terminé el turno, llegué a casa y me tumbé en el sofá. No he hablado con nadie.

—¿Con nadie en absoluto? Es importante.

—Con nadie. Excepto tal vez conmigo mismo.

—¿Qué hay de Melanie?

—Está en Idaho, visitando a su madre, ¿recuerda?

—Ah, sí, sí. La casa de Cora acaba de arder hasta los cimientos.

—¿Por qué no me sorprende? La gente es estúpida. ¿Me necesita allí?

—No. Lo que necesito es que no le digas a nadie que estuvimos en esa casa. A nadie. Ni una palabra acerca de los diarios que encontramos.

—Claro.

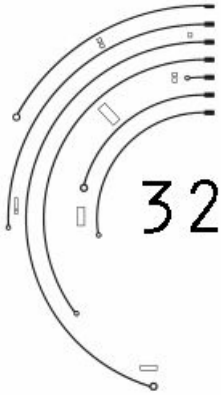
—Lo digo muy en serio, Robbie.

—Ya lo noto, sheriff. Me está asustando un poco.

—Bien. Ni siquiera hemos mantenido esta conversación.

—¿Qué conversación?

Luther colgó. Cuanto más se acercaba a casa, más rápido conducía, aunque no se percatara de que esperaba descubrir que algo terrible le había ocurrido a su casa, a su familia, hasta que llegó y se encontró con que todo estaba bien.



Jane soñó con Nick, el amor de su vida, un sueño bueno y vívido, táctil como rara vez lo eran los sueños, con su mano acariciándole la garganta, el pecho, y un beso en el hombro desnudo, su rostro radiante en medio de la penumbra ámbar y las sombras fluidas de un lugar sin nombre, y ella se sintió arrebatada no por el deseo, sino por la sensación de seguridad que sentía en sus brazos.

Pero luego, cuando habló, la expectativa de que sus palabras serían las de su amor y amante no se cumplió, y en su lugar poseía la odiosa voz del hombre que, dos meses antes, había conocido y engatusado a Travis para luego amenazar a Jane por teléfono: «Es un niño maravillosamente confiado, y muy tierno. Por pura diversión, podríamos mandar al chavalín a algún nido de serpientes del Tercer Mundo, entregarlo a un grupo como el ISIS o Boko Haram... —El suave contacto de las manos de Nick se había vuelto rudo, y cuando intentó apartarse de él, la agarró con fuerza—. Algunos de esos cabrones de allí son tan tremendamente aficionados a los niños pequeños como a las niñas... —Sus ojos ya no eran los de Nick, sino viperinos y fríos—. Incluso podría pasar de mano en mano hasta que cumpla diez u once años, antes de que alguno de esos bárbaros se canse de él y, finalmente, le corte su bonita y pequeña cabeza».

Envuelta en sudor, se incorporó del sueño y no fue capaz de encender las luces lo bastante rápido. Manoteó en torno a una de las lámparas de las mesitas de noche y luego en busca de la otra. Aunque estaba sola, sacó la pistola de debajo de la almohada sobre la que habría descansado la cabeza de Nick si él hubiera seguido con vida junto a ella.

Según el reloj digital, eran las 4:08.

No dormiría más esa noche.

El viento había escoltado a la lluvia hacia otra parte del mundo. Ni siquiera había ruido de tráfico en la calle, ni ningún sonido procedente de una habitación contigua del motel; la colmena

del sur de California se había paralizado a la espera del amanecer.

Lo que la había despertado no era el hecho de que el sueño se hubiera convertido en una pesadilla, sino una constatación de la que no se había percatado estando despierta, pero de la que había sido consciente al quedarse dormida. Nick había sido un hombre inteligente y con una mente poderosa, con un profundo sentido de la responsabilidad para con su familia. Y, aun así..., tras ser identificado por el modelo computacional como candidato para la lista Hamlet, después de que le inyectaran en algún momento un mecanismo de control, tras haber sido empujado a autodestruirse, lo había hecho. Por lo tanto, ¿qué hubiera pasado si, en cambio, le hubieran ordenado cometer un suicidio con asesinato, como acababa de hacer aquella mujer en Minnesota?

¿Qué hubiera pasado si a Nick le hubieran ordenado matar a su esposa e hijo antes de quitarse la vida?

Eso fue una suposición en la que ella se negó a pensar demasiado.

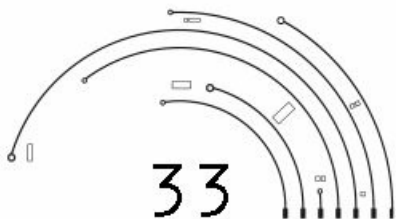
Con la pistola en la mano, se levantó de la cama crujiente y paseó por la habitación como si hubiera trampas ocultas por todas partes, a punto de saltar. En el baño, encendió la luz y recorrió la cortina de la ducha, cubierta de cal, totalmente convencida de que no había nadie allí escondido, pero sintiéndose obligada a comprobarlo de todas formas. Puso la pistola en la parte superior del tocador, abrió el agua fría, ahuecó las manos y presionó la cara contra el tazón que formaban las palmas y los dedos, como si quisiera limpiar de sí aquella insidiosa suposición.

Observó las gotas transparentes que le caían del rostro y salpicaban el lavabo de porcelana astillada, se imaginó con facilidad que fueran gotas de sangre.

El problema con el juego de las suposiciones era que, una vez que se comenzaba a jugar, uno no podía dejarlo cuando quisiera. De una suposición saltaba a otra.

En una supuesta confrontación, ¿qué pasaría si la capturaban y le inyectaban un mecanismo de control? ¿Y si entonces le decían que volviera con su niño y lo matara y luego se suicidara? ¿O qué pasaría si le ordenaban que lo matara a él, pero no a sí misma, para dejarla vivir con el conocimiento de lo que había hecho después de que él se apresurara a abrazarla?

Había creído que entendía todo lo que estaba en juego. Pero los poetas y los sabios estarían de acuerdo en afirmar que el infierno tenía varios niveles; y ella acababa de vislumbrar un estrato más profundo que los que hubiera visto con anterioridad.



El sheriff Luther Tillman nunca había necesitado —y nunca había tenido la paciencia para soportarla— lo que otros consideraban una noche completa de sueño. En cambio, sí le bastaban cuatro o cinco horas, seis de vez en cuando. El sueño era descanso para él, sí, pero también lo sentía como algo con sabor a muerte, al despertar para descubrir que, durante horas, el mundo había ido bien sin él, como un día seguiría para siempre. En caso de apuro, podía pasar una noche entera sin dormir con pocas secuelas. Esa iba a ser una de esas noches.

A la 1:10 del viernes, después de regresar de las ruinas de la casa de Cora Gundersun, preparó café y puso una lata de galletas de mantequilla sobre la mesa de la cocina. Se sentó allí para seguir leyendo unos cuantos escritos más de la maestra. Página tras página, la ficción de Cora no solo lo entretuvo, sino que también lo aleccionó sobre la complejidad de su mente y la generosidad de su corazón. Si creía que la había conocido bien, descubrió que apenas la conocía en realidad. Era como si se hubiera adentrado hasta las rodillas en un estanque de superficie plácida, solo para descubrir profundidades incommensurables repletas de vida.

Sin embargo, nada de lo que leyó lo ayudó a explicar el acto que había cometido. De hecho, la belleza de su ficción hizo que la fealdad de sus acciones fuera más difícil de comprender, de modo que poco después de las cuatro y media de la mañana, dejó a un lado sus relatos y volvió al diario en el que había luchado durante tanto tiempo para sacar de sí misma las cuatro frases sobre una araña que se arrastraba dentro de su cráneo.

Cuando él y Robbie Stassen leyeron aquellas palabras mientras estaban en la cocina de Cora, pasaron rápidamente por encima de las repeticiones, ya que, debido al trazo preciso de su letra cursiva, estas formaban un patrón que adormecía la vista, pero que cambiaba de forma dramática al comenzar una nueva frase. Ahora, por el contrario, se puso a examinar las páginas con mayor cuidado, línea por línea, buscando algo, aunque no supiera el qué.

Tras un rato, se vio recompensado con la palabra *hierro* donde debería haber aparecido *dentro*: «una araña se arrastra hierro de mi cráneo...».

Habría pensado que no significaba nada, que no era más que un simple error, pero veinte líneas más tarde la palabra aparecía en el mismo lugar y, más adelante, tras otra frase entera («me habla en un susurro de hierro»), reemplazando a la palabra *maligno*.

En cada investigación, un buen policía buscaba patrones así como la falta de ellos donde debían de estar y, a menudo, como en ese momento, llegaba a revelar alguna pista.

Después de encontrar veinte ejemplos de la palabra *hierro* donde no debía aparecer, encontró la palabra *horno* en el lugar que le correspondía a la palabra *susurro*, y luego en vez del sintagma *mi cerebro*.

Vio diecinueve ejemplos de *horno* antes de descubrir una tercera palabra incrustada como un código dentro de los miles de repeticiones.

El sintagma *durante un tiempo* se convirtió en *durante un lago*. Esa misma sustitución ocurrió veintidós veces en once páginas.

Aunque Luther procedió línea por línea a través de las páginas restantes del cuaderno, no encontró nada más de interés.

Lago Iron Furnace. Hierro. Horno. Lago.

La lucha de Cora por expresar su extraño temor a que una araña estuviera colonizándole el cerebro parecía ser la obra de una mujer desconcertada por su propia paranoia en rápido desarrollo, tal vez avergonzada, asustada no solo de la araña imaginaria en sí, sino también por creer en su existencia, que una parte de ella debía reconocer como un acto irracional.

La incorporación de un posible nombre de lugar dentro de las páginas de escritura repetitiva parecía un asunto diferente, ya que si bien de forma consciente intentaba por escrito una afirmación sobre la araña, su subconsciente se esforzaba por transmitir desde su rincón más oscuro el nombre de un lugar que, bien había olvidado, bien se resistía a recordar.

Tras encontrar aquello, Luther ignoraba lo que podría significar, o si significaba algo, o cómo podría establecer una relación entre su miedo paranoico y su ataque al hotel.

De todos modos, no tenía sentido realizar una investigación así. Su improbable autora estaba muerta. Ella ya no podría montar una defensa basada en un alegato de locura. El sheriff no tenía necesidad de prepararse para un juicio.

Sin embargo, no pudo pasarlo por alto después de la inspección inadecuada que el FBI había realizado en la casa de Cora, por el agente del Departamento de Justicia que ordenó a los agentes del FBI que abandonaran y dejaran de investigar, y no menos importante: porque alguien había incendiado la casa de un modo muy concienzudo, destruyendo todo cuanto contenía, tratando de aparentar que unos habitantes vengativos del lugar eran los culpables.

Luther había comenzado a trabajar como policía porque creía en el Estado de derecho. Una sociedad civil no podría sobrevivir sin él. Cuando el imperio de la ley se debilitaba, los fuertes se aprovechaban de los débiles. Si se derrumbara el imperio de la ley, ocurrirían toda clase de barbaries, y las calles se llenarían de sangre en un volumen tal que, en comparación, todas las plagas bíblicas apocalípticas y los horrores de los desastres parecerían producto de la imaginación de un niño ingenuo. Durante mucho tiempo, había observado con preocupación cómo

aquellos que eran corruptos se volvían más audaces en sus robos y en su afán de poder, y la corrupción se había extendido a las instituciones que antaño fueron inmunes.

Tenía dos hijas. Tenía una esposa. No podía dejar de lado ese caso simplemente porque las autoridades superiores lo hubieran apartado de su jurisdicción, ni porque encontrar la verdad sobre el ataque al hotel pareciera una tarea imposible. Excusarse con la naturaleza imposible de cualquier asunto no era más que una forma de cobardía.

Entró en su estudio y abrió el hermoso armario de caoba donde guardaba las armas. De los tres estantes inferiores previstos para el almacenamiento de municiones, uno permanecía vacío. Puso los diarios de Cora Gundersun allí, cerró el armario con llave y luego se la guardó en el bolsillo.

A las 5:50, mientras Luther estaba sentado delante del ordenador, leyendo sobre la ciudad a la que quizá Cora estuviera aludiendo con las palabras *hierro* y *horno*, Iron Furnace, de Kentucky, Rebecca entró en pijama y bata. Lo rodeó con los brazos desde atrás y le besó la parte superior de la cabeza.

—¿Despierto toda la noche?

—No había manera de que me durmiera.

—No hay nada que pudieras haber hecho o puedas hacer.

—Una esposa tiene que decir eso.

—Sobre todo, cuando es verdad. Ahora tienes que estar preparado para este día horrible.

—Los federales no me dejan hacer nada más que dirigir el tráfico.

—Ellos querrán que hoy ocupes un puesto central.

—No veo por qué iban a quererlo.

—La nieve ha afectado al transporte aéreo. Anoche, en su mayoría, había solo medios locales y estatales. Pero esta mañana habrá un montón de periodistas en la ciudad, y los tipos de Washington querrán que tu cara salga ahí fuera en caso de que necesiten a alguien a quien culpar.

Luther apagó el ordenador, se levantó y la abrazó antes de hablar.

—¿Qué le pasó a la mujer optimista con la que me casé?, ¿de repente se ha vuelto cínica conmigo?

—No sucedió de repente —dijo.

—No, supongo que no.

—No dejes que te utilicen, Luther.

Él la besó en la frente.

—No lo harán.

—Lo harán si los dejas. Si te lanzan paletadas de mugre mientras están excavando un agujero para escapar... Bueno, nosotros todavía tenemos que vivir aquí.

—La gente de este condado me conoce, me tiren o no mugre.

—La gente de Judea también conocía a Jesús, y ¿cómo acabó eso?

—Mujer, que yo no soy Jesús.

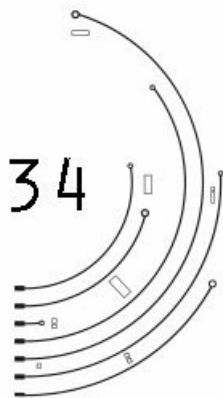
—Justo lo que quería decir.

—Cierra los ojos, preciosa.

Entonces le besó el párpado izquierdo y luego, el derecho. Ella apoyó la cabeza en su pecho.

—De todos modos, todavía soy muy optimista contigo.

Se abrazaron mientras, más allá de las ventanas, la luz atravesaba el cielo sombrío y cuajado y se formaba un nuevo día.



Jane los vio mientras conducía lentamente por una calle residencial de los apartamentos de Beverly Hills, al sur de Wilshire. Eran dos muchachos, quizá de unos dieciséis años. Llevaban puestos unos pantalones vaqueros desgastados y parcheados tan exquisitamente ajustados y rotos que debían de ser piezas de diseño de alta calidad antes que saldos de una tienda de segunda mano. También vestían camisetas de rock antiguo. Uno de ellos llevaba una chaqueta vaquera de color negro desgastada echada sobre los hombros como si fuera una capa, y el otro no se mostraba afectado por el frío de la mañana, pese a ir con la única protección de un sombrero como el del protagonista de *Breaking Bad*. Cada uno llevaba un monopatín. Los dos estaban fumando, aunque California hubiera elevado la edad legal para el consumo de tabaco a los veintiún años. Ninguno cargaba una mochila o llevaba libros, y era evidente que habían salido a la calle tan temprano no por la impaciencia de pasar un día en el instituto, sino para evitarlo.

Condujo dos manzanas más, dobló la esquina, aparcó, regresó a la calle donde estaban y se colocó frente a ellos apoyada en un coche junto a un ficus. Llevaba puesta la peluca negra de estilo punk de *Vogue*, la sombra de ojos y un lápiz de labios de color azul intenso, además del anillo en la nariz. Daba igual lo que se hubiera puesto, los ojos de ambos se habrían dirigido hacia ella atraídos como el hierro por el imán, pues los chavales que habían superado la pubertad y los hombres de todas las edades siempre la miraban, ya fuera de manera indirecta, ya más descarada. Nunca se había sentido resentida por ese interés, aunque hubiera tenido poca paciencia con ellos y, a menudo, se había mostrado desdeñosa, hasta que una instructora de artes marciales en Quantico la convenció de que su aspecto le daba ventaja sobre otros agentes, ya que este era una atracción o una distracción, según eligiera, y podría ser una herramienta de gran valor.

Cuando los chavales se acercaron, vio que uno de ellos llevaba una camiseta con el emblema de Guns N'Roses y el otro, una camiseta de ZZ Top con el coche y los faros encendidos de su gira

Eliminator. Ambas prendas estaban desgastadas, aparentemente eran de segunda mano, pero dudaba mucho de que esos cachorros hubieran escuchado la música de cualquiera de los dos grupos, y menos aún los cortes más profundos de sus álbumes.

—Tíos, ¿sois tan malotes como queréis aparentar? —les preguntó.

Se detuvieron y la miraron fijamente. ZZ sonrió, mientras que Guns mantenía una cara inexpresiva, y ninguno de los dos dijo nada, porque una de las reglas de ser molón consistía en que el silencio tenía poder.

Ella conocía el juego mejor que ellos. Les sostuvo la mirada y mantuvo el rostro tan solemne como si fuera una diosa cruel que esperara ser honrada con un cordero, un altar, un sacrificio de sangre.

El sol de la mañana filtrándose a través del árbol los envolvió en una luz dorada y una sombra púrpura, y aunque la ciudad que los rodeaba se hubiera alzado temprano respondiendo a la llamada del dinero, justo en ese momento se produjo un silencio digno de un campo de trigo de Iowa.

Después de dar una calada a su cigarrillo y echar el humo por la nariz, como para dejar claro que tenía genes de dragón, ZZ fue el primero en hablar. Inclino levemente el ala de su sombrero con dos dedos y le dijo a su amigo, con otra sonrisa:

—¿Esto es zona de putas ahora?

Jane se dirigió a Guns.

—¿Por qué quedas con él? ¿Es que te hace pajas?

La sonrisa de ZZ se convirtió en un gruñido.

—Zorra.

Jane siguió hablando sin dejar de mirar a Guns.

—Es un chico muy sensible. Me gustan los chicos sensibles.

ZZ comenzó a responder, pero Guns le cortó.

—Cállate, tío. Te va a destrozar con esa lengua.

En todos los grupos de dos o más machos siempre había un perro alfa, y en este caso lo era Guns.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—¿Lo mejor que sabéis hacer es faltar a la escuela y pasar pitillos... o tenéis cojones?

Guns decidió claramente que el cigarrillo había dejado de ser un símbolo de rebelión y se había convertido en un gesto de afectación. Lo dejó caer en la acera y lo aplastó con el pie.

—Si tienes alguna mierda que vender, véndela ya.

Llevaba el bolso abierto al hombro. Jane sacó cuatro billetes de cien dólares, pero sin ofrecérselos todavía.

—Mil dólares para cada uno. Doscientos ahora. Doscientos más cuando os presentéis en el

sitio de trabajo. Seiscientos cuando el trabajo esté acabado.

—¿Qué trabajo?

ZZ no pudo resistirse.

—Nos quiere pagar para que nos la zumbemos, tío.

Jane contestó mientras Guns torcía el gesto.

—No compro fuegos artificiales que estallan cuando todavía están en el paquete.

—Sé amable con la señora —le dijo Guns a ZZ. A Jane le preguntó—: ¿Qué clase de trabajo?

—Soy agente judicial —le mintió—. ¿Alguno de vosotros sabe lo que es eso?

ZZ contestó en un intento de recuperar algo de dignidad.

—Le entregas a la gente citaciones, de modo que tengan que presentarse en el tribunal.

Le concedió una sonrisa dulce.

—Después de todo, todavía hay alguna neurona bailando en esa cabecita. —Ella les dijo lo que tenían que hacer y dónde necesitaba que lo hicieran—. El tipejo al que tengo que entregarle la citación ha sido muy escurridizo hasta ahora. No sé en qué momento se presentará, así que la parte más difícil de lo que tenéis que hacer es pasar una media hora quietos sin hacer nada. Me imagino que eso para vosotros debe de ser ya un arte.

Ofreció doscientos en cada mano, y ZZ le arrebató su parte. Guns dudó.

—Mil dólares por no hacer casi nada.

—Es por una demanda de cien millones de dólares —mintió Jane—. Un par de miles de dólares es un gasto insignificante.

—Ese tipo al que tienes que pillar... ¿Es de la mafia o algo así?

—Soy una tipa dura. Tienes que serlo en mi negocio. Pero no soy una mierda total. No convertiría a un par de chavales como vosotros en un objetivo de la mafia. El tipo es un contable cerebrita, un flojera, un administrador de dinero con los dedos largos, eso es todo.

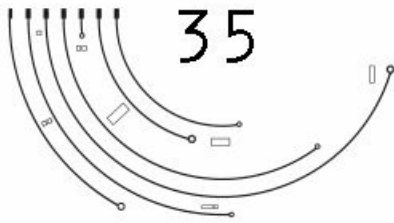
Guns la miró fijamente a los ojos durante todo el discurso y tomó el dinero, totalmente convencido de que era capaz de leer sus intenciones y ver si mentía.

Quizá ninguno de los dos apareciera, a lo mejor cogerían el dinero y se largarían, pero las posibilidades de que eso ocurriera eran escasas. Era capaz de captar lo que pensaba Guns tan bien como él pensaba que podía captarla a ella. Había adivinado que el muchacho haría lo que le dijera en cuanto se burló de ZZ con la frase sobre los fuegos artificiales que estallaban en su paquete. Como la mayoría de los adolescentes de esta época y lugar, había un exceso de autoestima en Guns, pero sentía la necesidad de demostrar su valía ante el mundo. Y, por supuesto, era víctima de sus hormonas, un salido. Aunque no tuviera ninguna posibilidad con ella, no podría vivir consigo mismo si no le demostraba que podía seguir adelante, porque escaquearse sería el equivalente de estallar de forma prematura.

Dejaron caer sus monopatines y se alejaron a lo largo de la acera impulsados por sus pies

izquierdos, ZZ en pos de Guns, haciendo saltar los monopatines en el aire cuando llegaron a un lugar donde el pavimento estaba agrietado y levantado por una raíz de árbol. Se alzaron en el aire con los monopatines aparentemente pegados a los pies, elegantes en el vuelo, y regresaron al cemento con un estruendo, sin perder ni una pizca de su equilibrio.

Los observó hasta que se perdieron de vista en una esquina, y luego caminó por una ruta diferente hasta el lugar de trabajo donde se reuniría con ellos.



Después de que Luther Tillman se duchara y se afeitara, mientras se ponía el uniforme, Rebecca entró en el dormitorio para anunciar que el señor Booth Hendrickson, del Departamento de Justicia de Estados Unidos, lo estaba esperando en su estudio. Era el mismo tipo que, al decir de Rob Stassen, había sacado a los agentes del FBI de la casa de Cora antes de que terminaran su trabajo.

Sin importar la información que pudiera tener sobre ellas, Luther intentaba no juzgar a las personas antes de verlas cara a cara, y luego les daba un tiempo prudencial para que demostraran cómo eran. Pero cuando entró en su estudio y Hendrickson se levantó de un sillón de cuero para saludarlo, tuvo una sensación casi inmediata de que no era un hombre en quien se pudiera confiar.

—Sheriff Tillman —lo saludó el visitante con un apretón de manos más firme de lo necesario y que mantuvo demasiado—. Por favor, acepte mis condolencias por la pérdida de tantos amigos y vecinos. Es un asunto terrible. Vivimos tiempos angustiosos.

Aunque Hendrickson llevaba un traje negro hecho a medida que probablemente costara el sueldo de un mes de un sheriff de condado, no podía ocultar por completo que aquel hombre alto tenía un físico delgado y huesudo un poco contrahecho. Se esforzaba por alcanzar la elegancia, pero su postura, gestos y expresiones faciales parecían impostados, como si hubiera ensayado elegancia y cortesía delante de un espejo.

—Maestra del año —comentó Hendrickson—. Una vida llena de buenas obras, no hay nadie que diga una mala palabra sobre ella, y sin embargo este horror. Puede que me equivoque, pero creo que fue Shakespeare quien escribió: «¡Oh, qué puede ocultar el hombre dentro de él, aunque sea un ángel por fuera!».

—Estoy seguro de que debe de haber sido Shakespeare si usted dice que lo fue —respondió Luther—. En el caso de Cora Gundersun, cualquiera que fuera la enfermedad mental que sufrió al final, durante muchos años fue lo más parecido a un ángel que veremos a este lado de la muerte.

—Sí, por supuesto que sí, debe de haberlo sido, dada la alta estima en que todos la tenían anteayer. Ya se tratara de un tumor cerebral o de un trastorno psiquiátrico, la mujer fue una víctima de ello, a buen seguro, y no del todo culpable. Sería el último en lanzar una acusación contra su persona en un caso así.

El rostro de Hendrickson era largo y afilado, y llevaba el cabello entrecano largo y peinado hacia atrás en una melena, tal vez para acentuar la altura de la frente que se alzaba sobre sus ojos de depredador.

—Por favor, siéntese —dijo Luther.

En lugar de sentarse en el otro sillón, cerca del de su visitante, dio la vuelta detrás del escritorio, pues prefirió mantener las distancias. Hendrickson se acomodó de nuevo en el sillón de cuero, enderezó el pliegue de la pernera izquierda del pantalón entre el regazo y la rodilla, se ajustó la chaqueta y levantó la vista con una expresión solemne y ligeramente teatral.

—Tenemos un día triste y duro por delante, sheriff.

Cuando Luther acercó su silla de oficina al escritorio, vio que sobre el bloque de papel secante que tenía frente a él había unas páginas de texto mecanografiado sujetas por un clip.

—¿Qué es esto?

—Un gobernador y un congresista han muerto de forma trágica —contestó Hendrickson—. La gente necesita consuelo.

—También mataron a otras cuarenta y cuatro personas.

—Sí, y eso lo empeora todavía más, porque se sentían seguros ante la presencia de un gobernador y un congresista, como debían sentirse, con tanta seguridad a su alrededor, y, sin embargo, no estaban seguros en absoluto. Con el terrorismo mundial en aumento, la gente necesita sentir que sus líderes están tratando este asunto con firmeza y constancia.

—Cora Gundersun no era una terrorista —respondió Luther.

—Por supuesto que no lo era. Ninguna persona responsable se atrevería a afirmar que la señora Gundersun actuó como si fuera una yihadista. Eso sería una aseveración ignorante a primera vista. Pero habrá rumores. Siempre siempre. Las redes sociales están repletas de paranoicos. Además, hay facciones en el país para quienes cada tragedia de este tipo representa una oportunidad para la demagogia.

El hombre del Departamento de Justicia parecía presentarse a sí mismo como un patricio de Nueva Inglaterra, procedente de alguna familia preparada a lo largo de varias generaciones para un servicio público desinteresado. Sin embargo, había en él un aire de orígenes más humildes que ocultaba de forma habitual, el aire de un buscador de estatus tan complacido con su adaptación a los estándares de una clase más elevada que no podía evitar pavonearse un poco.

El disgusto de Luther se convirtió rápidamente en una emoción de rechazo más intensa. Dio unos golpecitos con los dedos en las páginas del texto escrito que tenía frente a sí antes de hablar de nuevo.

—¿Qué es esto?

—Esta mañana habrá una conferencia de prensa y luego, una serie de reuniones con determinados periodistas. En estos casos tan dolorosos, la política del Departamento de Justicia

consiste en garantizar que las autoridades locales, estatales y federales hablen con una sola voz para que la gente sienta mayor tranquilidad.

A Luther no le gustó la forma en que Hendrickson dijo «la gente», y lo decía una y otra vez, como si se refiriera a unos niños desamparados o a la plebe.

—Esto no puede ser lo que creo que es. ¿Me ha dado una declaración que espera que lea en la conferencia de prensa? —dijo Luther tras revisar las páginas que tenía ante sí.

—Está redactado con elocuencia. Un hombre que le ha escrito discursos al fiscal general, ¡al vicepresidente!, le ha entregado a usted algunas de las mejores frases del día. Dará una gran impresión a toda la nación.

La ira expresada ya no se podía contener, así que Luther mantuvo la calma.

—Lo siento, pero no puedo ponerme delante de un micrófono y leer esto. Mi departamento ni siquiera ha estado involucrado en esta investigación.

Booth Hendrickson se puso en pie y se acercó a la ventana, tal vez debido a que su sillón fuera unos cinco centímetros más bajo que la silla de oficina del sheriff. Se quedó mirando al exterior unos momentos, a la espera de que su silencio provocara que el sheriff se lo pensara dos veces. Cuando eso no sucedió, se volvió hacia su anfitrión una vez más, como un fiscal se giraría con desprecio apenas contenido hacia el acusado en alguna vieja película británica en la que el juez lo interpretara Charles Laughton.

—Si la verdad es que no puede encontrar en usted un espíritu de cooperación, sheriff Tillman, me temo que no habrá un lugar para usted en la conferencia de prensa.

—Sí, de acuerdo. Entonces, no habrá lugar para mí.

—Espero sinceramente que no tenga la intención de celebrar una sesión informativa de prensa por su cuenta.

—No tengo ningún motivo para hacerlo, señor Hendrickson. Sé poco y no me han dicho nada. No soy propenso a hacer el ridículo, al menos no con plena conciencia de que lo esté haciendo.

Hendrickson se acercó al escritorio y recuperó el texto escrito. Tenía unos dedos pálidos y suaves, con una manicura meticulosa en las uñas.

—Ojalá pensara usted de otro modo, pero supongo que hemos alcanzado un compromiso que nos satisface a los dos.

—Hemos alcanzado un entendimiento mutuo —lo corrigió Luther cuando se levantó de la silla de su escritorio—. Lo acompaño a la puerta, señor Hendrickson.

En la puerta principal, cuando Hendrickson entró en el porche, se volvió y miró a Luther a los ojos.

—Sheriff, estoy seguro de que su departamento recibe subvenciones federales de un programa u otro, quizá de media docena, y de que depende de ellas.

—Y nos sentimos agradecidos por ellas todos los días —replicó Luther. Le sonrió, como si

desafiara al hombre del Departamento de Justicia a que le devolviera la sonrisa.

Con cara de pocos amigos, como un espantapájaros poco convencional articulado con palos y relleno de paja por debajo de su elegante traje, Hendrickson se dio la vuelta y cruzó el porche para bajar los escalones, no en dirección a un campo de maíz ni para enfrentarse con pájaros que chillaran, sino con rumbo a una conferencia de prensa donde les meterían a paletadas a todos los crédulos granos de maíz de otro tipo.

—Solo una pregunta —dijo Luther.

El hombre se detuvo y giró la cabeza.

—¿El jefe de bomberos del condado ha identificado el acelerante que se utilizó para incendiar la casa de Cora Gundersun?

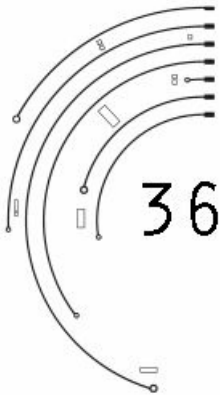
—Gasolina. Simplemente una enorme cantidad de gasolina.

—¿Eso es lo que dice el jefe de bomberos?

—Eso es lo que dirá en la conferencia de prensa.

—Eso fue un incendio tremendo, de órdago —dijo Luther.

—Sí —dijo Hendrickson—. Sí lo fue.



El edificio bajo de cuatro plantas en Beverly Hills, propiedad de los ocupantes —el bufete de abogados Woodbine, Kravitz, Larkin y Benedetto—, tenía en realidad seis plantas si se contaban los dos niveles de aparcamiento subterráneo. Al garaje solo se podía acceder desde el callejón de detrás del edificio. Y como el único carril permitía el tráfico en una sola dirección, Jane Hawk sabía de qué dirección vendría Randall Larkin.

Ella habría preferido pillarlo en su casa. Sin embargo, al usar el ordenador de la biblioteca para buscar información sobre su persona el día anterior, se había enterado de que estaba casado con su segunda esposa, Diamanta, y de que, según un elogioso artículo de *Los Angeles Magazine* sobre esta supuesta «pareja de éxito», vivían en una casa de tres mil seiscientos metros cuadrados, tenían servicio propio compuesto por tres personas y adoraban a su pareja de dóberman. Una esposa, tres sirvientas y dos dóberman pinscher hacían que la invasión de la casa fuera un fracaso desde el principio.

Según el mismo número de la revista, Larkin era un individuo madrugador, orgulloso del hecho de que cada mañana, antes de las seis, ya hubiera completado una tabla de ejercicios de una hora en el gimnasio de su casa. No más tarde de las siete, ya estaba sentado a su mesa en su despacho de Beverly Hills. Disfrutaba recitando un dicho de su cosecha de supuesto ingenio: «Al que madruga no solo Dios lo ayuda, lo ayudan todos sus ángeles».

Guns y ZZ la estaban esperando donde el callejón se cruzaba con la calle principal, a unas decenas de metros de la manzana de los despachos de Woodbine. El edificio enfrente del cual habían tomado posiciones estaba ocupado por un restaurante que no servía desayunos, así que no era probable que se les molestara por merodear. Le dio a cada chaval otros doscientos dólares, confiando en su juicio lo suficiente para dejarlos a su suerte mientras ella se abría paso por el ancho callejón.

No había la basura propia de los callejones de otras ciudades, ni indigentes recostados entre bolsas con sus posesiones sucias y andrajosas, ni paredes manchadas de hollín o marcadas con los distintivos de bandas o con cualquier otro grafiti, solo contenedores de basura limpios y bien ordenados, con sus tapas completamente cerradas, sin que emanara ningún mal olor de ellos.

La gran puerta de persiana enrollable segmentada que daba acceso al garaje subterráneo de los abogados estaba revestida de acero inoxidable pulido, y en ella su reflejo, sin rasgos distintivos y de perfil borroso, se movía como una aparición amenazante, con su espíritu despojado acechándola en una especie de autodestrucción de la que no podía escapar. La lente de cristal, del tamaño de un centavo, de un receptor de microondas, incrustado en la esquina superior derecha del marco, significaba que la puerta respondía a un mando a distancia.

Al otro lado del callejón desde esa puerta, se extendía un estrecho camino de servicio, lo suficientemente ancho para dar cabida a los repartidores y sus carretillas. Jane se deslizó por ese espacio de sombras y consultó su reloj de muñeca, esperando que Larkin acudiera al trabajo tan temprano como se jactaba de hacer.

Un avión dejó una estela en el cielo al pasar a gran altitud, y el sonido de avalancha de un reactor retumbó deslizándose por el día. Un helicóptero de la policía cruzó por encima de su cabeza a unas cuantas decenas de metros, pero sin buscarla a ella, quizá sin buscar a nadie en particular, simplemente de patrulla, con la luz procedente del oeste destellando en la cabina de cristal. A esa hora tan temprana, en las carreteras más allá del callejón había poco tráfico, y sin el ruido enmascarador de la hora punta oyó tres vehículos, uno por uno, que aparecieron por el callejón, pasándola de derecha a izquierda, ninguno precedido por la señal que Guns y ZZ le mandarían para alertarla de que se acercaba el coche y el conductor que se adecuaba a la descripción que les había dado.

Cuando estuvo usando el ordenador de la biblioteca, empleando una contraseña del FBI, había accedido a los archivos de registro del Departamento de Tráfico y se había enterado de que había cuatro coches registrados a nombre de Larkin en su dirección de Beverly Hills. El menos caro, un Ford Explorer, lo tenían probablemente para que lo usara la pareja contratada que se encargaba del servicio doméstico. Guns y ZZ estaban pendientes de uno de los otros tres vehículos, y contaban con la descripción del abogado.

Cuando parecía que la acción iba a empezar pronto, sacó de su bolso un pulverizador de doscientos mililitros adquirido en un almacén de productos de belleza. Estaba relleno con el mismo cloroformo que había necesitado para dejar inconsciente a otro tío la semana anterior. Lo había obtenido a partir de la reacción de la acetona con el cloruro de cal; la primera, comprada en un almacén de suministros de arte, y el último, adquirido en un almacén de suministros de productos de limpieza. El cuarto de baño de un motel le había servido de laboratorio. Ahora sostenía el espray firmemente con la mano izquierda mientras sujetaba el bolso con la derecha.

Debajo del abrigo deportivo gris claro, llevaba una blusa de seda azul zafiro. Se desabrochó los dos primeros botones para asegurarse de que cuando ella se inclinara hacia delante, Larkin se viera, durante un momento crucial, privado de sentido común. En Internet, había visto numerosas fotografías suyas en actos sociales con su primera mujer y, después, con la segunda. Si se casó con ellas por la calidad de sus mentes y sus personalidades, esos fueron el segundo y el tercer criterio, porque la profundidad de los escotes en ambos casos resultaba demasiado llamativa como para que hubiera sido una feliz coincidencia.

En la otra punta del callejón, Guns y ZZ empezaron a gritar, silbándose el uno al otro de forma juvenil y alborotadora.

El ronroneo de un tigre dientes de sable de un poderoso motor resonó en las paredes de los edificios.

Cuando escuchó que el motor reducía la velocidad ligeramente y calculó que estaría girando para encaminarse hacia la puerta revestida de acero, saltó desde el carril de servicio al callejón y se interpuso en el camino de un Mercedes S600 negro, no como si estuviera huyendo de alguien, lo que podría alarmarlo, sino como si tuviera prisa en llegar a una cita importante.

Con un breve chirrido de frenos, el gran coche se sacudió con una parada en seco, y Jane dejó caer el bolso como si se hubiera sobresaltado, además de fingir tropezarse con el parachoques delantero. Se alejó del sedán y se acercó a la ventanilla del conductor, pasándose el espray de la mano izquierda a la derecha por debajo de su campo de visión. Inclínándose hacia delante para mirarlo, fingiendo sorpresa, dijo lo suficientemente alto para que sonara a través del cristal y por encima de cualquier música que pudiera estar escuchando:

—Dios mío, Randy Larkin. ¿Eres tú, Randy?

Él no la conocía, desde luego no con el aspecto que mostraba en ese momento, ni tampoco sospechaba que la fugitiva Jane Hawk había sabido de él espionando sus conversaciones telefónicas con Lawrence Hannafin. No tenía razón alguna para suponer que aquel encuentro casual pudiera ser, de hecho, un asalto temerario. A través de la ventana, cuando ella lo observó con detenimiento, vio que su mirada le recorría las curvas envueltas en seda de sus pechos, una mirada que lo animó a decidir que, después de todo, la conocía pero que debía de estar padeciendo un ligero lapsus de memoria.

En la otra punta del callejón, Guns y ZZ quitaron de una patada los calzos de madera de un contenedor y lo hicieron rodar separándolo de la pared del restaurante, poniéndolo de lado para bloquear cualquier otro coche que pudieran intentar entrar desde la calle.

Con un zumbido eléctrico, la ventanilla del conductor bajó mientras Larkin conseguía trasladar la mirada de los pechos a los carnosos labios azules, al piercing de serpiente con el ojo de rubí y por último a sus ojos, de un tono azul que algunos hombres consideraban su mayor atractivo. Su

exótica apariencia le había desatado fantasías adolescentes que guardaba desde hacía mucho tiempo.

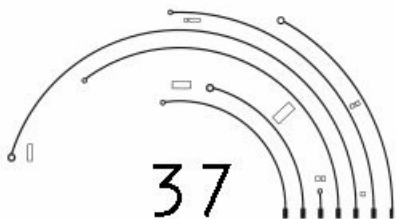
—¿Estás bien, querida?

Mientras lo decía, ella levantó la botellita de cloroformo, la presionó con el dedo pulgar y le roció el contenido sobre la boca abierta y la nariz.

Larkin puso los ojos en blanco y la cabeza le quedó colgando a la derecha. Luego cayó hacia delante y hacia un lado de su asiento.

El pie se deslizó fuera del pedal del freno y el Mercedes empezó a rodar. Jane alargó el brazo a través de la ventanilla y tiró del volante bruscamente a la derecha, permaneciendo junto al coche mientras este se desplazaba unos pocos metros y chocaba contra la puerta de acero inoxidable del garaje con muy poca energía para accionar el airbag.

Se metió la botellita en un bolsillo de la chaqueta y abrió la puerta del conductor. El repiqueteo de las ruedas de las tablas del monopatín sobre la calzada llena de parches le confirmó que Guns y ZZ estaban a la altura de las expectativas según los términos de su acuerdo. Mientras se aproximaban, Jane se abrió un botón más de la blusa y se armó de valor para la parte más delicada de esa operación.



Con unos hábiles movimientos de pies, los dos chicos levantaron sus respectivas tablas de la calzada, las giraron, las cogieron y recorrieron los últimos metros a pie. Con las caras brillantes por la emoción y el orgullo de haber tenido éxito en su parte sin ninguna dificultad, Guns y ZZ llegaron sin aliento y vieron al conductor desplomado en su asiento, por lo que una repentina preocupación nubló sus rostros.

—¿Qué está haciendo ahí dentro así? ¿Qué ha pasado? —preguntó Guns.

Se volvió hacia ellos y les dejó ver su blusa, con sus pechos casi asomando por completo, y les dejó pensar que quizá Larkin la hubiera manoseado a través de la ventanilla, por ilógica que fuera esa suposición, para que creyeran cualquier cosa que ellos quisieran, siempre que añadiera confusión al momento.

—Ayudadme a pasarlo al asiento del pasajero —dijo ella, fingiendo estar más falta de aire que ellos.

—Pero ¿por qué está así? —insistió Guns.

—Sufre ataques —mintió—. Me esperaba esto, más o menos. Se recuperará. Ve a la otra puerta, ayúdame a moverlo para que así pueda quitar el coche de en medio del callejón.

Como criatura emocional que era, espoleado por la urgencia en su voz, Jane hizo que ZZ dejara su tabla y se apresurara rodeando el sedán por detrás.

Guns se quedó donde estaba.

—Quizá necesite algo así como una ambulancia.

—No. Es un simple desmayo.

Hacía falta hacer aquello, necesitaba salir volando, cada segundo de retraso no hacía más que aumentar las probabilidades de que alguien apareciera, de que algo ocurriera para cambiar la situación totalmente.

Mientras ZZ abría la puerta del pasajero, Jane se inclinó dentro del coche para empujar al abogado mientras el chico tiraba de él desde el otro lado hacia el asiento del copiloto. Sus piernas flojas cayeron en el espacio del reposapiés.

El cloroformo era altamente volátil, pero no se había evaporado completamente de la cara del abogado.

—¿Qué es eso que tiene por toda la boca y la nariz? —preguntó ZZ.

Sin responder, Jane dejó abierta la puerta del conductor, rodeó el sedán, echó a ZZ a un lado, le quitó el móvil a Larkin y le abrochó el cinturón de seguridad. Sacó un pañuelo de tela de un bolsillo del abrigo y lo colocó sobre la cara del abogado para que retrasara la evaporación del cloroformo y atrapara los vapores.

—Pues parece como si estuviera muerto —dijo Guns cuando se reunió con ellos en el lado derecho del sedán.

—No está muerto, ha tenido un ataque.

Jane cerró la puerta de un golpe seco, giró la cara hacia ellos y sacó la pistola de la funda que llevaba debajo de la chaqueta deportiva.

Los adolescentes se quedaron medio paralizados medio retrocediendo, mientras la agilidad de los dos patinadores daba paso a la abyecta torpeza de un terror repentino. Levantaron las manos en un gesto inútil de defensa, y luego se las pusieron en el estómago y en el pecho como si, por medio de gestos mágicos, pudieran desviar las balas.

—Lo de ir de guay un día hará que os maten. Estar en la onda, ser guay, molón, rebelde... Todo eso es una mierda, es estúpido, superficial, una calle sin salida ni entrada. —Le quitó a ZZ el sombrero con un golpe de la mano izquierda, y él casi se cae de rodillas—. Miraos bien, con vuestras camisetas guais y vuestros vaqueros rotos y vuestra actitud de «que os jodan», y todo eso no vale una mierda ahora, apenas podéis evitar mearos en los pantalones. Si no aprendéis nada de esto, si no sois más listos, vais a acabar amargados y perdidos y viejos para cuando cumpláis los treinta. Devolvedme mi dinero.

—Pero tú... nos debes seiscientos —dijo ZZ.

Aquello ya estaba llevando demasiado tiempo, pero para Jane era tan importante capturar a Randall Larkin como escapar con él. Tenía que hacer eso para mantenerse en el lado correcto de la delgada línea roja entre la oscuridad y la luz.

—Dadme el dinero o lo cogeré yo misma cuando estéis sangrando en el suelo.

—No nos matarás —dijo Guns.

—Os dejaré lisiados, entonces —mintió—. Lisiaros de una vez podría ser lo que ambos necesitáis para aclarar la mierda que tenéis en el cerebro. —Extendió la mano izquierda—. ¡Dadme el dinero!

Los dos temblaban cuando le entregaron cuatrocientos dólares cada uno.

—Os venden lo de ser guay para manteneros estúpidos, para controlaros. Ahora mismo sois la pareja de gilipollas más imbéciles que he visto nunca. Recoged vuestras tablas, salid de aquí y, por el amor de Dios, sed inteligentes.

Se echaron atrás, levantaron sus respectivas tablas y corrieron hacia el contenedor con el que habían bloqueado el callejón, ni un dólar más ricos, quizás algo más sabios, pero probablemente

ninguna de las dos cosas.

Jane tiró el teléfono de Larkin por la rejilla de una alcantarilla por el lado del conductor, recogió su bolso de la calzada y guardó la pistola en la funda. Se puso al volante del S600 y cerró la puerta de un tirón.

Cogió la mano floja del abogado y le tomó el pulso. Lo bastante bueno. Agarró el botellín de cloroformo del bolsillo de la chaqueta y roció ligeramente el trapo que tenía sobre la cara.

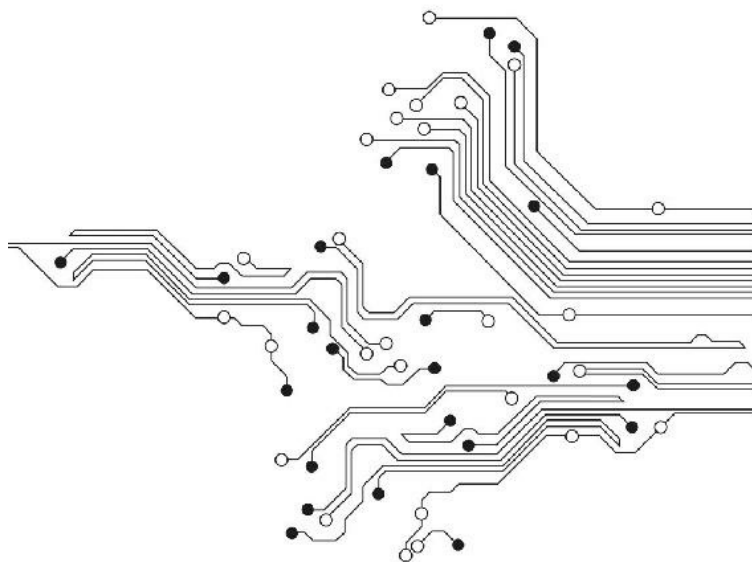
El motor ya estaba encendido. Metió la marcha atrás y se alejó de la puerta de acero inoxidable del garaje.

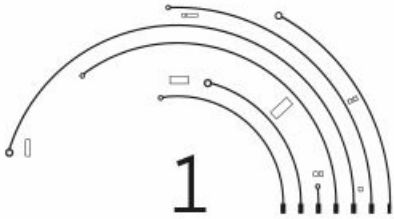
Al final del callejón, se detuvo para abrocharse la blusa y ponerse unas gafas de sol. Dobló a la derecha y se adentró en la calle.

Para la multitud de coches que la rodeaban y sobre los que el sol se reflejaba esa mañana de viernes, ella era simplemente una mujer rica circulando en un Mercedes de gama alta, con su marido echando una cabezadita en el asiento del pasajero, protegida la cara del sol, quizá saliendo de vacaciones, con unas vidas que eran como las que contaban en los artículos de las revistas glamurosas, flotando en un río de dinero, sin ninguna preocupación en el mundo.

SEGUNDA PARTE

VIRUS POLIMÓRFICO





Los petirrojos eran generalmente independientes durante los meses de verano, si bien se reunían en bandadas en invierno. Esa mañana de viernes, mientras Booth Hendrickson se marchaba en coche y Luther seguía plantado delante de la puerta principal abierta de su casa, unos cuarenta o cincuenta petirrojos remontaron el vuelo en grupo lejos de la protección del bosque de coníferas, con suaves aleteos rápidos y planeos cortos, en un arco descendente, aprovechándose del cambio de tiempo para buscar las zonas de hierba donde el viento había limpiado la nieve y se pudieran encontrar semillas.

Llegaron trinando; sus agudas y gorjeantes llamadas de vuelo eran como miel para los oídos. Los observó posarse donde podrían andar en busca de comida, con sus coronas negruzcas y sus alas de color gris oscuro, sus brillantes pechos rojos llamativos en medio del paisaje nevado. El acto de verlos lo animó durante un momento; pero entonces, sin ninguna razón que pudiera expresar con palabras, un escalofriante presentimiento lo traspasó y temió por esas aves, por todas las aves, y por la naturaleza entera; temió por él mismo, por su mujer y sus hijas.

Después de volver a su estudio, telefoneó a Gunnar Torval, el segundo al mando, y lo puso al cargo del departamento durante una semana.

—A pesar de lo de ayer, estamos en modo piloto automático, Gunnar. No te voy a dejar con un lío tremendo. Los federales no nos permitirán que nos involucremos ni lo más mínimo en esto. Si he entendido lo que están haciendo, van a cerrar esto tan rápido que pensarías que todo fue solo un malentendido, que no asesinaron a nadie, y mucho menos a un gobernador.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Gunnar.

—No sé si están haciendo algo —dijo Luther, ya sin estar muy seguro de si confiaba en la privacidad de cualquier conversación telefónica—. Es un caso cerrado clarísimo para ellos, y no quieren alterar los nervios del público con esto, considerando todo lo demás que está pasando estos días.

—No sé nada de un caso cerrado clarísimo. No puedo creer que Cora pudiera hacer tal cosa. No creo que lo hiciera.

—Lo hizo —le aseguró Luther—. Lo hizo, pero no era ella misma cuando lo hizo. Y eso es todo lo que podremos entender sobre el asunto.

—¿Qué pasó con su casa?

—Ardió hasta los cimientos.

—Fue algo más que arder.

—Ardió hasta los cimientos —repitió Luther—, y los federales se han encargado de eso también. Todo lo que vamos a hacer la próxima semana es poner multas y dar charlas sobre el peligro de cruzar descuidadamente la calle.

Después de colgar el teléfono, subió y se cambió el uniforme por ropa de calle. Pensaba visitar a un amigo de Cora para hacer ciertas indagaciones y no quería que su curiosidad pareciera oficial.

Cuando bajó de nuevo, en la cocina olía a canela y natillas ya cocinadas y enfriándose.

Rebecca estaba extendiendo masa con el rodillo para hacer tarta de nueces, tarta de anacardos y tarta de pistacho.

—Tengo que mantenerme más ocupada de lo normal o me pongo a pensar demasiado en lo del hotel.

—Parece como si fuéramos a comer tarta de frutos secos el resto de nuestra vida.

—Estoy haciendo tantas para poder repartirlas todas. Si solo me presento con el pésame y nada más, me derrumbaré. Llevar comida ahora es casi más importante que cuando sea el funeral.

Dixie Belle, la perra de Cora, se sentó al lado de Rebecca, mirando hacia arriba fijamente como si las tartas de frutos secos estuvieran destinadas solo para ella.

—Tiene el corazón roto —dijo Rebecca—. Solo come si le ofreces la comida en la mano, y gimotea sin ninguna razón.

—Te cogerá cariño con el tiempo.

—Lo hará, lo sé, pero está desconcertada y con el corazón destrozado.

—Me voy a tomar la semana libre —dijo él—. Puedo ayudarte después cuando vayas de visita.

—Hoy hago las tartas. Mañana haré las visitas. Claro que apreciaría que me echaran una mano.

—¿Dónde está Jolie? —La más joven de sus dos hijas iba a la escuela secundaria superior—. Creía que habían cancelado las clases después de todo esto.

—La escuela está recibiendo la visita de los terapeutas para ayudar a los chicos a superarlo.

—Jolie nació luchadora —dijo él—. Estaba bien ayer.

—Y está bien. Solamente siente curiosidad. Se pregunta qué dirán los terapeutas.

—Algo de mucho menos valor que lo que Jolie les diga a ellos. —Abrió la puerta del vestíbulo contigo—. Voy a salir un ratito. ¿Necesitas algo del mercado?

—Lo pienso mientras te abrigas.

Un par de minutos más tarde se paró en la puerta del vestíbulo, llevando un pesado abrigo, botas y guantes.

—Quizá no sea para nada una buena idea, lo de que Twyla siga en Boston.

Rebecca frunció el ceño y le dio la espalda a los moldes de las tartas donde había estado vertiendo la masa.

—Está terminando su segundo curso, ha hecho un montón de amigos nuevos. ¿Qué quieres decir?

—Las ciudades grandes no son el lugar adecuado para vivir ahora mismo. Lo de Filadelfia debería ser bastante para convencer a cualquiera de eso.

Doce días antes, unos yihadistas relacionados con el ISIS habían estrellado un reactor con los depósitos llenos en medio de una autopista de Filadelfia de cuatro carriles atestada por el tráfico matinal, convirtiendo dos kilómetros de autovía en un mar en llamas, con coches y camiones y camiones cisterna explotando por doquier, puentes derrumbándose... Cientos de viajeros fueron aplastados y quemados hasta morir, otros cientos quedaron marcados y rotos de por vida.

— Hay facultades en Saint Paul, Saint Cloud, tan buenas como esas de Boston —dijo Luther.

—Y tú sabes que Saint Paul es más seguro que Boston, ¿por...?

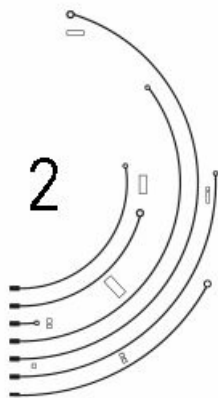
—Cuanto más grande y más famosa sea la ciudad, mayor es el riesgo. Si en las Vegas empezaran a apostar por ello, lo llamarían «apuesta segura».

—Twyla lo llamaría «salir por patas».

—Supongo que sí.

—Si ella hubiera estado en casa ayer, en el almuerzo del hotel Veblen, habrías pensado que se encontraba tan segura como bajo la protección de tu propio brazo.

—Completamente cierto —admitió—. Pero es que Boston queda tan lejos...



Sentada en la sala del desayuno que daba a la piscina con su fuente de Afrodita vertiendo agua del cáliz del deseo, Diamanta Larkin se toma un cóctel mimosa antes de que se sirva la comida, no porque necesite zumo de naranja por su vitamina C, o champán por su alcohol. La experiencia le había enseñado que era la forma más agradable y efectiva de quitarse de la boca el sabor de su marido.

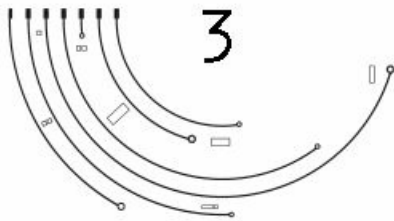
Lleva casada con Randall casi cinco años. No tiene ninguna duda de que el matrimonio durará tanto como ella quiera, lo que será hasta que él ya no tenga ningún valor para D. J. Michael. Ella tiene veintiséis, dieciocho años menos que Randall, una combinación perfecta de belleza, inteligencia y ambición feroz. Sabe exactamente por qué el matrimonio ha sido un éxito: sexualmente, ella es a Randall lo que un tornado a la tierra que encuentra a su paso; ella es inteligente y culta, así que nunca está incómodo con ella a su lado en ninguna ocasión; lo adula descaradamente, él se alimenta de ello y es incapaz de discernir entre la adulación que recibe y un elogio sincero; y ella ansía el poder no menos de lo que él lo codicia.

Y, no menos importante, antes de que D. J. lo orquestara todo para que tuviera lugar el encantador encuentro entre Diamanta y el que iba a ser su marido —Randy totalmente ignorante de la participación de D. J. en el asunto—, el multimillonario había pensado en una docena de chicas para el papel de la nueva señora Larkin. Escogió a Diamanta cuando un ordenador encontró que los perfiles psicológicos de ella y Randall coincidían en ciento tres de los ciento doce puntos.

Otra cosa que su marido no sabe es que uno de los magos tecnológicos de D. J. ha insertado en su móvil una aplicación que no le revela a Randy su presencia, pero que le permite a Diamanta rastrearlo adondequiera que vaya, tanto si el teléfono está conectado como si no. Puede averiguar su paradero a través de su propio móvil o desde cualquier ordenador.

Cuenta con que esté en su despacho para las 7:15, porque esa es su costumbre. Al comprobarlo a las 7:45, descubre que está, según su teléfono, en el callejón de detrás de su edificio en Beverly Hills. Los informes del GPS de ese sistema en concreto son exquisitamente precisos; la pantalla en la actualidad muestra una ilustración cartográfica del callejón con un parpadeante punto rojo, como un grano inflamado, que representa a Randy.

Espera a que el punto se mueva de un modo oportuno desde el callejón y se una con el edificio que alberga sus despachos de abogados mientras atraviesa la puerta para entrar en el garaje subterráneo, pero pasa un minuto y después otro, y el punto no se mueve.



Con la seguridad de que lo necesitaría pronto, Jane Hawk había estado buscando dos días antes un lugar para llevar a cabo una intervención seria que pudiera enderezar (y de la que podría extraer información) a alguien que había empezado a juntarse con esa caterva sanguinaria y con la que había quedado cautivado por su crueldad. Requería privacidad y que estuviera a prueba de toda interrupción, y una habitación de la que los sonidos de angustia y dolor no escaparan para atraer el interés de otros.

Aquí el pasado dorado de California y un posible futuro oscuro se entretejían juntos en la plaga y el desorden actual. Varias manzanas de instalaciones de fábricas en un tiempo activas se encontraban en esos momentos vacías en su mayor parte. Las vallas metálicas estaban retorcidas, combadas y decoradas con escombros de muchos colores: serpentinas y trozos de envoltorios de plástico; periódicos rasgados y amarillentos pudriéndose, con formas abultadas, suspendidos en el tejido metálico como nidos de avispas; harapos andrajosos con porquería incrustada como si alguna vez hubieran envuelto la forma en lenta descomposición de un faraón momificado; condones usados y agujas hipodérmicas rotas. Los aparcamientos, en el pasado ocupados por tres turnos de trabajadores, ahora estaban llenos de grietas y baches, desiertos; las malas hierbas, frágiles y enmarañadas, de extraña apariencia, crecían por entre las grietas producidas por la tensión, como si fuera el pelo de algún *kraken* o monstruo condenado a estar atrapado en tierra, o cualquier otra bestia legendaria que durmiera bajo la capa de asfalto hasta que llegara su hora de alzarse y arrasarse.

El edificio que había escogido era una mole que se alzaba oscura en la brillante mañana, más de ocho mil metros cuadrados de bloques de hormigón y láminas oxidadas de metal ondulado manchados por los excrementos de los pájaros, de unos doce metros de altitud. A tres cuartos del suelo pared arriba, una hilera de ventanas de aproximadamente un metro cuadrado de longitud le devolvía una mirada ciega al sol de la mañana, el cristal empañado por la indiferencia del tiempo.

La puerta de la propiedad aparentaba estar bien cerrada y sujeta al poste de la entrada con cadena y candado. Dos días antes, sin embargo, ella había cortado el arco de cierre del candado con una cizalla.

Dejó a Randall Larkin sedado, con sus exhalaciones haciendo ondear el trapo sobre su cara, quitó la cadena y empujó a un lado la barrera. Condujo el coche adentro, salió del Mercedes y cerró la verja.

Dio la vuelta hacia la parte de atrás de la fábrica, donde no pudieran ver el coche desde la calle. Puesto que no se había mantenido el servicio de la compañía eléctrica, no pudo conducir hasta el interior pasando por las puertas enrollables para camiones.

A unos veinte metros de allí, más allá de la valla metálica, se encontraba lo que los californianos del sur llamaban «río»: un amplio canal de hormigón diseñado para el control de las inundaciones. La mayor parte del año era un cauce seco, pero en ese momento la corriente fluía profunda por las lluvias recientes: rápida, turbulenta, traicionera.

Cuando Jane salió del coche, el gorgoteante ruido del agua corriendo embravecida colina abajo sonaba, en su actual estado de ánimo, como un apocalíptico desagüe, como si toda la inmundicia de la tierra (pero también toda la inocencia atrapada en ella) se precipitara hacia una última alcantarilla al final de los tiempos.

Cogió una linterna de su bolso y entró en el edificio por una puerta de tamaño normal que había junto a la persiana enrollable.

El recinto principal tenía un aspecto cavernoso, de pared a pared y elevándose hasta el tejado. Debido a la capa de suciedad de las altas ventanas, la luz más bien esbozaba las vigas, viguetas y vigas de collar que encontraba a su paso hasta el suelo, si bien ningún rincón alto o bajo se mostraba nada más que tenuemente.

Fuera lo que fuera lo que los llevara a la quiebra o disolviera la empresa que una vez los mantuvo allí ocupados, sus derrotados dueños se habían marchado menospreciando a cualquiera que pudiera ocupar el lugar a continuación, aunque resultó que nadie lo hizo. Habían dejado atrás todo tipo de basura: unos cuarenta barriles vacíos, algunos volcados y otros de pie; cajones de madera rotos; formas extrañas de conglomerado; masas enmarañadas de alambres que parecían esculturas de plantas rodadoras del desierto; latas vacías de refrescos y botellas de cerveza hechas añicos y montones de papeleo.

En su visita anterior, Jane había movido dos de los barriles al centro de la estancia. Servían como base de una mesa sobre la que colocó una tabla de conglomerado ligeramente combada. Sobre la mesa había una lámpara de gas y una lata de combustible, ambas compradas en un almacén de artículos de deporte.

Colocó la linterna al lado de la lámpara.

Sacó del bolso un par de guantes negros de seda con puntadas decorativas en plata, comprados como parte de un disfraz que había llevado la semana anterior, y se los puso.

Una vez encendida, la mecha en forma de bolsa de la lámpara creció con un fantasmagórico brillo blanco, que se dispersó por todos lados como unos cinco metros de extensión; una pequeña

esfera de luz en la vasta oscuridad de la fábrica.

También en la mesa había cuatro botellas de agua y cuatro cuencos de plástico de los que se usan para que los perros beban.

Había limpiado de basura la zona más próxima. Todo lo que quedaba en ella, además de la mesa, eran dos sillas de jardín de aluminio plegadas con cinchas azules para los asientos y los respaldos. Las había comprado en una tienda de segunda mano a la que llevaban muebles usados.

Al lado de la puerta por la que había entrado, había una pequeña plataforma de transporte con ruedas, de un metro y medio de largo por uno de ancho, que también había conseguido en la tienda de segunda mano. La empujó afuera hasta el coche.

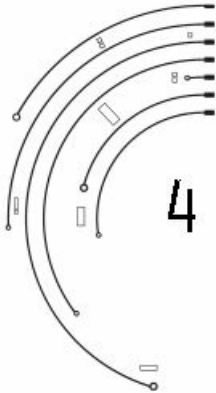
Cuando abrió la puerta delantera del pasajero, Randall Larkin mascullaba bajo el trapo de la cara y casi se desliza fuera del coche. Lo puso derecho, y con unas bridas de plástico reforzado que sacó del bolso le esposó las muñecas y después los tobillos.

Jane colocó las manos debajo de los brazos de él y lo arrastró fuera del Mercedes y luchó hasta ponerlo en la plataforma, con los pies cayendo por encima de la abrazadera inferior.

El pañuelo de algodón se le había caído de la cara. Se lo volvió a colocar y lo roció ligeramente con cloroformo.

Empujó la plataforma hasta la puerta de la fábrica y se paró para sacar el camafeo de piedra de jabón del bolsillo de su vaquero. Bajo la fuerte luz de la mañana, miró los suaves rasgos del retrato tallado en el fragmento de un medallón roto. Más allá de la valla, el río hablaba en una multitud de lenguas líquidas, salpicaba y murmuraba y se reía y siseaba, pero pasado un momento no lo oyó. Ni tampoco vio bien el camafeo, velada como estaba por la cara de su hijo que se hizo nítida en el ojo de su mente, el dulce Travis, la imagen de su padre, el recipiente donde ella había vertido todas sus esperanzas.

Tras un minuto o dos, volvió a guardar el camafeo en el bolsillo. Jane empujó el carro junto con el abogado colgante dentro de la fábrica. Cerró la puerta tras ellos.



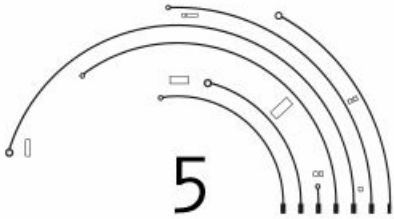
Cuando después de cinco minutos de espera ve que la señal parpadeante de Randall en la pantalla no se mueve del callejón, Diamanta usa el teléfono fijo supletorio de la sala de desayuno para llamar al iPhone de su marido. Tras cinco tonos, la llamada es desviada al buzón de voz.

A continuación, llama a la línea privada del despacho de Randall, que solo suena en su mesa, no en la centralita de su secretaria. Poco más de cinco o seis personas poseen ese número, y Randall siempre contesta si está allí. De nuevo, Diamanta es enviada al buzón de voz.

No es una persona que se alarme fácilmente, no hay en el mundo mucho a lo que tema, pues tiene confianza plena tanto en su habilidad para hacer frente a cualquier adversidad como en su destino, que será tan magnífico como ella misma.

En consecuencia, cuando Holmes, el mayordomo, le sirve un plato de huevos revueltos con salmón ahumado y coles de Bruselas asadas en mantequilla, que lo ha preparado Elizabeth, su esposa, y la otra mitad del equipo de gerencia de la casa, Diamanta se sienta a tomar su primera comida del día. Se dice a sí misma que a Randall bien puede habersele caído el teléfono en el callejón sin darse cuenta, bien puede estar allí mismo conversando con el jefe de mantenimiento, quien —sí, por supuesto— está tratando de arreglar la persiana enrollable del garaje, que ha dejado de funcionar, como ha ocurrido una o dos veces antes.

A medio desayuno, mirando la señal parpadeante, Diamanta cambia de opinión. Algo va mal.



Diez minutos después de transportar al abogado al interior de la fábrica, Jane Hawk volvió al Mercedes, llevando un bloque de hormigón.

El coche contenía un GPS que podría ser localizado. Una vez que los otros que no eran pájaros madrugadores llegaran al trabajo en Woodbine, Kravitz, Larkin y Benedetto, con el tiempo se darían cuenta de que el compañero del apellido en tercera posición se había perdido su primera cita. Suponiendo que Woodbine o Kravitz o Benedetto, o todos ellos, fueran tentáculos del multimillonario David James Michael, tan comprometido en construir un mundo mejor por medio de la eliminación de aquellos de la lista Hamlet, como lo estaba Randall Larkin, y suponiendo que supieran de la visita de Jane el día anterior a Lawrence Hannafin y de su incumplimiento en llamarle al mediodía como prometió, y suponiendo que no todos ellos fueran tan estúpidos como malvados, al menos uno llegaría a la conclusión correcta de que de algún modo ella había espiado la conversación entre Hannafin y Larkin, y que ahora, al inicio de ese flamante nuevo día, ella había secuestrado a su asociado cuando iba camino de conseguir sus primeras víctimas diarias. Nunca llamarían a la policía. No les haría falta la policía. Sus contactos iban desde lo más bajo hasta los escalafones superiores del Departamento de Seguridad Nacional y la NSA. Y se iniciaría una búsqueda urgente para encontrar el Mercedes por su identificador de GPS.

Dos días antes, cuando Jane había cortado el arco de cierre del candado de la puerta delantera con una cizalla, también había hecho dos aberturas verticales en la valla metálica detrás de la fábrica, paralelas la una a la otra y separadas entre sí por dos metros y medio. También había cortado la valla por la parte baja, así que la sección de dos metros y medio colgaba solamente de la guía superior de la cerca, a unos dos metros del suelo.

Se sentó al volante del Mercedes y arrancó el motor. Giró el sedán, lo encaró frente a la cortina suelta de la valla metálica y lo frenó a una distancia de seis metros. El control de aparcamiento era un pulsador al final del cambio de marchas, que se extendía desde el lado derecho de la columna de dirección. El freno de mano funcionaba no por medio de un pedal, sino por un mando que quedaba a la izquierda del volante y directamente debajo del mando de los faros. Dejó el coche en modo «Aparcar», con el freno de mano puesto, el motor al ralentí y la puerta del conductor abierta.

Cogió el bloque de hormigón de donde lo había dejado cerca del edificio. Lo llevó hasta el sedán y lo puso encima del acelerador. El motor rugió, una obra maestra de la ingeniería alemana, pero el coche estaba en modo «Aparcar», y detenido por el freno de mano.

Inclinándose por la puerta abierta, Jane llegó hasta el volante y cambió de «Aparcar» a «Conducir». El S600 se estremeció como un semental excitado, pero el freno lo contuvo.

Advirtiéndose ella misma de que debía ser rápida o se rompería un brazo, enganchó los dedos por debajo del mando por el lado más cercano al volante, quitó el freno de mano y se echó para atrás en un mismo movimiento.

Con el motor rugiendo, el Mercedes salió disparado como un cohete alejándose de ella. La fuerza de avance cerró de un portazo la puerta del conductor. El parachoques delantero se encontró con la cortina de la valla metálica a una velocidad más que suficiente para lanzarla hacia fuera, y el gran coche la atravesó al chocar contra ella. El faldón de la cerca repiqueteó por todo el vehículo, sin duda arañando el acabado hasta entonces cuidado amorosamente, pero con un impacto demasiado ligero como para hacer añicos el parabrisas. A menos de dos metros, incluso mientras la cortina de valla metálica repiqueteaba por la luneta trasera y por el maletero, el sedán encontró el terraplén y se perdió de vista.

Jane se aproximó a la valla cuando esta volvió a su sitio, justo a tiempo para ver el Mercedes aparecer por la larga pendiente que conducía al canal de hormigón de treinta metros de ancho que había justo debajo. El pesado bloque debía de estar todavía sobre el acelerador, porque el coche seguía ganando velocidad. Saltó por encima del murete del río, se mantuvo en el aire un segundo o dos y se pegó un planchazo descomunal al aterrizar sobre las veloces aguas.

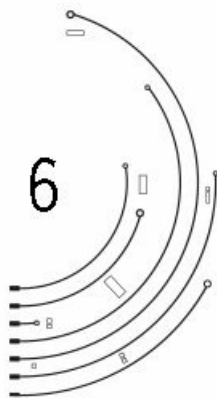
Todas las ventanas estaban subidas, y el coche permaneció flotando, y así estuvo durante un buen rato. Una máquina maravillosa, fabricada de forma ajustada, admitiría el agua a través de las rejillas de la calefacción, pero tan lentamente que alcanzaría muchos kilómetros de distancia río abajo antes de que estuviera medio sumergido, e incluso entonces la fuerza de la riada se lo llevaría hacia delante.

Vio al sedán cabecear, virar y bambolearse sobre las olas, casi alegre en su avance, como si estuviera saliendo de vacaciones. Pensó que debería haber conectado la radio y encontrar algo de Jimmy Buffett o similar para proporcionarle una banda sonora adecuada a las circunstancias.

Directamente al otro lado, se hallaba la gran línea divisoria de las revueltas aguas y, a alguna distancia río arriba, colinas sin urbanizar recubiertas por matas de romero en apretadas filas verdes. Ella creía que era bastante improbable que un excursionista o algún campista vagabundo pudiera estar por allí o acaso mirando en esa dirección en los cinco o seis segundos durante los cuales el Mercedes irrumpió a través de la valla antes de precipitarse en picado en el río. Con todo, si cualquiera hubiera visto de dónde venía el coche, estaría más interesado, e inclinado a informar, sobre el rumbo que ahora tomaba, convencido de que llevaba ocupantes en peligro.

La cortina de tela metálica sonó suavemente hasta que recobró su quietud anterior, y después quedó colgada como si estuviera soldada a los paneles que la flanqueaban.

Jane volvió a la fábrica abandonada.



Jason Alan Drucklow, un detective privado con licencia en treinta y nueve estados, había pasado la mayor parte de su vida investigando a la oposición para los directores de las campañas políticas de los dos partidos principales. Se esperaba de él que encontrara los trapos sucios más jugosos de varios gobernadores, senadores y congresistas; todo, desde sus asuntos extramatrimoniales hasta el intenso placer que sentían, de niños, torturando animales, o de adultos, en realidad.

En su juventud y al principio de su mediana edad, este trabajo le resultaba desafiante y estimulante a partes iguales. Llegó a ser un experto en destruir reputaciones, tanto si descubría verdades escondidas a fondo como si inventaba mentiras creíbles y creaba las pruebas que las respaldaran.

Para cuando cumplió los cuarenta, sin embargo, estaba harto. Ya no encontraba satisfacción en demostrar que un político hubiera recibido un soborno de un príncipe saudí o falsificando documentos históricos que parecieran condenar al padre de un candidato de haber servido como Grand Kleage en el Ku Klux Klan y de haber metido a gente de color en una trituradora de madera. Su aburrimiento se transformó en un tedio tan profundo que no podía levantarse de la cama algunos días, y su carrera parecía estar acabada. Para hombres con sus dotes, sin embargo, surgen oportunidades inesperadas.

Ahora conseguía tremendas cantidades de dinero trabajando para un hombre que se hacía llamar Marshall Ackerman, que podría ser o no su nombre real. Ackerman estaba empleado en una entidad sin ánimo de lucro llamada Voluntarios por un Futuro Mejor. Con base en una cuidadosa investigación de Jason Drucklow, Voluntarios por un Futuro Mejor podría estar o no dirigida por representantes de David James Michael. Ese descubrimiento le daba la confianza a Jason de que siempre le pagarían, pero también lo desanimaba a investigar más allá en la cadena de mando a

través de la cual recibía sus indicaciones, por miedo a acabar en una trituradora de madera, metafóricamente hablando.

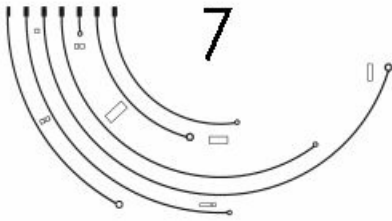
Ese viernes por la mañana recibe un correo electrónico encriptado de Ackerman, donde le dice que quiere que averigüe, inmediatamente, el paradero de Randall Larkin, cuya mujer no puede localizarlo.

Jason vive, y dirige desde ahí su negocio, en un lujoso apartamento en un edificio sumamente deseado en el Wilshire Boulevard, en Beverly Hills, no lejos de los despachos de Woodbine, Kravitz, Larkin y Benedetto. No paga el alquiler. Ni tiene que gastar su propio dinero en adquirir ordenadores, impresoras, escáneres y demás aparatos tecnológicos de última generación que equipan su casa-oficina.

Lo primero que hace Jason Alan Drucklow desde su ordenador principal es entrar en el vasto imperio de datos de la Agencia de Seguridad Nacional por una puerta trasera que le han asegurado que está aprobada por los más altos oficiales de dicha agencia, para la cual Voluntarios por un Futuro Mejor es un valioso y secreto asociado.

En las ciudades de Estados Unidos, y no solo en las ciudades, las cámaras de tráfico y de los locales ayudan a mantener la seguridad de las personas, a la vez que suministran un registro histórico de varias actividades. Jason accede al programa de la NSA que coordina los sistemas de vídeo en casi todas las jurisdicciones de los cuerpos de seguridad de ámbito nacional, haciendo posible saltar a cualquier localización de costa a costa para obtener imágenes en tiempo real de lo que pudiera estar ocurriendo allí.

En apenas un minuto y medio, descubre que Beverly Hills no tiene ninguna cámara de tráfico en el callejón de detrás de los despachos de abogados de Randall Larkin. Afortunadamente, hay cámaras en las calles principales paralelas conectadas con el callejón, y los archivos de vídeo mostrarían al abogado llegando al trabajo por la mañana temprano.



Randall Larkin, todavía inconsciente, estaba sentado en una de las sillas de patio, ya no tenía las manos esposadas ni los tobillos atados. Cada brazo estaba atado con una brida a un brazo de la silla; cada tobillo, a una de las patas delanteras, para que no pudiera ponerse de pie.

Jane esperaba en la segunda silla, de cara a su secuestrado, a una distancia de unos dos metros y medio.

La lámpara de queroseno siseaba suavemente ya que una constante nube de combustible vaporizado escapaba de la válvula a la capa de tela incandescente.

La cabeza le colgaba hacia delante, y respiraba de manera superficial. Larkin recobró la consciencia poco a poco al principio. Masculló sílabas sin sentido mientras la saliva le bajaba por una de las comisuras de la boca como baba de caracol y goteaba desde su mandíbula a una pernera del pantalón del fino traje de color gris medio. Dos veces canturreó unos cuantos compases de una versión farfullada de una melodía que no reconoció. Los dedos acariciaban los brazos de aluminio de la silla como si la textura suave le gustara.

Un rato después, levantó la cabeza, abrió los ojos y parpadeó con perplejidad. Entornó los ojos por la blanca y ardiente luz de la lámpara y entonces vio a Jane. La miró con el ceño fruncido y chasqueó los labios.

—Sueño —dijo antes de cerrar los ojos de nuevo.

Un par de minutos más tarde, cuando levantó la cabeza y la miró de nuevo, sabía que no estaba soñando.

—Tú. ¿Quién eres tú?

—Piénsalo —le sugirió ella.

Cuando intentó levantar una mano para poder limpiarse las babas de la cara, pareció darse cuenta por primera vez de que estaba inmobilizado. Tiró de las bridas e intentó dar patadas, y aquello hizo que la silla se arrastrara contra el suelo de hormigón.

La mirada que le devolvió a ella fue más penetrante que antes.

—El callejón. La chica del callejón. ¿Qué haces aquí?

Le habló con calma y como si estuviera preocupada por él.

—Quizá lo que te haga falta sea pensar qué estás haciendo tú aquí.

—¿Te conozco? No te conozco.

—No nos hemos visto nunca, pero me conoces.

—¿Qué es esto? ¿Un acertijo? No me hables en clave. ¿A qué vienen estos acertijos?

—Es la peluca lo que no reconoces —le explicó pacientemente—. La peluca, la sombra de ojos, el lápiz de labios azul y el piercing de la nariz.

Se quedó rumiando sobre eso un momento y entonces abrió mucho los ojos al entenderlo. Tenía los ojos de un castaño claro poco corriente, el color de los caquis, con vetas más oscuras.

—Jane Hawk —dijo.

—Ah. Ya casi estás de vuelta del país de los sueños.

Volvió a probar sus limitaciones.

—¿Cómo he llegado aquí? ¿Qué me has hecho? Tengo un extraño regusto dulce en la boca.

—Cloroformo.

Se pasó la lengua diente por diente, pensando en la palabra.

—Estás loca. Estás loca de remate.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—No desde mi punto de vista.

—Esto es un secuestro.

—Eso es parte de lo que es.

—Te pueden condenar a cadena perpetua por secuestro.

—No te preocupes por mí, Randy. Ya me buscan por asesinato.

Ya volvía a ser Randall Larkin plenamente. Sus ojos contaban la historia de una mente aguda apresurándose por captar todas las consecuencias de aquella situación. Miró la base formada por dos barriles de la mesa, las botellas de agua sobre ella, los cuencos de perro, la lámpara y la lata de combustible. Se fijó en las altas ventanas vagamente dibujadas por el sol de la mañana. Giró la cabeza, examinando la oscuridad que presionaba la esfera de luz espectral en la que ellos, sentados en dos sillas enfrentadas, parecían flotar como si estuvieran fuera del espacio y el tiempo.

Repitiendo las últimas palabras que había oído decirle a Lawrence Hannafin, Jane dijo:

—Y cuidado no te quemes los huevos.

Se quedó desconcertado solo un momento y entonces se dio cuenta de que ella había oído sus conversaciones.

—Mierda.

—Muy profundo, también —dijo comprensivamente.

Tras poner la cara que exhibía en los tribunales, el litigador, impávido, la atravesó con una mirada que debía de haber intimidado a incontables testigos en medio de sus testimonios.

—No te tengo miedo.

—Lo sé. Pero lo tendrás —repuso Jane.

—Ya sabes todo cuanto necesitas.

—No todo.

—Incluso aunque me pudieras cascar como un huevo, y no puedes, no hay nada que te pueda decir que no sepas ya.

Lo miró, pero no contestó.

La lámpara siseó.

Después de quizás un minuto, él dijo:

—Lo siento, pero el silencio no funciona conmigo.

—No estoy usando el silencio contigo. Solo estoy esperando a que te des cuenta de la siguiente obviedad que te vas a decir a ti mismo para tratar de mantener la calma.

Fingió más interés en la fábrica que en ella. Echó un vistazo a la penumbra que los rodeaba.

—¿Dónde estamos?

—En un lugar.

—Nos encontrarán.

—Tiré tu móvil. Tu Mercedes se encuentra ya a kilómetros de aquí, en un crucero por el río hacia el océano.

—¿Un crucero? ¿Qué significa eso?

Ella se encogió de hombros.

Larkin volvió a hablar después de otro momento de silencio mutuo.

—No asesinaste a nadie. Por lo que yo he oído, los dos que mataste te dispararon primero. Defensa propia.

—¡Ahí está! —dijo ella—. La siguiente obviedad que te vas a decir a ti mismo para tratar de mantener la calma.

—Eres una agente corrupta, eres de hielo, pero no eres capaz de asesinar a sangre fría.

—¿Eso crees?

Larkin esbozó una sonrisa que Da Vinci nunca se habría molestado en pintar.

Ella calló atenta, y él, orgulloso de sí mismo.

Al final, Larkin dijo:

—El puto cloroformo me ha dado dolor de cabeza.

—Bien.

La lámpara siseó como si la propia luz se estuviera desinflando y una oscuridad eterna fuera a envolverlos cuando el siseo cesara.

—Si te volara los sesos ahora mismo, ni siquiera eso sería asesinato. Sería en legítima defensa. ¿Sabes por qué?

No quiso seguirle el juego al principio. La miró a los ojos y esperó.

—Tus socios amenazaron a mi pequeño. ¿Estabas al tanto de eso? Amenazaron con matarlo. Con matarlo, pero también con violarlo primero. Amenazaron con mandarlo al ISIS o a Boko Haram como esclavo sexual. De hecho, mandarnos a los dos: a él y a mí.

Se dio cuenta de que él no lo sabía, y al saberlo había empezado a cambiar sus pronósticos al considerar el potencial de ella.

—¿De qué diseñador es ese traje? —le preguntó.

Larkin quedó desconcertado por el cambio de tema.

—¿El traje?

—¿Es un Brunello Cucinelli, como algunos de los trajes del vestidor de Larry Hannafin?

—¿Qué? No.

—¿De quién es el traje, entonces?

—¿Y qué importa eso?, ¿un traje?

—¿De quién es el traje?

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Estoy interesada en todo acerca de ti, Randy. ¿De quién es ese traje?

—Es solo un traje.

Jane se levantó de un salto de la silla, dio un paso hacia él y su grito animal rebotó por las paredes y por el techo de vigas.

—¡Que de qué diseñador es el traje que llevas, pedazo de gilipollas!

Dio un respingo, inquieto por no decir alarmado ante la idea de que esa ira contenida se pudiera desatar con algo tan trivial como su traje.

—Zegna. Ermenegildo Zegna. No es para tanto.

—¿Cuánto costó?

—¿El traje? No lo sé. Quizá cuatro mil.

—¿Quién hizo la corbata?

—¿La corbata?

Se alzó imponente sobre Randall y se inclinó hacia él. Le abofeteó la cara una, dos veces, con todas sus fuerzas, tan fuerte que le picó la mano.

—Sí, la puta corbata.

Había estado tan acostumbrado desde hacía tanto tiempo a ejercer el poder que solo en ese momento pareció entender de repente que no podría confiar en el decoro habitual en un tribunal, ni tampoco dar forma a su discurso con preguntas engañosamente formuladas. Ella era la que hacía las preguntas. Él era el testigo esta vez; ella, la abogada de la acusación, y no simplemente una abogada de la acusación, sino también la fiscal.

—¿Qué te costó la puta corbata, Randy?

Se encogió de hombros y fingió una desdeñosa indiferencia hacia su obsesión con su vestuario.

—Quizás un par de cientos.

—Háblame de la camisa. Será mejor que sepas algo de la camisa.

Un doble tartamudeo de la p desmintió su autocontrol.

—P... P... Paul Smith. Paul Smith. Londres.

—¿Qué me dices de los zapatos?

—Armando Cabral.

—Eres todo un dandi, ¿verdad?

—Visto bien, eso es todo.

—¿Llamarías a eso un traje de poder?

—No.

—Dadas tus actuales circunstancias, yo tampoco.

Volvió a la silla de jardín. Se quedó sentada observándolo.

Él permaneció inexpresivo, pero a sus ojos asomaba un caldero de bilis. En la blanquecina luz de gas, el rostro de Larkin carecía de la rubicundez propia de la ira pura, estaba tan pálido como las llanuras de sal bajo la luz de la luna, con un tenue polvo gris bajo los párpados inferiores y los labios de un rosa anémico. Estaba furioso, pero también estaba, por fin, totalmente asustado.

—El nombre de tu mujer actual es Diamanta.

—No la metas en esto.

Jane levantó las cejas.

—¿Por qué demonios no puedo? Tú metiste a mi marido en esto.

—Ella no sabe nada.

—Ah, vaya. Eso probablemente sea mentira. —Ladeó la cabeza y lo contempló de manera inquisitiva, dejando que una media sonrisa asomara y se borrara, como si ella lo encontrara a él casi tan divertido como repulsivo—. Tu mujer, Diamanta... —dijo en un tono que podría haber sido el del cotilla del barrio buscando un bocado jugoso—. ¿Sabe Diamanta lo de Aspasia?

Un momento de atónito silencio reveló el desconcierto que él sentía antes de hablar.

—¿Eso es una droga o algo así? Yo no tomo drogas.

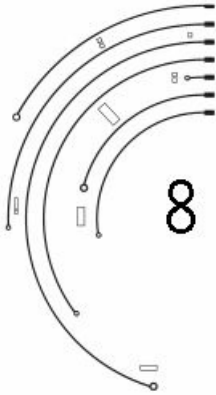
Tanto él como los otros en esa conspiración eran conscientes de todo cuanto ella había descubierto en relación con los implantes de cerebro y la lista Hamlet, que el día de la muerte de Bertold Shenneck también se había apoderado de memorias USB que contenían la investigación del científico y que, asimismo, había obtenido ampollas de los mecanismos de control de los nanoimplantes en un medio neutro listos para ser inyectados. Pero no tenían forma de saber que hubiera descubierto el otro uso perverso y cruel para el que habían urdido esa temible tecnología: Aspasia.

—Randy, Randy, Randy. Ahora me conoces un poco mejor. Sabes que vengo bien preparada para entablar una discusión como esta.

Él no dijo nada.

—¿Con qué frecuencia vas a Aspasia, Randy? ¿Una vez al mes? ¿Una vez por semana? ¿Cómo de extremo es tu deseo más extremo?

Era capaz de leer sus reacciones. La piel pálida, los ojos vidriosos y desenfocados porque alguna visión interna nacida de la memoria lo distraía, los orificios de la nariz ensanchados como si acabara de captar la verdadera esencia de su propia alma corrupta, las manos que ya no estaban relajadas sobre los reposabrazos de la silla sino agarrando el aluminio como si se hubiera montado en una montaña rusa que ascendiera hacia el borde de una bajada peligrosa. Con todas esas señales, mostró su ansiedad y su culpa con tanta claridad como si hubiera redactado su confesión en una pizarra con un trozo de tiza.



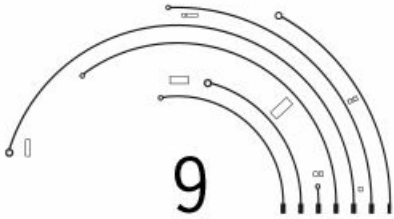
Antes de pasar a la etapa que tanto tiempo consumiría y que se basa en revisar los vídeos archivados de las calles colindantes al callejón, Jason Drucklow le pide a su novia y ayudante, Cammy Newton, que se desplace rápido al lugar de los hechos para encontrar el teléfono que señala la presencia de Randy Larkin.

—¡Genial! ¡Yo me encargo! —exclama Cammy.

En esos círculos, la relación Drucklow-Newton es poco común. Ella solo es dos años más joven que él, y lo tiene en muy alta estima. Asimismo, él está tan locamente enamorado de ella que algunas veces se siente como si volviera a tener trece años, lleno del deseo adolescente y de la sensiblería romántica de la que una vez se mofó al aflorar en otros.

Cuando empezaron a salir tres años antes, ella trabajaba como pedicura en un salón de belleza, cortando y pintando uñas y lidiando con temas como callos y feos hongos. Se siente como Cenicienta, si la propia Cenicienta hubiera sido arrastrada no por un príncipe, sino por James Bond.

—¡Voy a echarte de menos! —le dice mientras sale por la puerta, aunque no vaya a estar fuera ni una hora.



Hazel Syvertsen vivía a las afueras de la ciudad, en una casa de estilo victoriano blanca con molduras de volutas, un frontón tallado y dos grandes ventanales de estilo italiano. La casa era tan frívola como práctica resultaba su dueña.

El sheriff Luther Tillman subió los escalones hasta un pórtico muy decorado, se desabrochó las botas de nieve, sacó los pies todavía calzados y llamó al timbre.

Tuvo que llamar de nuevo antes de que Hazel apareciera con sus botas de leñador, pantalones de escalador grises y una camisa azul de franela con las mangas enrolladas. A pesar de su atuendo, era tan femenina como cualquier mujer objeto de la devoción de un hombre en una novela del mismo período que su casa.

—Te has quitado las botas, así que has venido a darme la brasa un buen rato. Tendrás que hacerlo sin café, en mi taller de trabajo. Estoy en medio de una tarea y no pienso tomarme un puñetero descanso.

—Acepto sus términos, señora.

—No me vengas con eso de señora. Me hace sentir todavía más vieja de lo que soy.

Con sesenta y seis años cumplidos, Hazel se había jubilado el año anterior. Después de cursar estudios en la universidad, sirvió durante veinte años en el ejército, salió con el rango de sargento, volvió a casa y ocupó el cargo de directora de la escuela primaria durante veinticuatro años. Se había casado tres veces; dos de ellas con hombres del ejército. El primero murió en combate; el segundo, en un accidente de helicóptero. El tercero fue un sinvergüenza, así lo decidió ella; se divorció de él después de sacarlo de la casa con una escopeta del calibre doce que él creía cargada, y retomó su apellido de soltera.

Su taller de trabajo era una estructura adyacente en la parte posterior de la casa. En la mesa central de trabajo había fijado un marco de panel de unos dos metros por uno para crear una vidriera. Elaboraba aquella clase de ventanas por encargo desde que volviera a casa del ejército; y se las podía encontrar en hogares, negocios e iglesias dispersos por todo el condado.

Un dibujo a tamaño completo del trabajo colgaba en la pared, y una tercera parte de la ventana ya estaba terminada: una vibrante franja de rojos y azules y amarillos y púrpuras.

—Es abstracto. Es hermoso, pero odias lo abstracto.

—Lo empecé ayer. He pasado en pie la mayor parte de la noche. Está inspirado en lo de ayer. Justo ayer decidí que el mundo estaba perdiendo forma, coherencia; convirtiéndose en una locura abstracta. Esta es la nueva realidad.

—Así que se trata de Cora.

—Joder, sí, se trata de Cora. Va a ser hermoso, lleno de vida. Lo voy a titular «Cora», y si algún cabrón se opone a que lo cuelgue en la escuela primaria, que se vaya a la mierda.

Luther habló cuando Hazel comenzó a seleccionar formas precortadas de vidrio para que encajaran en el marco de plomo.

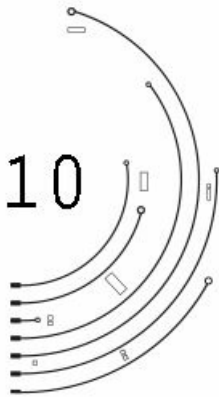
—No estoy aquí por un asunto oficial.

—Ya me he dado cuenta. Sin uniforme.

—Los federales han dejado a mi departamento totalmente fuera del caso. Así que solo estoy aquí como amigo. Conocías a Cora mejor que nadie. ¿Alguna vez te habló de un lugar relacionado con un horno, con hierro, llamado Iron Furnace?

Hazel levantó la vista de su trabajo y su expresión de asco era casi igual que si Luther le hubiera preguntado si alguna vez Cora le había hablado de Auschwitz.

—Ese lugar. Algo le pasó a Cora en ese lugar.



En el aire fresco de la fábrica vacía flotaba un vago olor a barro podrido aquí y allá, además de otro más penetrante a orina, que también le llegaba de vez en cuando. A lo lejos, en la oscuridad que se extendía más allá de la zona de luz, se oyó una serie de chasquidos como si una corriente de aire revolviere el suelo lleno de basura aun cuando no hubiera ninguna brisa.

Atado a su silla, Randall Larkin giró la cabeza hacia el sonido, y aunque claramente quería saber qué era, no preguntó.

Jane sabía que, entre la gran cantidad de papeles abandonados, archivos muertos y folletos enmohecidos, la historia no deseada de una empresa fracasada se había convertido en un hogar para las ratas que lo arañaban, lo masticaban, lo devoraban y lo transformaban en guaridas. Todavía no estaba lista para compartir esa información con Larkin.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó—. ¿Qué crees que puedes conseguir que no tengas ya?

Sin hacer caso de su pregunta, ella se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Alguna vez exploraste la red oscura, Randy? No me refiero a la web profunda. Ahí no hay básicamente nada espeluznante. Sino a la red oscura. ¿Alguna vez has visitado eso?

—No sé nada acerca de webs profundas ni redes oscuras.

Ella sonrió ante la transparencia de su mentira.

—La gente no puede entrar en la red oscura con un motor de búsqueda corriente. Las direcciones de los sitios web contienen largas cadenas de tonterías, letras, números y símbolos que nadie podría escribir por accidente. Uno ni siquiera puede recordarlos, son muy complejos. Hay una dirección particular de cuarenta y cuatro caracteres. Para obtenerla, se debe ser miembro de un club muy exclusivo o recibir una invitación. Si alguien escribe esos cuarenta y cuatro caracteres, Randy, le sale una página de inicio sobre un fondo de pantalla negro con una palabra en letras blancas. La palabra es *Aspasia*.

Él cerró los ojos y agachó la cabeza como si la encontrara aburrida, aunque tal vez tuviera miedo de mirarla justo en ese momento.

—Luego aparecen las siguientes palabras: «Chicas guapas. Totalmente sumisas. No hay deseos demasiado extremos». ¿Recuerdas?

Él escogió refugiarse en el silencio.

—Luego aparecen nuevas palabras —continuó—. «Chicas incapaces de desobedecer. Silencio permanente asegurado». Vaya, suena genial, ¿eh? Cuesta trescientos mil entrar, Randy, pero eso no es caro si los deseos de alguien son extremos y sus trajes cuestan cuatro mil o más. La única forma que existe para unirse es que a uno lo invite un miembro. Por lo cerca que parece estar de David James Michael, asumo que fuiste uno de los miembros fundadores.

La estrategia de él de no cooperar no tardaría en resultarle inadecuada.

—Hay Aspasias en L. Á., San Francisco, Nueva York y Washington. He estado en el de L. Á. Randy abrió mucho los ojos.

—Eso no es...

—¿No es posible? —lo interrumpió ella—. No voy a perder el tiempo en explicarte cómo entré. Es una finca amurallada de más de una hectárea, ¿verdad? Sí, eso es correcto. Dios mío, Randy, es un auténtico palacio. Se han gastado decenas de millones en ese lugar. Muy buen gusto, también. ¿Sabes? No parece ni por asomo una casa de putas. Un montón de antigüedades increíbles, alfombras persas molonas, cientos y cientos de metros de mármol por todas partes... A ver, como si un chico pudiera ir allí con todos sus deseos calientes y extremos, ya sabes, y sentirse sofisticado y elitista y totalmente bien consigo mismo.

Jane se puso de pie. Le habló mientras caminaba para ponerse detrás de Larkin.

—¡Y las chicas, Randy! Las chicas son tan impresionantes... Quiero decir, hacen que un catálogo de Victoria's Secret parezca una colección de viejas leyendas y eternas aspirantes.

Giró la cabeza todo lo que pudo para mirarla.

Jane le agarró una mata de pelo, se la retorció con fuerza y le empujó la cara hacia el pecho.

—Mira mi silla vacía. No mires a ningún otro sitio, más que a mi silla vacía.

Consiguió mostrar un poco de bravuconería, aunque no de coraje real.

—Date por muerta.

—Bueno, eso es aplicable a todos, ¿no es verdad? Ninguno de nosotros sale de este mundo con vida. Aunque algunos lo hagan antes que otros.

Le soltó el pelo y le palmeó la cabeza con la mano enguantada, como con afecto.

—Esas chicas tremendamente buenas son por completo sumisas, incapaces de desobedecer porque les han inyectado una nanomáquina, un mecanismo de control en el cerebro. Randy, ¿eso no te parece..., no sé, increíble?, ¿una mierda sacada de la ciencia ficción?

—Ya basta. Tú no...

Le retorció la oreja izquierda hasta que se le escapó un chillido.

—Lo mejor es ser sumiso, incapaz de desobedecer. —Le dio un momento para recobrar y luego habló de nuevo—. Sí, realmente una mierda increíble sacada de la ciencia ficción. Y ahora viene lo mejor. Esas chicas son encantadoras y lo hacen todo felices y quieren agradar, y nunca dejan Aspasia, viven allí todo el tiempo, porque los suyos son implantes diferentes de los que hacen que las personas se suiciden. Esos implantes no solo les lavan el cerebro a las chicas. Limpian el tejido de la mente hasta que se deshilacha, borran los recuerdos, borran su personalidad e instalan una nueva. No hay esperanza de traer de vuelta a quienes eran. Es un proceso irreversible. Bueno, ya sabes, algo así como que la hija de cualquier persona pueda convertirse en el juguete de todos, eso es lo más genial, ¿no crees?

A Jane le pareció que el tipo estaba temblando. Era difícil de asegurar, porque sus manos agarraban con mucha fuerza la silla.

Le deslizó un dedo por la nuca, y él gritó alarmado, como si pensara que debía de ser la hoja de un cuchillo.

Bajó la boca cerca de la oreja que no le había retorcido para susurrarle algo.

—No se trata tanto del sexo como del poder. ¿No es así, Randy? El poder total sobre esas chicas.

—No lo sé —dijo lastimeramente.

—¿No lo sabes? Mejor no pensar demasiado en ello, ¿eh? —Le puso las manos sobre los hombros y comenzó a masajearlos para aliviar su estrés—. ¿Haces daño a las chicas, Randy? ¿Hacerles daño te pone cachondo?

—No. Joder, no. No es así.

—¿Disfrutas haciéndoles cosas que humillarían a cualquier chica que no estuviera programada como ellas? ¿Alguna vez has ido demasiado lejos y has matado a una de ellas, Randy?

—Eso es una locura. Demencial. Tienes muy mal la cabeza.

Le trabajó los músculos del hombro.

—Porque la noche que estuve allí, encontré a una chica a la que uno de los invitados había estrangulado hasta morir. Totalmente sumisa, ¿ves? Probablemente lo hiciera mientras llegaba a su clímax. Sé que no fuiste tú esa noche, pero ¿no es así como querrías sincronizarlo?

—Oh, Dios —dijo con voz débil y llena de temor—. Oh, Dios.

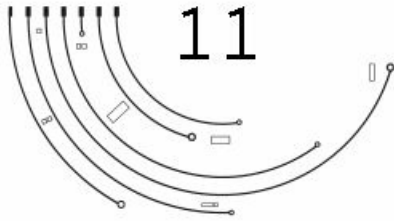
—¿Crees que se molestaría en escucharte, Randy? No creo que Dios te escuche más. De todos modos, me imagino que los tipos sofisticados como tú no matáis a las chicas de manera habitual. Quiero decir, eso provocaría un problema importante de dotación de personal. Así que solo sucede de vez en cuando, cuando uno de vosotros se encuentra de veras en un estado de ánimo en plan soy-el-amor-del-universo.

—No soy un ángel, pero estás muy equivocada conmigo. No soy capaz de matar a nadie.

—No, contratas a alguien para que lo haga en tu lugar. Sakura Hannafin era alérgica al veneno de avispon. Alérgica con peligro de muerte. Mientras su esposo, el reportero Larry, estaba convenientemente fuera del estado realizando una asignación, ¿a quién contrataste para poner esos avispones en el coche de Sakura Hannafin?

—No puedes decirlo en serio. Eso es solo algo que pasó, algo natural. Los avispones entraron en el coche. Nadie los puso allí. No todas las cosas malas que suceden en el mundo están relacionadas conmigo.

—Debió de pensar que su botiquín anafiláctico se encontraba en la guantera —dijo Jane—. Con las autoinyecciones de epinefrina y el Benadryl líquido. La guantera estaba abierta cuando el equipo de seguridad del centro comercial la encontró muerta de un shock anafiláctico, con un avispon sobre la cara y otros dos en el coche. Ella siempre llevaba el botiquín consigo. Supongo que se le olvidó ese día. Todos nos olvidamos de las cosas, ¿verdad, Randy?



No han pasado ni diez minutos después de que ella haya salido corriendo de su apartamento cuando Cammy Newton llama a Jason Drucklow desde detrás de las oficinas de los abogados. Este aleja su silla del ordenador en el que está intentando revisar los vídeos archivados de las cámaras de tráfico y dirige su atención a su segundo puesto de trabajo. En la pantalla, en una versión de Google Maps del callejón, el punto rojo que es el localizador de Randall Larkin todavía está parpadeando. Cerca de ese punto, ahora hay otro, uno azul que representa a Cammy.

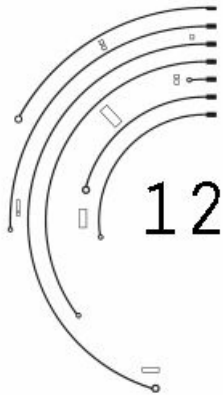
—¡No encuentro nada, cariño! No hay rastro de Larkin o de su Mercedes. No veo un móvil por ningún lado.

—Ya casi estás encima, amor. Muévete al oeste unos pocos pasos. Vale. Ahora tal vez uno o dos pasos a tu derecha. No, demasiado lejos. De vuelta, a tu izquierda. —Los dos marcadores parpadeantes chocaron—. Justo ahí.

—Estoy de pie sobre algún tipo de rejilla de drenaje o tal vez un respiradero o algo así. Tiene el nombre de la compañía eléctrica.

—Dejó caer el teléfono a través de la rejilla —dijo Jason.

—O alguien lo hizo por él —le corrigió Cammy.



Luther Tillman ya sabía que Iron Furnace era una pequeña ciudad en Kentucky, cerca del lago del mismo nombre. Seiscientos habitantes. El empleador más grande era un complejo vacacional muy caro de un centenar de habitaciones y cinco estrellas. Se había enterado de eso y de más por la red. Pero no sabía por qué Cora Gundersun había incrustado esas tres palabras, de forma aparentemente inconsciente, entre las repeticiones obsesivas de sus extrañas entradas del diario.

Después de tocar un círculo rojo, una media luna azul, Hazel Syvertsen eligió una gota de rocío amarilla y la colocó en el plomo.

—Invitaron a Cora a una conferencia en el complejo hotelero del lago Iron Furnace. Cuatro días, cinco noches, todos los gastos pagados. Estaba muy emocionada con eso.

—¿Una conferencia sobre qué?

—La educación de niños con necesidades especiales. Se supone que era parte conferencia y parte recompensa para los asistentes, quienes en un momento u otro habían sido nombrados «maestros del año» por su ciudad o estado.

—¿Cuándo fue eso?

—El agosto pasado. Antes de que empezara la escuela.

—¿Quién organizó esa conferencia?

—Una fundación caritativa. Creo que era algo así como la Seeding Foundation. No. Seedling. Seedling Foundation.

—¿Fue sola?

Moldeó el trozo de plomo para que se ajustara a la curva de la gota de rocío antes de contestar.

—Podría haberse llevado consigo a una invitada, a una amiga o a otra persona. Lo que habría complicado las cosas si uno de los hombres en la conferencia resultara ser su hombre perfecto. Después de todo, esa gente tenía una profesión en común con ella, un afecto por los niños que la

mayoría considera causas perdidas. Tal vez no puedas imaginar esto, pero Cora era una gran romántica. Ella creía que había alguien especial para todos; solo necesitaba el destino para que tuviera lugar esa conexión. Ir a Kentucky sin compañía fue solo una forma de darle una pequeña patada en el trasero al destino.

Tras leer varios de los relatos cortos de Cora y parte de una novela, Luther sabía que había sido una romántica que escribió acerca de la esperanza y de la bondad potencial del corazón humano sin sentimentalismos; de hecho, con un trasfondo de melancolía.

Sin embargo, no pretendía hablarle a Hazel sobre esos cuadernos, que alguien había querido incinerar, junto con todo lo demás, en la casa de Cora.

—¿Conoció a un hombre en esa conferencia?

—Conoció a uno o dos que le gustaron, pero a nadie que, tal como me dijo, le hiciera dar volteretas.

—Pero dijiste que algo le pasó en ese lugar.

Hazel dejó de trabajar con la ventana y pareció dedicarse a estudiar el flujo de forma y color en la parte terminada de la composición, como si fuera una ventana de memoria a través de la cual estuviera mirando.

—No puedo explicarlo fácilmente, Luther, pero Cora era diferente después de su estancia en el lago Iron Furnace. Más callada, con menos tendencia a reírse de las cosas tontas. Quiero decir, de las cosas absurdas que todos experimentamos en la vida. Estaba entusiasmada con la conferencia cuando regresó..., pero mantuvimos una especie de charla intrascendente, con pocos detalles específicos, algo que no era en absoluto propio de Cora. Tenía buen ojo para los detalles. Cuando te contaba algo interesante que le había sucedido, siempre se trataba de un relato lleno de detalles. Pero después de un día o algo así, no dijo una palabra más sobre Kentucky. Las pocas veces que se lo mencioné, ella rechazó el tema, como si hubiera sido un lugar encantador, sí, pero, por lo demás, una decepción.

—Tal vez sí conociera a un hombre allí, alguien que ella creyera especial pero que, de un modo u otro, terminó lastimándola —aventuró Luther.

—Sí, ya lo pensé. Pero no creo que fuera eso.

Abandonó la mesa de trabajo, se dirigió a una ventana y contempló su patio trasero cubierto por muros y por una arboleda de abetos, con sus agujas glaucas cargadas de nieve y adornadas con pequeños conos cilíndricos.

Después de décadas de trabajo policial, Luther sabía cuándo un testigo quería decir algo más, pero se sentía impedido por la lealtad hacia un amigo o por la vergüenza, o por cualesquiera de las emociones y dudas que atan nudos en la lengua. Las técnicas de interrogación fallaban la mayoría de las veces a la hora de abrir la concha de esa última perla, y era mejor dejar que la persona en cuestión resolviera por sí misma lo que consideraba ético.

Hazel habló sin volverse a mirarlo.

—Después de que regresara de Kentucky, algunas de las veces que la visité me la encontré sentada casi en trance, perdida en sus pensamientos. Su expresión... Bueno, solo puedo describirla como poseída. Tuve que hablarle dos o tres veces antes de que se diera cuenta de que yo estaba allí. Me pareció que quizás hubiera algo que temía, pero de lo que no quería hablar.

«Una araña que hilaba una red dentro de su cráneo —pensó Luther— y puso huevos en los pliegues de su cerebro».

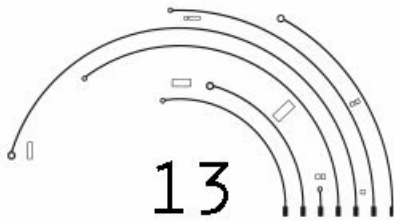
Después de otro silencio, Hazel dijo:

—Debería haberla presionado al respecto. Debería haber estado más preocupada. Mostrarme más como su amiga.

—No tienes ni una pizca de responsabilidad por lo que sucedió en el hotel Veblen.

Hazel se volvió hacia él.

—Sé que no la tengo, Luther. Lo sé. Y sin embargo, mierda, siento que sí la tengo.



Jane regresó a su silla y se la acercó a Randall Larkin. Luego movió la bolsa al lado de la silla y se sentó de modo que sus rodillas casi se tocaran. Le sonrió con calidez, se inclinó hacia delante y dio unas palmaditas en la mano izquierda del abogado para tranquilizarlo.

—¿Cómo estás, patrón?

Él no sabía qué pensar de ella. Había llegado a una encrucijada interior, a una desconcertante intersección de rabia y miedo y culpa y confusión, con la esperanza de que sabría cómo navegar desde allí hacia cualquier tipo de seguridad. Se quedó callado, sin entonar una súplica, una frase, una mentira que pareciera tener probabilidades de funcionar.

—¿Estás bien? —le preguntó de nuevo—. Todavía nos queda mucho por delante. Necesito que te quedes conmigo, aquí. Lo que necesitamos ahora es tener la mente despejada, Randy. Se acabaron tus viejos trucos, se acabó fingir ignorancia, las evasivas, la manipulación.

Aunque él pudo imaginar las distintas formas en que ella podría haberse enterado de la existencia de Aspasia, obviamente estaba nervioso porque ella hubiera descubierto su implicación en el asesinato de Sakura Hannafin. Evidentemente, no recordaba una de las cosas más importantes que le había dicho a Lawrence Hannafin en la primera de las conversaciones telefónicas que Jane había escuchado. Cuando el periodista presionó para que lo ascendieran a editor de su periódico, tras insistir en que se le debía cierta gratitud, Larkin le había respondido: «¿Solo ha pasado un año y ya te has olvidado de lo que hemos hecho por ti?».

Sakura llevaba muerta un año.

Para Larkin, Jane ya era en ese momento algo más que su torturadora, algo más que una simple adversaria a la que había que engañar con palabras o eliminar con una violencia sobre la que no tendría reparos. En su confusión e impotencia, ella le había empezado a parecer mágica y sus fuentes y métodos, misteriosos. Cuando uno hace frente a una criatura mágica, no puede saber qué nuevo truco podría utilizar a continuación, qué hechizo lanzaría, qué conjuro invocaría con qué propósito aterrador.

—Oficialmente, la firma que representa a David James Michael, tanto en asuntos de negocios como en cuestiones legales personales, se encuentra en Nueva York. ¿Conoces el nombre de la firma? —le preguntó Jane.

Dudó, preguntándose qué cuchilla de afeitar podría esconderse en esa inocente pregunta, calculando con los ojos entornados como los de un dios cocodrilo de una antigua tribu. Finalmente, contestó.

—Forsythe, Hammersmith, Aimes y Carroway.

—Muy bien. Excelente. —Ella no sabía a ciencia cierta si lo siguiente que iba a decirle sería verdad, pero era capaz de sumar números mayores que dos más dos—. Si esta conspiración tuya fuera tan limpia y racional como la mafia, tú serías conocido como el *consigliere* secreto de D. J. Michael, el hombre al que acude para obtener asesoramiento legal en los asuntos más cruciales.

—No somos un puñetero grupo de zampadores de espaguetis y albóndigas —replicó Larkin, capaz de dar muestras de altanería incluso en esas circunstancias.

—Sí, soy consciente de eso. Lo vuestro es, más bien, una alianza de poderosos con conciencia cívica e intelectuales deslumbrantes sin parangón en la historia.

—Te burlas porque no puedes entenderlo.

—Tanto si lo entiendo como si no, me acabas de confirmar que eres el equivalente al *consigliere* secreto de D. J.

Abrió la boca para objetar, pero recordó su altanero comentario sobre espaguetis y albóndigas, y decidió admitirlo.

—Quiero que me digas dónde y cómo tengo la mejor oportunidad de llegar a D. J., de superar sus medidas de seguridad.

—No puedes.

—Quiero saber los puntos débiles de sus defensas.

—No hay ninguno.

—Siempre los hay.

—No con él.

—Cuando lo pienses bien, verás que tengo razón.

Se puso el bolso en el regazo y sacó una táser, no el modelo que disparaba un dardo unido a un cable, sino una que requería que el objetivo estuviera al alcance del brazo del usuario.

—¿Sabes lo que es esto, Randy?

—Sí. ¿Y qué?

En plan duro. En plan chulo. Sin dignarse a mirar el artefacto, sin mostrarse impresionado por la amenaza.

—Mi primer pensamiento fue darte una paliza con esto. Incluso tengo dos baterías de repuesto. Tiras de pesas en el gimnasio de tu casa. Tienes un entrenador personal. Estás en forma, pero por dentro eres blando. No has conocido mucho el dolor en tu vida regalada. Después de unos cien chascazos con esto, me imagino que me dirías cualquier cosa que quiera saber en lugar de soportar otros cien.

—Tú ponme a prueba.

—Puede que lo haga. —Devolvió la táser al bolso—. Pero si es posible, me gustaría ahorrarme el papel de torturadora.

Larkin se enderezó un poco en su silla y levantó la barbilla, sin darse cuenta de que, al reprimir una sonrisa de satisfacción, había suavizado su rostro con una blandura tan inapropiada para el momento que, en realidad, era una sonrisa *de facto*. Pensó que ella había admitido tener una ética que limitaba las medidas que pudiera tomar en adelante.

—No, no es eso —le dijo ella, como si pudiera leerle la mente—. Quiero ahorrarme el tedio de la tortura. Claro que te resistirás, aunque solo sea para demostrar que tienes al menos un poco de hombría. Te resistirás, te desmayarás, tendré que reanimarte y te desmayarás de nuevo. Vas a vomitar y mearte en los pantalones. Preferiría evitar la engorrosa intimidad de la tortura, considerando que me disgustas.

Larkin ya no mostró ni siquiera una leve sonrisa.

De su bolso sacó una pequeña bolsa autosellante y se la mostró. Contenía una salchicha cortada en cuatro trozos. Abrió la bolsa y tiró los trozos de carne hacia el interior de la fábrica, por diferentes lugares de la penumbra donde se amontonaban los papeles abandonados.

Después de un silencio cauteloso, de repente se oyó un susurro en la oscuridad apestosa, y se oyeron los chillidos de los contendientes participando en las disputas territoriales, la agitada actividad que caracterizaba a una especie que siempre tenía hambre. Removidos por las patas que correteaban, los nidos y las madrigueras dejaron escapar vaharadas de hedor a orina, a moho y a almizcle de roedor.

—El lugar está infestado de ellas. Nadie las ha molestado desde hace años. Tal vez ya no sepan que deberían temerle a la gente.

Larkin giró la cabeza para buscar en la oscuridad.

Mientras la actividad disminuía, Jane se inclinó hacia delante y tocó el nudo de brida en la muñeca izquierda de Larkin.

—Por la forma en que está diseñado se puede apretar, pero no se puede aflojar. Es muy duro, un plástico muy resistente a las roturas. Necesitas cortarlo, pero no tienes nada con que cortarlo.

Él reunió la fuerza de voluntad para mantenerse inexpresivo.

Jane sacó un grueso rollo de gasa del bolso.

—Una mordaza para metértela en la boca. —Sacó un rollo de cinta adhesiva—. Te pondré unas cuantas vueltas de esto alrededor de la cabeza para asegurar la mordaza. —Lo metió todo de nuevo en el bolso—. ¿Ves los cuencos para perros en la mesa?

Larkin dirigió la mirada a los cuencos.

—Los pondré en el suelo cerca de los lugares donde estén anidando por toda la basura. Las cuatro botellas de agua son para los cuencos. Para poder beber, esas pobres criaturas tienen que

bajar al sótano, donde el agua se acumula después de la lluvia. Pero resulta desagradable, pues se trata de agua sucia, estancada. Les gustará el sabor de algo fresco. Aunque no es solo agua.

Larkin volvió a centrar la atención en ella. Su cuerpo, su cara, sus ojos de color castaño verdoso se mantenían tan firmes como si el tiempo se hubiera detenido, como si ahora se sentara formando parte de un cuadro en el que las leyes de la física ya no tuvieran ningún efecto en un universo inmóvil.

—Es agua cargada con un potente estimulante del apetito que solo suele estar disponible por prescripción médica. Los pacientes de cáncer y otros, sin ganas de comer, lo encuentran tremendamente eficaz. Cuando la compañía farmacéutica estaba desarrollando esta cosa, la probaron en ratas de laboratorio. Los animalitos demostraron sentirse increíblemente famélicos. Hace efecto unas dos horas después de que se tomen el agua, sobre todo en la concentración que he mezclado. Serán dos horas muy interesantes para ti, no creo que te aburras en ningún momento.

Si el día hubiera sido caluroso, quizás habría tenido alguna duda; pero el día era bueno, en la fábrica hacía fresco y la aparición de mil pequeñas gotas en la frente empalidecida de Larkin solo podía tener una interpretación.

Llegó a la única conclusión que podía permitirse.

—No lo harías nunca. Nunca. Esto no. Es... es inhumano.

Jane se sorprendió de su propia risa, genuina pero tan siniestra que la perturbó.

—Ay, cariño, realmente lo tuyo es digno de nota. Tú y los tuyos despojáis de su mente a niñas inocentes, les quitáis sus recuerdos y sus esperanzas, y las programáis para que acepten graves abusos en serie. Convertís en máquinas suicidas a aquellos con los que no estáis de acuerdo, todo basado en alguna clase de modelo idiota de computadora. Amenazáis con violar y matar a un niño de cinco años, mi niño de cinco años. ¿Y crees que tienes derecho a tacharme de inhumana?

Se levantó a medias de la silla y se inclinó sobre él. Larkin intentó apartarse, seguro de que tenía pensado ejercer alguna clase de violencia contra él. Sin embargo, solo le pellizcó la mejilla, no con fuerza, sino como con un afecto perverso.

—Randy, si ni siquiera puedo empezar a competir contigo en este juego vuestro de falta de humanidad. Tienes mucho que enseñar y nada que aprender sobre el tema.

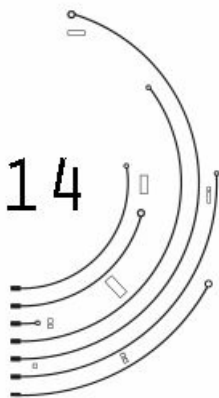
Se sentó una vez más y se secó los ojos, como si las lágrimas fueran solo de risa.

La lámpara de propano silbó suavemente, y unas pequeñas voces apagadas anunciaron un banquete inesperado, sus sonidos sin palabras tan leves como el crujido de las tablas del suelo bajo el peso de un acosador en medio de un sueño.

Se inclinó más hacia Larkin.

—Llevo huyendo más de dos meses. Soy la número uno en la lista de los más buscados en todas las agencias policiales del país. No podría comenzar a contar el número de personas que me dispararían nada más verme si tuvieran la oportunidad. Estoy tan desesperada como se pueda

estar, Randy. Si no me dices cómo puedo llegar a David James Michael y acabar con él, te dejaré con las ratas y sabré que la única persona que no lo aprobaría sería el mismo demonio, porque él quiere que estés vivo para hacer su trabajo.



Jason Drucklow cruzó una puerta trasera para acceder a las bóvedas casi infinitas de la Agencia Nacional de Seguridad, un mar encapsulado inundado de llamadas archivadas y mensajes de texto y correos electrónicos y vídeos de fuentes incontables. Como un buceador, nadó a lo largo de estratos oscuros, más allá de los arrecifes de coral de secretos grandes y pequeños, un tesoro de maravillas sumergidas todavía por explorar, tal vez con la misma verdad de la creación aguardando en un abismo acuoso u otro, aunque en ese momento solo buscara vídeos de cámaras de tráfico comunes...

La primera de las dos cámaras que le interesan, más allá del extremo este del callejón, que debería haber grabado a Larkin en el momento de llegar a su edificio de oficinas, no funciona correctamente, al parecer. O, cuando menos, no ofrece una imagen en tiempo real de Beverly Hills en todo su esplendor, solo una pantalla en blanco.

Tras conseguir el vídeo archivado, Jason primero ciñe la búsqueda a las 7:00 de ese mismo día. Y luego, a las 6:30. Y después, a las 6:00. Pero la cámara sigue sin ofrecer nada. Solo cuando salta a las 5:00 es recompensado con una buena vista de la calle de norte a sur.

Quizá falte todavía una hora para el amanecer. Visiona la tranquila avenida iluminada por farolas en los últimos momentos de la noche. Un camión que barría las calles y escupía un delgado chorro de agua que hacía girar para empujar las hojas muertas y demás basura. Una furgoneta de reparto que se dirigía de sur a norte. Un coche de policía en acto de servicio de norte a sur.

Jason avanza rápidamente hasta la aparición repentina de un peatón a las 5:11, cuando una llamarada de luz es seguida por una pantalla en blanco. Vuelve hasta el momento en que la figura emerge de la boca del callejón, y luego reproduce el vídeo a velocidad normal.

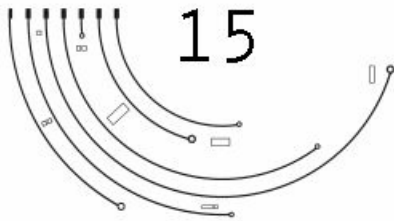
La luz de las farolas ofrece mucha menos claridad que el sol, pero Jason está seguro de que se trata de una mujer que se acerca. Levanta ambos brazos, y solo con el fogonazo se da cuenta de

que empuña un arma de fuego con las dos manos. La pantalla se queda en blanco el instante después del destello. Es una excelente tiradora. Jason se mantiene al día de los acontecimientos actuales, y se da cuenta de quién debe de ser ella.

Encuentra la cámara de tráfico de la avenida que pasa por el extremo oeste del callejón y no tarda en descubrir que apagó también esa cámara —otra vez de un disparo—, menos de tres minutos antes de que destrozara la que había en la calle paralela hacia el este. La luz en esta ocasión es ligeramente mejor, y la longitud extrema del cañón de la pistola sugiere que está provista de un silenciador.

No habrá un vídeo de Randall Larkin que muestre la llegada al extremo este del callejón en su Mercedes o su marcha hacia el oeste. Lo más probable es que Jane Hawk lo haya secuestrado y se lo haya llevado consigo.

Jason está emocionado de que se trate de una persecución, con una mujer que huye y un cazador que la persigue desde la comodidad de su apartamento. No le cabe duda de que pronto encontrará el Mercedes, y a la secuestradora y al secuestrado poco después.



Como si fuera un elixir mágico, el agua brillaba bajo la luz de la lámpara de gas, y las distintas caras de las botellas de plástico espejeaban como cristal biselado.

Jane agarró una de las cuatro botellas de la mesa improvisada y se la llevó hasta Randall Larkin en su silla de patio. Se quitó la gorra antes de hablarle.

—Quiero que te bebas la mitad de esto.

El aspecto espantoso de sus ojos febriles por el miedo, su palidez y el brillo del sudor le mostraron que él ya no se creía invencible, si bien no podía renunciar todavía a la pretensión de seguir considerándose un elegido, a salvo de todo daño.

—No tengo sed —dijo con indiferencia fingida.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que digo?

—No lo beberé. Contiene esa sustancia rara.

—Por eso exactamente te lo vas a beber, Randy. Quiero que sientas la eficacia de este estimulante del apetito en una concentración tan alta, de modo que entiendas cuán locas y hambrientas estarán las ratas.

—No puedes obligarme.

—No seas patético. Te voy a dejar que elijas. Sé amable y bébete media botella mientras te la sostengo. O te pego con la táser, gritas, te meto la botella en la boca abierta, te cierro la mandíbula y te la vuelco entera, de forma que tengas que tragar rápido o ahogarte. Tu situación ya es desagradable, consejero. ¿Por qué empeorarla?

Le sostuvo la botella, vertiéndola lentamente, y él tragó a buen ritmo. La mitad del contenido le bajó por la garganta, y apenas un goteo o dos le resbalaron por la barbilla. Ella tapó la botella y la puso junto con las otras tres.

De regreso a su silla, con sus rodillas casi tocando las de Larkin, en una intimidad que lo desconcertaba, Jane le habló de nuevo.

—D. J. Michael es propietario de una finca en Palo Alto, así como de un apartamento en San Francisco, una finca de una hectárea en el lago Tahoe en Nevada, otro apartamento en Nueva York y quizá de más casas que no conozco. Quiero que me cuentes ciertos detalles de cada lugar: el diseño, la forma en que funciona la seguridad... Tengo una lista.

—No hay manera de que puedas llegar a él.

—No espero que me digas dónde crees que podría haber vulnerabilidades. De todas formas, no lo sabrás. Saber estas cosas no es asunto tuyo. Es propio de mí. Dime lo suficiente y veré dónde están los agujeros en la valla.

Mientras Jane sacaba una libreta y un bolígrafo de su bolso, Larkin por fin se bajó rápido de su pedestal imaginario en el Olimpo y se echó por encima la capa de autocompasión de un mendigo, los ojos empañados por el dolor ante la pérdida repentina de estatus social.

—Te lo diga o no da igual, soy hombre muerto.

—Tienes razón acerca de la segunda opción. Pero en cuanto esto termine, puedes volver y mentir sobre lo que me dijiste. Fuiste un héroe, ¿verdad? No me diste nada más que información falsa. Y luego te escapaste.

Larkin se estremeció, aunque la fábrica en realidad estuviera más cálida de lo que lo estaba antes.

—No conoces a esa gente. Esas personas se hallan dispuestas a cambiar el mundo, y se imaginan en lo más alto de la cima de lo que nadie jamás haya estado o soñado. Con tanto en juego como hay, ¡todo!, me matarán, me plantarán y luego se mearán en mi tumba. —La saliva volaba en cada sonido oclusivo—. Saben cómo eres, y me conocen a mí, y ese es el fin de la confianza. Ahora mismo soy basura para ellos. Esa gente no conoce la piedad.

—¿Esa gente? Randy, ¿quieres escucharte? Tú eres uno de ellos.

—No después de esto.

Sin poder contenerse apenas, las lágrimas ardientes le pusieron los ojos rojos, pero tal vez su sudor fuera tan frío como agrio. De él emanaba un olor a carne salada que se hubiera estropeado.

Era un actor demasiado inepto para fingir aquel derrumbe de confianza. Con un aspecto tan lamentable como el de un perro atropellado por un coche, entornó los ojos y miró los sucios ventanales superiores, como si no fuera a ver más aquel sol sin filtrar, y luego los cerró, agachó la cabeza y tembló todo él en sus ataduras.

A ella no le servía desesperado. Lo había presionado más de lo que él pudiera soportar, y ahora tenía que proporcionarle una frágil esperanza, frágil porque él no creería ninguna promesa cierta de que fuera a salir de allí sano y salvo.

—Puedo ofrecerte una salida. No vas a ser un rey de los nanomecanismos, para hacer lo que quieras con las chicas sumisas de Aspasia, con un mundo de esclavos a tus órdenes. Pero hay una manera de tener una vida.

Después de un largo rato, miró hacia arriba.

—¿Qué manera?

—Si te lo digo ahora, si ves una salida posible a donde estás ahora mismo, comenzarás a intentar jugármela de nuevo. No conseguiré lo que necesito de ti. La única forma de que funcione

es que me cuentes todo lo que sepas sobre D. J. Michael y, cuando hayamos terminado, si me creo cada palabra que has dicho, obtendrás lo que quieres.

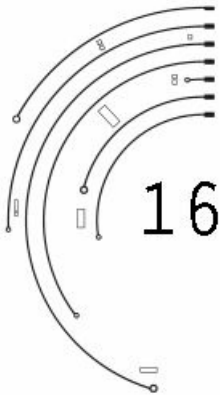
Abrió su cuaderno. Preparó el bolígrafo.

Cuando le preguntó por la casa de D. J. en Palo Alto, Larkin respondió a todas sus preguntas, y lo que dijo sonaba bastante verosímil.

En cuanto al apartamento en San Francisco, que ocupaba toda la novena planta de un edificio de diez pisos, propiedad de D. J., Larkin dijo:

—Es su último reducto. Es donde se siente más seguro. Normal que sea así. Nadie lo pillará nunca en ese edificio. Si intentas ir a por él estando allí, no tardarás en ser pasto de gusanos.

Cuando le explicó lo que le esperaba a cualquier intruso en ese lugar, Jane supo con certeza que estaba diciendo la verdad, porque no era un hombre con el suficiente ingenio para inventarse semejante horror.



Jane Hawk no puede haber disparado contra las cámaras de tráfico de todos los cruces importantes del condado. Si Jason Drucklow tiene que hacerlo por las malas, puede ponerse a revisar los archivos de vídeo relativos a las intersecciones de las zonas principales, como las avenidas de Wilshire y Santa Mónica, o los de las rampas de entrada de la autopista más cercana, en busca del Mercedes S600 de Randall Larkin, aunque se trate de un proceso laborioso.

Mejor aún, gracias a la puerta trasera en su sistema que ciertas personas de la Agencia de Seguridad Nacional le han brindado, puede acceder a los datos de reconocimiento de matrícula que recopilan los coches de la policía y otros vehículos del gobierno equipados con sistemas de lectura de matrícula de trescientos sesenta grados. Las lecturas automáticas se transmiten a un archivo central las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Todo lo que tiene que hacer es introducir el número de matrícula del S600 de Larkin y especificar un período, por ejemplo, de 7:00 a 8:00. Si el Mercedes pasó por delante de un lector de matrícula —y es muy probable que pasara más de uno—, le informarán de la ubicación y de la hora exactas en las que se produjo el reconocimiento, ya fuera con el automóvil detenido, ya en movimiento, y hacia qué dirección se dirigía, aunque su destino final siga siendo un rompecabezas que deba resolverse.

Lo mejor de todo es que, con el número de matrícula que ya posee, Jason puede sacar del Departamento de Vehículos un número de registro de vehículo. Y, con eso, obtener, a partir de un registro de referencias cruzadas, el código único del transpondedor que va a permitir que el Mercedes sea identificado desde la órbita por la red de satélites que sirve a su GPS.

En ese momento, Cammy Newton regresa, después de haberse detenido en la panadería favorita de Jason una vez completada su tarea en el callejón que hay detrás de la oficina del abogado.

—¡Locura de carbohidratos! —declara mientras abre la tapa de la caja de la panadería mostrándole los panecillos dulces y los *beignets*, sus favoritos.

—Estoy a punto de encontrar el Mercedes —dice Jason, tan concentrado en el ordenador como cualquier abuela de ojos brillantes frente a una máquina tragaperras de Las Vegas.

Cammy pone un panecillo dulce en una de las servilletas que le ha proporcionado la panadería y lo coloca en silencio sobre el escritorio, al alcance de la mano derecha de Jason. No toma inmediatamente un dulce para ella, sino que se sienta en la otra silla de la oficina y lo mira con adoración infantil.

A veces, Jason se siente avergonzado por la veneración con que Cammy lo mira, y la mayor parte del tiempo es consciente de no merecerlo, pero siempre se muestra encantado de ser el objeto de su adoración.

—Long Beach —anuncia—. El coche está en Long Beach, cerca del puerto.

—Genial —dice Cammy.

—Dentro de un minuto tendré una ubicación precisa.

—La leche —exclama Cammy—. Eres la bomba.

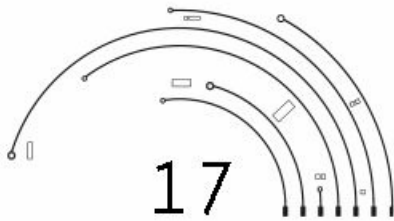
—No, qué va.

—Sí lo eres. Eres la bomba.

—Bueno, tal vez una pequeña bomba.

—¡Tú eres la bomba! —insiste Cammy.

—¡Bum! —dice Jason, y ella se ríe, como él sabía que haría.



Randy poseído por la revelación. A medida que vomita todo lo que sabe sobre D. J. Michael a esa perra justiciera, una nueva luz atraviesa el paisaje de su mente, al mismo tiempo que se asienta en él un nerviosismo que le oculta a la mujer.

Su descubrimiento consiste en que la confederación de élites que se esconde detrás de aquella conspiración fracasará, quedará expuesta y acabará ante la justicia o, si acaso, será masacrada por turbas indignadas y aterrorizadas que se rebelarán con tal furia que la salvaje y sangrienta Revolución francesa parecerá a su lado una transición amable de poder.

Hasta ese momento, Randy ha sido un fiel creyente en los planes de esas personas que se llaman a sí mismas «los tecnoarcadios», quienes pretenden crear un mundo de paz total y absoluta mediante la aplicación de un control total. Pero ya no es uno de ellos. Porque ahora él ve. Lo ve.

Vé que Tecno Arcadia nunca se construirá, que todos, desde D. J. Michael hasta el subordinado más bajo involucrado en el plan, se enfrentarán a la ruina y la muerte, todos menos él. Randall Larkin se marchará, vivirá y prosperará porque, una mañana, será derribado del pedestal por, entre todas las personas posibles, esa zorra atractiva que debería estar sentada en una suite de Aspasia, esperando a que el próximo cliente le muestre qué significa la sumisión total. Por lo tanto, lo han despertado de sus delirios justo a tiempo de poder sobrevivir a lo que el destino les depare a los otros tecnoarcadios.

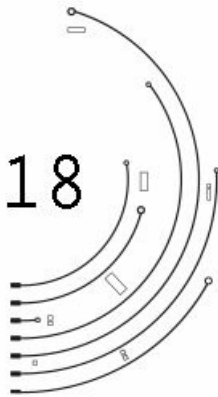
No es tan rico como D. J., pero es más inteligente que el multimillonario, más inteligente que cualquier arcadio que haya conocido, más inteligente que todas esas personas tan inteligentes. Así que, si él pudo verse reducido a esto de ahora, también lo serán ellos, porque ser inteligente no basta. También se necesita tener suerte. La suerte no favorece a los inteligentes. No favorece a nadie. La suerte puede anular los planes más inteligentes de las personas más inteligentes. Si esa tía buenorra medio inteligente, Jane Hawk, puede derribar a gente como Randall Walker Larkin, es una absoluta locura suponer que la paz total a través del control total vaya a suceder *de facto*.

Tiene veinte millones en una cuenta supersecreta en la isla de Gran Caimán y los medios para contratar un *jet* privado que lo traslade a esas cálidas latitudes mañana mismo, si lo desea. En otra isla del Caribe, tiene una propiedad que pertenece a un fideicomiso que no se puede rastrear hasta él.

Y lo que no es menos importante, tiene a su disposición doce mecanismos de control de la nueva generación de nanomecanismos guardados en una instalación segura de almacenamiento en frío. Cuando D. J. sea derribado y la conspiración implosione, cuando todos los demás estén en prisión o muertos, Randall Larkin, con el nombre de Ormond Heimdall, podrá garantizarse una nueva vida rodeado por los sirvientes y guardaespaldas más leales y sumisos.

De la desesperación más negra pasa a la esperanza de la resurrección, y traiciona a D. J. cuanto puede.

Esa zorra medio lista, esa reina de las ratas, con su bolígrafo y su cuaderno anota todo lo que parece importante, y antes de que Randy termine, él le revela otro lugar más donde D. J. a veces se quita de en medio. Le cuenta la verdad a medias sobre Iron Furnace, lo suficiente para atraerla, pero dejando a un lado un detalle crucial. Esa cosa única que le oculta podría representar la muerte de la perra. Aunque ella le haya salvado tras abrirle los ojos a la importancia que la suerte seguramente tenga en la caída de los tecnoarcadios, quiere que ella sufra y muera porque, después de todo, le ha robado su sueño de un mundo en paz, y los sueños de un hombre son sagrados para él.

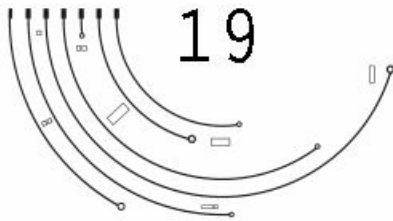


A la luz de la pantalla de su segundo ordenador y del amor que resplandecía en la cara de Cammy Newton, Jason revisa el mapa del condado hasta llegar a Long Beach, aumenta el área del puerto, busca hacia el este, y allí descubre el localizador GPS del Mercedes de Larkin. Aunque tenga plena confianza en la tecnología, piensa que debe de haber un error, pues el mapa sitúa el coche en el río de Los Ángeles, al sur de Anaheim Street.

Para verificar esa ubicación poco probable, Jason regresa a su ordenador principal y utiliza una vez más el programa de la NSA que permite la lectura en tiempo real —y de archivo— de todo el tráfico y de las cámaras del lugar instaladas por las agencias locales, estatales y federales. Hay una cámara que vigila el río asociada al paso elevado de Anaheim Street, desde donde puede obtener una vista clara hacia el sur, con rumbo al puerto.

—¡Vaya castaña! —exclama Cammy—. ¡Fíjate en eso!

Un Mercedes negro, medio sumergido, se ha quedado atascado en la estructura de soporte del puente que hace pasar la autopista estatal 7 por encima del río de Los Ángeles. Se balancea y flota arriba y abajo en medio de la rápida corriente. Un equipo de rescate del cuerpo de bomberos se encuentra en el puente, son dos o tres vehículos, con las luces de emergencia encendidas.



En aquella crisis, Larkin no llegó a alcanzar unas cotas muy altas de valentía. Tampoco mostró la valentía pasiva menos elevada conocida como entereza, ni fue capaz de mantener la más mínima determinación por resistir. Cuando decidió traicionar al resto de los conspiradores, no lo hizo soltando un flujo lento y constante de detalles sobre las residencias de D. J. Michael, sino que se abrió a presión como una manguera contra incendios, y la información fluyó a tal velocidad y volumen que Jane Hawk necesitó recurrir a la taquigrafía para anotar todos los detalles relevantes en su cuaderno.

Su rostro pálido recobró el color por la emoción de convertirse en un traidor, y las mejillas se le enrojecieron incluso bajo la luz blanquecina de la lámpara de gas. El sudor provocado por el miedo que le cubría el rostro se evaporó. Si Jane todavía pudiera leerlo en ese estado de rendición maniaca, vería que Randy había pasado de la desesperación al alivio, y los ojos le brillaban con una especie de alegría, como si durante mucho tiempo hubiera querido escapar de la presión de ser el *consigliere* de D. J. Michael y descubriera que aquella traición forzada era liberadora.

Cuando tuvo la información que necesitaba, antes de lo que había esperado conseguirla, devolvió el bolígrafo y el cuaderno a su bolso, se levantó de la silla y lo miró no exactamente con desprecio, porque él estaba por debajo del desprecio, y ciertamente tampoco con lástima. Supuso que de acuerdo con el código de honor más estricto, le debía... si no misericordia, tal vez clemencia.

Larkin la miró con una sonrisa un tanto forzada pero no insegura, persuadido de que podía confiar en que ella mantendría su promesa.

—Estoy hambriento. Ese puñetero líquido que me hiciste beber... Estoy temblando de hambre.

De hecho, quizá ya hubiera dejado atrás su peor miedo. Creía que ella le mostraría el camino hacia un futuro posible, como había dicho que haría, porque sabía que las promesas significaban algo para ella, aun cuando las promesas que él hacía a los demás no significaran nada para él.

Jane se apartó de él y le dio la espalda. Llevó su bolso a la mesa, lo dejó allí y se quedó mirando los cuatro cuencos con los que había amenazado alimentar a las ratas con el agua adulterada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Larkin tras un momento de silencio.

El suave silbido de la lámpara, la luz blanca de un color tan frío como el vapor que se levanta del hielo seco, el resplandor gris de las ventanas altas como el triste recuerdo de la luz de un primer mundo perdido hacía mucho tiempo por la iniquidad humana, la oscuridad acumulada alrededor que le hablaba al corazón en el lenguaje silencioso con que la oscuridad siempre hablaba...

—Me lo prometiste —insistió Larkin, como para recordarle que entre las personas de honor había líneas que no se podían cruzar—. Me dijiste que me mostrarías un camino hacia el futuro.

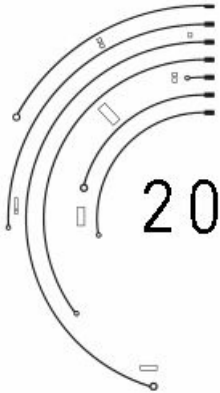
Jane tomó una botella llena de agua y la giró en la mano.

—Esta es la marca que compraba cuando vivíamos en Virginia, cuando Nick estaba vivo y hablábamos de tener tal vez un segundo hijo.

—Te dije todo lo que necesitabas —replicó Larkin con voz temblorosa—. Ya no soy tu enemigo. Estoy acabado. No tengo adónde ir. Todo lo que tengo es que me diste tu palabra.

—Nick se cortó la garganta. Se cortó profundamente con su cuchillo Ka-Bar, se seccionó del todo la arteria carótida. —Le dio la vuelta a la botella en la mano—. Lo encontré cubierto de sangre.

—Las ratas no —dijo Randall Larkin a su espalda.



Cammy escucha la frecuencia de radio de la policía en busca de alguna noticia sobre la situación del Mercedes aporreado por el río contra los soportes del puente.

En su ordenador, Jason deja la toma del puente en tiempo real y vuelve a los archivos de la NSA. Pasa a una cámara río arriba en el paso elevado de la autopista Interestatal 405 e invierte el vídeo rebobinando; alerta al momento en el que el S600 arrastrado aparezca en su viaje de norte a sur.

Cammy hace rodar su silla hasta ponerse al lado de Jason y le informa:

—Por lo que he oído, los primeros en llegar dicen que no hay nadie en el Mercedes.

Jason no está tan seguro.

—A menos que el cuerpo de Larkin esté en el maletero.

—¡Ese es mi hombre! —declara Cammy—. Siempre vas un paso por delante.

—Es mi trabajo. Pero, pensándolo bien, dudo de que ella lo secuestrara y lo matara de inmediato.

—¿Por qué no?

—Si su intención fuera simplemente matarlo, lo habría hecho en el callejón detrás de su oficina.

—¡Ahí está! —grita Cammy, señalando a la pantalla y luego aplaudiendo con alegría al distinguir al Mercedes en el río, que gira y se sumerge y sale a flote empujado por la corriente.

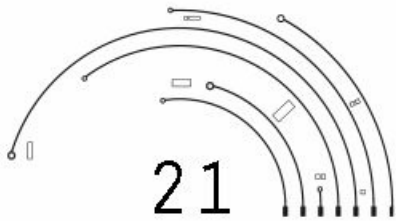
Debido a que Jason está invirtiendo el vídeo, el sedán negro oscila y asciende río arriba hacia el puente 405, bajo el que aparentemente pasó antes.

Con esa estrategia, avanza hacia el norte y hacia atrás en el tiempo, en dirección a las cámaras que ofrezcan una vista del río donde pueda encontrarlos, desde Del Amo Boulevard, hacia la autopista 91, hasta Artesia Boulevard, Alondra Boulevard, Rosecrans Avenue. Una y otra vez, encuentra el S600 en diferentes puntos en su progreso.

—Llama a Marshall Ackerman de Voluntarios por un Futuro Mejor —le dice Jason, refiriéndose a la organización sin fines de lucro que lo emplea y tiene alguna conexión importante con la NSA—. Dile que está claro que Jane Hawk secuestró a Larkin, que abandonó su coche en el río y que pronto podré decirle dónde estaba cuando lo abandonó.

—Y eso, ¿por qué importa? —le pregunta Cammy.

—Cariño, porque puede que ella todavía esté allí con Larkin.



—Las ratas no —repitió Larkin—. Las ratas, no.

Lo hizo como si fuera un mantra con el que pudiera alterar las intenciones de Jane de la misma manera que un mecanismo de control de nanomecanismos ejercería su voluntad en el cerebro de quien lo poseyera.

Jane se apartó de la mesa, con el botellín de agua en la mano, y miró fijamente a su prisionero. Larkin tiró de sus ataduras con tal determinación, estirándose hacia arriba con los brazos y las piernas, que casi parecía que fuera capaz, por pura fuerza de voluntad, de levitar y ascender fuera de la luz susurrante de la lámpara hacia la penumbra en las alturas.

—La única botella que tenía estimulante del apetito era esa de la que bebiste. Las otras tres solo contienen agua.

En el resplandor de la linterna, sus ojos de color caqui brillaban casi con un tono amarillento, como los ojos de un gato salvaje.

—Entonces, nunca tuviste la intención de...

Puso la botella sobre la mesa.

—¿Las ratas? No. Pero necesitaba que creyeras que lo haría.

Sacó unas tijeras del bolso. Se le acercó, consciente de que su alivio momentáneo se volvió una rigidez cautelosa a la vista de aquellas hojas de metal.

Los bordes cortantes eran afilados, pero ella tuvo que apretar con fuerza una y otra vez las cuchillas de las tijeras para cortar la resistente brida y liberarle el brazo derecho.

Un sollozo de gratitud escapó de Larkin cuando Jane dejó caer las tijeras en el regazo de él y le dijo:

—Suéltate.

Ella se quedó de pie junto a la mesa, observándolo mientras él cortaba la brida que le inmovilizaba el brazo izquierdo y luego se ponía a cortar las que le ataban los tobillos a la silla.

Ni siquiera pensó en atacarla con las tijeras, sino que las dejó caer al suelo y se levantó temblorosamente. Parecía agarrotado y exhausto, como si hubiera permanecido atado mucho más tiempo de lo que en realidad había estado.

Sin embargo, ella sacó la Colt del 45 y la sostuvo junto a su cuerpo.

—Me prometiste una forma de salir de esta, un camino a otra vida —dijo en un tono de voz acusatorio, como si se hubiera convertido en la voz de su conciencia.

—No me necesitas para eso. Ya tienes un camino preparado, Randy.

—¿De qué estás hablando?

Jane sacó un pasaporte de un bolsillo interior de su chaqueta deportiva.

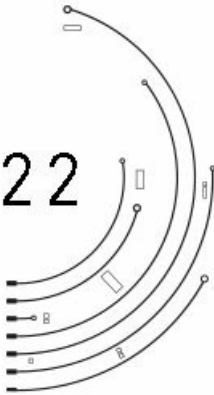
—Una vida como Ormond Heimdall.

Él se metió la mano en la chaqueta, como si no pudiera creerse que el pasaporte que ella sostenía fuera el mismo que él había llevado encima.

—¿Llevas esto siempre contigo? —le preguntó Jane—. ¿Todos los días?, ¿adondequiera que vayas? ¿Te acuestas con esto a mano? ¿Cuánto tiempo llevas así de preocupado por que las cosas se fueran a desmoronar?

Larkin buscó su billetera, y tampoco la encontró.

—Por supuesto que te registré antes de atarte a la silla. Diez billetes de cien en la cartera, además de otros billetes más pequeños. Tus propias tarjetas de crédito, aparte de una tarjeta American Express a nombre de Ormond Heimdall, que probablemente tenga un límite de gasto muy alto, en un compartimento separado.



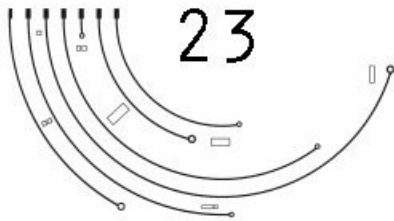
Después de que Cammy le explicara la situación a Marshall Ackerman de Voluntarios por un Futuro Mejor, este le dijo que prepararía un equipo para rescatar a Randall Larkin de su secuestradora y que luego se quedaría a la espera de recibir una segunda llamada que le indicara dónde podría encontrar al abogado y a su captora.

Durante largos minutos, Jason no logró ubicar en los archivos de vídeo el Mercedes arrastrado por el río. Llegó hasta cámaras tan al norte como Slauson Avenue, cerca de Bell Gardens, antes de darse cuenta de su error. Se había mantenido en el canal del río Los Ángeles, pero el río Hondo, que bajaba del noreste desde El Monte, se unía al de Los Ángeles al este de Downey y al norte de Hollydale.

Se dirigió a la unión de esos dos ríos y, retrocediendo en el vídeo, rápidamente encontró al sedán bajando por el río Hondo.

—¡Eres la bomba! —exclamó Cammy.

—¡Bum! —respondió Jason, y se echó a reír mientras comenzaba a rastrear el S600 en dirección al punto desde el que lo habían lanzado al agua.



—Mira, tú dame el pasaporte y la billetera, son míos —gruñó Randall Larkin—. ¿Vale? Dámelos y ya está. ¿No me has atormentado lo suficiente? ¿Qué sentido tiene todo esto?

Más allá de aquella cosa que se hacía llamar hombre, en lo alto de la oscuridad, las ventanas del oeste recibían menos luz que las ventanas del este detrás de Jane, emparejadas como los ojos de un jurado de presencias colosales cuya mirada pálida y en blanco atestiguara la ceguera moral de la justicia en la Tierra.

—De todos modos, has ganado —dijo Larkin—. No tenías que venir a por mí. No tienes que ir a por D. J. Conservas esas unidades de almacenamiento con toda la investigación de Bertold Shenneck, la historia de los mecanismos de control. Descárgalo en Internet, vuélcalo todo en un día.

—La mayoría de la gente no lo sabe, pero yo sí, y estoy segura de que tú también.

—¿Saber qué?

—Las leyes que parecían redactadas para que Internet fuera más justo, más democrático y abierto... Entrelazados con ellas, están los mecanismos con que las agencias gubernamentales pueden controlar lo que se ve. Pueden identificar información no permitida incluso mientras se está cargando, y comenzar a editarla durante su distribución inicial, antes de que se le preste atención. Y no solo simplemente editarla, sino también insertar en ella desinformación para desacreditarla en su conjunto. Ellos. Tu gente puso controles por todas partes.

Larkin no negó su alegato, solo intentó asegurarle que sus filtros no eran tan eficientes como ella suponía.

—No es tan fácil. No podemos responder tan rápido. Tienes en tu poder las unidades de memoria de Shenneck. ¡No me necesitas!

—Tu gente en todas estas agencias ha instalado alertas por toda la Red —le continuó contando—. Cuando el nombre de Bertold Shenneck aparezca en un entorno de palabras como *control* y *mecanismo* y *esclavitud*, cuando el nombre Aspasia aparezca en relación con voces como *sumisa* y frases como «incapaz de desobedecer», las alarmas saltarán y la supresión de la información comenzará al cabo de pocos minutos.

Jane puso el pasaporte sobre la mesa, y él lo miró fijamente.

—Los días en los que Internet era el lejano Oeste han terminado. Si algo aparece en una página web, por muy dañino que parezca para quienes ocupan el poder, es porque ellos lo quieren ahí por un motivo u otro. Porque lo han manipulado, lo pueden hacer estallar, desinflarlo, etc., cuando mejor les convenga. Porque intimida a sus enemigos. Lo que sea.

Larkin levantó la vista del pasaporte.

—Hay muchos menos arcadios que otras personas en todas esas agencias. Nosotros... no somos todopoderosos.

Sacó la billetera del bolso que tenía sobre la mesa y la colocó junto al pasaporte.

—Veo, señor Heimdall, que es un ciudadano de la Mancomunidad de las Bahamas. Una vez en el Caribe, estará a tiro de piedra de las Indias Occidentales británicas. Así que debe de tener bastante dinero en una cuenta secreta en Gran Caimán.

—No tengo nada más que dartte. ¿Qué más quieres de mí? Ya no hay nada más.

—A partir de ahora ya no puedes seguir siendo Randall Larkin. Los tuyos te destriparían. Si no puedes ser Ormond Heimdall, ¿quién podrías ser?

—No tengo otra vida preparada. Solo esa.

—Si no puedes ser Ormond Heimdall, ¿quién podrías ser?

—Nadie. ¿Eso es lo que quieres que diga? Nadie.

—¿Qué pasa si no tienes los mil que hay en tu billetera, las tarjetas de crédito, los millones en un banco en Gran Caimán? Entonces, ¿qué tienes?

—Nada. Solo quieres escucharme decirlo. No tendría nada.

—Si no tuvieras nada, ¿qué serías?

Sentía tanto horror como ira, tanta ira como miedo, y solo albergaba esas tres emociones, allí de pie, como una especie de prototipo fallido de ser humano hecho de arcilla que careciera de algunos ingredientes esenciales.

—¿Qué serías? —repitió Jane.

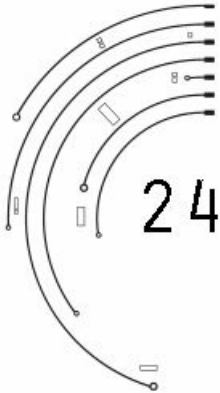
Se fijó en la pistola que empuñaba, pegada a su costado, y luego volvió a mirarla a los ojos.

—Nada.

—Sin dinero y poder, no sabes cómo ser algo.

—Disfrutas rompiendo a los hombres. Machacándolos hasta convertirlos en polvo.

—No a todos los hombres. No a la mayoría. Solo a los que son como tú.



Jason encuentra un vídeo río arriba en el punto donde el Mercedes bajó lanzado por un largo terraplén y pasó por encima del muro del canal.

—Llama a Ackerman —dice mientras Cammy Newton se emociona ante la visión del sedán de lujo viajando por los aires como en una película de persecuciones de coches.

Toma nota de las coordenadas de la cámara y calcula la distancia desde allí hasta el lugar donde el coche apareció de repente a través de lo que podría haber sido una valla de alambre. Incluso desde lejos, ve un edificio industrial que podría estar relacionado con la valla, una estructura unas dos veces más alta que otras en el vecindario.

Menos de dos minutos más tarde, Cammy ya tiene de nuevo al teléfono a Marshall Ackerman de Voluntarios por un Futuro Mejor a la espera mientras Jason continúa su búsqueda a través de Google Earth.

Encuentra lo que podría ser el edificio, pone la imagen de satélite a máxima ampliación y, después de un rápido estudio, cambia a Google Street View. Realiza un giro de trescientos sesenta grados cuando descubre un lugar dividido en zonas para la industria que ha huido a otros estados o países, un pavimento lleno de cráteres, el escenario sombrío de un cataclismo lento, envuelto por el óxido y la podredumbre.

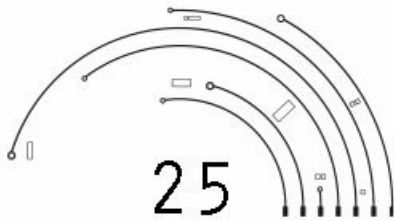
—Creo que es aquí —dice.

—Cree que lo ha encontrado —le dice Cammy a Marshall Ackerman.

Jason recita una dirección y Cammy se la repite a Ackerman, y Ackerman cuelga, sin duda para reunirse con los hombres que lo esperan, fuertemente armados e impacientes, en los vehículos con los motores en marcha.

Jason coge un *beignet* de la caja de la panadería, Cammy toma un rollo matutino y brindan haciendo chocar los pasteles entre sí.

—¡Dulce! —declara ella.



Larkin no sabía qué hacer, de pie bajo el resplandor de la lámpara, pálido y con un desaliño muy caro, como un rey de la antigüedad, que ya no es de carne, al que se le ha denegado la entrada por las puertas delantera y trasera al reino de los espíritus y, sin embargo, es demasiado orgulloso para ser un fantasma en este mundo que una vez gobernó.

—Sakura Hannafin muere por la picadura de una avispa que le provoca una asfixia a medida que se le cierran las vías respiratorias —dijo Jane—, y mi Nick lo hace como una marioneta manipulada, y una maestra de escuela en Minnesota se inmola y mata a otros porque un modelo computacional dice que así es como se construye un mundo mejor. ¿Y tú simplemente vas a volar a las Bahamas para vivir tu vida bajo el sol y el esplendor?

Recogió el pasaporte y la billetera y los puso en el bolso que estaba sobre la mesa. Larkin no tenía nada, era nada, y no podía decir nada más que lo que ya había dicho antes.

—Me prometiste un camino a una vida nueva.

—Y ahí lo tienes —replicó ella, señalando la puerta por la que antes lo había trasladado en un carrito—. Aprende a conocer las calles y cómo vivir en ellas. Roba un carrito de supermercado y encuentra tus tesoros en cien contenedores de basura.

—No puedo vivir de esa manera.

—Muchos lo hacen.

—No hay forma de que pueda esconderme de esa gente, de D. J. Me encontrarán en un refugio para personas sin hogar con tanta facilidad como si estuviera en mi restaurante favorito.

—Entonces, vete a casa con tu esposa.

—¿Con ella? Sabrá lo que ha sucedido en cuanto me vea, sabrá que los he vendido. Llamará a D. J. en menos de un minuto.

Jane no dijo nada.

—Te lo suplico. ¿Vale? Te lo suplico. El pasaporte, la billetera.

Una vez más, ella le señaló la puerta.

—No te puedes imaginar lo que me harán. No te lo puedes ni imaginar.

No sentía placer por aquello, no se sentía mejor con la venganza, no sentía que estuviera equilibrando la balanza de la justicia. Solo conocía la soledad que quizá sintiera el único

superviviente de un naufragio, navegando a la deriva sobre un puñado de tablas de cubierta y cajas de carga rotas, bajo un cielo vacío de todo menos de sol, con el mar que lo rodea todavía más vacío.

Larkin volvió a hablar, con una voz carente no solo de esperanza sino también de desesperación, con una voz muerta para cualquier emoción, excepto quizás el temor existencial.

—No soy bueno soportando el sufrimiento. No les dejaré... que me hagan cosas. Si me lanzo contra ti, tendrás que dispararme.

Jane levantó la pistola, sin silenciador, y la empuñó con las dos manos.

—Sal de aquí.

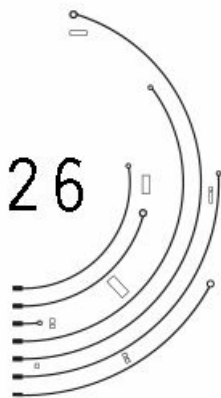
—No eres cruel. No tirarás a herir. No me dejarás loco de dolor.

Ella no le hizo más promesas.

Volvió a la esencia que lo definía, al papel de estirado elitista engreído, y en su rostro apareció una mueca burlona cuando habló.

—Ya estás muerta, pedazo de mierda. Todos hablan de ti en la habitación de los susurros.

Se lanzó a por ella, y Jane apretó el gatillo dos veces. El primer proyectil impactó en la garganta y le hizo tambalearse hacia atrás. El segundo fue un disparo directo a la cabeza, y sus rasgos se deformaron en un aspecto grotesco como si visualizara de antemano la cara que usaría en el otro mundo, mientras ardía en un fuego que no producía luz. Cuando su cabeza se echó hacia atrás, la chaqueta de su traje se ensanchó como un ala, y cayó como un pájaro al que hubieran derribado del cielo, derrumbándose en una postura sin elegancia y con las piernas abiertas en la silla barata de aluminio y nailon que nunca hubiera permitido que afeara el patio de su casa en Beverly Hills, donde ahora lo esperaba su viuda.



Los todoterrenos grandes y negros y sin marcas corren uno detrás de otro, los cristales emnegrecidos, las luces de emergencia alimentadas por batería encajadas en el espacio que hay entre el vidrio de la ventana y el marco de la puerta sin dejar de parpadear en rojo y azul y las sirenas ululantes cortando el aire con un sonido tan agudo como hojas de espada. Son tres, una fuerza de asalto de doce hombres en total. Exigen paso franco a través de vecindarios donde los motoristas se hacen a un lado en el camino por respeto a la autoridad, y luego a través de comunidades donde los peatones y las personas sentadas en los escalones se esfuman tras el sonido de la sirena y parece como si nunca hubieran estado allí.

Apagan las sirenas durante los últimos cinco kilómetros, y se abren paso solo con el rugido de los motores y el tableteo de los neumáticos que tiemblan sobre el pavimento roto.

Marshall Ackerman está sentado en el asiento delantero del pasajero en el vehículo que va en cabeza, con un chaleco de Kevlar sobre los pantalones vaqueros y el jersey, sosteniendo en su regazo una pistola modificada para que sea completamente automática, con un cargador de veinte proyectiles. Lleva dos cargadores de repuesto en su cinturón de combate. Si pueden pillar a Hawk por sorpresa y con vida, lo harán; pero si la matan, no habrá piedad ni dolor. Lo mismo se aplica a Randall Larkin.

Disminuyen la velocidad y se pegan al bordillo para detenerse a media manzana del edificio objetivo, un ejemplo de arquitectura sin espíritu de mediados de siglo, un templo secular a la industria. Su dios hace mucho tiempo que abandonó el lugar, las paredes corrugadas se combaron y el mortero se filtró por la acción del agua entre sus bloques de cemento.

Si la puerta delantera está bloqueada, escalarán la cerca. Pero han cortado el candado. La cadena se desenrolla fácilmente del poste de entrada. La puerta gira a un lado con un mínimo de traqueteo y tintineo, y los doce entran, desplegándose alrededor de la fábrica.

Ambos extremos del largo edificio cuentan con puertas de persiana enrollables para camiones, así como con puertas tamaño para personas. La lógica argumenta que habría aparcado el Mercedes detrás de la fábrica, fuera de la vista de la calle, momentos antes de llevar a Randall Larkin al interior, si es que eso es lo que hizo antes de enviar el sedán en un crucero por el río.

Los tres líderes del equipo se coordinan en susurros, con audífonos de comunicación de manos libres. No habrá peligro de que se produzca fuego cruzado amigo.

El mismo Ackerman es el segundo en cruzar el umbral; todos los miembros de su equipo avanzan encorvados con rapidez mientras se despliegan al entrar en aquel lugar cavernoso.

Un momento para captar lo que aparece ante ellos. Un espacio mayor que un campo de fútbol lleno de sombras densas que forman capas de oscuridad total en algunos puntos. Justo a ese lado del edificio hay una esfera de luz débil que parece surgir de una lámpara de gas. Hay barriles y todo tipo de basura. Una silla de patio vacía y otra que no lo está.

Aunque tenga la cabeza echada hacia atrás y no se vea su rostro, no hay duda de que el hombre en la silla está muerto, su postura demasiado laxa incluso para alguien dormido. Se acercan con cautela, hasta que la sangre en su camisa y traje confirman su estado. Y un momento después ven el rostro vuelto hacia el techo, con una herida de entrada justo por encima del puente de la nariz. Los rasgos están algo deformados por el exceso de presión de la detonación, pero aún es reconocible como Randall Larkin.

Con Larkin muerto, Jane Hawk se habrá ido. Quizá no se la hayan encontrado por escasos minutos.

Marshall Ackerman habla por el micrófono que se curva hacia abajo desde su auricular.

—Llegamos demasiado tarde.

Tras esas tres palabras, un estampido bajo anuncia la detonación de un dispositivo incendiario, seguido por un denso chorro de fuego que disipa parte de la oscuridad más lejana que se encuentra fuera del alcance de la luz de la lámpara de gas, que ilumina grandes montículos de papel viejo, entre otras cosas. La lengua de fuego se alza unos seis metros y luego cae hacia atrás y salpica en diversas direcciones, encendiendo todo cuanto lame a su paso.

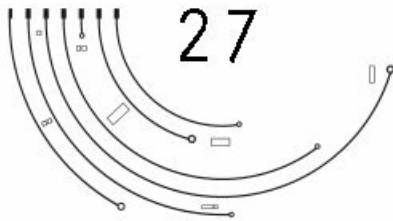
Si Jane Hawk dejó inadvertidamente algo que pudiera darles una pista, Ackerman y sus hombres deben lanzarse hacia delante y agarrar lo que puedan antes de que el fuego lo envuelva y el humo los ciegue.

Esa intención se ve frustrada cuando se detienen al ver un movimiento a ras de suelo, lo que por un momento parecen ser solo sombras formadas por el fuego parpadeante, pero que resulta ser una horda de ratas, con colas de látigo y ojos escarlata, huyendo de los nidos que ahora estallan en llamas.

Cuando las formas de papel en llamas se arremolinan y giran hacia ellos impulsadas por las corrientes de aire que nacen del fuego que se expande rápidamente, una bandada de pájaros de

fuego buscando nidos de pelo, Ackerman y sus hombres dan media vuelta y corren hacia la puerta abierta con las ratas correteando por entre los zapatos, aferrándose durante un momento a las perneras de los pantalones, pisoteadas y aplastadas bajo sus pies. Los hombres se resbalan sobre lo que no desean imaginar y agitan los brazos para mantener el equilibrio, reacios a caer entre la multitud chirriante en toda su inmundicia y frenesí de pulgas.

Los hombres son menos compañeros que competidores cuando chocan y se empujan unos contra otros en la estrecha puerta mientras tosen para echar de los pulmones el pálido humo inhalado y escupen el mal sabor que dejan los roedores chamuscados en el aire como el humo acre de las cosas quemadas. Ackerman surge en tromba del humo y sale a la luz de la mañana, entre ratas que corren a través del asfalto lleno de hierbajos con terror ciego al sol. Sin dejar de jadear, siente como si hubiera escapado por muy poco de la muerte. Pero a pesar de estar fuera de lugar que él piense algo así, también siente que la mujer, con su dispositivo incendiario, ha trazado para ellos un pronóstico de su destino.



«Ya estás muerta, pedazo de mierda. Todos hablan de ti en la habitación de los susurros».

No tenía idea de lo que Randall Larkin quería decir con la habitación de los susurros. No tiene sentido pararse a pensar en ello. Si había un lugar al que llamaban la habitación de los susurros, lo sabría en cuanto lo encontrara.

El autobús de la ciudad gruñó mientras avanzaba a última hora de la mañana. Parecía estar fuera de control cuando ganaba potencia, tambaleándose hacia la acera en cada una de las frecuentes paradas, con los frenos de suspensión suspirando como si estuvieran exasperados, para luego incorporarse a un tráfico que no quería admitirlo, menos como un vehículo de motor que como una bestia con pezuñas que reclamara privilegios en virtud de su tamaño.

En el asiento de la ventanilla, Jane Hawk mantenía la cabeza alejada de cualquiera que decidiera sentarse a su lado, menos preocupada por ser reconocida por los peatones que por alguien que se sentara cara a cara con ella.

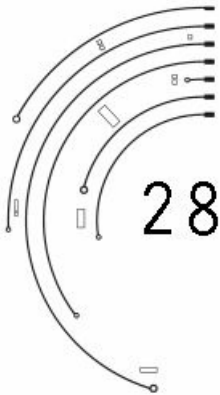
Contempló cómo la ciudad que se extendía desfilaba ante sí en un abrir y cerrar de ojos, con su caleidoscopio de vecindarios presentando patrones siempre cambiantes, con multitudes que hacían recados que, en ese momento, era incapaz de imaginar en lo más mínimo. Nada de lo que había al otro lado de la ventanilla le parecía real. En la realidad virtual en que se había instalado el mundo, solo existía un lugar verdaderamente real: al sur de allí, en el área rural del condado de Orange, al final de un camino flanqueado por robles, en una modesta casa de madera blanca con una profunda galería, donde su hijo se refugiaba a salvo con unos amigos y dos perros alertas ante cualquier amenaza.

Aunque esperaba poder estar allí para visitarlo antes de que terminara aquel odioso día, no se permitió contar con la posibilidad de una reunión antes de partir a Iron Furnace en la lejana Kentucky. Necesitaba ver a Travis, escuchar su voz, sostenerlo entre los brazos, pero lo que se necesitaba en esta vida a menudo no era lo que se recibía. Y desear cualquier cosa parecía convocar a los demonios que impedirían el cumplimiento del deseo.

Bajó del autobús en Wilshire Boulevard, en Beverly Hills, y caminó hacia el sur en dirección a los apartamentos residenciales donde se había encontrado con los dos adolescentes, Guns y ZZ. Su

Ford Escape estaba donde lo había dejado. En el maletero había dos maletas, la bolsa de cuero y la bolsa de plástico llena de pelucas, todo como ella lo había dejado.

Ella todavía no podía salir para el condado de Orange a ver a Travis. Almorzaría temprano. Y luego le esperaba una tarea en el valle de San Gabriel antes de que su trabajo ahí en Los Ángeles concluyera por un tiempo.



Cuando Lawrence Hannafin mantiene su cita a las dos en punto con Randall Larkin, espera encontrar a la secretaria, Ellen, en su escritorio, donde siempre ha estado a su llegada. En cambio, no hay nadie en la sala de recepción. La puerta del despacho de Larkin está abierta, y las estancias más allá permanecen en silencio y sin luz.

Desconcertado, se sienta junto a una mesa esquinera y elige un ejemplar de *Vanity Fair*, que algunos años antes había publicado un largo extracto de uno de sus libros. Pasa las páginas y prefiere no comenzar a leer un artículo que seguramente no podrá terminar.

Está disfrutando de una foto de una joven actriz que reconoce el valor de mostrar una cantidad generosa de piel en las publicaciones adecuadas, cuando Carter Woodbine entra en la estancia. Alto, de cabellos blancos, estadounidense, pero tan aristocrático en su comportamiento como cualquier miembro de la familia real británica, Woodbine no se aventura a bajar del cuarto piso, excepto por el ascensor al garaje cuando termina la jornada laboral.

Hannafin deja la revista, se levanta y saluda.

—Señor Woodbine —dice mientras el socio principal cierra la puerta del pasillo.

—Señor Hannafin, ¿me acompaña a la oficina de Randall? Tengo algunas noticias preocupantes que darle.

«Preocupantes» supone quedarse corto. En la intimidad de la oficina de Larkin, Hannafin se entera de que Larkin está muerto, tras ser secuestrado por Jane Hawk y, casi seguramente, asesinado a disparos por ella misma después de arrojar su Mercedes a un río bastante caudaloso por las recientes lluvias.

—El fuego fue tan intenso que quedará muy poco de Randall —explica Woodbine—, y no es probable que los restos de la fábrica abandonada sean identificados como suyos dentro de poco,

si es que alguna vez lo son. De hecho, nos aseguraremos de que nunca sean identificados como suyos.

—Pero el Mercedes...

—Era suyo, por supuesto. Estamos tratando de inventar una historia que coordinaremos con la señora Larkin. Puede que conozca a Diamanta.

—No mucho.

—Entonces querrá usted pasar unas horas en compañía de ella, para conocer mejor su personalidad. Queremos que elabore usted la historia que inventaremos para publicarla por extenso en un artículo de periódico.

—Pero... ¿qué historia?

—Ahora mismo, creemos que habrá intentado fingir su suicidio enviando su S600 al río. Como empresa, comentaremos a regañadientes la posibilidad de que nos haya robado millones.

—¿Les robó millones?

Con una cálida sonrisa y un gesto de su mano, Woodbine lo negó.

—Dios mío, no. Tenemos controles financieros que lo hacen imposible. Pero Randall tenía una cuenta en Gran Caimán que él creía que nadie conocía, a nombre de Ormond Heimdall, con un saldo actual de veinte millones. Con el tiempo se sabrá que, el próximo lunes, apenas tres días después de su desaparición, dieciocho millones de esos veinte fueron transferidos a jurisdicciones bancarias aún más turbias repartidas por el mundo. Recibirá los detalles de su historia.

Lawrence Hannafin sabe que pertenece a un círculo elitista junto con Carter Woodbine, que su papel ahí se limita a hacer lo que se diga que haga, como si Woodbine fuera un oráculo que le describiera un futuro que el destino ha tallado en piedra. Sin embargo, no puede evitar hacer una pregunta.

—¿Por qué no decir la verdad y colgarle el asesinato a esa puñetera Jane Hawk, que es quien tiene la culpa?

La actual sonrisa de Woodbine es diferente de la otra, más parecida a la de un adulto paciente que responde a una pregunta de un niño torpe e ingenuo.

—La señorita Hawk ha tenido bastante suerte, pero pronto se le acabará. No la tomamos en serio. Mientras tanto, no quiero que esta firma se asocie a ella en la mente de la opinión pública. No deseamos que nadie pregunte por qué una agente corrupta del FBI y una amenaza para la seguridad nacional debía secuestrar, torturar y asesinar a uno de los socios de Woodbine, Kravitz, Larkin y Benedetto.

—¿Lo torturó?

Woodbine se encoge de hombros.

—Es de suponer.

De repente, Hannafin se da cuenta de que tal vez sea torpe e ingenuo, porque en ese momento se

le ocurre que quizás él haya conducido a la perra de Hawk hasta Randall.

Woodbine le muestra otra sonrisa que Hannafin no puede interpretar, aunque le hiele la sangre.

—Tan pronto como sepa usted lo que quiere que yo escriba, me pondré a ello. No quedará defraudado con la pieza final.

—Sé que no lo estaré —asiente Woodbine—. Tenemos sus teléfonos. Espere una llamada.

—Lo haré —le promete Hannafin—. Estaré a la espera.

Woodbine lo acompaña amablemente a los ascensores y lo envía al garaje, donde se encuentra aparcado en una plaza señalada «para clientes». Se queda algo sorprendido —pero también aliviado— al comprobar que nadie lo está esperando.

A pesar de tener la intención de salir a cenar, Hannafin conduce directamente a su casa, a fin de mantenerse a la espera.

En la cocina, se sirve un gran vaso de whisky escocés con hielo. Mientras lo lleva a su estudio, el hielo tintinea y el whisky se inclina repetidamente hacia el borde del vaso, si bien se las arregla para no derramar nada.

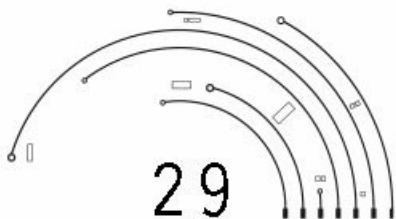
Sentado en su escritorio, después de dar un largo trago a la bebida, mientras baja el vaso, sí derrama un poco de whisky cuando se da cuenta de que allí tiene seis fotografías de él y Sakura enmarcadas en plata. Unos meses después de su muerte —tras un intervalo decente— guardó su maldita colección de fotografías de parejas felices en el aparador de la sala de estar.

Se pone de pie de un salto y se dirige apresuradamente a la sala de estar. Allí aparecen repartidas varias fotografías más en cuidadosos arreglos, sobre las mesas laterales, a lo largo de la repisa de la chimenea.

Tiene su arma en el dormitorio, en un cajón de la mesita de noche. Corre hacia la escalera. Se detiene. Se queda allí abajo. Mira hacia el segundo piso.

Casi grita su nombre. «¿Jane Hawk?».

Pero no lo hace, porque teme que ella le responda.



En una biblioteca no lejos de la casa de Lawrence Hannafin, Jane estaba sentada a una mesa de trabajo en la zona de ordenadores, donde verificó, lo mejor que pudo, cuanto Larkin le había contado sobre Iron Furnace, en Kentucky.

El complejo hotelero del lago Iron Furnace era propiedad de una corporación privada, Terra Firma Enterprises, que tenía una cartera de seis propiedades de hostelería de alto nivel. Terra Firma pertenecía, a su vez, a Apoidea Trust, la cual poseía una dirección en la isla de Gran Caimán, un paraíso fiscal.

El valor combinado de las cinco compañías estadounidenses que se sabía que eran propiedad de Apoidea Trust ascendía a dos mil millones de dólares. El director del fideicomiso era un inglés llamado Derek Lennox-Heywood.

Las personas lo suficientemente interesadas como para especular sobre tales asuntos creían que Apoidea era uno de los varios fideicomisos que supervisaban los activos de David James Michael. Aunque no se pudiera establecer un vínculo entre él y Apoidea más allá de toda duda, existían fotos de D. J. y Lennox-Heywood juntos en diversas galas de caridad en Nueva York y Londres.

La casa que Larkin dijo que era el retiro secreto de D. J., una finca de dos hectáreas en el lago Iron Furnace, no lejos del complejo de cinco estrellas, estaba en poder de Apiculus LLC. El propietario de Apiculus era una corporación en Liechtenstein, sobre la cual no pudo encontrar información.

Por una corazonada, buscó la palabra *apoidea*: el nombre de la superfamilia que incluía insectos himenópteros como las abejas y los abejorros. Y *apiculus* significaba una pequeña punta afilada, como la punta de una hoja... o el aguijón de una abeja.

Estaba segura de que en su desesperación, Randall Larkin le había dicho la verdad. Apoidea y Apiculus parecían confirmarlo.

Por alguna razón, quizá supersticiosa, David James Michael tendía a nombrar las cosas con palabras que comenzaran por la letra A. Llamó a su círculo íntimo de conspiradores arcadianos. Los odiosos burdeles atendidos por chicas cuyas mentes habían sido lavadas y programadas eran Aspasia. Ahora, Apoidea y Apiculus.

Sin embargo, ratificar la afirmación de Larkin de que D. J. se encontraría en la casa de Iron Furnace a finales de marzo no fue tarea fácil. A diferencia de las celebridades, las personas que valen miles de millones de dólares tienden a proteger su privacidad. Star Spotter o servicios similares no podían rastrearlas fácilmente. D. J. Michael tenía previsto asistir a una gala benéfica en Miami en mayo y a una conferencia sobre el cambio climático en Inglaterra en junio. Aparte de eso, por lo que todos sabían, iba a pasar el resto del año confinado en un ataúd que contenía un lecho de tierra fría de Transilvania.

Juntó varios hilos de búsqueda, tratando de encontrar alguna referencia a su estancia en Iron Furnace con anterioridad. Nada.

Cuando estaba a punto de cerrar la sesión, se preguntó si Bertold Shenneck, el científico recientemente fallecido y arcadio, socio junto con D. J. de una compañía llamada Far Horizons, había estado alguna vez en Iron Furnace. ¡Bingo! En marzo del año anterior, Shenneck había presidido una conferencia de cuatro días sobre las futuras aplicaciones médicas de la nanotecnología, patrocinada por la Administración de Alimentos y Medicamentos.

Por asociación al menos, D. J. estaba relacionado con Iron Furnace. Pero deseaba tener más razones para creer que el multimillonario en realidad usaba el lugar como un retiro secreto.

Abrió Google Earth y realizó una revisión de la ciudad y del centro de vacaciones tal como había sido cuando se creó aquella base de datos.

Tras considerar durante unos momentos que la FDA (por sus siglas en inglés) había patrocinado la conferencia de Shenneck, se preguntó si el examen de la propiedad de Apiculus LLC no provocaría una alarma en algún lugar. D. J. parecía tener aliados en las agencias de seguridad — CIA, NSA, Seguridad Nacional—, además de en el FBI, así que tal vez le hubieran hecho el favor de añadir esa propiedad de dos hectáreas en una lista de vigilancia, para garantizar así que todos los que la revisaran fueran ellos mismos revisados.

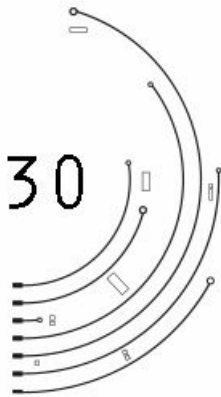
Sacó un pañuelito del bolsillo del abrigo, arrancó un trozo, lo mojó con saliva y lo pegó sobre la lente de la cámara del ordenador.

Solo entonces, escaneó más lejos a lo largo de Lakeview Road y encontró una toma de satélite de la finca objetivo. Cuando intentó acercarse, la función de ampliación no funcionó.

Se dirigió a Google Street View, cruzó la entrada principal del complejo y continuó hacia el oeste por Lakeview Road. Cuando se acercó a la propiedad de Apiculus, la pantalla del ordenador parpadeó y se quedó en gris. La función de la cámara se había activado desde algún lugar remoto. Si Jane no hubiera cubierto la lente, su figura hasta los hombros se habría recortado en la pantalla gris, y un arcadio en una agencia de seguridad u otra habría obtenido su fotografía.

No perdió tiempo en desconectarse. Apagó por completo el ordenador, se levantó, tomó su bolso, salió de la biblioteca y caminó rápidamente tres manzanas hasta donde había dejado su coche.

Todas las pruebas que situaban a D. J. Michael en Iron Furnace eran circunstanciales. Sin embargo, una preponderancia de pruebas circunstanciales resultaba suficiente para condenarlo en un tribunal de justicia. Y todo parecía apoyar la afirmación de Randall Larkin según la cual D. J. en esos momentos se encontraría allí, en Kentucky. Jane había decidido el siguiente paso que iba a dar.



En la primera oscuridad de la noche de Minnesota, Luther Tillman se hallaba parado en los escalones traseros, más allá del alero del techo del porche. Estaba en mangas de camisa, sin abrigo, revigorizado por el aire frío.

No había aurora boreal, pero las estrellas en sus incesantes reacciones nucleares brillaban en miríadas, como si hubiera más estrellas que granos de arena en todas las playas del mundo, y lo hacían abarcando innumerables años luz y miles de millones de años del calendario, a través de un silencio sin aire, hasta el borde más alejado del universo, donde los últimos cuerpos brillantes se encontraban en el extremo de un vacío que la mente no alcanzaba a concebir del todo.

Teniendo en cuenta esa infinidad de soles, mundos, lunas y misterio, se podría argumentar que la vida de una maestra de escuela de cuarenta años, que nunca se había casado y que no tenía hijos, cuyo trabajo se desarrollaba en un condado mayormente rural, no contaba mucho. ¿Qué habría ocurrido si sus adorables relatos se hubieran publicado y hubiera vendido millones de libros?, ¿y qué habría pasado en caso de no haber abandonado este mundo con un horrible acto de violencia? Sin embargo, su vida e influjo solo serían ya unas pocas notas dulces en una sinfonía que ya debía medirse en miles de milenios, no dejando más impresión en el mar del tiempo que la canción de un petirrojo.

Si alguna de las vidas tenía simplemente la más efímera importancia, lo que quería decir que prácticamente no tenía ninguna importancia, entonces todas las vidas carecían de significado, incluidas las de presidentes y estrellas de cine y sheriffs de condado y las esposas e hijos de estos. Del mismo modo, tampoco se podía otorgar importancia a las aves del aire, a las bestias del campo y del bosque, a las criaturas del mar. Había gente que vivía según esa filosofía o fingía hacerlo, pero Luther no podía vivir de acuerdo con algo así, ya fuera verdad o mentira.

Cora Gundersun no había hecho simplemente algo terrible. Antes le habían hecho algo terrible a ella. E importaba lo que ese algo pudiera ser.

Luther regresó a la cocina y comenzó a preparar la mesa para la cena que Rebecca estaba cocinando.

—Supongo que sé lo que significa cuando te quedas sin abrigo en medio del frío durante media hora, escuchando las estrellas —le dijo su mujer.

—¿Escuchando? ¿Me he perdido algo? ¿Han empezado a hablar las estrellas recientemente?

—Siempre te han hablado —contestó ella.

—Bueno, si lo han hecho, no estoy seguro de lo que han dicho esta noche.

Rebecca se volvió con una cuchara de madera en la mano y lo miró con su típica expresión de «¿acaso no te conozco lo bastante?».

—¿Te refieres a que no las oíste decir que fueras a ese lugar?, ¿ese lago Iron Furnace?

—Eso está muy muy lejos, en Kentucky —dijo él mientras doblaba las servilletas de papel junto a cada plato.

—Así que, entonces, ¿te tomaste, qué, una semana libre para descansar cerca de casa?

—Puedo descansar cerca de ella como hace todo el mundo.

—Después de veintiséis años casados, todavía no te he visto hacerlo.

—Tal vez no, pero un hombre debe poder empezar a tumbarse cerca a descansar en algún momento.

—Lo que no pasará hasta que regreses de Iron Furnace.

Luther se echó a reír y negó con la cabeza.

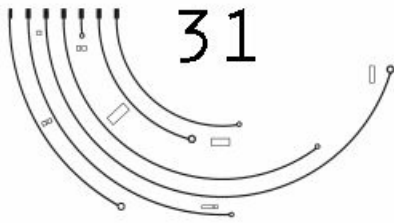
—Eres una bruja, esa forma tuya de saber lo que piensa un hombre. ¿Te preocuparás demasiado si me voy?

Ella siguió removiendo en el cazo la salsa marrón mientras hablaba.

—¿Qué te dije sobre Twyla y la universidad? Ciudad grande, ciudad pequeña, ciudad más pequeña; en estos días, cada lugar es tan seguro o inseguro como cualquier otro. Simplemente, no te olvides de lo que necesitas para volver a casa.

—Tengo suerte de tener una casa a la que volver.

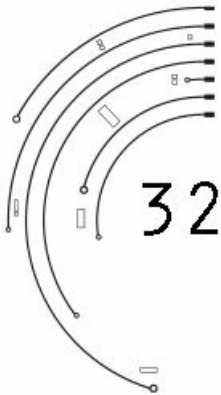
—Justo.



Jane en el camino. Millones de personas iban y venían, con más caballos de potencia combinados que todos los caballos que hayan existido nunca, los parabrisas en los carriles que se dirigían hacia el norte con un resplandor naranja por el reflejo, la luz del oeste sin ser lo que una vez fue...

Con independencia de su belleza, las puestas de sol hacían pensar a Jane que la noche que se avecinaba podría ser la más larga de la historia, sin una mañana por venir, y no solo a causa de una muerte personal, sino porque el mundo entero se detendría. Su preocupación era más fruto de la inquietud que del miedo, y no siempre la había sentido. Se preguntó si podría ser la única con esa inquietud o si otras personas también la experimentaban en esa época, y sospechó que todos conocían la sensación aunque no lo admitieran.

Poco después del anochecer, estaría con su hijo. Si, de hecho, todas las cosas de la Tierra que habían sucedido a lo largo de incontables siglos no tardaran en extinguirse y desaparecieran como si nunca hubieran existido, solo pedía, en la hora de la disolución final, poder tener a Travis en los brazos para hablarle de su amor de madre y mencionarle el nombre de su padre.



En un nido de lujo en lo alto de Wilshire Boulevard, donde las altas ventanas muestran un cielo en llamas sobre una ciudad que se asienta en busca de los placeres del final del día...

Aunque en ese momento no esté trabajando en nombre de los Voluntarios por un Futuro Mejor, Jason Alan Drucklow no puede resistirse a usar la puerta trasera en el castillo de datos de diez mil habitaciones de la NSA para satisfacer su curiosidad personal sobre Jane Hawk. Quiere saber qué sucedió en la fábrica abandonada, pero también quiere enterarse de lo que ha hecho para que Marshall Ackerman y sus muchos asociados hayan estado hablando entre ellos por teléfono y mediante diversos mensajes cifrados. Esa mujer fascina a Jason, pero no como lo hace Cammy, no es necesario que la encantadora señorita Newton se preocupe en ese sentido, sino de igual modo que lo fascina el destino, lo mismo que la posibilidad de que existan extrañas inteligencias alienígenas en otras partes del universo lo fascina también.

Hawkwoman, como la han llamado, interesa tanto a Cammy como a Jason. A medida que descubre cada nueva información sobre lo que ella ha hecho, la comparte con su chica.

De hecho, Cammy es quien compara a Hawkwoman con uno de esos virus informáticos que cambia su huella digital cada vez que se replica, lo que lo vuelve indetectable para la mayoría de los programas antivirus. Mientras sirve un vaso de Caymus de uva *cabernet sauvignon* para cada uno de ellos, allí, en la cúspide de la noche, exclama:

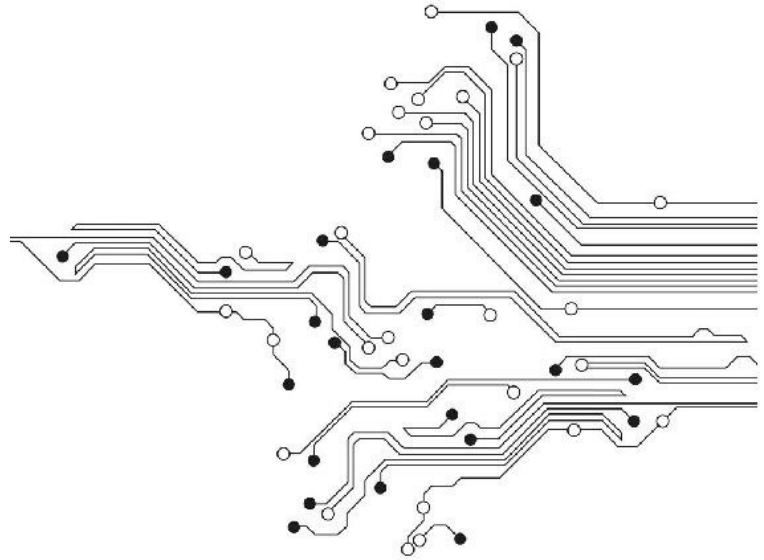
—¡Vaya! Es como un virus polimórfico, ¿eh?

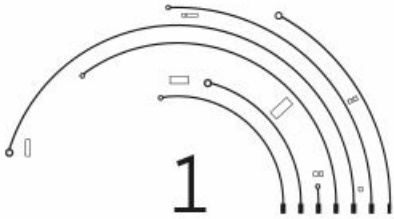
Eso serena a Jason incluso antes de tomar un sorbo de vino.

—¿Un virus polimórfico? Esperemos que no. No quiero que le pase nada a este trabajo tan cómodo.

TERCERA PARTE

VIAJE POR CARRETERA





Pocos minutos después de la llegada de Jane a la casa en la zona rural del condado de Orange, en la primera oscuridad, cuando la luna todavía no se había alzado en el cielo del este, Travis la llevó al establo que había detrás de la vivienda, con las hojas secas de los robles crujendo bajo sus pies.

—Verás, los ponis de Exmoor vinieron de Inglaterra —le dijo el chico, emocionado—. Este en concreto, ella, nació aquí. Pero ellos son de Inglaterra. Los ponis estuvieron en Inglaterra como diez mil años antes que la gente. Ellos tenían entonces a los tigres dientes de sable y a esos viejos mastodontes gigantes. Los tigres y los mastodontes se fueron hace mucho tiempo, pero no los ponis de Exmoor. Los ponis de Exmoor son para siempre.

Las lámparas que colgaban en el pasillo central vertían una luz de color brandi sobre un suelo cubierto de paja con pisadas de herraduras. Las sombras suaves alisaban las esquinas y ocultaban los compartimentos vacíos.

Bella y Sampson estaban en sus respectivos recintos, situados el uno junto al otro, y estiraban el cuello por encima de las medias puertas, y los saludaron con leves relinchos mientras agitaban la cola.

Jane y Travis visitarían a la yegua y al semental, pero no antes de que él le presentara a la superviviente de los dientes de sable, que los esperaba frente a los caballos más grandes, en un compartimento con una puerta más baja. Era una yegua alazana con una crin de color marrón más oscuro. Sus ojos eran grandes y separados, e indicaban una gran inteligencia.

—¿A que es muy bonita? —le preguntó Travis.

—Sí lo es.

—Se llama Hannah. Nos ha llegado este martes.

Hannah tenía una garganta despejada y un cuello fino, con los hombros bien recostados, un pecho ancho y profundo. La poni ya era adulta, tenía una altura de casi doce palmos, no más de un metro o de metro veinte, pero parecía demasiado grande para el niño.

Aunque Jane supiera que su preocupación era exagerada, o incluso completamente fuera de lugar, dijo:

—¿Tienes cuidado con ella?

—Sí, claro. Ella es muy buena.

—Es fuerte, y puede darte una coza.

—Ella nunca me da coces.

—Es mejor que lleves siempre puesto el casco cuando montes.

—Sí. Ya puedo montar solo, mamá. Bueno, algo así. No cabalgamos rápido. Montamos Gavin y yo, no solo yo.

—Tú haz siempre lo que Gavin te diga de los caballos.

—Lo haré. Sí, lo hago.

Lo rodeó con un brazo y lo pegó a su costado, diciéndose que no le dejara solo recuerdos propios de una madre agobiante.

—Estoy orgullosa de ti, vaquero.

—¿Cuándo aprendió papá a montar?

—¿Criado en un rancho de Texas? Probablemente, cuando era tan joven como tú.

—Hizo rodeos.

—Sí los hizo. Antes de unirse a los marines.

—¿Podremos ir allí, a Texas, algún día?

—Estuviste allí una vez, cuando solo tenías tres años.

—Lo recuerdo más o menos, pero no.

—Cuando todo esto termine, iremos otra vez. Tu abuela y tu abuelo son grandes personas.

—Tienes que verme montar mañana.

—Debo estar en la carretera temprano, pero me esperaré a verte montar. No me lo perdería.

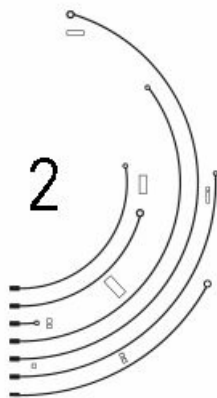
Travis había llevado dos manzanas troceadas en un vaso grande de papel. Le dio dos trozos a Hannah, y la poni se los tomó casi con más rapidez de lo que el ojo pudo seguir, bendecida como estaba con unos labios prensiles propios de su raza.

—Echo de menos a papá —dijo Travis en voz baja.

—Yo también lo echo de menos. Mucho.

—Ojalá estuviera aquí para verme montar.

—Él te ve, Trav. Tú ya no lo ves, pero él te ve todos los días, y también está orgulloso.



En la mesa de la cocina de Gavin y Jessica Washington, la conversación y la comida eran partes iguales en cada cena. Para la edad que tenía, Travis era capaz de participar y de iniciar conversaciones, pero con educación, lo que supuso una alegría para su madre.

La conversación en la mesa abarcó desde las experiencias del día hasta asuntos como libros, música, caballos y coches. Gavin había cortado, canalizado y personalizado totalmente una camioneta Ford de color verde manzana del 48 y estaba comenzando otro proyecto similar. No se mencionaron las listas de personas más buscadas ni las noticias sobre una agente huida.

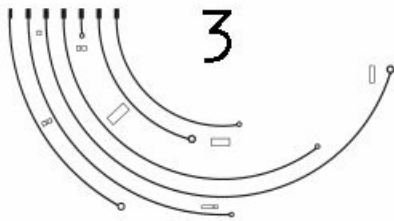
Nunca le había dicho a Travis que su padre se había suicidado. Ella le contó lo que sabía en su corazón, que a Nick lo habían asesinado, lo cual era algo espantoso para que un niño lo asumiera y aceptara.

El chico creía que su madre permanecía en el FBI como miembro de un equipo que buscaba al asesino. Eso era, por supuesto, una mentira, aunque tenía la virtud de ser una mentira que debería ser cierta, y esa —de hecho— sería la verdad en un mundo menos corrupto que aquel en el que vivían.

Como de costumbre, Jessica se levantó de la mesa cuando alguien quiso algo más, ya que detestaba delegar. A ella no le importaba ser en parte definida por su cabello negro como la tinta, su tez cheroqui y su buena apariencia, pero se negaba a verse constreñida por el hecho de haber perdido ambas piernas por debajo de las rodillas después de que un artefacto explosivo en Afganistán le hiciera a ella, una no combatiente asignada al ejército, lo que sus creadores pretendían hacer a los soldados armados. Sus prótesis terminaban en pies como palas estrechas que no parecían obstaculizarla. Recorrió con elegancia la cocina, evitando a los perros, Queenie y Duke, que optaron por acomodarse allí donde ofrecían mayor estorbo al paso.

Jess portaba esas prótesis desde hacía nueve años, llevaba casada con Gavin ocho años, y la evidente devoción que él sentía por ella era una de las razones por las que Jane se sentía tranquila dejando a Travis en ese lugar. Los Washington no tenían hijos propios, pero Gavin interactuaba con el chico como lo haría un buen padre, realmente interesado en él, sacándolo por la granja, haciéndole reír.

En el futuro, con independencia de lo que le sucediera a Jane, su hijo estaría a salvo y sería amado. La gratitud que sentía ante tales amigos estaba más allá de su capacidad para expresarla con palabras. No obstante, un resentimiento irrazonable tejía su telaraña en un rincón estrecho de su corazón, y la pena —tan peligrosamente cercana a la autocompasión— la venció al pensar que, si moría por su hijo, lo perdería al igual que lo habría perdido si nunca hubiera luchado por salvarlo.

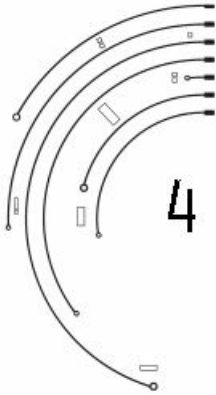


El niño llevaba en la cama una hora y media cuando Jane regresó a su habitación después de pasar ese rato con Jessica y Gavin. Bajo la luz de la lámpara, Travis yacía de lado, con la mano apretada contra la boca, como si se hubiera quedado dormido mientras se masticaba un nudillo para mantenerse despierto.

Como anteriormente en esas escasas visitas, Jane se acomodó para pasar la noche en un sillón, envuelta en una manta, vigilándolo. Durmió de forma intermitente, y cada vez que ella despertaba, la visión del chico era un antídoto contra el veneno de sus sueños.

Mientras la marea del sueño, después de haber disminuido, fluía hacia ella una vez más, se preguntó si al final, contra todo pronóstico, podría triunfar sobre David James Michael y su confederación de sociópatas elitistas solo para volverse tan despiadada en el proceso que perdiera su humanidad y se viera a sí misma incapaz de criar a un niño de tan perfecta inocencia.

En el tribunal de los sueños, de pie ante los jurados que volvieron hacia ella sus rostros tan faltos de rasgos como cáscaras de huevo, fue condenada por abandonar a su hijo. Huyó cuando un juez la condenó a una purga de memoria que borraría toda conciencia de haber traído un niño al mundo. Pero cada puerta que franqueó solo la condujo a la misma sala de la corte, a las mismas caras de huevo, al mismo juez y al mismo juicio cruel.



Era un tiempo propicio para una despedida. El cielo cubierto filtraba una luz gris de tal naturaleza que nada en la Tierra podía proyectar su sombra, como si la casa, el establo y los robles bajo los cuales se encontraban carecieran de la sustancia necesaria para pintar sus siluetas sobre el suelo, como si esa mañana no fuera más que otro conjuro onírico en una existencia de sueño eterno.

Jane estaba junto a Jessica mientras contemplaban cómo el dulce niño montaba a la poni Exmoor y tomaba las riendas. Pareció brevemente incómodo cuando montó a horcajadas sobre Hannah, pero luego se mostró confiado en la silla de montar, con el casco puesto contra las caídas y los tigres dientes de sable. Saludó, y Jane le respondió al saludo. Luego comenzó a recorrer junto con Gavin, que montaba a Samson, el patio de ejercicios para salir a través de una puerta abierta en la cerca de estilo rancho en dirección a uno de los senderos que serpenteaban por las colinas cubiertas de chaparral, y que ahora mostraban un color más verde después de las lluvias estacionales que había durante la mayor parte del año.

Los pastores alemanes acompañaron a los jinetes hasta la puerta. Pero los perros conocían los límites de su espacio y volvieron a sentarse con las mujeres debajo de los árboles sin sombra, con su cola barriendo dos arcos de tierra y limpiando las hojas ovaladas de los robles.

—¿Y ahora adónde? —preguntó Jess, con la atención puesta todavía en las figuras que se alejaban.

—Mejor que no lo sepas.

—¿Te veremos dentro de una semana o dos?

—Probablemente no.

—¿Necesitas dinero?

—No.

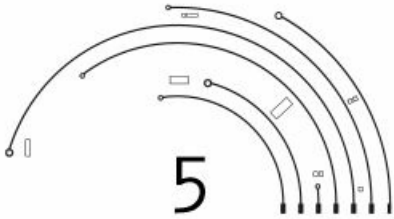
—Porque recibimos los treinta mil que enviaste la semana pasada. Los hemos puesto junto con el resto.

—Los tomé prestados de un tipo con deseos extremos. Le gustaban las chicas totalmente sumisas incapaces de desobedecer. Me apuntó con un arma y yo no me mostré tan sumisa como él hubiera querido.

—No necesitas explicarme nada. Sé que no vas por ahí robando bancos.

—Ojalá fuera tan fácil.

El hombre y el caballo con el niño y la poni llegaron a la cima de una colina y se quedaron allí, posando como la imagen de una película según la tradición de *Raíces profundas*, más propia de una época de esperanza, cuando el honor y la sensación de que la justicia siempre prevalecería impregnaban la Tierra. Luego, a caballo, la cima de la colina se convirtió en una pendiente más lejana, sobre la cual el hombre y el niño descendieron hasta perderse de vista, como si viajaran más allá de las montañas de la Luna, camino de El Dorado.



Jane tomó la Interestatal 15 en dirección norte hasta Barstow, hacia el verdadero desierto de arena y piedras antiquísimas, y árboles de Josué que parecían tótems espinosos procedentes de alguna antigua raza humanoide extinta. Luego tomó la Interestatal 40 en dirección este, mientras las nubes costeras daban paso a un cielo azul y el aire era tan claro que el sol de ese sábado resplandecía blanco en lugar de amarillo...

Iron Furnace, en Kentucky, estaba a un largo viaje en coche, pero el programa de reconocimiento facial conectado a las cámaras de las terminales de los aeropuertos y de las estaciones de tren hacía que los transportes más rápidos fueran peligrosos. Tras haberse cortado el pelo, ahora lucía una larga melena caoba, lentes de contacto que convertían sus ojos azules en verdes y un maquillaje que no necesitaba. Sin embargo, el escáner de reconocimiento facial vería a través de esos cambios superficiales y la identificaría por las medidas y formas y proporciones únicas de sus rasgos. Tanto por aire como en tren, se expondría a ser capturada a su llegada, tras haber sido identificada minutos después de la salida, si no antes.

Jessica le había entregado un termo de café y diversas barritas energéticas con fruta y miel, para que pudiera recorrer los inhóspitos kilómetros equipada con altos niveles de cafeína y azúcar. Con un detector de radares y un láser cegador se aseguraba una velocidad legal en los controles de velocidad.

Decidida a llegar en nueve horas a Flagstaff, en Arizona, atravesó el desierto de Mojave, pasó el Pisgah Crater, cruzó las montañas Bullion y recorrió los doscientos cincuenta kilómetros de desierto hasta alcanzar el río Colorado. Luego se adentró en Arizona, pasó por cañones volcánicos y zonas de roca resbaladiza, atravesó un paisaje de salvia y agave, guiada por un mapa y su experiencia, e hizo una parada en Kingman para repostar e ir al baño.

Viajaba con la compañía de la música para mantenerse animada: Benny Goodman, Artie Shaw y el no tan conocido Teddy Wilson, los mejores pianistas de la era del swing. Cuanto más se alejaba de su hijo, menos efecto lograba imprimir la música en su estado de ánimo. El terreno desértico y árido, muestra de diez mil años de erosión en las rocas, nacido de fuerzas cataclísmicas, volcánicas y tectónicas, pedía a gritos al Bob Dylan de sus comienzos.

A las cuatro y cinco de la tarde, tras haber ganado sesenta minutos al pasar de la zona horaria del Pacífico a la de montaña, llegó a Flagstaff según lo previsto.

Un recorrido de nueve horas era duro, pero cualquier viaje a través del país empezaba mejor con un primer día de maratón, cuando el conductor aún no era consciente de la enormidad de la tarea que tenía por delante. Planeaba recorrer otros quinientos veinticinco kilómetros hasta Albuquerque, antes de parar para hacer noche o, en caso de no ser posible, al menos trescientos kilómetros hasta Gallup.

Dicen que el hombre propone y Dios dispone, pero lo siguiente que le ocurrió y la retrasó no fue cosa de Dios.

Aunque se había bebido todo el café del termo, además del que compró en Kingman, solo se había comido una de las barritas energéticas. No le iba mucho el azúcar, pero era una adicta a las proteínas.

Salió de la interestatal por un área de servicio para camiones, más grande que algunas ciudades. Llenó el depósito, aparcó y se encaminó al restaurante para tomar una cena temprana.

Las personas que trabajaban en la carretera no comían todas a la misma hora, pero las 16:15 era temprano para cenar incluso para aquellos que contaban los kilómetros en lugar de los minutos. Puesto que había unos treinta clientes en un espacio con capacidad para al menos seis veces más, Jane no se sentó en la barra sino que lo hizo a una mesa con vistas al aparcamiento, tras el cual los camiones pasaban hacia los surtidores.

La camarera le llevó la carta de buen humor. Anotó un vaso de leche, con el que Jane pretendía tomarse un fuerte antiácido, y se alejó con la promesa de que volvería en un santiamén.

Consciente de que estaba siendo vigilada por tres chicos de una mesa próxima al centro de la sala, Jane ojeó la carta, mirando por encima de ella de vez en cuando para averiguar qué era lo que les interesaba.

Estaban tomando cerveza, unas Coronas con unas rodajas de lima, y compartían unos nachos y patatas fritas con queso. Rondaban los treinta. Calzaban botas vaqueras y botas de cuero. Uno llevaba unos vaqueros negros lavados a la piedra; los otros dos, vaqueros azules. El primero tenía la cabeza rapada y un pendiente; otro, solo los laterales rapados y una diminuta barba entre el labio inferior y la barbilla. Mientras que el tercero lucía un aspecto impecable y llevaba un peinado digno de la televisión de los años cincuenta, como si le resultara ventajoso pasar por un chico de iglesia.

No oía lo que se decían unos a otros, pero no dejaban de reírse, y las risas tenían un toque de mordacidad. Eran risitas de desprecio que surgían sobre todo cuando miraban a Jane. Ya podía relajarse. No la habían relacionado con ninguno de los fugitivos más buscados que salían en televisión. Su interés era sexual, pero lo único que iban a conseguir sería un rechazo al que ya debían de estar bastante acostumbrados.

Probablemente, solo eran tres tíos que habían empezado pronto la noche del sábado en busca de algún tipo de acción, que al final solo encontrarían en los videojuegos.

Cuando la camarera le llevó la leche, Jane pidió dos cenas: un filete de un cuarto de kilo y pollo asado, todo en el mismo plato, sin patatas y con doble ración de verduras.

—No pareces la clase de chica que pueda zamparse todo eso —dijo la camarera.

—Tú obsérvame.

Después de tomarse un antiácido con un gran sorbo de leche y dejar el vaso en la mesa, observó discretamente a los tres hombres. El de la cabeza rapada estaba al teléfono, mirándola fijamente. Cuando se dio cuenta de que lo observaba, desvió la mirada de inmediato hacia la cerveza que tenía delante. Habló por teléfono durante medio minuto más, terminó la llamada y bebió de la botella.

Tal vez la llamada que había hecho fuera sobre ella. Probablemente no. Estaba demasiado cambiada como para que la identificaran con tanta facilidad. La paranoia podía ser una buena herramienta de supervivencia, pero también un motor de irracionalidad y pánico letal. Tan solo era un chico hablando por teléfono.

La camarera le llevó la cena.

—Seguro que te criaste en una granja, como yo.

—Muchos me dicen lo mismo.

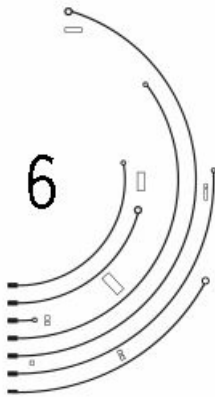
Últimamente, manejaba el cuchillo y el tenedor con una eficiencia maquinal, comiendo como alguien condenado, decidido a no morir antes de acabarse la comida.

Mientras comía, observó a los tres hombres con disimulo. Ella no era su único objetivo. Estaban mirando a una pareja que había en otra mesa, o más bien a la atractiva morena que componía la mitad de la pareja.

Y aún más allá, había dos mujeres y dos niñas. La mujer mayor aparentaba unos cincuenta; la más joven, treinta, ambas atractivas y lo bastante parecidas para ser madre e hija. Las hermanas debían de tener nueve y once, respectivamente; una vivaz pero educada pareja.

A Jane le dio la impresión de que las risas de los hombres parecían más suaves y moderadas, nerviosas y con un cariz más siniestro, cuando se centraban en la familia compuesta por cuatro chicas. Se inclinaban sobre la mesa para hacer comentarios en voz baja, incluso más baja que cuando parecían hablar de Jane.

Aparte de esos pequeños y, tal vez, insignificantes indicios de malas intenciones, no podría decir qué inspiró en ella ese escalofrío que le recorría la columna. Ese breve zumbido en la espina dorsal era la forma en que le hablaba su intuición en ciertas ocasiones: «Tú eres policía, presta atención, llevan sobre sí la verdadera marca de diablo».



Jane acompasó el ritmo de su comida al de la mesa de los tres hombres, que ahora se habían centrado exclusivamente en la abuela, la madre y las dos niñas.

Los objetivos, si es que eran eso, parecían ajenos a su escrutinio. En una época en que las multitudes de la Tierra parecían dividirse rápidamente en dos únicas categorías —presas y depredadores—, resultaba extraordinario ver lo ciegas que podían estar las gacelas ante la manada de leopardos que las acechaba.

La familia pidió el postre y, cuando se lo sirvieron, los tres acechadores dejaron de hablar. Acabaron con rapidez la última ronda de cervezas, dejaron una escasa propina sobre la mesa y fueron a la caja a pagar, como si de pronto hubieran recordado que llegaban tarde a algo importante.

Jane se volvió hacia la ventana.

Los tres aparecieron enseguida en el aparcamiento y se encaminaron hacia un viejo Cherokee negro mate. No tenía ningún tipo de brillo y las ventanas estaban tintadas. Se reunieron cerca del Jeep para charlar y alguien que había dentro bajó la ventanilla para unirse a la discusión. La ventana volvió a subir antes de que Jane pudiera ver quién la había abierto. Los tres hombres entraron y cerraron las puertas, ahora había al menos cuatro personas reunidas tras las ventanas tintadas.

Puede que alguien arrancara el motor del Cherokee, pero el vehículo no se movió.

Jane pidió la cuenta. Cuando se la llevaron, pagó a la camarera en efectivo, incluido el treinta por ciento de propina.

—Me quedaré aquí sentada unos minutos para digerirlo, si no te importa —dijo Jane.

—Cariño, puedes tumbarte ahí mismo y echarte una siesta si te apetece.

Para cuando las dos mujeres y las chicas recibieron la cuenta, el Jeep seguía esperando fuera.

Jane fue hacia una pequeña zona de recepción, entre la caja y la entrada principal.

La mujer mayor llegó primero y le dio a la cajera una tarjeta de crédito. Su hija y sus nietas se unieron a ella cuando terminó la transacción y guardó la tarjeta.

Cuando se dirigieron hacia la entrada principal, Jane se interpuso entre ellas y la puerta.

—Discúlpenme, pero ¿vieron a esos tres hombres que bebían cerveza?

La mujer mayor parpadeó confusa.

—Perdone..., ¿qué?

—Conducen un todoterreno. Están esperando fuera. Creo que lo mejor sería que las acompañara hasta su coche.

La abuela miró a la hija.

—¿Tú los viste, Sandra?

Sandra frunció el ceño.

—Sí, los vi, pero ¿y qué? Solo tomaron un par de cervezas.

—Las estaban observando —dijo Jane.

—Yo no los vi observándonos. De todas formas, ¿qué quiere decir con que nos observaban? Solo estaban bromeando unos con otros, eso es todo.

—Las estaban observando —insistió Jane—. Y hay algo raro en ellos.

—Raro... ¿cómo?

—No son trigo limpio. Son malos tipos que están a la caza.

—¿En serio?

—Conozco a los de su clase.

Demasiado tarde, Jane vio la indignación de Sandra, un brillo de desprecio en sus ojos.

—¿Los de su clase? ¿Te refieres a los mexicanos?

—No tiene nada que ver con eso.

—¿No? —preguntó Sandra, como si ya supiera la respuesta y no necesitara oírlo.

—Puede que uno de ellos fuera mexicano —dijo Jane—. El otro no sé de dónde es. Pero el tercero parecía tan estadounidense como Richie Cunningham.

—Holly, Lauren. —Sandra acercó a sus dos hijas, como si la amenaza estuviera justo delante de ellas en lugar de fuera.

—¿Qué se supone que significa todo eso del tal Richie?

—*Días felices* —explicó la abuela, satisfecha con su conocimiento de cultura general—. Ron Howard hacía de Richie Cunningham.

—¿Pero qué clase de sarcasmo lleva realmente implícito? —preguntó Sandra.

Jane no se atrevió a decir que era una agente del FBI, de esa forma les habría dado un motivo para recordar lo que ya habrían visto en las noticias. Además, cualquier afirmación de que tenía autoridad daría lugar a que le pidieran ver su placa.

—Miren, no les cuesta nada dejarme ir con ustedes. Tienen que pensar en estas niñas.

Sandra elevó la voz, atrayendo la atención de la cajera por primera vez.

—Aunque esos hombres fueran problemáticos, ¿qué podría hacer: insultarlos?

—Tengo licencia de armas. —Contra todo buen juicio, Jane se apartó la chaqueta para enseñarle la pistola.

—Esto está mal —dijo la abuela—. Esto está muy mal. No puede disparar a mexicanos por beber cerveza.

—Aleje eso de nosotras —dijo Sandra, como si la pistola fuera una masa crítica de plutonio—. Chicas, nos vamos.

La cajera parecía a punto de salir de detrás del mostrador y Jane se rindió.

Sandra guio a Holly y a Lauren hacia la puerta, mientras su madre aconsejaba a Jane.

—Jovencita, tal vez necesites ayuda. Hay buenos psicólogos que podrían ayudarte. El odio no es la respuesta a todo.

—¿Ocurre algo? —preguntó la cajera.

—Un pequeño malentendido —le aseguró Jane y siguió a las dos mujeres y a las niñas afuera, hacia el aire fresco, la brillante luz del sol y las sombras que se extendían hacia el este mientras atardecía en Flagstaff.

Sandra llevó a toda prisa a sus hijas hacia la zona de aparcamiento reservada para vehículos más grandes que no fueran camiones comerciales. La abuela se apresuraba tras ellas, mirando hacia atrás como si Jane pudiera estar siguiéndolas y se hubiera transformado en un sabueso del infierno que echara humo por la boca. La primera caravana de la fila era la suya, y subieron por el lado derecho.

El Jeep Cherokee negro salió del aparcamiento y se dirigió hacia la salida del área de descanso, pero luego se apartó a un lado de la carretera y se detuvo.

Si Jane no hubiera estado entre los fugitivos más buscados de Estados Unidos, si hubiera tenido verdadera autoridad, si no hubiera al menos cuatro personas en ese viejo Cherokee, y la probabilidad de que uno o todos ellos estuvieran armados no fuera del cien por cien, habría confiado en su intuición y habría puesto en riesgo su carrera. Habría corrido los cuarenta y cinco o cincuenta metros hasta el maldito Jeep, habría sacado al conductor, lo habría tumbado en el suelo y lo habría detenido por comportamiento sospechoso. Pero todo eso no eran más que meras suposiciones y conjeturas, así que nada de eso tenía que ver con lo que estaba ocurriendo ahí y en ese momento.

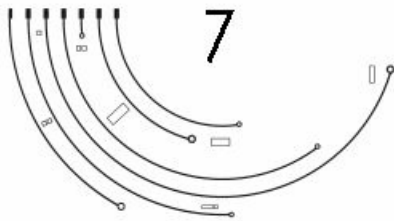
La caravana se dirigió hacia Jane, con la abuela en el asiento del copiloto y Sandra tras el volante. Esta última iba con el mentón alzado, como si hubiera conseguido una victoria moral, como si condujera un autobús religioso en una cruzada a favor de Jesús a través del país y se

hubiera resistido a una tentación del demonio. Pasaron de largo y torcieron hacia el sur, alejándose del restaurante, mientras se dirigían hacia la salida del área de descanso.

Jane corrió hasta su Ford Escape, abrió la puerta del conductor y miró hacia el sur justo a tiempo de ver a la caravana tomar la salida que llevaba hacia el este, por la Interestatal 40. Cuando la gran casa rodante llegó al final del largo tramo de asfalto y tomó la vía hacia la interestatal, el Jeep Cherokee la siguió a una distancia prudencial.

—¿Pero qué clase de sarcasmo lleva realmente implícito? —refunfuñó Jane, remedando las palabras de Sandra antes de ponerse al volante de su coche y cerrar la puerta de un golpe—. ¡Mierda, mierda y mierda!

Puso la llave en el contacto y la giró. El coche no arrancaba.



Ellos podrían haber sabido qué coche conducía Jane solo si el que se había quedado en el Jeep la hubiera visto llegar.

Entonces recordó que cuando había aparcado aquí y salió del coche, metió la mano bajo su chaqueta para ajustarse rápidamente la pistolera que llevaba oculta. Nadie podía haber visto la pistola, pero alguien acostumbrado a ese tipo de equipamiento, como la persona del Jeep, podría haberse dado cuenta de lo que estaba haciendo.

Cuando los tres hombres la habían estado considerando como posible candidata para un robo, habían olido a la policía —o tal vez solo fuera la experiencia de la calle— con la misma agudeza con que ella había captado el olor de sus intenciones delictivas.

Áreas de servicio, museos..., todos los trabajos de la humanidad no eran más que campos y bosques de otra naturaleza donde bestias a dos patas acechaban a los de su propia especie y cada delito era un acto simbólico de canibalismo que revelaba un aspecto salvaje profundamente enterrado —que no muerto— de la naturaleza humana, corrompida en algún momento de la historia y transmitido desde entonces de generación en generación. Sin darse cuenta, las dos mujeres y las dos niñas dejaban tras de sí un olor a presa, al igual que los hombres del Cherokee dejaban a su paso un olor propio de animales depredadores, y aunque Jane conociera el rastro de ambos, a ella solo la reconocían los depredadores.

Jane salió del Ford Escape y abrió el capó. No se habían tomado tanto tiempo para sabotear el coche como para que ella no fuera capaz de arreglarlo.

Debían de haberla visto abandonar la mesa a través de la ventana del restaurante. Si sospechaban que ella se había detenido para advertir a la madre de las niñas, no podían estar seguros de si ella tardaría en salir dos minutos o medio minuto. Tenían que evitar que los pillara, de modo que si ella los hubiera visto inutilizando el Ford, sus sospechas habrían quedado confirmadas.

No debían de llevar un cuchillo encima. O, si lo tenían, no cayeron en usarlo para cortar las correas del ventilador.

Habían desconectado los cables de las bujías. También habían sacado cuatro de ellas y las habían tirado. Una estaba junto a la tapa del depósito de aceite. Otra, atascada entre la correa de

transmisión y una polea. Tardó un rato en encontrar la tercera metida en un hueco entre el motor y el depósito de aceite. No vio la cuarta hasta que se puso de rodillas y miró bajo el coche. Había atravesado el motor y caído al suelo.

Después de haber colocado las bujías, mientras conectaba los manguitos de los cables de las bujías al terminal, un hombre alto con sombrero vaquero apareció a su lado.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Probablemente fuera un camionero. Tenía el cabello y el bigote blancos y un rostro curtido por el sol y el tiempo, de unos cincuenta y tantos, lo suficientemente mayor para saber lo que era la caballerosidad y creer que aún era importante. Solo quería ayudar. Considerando que el mundo necesitaba más hombres como él, Jane decidió no rechazarlo con un simple gesto o palabra.

—Gracias, pero creo que ya casi lo tengo. Alguna panda de críos estúpidos ha sacado las bujías. Supongo que creyeron que no sabría qué hacer y que tendría que quedarme aquí a esperar a la grúa.

El camionero asintió con gesto serio.

—Seguro que ni siquiera los miró mal, pero hoy en día todo el mundo se ofende por cualquier tontería. Parece que se haya criado entre motores.

—En realidad no, pero he aprendido algo.

Acabó la tarea y retrocedió, y el camionero cerró el capó.

—¿Qué tal si espero hasta que arranque? Solo por si acaso.

—Se lo agradezco.

El motor arrancó a la primera.

Cuando bajó la ventanilla para darle las gracias, el camionero se inclinó hacia ella, colocando una de sus grandes manos sobre el alféizar de la ventana.

—He llevado cargamentos peligrosos durante treinta años para recibir el plus de peligrosidad y ni siquiera me he roto una uña.

Debía irse, acabar lo que había empezado, pero había una bondad y una tristeza en él que la retuvo.

—A mi hijo, un marine, le asignaron una misión fácil; proteger el Departamento de Estado de un país extranjero. No resultó tan fácil, después de todo. Murió a los veinticuatro años. Han sido seis años de mentiras sobre cómo, qué o por qué... porque los peces gordos se cubren unos a otros.

Abrió la mano en el alféizar de la ventana y vio que sostenía una tarjeta entre el pulgar y el índice.

—Tome. Esta es la dirección de nuestra casa, mía y de mi mujer. También está el número de teléfono. Nadie la encontrará jamás allí.

En silencio, ella cogió la tarjeta. Su nombre era Foster Oswald.

—Salí del baño detrás de usted, oí a aquellas señoras. Pensé que era muy valiente. Luego vi su

alianza.

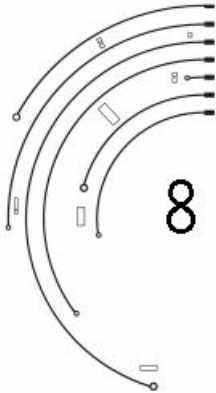
Ella se miró la mano del anillo, que estaba sobre el volante.

—Es un diseño único, por eso ha estado saliendo desde esta mañana en todas las cadenas de televisión. Así que ¿quiere que la acompañe a ayudar a esas señoras?

—Gracias, pero no. Lo tengo controlado.

—No tengo ninguna duda, señorita.

Foster Oswald retrocedió y ella salió a toda velocidad del aparcamiento, aceleró aún más por el desvío y puso el Ford a ciento cuarenta cuando llegó a la Interestatal 40.



Jane había perdido doce minutos con las bujías en el área de servicio. Probablemente, la caravana ya habría hecho unos veinte kilómetros. Ella recorrió ese largo tramo en ocho minutos.... durante los cuales Sandra podría haber hecho otros doce kilómetros.

Los cabrones del Cherokee negro mate no se precipitarían en tenderles la trampa. Adelantarían rápidamente a la caravana hasta que encontraran el lugar indicado para asaltar a las mujeres. Puede que incluso supieran desde el principio dónde lo harían, lo que significaba que iba a suceder antes de lo previsto.

Flagstaff y sus pinos Ponderosa habían quedado atrás tan rápido que bien podría haber sido un espejismo en vez de un lugar en el que realmente había estado. Jane pisó aún más el acelerador, hasta que el velocímetro llegó a ciento sesenta; luego, ciento setenta, y el detector de radares no le dio motivos para reducir. Empezó a zigzaguear entre los carriles cuando el tráfico se ralentizó, de forma tan repentina que parecía retroceder hacia ella. Un motorista negligente que cambiaba de carriles sin poner el intermitente, una rueda pinchada, la sirena de una patrulla de carretera, presagiando una carrera que ella no podría ganar... Todo podría haber salido mal y, sin embargo, tras varios kilómetros, no ocurrió nada salvo que un par de camioneros le pitó para mostrar su disgusto.

El tráfico no era demasiado denso, pero la carretera no estaba vacía. El día transcurría con rapidez, aunque el ocaso se prolongaría al menos durante una media hora más. Secuestrar una caravana en una interestatal a plena luz del día sería una osadía, obra de unos chicos que tuvieran algo más que alcohol en la sangre. No podían bloquear varios carriles sin más ni arriesgarse a golpear un vehículo mucho más grande que el suyo y perder el control.

Solo cabía la posibilidad de que hicieran una cosa. Fingir una avería y hacerle señas a la caravana, con la esperanza de que Sandra tuviera suficiente sentido del civismo para detenerse a

ayudarlos. Ellos conocían su carácter. No solo habían estado observándola en el restaurante, sino también escuchándola.

¿Pero se atrevería una mujer con dos hijas a su cargo a parar, cuando los que fingían necesitar ayuda eran tres jóvenes atléticos? La única respuesta sensata era no. Aunque Sandra tuviera un corazón más grande que su cerebro, no pondría a sus hijas en peligro, y menos ahora que le habían advertido que esos mismos hombres la habían estado observando en el restaurante.

Entonces, Jane supo cómo ocurriría. Ni Sandra ni su madre verían a los tres hombres hasta que fuera demasiado tarde. La cuarta persona en el Cherokee, la única que no había entrado en el restaurante, debía de ser una mujer.

El Jeep se detendría fuera de la carretera, donde el arcén se abría a una zona de descanso más amplia. La mujer, el señuelo, estaría apostada junto al vehículo, aparentemente sola y vulnerable, haciendo señas para pedir ayuda cuando apareciera la caravana. También fingiría una lesión. Más allá del arcén de la carretera, habría un terraplén. Los hombres estarían escondidos tras esa pendiente, detrás de formaciones rocosas o entre los matorrales que hubiera. La mujer, su cómplice, se acercaría por el lado derecho de la caravana cuando se detuviera detrás del Jeep, en lugar de hacerlo por el lado izquierdo, por donde el tráfico pasaba a gran velocidad. La caravana la ocultaría de la vista de los coches que pasaran de largo. Si la abuela seguía en el asiento del copiloto cuando bajara la ventana, la chica, supuestamente herida, tendría una pistola.

A partir de ahí podrían ocurrir varias cosas, dependiendo de si la puerta tenía echado el cerrojo o no, de si la cómplice mataba a la abuela en ese momento o solo la amenazaba. Pero fuera la opción que fuera, tanto si abrían fuego en un primer momento como si no, los hombres saldrían de la pendiente y se meterían en el interior del vehículo en medio minuto. O menos. Matarían a la abuela, si no lo habían hecho ya, sacarían a Sandra del asiento del piloto, la golpearían con la culata de la pistola para someterla y cogerían a las dos niñas. Llevarían la caravana a algún lugar oculto previsto —un granero o cualquier estructura abandonada—, y abusarían de las niñas y de la madre hasta que se hartaran; luego, robarían todo lo de valor del vehículo y dejarían los cadáveres de la familia pudrirse hasta que alguien los encontrara.

El velocímetro estaba a ciento ochenta y cinco, los neumáticos vibraban. La velocidad extrema convertía el aire inerte en una bofetada de viento que el Ford atravesaba, mientras toda su estructura vibraba con un sonido parecido al de un violín desafinado, oscilando entre dos notas diferentes, bajo un prolongado golpe de arco.

Desde la cima de una cuesta vio un tramo recto de carretera que se dirigía hacia el este, donde el lejano horizonte se oscurecía, y a menos de kilómetro y medio se encontraba la caravana en el arcén. Redujo la velocidad a más de la mitad, y observó con los ojos entornados un terreno que resplandecía bajo la luz del ocaso, como si alguna catástrofe nuclear lo hubiera vuelto radioactivo

e incapaz de conservar la vida. Surgiendo de cada roca y letrero, las alargadas sombras pacerían espíritus atraídos por la caída de la noche.

Tras colocarse en el carril central del tramo recto de carretera, pudo ver más allá de la caravana, donde se encontraba un familiar vehículo oscuro. Un hombre y una mujer se dirigían desde la caravana hacia el Jeep, de espaldas a Jane. El hombre debía de ser uno de los tres del restaurante y seguramente la mujer fuera el señuelo. Desde lejos parecía esbelta, puede que midiera metro cincuenta y cinco, era la clase de mujer que inspiraría simpatía si uno se la topaba tirada en el arcén.

Si esos dos estaban volviendo al Jeep con semejante despreocupación, solo podía significar que habían completado el secuestro; ahora dos hombres estarían a bordo con las mujeres y las niñas. El señuelo y su acompañante se adelantarían con el objeto de preparar el garaje que hubieran improvisado para la llegada de la gran casa rodante.

—No miréis atrás, no miréis atrás, no miréis atrás —murmuró Jane, como si lanzara un hechizo de distracción a la pareja que iba a pie, a medida que frenaba y se cambiaba al carril derecho para esconderse tras el vehículo secuestrado.

Los ruidos procedentes del tráfico podrían haber enmascarado el sonido del Ford, pero, para no arriesgarse, apagó el motor y avanzó en punto muerto los últimos noventa metros. La gravilla crujió bajo los neumáticos, hasta que se detuvo a metro y medio de la caravana.

Las cortinas colgaban en ligeros pliegues amplios de la ventana trasera de la caravana, pero puede que el resto de las ventanas no estuvieran tapadas.

Cuando salió del Ford Escape, dejó la puerta entreabierta.

El motor de la caravana estaba al ralenti y del tubo de escape de doble salida emergía vapor condensado.

Las corrientes de aire que creaban los vehículos al pasar la azotaban mientras se dirigía hacia el lateral derecho de la caravana. Si aquellos conductores sentían curiosidad por la escenificación que se desarrollaba en el arcén, sin duda la contenían pensando en el alto precio que solían pagar hoy en día los buenos samaritanos.

Había una puerta en el lateral izquierdo, pero dos en ese: la del copiloto y otra en la parte trasera. Resistió la tentación de abrir la trasera, cogió su pistola y avanzó, manteniéndose pegada a la caravana y por debajo de las ventanas.

Llegó a la puerta del copiloto, donde había estado sentada la abuela cuando se fueron del área de descanso. Se asomó por la ventana. No había nadie en la cabina, dos asientos vacíos.

Los secuestradores oirían la puerta si se encontraban en la zona de estar o en la pequeña cocina, porque ambas debían de dar a la cabina, y el repentino sonido del tráfico bastaría para alertarlos.

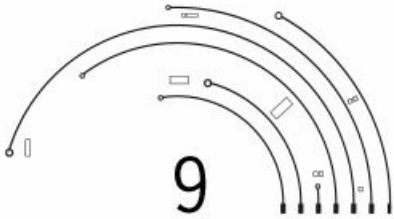
Durante un momento de cobardía, se dijo a sí misma que esa no era su guerra, que esos hombres malvados no eran los sociópatas organizados que suponían el mayor peligro para su futuro y el de

Travis, sino meros aficionados, no impulsores del caos con propósitos desmedidos como D. J. Michael y los de su clase. Pero, en realidad, no se trataba de dos guerras diferentes. Era una sola guerra universal, a través del tiempo y el espacio, librando cada una de ellas una batalla imprescindible para mantener la esperanza de un triunfo definitivo. Huir de un combate significaba rendirse ante todo y, entonces, no quedaría otra opción que deponer las armas y morir.

Delante de la caravana vio al Jeep Cherokee reincorporarse a la carretera, yendo a toda velocidad hacia la salida que los conduciría al lugar donde ellos lo celebrarían y donde sus prisioneras sufrirían.

Protegida del tráfico, Jane sacó el silenciador de su pistolera y lo colocó en la pistola del calibre 45.

Comprobó la puerta del vehículo. No estaba echado el pestillo. La abrió.



Había tres pequeños escalones hasta el asiento del copiloto, el último era un triángulo que también servía de entrada a la sala de estar que había tras la cabina. No había nadie, ni las mujeres ni las niñas, tampoco sus secuestradores. Al otro lado de la sala de estar, la cocina abierta y la zona del comedor también estaban vacías.

Jane cerró la puerta con cuidado y fue hacia la sala de estar sin vacilar, ya que le habían enseñado a avanzar tan rápido como se lo permitieran las circunstancias, por encima de la valentía en sí. Debía acceder a algo más grande que el valor. Dependiendo de la filosofía de cada persona, uno podía llamar a ese algo la convicción del bien adiestrado, pero, si era sincero consigo mismo, sabía que era fe ciega en el poder que regía el universo, fuera cual fuera.

Las estelas de los camiones que circulaban sacudían la caravana con fuerza. También podía oír el golpeteo de su corazón y el sonido de su circulación sanguínea a través de las carótidas y las yugulares. Si había voces, no las oía.

Pasó con cuidado por el estrecho pasillo de la cocina. Una puerta abierta a la izquierda daba a un baño sumido en la oscuridad. Al final, había una puerta cerrada que daba al dormitorio más alejado.

La luz se filtraba en el pasillo, proveniente de una habitación a la derecha. No podía simplemente acercarse y echar un vistazo a través de la puerta abierta. En lugar de eso, tenía que asumir que la habían oído y la estaban esperando. Así que, con valentía, fue hacia la luz que iluminaba el pasillo, hacia la puerta abierta, pero agazapada. Iba con la cabeza gacha y el arma baja, porque los aficionados apuntaban arriba, a la cabeza, por ver tantas películas malas.

Era una habitación estrecha. El de la cabeza rapada se encontraba allí de pie, de espaldas a Jane. La abuela estaba desplomada en una esquina, sangrando por la boca, pero viva y aterrorizada.

Sandra yacía tumbada boca arriba sobre la cama, con el cabello alborotado, el ojo izquierdo cerrado por la hinchazón y muñecas y tobillos atados con fuerza con bridas. El cabeza rapada le abrió la blusa de un tirón, la tela se rasgó, los botones salieron volando y tintinearón contra una lamparita y golpearon la pared. Ese no era ni el momento ni el lugar para una violación, solo se estaba deleitando con las vistas, a la vez que aterrorizaba a ambas mujeres.

Puede que se diera cuenta por la expresión de sorpresa de la abuela o que quizás oyera algo. No importa cómo fue. El hombre se volvió hacia la puerta y vio a Jane. Él no tenía una pistola en la mano y se quedó tan aturdido al verla que no reaccionó al instante en busca de un arma. Pero eso tampoco tuvo importancia. Ella le disparó a quemarropa en medio del pecho, destrozándole el esternón. La bala de punta hueca transportó astillas de hueso a través del corazón, que se contrajo alrededor de esa pequeña corona de espinas blancas y cayó muerto antes de sentir el dolor que se merecía. Cayó hacia atrás sobre la cama, junto a la mujer inmovilizada. Al igual que una anguila, se deslizó lentamente por el colchón hasta alcanzar el suelo, con la boca abierta en un grito silencioso y los ojos abiertos de par en par, ciegos para siempre.

El otro hombre no habría oído el disparo, amortiguado por el silenciador. Sandra había gritado horrorizada cuando el cuerpo cayó sobre la cama, pero su grito podría haber sido interpretado como una simple respuesta a otra atrocidad más, cometida por el cabeza rapada.

Cuando Jane les indicó por gestos a las dos mujeres que se quedaran quietas y en silencio, algo grande pasó por el carril más cercano, tal vez un Peterbilt remolcando dos camiones, sacudiendo la caravana en mayor medida. Por el rabillo del ojo vio movimiento, se volvió hacia él con la Colt en alto, pero solo era la puerta abriéndose debido a la inclinación del vehículo.

Las niñas debían de estar en la habitación del fondo, con el otro desgraciado, la de la puerta cerrada. Jane no quería entrar allí a por él y meter a Holly y a Lauren en medio de un fuego cruzado. Pero, aunque lo único que hubiera hecho fuera atarlas, cada segundo que pasaban con él era una afrenta intolerable a su dignidad, a cada segundo el terror perforando sus mentes de forma dolorosa.

Se encaminó hacia la puerta, que casi se había cerrado sola, pero antes de que alcanzara el pomo, el otro secuestrador llamó al hombre muerto.

—¡Litvinov, pongamos en marcha esta carraca!

La puerta que había estado a punto de cerrarse se abrió de golpe mientras el hombre hablaba, en el preciso momento en que Jane se volvió hacia ella. El blanquito fugado de *Días felices* apareció en el umbral, vio a Litvinov criando malvas y desapareció al instante, justo cuando Jane disparaba dos veces.

No lo había herido, ya que no lo oía gritar, pero tampoco lo había matado porque no lo escuchó desplomarse. Eso significaba que iría a por Holly y Lauren, quizá para usarlas como escudo o tal vez para matarlas solo por el mero placer de hacerlo.

Ella salió por la puerta, agazapada, la pistola y la cabeza por delante, mientras que él estaba a su derecha, de espaldas al dormitorio principal, con el arma en las manos, puede que una Glock. El primer disparo de él fue demasiado alto, el segundo cubrió el rostro de Jane con una lluvia de astillas de aglomerado, arrancadas del marco de la puerta, apenas a un par de centímetros por

encima de su cabeza. Incluso estando tan cerca, falló dos veces porque justo retrocedía por la puerta entreabierta cuando disparó.

Jane no podía usar el arma por las niñas, pero tampoco retirarse, así que no pudo hacer otra cosa más que ir tras el retorcido bastardo, rebotando por el estrecho pasillo hasta golpear la pared que había cerca del baño y acabar de golpe junto a él. Confundido por ese acercamiento accidental, el tipo falló su tercer disparo mientras retrocedía hasta la habitación, tratando de cerrar la puerta. Ella se precipitó a toda velocidad, temporalmente ensordecida por los disparos del otro, cuando quedaba una pequeña brecha de luz entre la puerta y el marco. Él era el más fuerte de los dos, pero tal vez estuviera aturdido por su audacia. Ella golpeó la puerta con el hombro, consciente del destello del cañón que se produjo cuando él volvió a tirar, sin estar segura de si la había alcanzado o no. Había oído hablar de tipos que no supieron que les habían alcanzado hasta medio minuto después o más, si estaban muy invadidos por la adrenalina y no se trataba de una herida en un órgano importante. Él era más fuerte que ella, pero estaba desequilibrado cuando Jane se estrelló contra la puerta. La abertura se ensanchó y él se tambaleó hacia atrás, manteniéndose en pie, sin embargo. En medio de la crisis de confianza que sufría el hombre, él debió de pensar que quizá lograra matarla, pero ella al menos lo dejaría herido o probablemente consiguiera matarlo a su vez. Y, tanto si se la cargaba como si no, todo iba muy mal, su futuro convertido de pronto en un agujero negro que lo arrastraba hacia el olvido con su inmensa gravedad; por lo tanto, lo más importante no era ya salvar su pellejo para poder mantener la arrastrada vida de un fugitivo; no, lo que más importaba en ese momento era lo mismo que deseara el rey Lear en el sexto acto: matar, matar, matar, matar, matar, matar. Tambaleándose hacia atrás, él le dio la espalda a Jane para volverse contra las niñas, apuntándolas con la pistola, tan impecable y bien peinado como un chico de iglesia, pero más ansioso por matar a las chicas que por defenderse a sí mismo. Jane le disparó tres veces, y si él pegó algún tiro, no alcanzó a las hermanas. Cuando estaba en el suelo y, con toda certeza, muerto, ella se acercó y le disparó una cuarta vez a pesar de todo, porque el príncipe de este mundo era también el príncipe del infierno y estaba lleno de artimañas.

Jane recuperó su audición con los sollozos de las dos hermanas, que habría preferido no oír. Estaban ilesas, pero aterrorizadas. Y, a pesar de seguir intactas, habían sido despojadas de su inocencia tras haber conocido el mal. No como lo retrataban los villanos de Disney, sino tal como era: despiadado e irracional, egoísta, convencido de su superioridad moral y de la belleza del caos.

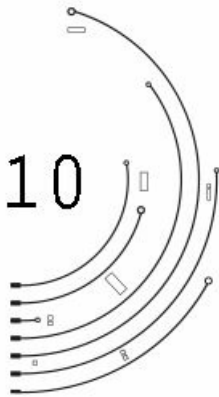
Las niñas no estaban atadas, las habían sometido mediante la intimidación. Tras gritarles a las mujeres que las hermanas estaban a salvo, Jane las condujo hacia el pequeño comedor, donde las hizo sentarse.

Tras un momento de vacilación, se quitó la alianza y se la guardó en el bolsillo de los vaqueros.

Las manos le temblaban mientras registraba los cajones de la cocina en busca de unas tijeras. Solo se dio cuenta de que estaba sudando profusamente cuando el sudor se volvió frío y un reguero helado le recorrió la columna.

Cuando encontró lo que necesitaba, se volvió hacia la madre y la abuela. Liberó a la primera y evaluó las heridas de la segunda, que eran leves.

La abuela daba gracias a Dios de que se hubiera acabado, pero no era así en absoluto. Había mucho que hacer, y rápido.



Sandra Termindale, madre de Holly y Lauren e hija de Pamela, quería darle las gracias a su salvadora pero no sabía cómo hacerlo, todo intento le parecía insuficiente. Pero eso no tenía importancia, porque a Jane no le interesaban los agradecimientos, solamente su cooperación.

Las mujeres y las niñas estaban en el comedor. Sandra no podía dejar de tocar a sus hijas, de acariciarles el pelo. Tampoco podía dejar de llorar, aunque no fuera un llanto que la agitara y desarmara, sino uno con lágrimas de alivio, una larga y líquida descarga de tensión.

—Ni siquiera sabemos tu nombre —dijo Sandra.

—No —dijo Jane—. Cierto.

—¿Cómo te llamas?

—Alice Liddell —mintió Jane.

De pie, junto al fregadero de la cocina, sacó el cargador de la pistola. Quedaban cinco balas. La recargó.

—Gracias a Dios, ya no volverás a necesitar eso —dijo Pamela.

Jane había dejado las habitaciones a oscuras, salvo por una lamparita en cada una. Entonces, apagó todas las luces de la parte delantera del vehículo excepto una pequeña lámpara de techo que había sobre el comedor. Por las ventanas solo entraba el brillo anaranjado de la última luz del atardecer.

—No queremos estar a oscuras —dijo Pamela.

—Sí, sí queremos —dijo Jane—. Hay que llamar la atención lo menos posible.

—Las niñas están asustadas. Enciende las luces.

Jane se dirigió a las chicas.

—Vosotras no parecéis unas cobardes, sino chicas duras. Podéis hacerlo, ¿verdad?

—Puedo —dijo Holly.

—Supongo que sí —dijo Lauren.

—Bien. Genial. Todo saldrá bien. —Luego se dirigió a Sandra—. Tengo que hablar contigo, a solas.

Sandra no quería dejar a sus hijas, pero acompañó a Jane a través de la oscura sala de estar hasta la parte delantera del vehículo, donde se sentaron en los asientos de la cabina. El motor ronroneaba en un ritmo de tres notas, como una nana mecánica.

El sol, de un rojo sangre e inmenso, hacía equilibrios sobre el horizonte tras ellas, reflejado en los grandes retrovisores de la caravana. Cuando la luz desapareció por el oeste, la oscuridad ascendió por la parte este del cielo, salpicada por unos soles tan lejanos que no daban calor.

—Escucha —dijo Jane—, los dos que se fueron en el Cherokee esperan que en una media hora sus amigos se reúnan con ellos, con vosotras y las niñas. Cuando eso no ocurra, volverán para saber por qué.

La sorpresa detuvo las lágrimas de la mujer.

—Necesitamos a la policía.

Jane continuó con paciencia.

—Sandy, eso es lo último que yo necesito. Si un policía se detiene para ver por qué habéis parado, cosa que podría ocurrir en cualquier momento, para mí es tan malo como que vuelvan esos dos del Jeep.

—No lo entiendo.

—No tienes por qué, Sandy. Si de verdad quieres agradecérmelo, ayúdame a sacar a esos dos de aquí en cuanto oscurezca.

—¿Qué dos?

—Los tipos muertos.

—¿Fuera de aquí? ¿Adónde?

—Al arcén de la carretera, los tiraremos por el terraplén.

—Oh, por Dios. No, no, no. No quiero tocarlos.

—Pesano demasiado. Necesito ayuda.

—Están muertos.

—Exacto, así que no pueden hacerte daño.

—Esto es la escena de un crimen o algo así. ¿No es la escena de un crimen?

—No, si nadie sabe que ha habido un crimen.

—No podemos fingir que no ha pasado. La policía tiene que saberlo.

Jane le puso una mano en el hombro para tranquilizarla.

—¿Sabes lo que les pasará a tus hijas si hay una investigación?

—¿Holly y Lauren? Ellas no han hecho nada.

—En primer lugar, los policías querrán hacerles una prueba de violación.

—Pero no las han violado.

—Cuestionarán todo lo que le digas a la policía. Siempre es así. Hoy en día, no se cree en la palabra de nadie sobre lo que pasó sin comprobar antes de qué otra forma podría haber ocurrido.

—Pero eso no está bien.

—Es la realidad. Será una gran historia. Todo el mundo hablará sobre lo que pasó aquí, si ocurrió de una forma u otra. No dejarán de especular sobre si Holly y Lauren sufrieron abusos. Ellas tendrán que vivir con ello. Los chicos en el colegio las atormentarán. Y no solo los chicos.

Las pálidas mejillas de Sandra se enrojecieron, ya fuera por el reflejo de la luz del ocaso, ya por vergüenza.

—Los niños pueden ser crueles.

—¿Eres viuda, Sandy?

—¿Viuda? No, divorciada.

—¿Os disputasteis la custodia?

La expresión de la mujer respondió a la pregunta.

—Si fue una dura batalla por la custodia, la segunda será peor. Sandy, tú no pusiste en peligro a las niñas al hacer este viaje por carretera, pero él argumentará que sí. Y habrá gente que estará de acuerdo con él, puede que el juez no, pero otros se creerán con derecho a decirte lo que piensan.

Mordiéndose el labio inferior, Sandra miró hacia el paisaje que se oscurecía y observó las luces del tráfico con rumbo al oeste, en el otro extremo de la carretera.

—¿Qué pasa si la policía los encuentra y cree que yo los maté?

—Nadie va a creer que Sandy Termindale mató a alguien.

—Ni siquiera tengo una pistola.

—Este territorio es agreste y el terraplén es muy profundo. Tardarán semanas en encontrarlos y los coyotes ya se habrán ocupado de ellos.

Sandra se estremeció.

—Necesitamos a los coyotes, Sandy. A menos que la policía tenga su ADN archivado por anteriores detenciones, quedará tan poco de ellos que jamás serán identificados. Y no habrá forma de que los relacionen contigo.

Hasta entonces, la vida de Sandra no la había preparado para saber cómo lidiar con la violencia o cómo minimizar sus consecuencias. Parecía incapaz de mirar a Jane.

—¿Qué hay de la sangre?

—Limpiadla. Tú y tu madre. Venga, Sandy. Casi ha oscurecido lo suficiente para hacerlo.

Ella hizo una mueca.

—¿Y qué pasa con los otros dos? ¿Y si vienen a buscarnos después de que volvamos a la carretera?

—Cuando regresen aquí y no os encuentren, sabrán que algo ha ido mal. No buscarán

problemas.

—Pero ¿y si lo hacen?

—¿Dónde planeabais pasar la noche?

—Hay un camping de caravanas cerca de Gallup. Tenemos reserva.

—Eso queda a casi cuatrocientos kilómetros. No os buscarán tan lejos. Pero ¿sabes qué?, yo voy en esa dirección. Os seguiré, me aseguraré de que estéis a salvo en Gallup antes de irme.

—Jamás volveré a sentirme a salvo en ninguna parte.

—Hasta cierto punto, eso es bueno.

Por fin, la mujer miró a Jane a los ojos.

—Puede que te llames Alice Liddell. Pero ¿quién eres? ¿Qué eres? ¿Qué les digo a mis hijas?

—Diles que soy la nieta del Llanero Solitario o que soy un ángel de la guarda. Ya se te ocurrirá algo.

—¿Un ángel de la guarda con pistola?

Jane sonrió.

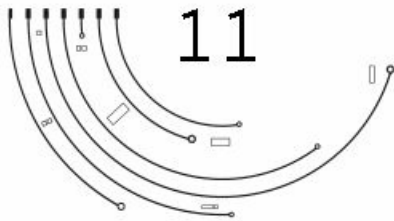
—El arcángel Miguel siempre llevaba consigo una espada. Y no era el único. Tal vez, incluso los ángeles deban cambiar con el tiempo.

Cuando Sandra desvió la mirada, Jane alargó el brazo, le puso una mano en la barbilla y con delicadeza la obligó a mirarla otra vez.

—Han victimizado a tus hijas, Sandra. Acaba con esto. No las conviertas en víctimas para el resto de su vida. Ayúdalas a ser valientes.

Ese ruego podría haber hecho llorar a Sandra unos minutos antes. Ahora no. Había llegado a una conclusión terrible, pero fundamental, y nunca volvería a ser la misma.

—Hagámoslo.



La puerta trasera del lado derecho se abrió hacia fuera, protegiéndolas del tráfico que iba en dirección este.

El cadáver de Egon Uri Litvinov, la cabeza rapada, una oreja cubierta de diamantes, el corazón detenido y confinado en un nido de huesos rotos, además de desprovisto de identificación, aún se resistía a que se deshicieran de él. Sus noventa kilos de terca maldad parecían tener vida, como si su incorpóreo pero persistente espíritu se estuviera esforzando, con escaso éxito, por encarnarse de nuevo.

Cuando las dos mujeres lo sacaron de la caravana y lo sostuvieron medio erguido entre ellas, Jane se asomó por la puerta que las protegía de los coches que pasaban y esperó a que hubiera una pausa en el tráfico. Salvo por una última estela de luz de color morado oscuro que delineaba la cumbre de una lejana colina, el cielo estaba negro con estrellas y la luna, baja, con la luz fantasma del sol reflejando en ella. Un gran camión de largo recorrido pasó chirriando y, tras él, hubo una pausa en el tráfico. Transportaron la carga medio arrastrándola hasta el guardarraíl, formado por un revestimiento de metal curvo, bien diseñado para su propósito. Lo apoyaron sobre él como si estuviera vomitando por una borrachera, lo agarraron de los pies y lo volcaron de forma que aterrizó boca arriba sobre el terraplén. Las capas de gravilla que formaban la empinada pendiente hicieron que rodara hacia un lado. El pedregal empezó a deslizarse, arrastrándolo hacia abajo. Como su peso era mayor que el de las piedrecitas que lo transportaban, su velocidad aumentó a medida que rodaba, y con una estrepitosa sacudida de brazos y piernas desapareció en la oscuridad. Lo oyeron caer sin cesar, hasta que se encontró con la maleza y se hizo el silencio.

Lucius Kramer Bell, el hombre con el rostro de un monaguillo, aún perfectamente peinado, con unos vaqueros negros desteñidos, botas de vaquero y despojado de identificación, pesaba unos veinte kilos menos que Litvinov y aceptó la muerte mejor que su cómplice. Durante otra pausa en el tráfico, llevaron a Bell con más facilidad hasta el guardarraíl y lo arrojaron al otro lado de este. Por algún azar de la física o por el funcionamiento musculoesquelético del cuerpo humano posmoderno, Bell rodó hasta quedarse sentado sobre la resbaladiza gravilla, como si el pedregal fuera nieve y estuviera montando en trineo, reviviendo un momento feliz de su infancia, inspirado

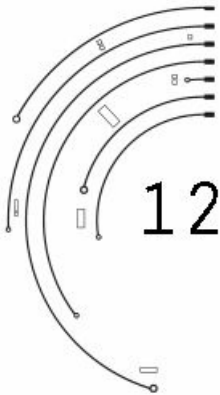
por un último y frágil recuerdo de su cerebro inerte. Resbaló en dirección a la oscuridad de una forma macabra y siguió a Litvinov hasta la ruda maleza.

Jane se había quitado la chaqueta para no ensuciarla, pero tenía sangre en las manos. Esperó junto a la puerta abierta del baño, mientras Sandra, que tenía un aspecto tan lúgubre como si acabara de ejecutar a dos hombres, en lugar de haberla ayudado simplemente a deshacerse de los cuerpos, se enjabonó las manos repetidamente y se las enjuagó en agua casi ardiendo hasta no dejar el más mínimo rastro de sangre en la espuma.

Las niñas se habían quedado en la zona del comedor con su abuela, lejos del drama. Más tarde, pasarían la noche en el suelo de la sala de estar, si es que conseguían dormir.

Cuando Sandra se apartó y cogió una toalla del colgador, le tocó a Jane entrar en el lavabo para limpiarse de los restos de Litvinov y Bell. Tras secarse las manos en la misma toalla, Sandra la volvió a colocar en el colgador.

Durante la limpieza, nadie dijo nada, ni tampoco hablaron cuando Sandra rodeó a Jane con los brazos y la abrazó con fuerza. Jane le devolvió el abrazo y las dos mujeres permanecieron un rato en profundo silencio; la madre de Holly y Lauren, incapaz de expresar con palabras su cúmulo de emociones, y la madre de Travis, sin necesidad de oír nada. Comprendía perfectamente que esa mujer había descubierto a su pesar la verdad sobre el mundo, esa misma que la mayoría de la gente se pasa la vida evadiendo y negando. Una vez que alguien conocía la verdad, no podía ignorarla ni tampoco olvidarla, pues esta permanecía por siempre en el corazón, un aprendizaje oscuro por el que ese alguien pasaría los años venideros buscando cualquier luz que pudiera compensarlo.



Más allá de la carretera, los faros y el interminable ajeteo de la agitada humanidad, fuera, en la inmensa oscuridad de esa antigua tierra, un cráter de meteorito descansa en silencio, tan profundo como un edificio de cincuenta pisos y con un diámetro algo mayor de un kilómetro. Más antiguo incluso que los asentamientos de los indios anasazis que habían quedado en ruinas, silentes en esa misma oscuridad, incluso mucho antes de que los europeos hubieran hollado este territorio. Fuese cual fuese la masa que se precipitó, asteroide u otra cosa, y que pudo convertir la roca en polvo debido a su impacto, eso es lo que el tiempo, la violencia y el canibalismo les hicieron a los anasazis cuando un pueblo se volvió contra otro. Con un horrible estado de ánimo, Jane Hawk siguió a la caravana de la familia Termindale hacia Winslow, en Holbrook, pasado el desierto Pintado y el bosque Petrificado, camino de Gallup, en Nuevo México, donde las vio registrarse en el parque de caravanas y se despidió de ellas.

Los preludios y nocturnos de Chopin, interpretados por varios pianistas, la acompañaron a lo largo de la solitaria noche, a través de la divisoria continental. Ninguno de esos pianistas era su famoso padre, quien, a pesar de los crímenes cometidos, había escapado no solo de la justicia, sino también de toda sospecha. En esos momentos estaba de gira, y su acompañante era la mujer por la que había asesinado a la madre de Jane cuando esta tenía ocho años. Era un músico brillante, aunque no los dominara a todos. Evitaba a Chopin.

Con los músculos doloridos y las articulaciones agarrotadas, llegó a Albuquerque a las once y veinte de la noche, casi dieciséis horas después de haber visto a Travis alejarse en su poni. Encontró un motel que podría haber sido valorado con dos estrellas por un crítico generoso, pagó en efectivo, firmó el registro con el nombre del permiso de conducir que mostraba una foto suya con una larga melena caoba y ojos verdes, y no solicitó que la llamaran al día siguiente para despertarla.

Tenía una botella medio vacía de vodka y compró una Coca-Cola en la máquina expendedora. Después de ducharse, se sentó en la cama con una copa y le dio varias vueltas a dos objetos en la palma de la mano derecha: el camafeo que había encontrado su hijo y le había dado como amuleto y la alianza que el camionero, Foster Oswald, le había advertido que se quitara.

La banda ancha del anillo de oro estaba grabada, por deseo expreso de Nick, con las palabras que él había elegido y que ocupaban dos líneas rellenas con esmalte negro: «Eres mi principio / y mi fin».

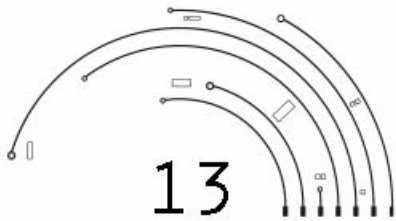
Él pensaba que disfrutarían de una larga vida juntos y de otra vida en el más allá. Tan solo seis años después, él había muerto, preseleccionado por un modelo informático para su exterminio.

En algún momento en el siglo undécimo, los jefes de los indios anasazis pensaron perpetuar su poder enfrentando a un pueblo contra otro, identificando a los marginados sociales para ejecutarlos y comérselos. El reinado de terror llegó a ser tan grande y duradero que las familias construían casas en acantilados de hasta doscientos metros por encima del nivel del suelo, unas viviendas en las que pudieran defenderse del peligro.

¿Qué había cambiado mil años después? Hoy en día, el terror podía administrarse con mayor eficacia que en aquel entonces, los objetivos se elegían aplicando análisis de metadatos. Las armas con las que las élites sedientas de poder podían imponer sus reglas eran mucho más efectivas que los cuchillos y las porras de la antigüedad. Y un milenio después de los anasazis, nadie podía escapar simplemente construyendo una casa en el borde de un acantilado.

Jane se sirvió otra copa.

Más tarde, antes de dormir, se puso la alianza en el dedo. Aunque no se atreviera a llevarla en público, podía seguir haciéndolo en privado. Y si ella ya no podía tener a Nick en este mundo de traición y violencia, tenía que haber una vida en el más allá. Tenía que haberla.



El lunes, el sheriff Luther Tillman cogería un vuelo directo de dos horas desde Minneapolis a Louisville, en Kentucky, y conduciría en coche de alquiler hasta Iron Furnace, donde algo importante parecía haberle ocurrido a Cora Gundersun que pudo haberla llevado a su mayor acto de locura, aunque él no imaginara de qué se trataba.

Tras el almuerzo del domingo, se sentó en el ordenador de su despacho en casa para tratar de averiguar algo más sobre la conferencia a la que Cora había sido invitada, con todos los gastos pagados. Hazel Syvertsen había recordado que el patrocinador era la Seedling Foundation, pero resultó ser el Seedling Fund, una organización benéfica con una importante dotación, fundada y financiada por un rico empresario, el señor T. Quinn Eubanks, de Traverse City, en Michigan.

Al buscar Eubanks en Google salieron un montón de enlaces —y descubrió que se había suicidado el pasado octubre, dos meses después de la conferencia en el complejo del llago Iron Furnace—. Dejó su casa en Grand Traverse Bay, condujo hasta Old Mission Peninsula, y luego aparcó cerca de un cerezal —la mayor concentración de esos árboles en Estados Unidos—, se subió a una silla plegable, ató una cuerda corta a una robusta rama, le hizo un nudo, se la puso alrededor del cuello y le dio una patada a la silla que lo sostenía.

Tanto la mujer como sus socios parecieron muy sorprendidos y desconcertados por el suicidio. No había estado enfermo, nunca estuvo deprimido y tenía muchos motivos para vivir. Un miembro de la junta directiva del Seedling Fund, el multimillonario David James Michael, entonó un emotivo panegírico durante el funeral, en el que anunció que donaría diez millones de dólares al fondo en honor de T. Quinn.

Mediante el Seedling Fund, Eubanks había sido el patrocinador principal de la conferencia sobre técnicas para enseñar a niños con necesidades especiales. De acuerdo con la página web del fondo, también se había alojado en el complejo de cinco estrellas en Iron Furnace durante los cuatro días.

Acostumbrado a este tipo de extraños patrones durante sus años de labor policial, Luther pensó que resultaba curioso que dos asistentes se suicidaran en un intervalo de cinco meses. Se preguntó si habría habido un tercer suicidio o muerte violenta, o alguna muerte accidental sospechosa, entre el resto de los que habían asistido al acto.

La página web no ofrecía una lista de quiénes eran los invitados, solo proporcionaba una breve explicación del objetivo de la conferencia. Curioso. Una fundación benéfica con una misión solía promocionar sus metas y actividades en cada oportunidad que se le presentaba, por una cuestión de orgullo y para promover sus objetivos. De hecho, los otros proyectos del fondo aparecían mucho más detallados.

Hazel Syvertsen había recordado que los invitados al complejo del lago Iron Furnace habían sido galardonados, en un momento u otro, con el premio «maestro del año» en sus correspondientes ciudades o estados. En las últimas dos décadas, cientos de profesores habrían recibido ese honor en toda la nación, pero cuando Luther buscó alguna conexión entre los sintagmas «maestro del año» y «lago Iron Furnace» no encontró nada.

Primero pensó que había sido un error de Hazel. Pero dos horas más tarde, tras haber usado todas las cadenas de búsqueda que se le ocurrieron, había sido incapaz de averiguar un solo nombre de entre los asistentes a la conferencia, además del de T. Quinn Eubanks. Ni siquiera encontró el nombre de Cora. Prácticamente, era como si el acto no hubiera tenido lugar. O como si se hubiera celebrado..., pero hubiera sucedido algo durante esos cuatro días que inquietara y avergonzara a la gente del Seedling Fund, hasta tal punto que habían deseado minimizar las referencias a todo el asunto.

Tras haber encontrado el nombre de la directora principal del fondo —Lisa Toska— y su número de teléfono, el primer impulso que tuvo fue llamarla por la mañana, antes de embarcar a primera hora de la tarde hacia Louisville.

Pero esa noche, después de cenar, salió afuera y se quedó parado en los escalones del patio trasero, sin abrigo, mirando el cielo y «escuchando las estrellas», como decía Rebecca. A veces, como en ese momento, cuando se paraba ahí preocupado por algún caso, no estaba seguro de qué perturbaba su subconsciente. Al final, las estrellas debieron de haberle hablado, porque se dio cuenta de que no debía llamar a Lisa Toska, por si acaso se enteraba Booth Hendrickson.

El agente del Departamento de Justicia le había entregado un discurso —plagado de tópicos y bobadas— para que lo leyera ante las cámaras de televisión, como si el incidente en el hotel Veblen fuera una función de colegio y Luther, un niño que necesitara estudiarse sus pocas líneas para enorgullecer a sus padres, representando el papel de figurante. Como si los temores del público ante otro asesinato en masa pudieran aplacarse con el mensaje adecuado, con consuelos absurdos y simples palabras.

Pero ninguno de los tópicos era aplicable en esa ocasión. Esa atrocidad no había sido perpetrada por un pistolero solitario, ni tampoco se trataba de un acto de violencia laboral o de venganza por alguna injusticia social, lo que todo el mundo se habría sentido impelido a comprender o incluso a aprobar.

Para calmar al público, Hendrickson y otros mediadores políticos tendrían que ser más

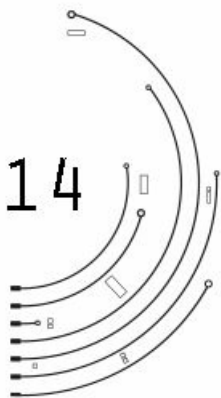
creativos que de costumbre. Para cuando hubieran terminado con Cora, la habrían convertido en una extraña forastera solitaria, una hábil sociópata capaz de hacerse pasar por una cariñosa profesora de colegio que en secreto coleccionaba recuerdos de Hitler, se mutilaba con agujas y cuchillas, se bebía su propia orina como si fuera una saludable panacea y, probablemente, abusaba de los niños con necesidades especiales que estaban a su cargo. Una chiflada más. Nada que ver aquí. Que todo el mundo circule.

Por eso incendiaron su casa: para borrar las pruebas de la verdadera vida privada de Cora, para convertirla en un lienzo en blanco sobre el que pudieran pintar lo que desearan.

La verdad sobre el descenso de Cora hacia la locura y a los infiernos estaba siendo ocultada. Por lo tanto, debía de tratarse de una verdad fea, pero también de una bola de demolición, enorme y terrible, que, si alguna vez se hacía pública, acabaría derribando a Booth Hendrickson y a todos aquellos que lo contrataron.

Ahora Luther comprendía por qué no podía llamar a Lisa Toska, del Seedling Fund. Sabía que debía ir a Iron Furnace como un ciudadano cualquiera y de forma discreta. Dejó de mirar simplemente las estrellas y empezó a buscar las constelaciones para consolarse con el hecho de que la inmensidad que había por encima de él siguiera como siempre había estado, inconsciente del caos que reinaba aquí abajo.

Quizá la preocupación y el cansancio lo hubieran aturdido, ya que no encontraba Casiopea o Pegaso, el León Menor, el Lince o Hércules, como si el universo tal y como era justo la noche anterior hubiera cambiado con el último ocaso. Los cúmulos de estrellas ya no componían formas y símbolos. La frialdad de este nuevo firmamento trajo consigo un profundo escalofrío en mitad de la noche y, aunque se dijo a sí mismo que la incapacidad de distinguir las antiguas constelaciones era una consecuencia de la preocupación y el cansancio, entró temblando en la casa, donde las cosas seguirían igual, en el refugio de una familiaridad consoladora.



A las siete de la mañana del domingo, mientras tomaba unos sándwiches de huevo que había comprado en una cafetería y abandonaba Albuquerque sin ningún respeto por los límites de velocidad, Jane escogió Antoine Domino —el gran Fats— como compañía. Fats era pianista, pero su padre lo habría despreciado. Se dirigió a Amarillo y luego hacia la ciudad de Oklahoma, ochocientos noventa y cuatro kilómetros en ocho horas.

Condujo durante tres horas más, una atravesando una tormenta en que caían gruesas gotas blancas como perlas, rayos como llamaradas cruzaban un cielo invisible y los árboles se inclinaban con el viento. De alguna forma, la música apropiada era Rajmáninov y sus *Variaciones sobre un tema de Corelli*.

Eran las seis y cinco de la tarde cuando hizo una parada en Fort Smith, en Arkansas, con la intención de ponerse en marcha antes del amanecer, manteniéndose en el límite de velocidad en el territorio más densamente poblado, con mayor control policial, para poder llegar a Bowling Green, en Kentucky, en doce horas. Así pues, el martes solo estaría a dos horas de Iron Furnace.

Volvió a cenar comida rápida en una habitación de motel.

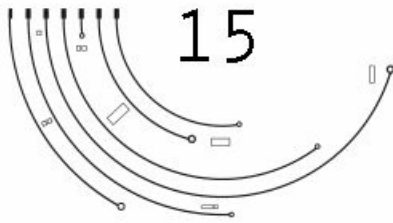
Después de darse una ducha, se sentó en la cama con un vodka con Coca-Cola.

Bajo la tenue luz de la lámpara, todos los muebles y cuadros baratos que había en las paredes parecían idénticos a los de la habitación de Albuquerque, idénticos a los de todas las habitaciones en las que había pernoctado sola, registrada con nombres que no eran suyos. Cuanto más lejos viajaba, más parecía dirigirse a ninguna parte, como si las carreteras y los diferentes paisajes fueran ilusiones. Los encuentros violentos, meros episodios de algún drama de realidad virtual en el que hubiera quedado atrapada.

Apagó la lamparita y se sentó en la oscuridad, apoyada sobre las almohadas. A pesar de ser una pianista experta, había abandonado su carrera de artista, pero, a veces, la música sonaba en su

mente con tanta claridad como si proviniese de una radio. Ahora estaba escuchando *The Sound of Silence*, de Simon y Garfunkel, y cantó en voz baja: «*Hello, darkness, my old friend*». Pero no era la oscuridad lo que había convocado el recuerdo de esa canción. Le vino a la mente porque, tanto la letra como la melodía, hablaba del mundo tal como ella lo conocía ahora; basado en la alienación, la opresión, la soledad y el apocalipsis.

Se quedó dormida y, más tarde, se despertó en unas condiciones que solo se permitía cuando dormía. No sabía a ciencia cierta si había soñado que encontraba a su madre o a Nick muerto tras un presunto suicidio. Tal vez encontrara a los dos, como lo había hecho otras veces antes. Lo único que recordaba era un sueño lleno de sangre y angustia. Mientras dormía, se permitía llorar, y ahora tenía el rostro bañado en lágrimas. Pero estando despierta, las lágrimas eran una debilidad, una invitación para los malvados que se alimentaban de ellas, así que se puso de costado, encogió las piernas en posición fetal y volvió a los sueños, donde se hallaba a salvo cuando necesitaba el desahogo que le procuraban las lágrimas.



Como agente del orden, Luther Tillman sentía aversión por la clase de especulaciones que conducían al sentimentalismo y al sensacionalismo, que convertían las rarezas de un caso corriente en un sórdido melodrama lleno de conspiraciones, mediante la creación de grotescos villanos. En las actuales circunstancias, sin embargo, tal vez no fuera necesaria una gota para colmar el vaso de dicha aversión. Quizá solo bastara una mota de polvo para hacerlo, como su incapacidad para identificar las más que conocidas constelaciones en el cielo nocturno. Pero, fuera cual fuera la causa, algo había llevado al límite a Luther Tillman después de la cena del domingo.

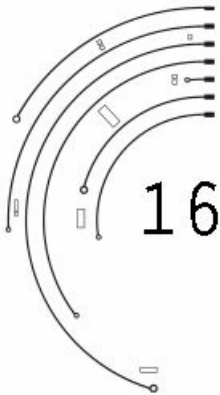
Debido a que el lunes no tendría tiempo de comprar teléfonos desechables, cometió un acto de alteración de pruebas del que habría sido incapaz un día antes. Condujo hasta la comisaría, entró en la sala de pruebas solo y cogió dos teléfonos desechables de una bolsa que contenía doce teléfonos desactivados, confiscados en una redada de metanfetamina que aún no había llegado a juicio. Como prueba, diez teléfonos servían tan bien como doce, ¿no? Habría discrepancias en los registros de pruebas, pero esas cosas ocurrían a veces.

De vuelta en casa, hizo las llamadas necesarias para activar los dos teléfonos y le dio uno a Rebecca.

—Mientras esté en Kentucky, mantenlo cargado y encendido. Si necesito llamarte, no quiero usar ni tu iPhone ni el mío, y no quiero llamar al teléfono fijo de casa.

—¿No crees que te estás dejando llevar demasiado por la paranoia con esta historia de Cora?
—dijo Rebecca con el ceño fruncido.

—Te aseguro que no —respondió él.



Las nubes bordeaban la luna. El lago se oscureció de orilla a orilla, y en el agua reinaba un silencio que ni siquiera los insectos del atardecer perturbaban ahora, tras la medianoche.

De día no había escapatoria posible, Harley lo había intentado varias veces.

Era imposible atravesar el bosque de noche, una linterna los atraería —fueran quienes fueran o fueran lo que fueran— como la luz de una terraza a las polillas. El bosque era un laberinto de robles blancos, arces azucareros, nogales negros y cornejos, pero no para ellos, los impostores. Atravesaban la naturaleza como si ellos mismos hubieran plantado cada uno de esos árboles, según algún plan maestro que habían memorizado.

Harley Higgins, que había celebrado su decimocuarto cumpleaños unas horas antes, caminaba con sigilo por la orilla, evitando la arena para no dejar huellas.

Cruzó el terreno del complejo del lago Iron Furnace y se dirigió hacia el pequeño muelle. Durante el día, el conjunto de instalaciones alquilaba lanchas motoras Duffy, botes de remos y bicicletas acuáticas, con las que los turistas podían pedalear a lo largo de la pintoresca orilla. A las dos de la mañana, no había personal que se ocupara del lugar, y además este se hallaba a una distancia prudencial del hotel.

Una Duffy era la forma más rápida de cruzar el lago. Estaban equipadas con motores eléctricos, así que el ruido no atraería a los impostores hasta él. Pero, para ello, necesitaba las llaves que había en la oficina cerrada del muelle.

Los botes de remos estaban amarrados al atracadero, con un par de remos afrenillados en cada uno de ellos. Se sentó en el muelle, enganchó con el pie la regala de un bote para atraerlo hacia sí y se subió con gran sigilo. Entonces, la embarcación chocó contra los pilotes con un ruido sordo que habría atraído la atención si alguien hubiera estado cerca para oírlo.

De rodillas sobre la bancada, usó un remo para apartarse del embarcadero y el bote se internó en el lago, sin que se escuchara el más mínimo sonido, salvo el burbujeo de las aguas a su alrededor.

Harley se sentó en medio del bote, sobre la bancada, mirando hacia proa, y usó el remo como si llevara una góndola, impulsándose contra el fondo del lago para alejar lentamente el bote de los embarcaderos y guiarlo hacia el norte, con la intención de cruzar hasta la otra orilla del lago.

Cuando el agua se hizo demasiado profunda para impulsar el bote, tuvo que volverse hacia popa, arriesgarse a enganchar los remos en los escálamos y remar de la forma convencional. Los escálamos estaban bien lubricados, pero crujían suavemente cuando giraban, así que dejó que el bote se deslizara tanto como lo haría en cada brazada, para evitar hacer demasiado ruido cerca de la orilla.

El lago no le asustaba. No contenía nada peligroso. Pero incluso en caso de haber albergado tiburones y caimanes, lo habría atravesado a nado para escapar si no hubiera habido botes.

Durante unas semanas se había comportado muy bien, como si se hubiera resignado a esa nueva vida. Dejó de discutir con los adultos, dejó de intentar organizar una rebelión entre los niños. Incluso fingió disfrutar de su cumpleaños, del helado y de la tarta, como si esa celebración sin regalos no fuera una simple farsa.

Dejó de quejarse por estar preso. Ellos no lo llamaban prisión, por supuesto, lo llamaban colegio, aunque nadie intentara enseñarle nada y no tuviera esperanzas de aprender nada. No había clases, ni libros ni lecciones. Él y los otros siete niños tenían permitido ver la televisión y jugar a videojuegos, cualquier cosa que quisieran para divertirse y entretenerse. Sin embargo, tenían prohibido interactuar con nadie que no fuera de la ciudad.

Los impostores fingían que cuanto le hacían a él y a los demás niños era normal, tal como había sido durante generaciones. Incluso parecían creerse sus palabras, aunque todo fuera un montón de chorradas. Lo habían apresado hacía diez meses, en mayo del año anterior, justo dos meses después del decimotercer cumpleaños de Harley. ¿De verdad creían que no recordaba lo que había sido su vida hasta entonces, cuando era libre de ir en bicicleta a la ciudad, cuando recorría diecisiete kilómetros en bus para ir a un colegio de veras en la capital del condado?

El suave alumbrado del complejo se fue alejando poco a poco hacia el sur. Cuando miró en dirección a la izquierda, las luces de la ciudad brillaban débilmente a seis kilómetros de distancia. La orilla oeste estaba más alejada, y aunque hubiera muchas casas bordeándola ahora se hallaban a oscuras.

La mayor parte del flanco norte del lago, hacia donde él se dirigía, se mantenía en su estado natural. Pretendía llegar allí con el bote y recorrer la arboleda hasta un prado, que le proporcionaría un acceso fácil a la carretera de Lakeview. Después, Lakeview lo conduciría hasta

la autopista del condado. Quizás, una vez allí, pudiera parar un camión y convencer al conductor de que lo llevara a la oficina del sheriff del condado o incluso a la policía estatal.

Los camioneros eran buenas personas. Trabajaban duro y se podía confiar en ellos. Eso es lo que siempre decía el tío de Harley, Virgil Higgins, antes de que dejara de ser el tío Virgil y fuera reemplazado por un impostor. Ya nadie debía creer nada de lo que dijera el hombre.

Harley no sabía si podría convencer a la policía de que los habitantes de Iron Furnace habían cambiado, que ya no eran los de antes. Pero estaba seguro de que podría despertar las suficientes sospechas en ellos como para preguntarse por qué a todos los niños menores de dieciséis años de la ciudad —ocho en total— se los había sacado de los colegios públicos el mismo día para luego asistir a un colegio privado. Cuando los policías investigaran y vieran lo que los impostores llamaban colegio, descubrirían de inmediato que en realidad se trataba de una prisión.

Tras haber recorrido solo un tercio del camino hasta la orilla opuesta, Harley empezó a remar más rápido y con mayor fuerza, sin preocuparse del ruido que hacía, a pesar de que el agua fuera un buen conductor del sonido.

Al final, a pesar de estar en forma, empezó a cansarse. Los brazos le pesaban como si fueran piedras y las vértebras del cuello no eran más que una maraña de nervios sobrecargados por el esfuerzo.

El lago parecía más grande de noche que durante el día. Ni siquiera sin luna podría haberse desorientado, porque las luces del complejo señalaban la orilla sur y las de la ciudad indicaban el este. Se dijo a sí mismo que no se preocupara y que siguiera remando, pero remó y estuvo preocupado hasta que la proa encalló.

Sacó los remos y abandonó el bote, saltando sobre las aguas hasta la orilla norte. Ahí, la playa era de guijarros en lugar de arena, las piedrecitas chasquearon bajo sus pies. Las zapatillas de deporte empapadas chapoteaban mientras corría hacia el este por la blanquecina playa, con el agua rompiendo a su derecha y una muralla de árboles a su izquierda.

Aunque la orilla sur y el propio lago estuvieran despejados, ahí una leve neblina cubría los árboles y parecía emerger de las piedras. El aire húmedo se espesaba con el olor del bosque.

Llegó a un prado inclinado y giró hacia el norte. Caminó a través de la hierba silvestre y el ligero olor a dulce podrido de las mandrágoras del pasado otoño, que se habían descompuesto y convertido en un rico compost.

Cuando alcanzó la cima de la pendiente, llegó a la carretera de Lakeview. Al otro lado de la calzada lo esperaban tres vehículos, incluido el Range Rover de su padre. Cinco hombres habían ido a por él. Eran oscuras figuras en una inmensa negrura, con los rostros ensombrecidos pero más pálidos que los del resto. Debido a la falta de luna o de cualquier otra luz, sus ojos no reflejaban nada, como agujeros negros en unos semblantes sin rasgos.

La carretera del condado conectaba con esta, cinco kilómetros al oeste. Con toda esa cuadrilla

contra él, Harley no tenía esperanzas de recorrer ni cien metros, menos aún cinco kilómetros.

Durante un rato, los hombres permanecieron de pie y en silencio, mientras la fina tela de niebla se tejía entre ellos en forma de lentas corrientes grises, como si no fueran del todo humanos, sino espíritus hostiles creados por la furia de la naturaleza a partir de cieno y moho, enviados a luchar contra la humanidad.

Entonces, el impostor que se llamaba a sí mismo Boyd Higgins cruzó la carretera y le puso una mano en el hombro a Harley.

—Ven con nosotros, hijo. Necesitas una buena noche de descanso.

Harley se liberó de su mano.

—No me llames hijo. Yo no soy tu hijo.

—Ha quedado tarta de cumpleaños y helado. Puedes comer un poco antes de irte a la cama.

No tuvo otra opción que cruzar la calzada hacia el Range Rover, entrar en el asiento del copiloto, ponerse el cinturón y hundirse en el asiento.

El Rover iba precedido por el Chevy Silverado y seguido por el Honda Accord, como si esos cinco hombres estuvieran escoltando a un peligroso asesino en serie tras haber intentado escaparse.

—Te odio —dijo el chico.

—No me hieres lo más mínimo al decir eso —le aseguró el falso Boyd Higgins—, porque sé que no lo sientes de verdad.

—Siento cada puñetera palabra.

—No digas palabrotas, hijo. Envenenan tu alma. Tu madre y yo te queremos. Comprendemos tu enfermedad, y siempre te querremos y estaremos a tu lado.

—No estoy enfermo.

—Es lo que llaman un trastorno de personalidad, Harley.

—Otra vez con esa gilipollez.

—Gracias a Dios, es un trastorno que podrás superar. Sabemos que ahora mismo estás mal y ojalá pudiéramos hacer algo más para facilitarte el proceso.

—O sea, que tengo algún estúpido trastorno de personalidad, ¿eh?

—Exacto.

—Entonces, ¿por qué no me lleváis a un psiquiatra o a un loquero?

—El colegio es el mejor lugar para tu tratamiento, Harley. Tienes que aceptarlo.

—No es un puñetero colegio. No hay profesores, ni clases ni lecciones.

El falso padre sonrió y asintió.

—No es un colegio como los demás. Como ya te he dicho, es un colegio que te permite esperar.

—¿Qué sentido tiene eso?

Sin dejar de sonreír, el impostor apartó una mano del volante y le dio unas palmaditas en el

hombro a Harley, como si tratara de calmar su ira.

—No nos engañas ni por un minuto —dijo Harley, exasperado por su condescendencia—. Todos los niños saben que todos vosotros sois unos impostores.

—Ya me lo has dicho varias veces. Pero es culpa de ese maldito trastorno de personalidad, Harley... Esa idea de que somos una especie de robots o extraterrestres o algo así... Pero lo superaréis con el tratamiento. No os preocupéis por eso.

—Con el tratamiento, ¿eh?

—Así es.

—No estamos recibiendo ningún puñetero tratamiento.

—No digas palabrotas, hijo. Es inapropiado.

—¿Qué mierda de tratamiento estamos recibiendo?

—No te das cuenta, pero lo entenderás en su momento.

Torcieron en la esquina noreste del lago. La ciudad se encontraba a unos kilómetros más adelante.

—No me das miedo —dijo Harley.

—Eso es bueno, hijo. No hay razón para tener miedo. Nadie te ha levantado la mano y nunca lo hará.

El padre falso era idéntico a Boyd Higgins. Sonaba como Boyd Higgins. Pero el verdadero Boyd Higgins nunca le había mentido a Harley ni le había tratado con condescendencia, y este tipo no era sino un mentiroso paternalista de mierda.

—Eres un mentiroso de mierda.

El impostor sonrió y negó con la cabeza.

—Piensas eso por culpa de tu enfermedad, pero se te pasará cuando te cures.

—Si de verdad fueras mi padre, como aseguras, me castigarías por decir algo así.

—Bueno, si hubieras perdido las piernas, hijo, no te castigaría solo porque no pudieras caminar. Y, sin duda, no te castigaría por tu enfermedad.

El cortejo de vehículos cruzó la población.

Para ser una ciudad tan pequeña, Iron Furnace poseía un gran número de tiendas de recuerdos, museos y restaurantes, todo muy pintoresco, situadas a lo largo de la amplia calle principal, con aceras de ladrillo y antiguas farolas. Además de los cerca de doscientos turistas ricos que se hospedaban en el complejo de cinco estrellas, que siempre estaba completo, Iron Furnace prosperaba por ser un destino turístico para los habitantes de Nashville, Louisville o Lexington, que iban a pasar el día.

Los grandes cedros de Oregón, de follaje verde azulado, lucían alineados a ambos lados de la calle. Estaban decorados durante todo el año con miles de lucecitas, por lo que la Cámara de Comercio solía llamarla «la ciudad donde siempre es Navidad».

Había sido un fantástico lugar donde crecer, sobre todo si tu madre y tu padre eran los propietarios del Higgin's Haven, una combinación de bocatería y heladería. Pero ya no era la ciudad de Harley. Tenía prohibido pasear por las calles. Los viejos edificios y los negocios, que a esa hora permanecían cerrados, mostraban el mismo aspecto de siempre, pero lo que en el pasado le había parecido acogedor, e incluso mágico, ahora se le antojaba siniestro.

Salieron de la ciudad y doblaron hacia el oeste por la carretera de Lakeview. Tres kilómetros más adelante se alzaba el complejo en todo su esplendor.

—Dime otra vez por qué dices que tengo que estar en este colegio.

—Está bien, aunque te lo he dicho cientos de veces, no me importa repetírtelo de nuevo si eso te ayuda. Estás en este colegio porque esa enfermedad que tienes debe curarse con el tiempo. No se puede hacer nada, salvo esperar a que esa maldita cosa desaparezca.

—Hasta que cumpla los dieciséis.

—Exacto.

—Mientras tanto, estaré preso.

—Mira, Harley, deja de torturarme de esa forma. Sabes que no es una prisión. Tienes todo lo que deseas, además de buena comida, aire fresco y los mejores cuidados.

Harley quería gritar. Solo gritar, gritar y gritar, hasta agotarse. Sabía que no estaba loco, pero los verdaderos enfermos mentales gritaban así en los manicomios, ¿verdad?

—He estado leyendo un libro sobre trastornos de personalidad —dijo, en lugar de gritar.

—Bien hecho. Conócete a ti mismo, eso es lo que dicen.

—Me gustaría leer otro libro sobre el tema.

—Entonces, lo tendrás, hijo. Te hemos conseguido todos los libros que nos has pedido. Ya sabes que te animamos a leer todo cuanto desees. A tu madre y a mí no nos importa, incluso si es picante, cualquier cosa que te interese y te mantenga entretenido. Solo tienes que quedarte en el colegio y pasar el tiempo.

—¿Qué tipo de trastorno de personalidad se cura solo cuando cumples los dieciséis?

—Pues el que tú tienes, hijo.

—¿Cómo se llama?

El impostor se echó a reír al igual que Boyd Higgins.

—Por Dios, me he pasado la vida sirviendo bocatas y helados. Mi memoria no está hecha para recordar términos médicos impronunciables.

—¿Por qué precisamente a los dieciséis?

—Bueno, según tengo entendido, en algunos aspectos el cerebro sigue cambiando pasados los dieciséis, pero es la edad en la que está más desarrollado. Así que esa es la edad en la que estarás preparado.

—¿Preparado?

—Más preparado que nunca —confirmó el impostor.

—¿Preparado para qué?

—Pues preparado para superar la enfermedad que tienes.

—¿De la noche a la mañana?

—Según mi modesto entendimiento, así es.

—Dentro de dos años —dijo Harley cuando cruzaron la entrada del complejo.

—Desde ayer, tu verdadero cumpleaños. No te imaginas el alivio que sentiremos cuando estés curado, hijo. Cuando vuelvas a ser el que eras.

¿Volveré a ser el que era? —preguntó Harley, tras una breve vacilación.

—¿Por qué no ibas a serlo? Se trata de una enfermedad pasajera.

Condujeron en silencio en la oscuridad, más allá del complejo, y avanzaron hacia el oeste por el lago.

—Papá, ¿no te parece una locura, o al menos raro, que todos los niños de la ciudad menores de dieciséis años tengan la misma enfermedad y que todos se curen de la noche a la mañana cuando cumplen los dieciséis, y que hasta entonces tengan que estar encerrados y alejados de la gente? Mientras tanto, ¿nadie les está enseñando nada en el colegio? ¿Se supone que solo tienen que entretenerse? Cuando piensas en ello, papá, ¿acaso no te parece no solo una locura, sino también un error? —inquirió Harley.

Boyd Higgins —si es que era Boyd Higgins— frunció el ceño y observó la carretera, donde las luces de los faros se cruzaban a lo lejos, y se quedó en silencio durante medio kilómetro. Luego negó con la cabeza y sonrió.

—No necesitas aprender nada, Harley, porque lo sabrás todo cuando cumplas los dieciséis.

—¿Lo sabré todo? ¿A qué te refieres?

—Todo lo que necesites saber y nada que no necesites. Espera y verás. Todo irá bien cuando cumplas los dieciséis.

Pasados seis kilómetros y medio, el Chevy Silverado redujo la velocidad, dio media vuelta y regresó a la ciudad. El Honda Accord lo siguió.

El impostor redujo la marcha y torció a la derecha, hacia un camino de entrada que llevaba a una verja alta, flanqueada por unos muros de piedra que apenas se veían en la noche. Bajó la ventana del conductor, presionó un botón y se identificó. La verja se abrió.

—Por favor, no lo hagas —suplicó Harley.

—Estarás bien, hijo. Aquí se preocupan por ti.

—Es como si me estuviera volviendo loco.

—Pero no lo estás, hijo.

—Puede que sí.

—Te aseguro que no.

Atravesaron la verja y recorrieron el camino hasta el lugar que no era un colegio y jamás lo había sido.

Harley le había dicho a ese hombre que no le tenía miedo, y era cierto. Sin embargo, había cosas que sí temía.

Temía pasar dos años más en ese lugar.

Temía su decimosexto cumpleaños y lo que sucediera a partir de entonces.

Asimismo, temía que ese Boyd Higgins no fuera un impostor, sino que pudiera ser su padre extrañamente transformado, y que nunca volviera a ser el que fue antes.

El camino los condujo hasta la mansión. Bajo el pórtico con pilares, esperaban dos empleados —la mujer que se hacía llamar Noreen y el hombre que se hacía llamar Harvey— bañados por una luz ambarina procedente del techo artesonado.

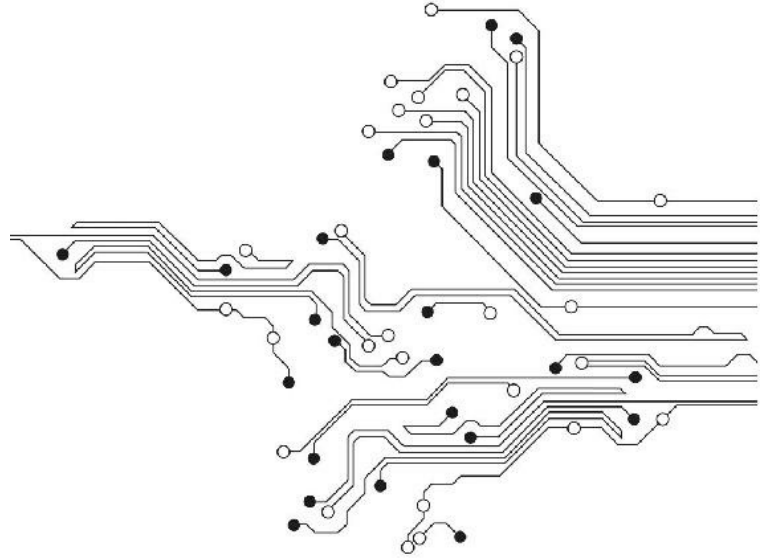
El hombre y el chico salieron del Range Rover al mismo tiempo. El hombre rodeó el vehículo y abrazó a Harley, porque Boyd Higgins siempre había sido de los que abrazaban. Besó a Harley en la frente y luego en la mejilla, como habría hecho el verdadero Boyd Higgins.

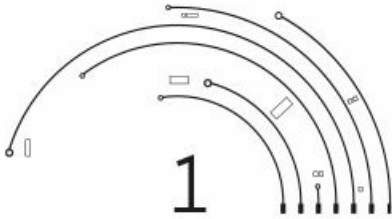
—Te quiero con todo mi corazón, hijo —dijo, porque Boyd Higgins siempre había expresado con generosidad su amor por su mujer y su hijo.

Harley miró al hombre a los ojos y vio los cálidos ojos verde azulados que le habían mostrado aprecio durante toda su vida. Aunque vio sinceridad en aquellos ojos, sinceridad y amor, también reconoció algo más: una sombra en lo más profundo. Como cuando navegaba a veces por el lago en un día soleado, se asomaba al agua y veía, al final de la luz, una forma en torsión con aletas, tan misteriosa como el mayor de los misterios del mundo, pero que se podía identificar como lo que era. Sin embargo, la sombra que adivinaba en las aguas profundas de esos ojos no era tan clara y pura como un pez en las corrientes más subterráneas del lago. Era una espiral de tormento, como si el hombre que había ante él se sintiera torturado al decir adiós y supiera, aunque solo fuera por un breve momento, que algo no iba bien. Pero, entonces, los ojos se alejaron de esas profundidades y, como poseído por algún misterioso poder demoníaco, el hombre se volvió insensible ante el sufrimiento del niño. Sonrió, se metió en el Rover y se fue, dejando a Harley con la devastadora y aterradora certeza de que, lo que lo había llevado hasta ahí, no era ni un robot ni un extraterrestre, sino tan solo lo que quedaba de un buen hombre llamado Boyd Higgins.

CUARTA PARTE

IRON FURNACE





El lunes, en el avión que salía de Minneapolis, Luther Tillman se entretuvo con uno de los gruesos cuadernos en los que Cora Gundersun escribía sus relatos de ficción. Él creía que formaba parte de su obra más reciente, porque, a diferencia de los otros, no estaba completo; había unas cien páginas vacías.

Una vez más, quedó cautivado por su prosa. Sin embargo, hacia medio libro, encontró dos páginas con el mismo contenido del diario que él y Rob Stassen habían encontrado en la mesa de la cocina de la mujer. Una obsesiva repetición de frases que poco a poco formaban un texto sobre una araña que le dejaba huevos dentro del cráneo.

Esa repetición era diferente. Una escritura tan meticulosa garantizaba alguna interpretación, pero como el avión estaba llegando a Louisville, dejó el análisis para más tarde.

Después de alquilar un Chevrolet, Luther condujo durante dos horas hasta Mourning Dove, en Kentucky, a catorce kilómetros de Iron Furnace. Cogió una habitación en el Mourning Dove Inn, que tenía de hotel lo mismo que una montaña rusa; no era más que un motel familiar.

Iron Furnace ofrecía mejores moteles. Pero, probablemente, el nombre de Luther llamara más la atención de Booth Hendrickson y el Departamento de Justicia de Estados Unidos si aparecía en el registro de un motel en la ciudad en que Cora Gundersun había asistido a una conferencia con propósitos sospechosos.

Para su primera visita a Iron Furnace, Luther se puso unos pantalones grises, una camiseta gris y una chaqueta negra, con la esperanza de que fueran unas ropas adecuadas para ir más tarde al restaurante del complejo.

La fundición del mineral de hierro requería un gran suministro de agua y la ciudad había estado prosperando en torno a 1830, pero la industria fue hundiéndose con el cambio de siglo. El alto horno había desaparecido hacía mucho tiempo. En su lugar, Luther encontró un pueblo encantador con una columnata que se extendía cuatro bloques de preciosas coníferas, algo llamado cedros de Oregón, con un bonito follaje aromático, todo lo contrario a los árboles de Minnesota.

Durante una hora y media, antes de que las tiendas y los museos empezaran a cerrar, deambuló por ellos, charlando con los dependientes y los propietarios, que eran incansablemente

agradables. Si alguien le preguntaba, él era Martin Moses, de Atlanta, socio de una empresa de organización de actos.

A las seis de la tarde, condujo hasta el famoso complejo, donde fue recibido por un aparcacoches que llevaba una chaqueta con hombreras y puños dorados, y una gorra con trenzas doradas en la visera. El coche de alquiler fue recibido con el mismo entusiasmo que si fuera un Rolls-Royce.

El edificio de tres plantas, inspirado en la arquitectura de Frank Lloyd Wright, parecía inmenso: largas líneas rectas, tejados de pizarra ligeramente inclinados con grandes cornisas, plataformas voladizas y unas dramáticas paredes de piedra, rebajadas con un enyesado beis. Las vidrieras de las ventanas eran, en su mayoría, de vidrio transparente, decoradas con motivos geométricos de colores en los bordes.

Con la llegada del atardecer las ventanas brillaban con una luz cálida —casi mística— como si ahí los invitados mortales pudieran mezclarse con los dioses y semidioses de antiguas civilizaciones, que se habían dignado a descender de sus panteones.

El interior superaba las expectativas, desde los simples pero llamativos detalles decorativos, como los techos satinados de cedro, hasta los luminosos suelos de cuarzo blanco bordeados de granito negro.

El personal del restaurante llevaba esmóquines. Las velas, en copas de cristal de Baccarat, proyectaban prismas en los cubiertos de plata. Los ramos de amarilis escarlatas, en jarrones con forma de cuenco, parecían temblar bajo la vibrante luz de las velas.

La comida estaba deliciosa, sin el más mínimo fallo; el servicio impecable y el camarero amable. Cuando Luther dijo que quería pagar en efectivo, nadie le dio a entender de ninguna manera que eso fuera una torpeza en estos tiempos del plástico oro y platino.

Como el aparcacoches no estaba ocupado, charló con Luther unos minutos antes de traer de vuelta el coche alquilado. Era culto y extremadamente versado en la historia de la ciudad.

Catorce kilómetros después, de vuelta en el nada glamuroso Mourning Dove Inn, Luther colgó su chaqueta en el armario y usó el baño.

—¿Qué puñetas ha sido todo eso? —dijo, mirándose al espejo, mientras se enjuagaba las manos en el lavabo.

Se sentó en el sillón, mirando un televisor que no se molestó en encender, pensando en la ciudad y en el complejo que compartían nombre. Los había visitado no como haría un turista, sino más bien un policía en una escena del crimen.

No había tendidos eléctricos ni postes de teléfono. Los cables estaban bajo tierra, algo poco común en un pueblo de una zona rural. Sin duda, deseosos de convertirlo en un escenario pintoresco para los turistas, los habitantes debían de haber aceptado invertir dinero en embellecer el lugar.

Las calles estaban immaculadas. Si algún turista tiraba un envoltorio de chicle, debía de haber alguien pegado a sus talones para recogerle la basura. Las aceras se encontraban tan limpias como si hubieran pasado por ellas la aspiradora. En las alcantarillas solo había agujas de los árboles coníferos, y no demasiadas.

Cualquiera diría que los propietarios de los pintorescos edificios habían contratado diligentes duendes para su mantenimiento. El enmaderado parecía recién pintado. Generalmente, el tiempo y el clima desgastaban las juntas entre los ladrillos y las piedras, pero no en Iron Furnace. No había grafitis, ni una ventana sucia o algún cristal roto. Las tiendas y los museos exponían los productos de una forma tan ordenada que a todos los propietarios y empleados de los negocios podrían haberles diagnosticado un trastorno obsesivo compulsivo.

La gente que había conocido era tan normal —parecían sacados de la televisión de los años cincuenta— que resultaba profundamente anormal en esta era. Todos bien vestidos, con gusto pero sin extravagancias, educados y correctos.

No importaba cuán efectiva fuera la formación de un empresario, uno siempre encontraba alguna dependienta distraída por asuntos personales o impaciente por cualquier motivo, un director de museo un poco arrogante, un recepcionista malhumorado, un camarero con malos modos... Pero no en Iron Furnace. Todo el mundo era eficiente, atento, conocedor del producto que vendía y ninguno parecía insatisfecho con su trabajo.

La conducta agradable era tan universal e inalterable en Iron Furnace que su intuición de policía le dijo a Luther que no solo alguien debía de estar escondiendo algo, sino que todos ellos debían de estar haciéndolo.

Lo cual era absurdo, paranoico.

¿Seiscientos habitantes? ¿Seiscientas personas escondiendo un secreto? Imposible. Y, de todas formas, ¿cuál sería el secreto? ¿Que cada uno de ellos sin falta consumía alguna clase de droga de la felicidad?

Otro detalle lo intrigaba. A pesar de lo agradables que habían sido todos, no había visto ninguna alegría en ellos, ningún brillo de placer en sus ojos. En lugar de felicidad, esa gente parecía vivir en un estado de insulsa satisfacción. En esos tiempos difíciles, puede que la satisfacción fuera suficiente; sin embargo, que estuviera generalizada le resultaba cuando menos peculiar.

Había explorado las calles secundarias, donde las casas estaban tan bien mantenidas como los negocios de Lakeview Road. Toda la ciudad podría ser un plató de cine. Si abriera la puerta de una de esas viviendas, ¿acaso encontraría solo una cáscara vacía? ¿Sin habitaciones ni muebles?

—Estás perdiendo la cordura —se advirtió a sí mismo.

Pero..., otra rareza. Había visto turistas con sus móviles, enviando mensajes y jugando a juegos... Pero no había visto hacerlo a ningún empleado o propietario, tanto fuera como dentro

del trabajo, a nadie que pareciera un habitante de Iron Furnace. En una sociedad obsesionada con la tecnología, por mantener un continuo contacto a través de las redes sociales, si algo confirmaba un comportamiento extraterrestre en esas personas era la ausencia absoluta de móviles.

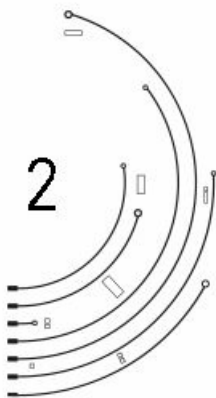
Luther no había esperado necesitar una pistola y seguía pensando que no la necesitaría.

Sin embargo, contando con la consideración especial que se les concedía a los altos cargos de la policía cuando llevaban armas ocultas en otra jurisdicción que no fuera la suya, había guardado en su maleta una Springfield Armory Super Tuned Champion del calibre 45. Además de una pistolera y dos cargadores llenos.

Sacó la pistola que no esperaba necesitar y le puso un cargador.

Volvió a sentarse en el sillón, esta vez con uno de los cuadernos de Cora. Regresó a las dos páginas de oraciones y fragmentos repetitivos que había descubierto cuando llegaba en su vuelo procedente de Minneapolis.

Mientras analizaba las palabras, echaba un vistazo de vez en cuando a la pistola que descansaba sobre la mesa, junto a la silla. Se alegraba de haberla llevado consigo.



Ese lunes, Harley Higgins no se acostó hasta que fueron las 5:20. Seguía tan afectado por la angustia y el miedo que, a pesar de todo su cansancio, no podía conciliar el sueño. Aunque sus padres no estuvieran muertos, sino en alguna clase de estado inconsciente que los obligaba a vivir dirigidos por alguien o algo. Si no había forma de deshacer lo que fuera que les hubieran hecho, habría preferido ser huérfano, ya que entonces los habría perdido para siempre.

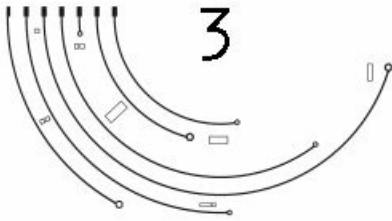
Dentro de dos años, cuando él estuviera como ellos, podrían volver a vivir en su casa, pero no sería el verdadero Harley y sus vidas no serían más que la sombra de lo que podrían haber sido. No serían muertos vivientes, porque no estarían descomponiéndose ni haciéndose pedazos y todo lo demás, pero tampoco estarían vivos de verdad. Y a juzgar por las pruebas disponibles, no serían conscientes de que habían cambiado, que era lo peor de todo.

Sus secuestradores debían de haberse dado cuenta de que no conseguía dormir, porque Noreen vino a las 6:30 con «un pequeño desayuno especial», que consistía en un dulce con forma de garras de oso, otro de canela y nueces, y un vaso de leche helada. Insistió en que la leche le ayudaría a dormir. Probablemente le hubieran echado un sedante. A Harley le daba igual. No le apetecían los dulces, pero se bebió la leche.

Soñó con una ciudad en la que no parecía vivir nadie: con torres de oficinas abandonadas y edificios de apartamentos sin inquilinos, grandes avenidas desiertas, coches vacíos detenidos en las calles y el silencio de la muerte envolviéndolo todo. Pero la gente que no parecía estar allí, aún podía verse reflejada en las ventanas de las tiendas al pasar, en las fachadas de acero pulido de los comercios modernos, en la superficie de un estanque en el parque. Los espejos atestiguaban su presencia, pero las personas que proyectaban esas imágenes no eran visibles. Harley se miró en el espejo del vestíbulo de un hotel; pero, aunque podía ver su reflejo, cuando bajó la mirada para observar su cuerpo, vio que era invisible. Cuando comprendió que solo vivía en el espejo, que ya

no podría tocar el mundo o ser tocado por él, reducido a vivir en el delgado plano que había entre el cristal y su soporte de azogue, gritó con desesperación. Pero su grito no produjo ningún sonido, al igual que las esperanzas de los muertos o los deseos de los no natos.

Diez horas después de haberse bebido la leche, a las 16:30 de ese lunes, Harley se despertó y se incorporó. Apartó las sábanas de la cama, salió de ella y supo que debía volver a escaparse. Debía seguir intentándolo sin importar las veces que fracasara, hasta que muriera en el intento o ellos lo encerraran.



Jane Hawk llegó a Bowling Green, en Kentucky, el lunes a las 16:54, demasiado cansada para preocuparse de que le doliera la mayor parte del cuerpo.

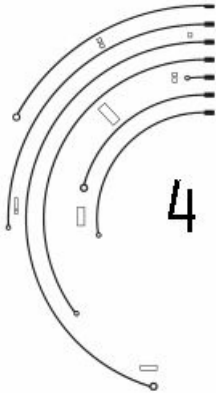
Encontró una tienda y compró dos sándwiches Reuben, pepinillos y una ensalada de patata envasada.

El motel era caro, tenía cuatro estrellas y valía cada una de ellas. Ofrecía una larga lista de canales por cable, todo un universo lleno de sentido y tonterías. Se acomodó frente al televisor para comer mientras veía sola el canal Game Show Network, tres reposiciones consecutivas de *Family Feud*, con Steve Harvey. Mientras el presentador gesticulaba y bromeaba, y las familias discutían, daba la sensación de que aún quedara algo en Estados Unidos desenfadado, burlón y apolítico que representaba tan bien el corazón de la nación, como si alguna vez hubiera sido puro, aunque ahora pudiera estar marchitándose con rapidez.

Después de darse una ducha, lavó minuciosamente su peluca en el lavabo. Se la puso y la peinó con la ayuda del secador y un cepillo. Luego se la quitó, la dejó a un lado y terminó de secarse su propio cabello, que se había cortado burdamente ella misma.

Se quitó las lentillas verdes, las enjuagó con una solución y las guardó en una cajita. Se tumbó en la cama con la Colt del 45 debajo de la almohada, sobre la cual habría descansado Nick si este hubiera sido un mundo mejor en el que él siguiera vivo.

Se quedó acostada observando un techo que no podía ver, lo oscuro invadiendo su mirada de ojos azules, y solo deseó que cuando la oscuridad la envolviera, sus sueños estuvieran a salvo de las pesadillas.



Harley recibió la cena en su cuarto a las seis en punto. Esta versión de San Quintín ofrecía servicio de habitaciones. Todos los niños tenían un dormitorio con una cama de matrimonio, una sala de estar y un baño completo. Pero cualquier lugar podía ser una prisión si los que vivían en ella no eran libres.

Durante diez meses había estado encerrado en ese lugar de locos, con esos carceleros que se hacían llamar terapeutas. A veces, la extrañeza de la situación, la soledad y el miedo le crispaban los nervios. Si en vez de eso hubiera estado atrapado en una pesadilla, al menos se habría despertado de ella.

No sabía durante cuánto tiempo más podría aguantar. Algo se estaba deshaciendo en su interior. Estaba desenmarañándose, desbloqueándose. Su mente siempre había sido un lugar brillante y atareado, pero últimamente algunas luces parecían apagarse, de modo que había momentos en los que no podía pensar con claridad ni ver lo que rodeaba esa oscuridad. Cuando eso ocurría, los sonidos del mundo se volvían ruidos sin sentido —las voces de la gente, la música, el canto de los pájaros—. Como el estruendo que provocan las ruedas sobre una montaña rusa avanzando a toda velocidad por raíles curvos. Luego necesitaba tumbarse, cerrar los ojos, acomodarse y esperar a que pasara el pánico. Siempre lo superaba, pero eso no significaba que siempre lo fuera a hacer.

Algunos niños estaban en peor estado. Las dos más jóvenes —Sally Ingram, de siete años, y Nora Rhinehart, de ocho— compartían habitación porque les daba miedo quedarse solas de noche e incluso a veces de día. Jimmy Cole, de diez años, era un chico frágil cuando aquello empezó y las pasadas Navidades había empezado a mostrarse más retraído aún. Ahora se pasaba días sin hablar.

Harley cenó junto a la ventana, con vistas al lago y al resto de los terrenos, a los que la luz de la luna les daba un aspecto siniestro. No había barrotes en las ventanas ni cerrojos en las puertas.

Los reclusos tenían permitido pasear por las dos hectáreas de terreno. Un muro de piedra de dos metros y medio rodeaba el lugar, pero se podía escalar por donde las antiguas parras tejían un entramado lleno de asideros. Algunos árboles estaban cerca del muro y sus robustas ramas pendían sobre él, lo que proporcionaba otras rutas de escape. En el extremo norte del terreno, una verja de hierro forjado daba a un embarcadero privado y era más fácil de escalar que el propio muro.

Todo el lugar tentaba a Harley con la promesa de liberarse de su encarcelamiento, pero tal promesa había demostrado ser falsa. Él no era el único que se había fugado y que no pudo quedarse fuera. Los carceleros debían de tener algún propósito psicológico para tentarlos.

Quería convencerse de que todos los miembros del personal eran despreciables y despiadadas serpientes podridas. Pero no lo eran. Más bien, parecían ser como su padre y su madre, personas corrientes que habían cambiado de alguna forma, así que eran y no eran los mismos de siempre. Seguían con su vida de antes, salvo cuando les pedían algo —incluso algo tan raro como abandonar a sus hijos— y entonces obedecían sin rechistar. Y lo peor de todo consistía en que creían estar haciendo lo correcto. Ningún miembro del personal había abusado, física o verbalmente, de los que estaban bajo su custodia y, de una manera extraña, siempre se mostraban agradables, incluso amables.

Él deseaba que fueran completos zombis, así podría haberlos matado. A veces quería matarlos de todas formas, pero sabía que cuando llegara el momento de clavar el cuchillo, sería incapaz.

Los carceleros de ahí no eran las despiadadas serpientes podridas. Las serpientes eran quienesquiera que hubieran cambiado a esas personas. Harley tenía teorías, pero parecían estúpidas. Había visto innumerables películas y programas de televisión sobre extraterrestres que invadían cuerpos y controlaban mentes, inteligencias artificiales malvadas, robots asesinos del futuro y posesiones demoníacas. Esto bien podría ser alguna de esas cosas. Pero si el verdadero futuro fuera como una película de ciencia ficción, sería demasiado estúpido. La vida era más compleja que las películas, tenía que serlo si quería ser divertida.

Además, si el futuro adoptara la forma de una trama de ciencia ficción, habría una aterradora diferencia entre la película y la vida real. En la vida real, ningún héroe famoso podría salvar el mundo de los malvados extraterrestres. Los ejércitos tampoco podrían derrotar a semejantes enemigos. Así pues, si las despiadadas serpientes no eran personas, la humanidad estaba jodida. Y Harley se convertiría en uno de ellos al cumplir los dieciséis años.

Tenía que intentar escapar otra vez. Pronto.

Supuso que debía de haber cámaras, puede que cientos; algunas evidentes, otras ocultas. Asumió que el continuo flujo de imágenes de las cámaras debía de ser analizado en tiempo real por algún software que pudiera diferenciar entre los movimientos deliberados y los efectos del

viento, así como identificar fuentes de calor humano. Cuando alguien saltaba el muro, el sistema alertaba al personal.

Salir de la propiedad no contaba como una huida, porque el personal le pisaría los talones, pero también porque todos los habitantes de Iron Furnace, mayores de dieciséis años, habían sido reemplazados por impostores o convertidos en abejas obreras sin cerebro. Las dos primeras veces que Harley se escapó fue en busca de gente conocida, pues creía que lo ayudarían. En lugar de eso, lo retuvieron hasta que el supuesto colegio pudo recogerlo y llevarlo de vuelta a su habitación.

La tercera vez pidió ayuda a unos turistas. Debieron de creer que estaba bromeando. Luego pensaron que debía de padecer alguna enfermedad mental, cosa que confirmó el personal del presunto colegio cuando apareció para llevarse consigo a su joven y perturbado paciente.

Tenía que salir de la ciudad y debía contar la historia de un modo más convincente de lo que lo había hecho con los turistas.

Fracasaba, pero también aprendía. La noche anterior, tras cruzar el lago, cuando llegó a Lakeview Road y vio al pelotón, aprendió lo más importante: debían de tener cientos de cámaras y detectores de movimientos, pero, definitivamente, le habían implantado un localizador GPS con el que pudieran encontrarlo en cualquier parte de la Tierra.

Después de que el impostor lo llevara de vuelta allí, Harley se había encerrado en el rincón del espejo de tres cuerpos de su vestidor, se había desnudado y examinado, en busca de alguna cicatriz pequeña que revelara el implante del GPS. Tal vez hubiera cámaras detrás de los espejos. Tal vez las serpientes que los controlaban a todos fueran unos perversos que disfrutaban observándolo. Pero no le importaba. Necesitaba saber si tenía un transmisor implantado quirúrgicamente que delatara su paradero. No encontró ninguna cicatriz.

Al final, se tumbó en la cama, exhausto.

Ahora, mientras se terminaba la cena, pensó en sus zapatos. Cuando se dio cuenta por primera vez de que algo les ocurría a sus padres, lo trasladaron a este lugar mientras dormía drogado. Cuando despertó, vio que le habían traído la ropa de casa, salvo sus zapatos. Los únicos zapatos que le proporcionaron fueron un par de zapatillas de deporte nuevas.

La noche anterior, después de que hubiera encallado el bote y hubiera llegado hasta la orilla chapoteando por el agua, que le llegaba hasta los tobillos, y tras haber ascendido por el prado abriéndose paso por entre la fruta descompuesta de las mandrágoras de finales de otoño, sus zapatillas no se habían estropeado, aunque necesitaran una limpieza. En vez de eso, habían puesto un par nuevo en su armario.

Nuevo. Quizá porque el localizador del antiguo par se había dañado.

Ahora llevaba las deportivas nuevas.

El baño incluía un excusado para el retrete, algo que no había visto nunca. Lo llamaban

inodoro. Si creían que tenían que esconder el retrete y darle otro nombre más bonito, probablemente no pusieran una cámara allí. Al menos, él no había sido capaz de encontrar ninguna en ese pequeño espacio.

Se encerró dentro, bajó la tapa del retrete y se quitó las zapatillas de deporte. Inspeccionó la izquierda de cabo a rabo, pero no encontró nada.

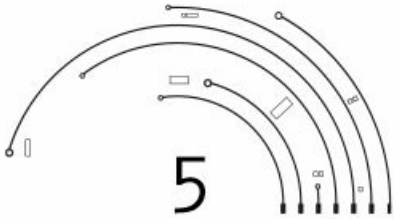
En el talón redondeado del zapato derecho, sin embargo, descubrió una marca circular de un centímetro de diámetro, como si hubieran vaciado el caucho, hubieran insertado algo dentro y luego lo hubieran vuelto a tapar con pegamento.

Con la cena, le habían llevado un cuchillo para la carne lo bastante punzante para quitar la tapa, abrir el boquete y revelar el localizador.

Había un problema. Tal vez no pudiera quitar esa cosa sin dañarla, y entonces ellos sabrían que la había encontrado.

Mientras sus celadores no supieran que el muchacho había descubierto que llevaba un localizador, tendría una ventaja.

Como había dormido la mayor parte del día, no cogió el sueño hasta las dos de la madrugada, de modo que tuvo mucho tiempo para idear un plan de huida que realizaría el martes por la noche.



El invierno se negaba a dar paso a la primavera. El tiempo cambiaba a diario y el martes llegó con más frío que el lunes debido a unas nubes piratas que abordaron el sol.

Jane llevaba su larga peluca caoba, los ojos verdes, unas gafas de pasta con lentes transparentes y se había quitado la alianza, cuyas palabras de amor comprometedoras recordaban el compromiso de Nick con ella. Llegó a Iron Furnace poco después de las once de la mañana del martes. El pueblo era encantador, con árboles de hoja perenne perfectamente alineados, que se alzaban sobre los mejores ejemplos de la arquitectura victoriana estadounidense.

Al final de la ciudad torció al oeste, hacia el complejo. El lago era un estanque liso de peltre, bajo la luz gris de un cielo lúgubre. Solo dos barcos eléctricos con toldos azules turbaban las aguas, y dejaban estelas que desaparecían casi al instante.

Pasó el complejo. Tres kilómetros más allá se encontraba la finca que era propiedad de la sociedad Apiculus, cuya enorme puerta era tan imponente como el puente levadizo de un castillo. La franqueó sin reducir la velocidad.

Un kilómetro y medio después, llegó a un mirador desierto con aparcamiento para varios coches. Salió del coche y lo cerró con llave, ya que en él tenía las maletas, la bolsa de mano y el bolso.

Llevando los prismáticos consigo, cruzó la carretera y se adentró en un bosque de pinos, primero cubierto por hierba cinta y luzula nívea, que aún no estaba en flor, y luego por helechos. El terreno ascendía por una colina que iba de este a oeste. Siguió la colina hacia el este, hasta que los pinos dieron paso a la maleza, después continuó en dirección a la ladera sur, manteniéndose por debajo de la cresta de la colina para evitar ser vista desde Lakeview Road.

Frente a la gran casa regresó a la cima de la colina y se tumbó en la hierba, donde diminutas mosquitas blancas salieron volando en busca de un lugar más tranquilo. Ajustó los prismáticos y concentró su atención en una propiedad que había más abajo, al norte de la carretera.

Tratándose del refugio secreto de un hombre con decenas de miles de millones, Jane esperaba encontrar no solo los terrenos amurallados y la imponente puerta principal que existía, sino también un puesto de control en la entrada, vigilado las veinticuatro horas por, al menos, un guardia armado. No había puesto de control. Y a la parte superior de la muralla le faltaban las

barras con punta de lanza que habrían sido tanto un motivo decorativo como un elemento disuasorio para impedir su acceso, si fueran lo suficientemente afiladas.

Tratándose de una propiedad de dos hectáreas, el camino de entrada debería haber sido más largo, no por razones estéticas, sino porque eso les habría dado a los guardias más oportunidades para detener a un intruso beligerante que hiciera explotar la puerta con un paquete de explosivos o la embistiera con un camión reforzado.

Puede que D. J. Michael hubiera rechazado el puesto de control en la puerta, los remates afilados del muro y otras defensas evidentes para no atraer la atención en exceso hacia su propiedad. En ese caso, podría haber compensado esas omisiones con una mayor vigilancia electrónica, puertas blindadas, cristales antibalas, más de una habitación antipánico y otras medidas de seguridad.

Un hombre estaba barriendo las hojas muertas en la parte del camino de acceso que se curvaba bajo el soportal. No llevaba el tradicional uniforme blanco y negro del personal de una casa de lujo ni el de jardinero. Iba de blanco de pies a cabeza, como si fuera un dentista o el celador de un hospital.

Jane enfocó las ventanas, una tras otra, y encontró lo que menos esperaba en la segunda planta, en un par de ventanales altos con bisagras, cerca de la esquina sudeste de la casa: un niño, de unos nueve o diez años.

D. J. Michael no se había casado nunca ni había tenido hijos. Era hijo único, sin sobrinos.

Sin embargo, ahí estaba el chico, mirando por la ventana. Era rubito y pálido, pero no podía distinguir bien su rostro a esa distancia. Parecía serio, aunque puede que Jane estuviera trasladando su estado de ánimo al chico. Sea como fuere, su quietud no era natural en alguien tan joven. Lo observó durante tres minutos o cuatro y solo se movió dos veces: primero, para colocar una mano contra el cristal, como si se hubiera acercado algún colibrí o alguna mariposa y lo hubiera hechizado, y luego, para bajar la mano y quedarse como antes, con los brazos tendidos a ambos lados.

Mientras lo observaba, le pareció más un espíritu que un chico de verdad, el fantasma de algún niño que hubiera embrujado la habitación en la que había muerto, y le recordó a Miles, el chico de *Otra vuelta de tuerca*. Allí, tumbada en el césped, sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el clima, porque ese chico también le recordó a Travis, que era más joven pero estaba igual de solo y fuera de su alcance.

Incluso desde la elevación en que se encontraba, no podía distinguir los primeros diez o veinte metros de terreno que había justo detrás de la casa, pero a partir de ahí veía el terreno inclinarse hacia la parte norte del muro y hacia un acceso al lago. Varios senderos de adoquines recorrían la propiedad que contaba con una gran diversidad de árboles exóticos, los cuales no daban sombra bajo el cielo ceniciento. Algunos árboles sobresalían por encima de los muros, algo que ningún

asesor de seguridad permitiría. El agua manaba de varias fuentes con forma de cuenco ondulado y un cenador blanco como la nieve lucía tan profusamente decorado que parecía una lujosa tarta nupcial.

Entre las sombras de las ramas de un sauce, aparecieron dos niñas pequeñas por un sinuoso sendero. No podía ver a las chicas lo suficientemente bien para saber su edad con certeza, pero sin duda eran más jóvenes que el chico. Una era más pequeña que la otra. Caminaban de la mano. Algo en su postura y su forma de andar le hizo pensar que se encontraban abatidas y, de algún modo, en peligro, pero podría estar imaginándose, trasladando sobre sus pequeñas personas la amenaza que se cernía sobre Travis.

Una vez más, enfocó con los prismáticos la ventana con bisagras en la fachada de la casa y encontró al chico mirando por ella, tan inmóvil como si nunca hubiera levantado la mano hacia el cristal.

El barrendero había desaparecido del camino de entrada.

Detrás de la casa, las niñas se habían sentado en un banco de hierro blanco, forjado con muchas filigranas. Se inclinaron la una sobre la otra, como un par de hermanas afligidas que necesitaran apoyo.

Detrás de ellas, una mujer apareció en el sendero por el que acababan de pasar. Al igual que el hombre que barría las hojas del soportal, iba de blanco de pies a cabeza. Se detuvo a cierta distancia de las chicas y se quedó allí de pie, observándolas.

Con multitud de graznidos y levantando un ruido sordo y gutural, una bandada de cuervos llegó procedente del este, siguiendo el asfalto como si formaran parte de él. Se alejaron de la carretera trazando un arco hasta el techo de la casa, donde se posaron en la cima.

Un segundo vistazo a las ventanas no le reveló nada más, aparte del chico pálido que parecía estar de guardia.

De pronto, otro chico, de unos catorce o quince años, apareció junto al más joven y le pasó un brazo por los hombros. El más pequeño permaneció inmóvil hasta que, un minuto o dos después, el recién llegado lo apartó de la ventana y lo condujo hacia las sombras, fuera de la vista.

Jane bajó los prismáticos, descendió de la colina y se sentó en el césped, del que salieron volando más mosquitas blancas con las alas llenas de polen. Aún no era la estación de las abejas ni había grillos cantando.

Si la propiedad en Lakeview Road había sido alguna vez un refugio secreto para David James Michael, ahora no lo parecía.

En su momento consideró que Randall Larkin, encadenado a una silla en la fábrica abandonada, había estado demasiado desesperado para ocultarle algo. Y ella creía que D. J. Michael poseía la propiedad mediante un fideicomiso en el extranjero, así que el abogado no le había informado mal

del todo. Pero la ausencia de seguridad armada señalaba que el multimillonario no estaba en la residencia y la presencia de los niños indicaba que la propiedad tenía otro propósito.

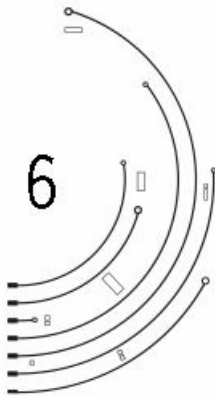
Ya fuera porque Larkin creyera que lo iba a matar, ya porque solo hubiera querido colarle una mentira entre todas las verdades que le había dicho, antes de salir volando hacia una nueva vida en el Caribe, su propósito era malintencionado.

No creía que le hubiera hecho recorrer todo ese camino solo para hacerle perder el tiempo. Lo más probable era que, de algún modo, esa propiedad fuera una trampa, y lo más seguro era marcharse.

Quería a D. J. Michael, pillarlo a solas, torturarlo y grabar su confesión —pero no se encontraba aquí—. No tenía ningún motivo para seguir en Iron Furnace.

Excepto que... tanto Bertold Shenneck, padre del mecanismo de control de nanotecnología, como D. J. estaban vinculados a ese pueblo, lo que indicaba que descubrir el propósito de la propiedad podría ayudarla a atrapar al multimillonario.

Se puso en pie y se sacudió el polvo de los vaqueros. Caminó por la pendiente sur de la colina hacia el bosque de pinos para regresar al Ford, mientras consideraba cómo abordar el problema, acompañada por el alboroto que armaban los cuervos sobre el techo de la mansión. Si los pedazos rasgados de la noche anterior se hubieran enganchado en los árboles y, en ese momento, se hubieran soltado, no habrían sido más negros que esos pájaros que sobrevolaban graznando la colina en dirección sudeste, como si fueran una bandada de profetas que anunciaran a gritos un cataclismo inminente.



La encantadora conserje y coordinadora de actos del complejo del lago Iron Furnace, Stacia O'Dell, tenía los ojos de un verde claro como el melón dulce. Se reunió con Luther —que se hacía pasar por Martin Moses, organizador de actos en Atlanta— en la recepción. Cuando este afirmó estar investigando en nombre de un fondo de inversión que no podía mencionar, Stacia estuvo encantada de mostrarle todo lo que ofrecía el complejo. Ella comprendió que el precio no era un problema. Como buscaban un lugar en donde hospedar a cincuenta altos ejecutivos para cinco días de escapada, nada sería demasiado caro para los directores de un fondo de inversión. Y cuando Martin Moses no le ofreció de inmediato una tarjeta de visita, Stacia tuvo la cortesía de no pedirle una, por temor a que pareciera que dudaba de un hombre negro, evidentemente culto, elocuente y bastante persuasivo, solo por su raza.

—Me han dicho que quieren vivir una «experiencia KentuckyTennessee», como si Nashville y Louisville estuvieran hechos de la misma pasta. Pero les perdonaremos su provincianismo —le dijo.

Stacia le devolvió la sonrisa.

—Bueno, algo que tienen en común Kentucky y Tennessee son los caballos. Aquí tenemos establos e incluso, a quienes nunca hayan montado, se les puede proporcionar una montura dócil. Todos disfrutan de nuestros paseos a caballo a través de algunos de los paisajes más hermosos del estado.

—Sí, lo vi en su web. Una oferta única. Lo que más piden suele ser el golf, y así era hasta ayer, cuando mis clientes me informaron de que el golf en las escapadas estaba pasado de moda. Les interesa algo más innovador. Si lo hubiera sabido antes, le habría llamado hace dos semanas, cuando planeé mi itinerario.

Stacia le hizo una gira por las instalaciones: las habitaciones; el sorprendente restaurante con vistas al lago; la cafetería, con su llamativa decoración *art déco*; el gimnasio, que ofrecía todo tipo de máquinas inimaginables; la sala de conferencias y el salón de fiestas; una enorme piscina exterior y otra interior, aún más inmensa; los establos, tan elegantes como el propio hotel; el muelle, con una gran variedad de botes, y las pistas de tenis. Por consideración a los invitados que estaban haciendo uso en ese momento del spa, Stacia no pudo enseñárselo, pero la gruesa carpeta con folletos que tenía preparada su asistente al final del recorrido contenía un DVD que describía toda la gama de servicios del spa.

Durante la gira, le había pedido a Stacia una lista con las conferencias y actos corporativos que habían tenido lugar en las instalaciones durante los últimos tres años, así como cualquier carta de recomendación de los directores de dichas organizaciones que atestiguaran su satisfacción tras la experiencia vivida. Todo eso también estaba en la carpeta que le proporcionó más tarde.

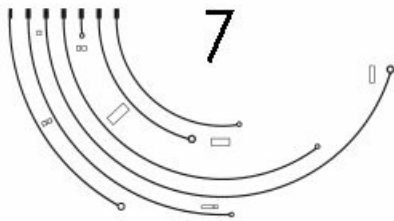
Como si una tarjeta de visita fuera demasiado vulgar para Martin Moses, de la empresa líder en planificación de actos A Private Affair, le ofreció una tarjeta de color crema con los bordes estampados en relieve, en la que solo aparecían diez dígitos de un teléfono de Atlanta, impresos con una exquisita caligrafía.

Había investigado A Private Affair antes de salir de Minnesota, cuando descubrió que Martin Moses era un socio y le pidió a su talentosa mujer, Rebecca, que caligrafiara el teléfono en seis tarjetas en blanco.

—Por descontado —le dijo a Stacia—, no volveré a la oficina hasta el próximo lunes. Estos viajes son agotadores, como podrá imaginarse, e intento mantenerme alejado del móvil mientras estoy en la carretera; me niego a estar constantemente pegado a él.

—Es un invento del diablo —coincidió Stacia O'Dell.

—Pero, sin duda alguna, volveré a contactar con usted la semana que viene, señorita O'Dell. Y, a menos que haya algún edén ahí fuera que aún no haya descubierto, buscaremos una fecha en la que tenga cincuenta habitaciones disponibles. Este complejo y esta ciudad son como uno de esos hermosos huevos de Fabergé enjogados, ¿no cree? Un miniparaíso.



Jane Hawk iba al volante de un barco eléctrico con el que atravesaba en silencio el tranquilo lago, cuyas aguas, plateadas bajo el cielo plomizo, se separaban por la parte de la proa con un leve sonido sibilante. No había nadie más, ya que el día era demasiado frío, tanto para pescar como para explorar la espectacular orilla...

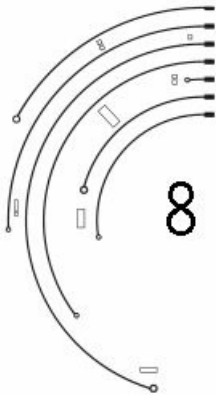
Además del muelle del complejo, había otro muelle operativo en el pueblo. Allí le había alquilado el barco a un comerciante, que le había explicado los controles del navío y algunos datos interesantes sobre la historia del lago. Aunque el hombre había sido agradable, incluso jovial, y había tenido la consideración de ayudarla a subir a bordo, apreció algo raro en él. Se preguntó si tal vez la habría reconocido, a pesar de la peluca, las lentillas y las gafas. Pero, cuando ella se alejó del muelle, él no sacó el teléfono ni corrió a buscar ayuda, sino que se quedó despidiéndola con la mano durante un minuto, como si fuera una amiga en lugar de una turista y realmente le importara que disfrutara del paseo. Cuando Jane había recorrido un kilómetro y medio, decidió que lo que le había parecido extraño en él no era más que su entusiasmo en un trabajo que la mayoría habría encontrado tedioso, sobre todo en un día tan flojo como aquel, aparte de unas muestras de civismo que lindaban con la cortesía, lo que en contadas ocasiones se encontraba en esta cultura cada vez más grosera.

Cuando se hallaba a más de medio camino entre la orilla este y la oeste, Jane llegó al muelle que daba a la verja de la finca amurallada. En lugar de frenar, aceleró, por si acaso la estuvieran observando. Analizó ese acceso a la mansión sin los prismáticos.

Media hora después, en el viaje de vuelta, redujo la velocidad y se atrevió a usar los prismáticos. Un chico, de unos catorce o quince años, se encontraba junto a la verja de dos metros y medio de alto del muelle, agarrando con ambas manos los barrotes de hierro y mirando hacia el lago. Ella creyó que podría ser el mismo que había aparecido en la ventana, junto al chico más pequeño, al que había pasado el brazo por los hombros y se había llevado. Ahora se encontraba allí de pie, como si el más joven le hubiera contagiado su melancolía, mirando en dirección al agua, de la misma forma que el otro había mirado por la ventana.

Jane quería llevar el bote hasta el embarcadero, atarlo e ir hacia la verja para preguntarle al chico: «¿Qué es este lugar? ¿Estás bien?».

Pero, en vez de eso, regresó al muelle del que había salido, donde el encargado se mostró exactamente igual de agradable que antes. Luego se fue a explorar la ciudad a pie.



El jueves de la semana anterior al acto en el hotel Veblen, anticipándose a la trágica muerte de un buen gobernador y un congresista muy querido y de sus admiradores, Booth Hendrickson, un alto cargo del Departamento de Justicia de Estados Unidos y un leal socio de David James Michael, instaló ocho operativos en la ciudad. Su tarea consistía en asegurarse de que Cora Gundersun tuviera todo lo que necesitara y que siguiera el plan que le otorgaría un lugar en la historia, así como tomar el control de la investigación tras la explosión y el incendio.

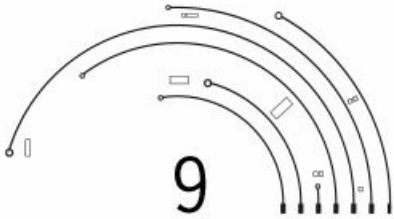
El domingo, los ocho operativos se habían reducido a tres. Su misión era estar alertas y atar cualquier cabo suelto que pudiera perjudicar la operación.

El agente al cargo de ese reducido contingente era Huey Darnell, quien por entonces había llamado «estúpida zorra flacucha» a Cora en su cara. A sus cuarenta y seis años, Huey ya había tenido tres esposas, todas unas brujas, y había renegado del matrimonio. Durante el último año, el único compromiso estable que había mantenido fue con la bebida, aunque hubiera ocultado la intensidad de esa relación a sus jefes.

Bajo los efectos del bourbon, él llega al martes con la convicción de que tiene la situación controlada —cuando se entera de que el sheriff Luther Tillman se ha tomado una semana de vacaciones justo el día antes, dejando al segundo al mando, Gunnar Torval, a cargo de todo—. Huey debería informar de inmediato a Booth Hendrickson, pero si hay un premio al gilipollas del año, Hendrickson tiene la estantería llena de trofeos. Aunque Hendrickson y Huey simpatizan cuando se trata de una visión de futuro para Estados Unidos, Huey prefiere no compartir la mala gestión del asunto con su jefe.

En vez de eso, a última hora de la tarde, él y dos hombres que seguían en la ciudad con él —Hassan Zaghari y Jernan Beedle— se turnan para realizar la vigilancia de la casa de Tillman desde varios vehículos aparcados en la calle, a unos metros de distancia. Ven a Jolie, la hija de

Tillman, llegar a casa del colegio, y poco después su esposa sale para recoger el correo del buzón. No ven al sheriff durante las primeras horas de vigilancia, pero probablemente esté viendo los deportes en la televisión y tomando cerveza.



Harley Higgins se pasó el día preparándose para la noche. Partiendo del supuesto de que estaba siendo observado, mantuvo dos tipos de comportamiento: en ocasiones, paseaba inquieto por la casa y los terrenos, como un tigre alterado por la llamada de la naturaleza; y otras veces, se desplomaba en un banco del jardín, aparentando estar deprimido y observando el lago durante un rato a través de la verja cerrada del embarcadero. Esperaba convencerlos de que estaba planeando escapar por esa ruta.

También pasaba tiempo con los otros siete compañeros, ingeniándose las siempre para que los encuentros parecieran casuales y fueran breves. Como su teoría del espionaje incluía la posibilidad de que pudieran oír cualquier cosa que dijera, se había sentado en el váter para escribirse dos mensajes en las palmas de las manos con un rotulador. En su palma izquierda ponía: «Fuga a las 8:00. Biblioteca. Sin zapatos». El plan continuaba en la palma derecha: «Rastrea los zapatos. Parpadea 3 veces si lo entiendes». Todos parpadearon, y Harley sintió que incluso Jimmy Cole, el más frágil de todos, lo había comprendido y estaría allí a las ocho.

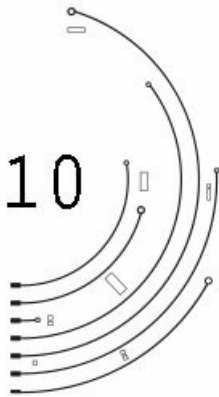
Las otras veces, Harley siempre había decidido huir después de medianoche, cuando la mayoría del personal se había ido a dormir. Si habían vigilado sus movimientos a lo largo de todo el día, podrían estar esperando que escapara más tarde, según su patrón de huidas, pero en esta ocasión por la puerta del muelle. Esta vez, Harley decidió que fuera a las ocho, porque la mayoría del personal se encontraría reunido en el comedor principal para cenar y los reclusos podrían cruzar la casa con menos posibilidades de ser vistos.

Al conspirar para llevarse a los otros siete con él, estaba poniendo en peligro la huida. Ahora que sabía lo de los zapatos, era más fácil escaparse solo. Sin embargo, en sus planes anteriores siempre había sido necesario huir a pie y no habría resultado práctico atravesar todos los obstáculos que le esperaban con los otros siete niños. Ahora que tenía que planear una huida sin zapatos, ir en grupo no sería tan difícil como lo había sido con anterioridad.

Además, no podía dejarlos en ese lugar. Al igual que él, se estaban desmoronando por dentro, incluso más rápido.

También tenía la esperanza de que si conseguían salir de la ciudad y llegar hasta la policía, sería más difícil ignorar a ocho que a uno. La policía tendría que escucharlos y creerles. Tendrían

que hacerlo.



Jane exploró las tiendas de recuerdos, las tiendas de ropa, la panadería, paseó por las calles residenciales y regresó a la avenida principal sin saber qué estaba buscando, recabando datos que pudieran ayudarla a determinar la naturaleza de ese pueblo y su relación con la propiedad amurallada erigida a kilómetros de ahí.

Se sentía intrigada por la perfección de las fachadas de los edificios y fascinada con lo limpio que estaba todo. La maravillaron las filas ordenadas de elegantes árboles y la asombró la escasez de niños y la aparente ausencia de perros.

A medida que el día se hacía más frío y las nubes se volvían más oscuras, los solenoides fotosensibles que controlaban las diminutas bombillas blancas de bajo voltaje de los árboles fueron encendiéndose y dándole un brillo festivo a la calle dos horas antes de anochecer, mostrando así por qué los habitantes podrían llamar a Iron Furnace «la ciudad donde siempre es Navidad».

Jane estaba de pie en la acera, mirando a un lado y a otro. Aunque el espectáculo fuera deslumbrante, para ella no tenía un efecto navideño. En lugar de eso, le recordaba a los brillos y destellos de Las Vegas, donde el neón tenía por objeto cubrir con un barniz de glamur la sórdida verdad de la adicción al juego y la ruina financiera. Esas luces navideñas resultaban una distracción, porque a pesar de su aspecto inocente ella sentía que Iron Furnace tenía un aura oscura que no podía explicar.

Como se había saltado el almuerzo, fue a un restaurante italiano a las 16:15 y, una vez allí, la acompañaron a uno de los reservados de respaldo elevado que había disponibles.

Del alto techo colgaban pequeños banderines rojos, blancos y verdes. Las paredes estaban decoradas con murales que representaban sitios históricos de Roma y la mantelería era de cuadros

rojos y blancos. Había velas en vasos de cristal rojos. No le faltaba ni un solo cliché, pero el sitio parecía limpio y deliciosos aromas impregnaban el aire.

Según el bordado del pañuelo que había en el bolsillo de la camisa de la camarera, se llamaba Freya. Una chica guapa de unos veintitantos. Su piel café con leche, salpicada por pecas de color caramelo, podría ser la prueba de una herencia irlandesa y africana. Era sonriente y compartía con el resto de los ciudadanos una actitud agradable y hospitalaria.

Jane pidió una copa de un buen Chianti mientras leía el menú, y, cuando Freya regresó con el vino, quiso charlar con ella antes de que llegara la cena.

—Bonita población —dijo Jane.

—Es como una postal, ¿verdad?

—Totalmente. ¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí?

—Toda mi vida. Jamás me mudaré. Nadie que haya vivido aquí lo haría.

—¿Jamás? Vaya. Eso es mucho tiempo.

—No en Iron Furnace. Esto es siempre muy agradable, los días pasan volando.

—Si alguien estuviera pensando en mudarse aquí, ¿lo recomendarías?

—¡Oh, claro! ¿Lo estás considerando?

—Mi jefe. Vino el año pasado de visita. Creo que se mudará aquí si le encuentro un sitio. Trabaja desde casa, puede vivir en cualquier parte.

—¿Dónde vive? —preguntó Freya.

—En Miami.

—Miami debe de ser genial, ¿eh? Las palmeras, las playas...

—Mosquitos, una humedad de muerte, cucarachas voladoras... —dijo Jane.

—Te estás quedando conmigo.

—Puede que un poco. El problema es que no veo muchas propiedades por aquí. Es decir, que sean adecuadas para un tipo con sus expectativas. Me figuro que habrá terrenos sin explotar que estén en venta; podría construir una casa.

Freya negó con la cabeza.

—No conozco el mercado inmobiliario. Lionel y yo tenemos una casa que heredó de su familia, nunca tuvimos que buscar nada.

—Qué afortunados; es un fastidio. De todas formas, hay una finca en Lakeview Road que podría gustarle a mi jefe.

—¿Una finca? ¿La que está rodeada por un viejo muro de piedra, justo en el lago?

—Esa es. Pasé con el coche y pensé que podría gustarle. ¿Sabes si está en venta?

Freya frunció el ceño.

—No lo creo. Ese es el colegio.

—¿El colegio? Oh, alguien me dijo que creía que era propiedad de un tipo rico llamado David

Michael.

—Nunca lo había oído. Hace mucho que es un colegio.

—¿Como un colegio privado o algo así?

—Algo parecido, sí. Para niños con trastornos de personalidad o problemas mentales que necesitan terapia.

—Qué triste, ¿no?

—Bueno, supongo que sería triste si no estuvieran recibiendo la ayuda que reciben.

—Cierto. Pobres niños. Hay muchos niños con autismo hoy en día. Por la pinta del colegio, debe de ser caro.

—Supongo que sí. ¿Sabes qué quieres cenar?

Jane pidió una ensalada Caprese y doble ración de pollo marsala.

—Deja la pasta, pero ponme más verduras.

—Las raciones son grandes —le advirtió Freya.

—Sí, vale, como por dos.

—¿Embarazada? Disculpa la pregunta, pero ¿crees que deberías tomar vino?

—No estoy embarazada. Solo como por dos. Siempre lo hago.

—Caramba, pues tienes una figura estupenda.

—En mi familia tenemos un metabolismo muy rápido. Además, llevo una faja enorme.

Freya se echó a reír.

—Eso no es por una faja. En ti, todo es tan natural como parece —añadió.

—Tengo un sobrino con un trastorno de personalidad. Tal vez, ese colegio fuera bueno para él. Pero no vi ningún cartel. ¿Sabes cómo se llama? —preguntó Jane después de que Freya le sirviera la ensalada y volviera a por el cuenco vacío.

—En realidad no. ¿No es gracioso? Tan solo lo llamamos el colegio.

—No te preocupes. Seguro que puedo encontrarlo en internet.

—Te lo advertí, servimos raciones grandes —dijo Freya cuando le llevó la doble ración.

—Tiene una pinta estupenda. ¡Mira cómo huele! Puede que quiera una tercera.

—Caray, si estuvieras embarazada, creo que comerías por tres.

—Ojalá lo estuviera. No me importaría tener una casa llena de vida. ¿Tú y Lionel tenéis hijos?

—No, ni lo pretendemos. Tal y como está el mundo, con tanto terrorismo... De todos modos, ya hay superpoblación y eso, sin contar con el cambio climático.

Jane se encogió de hombros.

—El clima cambia, siempre lo ha hecho. Yo planeo tener niños. No he visto ninguno por aquí, salvo los de los turistas.

—La población de aquí está envejecida. Muchos de los niños han crecido y se han ido.

—Con tan pocos niños por aquí, puede que este no sea el mejor lugar para criar a mis hijos.

—¿Tú también estás pensando en mudarte aquí?

Jane sonrió.

—Debería haberte dicho que mi jefe también es mi marido.

—Sospecho que nadie es tu jefe. De todas formas, espero que encuentres un lugar, sería genial tenerte en la ciudad.

—A Ben, mi marido, y a mí nos gustan los perros. ¿Qué piensa la gente de aquí de los perros?
—preguntó Jane después de que la camarera limpiara la mesa y volviera con la cuenta.

—¿Perros? A todo el mundo le gustan los perros.

—No he visto ninguno —dijo Jane, mientras sacaba dinero de la cartera y dejaba una generosa propina.

—Lionel y yo tuvimos uno durante un tiempo. Un labrador amarillo.

—Me encantan los labradores. Son preciosos.

—Se llamaba Jules. Pero se puso enfermo. Hubo una epidemia, fue horrible.

—Eso no suena bien. ¿Una epidemia?

—La gente perdió a sus perros. No puedo ni pensarlo. Pero eso ya pasó.

—¿Estás segura?

—Puedes preguntarle al veterinario de Mourning Dove, si quieres. Es el doctor Wainwright.

—Gracias, Freya. Eso haré. No me gustaría poner a nuestros perros en peligro. Son de la familia.

—A veces echo de menos a mi Jules.

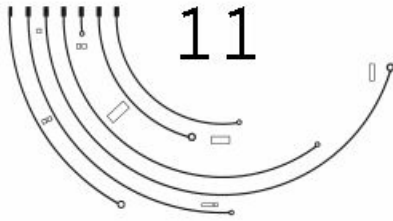
—Ha sido un placer conocerte, Freya. Cuida bien de Lionel.

—Lo haré. Lo hago. Cuida también tú de tu jefe.

Cuando Jane guardó la cartera en el bolso y dejó la servilleta en la mesa, un hombre salió del reservado que había detrás de ella, la miró y se dirigió hacia la salida.

Era alto, negro e iba vestido con ropas un poco pasadas de moda, quizá fuera un profesor de universidad. Pero no había nada de estirado en él. Era un tipo impresionante, tenía la confianza de alguien que ha pasado por momentos difíciles y siempre ha conseguido salir de ellos con apenas un par de rasguños. La mirada que le había echado parecía casual, pero resultaba calculada, y sus ojos eran como imanes de información, conseguían más con una mirada de lo que la mayoría de la gente obtenía en un minuto de análisis.

Se preparó para tener problemas.



Cuando Jane salió afuera, el tipo estaba parado junto al árbol más cercano, iluminado desde atrás por sus luces, esperándola a ella. No había otros transeúntes por la zona.

—Menuda técnica la de ahí dentro —dijo él.

—¿Disculpe?

—La camarera no se ha dado cuenta de que la estaba interrogando. Parecía una simple charla entre chicas.

—Porque solo era eso. Se ha hecho una idea equivocada, será mejor que lo olvide.

—Bonita americana —repuso él—. Cumple su función.

Si había reconocido que era algún tipo de agente de la ley, entonces él también debía serlo. Si la hubiera identificado entre los fugitivos más buscados de Estados Unidos, probablemente no habría sido tan simpático. Pero sus intenciones no estaban claras.

—Te vi antes —añadió—, en el museo que hay al otro lado de la calle, y te oí hablar con la directora, sonsacarle información. No me viste.

—Me preocupa que no lo hiciera.

—Algunos sheriffs de pueblo sabemos llevar a cabo una vigilancia.

No tenía acento de Kentucky. No vestía de uniforme. Llevaba una chaqueta tan entallada como la suya, para ocultar el arma.

—¿Es usted el sheriff de aquí? —preguntó, a pesar de imaginarse la respuesta.

—Demonios, no. Este sitio me da grima.

Una joven pareja apareció por la esquina de la calle cogida de la mano y se encaminó hacia ellos.

El sheriff alzó la voz y fingió emoción.

—No has envejecido nada. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuatro años?

—Poco más de tres —dijo Jane.

—¿Cómo están Vernon y los niños? —preguntó él.

—Hemos metido a Joey en ese colegio privado. La pequeña Sarah va a clases de ballet. Vernon..., bueno, ya lo conoces. ¿Qué tal Hortense?

—El mes que viene es nuestro veinticinco aniversario. Está preparando una fiesta que no nos podemos permitir, pero eso no impedirá que llegemos a los veintiséis.

La pareja pasó de largo.

El sheriff bajó la voz.

—Cuando te vi entrar en el restaurante, yo entré por detrás.

—¿Por qué?

—No estaba seguro. Curiosidad.

Ella esperó a que le preguntara quién era, qué clase de placa llevaba, pero no lo hizo.

—Sheriff, ¿de dónde? —preguntó ella.

—Minnesota. Es un condado bastante rural. Pero habrás oído los problemas que tuvimos allí la semana pasada. Cuarenta y seis fallecidos.

—Esa mujer del coche bomba que mató al gobernador.

—No has dicho «esa loca».

—¿Cómo voy a saber si estaba loca o no?

Él la miró. Las luces del árbol deberían haberse reflejado en sus ojos, pero no había ninguna luz en ellos.

—Cora, la mujer kamikaze, era amiga mía desde hacía veinte años. El pasado agosto vino aquí, a una conferencia que se celebró en el complejo.

—¿Una conferencia sobre qué?

—Sobre la educación de niños con necesidades especiales. Algo le ocurrió aquí. Nunca volvió a ser la misma.

—¿Algo? ¿Algo como qué?

—Hace un poco de frío aquí fuera. Si puedes tomar otra copa de vino y mantenerte sobria, hay un bar al final de la calle.

—En esta ciudad —dijo— podría beberme una botella entera y seguiría estando completamente sobria.

Su Chevy de alquiler estaba aparcado en la cuneta. Camino del bar, él se detuvo en el coche, abrió el maletero y cogió un cuaderno.

—Una de las obras de Cora —dijo.

—¿Era escritora?

—Y muy buena.

—Nunca había oído hablar de ella... hasta ahora.

—Emily Dickinson escribió cientos de poemas, pero solo publicó diez en toda su vida —dijo mientras se dirigían al bar.

—Creo que fueron seis.

—Comparada con Cora, Emily fue una superestrella mediática en su época.

—¿Y qué tienen que ver sus obras con todo esto?

—También escribió sobre algo que le estaba sucediendo. Creía que tenía una araña en la cabeza, que le dejaba huevos en el cerebro.

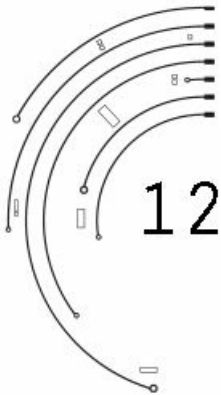
Jane se detuvo. Uno de los suicidios que había investigado al principio de todo eso fue el de una talentosa mujer de veinte años llamada Portia, una programadora que colaboraba con Microsoft, con muchas razones para vivir. La nota de suicidio que Portia dejó a sus padres se quedó grabada en la memoria de Jane: «Hay una araña en mi cerebro. Me habla».

—¿Qué sucede? —preguntó el sheriff.

Ella se volvió para mirar tras ellos, casi segura de que los estaban siguiendo. No había nadie.

Inspeccionó la calle y las tiendas cerradas que había al otro lado. No sentía la amenaza de una persona, sino la amenaza del lugar, tal como debieron de sentirse en Dachau o en Auschwitz, en los gulags soviéticos y en los campos de exterminio de los jermes rojos en Camboya. Ya lo había sentido antes, en una granja apartada, donde un par de psicópatas viciosos habían secuestrado, matado y enterrado a veintidós mujeres en cinco años. Con otro agente muerto y sin esperanzas de recibir refuerzos, encontró y mató a los dos hombres. A uno de ellos lo liquidó en una antigua pocilga que había servido durante años como cementerio. Veintidós víctimas enterradas allí, sin lápida, bajo una capa de excrementos, como un último insulto a su género. Mientras contemplaba el cuerpo del hombre que las había torturado y asesinado, en lo más profundo de su mente oyó las súplicas de piedad que nunca habían sido atendidas. Y le pareció que, por algún sexto sentido, percibía las místicas formas afligidas que habían adoptado los huesos de esas mártires bajo sus pies, tal como las había dejado la descomposición y los cambios en el terreno. Ahora, la amenaza se concretaba en una oscura aura bajo la brillante superficie de ese lugar, el cual no era más que una maqueta de un pueblo idealizado, que en cualquier momento pondrían bajo una bóveda de cristal para conservarlo en un vacío que no permitiera ningún tipo de vida en esas calles.

—Necesito esa copa de vino —le dijo al sheriff.



El bar era una matriz de suaves luces y sombras, y en el aire circulaba el agradable olor a cerveza de barril que llenaba las tazas y hacía espuma por la rejilla del desagüe de los grifos. Se escuchaba una música country de fácil digestión que hablaba tanto de amores perdidos como de encontrados, proporcionando el reconfortante equilibrio de una dulce melancolía.

En un reservado de respaldo alto, al fondo de la sala, donde no había nadie lo suficientemente cerca para oírlos, Jane y Luther hablaron sobre Cora Gundersun mientras se tomaban una copa: de los cuadernos de la maestra llenos de historias; de los fragmentos repetidos con los que revelaba, con palabras torturadas, que una araña vivía en su cabeza; de la curiosamente reducida investigación por parte del FBI en su casa; del gran incendio que redujo el lugar a cenizas y de la visita de Booth Hendrickson, del Departamento de Justicia, que convenció al sheriff de que estaban tratando de encubrir algo.

Jane esperaba que el sheriff le preguntara quién era, para qué agencia trabajaba, pero él charló con ella como si ya se hubiera ganado su confianza.

Al final, puso sobre la mesa el cuaderno que había cogido de su maletero. Lo abrió por una página concreta, con una meticulosa escritura en cursiva. Cora había escrito: «El extraño hombre en la mesa de mi cocina dice: “Juguemos al mensajero del miedo, Cora”, y yo respondo: “De acuerdo”, y entonces ocurre algo, pero no recuerdo el qué, no lo recuerdo. Luego él dice: “*Auf Wiedersehen*, estúpida zorra flacucha”, y lo único que yo respondo es “Adiós”, como si nunca me hubiera insultado. Y, después, desaparece como si nunca hubiera estado ahí; pero, maldita sea, estaba ahí, estaba ahí, claro que lo estaba».

La mujer había copiado ese mismo pasaje quince o veinte veces, una repetición tras otra.

—En alguna de sus otras obras —dijo Jane—, ¿se ha usado a sí misma alguna vez como personaje?

—No. Ni a sí misma ni tampoco a una Cora Smith o Cora Jones.

—Entonces, crees que esto es algo que le ocurrió a ella.

—Creo que es una de las últimas cosas que le ocurrió, porque si este era su cuaderno más actual, entonces esas son las últimas palabras que escribió. —Pasó el resto de las páginas para mostrarle a Jane que estaban en blanco—. ¿Tú qué opinas?

—Hay una palabra clave en todo esto, ¿no crees? —preguntó ella.

Luther no respondió enseguida. Seguramente, los años de trabajo policial le habían enseñado que las investigaciones tenían éxito en su interpretación del mundo menos rocambolesca, cuando el detective tenía presente que las motivaciones humanas y las acciones llevadas a cabo en función de estas eran casi siempre tan predecibles como las horas de la puesta de sol y del amanecer, respectivamente. Él consideraba las historias sobre elaboradas conspiraciones como si se tratara de una denuncia por abducción de un platillo volante. La posibilidad de que a Cora le hubieran lavado el cerebro y la hubieran programado debía de resultarle a Luther un auténtico misterio sin sentido, y lo sobrenatural no tenía lugar en una investigación policial.

Pero si había hecho un viaje tan largo, desde Minnesota hasta Kentucky, eso significaba que era un hombre de una gran inteligencia, intelectualmente flexible en el mejor de los sentidos, consciente de que el diablo era real, no solo una grisura en un espectro de relativismo moral. También sabía que el diablo era diligente e implacable, siempre buscando nuevas formas de manifestarse. Cora había dejado pistas que lo habían conducido por un camino que él creía inexistente, pero él era demasiado honesto consigo mismo para aferrarse con obcecación a ese punto de vista cuando el camino se mostraba a las claras ante él.

Así que Jane volvió a repetirle la pregunta.

—Hay una palabra que parece clave, ¿no crees?

—¿La hay?

—Conoces el libro, la película.

—*El mensajero del miedo*, de Richard Condon. Pero no es tan fácil lavar un cerebro.

—El libro fue publicado hace mucho más de medio siglo. —Tomó un sorbo de vino, soltó la copa y miró a Luther a los ojos y continuó—. Por ese entonces, nadie había oído hablar de la nanotecnología.

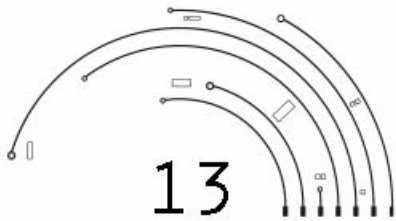
Ella vio que él conocía bien el término y los ojos de Luther se abrieron tanto que ella esperaba que le preguntara sobre el asunto de inmediato.

En lugar de eso, cambió de tema.

—¿Es Quantico realmente tan tocapelotas como dicen?

La academia del FBI estaba en Quantico, una base del cuerpo de marines de Estados Unidos en Virginia. Era una forma de decirle que sabía a qué agencia pertenecía, pero también que era Jane Hawk.

—A mí no me las tocó —dijo ella.



Sin conversaciones sobre deportes ni charlas amistosas, con una clientela mayormente individual y sin intenciones de querer relacionarse, el bar ofrecía un círculo de bebedores solitarios, atendido por un barman y dos camareras que parecían haber sido contagiadas por la pesadumbre de los clientes.

Si no fuera por la música country, el silencio habría sido tal que la conversación entre Jane y Luther se habría oído aunque hubieran murmurado.

—¿Me has reconocido a pesar de la peluca, las lentillas y las gafas?

Luther Tillman negó con la cabeza.

—No. Fue por la forma en que les sonsacaste información al director y a la camarera. Mucho de lo que tú querías saber era lo que yo quería saber. Cora se suicidó. Quinn Eubanks, patrocinador de la conferencia, se suicidó. Dicen que tu marido se suicidó. David James Michael era socio de Eubanks. Le preguntaste a la camarera por él. Nunca he visto a los medios y al gobierno trabajar juntos para demonizar tanto a un fugitivo como a ti. Los vi sacar al FBI de la casa de Cora y un tipo del Departamento de Justicia me amenazó. Después de procesar todo eso, te observé con más detenimiento y llegué a la conclusión de que te conocía.

Sonó una nueva canción en el bar, *Wichita Lineman*, de Glen Campbell, llena de nostalgia y melancolía. Jane siempre había encontrado esta canción tan triste como hermosa. Mientras estudiaba a los bebedores solitarios en sus taburetes y mesas, la música describía sus estados de ánimos y eso le hizo sentir curiosidad por ellos.

Miró a Luther.

—¿Tienes familia?

—Esposa y dos hijas.

—Olvida que nos hemos visto. Vuelve a Minnesota y quédate con ellas.

—Esa no es mi forma de actuar.

—Amenazaron con violar y matar a mi hijo pequeño.

—¿Eso te detuvo?

—Lo escondí. Hazlo, Luther. Vuelve a Minnesota.

—Si hago eso, ¿qué clase de mundo les estoy dejando a mis hijas?

—Al menos, será un mundo en el que aún te tengan a ti.

Él echó un vistazo al bar.

—¿Algunas de estas personas son turistas?

—Yo creo que son todos lugareños.

—¿Qué le pasa a esta ciudad?

—A juzgar por las apariencias, nada.

—Lo que dijo esa camarera, Freya... ¿Qué clase de epidemia mata a todos los perros de esa forma? —preguntó Luther mientras observaba al inusualmente taciturno barman sacar una cerveza de barril.

Jane apartó su copa de vino medio vacía.

—Una que sabe que los perros no se dejan engañar por las apariencias.

—¿Qué les ocurrió a los niños? Ese colegio sin nombre... ¿Son esos chicos de aquí?

Jane no dijo nada.

Luther volvió a mirarla a los ojos.

—Bueno, ¿y qué relación tiene la nanotecnología con todo esto?

—Te contaré la versión reducida. Puedes creerme o no. No perderé el tiempo intentando convencerte de algo que sé que es verdad.

Después de que ella le hablara de los implantes cerebrales, él apartó a un lado su cerveza a medio terminar.

—Esos terroristas de Filadelfia y todos los demás...

—No. Esos son solo los típicos iluminados, pero sirven de tapadera para lo que D. J. Michael y el resto de cabrones están haciendo. Con el terrorismo descontrolado, ¿quién iba a notar el extraño incremento de los suicidios o a pensar que hay algo raro en que alguien como Cora perdiera la razón?

—¿Qué es esta ciudad?

—Han estado inyectando el nanomecanismo a personas por todo el país, pero de esa manera se arriesgan a ser descubiertos. —Vio que él estaba tranquilo—. Sin embargo, coge una pequeña ciudad y contrólalos a todos... Un lugar que cuente con un complejo al que acuden los ricos y poderosos, algunos de los cuales nunca simpatizarían con los arcadios...

—Aquellos a quienes no pueden convencer —dijo él—, los reclutan a la fuerza. Los programan para suicidarse o, simplemente, los controlan como marionetas.

—E invitan a otros que son o podrían ser educadores culturales, como Cora.

—Pero todo eso de los arcadios, la lista Hamlet... es una locura.

—De vez en cuando, algunas naciones enteras se sumen en la locura. La Alemania de Hitler, China con Mao... Hay una larga lista de ejemplos.

—Ese Larkin te trajo hasta aquí con una mentira. Pero ¿por qué querría destapar esto?

Jane observó a los clientes, quienes probablemente pensarán que ella y Luther eran turistas.

—Supuso que yo haría demasiadas preguntas. Cuando alguna de estas personas sospechara de mí, alertaría a los demás. ¿Y qué probabilidades tendría entonces de salir de aquí con vida?

—Maldita sea. ¿Por qué no te has ido ya? —La voz de Luther fue un susurro.

—Los niños de esa finca, en ese colegio... ¿por qué no les han inyectado aún el mecanismo de control?

Él no tenía respuesta a eso.

—No es porque los arcadios sientan debilidad por los niños —dijo ella—. Por alguna razón, deben de ser demasiado jóvenes para que el implante cerebral funcione. Tiene que tratarse de eso, ¿no crees?

La observó durante un rato.

—Y no piensas irte de aquí sin salvarlos.

—A cada uno de ellos.

—¿Cuántos son?

—Por lo que he visto, no muchos.

—¿Cuándo?

—¿Tú qué crees?

—No será esta noche, ¿verdad?

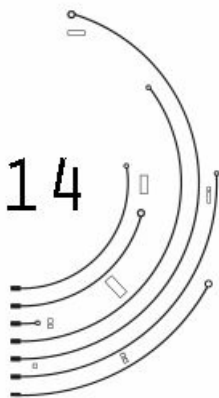
—¿Por qué no?

—¿Tienes un plan?

—Entrar, cogerlos y salir.

—Si el colegio es realmente una prisión, tendrá un sistema de seguridad.

—Algo. —Ella miró a su alrededor, a los clientes del bar, a esos rostros melancólicos y aparentemente invadidos por una profunda tristeza que solía llevar a la gente a la bebida—. Pero ¿cuánta seguridad creen ellos necesitar si controlan a cada una de las personas de este pueblo? ¿Para encerrar a niños indefensos? No mucha. Inspeccioné el lugar, no es Alcatraz.



A las 19:30, Harley Higgins apagó las luces y se sentó en la oscuridad junto a la ventana, con vistas a los terrenos de la finca. Se quitó los zapatos y los metió bajo su silla. No sabía con certeza si había cámaras en su habitación, pero, en caso de ser así, no quería que lo vieran saliendo descalzo.

Debería haberles dicho a los otros niños que tomaran la misma precaución, pero no se le había ocurrido hasta ese momento. Pensó que la mayoría haría lo mismo que él acababa de hacer. Pero si veían aunque solo fuera a uno de ellos salir de su habitación sin zapatos, podría ser suficiente para levantar las sospechas de quien estuviera vigilando las cámaras, si es que alguien lo hacía.

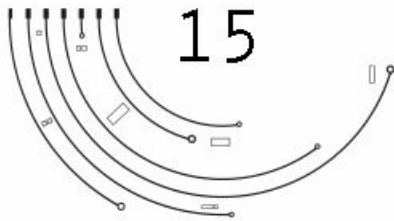
El lago estaba tan negro como si en lugar de agua hubiera un vacío. Los bosques a lo largo de la sombría orilla norte se hallaban vagamente perfilados por una confusa línea no mucho más oscura que la capa de nubes que había sobre ellos.

Siguió pensando en su madre y en su padre. Quería creer que lo que fuera que les hubieran hecho podría deshacerse, pero a pesar de desearlo con todo el corazón, su cerebro lo rechazó. Los deseos del corazón eran buenos si podían hacerse realidad o permitían que alguien se esforzara para hacerlos realidad, pero podían partirle el corazón a uno si se aferraba a ellos cuando no había esperanza de que se cumplieran.

Era duro aceptar la posibilidad de que hubiera perdido a sus padres para siempre, a pesar de que siguieran vivos, tanto que se sentó a llorar en silencio en la oscuridad. Pero fingir lo contrario supondría seguirlos a ellos hacia... hacia esa comunidad que habían formado todos. Quería a su madre y a su padre, pero él no se convertiría en lo que eran ahora para estar con ellos.

Al otro lado de la ventana estaba el lago negro, profundo y sin luna, y dentro de Harley habitaba el mismo lago, unas oscuras aguas que podían alzarse y ahogarlo.

Eran las 19:45.



Jane salió de la población en su Ford y se dirigió hacia el complejo, con Luther Tillman siguiéndola en su coche de alquiler.

Sin perros ni niños, inundado de placeres debidamente elaborados y embotellados, tan puro como un paisaje de ensueño, habiendo desaparecido su pasado industrial y tras haberse forjado una nueva identidad bajo la forma de una utopía turística, Iron Furnace había provocado en Jane una especie de fiebre, la ardiente convicción de que había sido engañada por Larkin para que acudiera ahí porque esa era ahora la matriz de la que nacería el cambio que él y sus socios corruptos impondrían al mundo. En este lugar, el temor con el que había estado viviendo durante meses se había convertido en un terror que necesitaba controlar a fin de evitar caer en situaciones de pánico.

Este rincón de Kentucky era un asentamiento alienígena, su población había cambiado para siempre, había sido esclavizada. Si se daban cuenta de que ella y Luther conocían su estado, podrían actuar con una implacable unanimidad. Esas personas transformadas jamás podrían ser derrotadas por una solitaria agente del FBI y un único sheriff, porque, en comparación, ellos eran legión.

Si ella o Luther daban un paso en falso, los ciudadanos de Iron Furnace podrían volverse contra ellos, como un banco de pirañas atraído por el calor corporal de un mamífero entrando en sus dominios de agua fría.

Ella y Luther aparcaron en la carretera, a unos cien metros más allá de la finca amurallada que afirmaba ser un colegio sin nombre, y se acercaron al lugar a pie. Debido a la ausencia de luna y de estrellas en esa noche nublada, el lago y cuanto había a lo largo de su orilla estaba sumido en la oscuridad.

—No estoy seguro de que vaya a funcionar —dijo Luther.

—Yo tampoco.

—¿Y si no es así?

—Dispara a matar.

—Y si no están programados después de todo y son solo gente inocente...

—Sean lo que sean, no son inocentes.

—Pero si lo son...

—Entonces, iré al infierno en vez de esperar a que el infierno venga a mí en este mundo. Y eso que avanza con rapidez cada día que pasa.

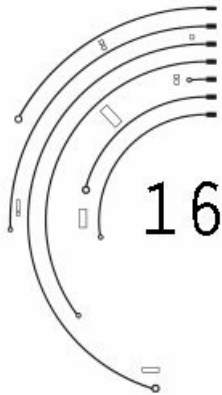
Salieron de la carretera y se abrieron paso por entre hierbajos y juncos, aplastando con los pies algo que desprendía un leve aroma a regaliz. Manteniéndose cerca de la finca amurallada, pasaron la casa de largo en dirección al lago.

Tras la casa, encontraron un lugar en el que la hiedra ascendía por el lado opuesto del muro de piedra, alcanzaba la cima y volvía a descender casi hasta el suelo, fuera de los límites de la propiedad. Se trataba de una variedad leñosa firmemente anclada en las juntas de hormigón. A medida que Jane escalaba ese oportuno entramado en la oscuridad, buscando asideros y puntos de apoyo, las hojas muertas se desmenuzaban y las verdes le arañaban las manos, mientras todo el entramado crujía. Alcanzó la cima y saltó dos metros y medio hasta el suelo de la finca. No sonó ninguna alarma, ni siquiera cuando Luther aterrizó después.

Unas lámparas de bajo voltaje bañaban de luz los senderos de piedra y unos focos LED situados en lo alto de algunos árboles irradiaban luz a través de los laberintos de las ramas, formando una red de haces y sombras en el suelo. A lo lejos, un cenador iluminado resultaba extraño, atrayente, como si fuera un santuario.

No se activaron tampoco posibles luces de seguridad que complementaran el alumbrado decorativo y la oscuridad siguió reinando bajo el manto de la noche.

Jane se dirigió hacia la casa con Luther a su lado.



Descalzo en calcetines, Harley salió de su oscura habitación y recorrió con cautela el pasillo del ala norte de la casa. Atravesó la sala que conectaba con el ala sur y, desde allí, se dirigió a la escalera principal. A esas horas, dicha escalera era menos arriesgada que la trasera, que daba a un zaguán. Junto al zaguán se encontraba la cocina, donde preparaban la cena para el personal, y ya estarían a punto de servirla.

Los amplios escalones de roca caliza descendían rodeando con elegancia una elaborada araña de cristal hasta desembocar en un recibidor. A media escalera, Harley escuchó unos pasos y se quedó paralizado.

Vio como uno de los empleados, Walter, salía del salón y cruzaba el recibidor, mientras pisaba los prismas luminosos proyectados por los cristales colgantes. Sin levantar la mirada, Walter desapareció rápidamente por el pasillo que conectaba el ala sur con el ala norte.

Esa era la única oportunidad de que disponía Harley para escapar sin ser detectado. Si descubrían que conocía el secreto de los zapatos, el próximo localizador GPS no podría quitárselo, pues tal vez se lo implantaran quirúrgicamente. Por lo tanto, solo vaciló un momento antes de bajar corriendo el resto de los escalones y cruzar el recibidor hasta la biblioteca, que se encontraba frente a la entrada abovedada del salón.

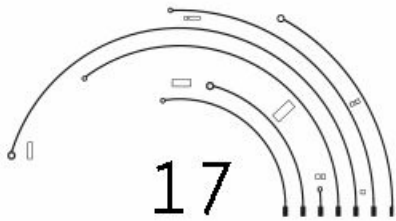
Abrió con cuidado la puerta, no vio a nadie, entró y la cerró tras él. Creía que había sido el primero en llegar.

Nora Rhinehart surgió de detrás de un sillón de cuero tres veces más grande que ella.

—Es Harley—susurró.

A continuación, la pequeña Sally Ingram emergió de entre unas cortinas de brocado que llegaban hasta el suelo.

Eran las 19:54.



En una puerta de la parte oeste de la casa, Luther enfocaba con la pequeña linterna de Jane el embellecedor de la cerradura donde se encontraba el cerrojo, a unos centímetros por encima del picaporte. Ella había intentado abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Antes de dejar el coche, Jane había enganchado la pistola de ganzúas LockAid a su cinturón. Insertó la pistola automática en la ranura y presionó el gatillo varias veces hasta que el cerrojo cedió.

Si las suposiciones que había hecho, basadas en lo que ella sabía y en lo que Luther le había revelado en el bar, eran correctas, no debía preocuparse por el sistema de seguridad. Tal vez sí lo hubiera y pudiera fijarse, pero si ella lo activaba, la alarma tan solo atraería al personal hasta su posición, lo que le ahorraría tener que encontrarlos.

Cuando ella abrió la puerta, no sonó ninguna alarma. Si habían detectado el allanamiento de morada, los empleados debían de haber sido advertidos por alguna señal silenciosa, quizá por alguna luz intermitente en las habitaciones principales.

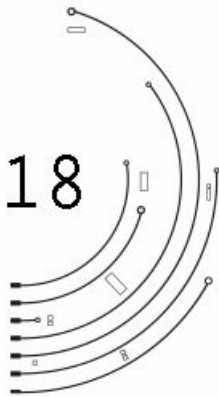
Cruzó el umbral y encendió un interruptor que encontró, mientras Luther entraba tras ella y cerraba la puerta con cuidado. Estaban en una especie de dormitorio y sala de estar que posiblemente perteneciera a uno de los empleados. Teniendo en cuenta que tenía acceso directo al exterior, lo más probable era que fuera la habitación de una sirvienta cuando la casa era una residencia en lugar de una prisión. Una puerta abierta daba a un baño adyacente.

La cama cuidadosamente hecha, la limpieza, el orden —y un cierto ambiente a esterilidad, más fácil de sentir que de describir— hacían que ese estudio encajara con todos los lugares que había visto en Iron Furnace.

Se dirigieron hacia una puerta interior que podría dar a un pasillo. La puerta se abrió cuando llegaron hasta ella.

Un hombre fornido, con el rostro colorado y un uniforme blanco, se detuvo en el umbral.

—¿Quiénes sois?



En alguna época, la biblioteca debió de haber albergado libros. Ahora, varias decenas de metros de estantes de nogal estaban limpios y pulidos, pero vacíos. En el aire no reinaba un aroma a papel envejecido y tampoco había revistas ni periódicos esperando a ser leídos en la mesa de marquetería situada en el centro de ese gran espacio.

Cuando la puerta se abrió, Harley se puso rígido, pero tres chicos más se unieron a ellos. Dulciana Moss y Jenny Boone entraron primero, y Bobby Acuff las siguió. Cerraron la puerta con exagerado cuidado, como si el más mínimo chasquido pudiera atraer a una manada de sabuesos del infierno hasta ellos.

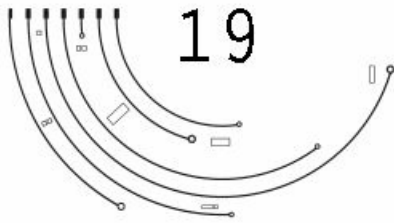
Durante sus primeros meses en aquel antro, Jennifer Boone no había dejado de llorar por la nostalgia y por la angustia de que su madre la hubiera enviado a una prisión sin más explicaciones que el consabido «es por tu bien». Cuando se le agotaron las lágrimas, Jenny empezó a endurecerse, como si se preparara para escaparse de este famoso colegio y de la ciudad, para ir a algún lugar en el que aún estuvieran cuerdos. Al principio era débil y lenta, pero tras varios meses de ejercicio se había vuelto musculosa y rápida. Antes era pálida; ahora, morena. Su cabello castaño aparecía teñido con unas mechas rubias debidas al exceso de sol, incluso en invierno. La tristeza de Jenny había mudado en rabia y en una firme determinación.

Dulciana Moss, de once años, regordeta a su llegada, ahora era delgada, de labios pálidos y ojos hundidos. Al principio, se mostraba habladora y no le preocupaba haber sido apartada de su familia, porque tenía la certeza de que volverían a por ella en unos días. Poco a poco, se le fueron agotando las palabras y empezó a hablar de forma breve y solo en caso necesario. A pesar de ser hija de ateos, Dulciana guardaba la mayor parte de sus palabras para Dios, porque, aunque nunca le respondiera, no la había traicionado como habían hecho aquellos que no creían en Él.

Bobby Acuff, de la misma edad de Harley, se refugió en la idea de que se avecinaban peores horrores que el que les esperaba dentro de dos años. Con cada tormenta, preveía una catastrófica inundación o que un rayo lo partiera en dos, al igual que había ocurrido una vez con un roble en el jardín de su familia. Todo viento era un tornado en potencia que los sumiría en el olvido; la picadura de una araña o una abeja, una herida letal de la que siempre le sorprendía recuperarse. El día que lo llevaron sus padres, Bobby había visto a su hermana cuatro años mayor, Rimona, morir en los escalones del porche delantero. Rimona gritó, lloró y pataleó, resistiéndose al abandono, así que su padre intentó hacer que entrara en razón sacudiéndola. Lo intentó con demasiada fuerza. Tal vez su cerebro rebotara contra la cóncava superficie de su cráneo y sufriera una conmoción cerebral por la violenta sacudida. O quizá le estallase una arteria. Rimona se quedó flácida en los brazos de su padre y se desplomó en el suelo, sangrando abundantemente por la nariz. La madre y el padre de Bobby se quedaron devastados. Brevemente. Se recuperaron con la rapidez de la que solo los impostores eran capaces, como si la pena fuera una fina mota de polvo que una ligera brisa pudiera dispersar. Dejaron el cuerpo de Rimona en el suelo y se marcharon en coche. El personal la enterró en el extremo norte de la finca, sin ataúd, envuelta en un lecho de cal.

A veces, Harley se preguntaba cuántos otros niños se habrían resistido y habrían acabado heridos —en caso de ser por accidente— de muerte.

Eran las 19:59.



—Juguemos al mensajero del miedo —respondió Jane, recordando lo que había escrito repetidamente Cora Gundersun, cuando el hombre de rostro colorado les preguntó quiénes eran.

—De acuerdo —dijo, y con esas palabras toda la tensión se esfumó de su cuerpo.

Se quedó en el umbral, mirando a Jane con la paciente curiosidad de un perro que espera a que su amo le diga si ha llegado el momento de pasar de la chimenea a la cama.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó ella.

—Seth Donner.

—Entra, Seth, siéntate.

Fue hacia la silla que ella le indicó, se sentó e inclinó la cabeza como si le preocupara perderse la siguiente orden. Sus ojos parecían los orbes de cristal de un muñeco de ventrílocuo, tan translúcidos como el agua de manantial.

—Dios santo —susurró Luther, no a modo de blasfemia sino como una breve oración.

—Seth —dijo Jane—, ¿cuántos empleados más hay?

—Siete. Siete empleados más.

—¿Ocho, incluyéndote a ti?

—Sí.

—¿Dónde están los otros siete?

Seth pareció escuchar una voz que ellos no pudieron oír.

—Están en la cocina y en el salón. Casi es la hora de la cena.

—¿Están allí los niños?

—No, solo el personal.

—¿Dónde están los niños?

—En sus habitaciones, en el piso de arriba.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy conectado a sus localizadores.

—¿Localizadores? ¿Qué localizadores?

—Los de sus zapatos.

—Conectado ¿cómo?

Frunció el ceño.

—Estoy conectado a ellos todo el tiempo. Desde la actualización.

—¿Actualización? ¿A qué te refieres?

—La del pasado diciembre.

—¿Qué fue actualizado?

—Bueno, ya sabe..., la actualización.

Desconcertada, dejó de insistir.

—¿Cuántos niños hay aquí?

—Ocho.

—Un empleado para cada niño.

—Sí.

Tenía los brazos flácidos y las manos en el regazo, una de ellas boca arriba, como si hubiera estado sujetando algo tan ligero que hubiera salido flotando.

A pesar de estar agradecida por la docilidad del hombre, Jane también se sentía angustiada, casi asqueada. Interrogar a un hombre peligroso mientras se encontraba atado a una silla, y a su merced, no le hacía sentir mal, pero ahora se sentía sucia, como si cualquier interrogatorio sin forcejeo ni resistencia fuera deshonoroso.

Luther y ella intercambiaron miradas, y él no necesitó expresar su repugnancia para que ella la captara.

—Seth —dijo ella—, olvidarás esta conversación, olvidarás que nos has visto.

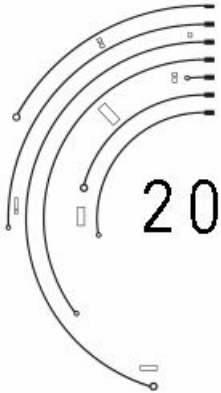
—Sí.

—Te quedarás aquí hasta que te libere con las palabras adecuadas. ¿Has entendido?

—Sí.

Ella sacó la pistola de su funda y Luther, la suya. Siguió al sheriff hacia el vestíbulo, deteniéndose en el umbral para mirar atrás.

Seth Donner no se había vuelto para seguirlos. Miraba hacia el lugar en el que había estado Jane, como si hubiera sido una manifestación divina, cuya segunda visita esperaba embelesado y fascinado, incluso a pesar de la sed y la inanición.



Tom Proctor, un chico de doce años de completa confianza, se coló en la biblioteca a las 20:02 acompañado de Jimmy Cole, por quien Harley había estado preocupado. Jimmy, física y emocionalmente frágil desde el primer día, delgado y cada vez más pálido, era el que tenía más probabilidades de olvidar la cita o bien de llegar con los zapatos puestos. A Tom, un chico responsable, se le había ocurrido vigilarlo y ahora se encontraban allí los ocho reunidos.

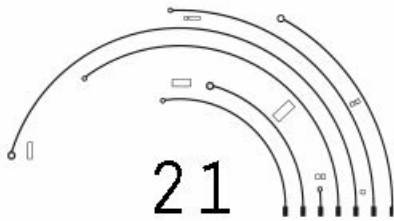
—Vamos a cruzar esa puerta hasta el estudio, luego atravesaremos el pasillo de servicio hacia la lavandería y saldremos por el garaje. Os sacaré de aquí en el Cadillac Escalade.

—¿Sabes conducir? —preguntó Jenny Boone.

—Sé lo suficiente.

—No tienes las llaves, no iremos a ninguna parte sin ellas. Estamos acabados —dijo Bobby Acuff, siempre pensando en las posibles catástrofes.

—Sé dónde guardan las llaves —contestó Harley.



La cocina olía a pollo asado y al vapor que salía de las ollas con verduras cocidas en caldo de pollo. Se oía el zumbido de la ventilación del horno y el susurro de la corriente de aire caliente a través de la rejilla... Había una mujer delante de la vitrocerámica, de espaldas a Jane y a Luther, y un hombre junto a la mesa auxiliar, colocando los panecillos de la bandeja del horno en una cesta.

—Juguemos al mensajero del miedo —dijo Jane.

El hombre levantó la mirada y la mujer se volvió.

—De acuerdo —dijeron a la vez.

—Sentaos a la mesa.

La mujer sacó la cuchara de mango largo con la que estaba removiendo algo en una olla y la dejó sobre la encimera, el hombre soltó la bandeja del horno y ambos se sentaron obedientemente.

—Quedaos aquí y esperadme —dijo Jane. Ellos asintieron y ella cruzó la habitación para unirse a Luther, que ya había abierto la puerta de la antecocina.

Ella lo siguió a través de otra puerta que daba al comedor, donde cuatro miembros del personal vestidos de blanco, como si todos se hubieran consagrado a algún culto de vírgenes, estaban sentados a la mesa, preparados para comer. Mientras tanto, un hombre con el mismo uniforme blanco vertía agua helada de una jarra de cristal transparente, perlada por la condensación.

—Juguemos al mensajero del miedo —dijo Luther en la entrada.

Los cuatro que estaban en la mesa giraron la cabeza hacia él.

—De acuerdo —dijeron a la vez.

Pero el hombre con la jarra puede que estuviera distraído o quizás un poco sordo. No reaccionó al comando de control de Luther, sino al movimiento de cabeza de los demás. Levantó la vista, sorprendido, y derramó el agua sobre un soporte de plata, dispuesto para el salero y el pimentero, que había junto al vaso que debería haber llenado. Al ver sus armas, el tipo gritó una advertencia, soltó la jarra y se alejó de los cuatro individuos sentados a la mesa, mientras diversos cristales rotos y trozos de hielo se esparcían sobre el mantel, transportados por el agua derramada.

El hombre se dio a la fuga y llegó hasta el umbral antes de que Jane gritara:

—Juguemos al mensajero del miedo.

Aunque el cuarteto de la mesa volvió a asentir, no supo si el quinto la había oído hasta que fue tras él y lo encontró de pie en el pasillo, como si hubiera olvidado adónde se dirigía y por qué había salido corriendo del salón.

Su mirada transmitía confusión, miedo y la sensación de estar perdido. Tenía los puños apretados a los costados, con los nudillos tan blancos y sobresalientes como si la piel se hubiera dividido para dejar el hueso a la vista.

El tormento en sus ojos la conmovió, pero no con esa clase de compasión que se sentía cuando uno no compartía la aflicción y la desgracia de los demás. Fue por pura empatía, porque le habían arrebatado su dignidad las mismas personas que se la arrebatarían a ella a la menor ocasión. Lo habían sacado de la vida que debería haber tenido para meterlo en una creada para él, lo que no era muy diferente de haber pasado de cazar fugitivos a convertirse ella misma en una fugitiva, de esposa a viuda, de madre cotidiana a serlo solo cuando las circunstancias se lo permitían.

Ella enfundó la pistola.

—No estoy aquí para hacerte daño. ¿Me crees?

—Sí. Por supuesto. Sí.

—¿Cómo te llamas?

—George.

—No tengas miedo, George. No de mí.

Él pareció buscar respuestas en los ojos de ella.

—¿Qué me ha pasado?

—¿No lo sabes, George?

—Algo ha pasado, pero no sé el qué.

No se podía hacer nada por él. Los esclavos encadenados podían ser liberados cortando las cadenas y aprobando leyes. Pero la nanotelaraña que les invadía el cerebro, con sus fibras profundamente entrelazadas en su materia gris, no se desharía cortando cadenas ni aprobando leyes, por muy buenas intenciones que tuvieran.

—No tengas miedo —repitió. Aunque sonara estúpido, era lo único que se le ocurría decirle.

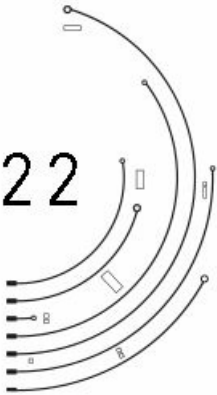
—¿Tú tienes miedo? —preguntó él.

—No —mintió Jane.

—Entonces, de acuerdo. —Relajó los puños—. Está bien.

—Vuelve al comedor, George. Siéntate con los demás.

Con la docilidad de un corderito, hizo lo que le había dicho. Sin embargo, ella no sintió la dignidad de un buen pastor.



El garaje estaba pavimentado con cuarcita impermeable y había espacio para doce vehículos, aunque solo hubieran asignado cuatro al personal que vivía en el falso colegio. La esquina noroeste estaba ocupada por un taller con armarios empotrados, una mesa de trabajo y toda clase de herramientas expuestas en un panel perforado. Todo limpio e impecable.

El garaje estaba prohibido a los niños, pero Harley había estado allí varias veces. Los empleados no podían hacerle nada peor de lo que ya le habían hecho encerrándolo allí. Esos castigos tan estúpidos, como dejarlo sin postre en la cena, no le importaban. Hasta el pasado diciembre, había podido pasar el tiempo ahí, pero después algo había cambiado. Ahora parecían saber cuándo entraba en el garaje e iban a por él de inmediato.

El pasado noviembre se escondió en el interior del Cadillac Escalade, con la esperanza de que alguien lo cogiera sin darse cuenta de que estaba en la parte de atrás. Desde allí, había visto a Noreen regresar de la ciudad en el Ford Explorer. Ella abrió uno de los cajones junto a la mesa de trabajo, metió las llaves del Ford y lo cerró con llave.

Ahora, los ocho prisioneros descalzos se encontraban frente a la mesa de trabajo. Aunque los muebles estuvieran bien hechos, Harley creía que podía forzar la cerradura con facilidad. Seleccionó un martillo del conjunto de herramientas y un destornillador.

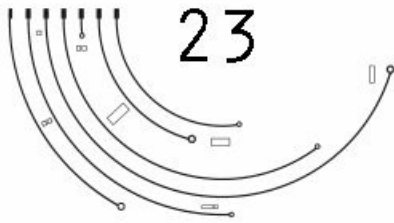
—¡No, no! Nos oirán —se inquietó Bobby Acuff—. Nos oirán y vendrán a matarnos a todos.

—Están cenando al otro lado de la casa —dijo Harley—. De la forma en que lo voy a hacer, no lo oirán.

—Tienen el oído de un perro —añadió Bobby Acuff—. Oyen cosas que otras personas no pueden oír. Lo oyen todo.

—Oh, por Dios, Bobby, cierra la boca —dijo Jenny Boone—. Aunque lo oyeran, lo máximo que harán será dejarte sin tarta mañana por la noche.

—No, nos matarán a todos —insistió Bobby—. Solo porque aún no lo hayan hecho no significa que no lo vayan a intentar cuando quieran.



La intuición era la forma más elevada de conocimiento, por encima de toda enseñanza y al margen de la razón. Jane experimentaba un gran respeto hacia este sentido innato, ya que le había salvado la vida en varias ocasiones. Ahora, la intuición le decía que las cosas no iban tan bien como parecía, que una amenaza inminente los pillaría por sorpresa.

En el segundo piso, Luther y ella corrían por el pasillo sur, abriendo puertas, buscando de habitación en habitación. Algunas estaban sin amueblar. También había suites en las que era evidente que vivían los niños, pero en ese momento no se encontraban en ellas.

En la tercera suite, Jane vio algo que le hizo detenerse: un par de zapatillas de deporte junto a la cama.

Luther salió del baño.

—Aquí no hay nadie.

—¿Están los zapatos en el armario? —preguntó ella.

Él abrió la puerta, encendió la luz y se asomó.

—Hay ropa, pero no zapatos.

«¿Dónde están los niños?», le había preguntado Jane a Seth Donner.

«En sus habitaciones».

«¿Cómo lo sabes?».

«Estoy conectado a sus localizadores».

«¿Localizadores? ¿Qué localizadores?».

«Los de sus zapatos».

Recordó que había visto un par de zapatillas deportivas en la primera habitación amueblada. Estaban junto a un sillón. Y en otra de las suites había un par junto a la bañera.

En el pasillo, Luther abrió una puerta.

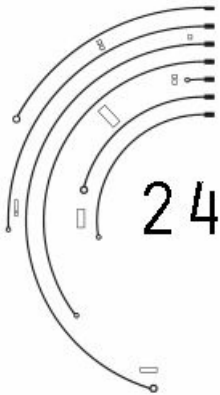
—Sin amueblar —dijo.

Jane pasó a la siguiente habitación, donde había un par de zapatillas a un lado de la puerta, como si el niño se las hubiera quitado justo antes de salir.

—Se están escapando —dijo Jane—. Si no lo han hecho ya.

Mientras corría hacia la escalera, su intuición la alertaba. Un gran peligro se avecinaba, pero no sabía qué sería o de dónde vendría.

Entonces recordó otra cosa que le había dicho Seth Donner: «Desde la actualización».



Con la lengua entre los dientes, Harley Higgins se concentró en su tarea.

El destornillador, insertado entre el cajón y el armario, tenía el mango recubierto de goma, por lo que los golpes del martillo producían un leve sonido. Lo peligroso era el crujido de la madera astillándose y el chirrido de la cerradura.

Bobby Acuff no dejaba de predecir catástrofes cada diez segundos.

—Acuff, tranquilízate, o te voy a dar patadas en el culo hasta ponértelo encima de los hombros y tendrás que quitarte la camiseta para cagar —dijo Jenny Boone.

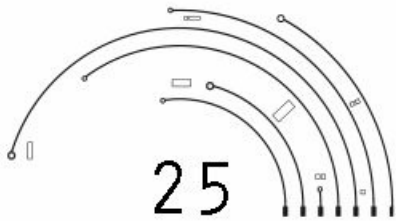
Bum, un golpe de martillo hundió el destornillador como un cincel. Bum, bum. Salieron disparadas astillas de madera seca y trozos de viejo latón.

La cerradura y la madera se separaron y el cajón se abrió para revelar una caja de metal.

Harley cogió la caja, la puso sobre la mesa de trabajo y abrió la tapa. Había llaves electrónicas para cuatro vehículos.

Justo en ese momento, la puerta que conectaba con la casa se abrió y dos desconocidos entraron en el garaje.

Bobby Acuff soltó un grito agudo, pero Harley tuvo un buen presentimiento. Uno de los extraños era un tipo negro, mayor, de unos cincuenta años o más. Pero era grande y se le veía fuerte a pesar de su edad. También había una chica. Parecía sacada de un catálogo de Victoria's Secret, salvo por la ropa que llevaba. Pero, de alguna manera, era evidente que ambos procedían del mismo lugar, que trabajaban en lo mismo. Ninguno de ellos parecía que se anduvieran con tonterías.



Si no fuera porque no había tiempo para las emociones, a Jane le habrían partido el corazón el miedo y las posturas defensivas que adoptaron los niños. Incluso el mayor de ellos parecía extremadamente pequeño y vulnerable, y sus rostros revelaban que eran almas heridas.

Ella les dijo la media verdad de que era del FBI y Luther les dijo que era sheriff. Los niños estaban lo bastante desesperados para creerlos sin vacilar.

—Os sacaremos de aquí —les prometió ella.

Un chico de unos catorce años alzó una llave electrónica.

—Podemos usar el Cadillac Escalade.

—No —dijo Luther—. Usaremos uno de sus mandos para abrir la verja principal; pero si cogemos sus coches, se nos echarán encima como las moscas al azúcar. Tenemos dos coches, cabréis todos en ellos.

—No tenemos zapatos —informó una de las chicas.

—Ya, sabemos por qué —dijo Jane—. Tenemos que ponernos en marcha. Compraremos zapatos mañana.

Fuera, al otro lado de la puerta del garaje, se oyó el sonido de unos motores en el camino de entrada y el chirrido de los frenos. Había más de un vehículo.

—Echaré un vistazo —le dijo Jane a Luther, y se apresuró hacia la casa.

En la parte delantera de la residencia, avanzó hasta el oscuro salón bajo la leve luz procedente del vestíbulo. Apartó las cortinas y vio media docena de vehículos en el largo camino de entrada, coches y todoterrenos. Los recién llegados ya estaban apagando las luces de los faros. Alguien había sido capaz de abrir la enorme verja de bronce. Otro coche cruzó la verja, se detuvo y apagó las luces.

Los ocupantes empezaron a bajar de los vehículos, en su mayoría hombres, pero también alguna mujer. Al menos serían doce. Para llegar ahí tan rápido, debían de haber venido del complejo. Pero ¿alertados por quién?

Nadie se acercó a la puerta. Se quedaron bajo el tejado del porche y se desplegaron a lo largo del camino de entrada. Eran figuras turbias, poco iluminadas por las lámparas exteriores y desde extraños ángulos. Más que seres humanos semejaban formas humanas, con los rostros cubiertos de

sombras. No parecían inquietos, pero se quedaron plantados como testigos de algún acontecimiento inminente e importante sobre el que algún día darían testimonio. No hablaban entre ellos, como si supieran por qué estaban ahí y qué debían hacer.

Jane sospechaba que estuvieran esperando refuerzos procedentes desde más lejos, desde Iron Furnace, «la ciudad donde siempre es Navidad».

Aunque ella se había emboscado en la oscuridad, sintió que algunos de esos indeseados visitantes eran conscientes de su presencia y que la estaban mirando. Dejó caer las cortinas y atravesó el primer piso corriendo hasta la habitación de Seth Donner.

Seguía en la silla en la que lo había dejado, pero ya no observaba el espacio vacío en el que ella se había encontrado. Ahora se miraba las manos, colocadas sobre uno de sus muslos. Sus rasgos no revelaban nada sobre su estado de humor o sus pensamientos.

—¿Seth, estás conmigo?

El tipo enorme levantó la cabeza y su mirada no parecía tener límite, como si mirara al infinito a través de ella. Sus ojos estaban intactos, pero parecía tan ciego como Sansón en su prisión de Gaza.

—Sí, estoy contigo.

—Antes mencionaste los localizadores de los zapatos de los niños. Dijiste que estabas conectado a ellos todo el tiempo.

—Los niños están en su habitación ahora. Todos ellos.

—Dijiste que sabías dónde estaban los niños todo el tiempo, desde tu actualización.

—Todo el tiempo. Desde diciembre —confirmó.

—¿De qué actualización hablas, Seth?

Él frunció el ceño.

—Bueno, ya sabe..., la actualización.

—¿A qué te refieres con «actualización»?

Frunció el ceño aún más y no respondió.

—Juguemos al mensajero del miedo, Seth.

—De acuerdo.

—Dijiste que siempre sabías dónde estaban los niños por sus localizadores.

—Todos lo sabemos. Ya no necesitamos rastrearlos con una aplicación.

—¿Antes los localizabais con los móviles?

—Ya no.

—¿Y ahora cómo lo hacéis?

—Recibimos la información.

—¿De los localizadores? ¿Desde dónde, Seth?

Pareció perplejo.

—Simplemente, la recibimos.

En la fábrica abandonada, antes de que Randall Larkin se abalanzara sobre ella y la obligara a matarlo, su rostro se había convertido en una mueca arrogante y alardeó diciendo: «Ya estás muerta, pedazo de mierda. Todos hablan de ti en la habitación de los susurros».

—Seth, ¿qué es la habitación de los susurros?

—Solo es una habitación a la que solemos ir.

—¿Está en esta casa?

Pensó antes de responder.

—No.

—¿Dónde está, Seth?

Levantó una mano y se dio unos golpecitos en la frente, que sobresalía sobre sus ojos hundidos.

—Supongo que está aquí, en alguna parte. Nunca lo he pensado. Simplemente, está aquí.

Jane fue uniendo las piezas del rompecabezas, una tras otra, y no le gustó la imagen que se estaba formando.

La gran casa seguía en silencio. Ni cristales rotos ni puertas derribadas. Aún no.

—¿Hay algo más aparte de los localizadores GPS en esa habitación, Seth? ¿Oyes voces allí?

—A veces oigo una voz, un susurro muy bajo.

—¿La voz de quién?

Se encogió de hombros.

—De nadie.

—¿Alguna vez susurras en esa habitación, Seth?

—Algunas veces.

—¿A quién le susurras?

—A todo el mundo.

El corazón se le aceleró, latiendo como si golpearan la tensa piel de un tambor aborigen, despertando sus temores más profundos y primitivos.

—¿Todos los habitantes de Iron Furnace oyen lo que susurras?

—Sí. Todos lo oyen.

Era la actualización del mecanismo de control de sus cabezas, una mejora que los conectaba a todos mediante la transmisión de microondas.

Ya no eran seiscientos individuos controlados mentalmente. Eran algo más. Una colmena.

Se acordó de George, rellenando los vasos de agua en el comedor. No oyó el comando de control la primera vez que lo dijo Luther e intentó escapar. Ella volvió a gritarlo y lo alcanzó en el pasillo. Durante esos segundos transcurridos desde que los había visto con las armas en alto y hasta que se había sometido a su control en el pasillo, ¿qué había dicho George en la habitación de los susurros? Como mínimo, debía de haber pedido ayuda.

—Seth, ¿aún tienes móvil?

—Sí.

—¿Cuál es el número?

Se lo dio y ella lo repitió varias veces, hasta que creyó que podría recordarlo.

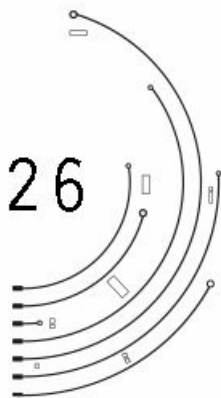
—¿Tienes el móvil encima, Seth?

Lo sacó de un bolsillo de la chaqueta del uniforme.

—¿Está encendido? ¿No? Entonces, enciéndelo. Vale. Bien. Deja el teléfono encendido y espera aquí, Seth. Te llamaré dentro de poco.

—De acuerdo.

Sus rodillas cedían y sentía los músculos flojos, pero consiguió llegar corriendo hasta el garaje.



Jane lideraba el grupo y Luther estaba en la retaguardia, ambos con las armas desenfundadas. Los niños avanzaban en fila de a dos entre ellos. Lo único que podían hacer era salir de allí a pie. Tan solo podían esperar que Cora Gundersun les hubiera dado todo lo necesario y que lo que había funcionado hasta ese momento, siguiera haciéndolo unos minutos más.

Usó el control remoto que había sido enganchado en la visera del Cadillac Escalade. La puerta del garaje se abrió con un traqueteo.

Un tramo de diez metros de pavimento conducía hacia la esquina sudeste de la casa y conectaba con el camino circular de la entrada. En esos diez metros había unas quince o veinte personas, todas frente al garaje. Ahí permanecían en silencio, pero tal vez no lo estuvieran en la habitación de los susurros. Los focos del suelo que había en el camino formaban arcos abocinados de suave luz en torno a los pies de ese tenso grupo, pero por lo demás eran figuras oscuras y fantasmales en vigilante silencio. Parecían habitantes del infierno procedentes de calles subterráneas de asfalto ardiente, esperando el sonido de algún cuerno infernal momentos antes de apoderarse de las almas inocentes para llevarlas al último abismo.

Cuando Jane condujo a los niños afuera del garaje, los miembros de la colmena avanzaron en su dirección y ella alzó la voz para detenerlos.

—Juguemos al mensajero del miedo.

Temía que fueran inmunes a esa manipulación, pero, con la misma unanimidad de una congregación durante una letanía, respondieron «de acuerdo» y se detuvieron a la espera de su siguiente orden.

—Apartaos —dijo ella—. Y dejadnos pasar.

La mayoría obedeció de inmediato, pero algunos vacilaron brevemente antes de ceder.

—Dejadnos pasar y esperad aquí.

Mientras Jane guiaba a los niños, contando con el respaldo de Luther, que le cubría las espaldas, ella se acercó a algunos sobre los que había ejercido el control. Sus rostros se aclararon ligeramente fuera de las sombras como lo harían los semblantes bajo la tenue luz de las velas en la sesión de espiritismo de una vidente. Los ojos, incoloros, de un brillo misterioso y desprovistos de esclerótica como los insectos, transmitían menos emociones que unas máscaras mortuorias. Aquí y allá, algún tic o bizqueo esporádico, así como el descubrimiento de dientes apretados, sugerían un conflicto interno, tal vez debido a que habían sido llamados a las armas para ser desarmados con unas pocas palabras. Pero incluso esos permanecían obedientes al maestro de ceremonias que les había pedido jugar al mensajero del miedo.

Al doblar la esquina, Jane casi dudó al ver por lo menos a cincuenta personas reunidas en el camino de entrada, bajo el porche y repartidas por el césped, bloqueando la salida. Cuando estos vieron a los niños, todos avanzaron en silencio con una clara intención.

Jane alzó la voz y lanzó la invitación al juego como una orden. Le pareció que todos respondían con sumisión. Sin embargo, un miembro del enjambre continuó acercándose lentamente con gesto serio. La mujer debía de rondar casi los cuarenta, tenía el cabello rubio y ceniciento en la penumbra y una mano sobre el pecho, como si tratara de calmar su corazón acelerado.

No se trataba de personas malvadas que montaran guardia. Esos hombres y mujeres vivían vidas restringidas, inconscientes de su esclavitud, creyendo que eran libres. Tal vez pudieran obligarlos a hacer crueldades sin que recordaran haberlas hecho, pero Jane quería evitar detenerlos con balas si las palabras bastaban. No obstante, cuando le ordenó a la rubia que se detuviera y no obedeció, levantó la pistola con ambas manos y advirtió a los niños.

—Niños, no miréis. Bajad la vista.

La rubia se detuvo apenas a sesenta centímetros del cañón de la pistola, que apuntaba al centro de su bonito pero sorprendentemente inexpresivo rostro. Abrió la boca y gesticuló, pero no emitió ningún sonido.

—De acuerdo —dijo en su segundo intento, asumiendo su estado de impotencia. Sin embargo, sus ojos se clavaron en los de Jane y, sin duda, quería decirle algo más. La mano que mantenía presionada sobre su pecho se alejó de su cuerpo como si, de pronto, fuera ingrávida, y estuviera menos bajo el control de la mujer que liberada por la gravedad, y quedó flotando bajo la influencia de los pocos electrones y protones del viento solar que podrían estar presentes incluso de noche.

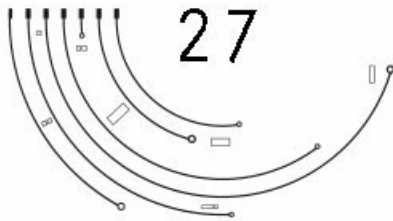
—Apártate, ahora. Apártate y déjanos pasar —ordenó Jane, antes de que la mujer se atreviera a quitarle la pistola.

La mano supuestamente fuera de su control regresó al pecho de la mujer y descendió a un costado. Ella se apartó de su camino.

Uno de los dos niños que estaba justo detrás de Jane, el chico llamado Harley, habló en ese

momento.

—¿Mamá? ¿Mamá? ¿Mami? —dijo con voz temblorosa, y la rubia desvió la mirada hacia él.



Al ver a su madre emerger de la noche, entre la multitud, Harley pensó que quizá no todo estuviera perdido, que tal vez sus vidas pudieran volver a enderezarse. Esa era la primera vez que él la veía desde aquel día, hacía diez meses ya, en que ella y su padre lo habían llevado a este presunto colegio. Acaso la vida pudiera ser como una película de ciencia ficción después de todo, y quizás la agente del FBI y el sheriff tuvieran el poder de deshacer incluso el trabajo de los malvados alienígenas, o cualquiera que fuera el otro poder que había cambiado a la gente. Los sentimientos de resentimiento y pena se desvanecieron, y le habló.

Ella lo miró, y él se dio cuenta de que ella lo había reconocido. Al principio, tenía los ojos sombríos y el rostro carente de expresión, pero a él le dio la sensación de que, en lo más profundo de su corazón, ella seguía siendo la misma de siempre: su madre buena, amable, dulce y cariñosa.

Volvió a hablarle, y ella se acercó a él con la mano extendida, como para que él pusiera la suya en la de ella, esa misma mano que le había apartado el pelo para tocarle la frente para ver si tenía fiebre, y la que le había puesto bien la corbata cuando llevaba la ropa de los domingos. Se oyó a sí mismo decirle que la quería, antes y para siempre.

Cuando desvió la vista de la mano, vio cómo en la rigidez del rostro de ella se comenzaba a dibujar una expresión que él nunca le había visto, y que no era la adecuada en medio del reencuentro de una madre con su hijo. Era una mirada llena de necesidad, pero se trataba de una necesidad retorcida y feroz y, aunque sonreía, esa sonrisa era más triunfal que afectiva. Como si lo que fuera que estuviera utilizándola ahora no pudiera evitar expresar sus sentimientos a través de ella, mientras moldeaba los rasgos de la mujer a su antojo para engañar.

Sus dedos se tocaron. Lo que antes había sido una mano afectiva ahora se había convertido en una garra que lo atrapó. El muchacho se soltó y se encogió de hombros. Después, la mujer del FBI le pidió que se apartara. Su madre —no su madre sino esa cosa que se le parecía— hizo todo cuanto le ordenó, y la inexpresividad volvió a su rostro.

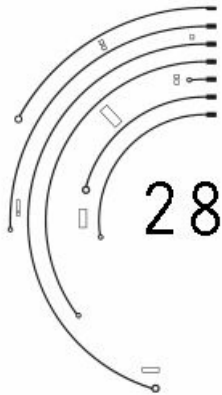
Harley se oyó a sí mismo hacer un sonido terrible, y se prometió que no volvería a hacerlo. En realidad, no había perdido nada. Llevaba meses diciéndose que no había vuelta atrás, que toda esa extrañeza se había llevado consigo cualquier posibilidad de recuperar la normalidad. No le

habían arrebatado nada esa noche, pero él se sentía como si hubiera perdido a su madre por segunda vez, y se arrepintió de haberse dejado llevar por la esperanza.

—Harley, cariño, todo va a salir bien. ¿Me oyes? Te prometo que no te va a pasar nada. Dale la mano a Jenny —dijo la mujer del FBI. No estaba del todo sonriendo, pero en su cara se reflejaba la bondad que él había esperado encontrar en la de su madre—. Jenny, dale la mano a Harley. Ayudaos el uno al otro.

Jenny Boone y él se pusieron inmediatamente detrás de la agente. Jenny le dio la mano, gesto que Harley agradeció.

Comenzaron a avanzar de nuevo, con toda la gente observando, como esperando para abalanzarse. Harley no miró a su madre, y tampoco buscó a su padre entre la multitud, a pesar de que seguro que se encontraba ahí. No sabía adónde se dirigían los otros niños y él, ni cuánto les llevaría llegar hasta allí, pero eso no importaba, porque ya no quedaba nada para ellos en Iron Furnace.



Como maniqués traídos a la vida, y convocados ahí para anunciar la abolición de la humanidad, aquellos drones de carne y hueso seguían siendo una amenaza, sobre todo respecto a lo que se trataba de Jane. Los implantes cerebrales nanotecnológicos habían sido obra de la ciencia, aunque a todos los efectos esos individuos habían sido hechizados. Las historias más antiguas que la gente contaba, antes incluso de la existencia de los libros, habían sido historias de hechizos lanzados y de hechizos rotos.

Mientras Jane guiaba a los niños a través del gentío hacia la puerta principal abierta y lejos de la propiedad, miró varias veces hacia atrás, y vio que Luther observaba a la multitud en todo momento.

Los vehículos estaban aparcados aleatoriamente a lo largo de las aceras del camino asfaltado de dos carriles. No se acercaron faros, lo que indicaba que, de los seiscientos ciudadanos de Iron Furnace, no todos habían sido considerados necesarios para responder a la alarma que se había enviado a través de la habitación de los susurros.

Su Ford y el Chevy alquilado de Luther se hallaban aparcados a noventa metros al oeste de la finca. Subieron a cuatro niños en cada vehículo, y luego los dos se reunieron en la parte trasera del vehículo que Luther había alquilado.

—Eso ha sido por los pelos —dijo ella.

—Y todavía lo es.

—Tenemos que llevarlos a través de la frontera estatal, por si acaso alguien de la autoridad legítima de Kentucky se involucra.

—De acuerdo. Lo más rápido es bajar a Tennessee. Luego, ¿qué?

—Texas, si te parece —dijo Jane.

Mientras ambos hablaban, observaban la salida de la finca, preguntándose si podría haber un límite de tiempo a que esas personas programadas permanecieran abiertas a ser comandadas después de haber respondido a la frase de acceso: «Juega al mensajero del miedo conmigo».

—¿Qué hay en Texas para ellos? —preguntó Luther.

—Un lugar que conozco. Te lo diré más tarde.

—Tengo que llamar a Rebecca.

—Sí, claro. Y tú y yo tenemos pendiente una conversación al respecto, pero zanjemos esto y crucemos la frontera estatal primero.

Ella había cogido un móvil desechable de la consola del Ford. Ahora lo usaba para llamar al teléfono de Seth Donner, aunque estaba medio convencida de que el pez gordo no estaría todavía sentado pacientemente en el sillón de su habitación.

—Hola —dijo él.

—Soy yo. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí. Dijiste que llamarías.

—Tienes que hacer tres cosas.

—De acuerdo.

—En cuanto cuelgue, ve a la habitación de los susurros. Envía un mensaje a todos los de Iron Furnace. ¿Podrás hacerlo?

—Sí. ¿Qué mensaje?

—Pedirás que jueguen al mensajero del miedo contigo.

—De acuerdo.

—Todos responderán como tú acabas de hacerlo. Después de que contesten, les dirás que olviden la alarma que dio George. Diles que olviden que alguna vez los llamaron a la escuela. Diles que olviden todo y a todos los que vieron en la escuela. ¿Lo entiendes, Seth?

—Sí. —Seth le repitió lo que ella le había dicho.

—Bien. Muy bien. —Al recordar las páginas de escritura repetitiva de Cora Gundersun que Luther le había mostrado, Jane añadió—: Hay una frase en alemán que pone fin a cada juego del mensajero del miedo. La conoces, ¿verdad?

—Sí.

—La repetirás en la habitación de los susurros después de decirles que olviden.

—Lo haré.

—Después, ¿hay una grabadora de seguridad en la escuela?, ¿un lugar donde se almacene el vídeo de todas las cámaras?

—Sí. Está en el almacén. Hay un disco.

—Sí, se almacenará en un disco y probablemente haya también una copia de seguridad. Seth, saca los discos de la máquina y ponlos en un cubo con unos cuantos litros de gasolina y llévalos al

patio para prenderles fuego. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Cuando el fuego se apague, tira los restos de los discos al lago. ¿Vale?

—Sí. Dijiste que era mi deber.

—Sí, eso dije. Una cosa más. Después de tirar los restos del disco al lago, vuelve a tu habitación y acuéstate.

—De acuerdo.

—Acuéstate, duérmete y olvídate de todo lo que ha pasado esta noche. Duerme y olvídate de mí y del tipo que estaba conmigo. Mientras duermes, olvida lo que les pasó a los niños, y mientras duermes, olvida todo lo que te acabo de decir que hagas.

Se quedó callado.

—¿Seth?

—¿Sí?

—¿Vas a poder hacer todo eso?

—Claro.

—Será mejor que vayas empezando, Seth.

—Lo haré.

—*Auf Wiedersehen.*

Terminó la llamada y apagó el móvil desechable, que no podía volver a utilizar. Lo tiraría desde el coche camino de Tennessee.

Antes de que Jane y Luther salieran del garaje con los niños, ella le había hecho un resumen de un minuto sobre lo que había aprendido acerca de la habitación de los susurros. Aunque él solo hubiera oído la parte de ella relativa a la conversación mantenida con Seth Donner, sabía lo suficiente para entender la forma general de lo que acababa de hacer.

Por un momento la miró con severidad, como si fuera la mente criminal que los medios de comunicación decían que era.

—¿Cuándo demonios lo descubriste y decidiste qué hacer?

—Sobre la marcha.

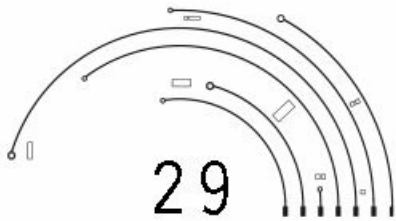
—Lo suponía.

—Podemos ir a través de Mourning Dove y recoger tu equipaje del motel, y llegar a Tennessee en noventa minutos. Tal vez basten setenta y cinco, depende.

—No conduzcas tan rápido como para que me pierda.

—Creía que los sheriffs de pueblo sabíais cómo seguir a un coche.

—Hay que joderse —dijo Luther—. Estoy cagado de miedo por a lo que nos enfrentamos. No me hagas reír.



En una estación de servicio para camiones de Tennessee llenaron el depósito de combustible y compraron refrescos para todos, si bien retrasaron la pausa para ir al baño hasta que llegaron a una parada al borde de la carretera a las 22:40, donde no había público que viera —y se preguntara por ello— a los niños en calcetines.

Para disuadir a los ladrones y, lo que es peor, para no aprovecharse de los automovilistas que utilizaban las instalaciones, la estación de confort y sus terrenos boscosos estaban tan iluminados que la escena era tan irreal como un escenario altamente estilizado. Las sombras negras y la luz blanca, formas geométricas en severo conflicto, parecían simbolizar algo profundo, como si se fuera a representar un juego vanguardista de tedio singular.

Las cámaras no preocupaban a Luther. En tales instalaciones, el equipo de vídeo estaba fuera de servicio la mayor parte del tiempo. Las lentes rara vez se limpiaban. Algunas cámaras no serían más que carcasas inútiles que no funcionaban, una forma barata de disuadir a los depredadores y proporcionar un falso consuelo a la presa.

A cierta distancia de los baños había dos mesas de pícnic de cemento con bancos bajo las ramas de los tilos, sin que estos hubieran perdido todas las hojas, ni las conservaran todas tampoco.

Luther se sentó en un banco para llamar, desde su móvil desechable, al teléfono que le había dejado a Rebecca.

Ella respondió enseguida.

—Sabes que te amo más que a mi vida —dijo él.

—Me estás asustando —contestó ella.

—No es mi intención, pero no me queda otra. Está pasando algo mucho peor de lo que pensaba.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme? —dijo ella, tras una pausa.

—Es para lo único que tengo tiempo. Esto es serio, y no sé cómo nos va a afectar a nosotros, a la familia, a nuestro futuro. Hasta que sepamos cómo van las cosas, tenemos que prepararnos para lo peor.

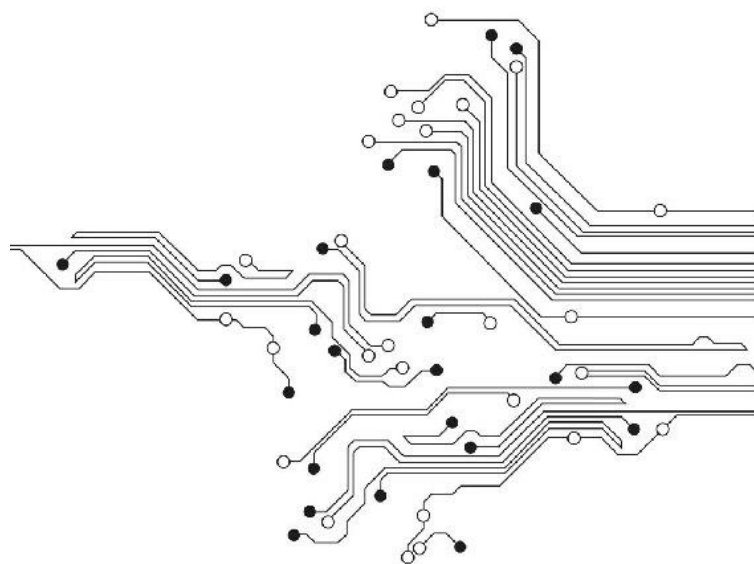
Le dijo a su mujer lo que tenía que hacer. Era una muestra de la confianza que tenía Rebeca en él, de la rapidez de mente de su esposa y de su instinto de supervivencia el hecho de que ella ni se

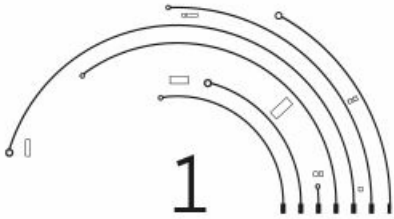
opusiera ni le preguntara siquiera por qué, pues intuyó por qué en cada caso.

Cuando él terminó la llamada, Luther se sentó un momento a la sombra nocturna del tilo, en la fragancia de la madreSelva, mientras escuchaba a las ranas que estaban en los árboles y a los grillos que llamaban a los de su especie. El mundo nunca le había parecido más hermoso. Y así, contemplando desde la comodidad de la naturaleza el aparcamiento de la azotea, tan estéril en la fría caída de la dura luz, pidió valor y misericordia, y si eso era mucho pedir, entonces solo valor.

QUINTA PARTE

ENCONTRAR A JANE





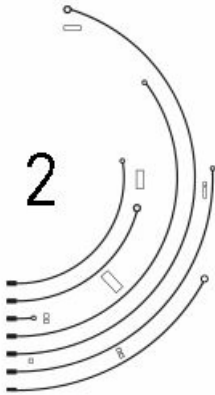
Harley Higgins murmuraba sumido en su sueño, hundido en el arnés de seguridad del asiento del acompañante. Sally y Nora dormían en el asiento trasero, mientras que Jenny Boone estaba acurrucada entre las maletas en la zona de equipajes delante del portón trasero.

Desde Nashville a Memphis, pasando por Little Rock y el oeste de Arkansas, bajo un cielo en el que las nubes se habían secado, y donde crecía la luna y las estrellas, Jane era la única despierta en el Ford Escape, con los ojos como platos por culpa de las pastillas de cafeína y las bebidas energéticas, con el corazón henchido de orgullo tras haber podido rescatar con éxito a los ocho niños de ese pueblo de locos. Durante semanas agotadoras, sus días habían estado guiados más por una voluntad férrea que por la esperanza, porque la esperanza también podía llevar a la decepción si se abrazaba ardientemente, y la decepción, a una sensación de fracaso. Pero, gracias a este triunfo, tan pequeño como pudiera parecer en comparación con todo lo demás, una gran dosis de esperanza había sanado las heridas más recientes de su espíritu.

Luther conocía la ruta que estaban siguiendo y su destino. Sin embargo, habían dispuesto algunos puntos de encuentro a lo largo del trayecto, de manera que pudieran reencontrarse si se separaran. Los dos tenían móviles desechables, para mantenerse en contacto.

Necesitaban sacarlo tanto a él como a los niños del coche de alquiler que estaba a su nombre, y reemplazarlo por un automóvil que no tuviera GPS. Ella no quería conducir por el norte de Texas hasta Nogales, en Arizona, para visitar a Enrique de Soto, quien le había conseguido el Ford.

Existía, ahí en Arkansas, una pequeña alternativa, pero ella se estaba arriesgando al llegar sin avisar. Además, no era una propiedad en la que los niños fueran a estar a salvo por entero, aunque el número de lugares del mundo donde los niños estuvieran indiscutiblemente a salvo disminuía a diario.



Al alba de esa fría mañana de miércoles, el agente Rob Stassen sacó la camioneta Buick del 61 del granero que servía de garaje para sus vehículos y los de Melanie. Él tenía una camioneta Ford con cabina doble que adoraba, no tanto como a su mujer, pero sí más que a su gato. Y Melanie, una Honda, aunque los dos usaban la Buick de vez en cuando, si bien no muy a menudo. Hacía tiempo que Rob quería llevar la Buick al museo, pero le encantaba ocuparse de su mecánica. El coche funcionaba sin problemas, aunque algunas partes de la elegante carrocería necesitaran retoques — abolladuras que reparar, pequeñas áreas oxidadas que cortar— y, en lugar de una capa de pintura guay, tuviera una base en tono grisáceo. Le daba vergüenza salir y entregarle las llaves a Rebecca Tillman.

—No es exactamente un transporte elegante —dijo.

—Suena como si estuviera en perfecto estado —contestó la esposa del sheriff. Llevaba un abrigo de cuero con una piel de conejo en la parte del cuello. Era menuda y delgada, aunque, de alguna manera, parecía más alta que Robbie.

—Te llevará hasta Wisconsin y luego de vuelta sin problemas. ¿Así que tú y Jolie estáis ayudando a la hermana de tu madre a mudarse con ella?

—Ninguna de las dos debería vivir sola. Mamá se niega a venir a vivir con nosotros, dice que Minnesota queda a un paso del lado oscuro de la luna. Estaba claro que iban a decidir que el mejor momento para hacerlo era ahora, con Luther fuera durante la semana en Iowa.

—De visita con sus viejos amigos de la universidad, ¿no?

—Se reúnen cada dos años para hacer cosas de hombres. Los chicos haciendo locuras en el soporífero Des Moines no deberían tener muchos problemas.

—Roger y Palmer. Me ha hablado de ellos, aunque normalmente es cosa del verano y ya está.

—La salud de Palmer no es tan buena. Mejor no esperar hasta agosto.

—Lamento oír eso.

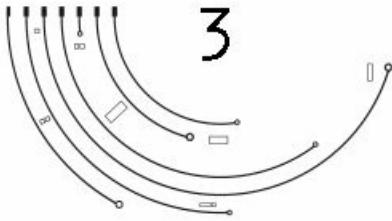
—Robbie, eres un encanto. Muchas gracias por prestarme la camioneta. Mi Toyota no serviría para mover a la tía Tandy.

—Esta es una buena chica —contestó él, dando una palmadita en el lateral de la Buick—. Hará el trabajo perfectamente. La radio funciona, pero no hay GPS.

—No me gusta la voz de esa chica robot. Suena como si estuviera resfriada.

Ella le dio un beso en la mejilla y se puso al volante. Él le cerró la puerta. La vio alejarse mientras las nubes de vapor del tubo de escape ondeaban en el aire fresco de la mañana.

Le gustaba la esposa del sheriff y sabía que era una buena mujer. No solo para Luther, sino buena de corazón. Sin embargo, se preguntó por la verdadera razón por la que ella quiso que le prestara la Buick del 61 y el lugar adonde ella y su hija se dirigían en realidad.



Las montañas Ouachita de Arkansas se hallaban desgastadas a causa de milenios de erosión climática. En la fría mañana, la ondulada carretera ofrecía unas vistas de las montañas disminuidas y profundos huecos donde la niebla se acumulaba cerca del suelo y se desviaba como un recuerdo de la nieve hacia las laderas de pinos y maderas duras, kilómetros y kilómetros de tierra casi deshabitada.

Jane ya había estado allí antes, una vez. El acceso de tierra oleaginoso de carril único estaba atravesado por la ruta estatal desde una pared empinada de roca oscura con vetas de cuarzo que brillaba con el sol temprano. Giró para franquear esa estrecha pista, rodeada por un arco de bosque tan estrecho que parecía estar cruzando un túnel.

Los niños se habían despertado. Estaban sentados, bostezando y parpadeando ante la vegetación, donde la luz se filtraba por el dosel de los árboles, como si el sol estuviera zigzagueando a través del bosque sobre innumerables mástiles. Luther la seguía desde el coche alquilado.

A cincuenta metros de la carretera asfaltada, el carril viró bruscamente a la derecha, lo que la condujo a una puerta hecha con tubos de unos siete centímetros de diámetro y colocada entre postes de acero sobre una base de hormigón. La puerta era más resistente de lo que parecía, especialmente porque el corto acercamiento impedía que cualquier vehículo alcanzara la velocidad suficiente como para chocar contra ella.

No había portero para visitantes. La entrada al dominio de Otis Faucheur estaba siempre vigilada, aunque no de manera evidente.

Esperaron en la puerta tres minutos para que su paciencia convenciera al centinela de que ellos entendían los protocolos y debían de haber estado ahí antes. Con el pelo arremolinado y barba, emergió de entre las sombras con una niebla fosforescente, como un elfo que viviera en el corazón de un árbol, pero que podía manifestarse en carne y hueso a voluntad.

Llevaba consigo una escopeta automática con un cargador extendido.

Debajo de una camisa ancha y sin abrochar, ocultaría al menos una pistola más, y munición de repuesto para ambas armas.

Aparte de este hombre, habría otros dos, más armados todavía, en otros puntos de los bosques cercanos.

Después de estudiar indiscretamente ambos vehículos durante un minuto o más, el guardia se acercó por delante del Ford hasta la puerta del conductor, mientras Jane bajaba la ventana. Enmarcada por la oscuridad del pelo y la barba, tenía la cara bronceada, y los ojos tan negros y despiadados como los de un halcón.

—No debería estar aquí, señora. —Miró a las niñas, en el asiento trasero, a Harley y, de nuevo, a Jane—. Aquí no se les ha perdido nada.

—Necesito ver a Otis Faucheur.

—Nunca he oído hablar de él.

—Si no fuera por mí, su hijo Dozier estaría en el corredor de la muerte.

—Tampoco he oído hablar de ningún Dozier.

—Llama a tu jefe. Dile que la chica con orina de serpiente de cascabel en las venas necesita verlo. Y no me digas que no se ha levantado aún. Es un insomne, hace años que no duerme más de tres horas por noche.

Apoyado en la ventanilla, el centinela se mantuvo junto a ella durante un momento.

—No soy el único por aquí.

—Me imagino que estoy al menos bajo la mirilla de dos armas, sin contar las tuyas. No soy tan tonta como para intentar nada, aunque estuviera aquí para eso, que no es el caso.

Salió de la carretera y de las líneas de fuego que los otros guardias mantenían. Se sacó una radio de debajo de la camisa y habló con alguien con una voz demasiado suave como para que ella la oyera.

—Creo que quiero ser del FBI —dijo Harley Higgins.

—No te lo recomiendo.

—Bueno, quiero ser como tú.

—Cariño, ya eres como yo. Los dos estamos huyendo.

El guardia abrió la puerta con un mando a distancia y les hizo señas para que pasaran.

El bosque continuaba hacia abajo, hasta llegar a la pradera. La casa de Otis Faucheur era la que más destacaba: una residencia familiar de dos pisos, hecha con cedro desgastado de color gris, a juego con el pelaje corto de los gatos ingleses que Otis se había quedado hasta que su tercera esposa resultó ser alérgica a ellos.

Después de decirles a los niños que aguardaran en el coche, salió, cerró la puerta y se quedó de pie, escuchando un silencio que resultaba extraño en el mundo moderno.

Los pájaros de la mañana se comentaban el día unos a otros, pero sus voces no hacían más que enfatizar la profundidad del silencio que, de otro modo, se haría en la Tierra.

Había otras casas de cedro, más atrás en el prado, conectadas por el bucle del carril engrasado.

Los edificios de la empresa familiar quedaban ocultos en la maleza si se miraba desde arriba. Esta debía de ser la empresa criminal más estable del sur, si no de todo el país.

La ubicación parecía quedar alejada de la mayoría de las comodidades. Sin embargo, sí había energía eléctrica, porque varias generaciones de relaciones amistosas mantenidas con la estructura política del condado y con figuras clave estatales, habían asegurado no solo que no se molestara a los Faucheur mientras se dedicaban a ganarse la vida, sino también que no tuvieran menor acceso a los servicios esenciales que otros contribuyentes, aunque nunca pagaran impuestos. En el techo había tres antenas parabólicas.

Otis la esperaba en una mecedora en el porche delantero. Con sesenta y cinco años y un rostro alegre, debía de haber pagado a tiempo los sobornos, porque los pocos y suaves pliegues de su semblante lo hacían más agradable de lo que debería haber sido, y no había nada en él que sugiriera que alguna vez se hubiera tropezado con una preocupación. Llevaba unos zapatos de la marca Hush Puppies, pantalones caqui, una camisa blanca abotonada hasta la garganta, una corbata de bolo negra y un sombrero de paja en la cabeza. Se levantó de la silla y se inclinó a medias como si fuera a hacer una reverencia mientras ella subía los escalones del porche.

Solo había dos sillas, una mesa entre ellas, un columpio al fondo del porche, y un par de macetas de hiedra colgando de las cadenas del techo.

Otis volvió a sentarse en la mecedora cuando ella hizo lo propio en la silla que había junto a la suya.

—Chica, estoy seguro de que te has precipitado por una larga escalera de problemas.

—No sabía que estabas al tanto de los acontecimientos recientes.

—Mantenerse al día con tus actividades es como cansar totalmente a un hombre de mi edad. Me limito a sumergirme de vez en cuando en tu historia.

—Nada es lo que parece —le aseguró ella.

—Nada lo es. Me pregunto por qué aquí, por qué yo, por qué ahora.

—Salvé a su hijo de pasarse la vida en prisión, de la pena de muerte.

—Dozier nunca fue un asesino en serie. Ellos se equivocaron con él, tú lo enderezaste indirectamente. Nunca lo hiciste por amor cristiano hacia Dozier. Solo hiciste lo que tenías que hacer.

—Cuando me trajo aquí aquel día para conocerte, te pidió que me ayudaras como si fuera de la familia, si alguna vez llegaba el momento.

—Tengo once hijos y siete hijas. Por mí, como si los quieres salvar a todos, pero yo no me puedo pasar la vida haciendo favores como recompensa.

—Te ahorraré esa carga si podemos hacer negocios, solo por esta vez.

Cogió una lata de rapé de la mesita que había entre las sillas.

—¿Quieres? —Ella lo rechazó mientras él pegaba un pellizco—. Estabas aquí aquel día, he

visto cómo eres. ¿Recuerdas lo que te dije de que daba igual qué hicieras por Dozier, que nada te gustaría más que aplastar nuestro lamentable y pequeño negocio?

—¿Recuerdas lo que te respondí yo a eso? —preguntó ella.

—A lo mejor, si pienso en ello.

—Dije que tienes razón. Haces cualquier droga que el mercado demande. Negocias al por mayor en el sur. Arruinas vidas. Deberían derribarte con fuerza, pero yo no soy una *quarterback* de las causas perdidas. Imagina que fui yo quien le habló de ti a la Agencia Antidrogas, cosa que nunca hice. Pero, si lo hubiera hecho, se habrían enfrentado a políticos que te apoyarían hasta que todos se rindieran, y a mí me dirían que soy una activista que no sabe razonar sobre qué puede hacer y qué no. Ahí fue cuando dijiste que tenía orina de serpiente de cascabel por sangre. Me pareció un cumplido.

Antes no se mecía en la mecedora. Ahora sí. Miró a los coches, donde las caras de los niños se apretujaban contra el cristal de las ventanillas para poder verlo.

—¿Quién será ese pez gordo del cupé? —dijo, tras unos instantes de silencio.

—Es un sheriff de Minnesota.

—Ah, ¿un sheriff? ¿De esos que se pueden comprar?

—No sigas por ahí.

—Solo me preguntaba cómo es.

—No creo que haya un precio que puedas pagar que él no rechace.

—Y, sin embargo, ahí está, descarrilado contigo.

—Algunos de los amigos y vecinos del sheriff murieron en ese acto que tuvo lugar allá arriba. Se lo tomó a mal, mucho más de lo que él mismo cree.

Otis continuó meciéndose.

La niebla acumulada intentaba llegar hasta el sol ascendente con manos vaporosas que se esfumaban al estirarse.

—Te refieres a esa mujer loca que hizo que el gobernador volara por los aires.

—No estaba loca de la forma en que piensas.

—No es mi opinión, así la llamaron en las noticias. Mueven las palabras de un lado para otro hasta que nada significa nada. —Un pequeño y ocupado escarabajo se escabulló a través de las tablas del porche hacia alguna misión en su micromundo—. Tontos que cortan cabezas, disparan a las multitudes en los clubes nocturnos. ¿Alguna vez has pensado que tal vez al gobierno no le importe lo más mínimo?

—¿Por qué no les iba a importar?

—Así nos mantienen distraídos a los de abajo.

Otis no parecía estar mirando el suelo, pero de pronto detuvo el balancín para que el pequeño escarabajo pasara sin peligro por debajo de la base arqueada de la mecedora, para comenzar a

moverse después.

—¿Distraídos de qué? —preguntó Jane.

Él no la había mirado desde que ella se sentó. Ahora le regaló una mirada brillante y una media sonrisa.

—Como si no lo supieras. Pues de sus planes y depravaciones.

Otis volvió a prestar atención a los coches.

—Lo que necesito es un vehículo viejo y destrozado, que parezca una caja de cerillas, pero que sea tan rápido y fiable como un rayo blanco. Y que no tenga GPS —dijo Jane, tras una pausa.

—Tienes que pillarte un vehículo para escapar, aunque no haya vendedores de coches por aquí.

—Como si no tuvieras un ejército de ellos escondidos entre los árboles.

Él agitó la cabeza, y una mosca de alas verdes salió volando del borde de su sombrero de paja.

—Chica, me diviertes. Sigue.

—También necesito que uno de los tuyos conduzca el coche de alquiler de vuelta al aeropuerto de Louisville y lo deje ahí.

—¿Ahí es donde el sheriff lo alquiló?

—Sí.

—Louisville queda lejos.

—No me sirve de nada si el coche desaparece. Y necesito que le des la vuelta al cuentakilómetros para que parezca que solo lo condujo por Louisville.

—¿Crees que debería ponerle neumáticos nuevos, cambiarle el aceite, limpiarlo y ponerle una pegatina en el parachoques que diga: «Amo a Jesús»?

—Con que lo lleves de vuelta a Louisville me vale. Una cosa más.

—Pero solo una, ¿no?

—Cuando tus muchos hijos sean mayores de edad, ¿los enviarás a la universidad?

—Lo que ellos quieran. Son pocos los que no lo hacen, no importa cuánto intente convencerlos.

—Dozier se dedica al software. Él mencionó a una hermana mayor que es cardióloga, a un hermano que es psicólogo clínico.

—No tengo ningún problema con lo que quieran ser de mayores, siempre y cuando no sea nada relacionado con la política. No los crío para que se rebajen a eso.

—¿Podría ser uno de tus hijos arquitecto?

—Eso estaría bien, ¿no? Igualito que un Faucheur que tiene una idea y luego la hace realidad. A lo más cerca que llegamos es a albañil.

—¿Qué clase de albañil?

—De esos que construyen cosas.

—¿Por un casual puede que esté en San Francisco?

—No. Está en San Diego, tiene a la ciudad cogida por los huevos, aunque trabajó en otros

sitios, incluido San Francisco.

—Me gustaría saber su dirección. O su número.

Los ojos azules grisáceos de él parecían haberse vuelto más grises que azules cuando giró la cabeza para estudiarla.

—¿Para que entonces puedas arrastrarlo contigo a tus problemas?

—Sabes que nunca haría eso.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Podría haber ido a Dozier y preguntarle por un arquitecto. Así me habría enterado de lo de tu albañil. Pero eso podría haber puesto a dos de ellos en peligro.

Él hizo que ella lo mirara a los ojos durante un buen rato, y luego él volvió a centrar su atención en los coches.

—Qué inteligente la forma en que has venido con esos niños, como en un remolque.

—No tuve elección.

—¿Cuál es su historia?

—Son huérfanos.

—¿Por tu culpa?

—No. Estoy intentando llevarlos a un lugar en donde estén a salvo.

Él la miró de nuevo, su mirada como un cuchillo de fuego.

—Si ellos no llegan a estar aquí, ya estarías fría en el bosque, con una bala atravesada en tu preciosa cabecita, esperando a que cavaran tu tumba. El francotirador te tiene en su punto de mira desde que has salido del coche.

—Eso no va contigo.

—¿Así que ahora me conoces mejor de lo que yo me conozco a mí mismo?

—Mejor no. Pero sí lo suficientemente bien. Harás esto por mí, pero quieres asustarme para que no vuelva.

—Si tienes que pensar de esa manera, lo harás. Pero eso no dice mucho de tu sentido común.

—Como pago por el coche, y por llevar el vehículo alquilado hasta Louisville, puedo pagarte doce mil dólares.

Antes, en el automóvil, había cogido veinte mil del bolso, y los había separado en cinco montones.

—¿Doce mil? —Se rio y agitó la cabeza—. Yo por ese dinero ni escupo.

—No te estoy pidiendo que escupas. Catorce mil es mi límite.

—Veinte.

—Tengo ocho niños que cuidar. No todo se trata de usted, señor Faucheur.

Él puso los ojos en blanco y miró al techo del porche.

—De repente soy el «señor Faucheur». Si les digo cómo eres, el mundo no me creerá ni una

palabra. Dieciocho mil.

—Quince mil quinientos. Eso es todo. Nada más.

—Por el coche y por devolver el de alquiler a Louisville. Entonces, ¿cuánto das por el número de mi chico constructor?

—Tendrás que añadir eso como cortesía.

—Como cortesía.

—Sí.

Se quitó el sombrero de paja, se alisó el pelo blanco y se puso el sombrero de nuevo. Ese gesto resultó ser una señal preestablecida.

Estalló el disparo de un rifle, y la maceta colgante más cercana se rompió. Los fragmentos de terracota, la tierra de la maceta y la hiedra enredada quedaron desparramados por el suelo del porche.

Jane se quedó sentada mirando el desorden, mientras escuchaba los ecos del disparo, que iban de un lado para otro y reverberan en el bosque.

Cuando volvió el silencio, habló:

—Sigues teniendo que añadirlo como cortesía.

—Eso último no era parte de las negociaciones, que lo sepas.

—Está bien, entonces —dijo Jane. Luego, sacó cuatro de los cinco paquetes de billetes de cien dólares que había escondido en los bolsillos de su abrigo deportivo. Separó quinientos de un paquete, lo guardó y puso el resto encima de la mesa que había entre ellos.

El tipo se levantó de su silla y la miró.

—Dozier nunca debió haberte traído aquí aquella vez. Él era más listo que eso. Pero él es así.

—Estaba agradecido, eso es todo. Y orgulloso de ti.

—Ahora, cállate y déjame decir lo que tengo que decir. Hay dos motivos por los que una chica hermosa y buena como tú no espera junto a la que sería su tumba en el bosque. Primero, por los niños. Pero si vuelves a venir por aquí, no los tendremos en cuenta. Te pondrán a dormir con los gusanos. —Hizo una pausa. Ella no dijo nada. Su silencio pareció agradarle—. Este es el otro motivo: tengo que admitir que me diviertes. Nunca he conocido a alguien como tú. Ahora bien, la próxima vez, ser quien eres no te comprará ni dos minutos. Ahora, ve a esperar fuera del coche alquilado. Dentro de media hora, aproximadamente, un joven traerá un coche con los papeles a tu nombre. ¿Qué nombre quieres que ponga?

—No quiero nada más aparte de un carné de conducir con la información.

—Adelante, entonces.

Ella sacó media docena de carnés de conducir del bolsillo interior de la chaqueta y les quitó la banda elástica, los clasificó y le dio uno a nombre de Melinda June Garlock, de Riverside, California.

Él dejó el dinero sobre la mesa y entró en la casa.

Cuando Jane se levantó de su mecedora, una hermosa mujer de unos cuarenta años salió por la puerta principal.

Jane la había conocido unos años antes, cuando Dozier la había llevado de visita: Margot Faucheur, tercera esposa y madre de la generación más joven que aún no se había ido a la universidad.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Margot.

—He estado mejor.

—Oh, no dejes que ese oso viejo te ponga de los nervios —contestó ella mientras recogía el dinero de la mesa—. Gruñe más de lo que muerde.

—Algo sí muerde. Pero no es él, sino el mundo.

—He oído hablar de ti y del mundo. Nada de eso es cierto, estoy segura. —Ella sonrió y miró a los coches—. Hubiera traído té y café. Y galletas para los niños, pero parece que no es el mejor momento.

—Estamos bien. Esperaré en el coche.

—Cuídate —dijo Margot.

—Tú también. Encantada de volver a verte.

—Lo mismo digo, de verdad.

La niebla que se agolpaba por toda la larga hondonada estaba rindiéndose al día, grandes extensiones de verdes praderas aparecían a cada minuto, las casas de cedro construidas por la familia eran ahora más plateadas que grises bajo un sol más brillante. Los tulipanes ampliamente separados reinaban sobre el terreno abierto, las muchas especies de árboles del bosque como murallas a su alrededor.

Parecía una cooperativa de granjas *amish*, pero allí no se cultivaba nada, ni siquiera cannabis. Los productos químicos al por mayor entraban, se combinaban y se refinaban en una mezcla heterogénea de drogas ilegales. Desde ahí, la mercancía salía hacia un mundo fracasado, destinada a personas profundamente preocupadas que compraban lo que necesitaban para pasar la noche, enfrentar el día y escapar de ambos.

Luther había salido del coche cuando oyó el disparo del rifle, y desde entonces se había quedado de pie junto a la puerta abierta.

—¿Estás bien? —dijo cuando Jane se unió a él.

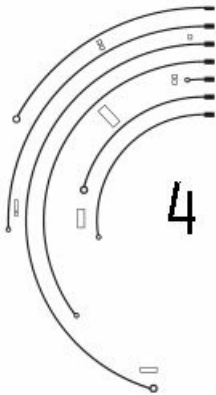
—¿Por qué todos me preguntan eso? Tendremos el vehículo que necesitamos dentro de media hora.

Él se quedó observando la hondonada.

—Me alegra oírlo, este es un mal lugar.

—Sí. Pero lo raro es que me siento más segura aquí que en cualquier otro lugar desde que Nick

murió.



Otis Faucheur les proporcionó un Chrysler Voyager de 1988 de color rojo arándano, una furgoneta que tenía la pintura desgastada por estar a la intemperie, paneles de balancines oxidados, uno de los seis segmentos de la rejilla roto y una sensación general de obsolescencia, pero en el compartimento del motor de tamaño modificado había un V-8 de bloque pequeño alimentado por partes de GM 383ci con una manivela de acero, una leva de rodillo hidráulica, pistones de 9.7:1 y un juego de cabezales de aluminio Fast Burn. De hecho, todo el chasis era nuevo, lo único que quedaba del original del 88 era la carrocería. La única pista para el observador casual podrían haber sido los neumáticos, que parecían poder soportar cualquier castigo que el piloto les exigiera.

Luther no tuvo ninguna dificultad en seguir el ritmo del Ford Escape de Jane, modificado en México.

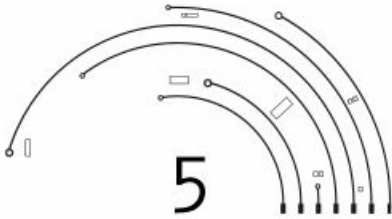
En el aparcamiento de un centro comercial en Fort Smith, en Arkansas, midió los pies de los niños e hizo algunos cálculos. Luther llevó sus notas a una tienda y compró doce pares de zapatillas. De ese surtido pudieron calzar bien a los ocho, sin llamar demasiado la atención. También compró ropa interior y calcetines de varias tallas.

Hambrientos, tomaron un desayuno tardío en un restaurante donde la comida era deliciosa y las porciones generosas, y donde Jane se sintió a salvo de que la reconocieran. Nadie buscaba a Luther Tillman, ni las autoridades iban tras la pista de los niños, al menos no oficialmente, ni tampoco hasta el punto de que sus preciosos rostros aparecieran en televisión. Jane llevaba el pelo castaño largo, ojos verdes y gafas innecesarias, pero el mejor disfraz era su compañero negro y la bandada de jóvenes desaliñados pero contentos. Pocos se imaginarían que la fugitiva más buscada de Estados Unidos pudiera viajar con tantos niños —adoptados, según le dijeron a la camarera—, o que una mujer conocida por ser una traidora, asesina y ladrona sería esa misma

madre cariñosa, o que esos niños y niñas tan bien educados mirasen a la monstruosa Jane Hawk con tanta confianza y afecto silencioso.

Desde Fort Smith fueron hasta Oklahoma. El cielo era de color azul como la porcelana, con largas formaciones de nubes semejantes a una serie de colinas bajas cubiertas de nieve, que se elevaban desde la tierra y se deslizaban hacia el este.

A las 14:40 del miércoles, en Oklahoma City, se cambiaron a la I-35 sur. Tenían la intención de estar en Ardmore a las cinco de la tarde y pasar allí la noche. Durante la mayor parte del camino, algunos halcones estuvieron haciendo círculos perezosos en el cielo, ya fuera en dirección al este, ya al oeste de la carretera.



Huey Darnell, tres veces divorciado de sendas brujas y ahora traicionado por su cuarta esposa, a causa del bourbon, se sienta solo y desalentadoramente sobrio en la parte trasera de una camioneta con paneles, justo detrás de los asientos delanteros, observando la residencia Tillman a través de unos prismáticos.

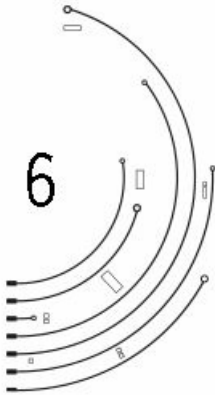
Hassan Zaghari había estado de servicio esa mañana en el momento en que la hija, Jolie, llevó a su madre a la casa de un ayudante del sheriff, Rob Stassen, para pedirle prestada una antigua camioneta Buick. Después de haberlos seguido hasta donde estaba el ayudante del sheriff, y ya luego, de vuelta en casa de nuevo, cuando empezaron a cargar maletas en la Buick, Zaghari había llamado a Huey para pedirle instrucciones.

Afortunadamente, las mujeres se retrasaron hasta que el banco abrió y ambas entraron en él juntas, lo que le dio a Huey tiempo y la oportunidad de colocar un transpondedor en su vehículo prestado.

Ahora, Hassan Zaghari y Kernan Beedle, el único otro agente del reducido equipo de Huey, siguen a Rebecca y Jolie Tillman a Dios sabe dónde, y Huey se queda solo para seguirle la pista al sheriff, que está de vacaciones y que está —que seguramente debe estar, más le vale que así sea— en casa, descansando en pijama o chándal, comiendo Cheez Doodles, bebiendo cerveza y viendo deportes.

Nadie ha visto al sheriff desde que esa vigilancia comenzara el día anterior, martes.

Huey Darnell lleva mucho retraso encima como para informar de esta situación a su jefe, Booth Hendrickson. Espera que si hace el sacrificio de permanecer sobrio y frío como una piedra el tiempo suficiente, los dioses lo recompensarán y todo esto resultará en un episodio sin importancia, para que nunca tenga que decirle a nadie que ha metido la pata. No cree en dioses ni en Dios, ni en el destino, ni en que el arco de la historia se doble inevitablemente hacia la justicia. Sin embargo, tal vez se equivoque en todas esas cosas. Y si, por el momento, es incapaz de creer en el bourbon..., bueno, lo cierto es que un hombre tiene que creer en algo.



El miércoles por la tarde se conocen los hechos básicos de la crisis, aunque las dimensiones de la amenaza aún no se comprendan.

Booth Hendrickson, del Departamento de Justicia y estimado asociado de David James Michael, que fue en avión desde D. C. hasta Louisville en un reactor Bureau Gulfstream V, ahora sale de Louisville solo en un helicóptero ejecutivo de ocho asientos. Cuando el piloto aterriza el helicóptero en un prado a las afueras de Iron Furnace a las 14:20 del miércoles, Hendrickson es recibido por una de las personas modificadas de la ciudad, Stacia O'Dell, la encargada del complejo hotelero del lago Iron Furnace. Stacia es su chófer en un Mercedes S600 de matrícula IFLR-1.

Momentos antes, por teléfono, Hendrickson había accedido al implante de la nanomáquina de la mujer invitándola a jugar al mensajero del miedo con él. La programó para que creyera que su nombre es John Congrieve y que es, asimismo, el CEO de Terra Firma Enterprises, propietario de las instalaciones. Ella debe escoltarlo adondequiera que él quiera ir, sin mostrar curiosidad por saber cuál es su propósito, ya que al parecer se trata de un asunto corporativo delicado.

El primer lugar al que desea ir es a la escuela privada para niños con problemas.

Cuando entran en la ciudad por Lakeview Road, Stacia habla:

—Es triste cuando los niños pequeños se ven afectados de esa manera.

—Sí, muy triste. —Con curiosidad por saber lo que opina, le pregunta—: ¿Cuál es su problema, tal y como lo entiende usted?

—Trastornos de personalidad. Cada vez hay más de eso últimamente.

—Del todo cierto. Pero me pregunto por qué es así. ¿Videojuegos violentos? ¿Páginas web perjudiciales? ¿Todas las lecciones equivocadas de las películas que están haciendo en la actualidad? ¿Por las escuelas que les están suspendiendo?

—Bueno, tal vez un poco de esto que menciona tenga que ver con eso. Pero es, sobre todo, porque no hay suficientes cuidados en estos días.

—¿Cuidados?

—Hacia los demás. Padres que se preocupen por sus hijos. Vecinos preocupándose por los vecinos. Todos para uno y uno para todos, ya ve.

—Ya veo, sí.

—Ir cada uno por su lado es un terrible callejón sin salida. Quiero decir, cuando todo es «yo-yo», es probable que algunos niños se confundan, se desordenen. Es muy triste.

—¿Diría que Iron Furnace es una ciudad solidaria?

Su expresión de preocupación se funde en una sonrisa.

—Vaya que sí, somos una comunidad muy unida. Hay atención, unidad, sentido de pertenencia. Solo mire a su alrededor, puede verlo, cómo está todo. Ayer ese organizador de actos de Atlanta, el señor Moses, el hombre negro más simpático que haya conocido, dijo que nuestro pequeño pueblo es como uno de esos huevos de Fabergé con joyas.

Ella deja de mirar hacia la carretera para comprobar si él se ha tomado bien lo que ha dicho, sus ojos verdes como manzanas transmiten una seriedad que podría conmover a cualquiera sin necesidad de percibir que es una persona modificada.

—Tiene toda la razón, señorita O'Dell. Claro que sí.

En la finca donde están los niños, le pide que se quede en el coche, bajo el techo del pórtico. Por supuesto que esperará obediente, pacientemente, quizás incluso hasta que muera de sed.

Una mujer llamada Noreen Klostner abre la puerta y Hendrickson le pide que juegue al mensajero del miedo con él y que utilice la habitación de los susurros para convocar a los otros siete miembros del personal.

Cuando todo el mundo está sentado en el comedor, accede a ellos y trata de averiguar cómo pueden haber sido tan negligentes como para permitir que los niños se escaparan sin que nadie se diese cuenta. Sí, los localizadores en los zapatos. Pero una vez que los niños se habían paseado por la casa descalzos, en calcetines, ¿adónde habían ido? Nadie lo sabe. ¿Dónde están ahora? Nadie lo sabe. No pueden estar escondidos en ningún lugar de Iron Furnace, porque varios grupos de ciudadanos los han buscado por todas partes. El mayor podría haber sido capaz de conducir. Pero no falta ningún vehículo en el garaje. ¿Y qué ha pasado con el vídeo de seguridad? Nadie lo sabe. ¿Dónde están los discos que se retiraron de la grabadora? Nadie lo sabe. Los ocho se sientan a la mesa, sin expresión en el rostro. Durante una hora, Hendrickson tira de sus cuerdas, utiliza todas las herramientas que le proporciona su programa de control para extraer de su memoria los acontecimientos de la noche anterior, pero sin éxito. Comparten un período de amnesia que comienza en la cena y continúa hasta que se van a la cama, como si algo estuviera saliendo mal en sus programas simultáneamente.

Debido a que esas personas modificadas son incapaces de mentirle o de ocultar información vital mediante cualquier tipo de engaño, las técnicas habituales de un interrogatorio duro no le sirven de nada. Sin embargo, por costumbre, se encuentra usando la intimidación e induciendo al miedo, incluso brutalmente, abofeteando repetidamente a dos mujeres hasta que a una le sangra el labio y a la otra, la nariz. Está disgustado por haber tenido que recurrir a medidas tan primitivas, no porque lo sean de hecho, sino porque no hay ninguna posibilidad de que funcionen con criaturas como esas.

Justo cuando Hendrickson está a punto de terminar la sesión, con repugnancia, un hombre temeroso llamado George Woolsey, sentado a la cabeza de la mesa, dice:

—No estoy aquí para hacerte daño. ¿Me crees?

Hendrickson va hacia él, lo mira fijamente.

—¿Hacerme daño? ¿De qué demonios estás hablando? Por supuesto que no puedes hacerme daño. Me perteneces.

La cara de George Woolsey es enfermiza y pálida, y sus ojos miran a su interrogador como los ojos de un caballo atado e indefenso que pudiera rastrear con terror las llamas invasoras de un fuego estable.

—No tengas miedo, George. No de mí.

—Tú eres George, idiota —dice Hendrickson—. ¿Qué es lo que te pasa?

La voz de Woolsey está llena de miseria.

—¿Qué me ha pasado? —Antes de que Hendrickson pueda responder, Woolsey sigue—: ¿No lo sabes, George? Ha pasado algo. Lo que fue ya no es. Vuelve al comedor, George. Siéntate con los demás.

Hendrickson estudia a Woolsey. Algo acaba de escapar del agujero negro que se tragó sus recuerdos de la noche anterior.

—Estás repitiendo una conversación, ¿no? De anoche.

Woolsey no dice nada.

—Contéstame, George. ¿Quién te dijo que no estaban aquí para hacerte daño? —Woolsey pone los ojos en blanco, respira rápido y superficialmente—. Haz un esfuerzo, maldita sea. Recuerda. Anoche, ¿quién dijo que no estaban aquí para hacerte daño?

—Fue ella. —Woolsey no estaba mirando a nadie de la mesa.

—¿Ella? ¿Quién era ella?

—No lo sé.

—Háblame de ella.

—Ella era...

—¿Ella era qué, George? Dímelo.

—Ella fue amable conmigo.

—¿Qué más? —Woolsey mueve la boca, como si estuviera buscando una respuesta, pero no es capaz de encontrarla—. Cuéntame algo más sobre ella, George. Algo, maldita sea, cualquier cosa.

—No lo sé. No puedo. No puedo. No lo sé.

Alguien había estado ahí la noche anterior; y los niños se encontraban ahora con ella. Alguien que sabe cómo acceder a estas personas y controlarlas y hacerlas olvidar. Hay facciones entre los arcadios, como hay facciones en cualquier organización, pero Booth Hendrickson se siente aturdido ante la posibilidad de que una de ellas se convierta en traidora de las demás.

Sigue presionando a Woolsey durante unos minutos, pero sin éxito.

—Calmaos todos, id a vuestras habitaciones. Esperad a que llegemos a un acuerdo.

Como no los libera diciendo *Auf Wiedersehen*, se levantan de las sillas como si fueran una congregación de muertos vivientes, solemnes y silenciosos, con la vista al frente aunque parezcan mirar para sus adentros, hacia alguna devastación interior. Hay dos mujeres de cuyos maltrechos rostros brota un reguero de sangre, las gotas rojas brillan en la alfombra y en el suelo de piedra caliza, como si hubieran manado de un rosario y estuvieran presagiando el destino de Hendrickson.

No puede levantar la vista de esas cuentas escarlatas dispersas por el piso mientras hace una llamada telefónica para convocar a los especialistas de ciertos laboratorios en Virginia. Tendrán que realizar exámenes forenses de los cuidadores de los niños, como si esas ocho personas modificadas fueran discos duros que se han estropeado.

Cuando regresa al coche, Stacia O'Dell sonrío y le dice:

—¿Va todo bien?

Hendrickson no responde, pero se sienta a pensar por un momento. Iron Furnace es un activo valioso para la causa, un lugar que les permite acceder a muchas personas influyentes que pueden ser programadas para servir a la formación de un mundo mejor o bien para suicidarse en algún momento futuro especificado por el modelo informático como una fecha de caducidad ideal. Pero la utilidad de la ciudad se ve amenazada por los ocho niños que andan sueltos. Siente que la respuesta al misterio de su fuga está a su alcance, que ha pasado por alto algo que todavía se le escapa.

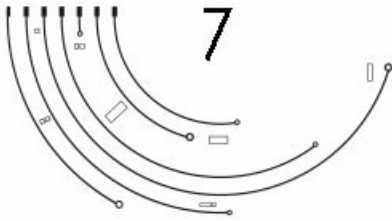
—Vamos, señorita O'Dell.

—¿Adónde?

Él duda.

—De vuelta a la ciudad. Me gustaría echar un vistazo.

Faltan quince minutos aún para que Stacia O'Dell mencione una vez más al organizador de actos negro de Atlanta, Martin Moses, quien ha comparado Iron Furnace con un huevo de Fabergé con incrustaciones de joyas.



A última hora de la tarde, Ancel Hawk estaba en los establos, observando al veterinario realizar un examen de seguimiento a su caballo favorito, Donner. El semental había contraído sinovitis en la articulación. Afortunadamente, la inflamación había sido tratada antes de que originara cualquier otra degeneración en la pata.

El iPhone de Ancel comenzó a sonar. Cuando vio quién era, se excusó para atender la llamada mientras se dirigía al otro extremo del establo.

—¿De verdad es Chase Longrin o es que mi teléfono me está tomando el pelo?

—¿Cómo está, señor Hawk?

—He estado mejor, he estado peor y he estado en esta situación antes. No me puedo quejar. ¿Y usted, qué tal?

—Estoy tal como acaba de describir, señor. Siempre y cuando la comida sea buena y tenga una cama caliente, sería una tontería quejarse.

Chase había sido el mejor amigo de Nick en el instituto. En su último año, ambos estuvieron enamorados de la misma chica, Alexis Aimes, y compitieron por captar su atención. Cuando ella se enamoró del otro, Nick manejó su decepción con gracia, al continuar siendo su mejor amigo, y trató a Alexis como si fuera una hermana. Era como si Nick siempre hubiera sabido que Jane llegaría a su vida tarde o temprano.

—¿Qué puedo hacer por usted, hijo?

—¿Recuerda que el año pasado me estuvo acosando por ese Tennessee Walker?

—La yegua castaña con la melena y la cola doradas. Lo siento si se sintió acosado. Soy un comerciante de caballos muy persistente.

—Se llama Melosa. ¿Aún le gustaría comprarla para la señora Hawk?

—Si alguna vez un caballo y una mujer nacieron para glorificarse el uno al otro, son ellas.

—Después de ese comentario, no reduciré mi precio.

—Bueno, Melosa es un año mayor gracias a su intransigencia.

—Es divertido discutir con usted, señor. Cuando quiera venir a ver a Melosa, para asegurarse de que los dientes no se le hayan caído, será bienvenido.

—¿Qué tal ahora?

—Me vale.

—Saldré en breve —dijo Ancel.

Ancel le dijo al veterinario que informase sobre el estado de Donner a Juan Saba, el gerente del rancho, se dirigió a su camión Ford 550, que se encontraba frente a la casa, y lo arrancó. Su corazón era más ligero de lo que había sido en mucho tiempo, aunque no se debiera a ningún caballo de Tennessee.

Había una Melosa en los establos de Chase Longrin, y a Ancel no le importaba comprarla para Clare, pero el propósito de la llamada no había sido vender un caballo. Como se había acordado cuando Jane se marchó hacía dos meses y medio, esa llamada significaba que ella se había puesto en contacto con Chase, y que tenía un mensaje para transmitir a sus suegros.

Esta fue la primera vez que ella lo llamó.

El largo carril privado que había entre la casa y la carretera comarcal estaba cercado por un rancho flanqueado en algunos lugares por robles antiguos. En esa estación, el mundo parecía no ofrecer más que ricos pastizales verdes, con ovejas pastando a la izquierda y ganado a la derecha.

Decenas de millones de años antes, la mayor parte de Texas había estado cubierta de mares poco profundos. Los esqueletos y las conchas de las diminutas criaturas que habitaron allí formaron el sedimento que se compactó en la profunda caliza que sería la base de todo cuanto llegó hasta ese lugar a partir de entonces. La tierra era el fundamento sobre el cual un hombre y una mujer podían edificar una vida con trabajo duro y amor, con fe de que significara algo. Desde que Ancel tenía uso de razón, amaba la tierra, pero también la inmensidad del cielo, que era más grande allí que en la mayoría de los lugares, el horizonte quedaba tan lejano como lo estaría a bordo de un barco en medio del océano. Él se sentía anclado en la tierra y animado por la majestuosidad del gran cielo, así que la vida mostraba una dulce tensión.

Tras la muerte de Nick, la tierra parecía haberse fracturado bajo Ancel, cuestionados de pronto sus millones de años de estabilidad. Algunos días el cielo palidecía, como si pudiera desvanecerse en un arco blanco demasiado vacío y terrible como para que el ojo lo tolerase. Los lejanos horizontes que antaño inspiraban por su distancia ahora sugerían que ya no había límites en el mundo, que alguna amenaza inimaginable vendría procedente de más allá de la curva de la tierra, para caer un día sobre ellos mientras yacían indefensos.

Le había hablado a Clare de su dolor, pero no de su profundidad ni de su miedo a que nunca disminuyera. Ella también estaba sufriendo. Si emocionalmente se hallaban en el mar, aquí donde no había habido mar desde hacía millones de años, su papel debía ser el de permanecer estoico y actuar como el navío que la trasladara de ese triste momento a una orilla más feliz.

La esperanza de Ancel —y de Clare— de llegar a un lugar mejor residía en la familia que su hijo había dejado atrás. En la mujer en peligro que Nick había amado con tanta intensidad. En el nieto al que Ancel y Clare apenas conocían. Si la esperanza del mundo venidero era Dios, la

esperanza de aquí era la gente de bien, así que cuando las personas que formaban parte del corazón de uno se perdían en el mundo, los días eran duros. El mensaje que esperaba recibir de Jane había traído un nuevo color al cielo.

Durante el trayecto que iba de la carretera del condado a la ruta estatal, tuvo cuidado con el poco tráfico que pasaba por el carril de enfrente y vigiló cualquier vehículo que estuviera detrás de él, alerta por si alguien no parecía conocer bien este territorio.

Como el camión tenía un GPS, los autoproclamados amos del universo que usaban todo el arsenal de tecnología moderna a su alcance no tenían por qué seguirlo, como en esas viejas novelas y películas de detectives. Pero si ellos pensaban que existía alguna posibilidad de que Jane pudiera acercarse aquí por cualquier razón, tendrían a gente cerca que pudiera ir en masa para darle caza.

Ancel y Clare habían asumido que cualquier cosa que se dijera en cualquier teléfono, fijo o móvil, sería escuchada en tiempo real o revisada más tarde. Si había cualquier asunto importante que necesitaran abordar, lo hacían ahora al aire libre.

Los Longrin vivían a treinta kilómetros del rancho de los Hawk, lo que en esa parte de Texas significaba a la vuelta de la esquina. La madre de ella había muerto de cáncer cuando Alexis tenía catorce años, y su padre se dedicó a emborracharse hasta provocarse una muerte prematura. Alexis y Chase heredaron una granja destartada. Vendieron las acciones y un pedazo de tierra. Con un poco de dinero y mucho sudor, convirtieron el resto de la propiedad en un próspero negocio de caballos: esa raza llamada National Show Horse, que combinaba la raza árabe y la estadounidense de montar: caballos de raza Tennessee aptos para exhibiciones, y caballos de raza estándar para carreras de arneses.

Cuando Ance! llegó, Chase estaba en su oficina frente al guardarropa del establo tres. Su pelo era tan rubio que brillaba casi platino, y tenía la cara quemada por el sol. Él se levantó de su escritorio, se dieron la mano y cerró la puerta tras de sí.

Ancel se quitó el sombrero Stetson pero no se sentó, deseoso de saber por qué había llamado Jane.

—Está de camino con ocho niños —dijo Chase.

Ancel creía que no había oído bien.

—¿Niños?

—Los sacó de algún lugar donde los tenían retenidos. Es parte de eso en lo que anda metida. Te lo diré en cuanto te vea.

—¿Va a venir aquí? —contestó Ance!, entre alarmado y contento.

—Aquí no, pero cerca. Confía en que Leland y Nadine Sacket se lleven a los niños, de momento y en secreto.

Nacidos en el condado, Leland y Nadine se habían casado a los diecinueve años y se fueron a

conquistar Dallas. Sería una tontería decir que uno era más empresario que el otro. A los treinta, ya eran millonarios. Año tras año fueron acumulando riquezas hasta que, a los cuarenta y seis años, se cansaron de Dallas y se aburrieron de ganar dinero. Volvieron a su tierra natal y compraron entre ambos un rancho cutre. Inspirados por lo que Milton Hershey, el rey del chocolate, había hecho en Pensilvania, convirtieron el rancho en una escuela y orfanato de primera clase.

—Me imagino que Nadine y Leland los acogerán con la suficiente rapidez —dijo Chase—. Nunca rechazan a nadie.

—Para que lo sepan, tratar con Jane los hace cómplices, si es que alguna vez se descubre.

—Cuando se demuestre que todo lo que dicen por ahí de Jane es mentira, seremos cómplices de la justicia. De todos modos, eso no me preocupa.

—Bueno, Nick y tú os conocéis desde hace mucho.

—¿No son Nadine y Leland los padrinos de Nick?

—Sí.

—¿No perdieron a su hijo por una meningitis cuando tenía tres años?

—Sabes que sí. Y también sabes que su nombre era Travis.

—Algo me dice que ese trato ya está hecho —dijo Chase con una sonrisa.

—¿Cuándo dice Jane que va a llegar?

—Salvo que haya problemas, sobre las dos de la tarde de mañana. Si quieres dejar tu coche en la ciudad, ¿nos vemos en algún sitio, y te llevo?

—He aprendido muchas cosas de mi nuera —contestó Ancel—, pero cortar la cuerda no es una de ellas.

—¿Qué cuerda?

—Los federales han tendido una cuerda alrededor de mí y de Clare. Nosotros no lo vemos, pero ellos sí. El hecho de que yo haya venido aquí te añade a la cuerda, hasta que decidan que no tienes conexión con Jane. Da igual cómo lleguemos al rancho de los Sacket, primero tenemos que cortar la cuerda para que solo puedan seguir el cabo final.

—¿Tienes alguna idea de cómo hacerlo?

—Si te lo digo, la cuerda no se corta.

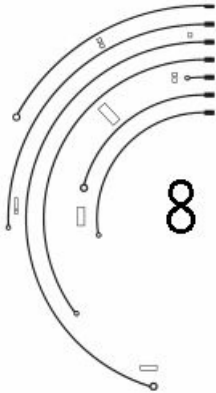
Chase tenía los ojos como platos.

—¿Tienes que pensar en todo como si tuvieras a los recaudadores pisándote los talones?

—Es mucho peor, hijo. Lo máximo que pretende el recaudador de impuestos es despojarte de todo por lo que hayas trabajado.

—Supongo que necesito ponerme paranoico.

—En estos tiempos, es mejor que reacciones así.



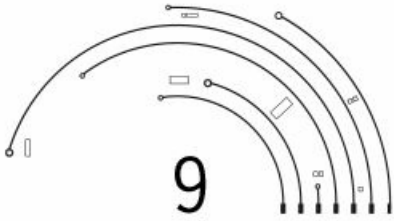
Los espacios públicos y los terrenos del complejo hotelero del lago Iron Furnace cuentan con numerosas cámaras discretamente colocadas para proporcionar protección sin sugerir a los huéspedes que su privacidad está comprometida. Todas las secuencias de vídeo se envían a un búnker sin ventanas emplazado en el sótano del edificio principal, donde cualquiera de los técnicos puede convocar diferentes vistas desde cualquiera de las cámaras, reproduciéndolas en grandes monitores que dividen la pantalla para presentar múltiples secuencias de vídeo simultáneas.

Mientras Booth Hendrickson se halla de pie introduciendo en el ordenador la tarjeta con el número de teléfono de A Private Affair, Stacia O'Dell trabaja eficientemente con dos de los técnicos de seguridad para recuperar el vídeo grabado durante la gira en la que guio a Martin Moses por las instalaciones el día anterior. No quiere llamar al número de Atlanta hasta que haya visto al organizador de actos. Con un dedo mojado en saliva, ya ha descubierto que los diez dígitos de caligrafía elegante no han sido impresos, sino manuscritos con tinta china: manchan. Está convencido de que reconocerá a Martin Moses, aunque nunca haya conocido a nadie con ese nombre.

—Allá vamos —dice Stacia O'Dell.

Hendrickson se une a ella en torno a un monitor mientras el técnico de la estación de trabajo selecciona una de las cuatro vistas de la pantalla y la amplía a pantalla completa.

Martin Moses es Luther Tillman.



El tipo que pagaba la comida para llevar en el cajero del restaurante de Rockford, en Illinois, supuso una sorpresa inesperada.

La larga experiencia había enseñado a Rebecca Tillman a mostrarse flexible, no en cuestiones de principios, sino en lo relativo a las sorpresas inevitables, grandes y pequeñas, que este mundo de misterios provocaba. Los milagros y las miserias eran igualmente raros, pero los acontecimientos ordinarios imprevistos solían arrojar más a menudo arena que petróleo en los engranajes de su plan de vida cuidadosamente construido.

Un día antes, no se habría imaginado ninguna circunstancia por la que ahora estuviera al volante de la camioneta Buick del 61 de Robbie Stassen, acompañada por su hija Jolie, conduciendo durante nueve horas seguidas antes de detenerse a pasar la noche en Rockford, en Illinois; ella, la esposa de un sheriff negro que ahora se encontraba en un pueblo donde uno de los fundadores en el siglo XIX había sido un esclavo llamado Lewis Lemon.

El hostel de tres pisos proporcionaba alojamientos de calidad; las habitaciones limpias y espaciosas se abrían desde un pasillo interior, en lugar de hacerlo directamente al estacionamiento. En vez de usar una tarjeta de crédito, había pagado en efectivo, como aconsejó Luther, aunque para ello fuera necesario proporcionar un carné de conducir como identificación.

Un pasillo con ventanas en la planta baja conectaba el hostel con el vestíbulo, donde se ubicaban la recepción, el bar y el restaurante. En este último, mientras la anfitriona recogía dos cartas de menús y se preparaba para escoltar a las Tillman hasta una cabina, Jolie agarró el brazo de su madre lo suficientemente fuerte como para lastimarla. Asustada, Rebecca miró a su hija. Con sus ojos y un movimiento de cabeza, Jolie señaló a un hombre de unos veinte años que estaba a no más de dos metros de distancia, sacando dinero de su billetera para pagarle al cajero por dos bolsas de comida para llevar.

Mientras seguían a la anfitriona hasta su mesa, Rebeca dijo:

—¿Qué fue eso? Me vas a hacer un moretón.

—Lo he visto antes —contestó Jolie.

—¿Qué es: una celebridad o algo así?

—Lo vi esta mañana en el banco, antes de dejar la ciudad.

Rebecca miró hacia atrás mientras el hombre recogía la comida para llevar y salía del restaurante.

—No es nadie que yo conozca —comentó la madre.

Una vez acomodadas a su mesa, mientras Rebecca y Jolie estaban sentadas una frente a la otra, la anfitriona dijo:

—Su camarera estará con ustedes pronto.

Cuando se quedaron solas, Jolie dijo:

—No paraba de mirarme esta mañana en el banco.

—Cariño, los chicos siempre te miran fijamente. Pero incluso con lo encantadora que eres, no habrá conducido nueve horas solo para echar otro vistazo.

Siempre más madura que los de su edad, con diecisiete años, Jolie ya no toleraba de ningún modo ser tratada como una niña. Ladeó la cabeza, entornó los ojos y frunció el ceño.

—Madre, no seas condescendiente conmigo.

—Lo siento, querida. No fue mi intención.

—Has estado misteriosa conmigo todo el tiempo en relación con este extraño viaje en ese ridículo coche, y me he aguantado sin preguntar, aunque me muera por saber si esto tiene algo que ver con Cora y el hotel Veblen y toda esa horrible mierda.

—No digas palabrotas, querida.

—Lo siento. Toda esa basura horrible. En cualquier caso, si me permites que lo diga, hasta ahora he sido una compañera de viaje muy entretenida, dadas las circunstancias.

—Has sido un encanto cada kilómetro del camino.

Jolie parecía dudosa.

—Podría haber un elemento de sarcasmo en eso, pero te concedo el beneficio de la duda.

—Gracias, querida.

—La cuestión es que lo vi en el banco. Estaba rellenando una hoja de depósito o fingiendo que la rellenaba. —Habían parado en el banco para retirar cuatro mil dólares de los ahorros, porque Luther no quería que usaran tarjetas de crédito durante ese «pequeño ejercicio», como él lo llamó—. Tal vez te viera con todo ese dinero —dijo Jolie.

En aras de la discreción, Rebecca no había realizado la operación desde la ventanilla del cajero. El subdirector la acomodó en su escritorio, donde ningún otro cliente podría haber oído la transacción.

—Jolie, me dieron el dinero en un sobre sencillo. Nadie pudo haberlo visto. —Durante una parada para repostar, ella había repartido el dinero entre su bolso, tres bolsillos de la chaqueta y una riñonera—. Además, has dicho que te miraba fijamente, y no estabas conmigo cuando recibí el dinero. Te pasaste todo el tiempo junto a ese estante con folletos, mirando a través de las opciones del plan de jubilación. Confío en que no esperes jubilarte cuando termines la secundaria.

—Tal vez cree una aplicación de gran éxito y sea tan rica como Creso a los veintiún años y, después de eso, pueda vivir rodeada de un esplendor sibarita.

—He oído a la gente decir eso toda mi vida, pero todavía no tengo idea de quién era Creso — contestó Rebecca, mientras repasaba el menú.

—Rey de Lidia desde 560 a 546 antes de Cristo. Era muy rico.

—¿Había un país llamado Lidia?

—Un reino en el oeste de Asia Menor.

—No enseñaban eso en la escuela cuando yo era niña.

—Y ahora tampoco, madre. Ni cualquier otra cosa de provecho. En realidad, ni historia antigua ni historia real. Cualquier asunto que valga la pena saber, lo he tenido que aprender por mi cuenta, más o menos desde quinto de primaria en adelante. —La camarera la interrumpió al llegar para tomar nota de las bebidas y recomendarles el fletán. Después de pedir, Jolie prosiguió—: De todos modos, ese tipo no necesitaba ver qué contenía tu sobre para saber qué había en él.

Rebecca suspiró.

—¿Y no será que el hombre del banco y este se parecen un poco entre sí?

—Por favor, madre, no suspires más. ¿Acaso soy una histérica gritona con tendencia a levantar extravagantes vuelos fantasiosos?

—Bonita imagen. No, no lo eres. Pero...

—El tipo del banco era exactamente igual que este tipo, y no es una coincidencia que ambos tengan el mismo tatuaje alrededor de la muñeca izquierda.

Rebecca dejó el menú encima de la mesa.

—¿Un tatuaje de qué?

—De una serpiente espeluznante que se come su propia cola.

—¿Por qué no mencionaste lo del tatuaje antes?

—Quería ver si me creías antes de que necesitara darte la prueba definitiva. No miento, mamá.

—Sé que no, cariño. Nunca lo has hecho.

—Un tipo que vigila desde un coche necesita comida para llevar. Dos bolsas grandes significan que tiene un compañero.

—Tal vez termines siendo policía como tu padre.

—De ninguna manera. Vivimos en la era de los nuevos jacobinos, con toda su violencia matona. Es un mal momento para formar parte de las fuerzas de la ley.

—Los jacobinos. Eso fue durante la Revolución francesa.

—Bien dicho, mamá. Entonces, ¿qué hacemos ahora?

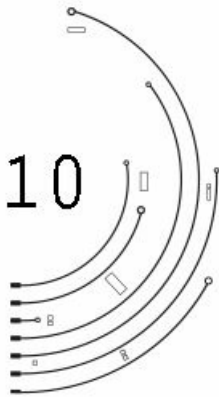
«Eso me gustaría saber a mí», se dijo para sus adentros Rebecca.

—Tu padre me llamará a las nueve en punto. Él sabrá qué hacer. Mientras tanto, podríamos al menos cenar.

—Chachi. He visto antes la hamburguesa con queso. Parecía estar de muerte. Y en el menú, aquí, pone que te pondrán las patatas fritas extracrujientes si lo pides. Nosotras, como estamos a punto de morir, podríamos ponernos hasta arriba.

—No bromees sobre la muerte, Jolie.

—Pero, madre —contestó ella, con los ojos muy abiertos y fingido asombro—, si no hay nada más que sea la mitad de importante que la muerte para poder bromear al respecto.



El techo, de unos escasos dos metros y medio, con sus baldosas acústicas grises, los muros y el suelo de hormigón, y la falta total de ventanas sumen a Booth Hendrickson en pensamientos sobre criptas, restos encajonados en ataúdes y catacumbas, a pesar de la iluminación fluorescente y de que los ordenadores estén encendidos. Mientras espera al turno actual de los técnicos de seguridad de la estación para completar la nueva tarea que les ha encomendado, se encuentra profundamente nervioso, pero decidido a no parecer inestable.

Stacia O'Dell, sin saber que es una persona modificada —al igual que todos los demás lo ignoran también—, descubre que Hendrickson no almorzó para poder hacer este viaje. Del restaurante, le pide su té favorito y una selección de pequeños sándwiches. Estos refuerzos llegan justo a tiempo, y Hendrickson se toma, sin ser visto, un antiácido muy fuerte antes de sentarse a la mesa de la estación de servicio con ruedas para beber y comer, en un pretendido gesto de despreocupación.

Después de haber supervisado la conversión de Iron Furnace, se enorgullece de cómo se implementó el plan en su día. Le preocupa que Luther Tillman haya venido hasta aquí, y le desconcierta por qué lo ha hecho. El sheriff es un paleta, un patán, un campesino que se graduó en una universidad de tercera categoría, quien probablemente piense que la Ivy League es un club de jardinería para mujeres, y que no sería capaz de conseguir una mesa en los mejores restaurantes de Washington ni aunque le fuera la vida en ello; en fin, un cateto, un grosero cuyo armario entero probablemente cueste menos que uno de los trajes de Hendrickson; no es, ni de lejos, un candidato para ser un Sherlock Holmes contemporáneo.

Debido a que se la ha instruido expresamente para que no sienta curiosidad por nada de lo que haga Hendrickson, Stacia O'Dell no plantea ninguna pregunta acerca de ese organizador de actos, Martin Moses, sobre quien él muestra tanta curiosidad. Pero los guardias de seguridad sí hacen

preguntas mientras trabajan. Se los quita de encima con vagas afirmaciones de que Moses se halla involucrado en un nefasto plan en representación de un rival corporativo de Terra Firma, propietaria del resort.

En esta crisis, Hendrickson se refugia en la facilidad con la que se ha llevado a cabo la conversión de Iron Furnace y en la convicción de que no será descubierto por un patán rústico del calibre de Luther Tillman.

Los ciudadanos empleados en el complejo hotelero habían sido inducidos a someterse a una batería de inyecciones dieciséis meses antes, cuando su empleador les ofreció vacunas gratuitas contra la gripe e insinuó que a quienes se negaran no se les pagaría por el trabajo perdido a causa de ella. Debido a que estas inoculaciones también se proporcionaban gratuitamente a los familiares de los empleados y a cualquier otra persona de la ciudad que así lo deseara, en un plazo de dos semanas, trescientos ochenta y seis de los seiscientos cuatro residentes fueron programados con mecanismos de control de las nanomáquinas. Durante los dos meses siguientes, los que no se habían convertido en la primera oleada fueron sedados sin su conocimiento, en los momentos más oportunos, por miembros de la familia; siendo trasladados, mientras dormían, a la congregación de los modificados. Solo siete habían tenido la oportunidad de resistirse, y solo dos de ellos habían sido asesinados por necesidad.

Cuando todos en Iron Furnace, excepto los niños menores de dieciséis años, estuvieron bajo el mando de Arcadia, la ciudad se convirtió en una valiosa filial del complejo, hasta formar una sola empresa bien engrasada. Se instalaron múltiples cámaras en cada calle de la ciudad, para que nada escapara a la atención de los dueños de la gente de Iron Furnace y, al ser sus amos, también fueron dueños de sus propiedades. El vídeo de todas esas fuentes puede ser monitorizado aquí en tiempo real si se produce algún incidente, y se almacena durante sesenta días en caso de que, con posterioridad, surja una razón para revisarlos.

Ahora, Hendrickson les encarga descubrir dónde pudo haber estado ese tal Martin Moses en la ciudad el día anterior, después de que Stacia O'Dell lo llevara de excursión por las instalaciones.

Treinta y dos minutos después del inicio de la búsqueda, uno de los técnicos dice: «Lo tengo».

Booth Hendrickson deja a un lado un sándwich de pepino y se levanta de un salto de la silla para acercarse al monitor. La imagen de una sola cámara llena la pantalla. El guardia de seguridad congela la imagen, bloquea la cara, la amplía. Luther Tillman.

—Ahí está el cabrón —confirma Hendrickson. Vuelve a la imagen completa. Grabado a treinta clics por minuto. En el modo desenfocado de la gente que se mueve en un vídeo de bits de dos segundos, Tillman sale de una galería llamada Beaux-Arts y se para en la acera, quizá pensando que aparenta ser un *connaissanceur*, cuando, de hecho, tiene las palabras «sheriff maleducado de pueblo» escritas en la frente. Parece que está observando a alguien. Se mueve a lo largo de la acera. Desaparece más allá de uno de los enormes árboles perennes—. ¡Encuéntrenlo! —exige

Hendrickson. En breves momentos, el técnico de seguridad tiene la información de una de las cámaras del lado más alejado de la calle. Un ángulo de Tillman mirando por la ventana delantera de algún establecimiento—. ¿Qué es ese lugar?

—Genovese Ristorante.

Tillman se aleja del restaurante. Varias cámaras lo capturan mientras camina hasta el final de la manzana, dobla la esquina, entra en un callejón y se mete en el restaurante por la puerta trasera.

—¿Por qué hace eso? Muéstreme una imagen del interior.

El técnico encuentra los números de las dos cámaras que cubren el área pública del restaurante, especifica la fecha y la hora. El vídeo aparece en una pantalla dividida. Tillman entra en el salón desde la cocina, se acerca a una camarera, indica una cabina y es escoltado hasta ella.

Avanza rápido. Tillman pide, come y se va.

El técnico recupera la toma exterior para ver por dónde salió el hombre del Genovese. Tillman se acerca a una de las coníferas Pembury azules y espera.

Una mujer sale del restaurante. Todavía no ha anochecido, pero las nubes y la hora conspiran para impedir una visión clara de su rostro.

Tillman la involucra en una conversación. Se mueven juntos. Él se detiene junto a un coche aparcado para recoger algo del maletero.

—Luego, haga zum en ese coche y consiga el número de la matrícula, si puede —ordena Hendrickson.

Tillman y la mujer se dirigen a un bar. Vino para ella, cerveza para él. Ninguna de las cámaras tiene una vista clara de su semblante.

Avance rápido. Ni Tillman ni la mujer parecen interesados en beber. Revisan algún tipo de libro juntos. Cuando se levantan para irse, ella casi mira directamente a una cámara.

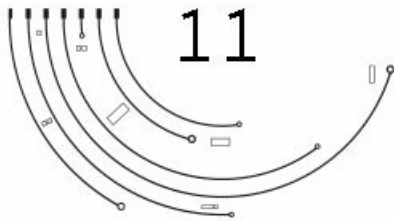
—¡Pausa! —grita Hendrickson. Mira fijamente a la mujer. Cabello castaño rojizo. Gafas. No puede ver el color de sus ojos. Es llamativa, pero... podría ser cualquiera. Necesita usar a Stacia O'Dell y a esos tres técnicos para llevar a cabo tareas que involucren bases de datos sensibles de seguridad nacional que no deban recordar haber violado, ya que entonces lo conocerán como alguien más que el CEO de Terra Firma Enterprises, y se pondrán nerviosos—. Jugad al mensajero del miedo conmigo —les suelta.

—De acuerdo —responden los cuatro.

—De ahora en adelante, todo cuanto hagamos aquí no será retenido por vuestra memoria una vez que os libere. En lugar de eso, solo conservará recuerdos de que intentamos, y fallamos, rastrear a Martin Moses y a esa mujer en cuanto salieron de la ciudad. ¿Lo entendéis?

Cuatro síes.

—Vale. Manos a la obra. —Hendrickson les explica cómo aprovechar la base de datos facial de la NSA y aplicar el reconocimiento facial—. Hacedlo.



A pesar de que la estupidez de sus élites hubiera disminuido sus perspectivas y a pesar de que muchos de sus habitantes vivieran con el presentimiento de una terrible pérdida y un trágico marchitamiento, Estados Unidos seguía siendo un país grande en términos de territorio y espíritu nativo, por lo que conducirlo era a la vez una experiencia agotadora y alentadora.

Para cuando llegaron a Ardmore, en Oklahoma, Jane Hawk había cruzado todos los límites de la capacidad de la cafeína para contrarrestar el sueño. No creía que se hubiera inventado todavía una cura para su dolor de cabeza punzante. La luz del sol le acribillaba los ojos. Un zumbido tan delgado y misterioso como el grito de algo que naciera en un mundo alienígena ponía una sola nota de fondo a los demás sonidos.

Los niños, que habían dormido pero sin descansar durante el camino de Tennessee a Arkansas la noche anterior, no estaban en mejor forma que Jane, pero ninguno de ellos se quejó.

Reservaron dos habitaciones de motel de tamaño familiar, cada una con dos camas matrimoniales dobles y una individual. Los cuatro chicos con Luther, las cuatro chicas con Jane.

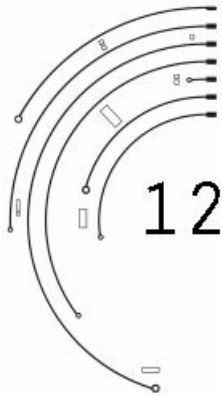
De una pizzería que había al otro lado de la calle, Luther y Harley fueron a buscar comida para llevar con el objeto de cenar temprano, mientras que Jane y Jenny se encaminaron a las máquinas expendedoras de refrescos del motel.

Dos niñas fueron asignadas a cada cama de matrimonio, Jane durmió en la cama plegable, la pistolera y su arma al alcance de la mano debajo de esa cama estrecha.

Mientras comía y ayudaba a las niñas a prepararse para la noche, anhelaba acostarse, pero no se preocupaba demasiado de sus muchos enemigos. Aquellos en Iron Furnace que habían sido testigos de la extracción de los ocho niños no tenían ya recuerdos de lo que vieron. Había tomado todas las precauciones habituales. Ella y Luther tenían vehículos no rastreables. Los tecnoarcadios, un grupo tan pueril como su nombre, se estarían preguntando si ella había conseguido sonsacarle a Randall Larkin los hechos relativos a Iron Furnace, y si ella tendría algo que ver con la desaparición de los niños. No podían estar seguros, sin embargo, ni tampoco saber adónde se había ido.

Ella, Luther y los niños disfrutarían un descanso largo y tranquilo. Por la mañana, se pondrían en marcha en un trayecto fácil de unas cinco o seis horas hasta el rancho de los Sacket, al oeste de

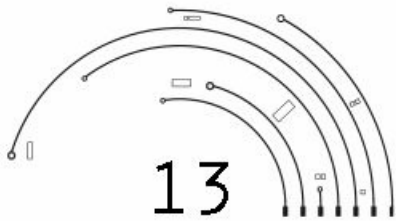
Austin, donde Leland y Nadine les darían a los niños un hogar, consejo, cualquier terapia que necesitaran y esperanza.



El enorme roble en la esquina noroeste de la parte trasera del patio cobijaba los pisos de una docena de casas con su gran tronco: con armarios en abundancia de sus extremidades más grandes, puertas y dinteles y potenciales marcos para la chimenea. Con las raíces clavadas en la tierra, también proporcionaba sombra y un lugar donde los Hawk sentían que podían conversar en privado y que, tal vez, el edificio de su casa no podía darles.

Cuando Ancel regresó de la casa de Chase Longrin, se sirvió dos copas de *cabernet* y llevó a Clare afuera, aparentemente para contemplar el atardecer desde el par de sillas de secuoya que estaban bajo el árbol. El sol se expandió al hundirse, y las nubes se incendiaron. Los estorninos se apiñaban en las cavidades del roble y en los aleros de los establos, retirándose de la amenaza de las rapaces nocturnas.

Compartió con Clare las noticias sobre Chase, y decidieron salir hacia la casa de Leland y Nadine Sacket a las tres en punto de la mañana. Las manos del rancho en las que Ancel confiaba vivían fuera de las instalaciones, y no venían a trabajar hasta las seis. Juan Saba, el administrador del rancho, y su esposa, Marie, vivían allí, en una residencia que estaba a unos trescientos metros de la casa principal, y era costumbre de Juan levantarse media hora antes del amanecer. Ancel y Clare se escabullirían durante la noche, sin miedo a ser rastreados, ya que irían a caballo.



Como si estuviera hecho de granito por un momento, Hendrickson aguanta la respiración mientras permanece detrás del técnico en la estación de trabajo. En el monitor grande, la pantalla está dividida verticalmente, y aunque las dos caras son hermosas, también son retratos de amenazas, versiones de la tercera de las tres Parcas, Átropos, la que corta el hilo de la vida.

Una inspiración para la paranoia en muchas personas a lo largo de los años, Hendrickson sucumbe a su propia paranoia. El reconocimiento facial confirma que el semblante de la mujer en el bar concuerda, al milímetro y con el grado preciso de ángulo, con cada uno de los veintiocho puntos de comparación de la imagen del expediente de Jane Hawk, con la foto más reciente tomada para su identificación del FBI.

Está claro que es un virus polimórfico, como algunos la han llamado.

Randall Larkin podría haber estado completamente destrozado, podría haberle contado lo de Iron Furnace. Pero había cosas que Larkin no sabía, por la simple razón de que no necesitaba esa información.

Dentro de los círculos arcadios, se supone que los detalles se comparten únicamente en el supuesto de que exista una necesidad de saber, tal es el caso de los organismos oficiales como la CIA. Larkin no tenía necesidad de saber qué frase daba acceso al mecanismo de mando en una persona modificada —«Juega al mensajero del miedo conmigo»— y, por lo tanto, no podía habérsela revelado a Jane Hawk.

Sin embargo, la zorra astuta ha conseguido esas seis palabras. Ahora es capaz de tomar el control de cualquiera de las personas modificadas, no solo en Iron Furnace, sino donde sea que las encuentre.

Hendrickson expulsa su aliento en dos palabras pronunciadas como una sola:

—¡Jodermierda!

Otro pensamiento: si Hawk de alguna manera se ha enterado de la existencia de la habitación de los susurros, puede usar a una de las personas modificadas de esa ciudad para acceder a todos ellos y dar una orden que obedezcan uniformemente. ¿Y si por teléfono les dice que abandonen Iron Furnace en masa? ¿Y si les dice que vayan hasta una autoridad que probablemente no esté dentro de los límites de la esfera de influencia de los arcadios y que, desde allí, anuncien su

esclavitud al mismo tiempo, o les ordena que se reúnan en Times Square o en un lugar todavía más público para denunciar a los cuatro vientos a D. J. Michael e insistir en la existencia de las nanomáquinas que los controlan?

Se siente mareado y con náuseas, como si una masa ulcerosa se hubiera roto, inundándole el estómago de sangre, dejándole el cerebro hambriento de oxígeno.

Que no haya hecho ya algo dramático con esas seiscientas personas modificadas se debe seguramente a que todavía no ha pensado en ello. Quizás se encuentre tan distraída por la urgente necesidad de liberar a los niños y niñas y de llevarlos a un reducto seguro que no haya tenido ni el tiempo ni la claridad mental necesarios para darse cuenta del poder que tiene. «Hay una manera de cambiar la clave de acceso por la cual se abre el mecanismo de comando para recibir nuevas instrucciones, se dice a sí mismo, haz que sea distinta de “Juega al mensajero del miedo conmigo”». Pero Hendrickson ignora ese proceso, porque no se ha considerado que él necesite saberlo.

—Por favor, discúlpeme —les dice a Stacia O’Dell y a los técnicos de seguridad, como si les debiera su amable cortesía, cosa que no es así. Son de una clase muy por debajo de la suya y ya lo eran, de hecho, incluso antes de ser modificados; ahora se hallan en la parte más baja de cualquier estructura de castas concebible.

Se retira a un rincón lejano del búnker para usar un teléfono. Debido a sus dedos torpes, tiene que llamar a Eva Kleitner, la directora del laboratorio en Virginia, tres veces antes de que consiga dar con el número correcto.

El temblor de su voz avergüenza a Booth Hendrickson mientras le transmite urgentemente a Kleitner la necesidad de utilizar la habitación de los susurros para cambiar la frase de acceso tan rápido como sea posible, mediante cualquier proceso que se pueda lograr. Habla con franqueza porque su teléfono está programado para confundir sus palabras, y el de ella es capaz de descifrarlas.

—Los buenos plebeyos de Iron Furnace han recibido todos la actualización más reciente, la habitación de los susurros, así que solo necesitaré una hora y media —dice ella.

—Excelente.

—Pero ¿qué pasa con el resto de nuestros sodomitas (los muertos vivientes de la lista Hamlet, los proletarios en posiciones clave, las chicas Aspasia)? Están por todo el país. Ninguno ha recibido la actualización. Ni siquiera sabemos aún si queremos que tengan dicha actualización. Eso fue por la situación especial de Iron Furnace. Tendremos que contactar con todos ellos uno por uno para cambiar la frase de acceso.

—Cueste lo que cueste. Hay que hacerlo.

—Incluso si pongo a toda mi gente de confianza en ello, eso va a requerir semanas.

—¿Semanas? ¿Pero de cuántas personas estamos hablando?

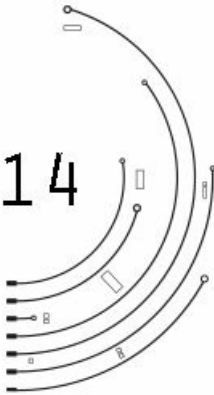
—De gente de todas las procedencias sociales. Por encima de las dieciséis mil.

Debido a que ha padecido poco miedo en la vida, Hendrickson supera esa emoción. Si todavía está temblando, es por la rabia al borde de la ira causada porque esa entrometida arrogante de Jane Hawk haya sido capaz, por alguna combinación a medio camino entre el instinto animal y la suerte ciega, de causarles tantos problemas.

—Nada de esto sería necesario si esa zorra descarada estuviera tan muerta como se merece.

—¿Por qué no te ocupas tú?

—Pronto lo haré. La estamos investigando ahora mismo. Mientras, cambia la frase de acceso para los seiscientos habitantes de aquí y para todos los miembros de las cuatro Aspacias. Esas son las únicas personas modificadas que ella conoce. Antes de que pueda encontrar otra, o estará muerta o habrá sido modificada.



Después de la cena, Rebecca y Jolie Tillman regresaron por los pasillos interiores a su cuarto del segundo piso en el motel. No encendieron las luces, sino que se guiaron la una a la otra por la oscuridad hasta alcanzar una de las dos ventanas, cuyas cortinas abrieron para estudiar el aparcamiento donde antes habían dejado la camioneta Buick de Robbie Stassen.

—Si nos han seguido hasta Rockford —susurró Rebecca—, estarían vigilando la camioneta. Pero no veo a nadie mirando.

—Si tienen experiencia en vigilancia —contestó Jolie—, entonces no los veremos de inmediato, a menos que sean dos capullos ineptos.

—Esa es una palabra que no necesito volver a oír salir de tu boca, querida.

—¿Qué palabra? ¿Te refieres a ineptos? —Cuando un Range Rover pasó por el aparcamiento, sus faros bañaron brevemente una furgoneta de paneles aparcada en la sombra. El chorro transitorio de la luz reveló a dos hombres en la oscuridad más allá del parabrisas—. ¿Has visto eso, mamá?

—Me temo que sí. ¿Fue uno de ellos el tipo que compró comida para llevar?

—No me apostaría el culo, pero desde donde están sentados tienen una vista clara de ese estúpido Buick Wagon. Así que me inclino a aplicar el platonismo a esta cuestión y decir que sí, que van tras nosotras.

—Platonismo, ¿eh? ¿Cómo funciona eso?

—La verdad del mundo se halla en las ideas, no en las cosas materiales. Los dos tipos de esa furgoneta son las representaciones actuales de una idea inmutable y verdadera.

—¿Qué idea inmutable y verdadera?

—El mal. Son unos criminales asquerosos. Tienen algún tipo de micrófono escondido en el Buick. No podemos ir a ningún sitio donde no nos encuentren. Estamos jodidas.

—Tienes razón sobre el Buick, querida. Pero no estamos jodidas.

—Si no estamos jodidas, madre, ¿por qué susurramos?

En lugar de responder a la pregunta, Rebeca susurró:

—Tu padre llamará a las nueve en punto. Él sabrá qué hacer.

—Sí, pero faltan dos horas para eso. ¿Y si vienen a matarnos mientras tanto?

—¿Por qué nos seguirían hasta aquí solo para matarnos?

—No he dicho que sea solo para eso. Quizá quieran robarte todo el dinero, violarnos varias veces y luego matarnos.

—Este es un motel tranquilo y lujoso, Jolie. Todo eso sería demasiado ruidoso.

—No, si tienen una llave maestra, pistolas táser, cloroformo y suficiente autocontrol para no lanzar gemidos en el acto del coito. Puede que no lo parezca, mamá, pero tengo miedo.

Rebecca había tratado de no alarmar a su hija, pero había llegado a la conclusión de que el hombre con el tatuaje de la serpiente era uno de los hombres de la camioneta y que era mejor dar esquinazo a ese par lo antes posible. Aunque Luther no le hubiera dicho nada específico por teléfono la noche anterior, había dejado claro que lo que había pasado en el hotel Veblen era parte de algo mucho mayor y que solo porque había estado haciendo lo que cualquier buen agente de la ley debería estar haciendo, no solo él, sino también su familia, estaban en peligro inminente. Él había anticipado una amenaza menor el mismo viernes, cuando ese odioso Booth Hendrickson llegó a la casa. Ya habían pasado tres noches desde que, el domingo anterior, se hubiera arriesgado a tomar dos teléfonos desechables del casillero de pruebas para que pudieran evitar las escuchas telefónicas y, a la vez, mantenerse en contacto mientras él estaba en Kentucky. Rebecca había cometido el error de dejar la Buick desatendida mientras ella y Jolie estaban en el banco, que sin duda fue cuando colocaron un transmisor en el vehículo. No había forma de encontrar el dispositivo y retirarlo mientras los dos hombres de la camioneta estuvieran mirando. Cuando Luther la llamara por teléfono en un par de horas, seguramente le diría que se olvidara de la camioneta Buick y dejara a los dos matones vigilando un coche abandonado. No había necesidad de esperar a que llamase o de llamarlo ahora.

—El platonismo aplicado —dijo Rebecca—, me dice que tenemos que irnos.

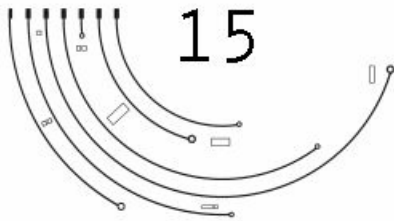
Madre e hija no habían deshecho el equipaje antes de ir a cenar. Se ayudaron la una a la otra en la oscuridad, chocando contra los muebles en una urgencia sin gracia que en otras circunstancias habría inspirado unas risas, recogieron sus abrigos de la cama y colocaron su equipaje en el hueco fuera del baño. Con dos maletas y un estuche de maquillaje, salieron por la puerta del pasillo.

Las habitaciones del lado más alejado de la sala daban a un aparcamiento en el lado sur, diferente del del norte en el que habían dejado el Buick. Sin palabras e impacientes, bajaron en el lento ascensor hasta la planta baja. Salieron del edificio por una puerta que daba al sur y

caminaron a través de tres filas de vehículos estacionados hacia la calle, con su aliento en rápida cadencia humeante, la noche fría y todos los sonidos de la ciudad agudos y frágiles.

El motel estaba en una zona comercial muy concurrida, y mantuvieron el edificio entre ellas y los hombres de la camioneta mientras llegaban hasta la calle. A lo largo de una acera, pasando por tiendas, algunas abiertas y otras cerradas, pasando por bares y restaurantes de unos cuantos de los cuales llegaba música en vivo de una alegría insistente sin alegría real, madre e hija fueron en busca de otro lugar para pasar la noche.

Rebecca se sentía aliviada de que hubieran tomado la iniciativa. Pero en la cara de Jolie y, seguramente por su cuenta, apareció escrita la expectativa de que estar a salvo y un lugar donde quedarse eran cosas diferentes; la última, fácil de encontrar; la primera, esquivada.



Hendrickson en el búnker de las Parcas, con actitud confiada y dominante en todo momento, aunque de vez en cuando sienta como si algo se le estuviera deslizando dentro del pecho y, todo el tiempo, como si anduviera sobre un alambre por encima de los rostros vueltos de todos aquellos a los que alguna vez conoció, mientras esperan su caída con gran expectación...

Veinte minutos antes, el técnico de seguridad encargado de buscar la imagen del coche aparcado de Luther Tillman descubrió el número de la matrícula. El Chevrolet fue alquilado en un concesionario del aeropuerto de Louisville el lunes.

El técnico gira sobre su silla de trabajo y le dice a Hendrickson:

—Según la agencia de alquiler, señor, el Chevy fue devuelto al aeropuerto hace poco, a las cinco y media.

Los aeropuertos tienen más cámaras de vigilancia por metro cuadrado que cualquier otra instalación del país. Hendrickson le explica al técnico cómo acceder a una puerta trasera del programa de coordinación de vídeo de la NSA, a fin de conseguir una imagen de quien dejó el vehículo en Louisville.

Jane Hawk tomó la precaución de aparcar su coche en un barrio residencial, a dos manzanas de la calle principal de Iron Furnace, donde supuso que no habría ninguna cámara.

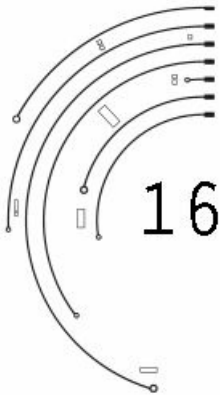
Al seguir un vídeo multicámara de cuando ella sale del bar con el sheriff, un segundo técnico puede rastrearla e identificar su coche como un Ford Escape negro. Cuando se dirige en el coche hacia Lakeview Road y Tillman la sigue en su vehículo de alquiler, la placa de la matrícula se ve con claridad al pasar por una intersección bien iluminada.

Hendrickson piensa poner una descripción del coche y el número de matrícula en la red del Centro Nacional de Información sobre Delitos, mostrándolo a todas las agencias policiales del país, pero duda. Sospecha que la zorra sabe cómo acceder al NCIC sin delatarse, y que, de vez en cuando, comprueba si cuentan con alguna nueva información crucial sobre ella. Si descubriera que ellos saben qué coche tiene y el número de matrícula, cambiaría las placas —probablemente, robadas— por otro par de placas robadas, y, en cuanto pudiera, se desharía del Ford Escape.

Por todo el país, los coches patrulla de la policía y otros vehículos del gobierno equipados con sistemas de lectura de matrículas de trescientos sesenta grados, recopilan los números de las

matrículas de los coches de su entorno —aparcados y en movimiento— minuto a minuto, y transmiten esas lecturas a los archivos regionales durante todo el día. La NSA mantiene el archivo central para todos estos sistemas. Si en algún momento, desde que abandonaron Iron Furnace, se ha escaneado el Ford Escape o el Chevy de alquiler, el programa NSA podrá decirle dónde y cuándo.

Aunque no menos inquieto que antes, Hendrickson se dice a sí mismo que ese es un buen momento para que hombres como él estén vivos, cuando tienen la capacidad, legal o no, de mirar el mundo con los ojos infinitos de un dios.



Estaba sentado en una furgoneta helada porque el humo del tubo de escape podría atraer la atención, después de tomar una comida fría para llevar, respirando el aire rancio con olor a ajo, aparte del olor corporal de Beedle y sus ocasionales cigarrillos.

El trabajo clandestino al servicio de un ideal digno, cuando la justicia de la misión es más importante que cualquier otra cosa prohibida por las leyes del hombre y la naturaleza, cuando uno tiene una licencia para matar y lo hará no por amor al país, como James Bond, sino por una causa mucho mayor, como la transformación del mundo en un lugar menos caótico y la preservación del medio ambiente mediante el control estricto de los impulsos destructivos de la humanidad... Bueno, para la mayoría de las personas, ese trabajo parece significativo, lleno de romance, misterio y aventura, una emoción garantizada por minuto.

Hassan Zaghari, quien anhela el nuevo mundo que se aproxima y ha matado por ello en numerosas ocasiones, quien ha vivido una gran aventura y entiende el concepto de «romance», pero prefiere el sexo impersonal, quien ve la ignorancia y la confusión en todo el mundo pero sin misterio, desearía que su trabajo fuera más parecido a la percepción que tiene el público en general. En el cine, todo es glamur. El héroe nunca debe soportar a un compañero que es una máquina de olores como Kernan Beedle, y los tipos que vigilan nunca necesitan orinar detrás de un basurero en medio de una noche helada para permanecer cerca de su vehículo por si de repente tienen que salir corriendo.

En ese momento, Beedle se agacha detrás del volante, hablando sin parar de algo en lo que Hassan no tiene ningún interés, mientras que este sigue sentado con su ordenador portátil en el regazo. Ha pirateado el sistema informático en la sede de la corporación propietaria de ese motel y de cientos más —su sede central se encuentra en el envidiable clima de Orlando, Florida— y lo

ha redirigido hasta el ordenador en esa unidad de Rockford, donde ahora controla su sistema de llaves electrónicas.

Muchos hoteles y moteles habían cambiado tiempo atrás las cerraduras clásicas por cerraduras electrónicas, de modo que hoy en día usan llaves magnéticas en lugar de llaves tradicionales, porque eso les permite cambiar la combinación de la cerradura de una habitación cada vez que un nuevo huésped se registra. El moderno programa de acceso de tarjetas de ese establecimiento supervisa el uso de cada tarjeta y cada apertura y cierre de cada habitación, aparentemente para ser alertado si un dispositivo electrónico ilegal que no sea una tarjeta se usa para desactivar una cerradura —una tarjeta tiene una firma electrónica diferente de la de cualquier dispositivo usado por los ladrones— y por otras razones de seguridad.

En la pantalla del portátil de Hassan, las filas de cuadrados numerados representan las habitaciones del motel. Un cuadrado rojo significa una puerta cerrada. Cuando se usa una tarjeta de acceso, el cuadrado se vuelve verde hasta que la puerta se cierra y se bloquea de nuevo de forma automática. Un cuadrado azul indica una puerta que ha sido abierta desde adentro por un huésped que sale, y permanece azul hasta que la puerta se cierra y se bloquea, y se vuelve roja nuevamente.

En el registro informatizado del motel, el nombre de Rebecca Tillman está asociado a la habitación 212.

Cuando madre e hija regresan de la cena en el restaurante, el cuadrado rojo correspondiente a la habitación 212 se vuelve verde... y luego rojo.

—Ya han vuelto —dice Hassan.

Beedle se detiene justo cuando estaba a medias de decir algo sobre cualquier tedioso tema que ahora lo fascina.

—¿Por qué no hay ninguna luz encendida?

La habitación de las mujeres está en el segundo piso, en ese lado del edificio, casi justo encima de donde aparcaron la antigua furgoneta Buick. Tiene dos ventanas, y ambas siguen a oscuras.

Después de medio minuto, Beedle dice:

—Algo no va bien.

La furgoneta se encuentra un poco apartada del edificio, en una zona a la sombra entre la luz de dos farolas del aparcamiento.

Hassan coge unos prismáticos del asiento de al lado y mira hacia una de las ventanas de la habitación 212 y luego a la otra.

—Han abierto las cortinas en la oscuridad —dice—. Una cara encima de la otra, mirando hacia fuera.

—¿A nosotros? —pregunta Beedle.

—Hacia aquí.

Un Range Rover se dirige hacia ellos, pasa a su lado, alumbrando la camioneta con sus faros, y un momento después las cortinas de la ventana en la 212 se cierran.

—Creo que nos han visto —dice Hassan.

—¿Cómo iban a saber siquiera que somos nosotros?

—Debería haber ido yo a comprar la comida —dice Hassan—. Tal vez una de ellas te viera esta mañana en el banco.

—¿Quién podría saber que nos íbamos a cruzar?

Hassan quiso ir a por la comida, pero Beedle no confiaba en nadie para que le pidiera la cena.

Como suele ser habitual en tales circunstancias, Beedle ahora siente la necesidad de anunciar lo obvio.

—La habitación todavía sigue a oscuras.

Hassan le entrega los prismáticos y mira los cuadrados rojos en la pantalla del portátil.

—Están haciendo algo en la oscuridad —dice Beedle.

Después de un minuto, el cuadrado de la habitación 212 cambia de rojo a azul.

Capaz de ver la pantalla desde un ángulo, y al darse cuenta de lo que pasa, Beedle dice:

—Se van de la habitación.

El cuadrado azul se pone rojo, y Beedle arranca el motor de la furgoneta.

Hassan cierra el portátil, lo deja a un lado, abre su puerta y luego dice:

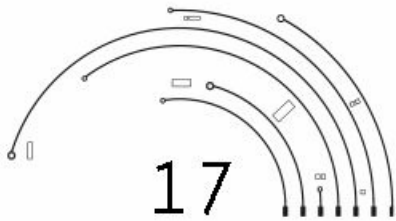
—No creo que vayan a coger el Buick. Probablemente saldrán por el otro lado del edificio. Las seguiré a pie.

—Dejaré el teléfono encendido —le avisa Beedle.

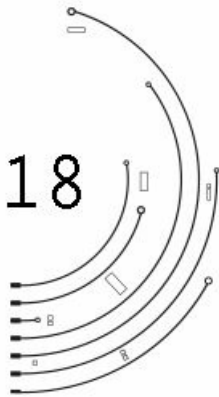
Hassan contesta con una leve nota de exasperación que no puede reprimir.

—Sí, esa sería la mejor forma de hacerlo.

Sale a la fría noche y corre hacia el motel, con los ojos llorosos por el aire helado. Las dos mujeres nunca lo han visto antes. Es un experto en perseguir a sospechosos a pie sin que lo vean. Odia el frío. Nació para el calor. Pero una noche de marzo en Rockford es la menor de las cosas que ha soportado para ayudar a hacer realidad un mundo mejor en el que personas como esa madre y su hija sepan de una vez cuál es su lugar y que o lo mantienen, o perderán la vida.



En Ardmore, Oklahoma, en la habitación del motel, débilmente iluminada por una lámpara cubierta con una toalla, donde las cuatro niñas exhaustas yacían inmóviles como si estuvieran sedadas, Jane confiaba en poder dormir sin soñar. Pero sola en la cama plegable como se encontraba, se hundió en mundos evocados por el inconsciente. Deambulaba por un amenazador paisaje nocturno de las calles de la ciudad, buscando a Nick, cada persona era una figura sonámbula hostil, de sustancia borrosa. Luego estaba en el interior de una enorme fábrica y no podía dar con la salida de un laberinto de maquinaria abandonada y décadas de basura, de la que Randall Larkin resucitaba una y otra vez y se abalanzaba sobre ella en un mar de ratas. Y, a continuación, un francotirador en una colina disparaba contra una llanura en la que una gran manada de caballos corría en estampida, los animales heridos gritando mientras caían desplomados entre horribles nubes de sangre y polvo, y Jane, a pie entre la frenética carrera de caballos, buscando algo en el tumulto, cuando los caballos se convirtieron en ponis, ponis Exmoor, y delante de ella apareció una silueta tumbada en el suelo, la forma de un jinete que había salido disparado desde su silla, lo habían pisoteado y arrollado, y ella fue casi capaz de identificar al jinete desgarrado y roto entrevisto a través del polvo, fue casi capaz de verlo, acercándose a través del caos, acercándose al jinete, acercándose por siempre...



Hendrickson disfruta de los datos conseguidos por la NSA.

Hacia el oeste. La perra feroz y el sheriff paleta fueron al sur desde Iron Furnace hasta Tennessee el martes por la noche y luego giraron al oeste. A las 2:28:14 del miércoles, catorce kilómetros al este de Memphis, un coche patrulla de Tennessee que se dirigía hacia el este había captado la matrícula delantera del Ford Escape en los carriles que avanzaban en sentido oeste. A las 2:28:17, captó la matrícula del Chevy detrás del Ford. La siguiente lectura corresponde al sudoeste de Little Rock. Un coche patrulla de la autopista de Arkansas, que se incorporaba a la Interestatal 30, leyó de forma automática la matrícula delantera del Ford Escape en la rampa de salida adyacente hacia Hot Springs a las 4:36:24 del miércoles, y la del Chevy de alquiler tres segundos después.

Para Hendrickson era un misterio cómo se conocieron Hawk y Tillman y por qué se unieron en Iron Furnace. Ahora, un nuevo misterio se unía al primero: ¿qué se les había perdido en Hot Springs o en algún lugar cercano? ¿Se dirigen hacia allí por pistas de tierra o están viajando a partir de ahora por fuera de las interestatales?

En las ciudades y los barrios principales y en las autopistas interestatales, el programa de lectura automática de matrículas está mejor establecido que en las áreas rurales de las carreteras federales, estatales y de condado más pequeñas. Por lo tanto, esta búsqueda prometedora conduce a una brutal frustración cuando el técnico de seguridad informa de que no se ha producido ninguna otra lectura de la matrícula del Ford desde Hot Springs, en Arkansas, más de dieciséis horas antes.

Después de Hot Spring hubo dos lecturas más de la matrícula del Chevy. La primera a las 8:06, donde la I-30 se une con la I-40 en el perímetro de Little Rock. La segunda a las 14:25, cinco kilómetros al norte de Nashville en la carretera Interestatal 65. Alguien lo había estado

conduciendo de regreso al aeropuerto de Louisville, donde lo devolvieron hacía poco, a las cinco y media.

Un tercer técnico, buscando una imagen de vídeo del aeropuerto con la persona que devolvió el coche en Louisville, consigue el premio gordo. Excepto que el hombre del monitor, el que estaba en el mostrador de devoluciones, es blanco en lugar de negro; no es Luther Tillman. Teniendo en cuenta su pelo enmarañado, la barba cerrada de hombre de montaña y las gafas de sol, no se le ve lo suficiente como para molestarse en procesarlo con un programa de reconocimiento facial. En la pantalla, se sale del alcance de la cámara. No hay un vídeo del vehículo en el que se podría haberse marchado.

Hendrickson se ve invadido por oscuros sentimientos, de furia en su mayoría, y por la sensación de que las personas en las que confía le han fallado, en especial Huey Darnell, allá en Minnesota.

Hendrickson se aparta de los técnicos de seguridad y de Stacia O'Dell, que permanecen a su disposición y bajo su control a la espera de recibir nuevas órdenes, y llama al iPhone de Huey.

—Aquí Darnell —responde.

—Soy yo. ¿Dónde estás?

—Vigilando a Tillman.

—¿El sheriff?

—Sí. Luther Tillman.

—¿Dónde está? —le pregunta Hendrickson.

—En su casa. Sin embargo, su esposa y su hija abandonaron la ciudad en el viejo Buick wagon del agente Stassen. Hassan Zaghari y Kernan Beedle están en ello, las tienen bajo vigilancia en un motel en Rockford.

—En Rockford, ¿dónde?

—En Illinois. Estuvieron conduciendo todo un día para llegar hasta allí. No sabemos por qué Rockford.

—Tal vez vayan a reunirse con Luther.

—Bueno, pero él está aquí en su casa.

—¿Estás seguro?

Darnell se quedó en silencio. Luego dijo:

—Estaba antes.

—Voló a Kentucky el lunes. Hoy es miércoles. Así que supongo que sí, que se fue antes. Dos días antes.

Huey Darnell prefiere quedarse en silencio de nuevo.

—¿Sabes lo que quiero que hagas, Darnell?

—Supongo que debería entrar en la casa.

—Justo. Entras en la casa y registras el lugar, de arriba abajo. Busca cualquier cosa que

explique por qué Luther fue a Iron Furnace, en Kentucky. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Busca cualquier cosa que demuestre que alguna vez estuvo en contacto con Jane Hawk, si la conocía o si conocía a alguien que la conocía a ella. ¿Sabes quién es Jane Hawk?

—Sí, señor. Todo el mundo lo sabe.

—Busca cualquier otra cosa que parezca curiosa. No duermas hasta que hayas encontrado algo que me ayude.

—¿Y si no encuentro nada?

—Esa no es una opción —dice Hendrickson.

—La esposa y la hija dejaron las luces encendidas por toda la casa.

—¿Y?

—Bueno, así parecía que había alguien ahora que es de noche.

—¿Estás buscando una excusa para justificarte?

—No, señor. Solo lo decía.

Hendrickson termina la llamada y se pone furioso. Quiere creer que cada arcadio está al menos un nivel por encima de la plebe. Pero solo porque la ideología de un hombre sea la correcta no significa que posea lo que se necesita para merecer el mundo mejor que él imagina. En poco tiempo, Huey Darnell tendrá que ser inyectado con el mecanismo de control que se destina a quienes están en la lista Hamlet y enviado a algún lugar para suicidarse.

Ahora, Hendrickson regresa al lado de los técnicos de seguridad que esperan junto con Stacia O'Dell, y les ordena que se retiren de los sitios que han pirateado ilegalmente bajo sus órdenes. Luego les recuerda que solo deben acordarse de que estuvieron intentando averiguar adónde fue Martin Moses, el especialista en espionaje corporativo, después de que se fuera del centro de vacaciones el día anterior.

Una vez hecho esto, cierra el acceso a sus programas de control diciendo:

—*Auf Wiedersehen.*

—Adiós —dicen al mismo tiempo y regresan a sus tareas de seguridad habituales como si no hubiera ocurrido nada inusual.

Stacia O'Dell dice:

—¿Hay algún otro lugar al que desee ir, señor Congrieve?

Hacía ya mucho rato que había pasado su hora de salida habitual, pero hay algo más que él necesita antes de que ella lo lleve de vuelta al helicóptero, que continúa esperándolo a las afueras de la ciudad.

—Vamos a su oficina, señorita O'Dell.

El conserje de noche tiene su propia oficina. En la suite de la señorita O'Dell, la sala de recepción está a oscuras, su asistente ya se ha marchado.

Ambos entran en la oficina de ella, donde Hendrickson cierra la puerta y dice:

—Juega al mensajero del miedo conmigo.

—Está bien —dice ella, y vuelve a estar accesible.

—Quédate justo ahí —le ordena—, y quítate la ropa.

Aunque su rostro permanece tranquilo, tal vez el equivalente a un ceño fruncido pase por sus ojos, pero luego comienza a desabrocharse la blusa.

Booth Hendrickson se sienta en una de las lujosas sillas para las visitas. Con su teléfono móvil, llama al número privado de Marshall Ackerman, director de Voluntarios por un Futuro Mejor, que es uno de los proyectos de D. J. Michael.

Cuando Ackerman responde, Hendrickson le explica la situación con el Ford Escape, visto por última vez en Hot Springs.

—Si dejaron a esos ocho niños en algún lugar de Arkansas, Tillman y ella solo necesitan ya un coche. Probablemente aún siga con el Ford. Pon a alguien dentro del programa de la NSA para que lo compruebe cada diez minutos. En cuanto haya una nueva localización de este número de matrícula de California —Hendrickson se lo repitió de memoria—, házmelo saber de inmediato.

—Dalo por hecho. ¿Escuchaste lo que pasó el viernes pasado en el almacén donde ella acabó con Larkin? —preguntó Ackerman.

—Se largó antes de que llegaseis.

—Eso para empezar. La cabrona dejó una bomba incendiaria con un temporizador, trató de achicharrarnos, el lugar estaba infestado de ratas enloquecidas.

—Sí, de eso también me enteré.

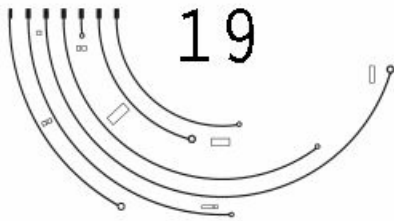
—Si alguna vez la tengo entre las manos, le daré de comer una rata y luego le prenderé fuego, lo juro —dice Ackerman.

—Nadie se opondría —le asegura Hendrickson. Termina la llamada y le habla con impaciencia a Stacia O'Dell—. No, todo. Quítatelo todo. Completamente desnuda.

A pesar de que es accesible, es evidente que se siente avergonzada. Pero obedece.

Hendrickson se siente un poco sorprendido por lo que está haciendo. Desdeña a las mujeres que no son de su posición, y sus aventuras suelen ser con aquellas que están por encima de él en la escala social. Incluso antes de ser inyectada con un mecanismo de control, Stacia estaba por debajo de él en cualquier sistema de clase social digno de respeto, una luchadora de clase media que carece de la inteligencia y las ganas de prosperar. Ahora que es una de las personas modificadas, es de la casta más baja, un paso por encima de un simple animal y al menos uno por debajo de un esclavo común. Debe sentirse sucio mientras está allí sentado y le ordena que se arrodille delante de él, mientras ella se inclina para servirle, mientras hace lo que él le manda. Pero hoy ha sido un día frustrante, y está demasiado tenso para hacer el viaje de regreso a D. C. sin ese desahogo.

Para él, Stacia es un ser primitivo, casi de otra especie, y este acto es lo más parecido a una transgresión que pueda imaginar. Esto es diferente que con las chicas de Aspasia, que son fantasías exquisitamente diseñadas y embellecidas, sin pasado ni futuro, en su inmovilidad biográfica e intelectual, no encajan en ninguna estructura de clase, son tan deliciosamente irreales en su perfección y en su sumisión que bien podrían haber salido de un sueño húmedo. Pero Stacia tiene un pasado y un futuro, aunque sea uno con límites severos, y cuando no está siendo controlada activamente, piensa y siente. Él puede darle órdenes, como puede hacerlo con cualquier chica Aspasia, pero sin tener la certeza de que siempre se dé una sumisión absoluta. Aun siendo poco probable, existe la remota posibilidad de que un ser primitivo como Stacia pueda morder, y eso excita a Hendrickson.



En las dos camas de tamaño extragrande, los cuatro niños duermen tan ajenos al mundo como si este fuera el primer sueño de su vida, como si miles de noches de sueño no remunerado tuvieran que ser contabilizadas y retribuidas antes del amanecer. Luther se sintió atraído por la cama plegable como si fuera el lecho más confortable que jamás hubiera encontrado. Ya estaría profundamente dormido en caso de no haber tenido que llamar a Rebecca a las nueve en punto.

Se fue al cuarto de baño, para no molestar a los niños. Cerró la tapa del retrete y se sentó. Con su teléfono desechable la llamó a su teléfono desechable y pronto supo que la Buick de Rob Stassen las había llevado a Rockford, pero no con el anonimato que querían. Una hora antes, se registraron en un hotel antiguo, a unas cuantas calles de donde abandonaron la camioneta.

Preocupado porque las hubieran seguido, pero orgulloso de la iniciativa con la que habían despistado la vigilancia, Luther dijo:

—¿Cómo conseguiréis llegar a tiempo a Chicago mañana?

—No me gusta la estación de autobuses ni la de tren —comentó Rebecca.

—A mí, tampoco.

—Hablé con Robbie Stassen, le dije que iba a Madison para ayudar en la mudanza de la tía Tandy con mamá. Así que pensé... No quería llamar a mamá para pedirle ayuda, eso podría ser demasiado. Pero quienquiera que sea esta gente, no puede tener todos los teléfonos intervenidos, ¿verdad? Así que llamé a la tía Tandy. ¿Te parece bien?

—Creo que sí. Tenías que hacer algo.

—Le dije que Jolie y yo estamos en Rockford, que mi Toyota se averió y que si podía prestarme un coche. Ella tiene dos, nunca vendió el del tío Calvin.

Al otro lado de la frontera en Wisconsin, Madison no quedaba a más de noventa y cinco kilómetros de Rockford.

—¿No le explicaste por qué estás en Rockford?

—Me inventé una historia. Resulta que la tía Tandy tiene novio.

—¿Cuántos años tiene? ¿Ochenta?

—Es una joven de setenta y nueve. El novio tiene setenta. Es una asaltacunas. Ella viene en el Dodge de Calvin. Su novio la sigue en su coche, así puede llevarla de vuelta a casa. Llegarán en

media hora.

—Eres increíble. Cómo estás llevando todo esto.

—Deberías haberte dado cuenta de que haberme casado con un hombre salvaje como tú me ha dado nervios de acero.

—Soy un caso difícil de manejar.

—Nunca sabrás lo difícil que eres, cariño. Así que mañana, a Chicago, ¿y después qué? ¿Adónde vamos desde allí? ¿Dónde estás?

—Desplazándome. Mañana por la noche voy a saber dónde me encontraré después.

—Necesito verte, Luther.

—Y yo a ti. Más que nada. Te quiero. ¿Recuerdas el lugar al que fuimos de vacaciones?, ¿donde probablemente fue concebida Twyla?

—Es inolvidable.

—Id allí mañana. Tienes mi número, yo tengo el tuyo, pero si algo sale mal, sabré dónde encontrarte. ¿Cómo está Jolie?

—Ella es una fugitiva nata. Ninguna patrulla la podrá encontrar. Quiere hablar contigo.

—¿Papá? —dijo Jolie cuando cogió el teléfono.

—Hola, piruleta.

—Hacía mucho tiempo que no me llamabas así.

—Sin ánimo de ofender.

—No pasa nada. Papá, dime, ¿todo se está desmoronando?

—¿Qué se está desmoronando, cariño?

—El país, el mundo, la civilización, el experimento humano.

—Todo se está desmoronando, Jolie, pero al mismo tiempo siempre se está reconstruyendo.

—Perdóname, pero lo que dices es un montón de estiércol de vaca. Tú eres mejor que eso, papá.

—Tienes razón. Escucha. No todo se está desmoronando. Está sucediendo algo malo, y como todas las cosas malas, no va a terminar bien para la gente implicada en ello.

—¿Estaremos bien? ¿Tú, mamá, Twyla y yo?

La chica era demasiado lista para poder tranquilizarla a base de topicazos.

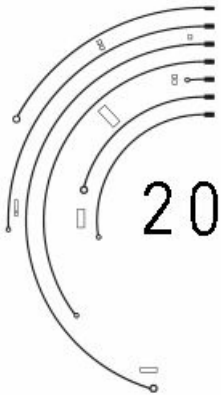
—Lo único que puedo decirte, Jolie, es que haré todo lo que pueda para asegurarme de que estemos bien.

—Vale. De acuerdo. Eso era todo lo que quería escuchar. Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, Jolie.

Cuando acabó la llamada, a pesar de lo cansado que estaba, Luther no se fue enseguida a la cama. Se quedó de pie delante del lavabo, mirando su reflejo en el espejo, pero sin verse a sí mismo, sino a Rebecca, a Twyla y a Jolie, sus rostros claramente convocados en su memoria como

si de verdad se estuviesen materializando en el espejo por la intensidad de su amor. Recitó la más breve de las oraciones para que se les concediera la protección del cielo a esas tres mujeres preciosas, porque no estaba seguro de que hacer todo cuanto pudiera por ellas fuera a bastar.



Tres billetes de cien dólares son suficientes para persuadir al botones de que lleve a Hassan Zaghari y a Kernan Beedle a la habitación contigua a la que Rebecca y Jolie Tillman ocupan para pasar la noche. Le muestran su identificación de Seguridad Nacional al mismo tiempo que le ofrecen el dinero, pero él parece creer en la identificación solo porque le da una excusa para aceptarlo.

Su nombre es Jerry Hero, que rima de manera adecuada con trasero, porque el tipo es como un dolor en esa parte precisa de la anatomía. Para Hassan, Jerry Hero suena como un personaje de dibujos animados, y de hecho se parece a uno: dientes levemente torcidos, nariz inquieta como la de un conejo, el blanco de los ojos es en su mayor parte de color rosa, y las orejas son lo suficientemente grandes como para que pudieran servir para sacarlo del interior de un sombrero de copa en caso de caer en uno.

Nervioso más allá de la razón, regresa quince minutos después de dejarlos en la habitación, y de nuevo quince minutos después, cada vez para insistir en que no sabía que fueran a quedarse más de cinco minutos y para repetirles que no le merece la pena perder su trabajo por trescientos dólares, de modo que pide cien más cada vez que vuelve. Argumenta que es probable que la recepción alquile esa habitación en cualquier momento, y que otro botones puede llegar con los clientes y su equipaje, pero que, por supuesto, una habitación en aquella reliquia de dos estrellas que no esté ya ocupada a esa hora del miércoles por la noche probablemente esté disponible. Lo que le salva es que susurra y dirige todas sus quejas a Beedle, que permanece a una distancia adecuada de Hassan.

Durante toda esa angustia conejil desplegada, Hassan coge en silencio la reproducción de la *Noche estrellada* de Van Gogh que hay en un falso marco dorado barroco, totalmente desafortunado para el arte, que cuelga de dos ganchos en la pared entre esa habitación y la de al

lado. Retira con cuidado uno de los ganchos y el enorme clavo del que está colgado. Lo más silenciosamente que puede, inserta un micrófono largo y delgado en el orificio del clavo y lo empuja más y más hondo, hasta que nota que la punta entra en contacto con el interior de la pared de la habitación contigua. Se coloca el auricular en la oreja derecha y enciende el amplificador de gama alta, que proporciona un aumento del sonido de hasta cien mil veces el poder de las vibraciones recibidas.

Cuando el botones hace una tercera visita, quiere otros trescientos. Hassan apaga el amplificador el tiempo suficiente para susurrarle a Beedle, con el fin de que le oiga el botones:

—Si este pedazo de mierda no se conforma con los últimos cien y se calla y se espera, entonces mávalo.

Beedle saca los cien y le dice a Jerry Hare:

—¿Sabes?, el Tío Sam tiene miles de millones en deudas, Jerry, ya no cuenta con bolsillos sin fondo.

Si el botones no se creyó del todo la identificación de Seguridad Nacional, ahora sí se toma en serio la amenaza de muerte. Tan pálido y nervioso como el conejo de Alicia, se queda muy quieto con las manos cruzadas frente a él en lo que podría ser una postura de oración, con los ojos bien abiertos, mordisqueándose el labio inferior con los dientes superiores que le sobresalen.

Y es así como Hassan puede escuchar primero a Rebecca y luego a Jolie mientras hablan con Luther Tillman. Escucha solo una parte de la conversación telefónica, pero obtiene mucha información útil de lo que las mujeres le dicen al sheriff y de lo que se dicen la una a la otra cuando acaba la llamada.

Minutos más tarde, desde una esquina del vestíbulo de la planta baja, Hassan llama a Huey Darnell en Minnesota para informar sobre sus avances y recibir instrucciones.

Curiosamente, Huey es reacio a decirles qué tienen que hacer.

—¿Qué sé yo? Cualquier orden sobre esto debería venir de Hendrickson. Llámalo y mira a ver qué quiere.

—¿Que lo llame yo? —dice Hassan—. No tengo su número.

—¿Por qué no?

—Él lo da en caso de que sea necesario, ¿no es así?

—Bueno, ahora necesitas saberlo —dice Huey—. ¿Tienes papel y lápiz?

—No, pero tengo mi memoria. Adelante. —Cuando ya tiene el número, Hassan dice—: ¿Crees que puedo llamarlo ahora, tan tarde?

—Puedes esperar hasta Navidad si crees que es lo mejor, pero en mi humilde opinión, que no vale mucho, deberías llamarlo ya.

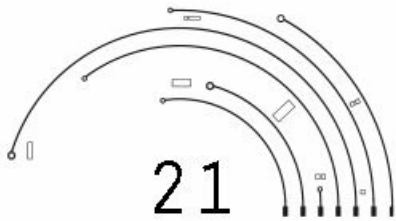
—¿Estás bien, Huey? —pregunta Hassan tras dudar un poco.

—Estoy perfectamente, Hassan. Estoy estupendamente. Soy el mejor, soy la torre de Pisa. Soy

el mejor, soy la *Mona Lisa*.

Hassan se quedó en silencio durante un momento.

—Vale, está bien, lo llamaré ahora.



Muchos miles de metros por encima de la Tierra, donde la atmósfera es demasiado delgada como para albergar vida, donde un cielo de nubes flota más abajo y un cielo de estrellas brilla más arriba, donde el tiempo en su cruel e implacable progreso parece aplicarse solo a las masas que se pelean por toda la superficie del planeta, en la confortable comodidad del reactor Gulfstream V, Booth Hendrickson disfruta una cena tardía de capón servido con elegancia por un empleado del FBI cedido al Departamento de Justicia para ese viaje. Con una excelente guarnición de judías verdes y otra de pasta Alfredo. El vino blanco está correctamente enfriado, es fresco y tan delicioso que Hendrickson no pregunta el nombre, por temor a que resulte ser una etiqueta sin distinción y, por lo tanto, llegue a perturbar su sentido del orden correcto de las cosas.

Un vuelo de Louisville a Washington no suele ser lo suficientemente largo como para que alguien disfrute una cena placentera con un postre seguido de una copa escrupulosamente cuidada de un oporto de cuarenta años. Sin embargo, mientras viajaba en helicóptero a Louisville desde Iron Furnace, Hendrickson ordenó que el piloto presentara un nuevo plan de vuelo que estableciera un rumbo a Washington a través de Atlanta, Georgia. Si esta ruta no convencional, presentada tan tarde, supone algún problema de control de tráfico aéreo, los corredores aéreos civiles pueden ser despejados de vuelos comerciales para dejar paso a un funcionario que se dedica a asuntos urgentes para su país.

Entre el plato principal y la tarta de limón con helado de albahaca, mientras Hendrickson disfruta del último sorbo de vino, recibe una llamada de un tal Hassan Zaghari, a quien conoce, pero que no debería tener su número de teléfono más privado. Huey Darnell de nuevo.

Hassan le explica en pocas palabras la situación con Rebecca y Jolie Tillman, y le hace un breve resumen de la conversación telefónica mantenida por ambas mujeres con el sheriff de Podunk.

—El coche de la tía estará en el garaje del hotel dentro de poco, señor. Beedle y yo podemos colocarle un localizador y seguirlas a Chicago, y a cualquier lugar que vayan desde allí.

—Eso no será necesario. Me ha dicho todo lo que necesito saber, adónde se dirigen en Chicago. A partir de ahí, las mantendré vigiladas.

—Lo que usted diga, señor.

—Ha hecho un excelente trabajo, Hassan.

—Gracias, señor.

—Tengo una tarea más para usted después de su largo día, si se siente con fuerzas para hacerlo.

—Siempre estoy dispuesto, señor.

—Estoy al tanto de su hoja de servicios. Usted no duda en eliminar a los enemigos del progreso con falsos escrúpulos cuando es necesario.

—Cuando es necesario —dice Hassan—, esa es la última situación en la que uno quiere dudar.

—Beedle puede regresar en coche a Minnesota, pero para usted tendré preparado un reactor privado en el aeropuerto de Rockford para llevarlo a Milwaukee. Allí le estará esperando un todoterreno. Conduzca todo lo rápido que pueda. Debería llegar a la casa de Tillman sobre la una de la madrugada. Huey Darnell habrá hecho la mitad del trabajo que le he encargado... o solo una cuarta parte.

—¿Qué trabajo es ese, señor?

—Peinar la casa en busca de cualquier cosa que vincule a Tillman con Jane Hawk. Cuando llegue allí, dígame a Darnell que le he enviado para ayudarle.

—Sí, señor.

—Hassan, ¿cuál es su opinión del señor Darnell? No me dé una versión edulcorada. Sé que es un hombre capaz y exigente. Solo quiero la verdad sin adornos.

—Bebe demasiado —dice Hassan.

—Al grano, como de costumbre. Ahora bien, cuando esté en casa de Tillman, encontrará una caja fuerte para armas en su estudio. Yo mismo la he visto. Tendrá que abrir la caja fuerte en cuestión, coger el arma apropiada y quitarme de encima al fastidioso de Huey Darnell. Sería mejor si le disparara dos veces en la parte posterior de la cabeza, en plan ejecución. La historia será que el sheriff Tillman, ahora aliado con Jane Hawk, mató a uno de los mejores hombres de Seguridad Nacional.

—¿El sheriff está en algún lugar de los alrededores, señor?

—Eso no importa, Hassan. Cuando sea necesario, se encontrarán pruebas suficientes para demostrar su presencia durante el crimen. Pero primero necesito saber si hay algo en la casa que lo vincule con Hawk.

—Si lo hay, lo encontraré, señor.

—Sé que lo hará, Hassan.

Demasiado discreto para acercarse mientras Hendrickson hablaba por teléfono, el auxiliar de vuelo llega ahora con el postre y el café.

—¿Ha sido todo de su agrado hasta ahora, señor?

—Maravilloso —le asegura Hendrickson—. Magnífico. Dígame, hace un rato, ¿detecté que el avión cambiaba de rumbo en dirección al este-noreste?

—Sí, señor. En este momento estamos sobrevolando Columbia, en Carolina del Sur.

—En el caso de que me sirva el oporto demasiado cerca de Washington, supongo que el piloto puede retrasar el aterrizaje, ¿no?

—Por supuesto —dice el auxiliar de vuelo—. Podemos ponernos en el circuito de espera del aeropuerto internacional Reagan si así lo desea.

—Se lo haré saber.

Ya a solas con su postre y su café, Hendrickson sonríe al recordar la inquietud —incluso angustia— que sintió en el búnker de seguridad de las instalaciones de lujo, cuando descubrió que la ubicua Jane Hawk había estado en Iron Furnace. Durante un breve período, le había parecido que ella debía ser la encarnación misma de algún poder preternatural manifestado en la Tierra en carne y hueso para hacer cumplir alguna ley natural a expensas de todas las cosas de Arcadia, un avatar contra el que no podrían prevalecer ni las artimañas ni las armas.

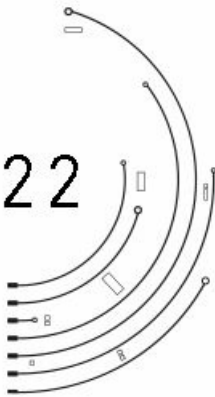
Pero ahora ha sido localizada en Arkansas sin que ella lo sepa. Pronto llegará otra lectura automática de la matrícula, y él estará mucho más cerca de conocer su destino. Ella es inteligente. Sin embargo, nadie tiene el talento suficiente para eludir los numerosos ojos del Estado moderno durante mucho tiempo.

Ha cometido otro gran error al aliarse con el sheriff Tillman. Jane está mejor sola, una loba que sabe viajar por entre las sombras de la luna, una depredadora solitaria que será abatida, mucho antes de lo que supone, gracias a los errores cometidos por cualquiera con quien vaya más que por sus propios errores. Hendrickson ahora tiene una correa para seguir a las mujeres de Tillman, aunque no sean conscientes de ello, y cuando se reúnan con el sheriff, Hendrickson también lo tendrá a él. En cuanto tenga al sheriff, no tardará en atrapar a Jane Hawk.

La inquietud que sintió antes era una emoción transitoria, provocada porque perdió brevemente la comprensión de la innegable verdad de que él y los arcadios no solo están en el lado correcto de la historia, sino que también pueden reescribir toda la historia en adelante. Eliminarán del pasado aquellos hechos y filosofías que consideren inconvenientes. En cuanto al futuro, que es la historia de lo que vendrá, también lo escribirán, todos los días para siempre. Ahora que está de nuevo en posesión de esta verdad, es incapaz de albergar cualquier duda.

Mientras la medicina avanza, no existe tratamiento curativo más eficaz que un orgasmo, una buena cena, un excelente vino y tener un elegante avión privado con el mundo a tus pies y firmemente al alcance en mitad de la noche.

22



A las 4:20 del jueves, después de nueve horas de sueño reparador, Jane se sentó en la cama plegable y sacó las piernas de la cama, tan instantánea y completamente despierta como si se hubiera despertado por un disparo. Lo sucedido en el último de sus sueños le hizo darse cuenta de que había pasado por alto algo en aquel pueblo de Kentucky.

Horrorizada por el estado en el que se hallaba la gente de esa ciudad, en su vehemente determinación por sacar a los niños de su encarcelamiento, no había considerado que sus precauciones habituales pudieran no ser suficientes para las extrañas circunstancias de Iron Furnace. Le había ordenado a uno de los cuidadores de los niños que destruyera todos los vídeos de seguridad de la falsa escuela. Pero ¿y si la ciudad en sí estuviera equipada con más de unas cuantas cámaras de tráfico?

Dada la importancia de su función como centro de conversión, y considerando que los arcadios debían estar estudiando este experimento a fondo con el objeto de perfeccionarlo para futuras aplicaciones, Iron Furnace podría estar vigilado hasta el último metro cuadrado durante las veinticuatro horas del día. Si había cámaras por todas partes, no las notó en exceso, pero hoy en día las cámaras de la más alta gama son tan pequeñas y pueden camuflarse con tanta astucia en cualquier entorno que tal vez no las hubiera visto.

Había aparcado el Ford Escape en una tranquila calle residencial donde ninguna cámara debería haberla captado mientras iba o venía. Pero ¿y si la hubieran identificado durante el camino? La lectura de matrículas era una función automática en rápido crecimiento en muchos vehículos policiales. Podía viajar de forma anónima siempre y cuando no tuvieran una descripción del vehículo ni el número de la matrícula.

Como había dormido con los pantalones vaqueros y el jersey puesto, se calzó los zapatos, el cinturón con la pistola y la chaqueta deportiva. Mientras las cuatro niñas permanecían

profundamente dormidas, salió de la habitación y se dirigió al paseo marítimo, cubierto de toldos y mal iluminado, y cerró la puerta detrás de ella.

La noche de Oklahoma era fría, clara y tranquila.

Estudió la zona de los aparcamientos, que resultó ser más oscura de lo que le habría gustado; las formas sombreadas de los coches parecían una hilera de criaturas porcinas comiendo en un abrevadero.

En la calle, un furgón con el nombre y el logotipo de una empresa lechera pasó muy despacio. ¿Sospechosamente lento? En una época en la que nada es lo que parece, incluso un furgón de leche merecía una atención absoluta. Lo observó escondida y escuchó, a la espera de que el sonido del motor dejara de retroceder y se hiciera más fuerte a medida que regresaba. Pero entonces el sonido se volvió imperceptible para su oído.

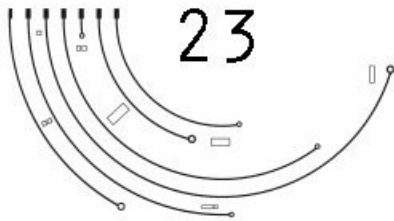
Nada en el otro lado de la calle hizo vibrar ningún acorde de peligro en las cuerdas del arpa de su intuición, y deseaba creer que las niñas se encontraban bien.

Fue a su Ford, que estaba cerca, y sacó las herramientas del asiento del pasajero delantero: destornillador, destornillador Phillips, alicates, llave ajustable, cada instrumento en un bolsillo independiente en un kit de gamuza plegable. Tenía un martillo envuelto por separado.

De forma rápida y silenciosa, con la esperanza de evitar llamar la atención, desatornilló las matrículas delantera y trasera del Ford. Las metió en el coche.

Sin matrículas, corría el riesgo de llamar la atención de algún policía de carretera. Pero en cuanto salieran de Ardmore, cogerían la I-35 y encontrarían un lugar donde nadie los viera. Manipularía la matrícula delantera con los alicates y el martillo, para que pareciera que se había caído durante algún percance leve, aunque su intención era deformarla para que ningún escáner de lectura plana la pudiera leer. Ellos podrían coger un poco de barro y salpicar la parte trasera del Ford, poniendo especial énfasis en la matrícula trasera. Este engaño podría mantenerlos a salvo hasta el rancho de los Sacket. Pero cualquier representante de la ley que por casualidad se fijara en las matrículas delantera y trasera se daría cuenta de la farsa en cuanto las viera.

Las niñas seguían durmiendo cuando Jane volvió a la habitación. Aprovechó la ocasión para cambiarse de ropa y ser la primera en el baño. Se duchó rápidamente, ya que le bastaba escuchar el repiqueteo del agua en las paredes y el suelo de la ducha para que su imaginación escribiera un guion distinto con el secuestro de las niñas seguido por un repentino asalto sangriento sobre ellas.



A última hora de la mañana del jueves en Chicago, en el aeropuerto internacional O'Hare, Rebecca estaba esperando con Jolie en la cinta de maletas cuando Twyla apareció entre los viajeros. Alta y delgada, con un vestido azul zafiro con tachuelas en los hombros y la solapa un poco arrugada, llevaba un abrigo sobre el brazo, parecía más una famosa modelo de unos veinticinco años, irradiando experiencia y sofisticación, que una estudiante universitaria de diecinueve. Su sonrisa al verlas la hizo todavía más encantadora.

Rebecca, contenta por ver a su hija mayor y queriendo creer que atravesarían juntas la tormenta actual, observó a las personas detrás de Twyla, atenta por si alguien parecía demasiado interesado en ella. Pero no estaba entrenada en el análisis de multitudes, y, en situaciones como esa, o todos parecían sospechosos o ninguno lo era.

Twyla abrazó a su madre y la besó.

—Te he echado muchísimo de menos.

Pero fue a Jolie a quien Twyla se entregó por completo. Las dos se abrazaron, hablaron y rieron emocionadas, comentando el pelo y la ropa de cada una, a menudo con el cariñoso sarcasmo que habían usado desde la adolescencia.

Rebecca casi había olvidado cuanto se parecían las dos hermanas, no en apariencia como si fuesen gemelas, pues cada una tenía su estilo personal, sino iguales en su entusiasmo e inteligencia. Con solo dos años de diferencia de edad, siempre habían parecido gemelas. La pasión de Twyla era el arte —y su talento, tan grande que obtuvo una beca de dos tercios durante su segundo año, con la posibilidad de recibir una matrícula completa a partir de entonces—, mientras que Jolie vivía entregada a la literatura.

Con un brazo alrededor de Jolie, Twyla se volvió hacia su madre.

—Dijiste: «Déjalo todo y ven ya, nadie se está muriendo, pero es importante». ¡Qué misterio, cuánto drama! Estoy loca por saber de qué se trata. Cuéntame.

—Aquí no, cariño. Pongámonos en camino primero.

—¿Esto tiene algo que ver con la señora Gundersun?, ¿con esa locura horrible del hotel? Cuando papá me llamó la semana pasada por eso, no era el mismo, estaba de los nervios, diciendo que Boston queda a medio mundo de distancia, lo cual no es cierto, ni siquiera está a una octava

parte de un mundo. Mamá, simplemente no puedo ir a la universidad en Milwaukee o, Dios no lo quiera, a St. Cloud, aunque solo sea porque no es *allí* donde tengo una beca.

—Lo primero es lo primero. ¿Cuál es tu maleta, cariño?

Twyla había llegado con una maleta grande exactamente igual a la de Jolie; sus padres les habían regalado a las dos chicas el mismo juego de tres piezas unos años antes. Después de sacar la maleta de la cinta de equipajes, las tres mujeres pronto estuvieron en el Dodge de la tía Tandy, donde Jolie cedió el asiento delantero a Twyla y ella se sentó en el asiento de atrás.

Al salir del aparcamiento de corta estancia, Rebecca se mantuvo cautelosa, mirando con frecuencia el espejo retrovisor. En caso de que fueran tras ella, quienes la seguían debían de ser numerosos y circular todos juntos, pues los vehículos que tenía detrás iban cambiando. Por supuesto, si le habían colocado al coche un rastreador electrónico, sus perseguidores no tendrían que mantener contacto visual. Sí, pero no era probable que el teléfono de la tía Tandy estuviera intervenido, ni que alguien supiera que ella había traído el coche a Rockford la noche anterior. Rebecca y Jolie se encontraban en la carretera de Rockford antes de que los hombres que vigilaban la camioneta en el motel se dieran cuenta de que habían abandonado el Buick. Y cuando quedaron con Twyla en Chicago —en vez de en Milwaukee—, usó su teléfono desechable y se aseguró de que cualquiera que pudiera estar rastreando el teléfono de su hija o vigilándola no consiguiera su objetivo. Aun así... no podía dejar de mirar el espejo retrovisor, y sabía que Twyla se había dado cuenta de ello.

Cuando salieron del caos del aeropuerto y cogieron la Interestatal 90, Twyla dijo:

—Por aquí no se va a casa. ¿Por qué vamos a la ciudad?

—No vamos a la ciudad —dijo Rebecca—. Solo hasta la I-94, y luego al norte.

—¿Adónde?

—A un lugar lleno de buenos recuerdos para tu padre y para mí. Ya lo verás.

—¿Papá nos está esperando allí?

—No, cariño. Nos llamará más tarde y nos dirá cuál será el siguiente paso.

—¿El siguiente paso? ¿Dónde está ahora?

—No nos lo dijo. Tal vez lo haga luego.

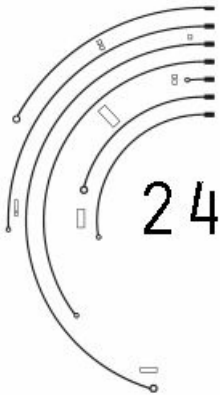
Twyla se inclinó hacia la izquierda para mirar por encima del reposacabezas a su hermana en el asiento trasero.

—Sé que no es posible que nuestros padres hayan sido espías encubiertos durante toda nuestra vida y ahora estén huyendo. Eso es una película, y la vida no es una película. ¿Sabes de qué va todo esto?

—Lo que sé —dijo Jolie— es que nos metimos en un gran lío, pero no estoy segura de quién es el lío ni de por qué nos afecta a nosotras. Ni mamá tampoco. Papá está jugando esta mano con las cartas pegadas al chaleco.

—Nunca he visto a papá usar chaleco.

—Algunas veces usa uno de Kevlar.



Sin una costa pálida a la vista, el gran mar verde brillaba bajo el sol de la tarde, hierba en vez de agua, mareas acunadas por la suave brisa en vez de por la luna. Los aguiluchos sobrevolaban el cielo, pescando ratones entre las olas de hierba. El extenso paisaje atemporal y la tranquilidad que lo rodeaba le dieron a Jane una sensación de paz, aunque los ratones probablemente no compartieran su estado de ánimo.

Después de que Leland y Nadine Sacket compraran el rancho de doscientas cuarenta hectáreas, lo reconstruyeron y convirtieron en el Sacket Home and School de primera clase, donde ahora residían ciento treinta y nueve niños. Los Sacket opinaban que los niños sin padres merecían crecer en un entorno mágico para compensar esa carencia, de modo que mantuvieron el ambiente propio del lejano Oeste de las estructuras, y la escuela se parecía a un pueblo de la pradera idealizado de alrededor de 1880. Había ponis y caballos, para que todos los niños pudieran aprender de los instructores de equitación y no solo estuvieran bien educados, sino también sazonados por la tierra y sus tradiciones.

Para evitar que los empleados pudieran reconocer a Jane, los Sacket fueron con uno de los autobuses de la escuela a reunirse con ella y con Luther a la entrada del rancho, a un kilómetro y medio de sus instalaciones. Un día antes, Chase Longrin les había explicado los términos bajo los cuales Jane y Luther necesitaban que fueran admitidos los ocho niños: los muchachos no debían ser incluidos inicialmente en los registros escolares y debían ser protegidos ante la posibilidad de que los descubrieran trabajadores sociales visitantes, a los niños se les debía enseñar que lo que debían decir a los demás niños era que venían de un orfanato que había cerrado en Oklahoma; la verdad de su pasado no podía ser revelada ni siquiera a los Sacket hasta una fecha futura indefinida. Leland y Nadine superaron sus dudas gracias a su convicción de que todos los niños

necesitados les habían sido enviados por el espíritu del hijo que habían perdido a causa de la meningitis cuando contaba tres años.

Harley Higgins y los otros niños de Iron Furnace habían estado con Jane y Luther menos de dos días, pero no querían separarse de ellos. Ella se arrodilló para acariciarles el pelo, besarlos y decirles que Luther se quedaría con ellos o que pronto regresaría a visitarlos cuando resolviera algunos de sus asuntos. Ella, también, volvería un día. Mientras tanto, las buenas gentes de aquel lugar especial nunca se volverían extraños para ellos, como lo hicieron sus propios padres.

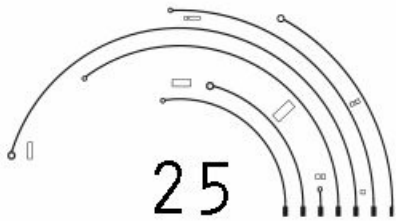
Confiaba en que esas promesas no resultaran falsas.

Cuando Jane terminó de hablar con los niños, Luther los acompañó al autobús, les aseguró que él era su sheriff, y que siempre los cuidaría.

Harley corrió hacia ella, la cogió de la mano y se la apretó con fuerza. Intentó decir algo, pero no pudo.

Ella lo besó en la frente, lo abrazó y le dijo:

—Lo sé. Lo sé, cariño. —Y lo llevó de la mano al autobús.



En parte debido al riesgo potencial de incendio, el granero de heno, un largo edificio de metal corrugado aislado contra el calor del verano, se hallaba al final de una pista secundaria engrasada, en el interior del rancho, pero a más de quinientos metros de Sacket Home. Cuando terminara la cosecha, habría un par de miles de fardos almacenados allí, aunque ahora debía de almacenar solo la mitad.

En el Chrysler Voyager, Luther siguió el Ford de Jane hasta el granero de heno, donde aparcaron a lo largo de la pared este en las sombras de la tarde. Allí había dos caballos ensillados atados a una barandilla, no se asustaron de los coches, pero miraron a Jane y a Luther con curiosidad y relincharon en forma de saludo.

—Luther, me gustaría estar un momento a solas con mis suegros.

—Por supuesto. Tómame el tiempo que necesites.

En el interior, los fardos se amontonaban a gran altura, el aire olía a heno, lámparas LED sin calor emitían una luz dura, casi azul, como un resplandor en un sueño premonitorio en el que trozos de polvo seco y motas de polvo flotaban en galaxias en miniatura.

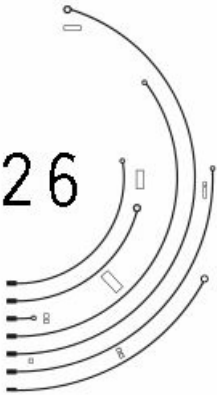
Los padres de Nick estaban esperando. Ancel, el padre con la claridad de alma que el verdadero padre de Jane no tenía. Y Clare, la madre que la verdadera madre de Jane habría sido en caso de no haber muerto asesinada. No los había visto desde el funeral de Nick. Una oleada de emociones la sorprendió: amor, profundo agradecimiento por que esta pareja buena y de corazón fuerte estuviera en su vida, dolor por la pérdida que compartieron, una desgarradora soledad surgida de la certeza de que pronto volvería a verse de nuevo privada de ellos, y miedo...

Cuando hablaron y empezaron a dirigirse a ella, levantó una mano para pedir un minuto. Se alejó un poco de ellos, se controló a sí misma y contuvo las lágrimas, mientras se decía que lo que temía no iba a suceder, que su paranoia por el momento había sacado lo mejor de ella.

Se volvió hacia ellos otra vez y dijo:

—Jugad al mensajero del miedo conmigo.

—¿Que juguemos a qué? —preguntó Clare, y ninguno de los dos dijo «de acuerdo».

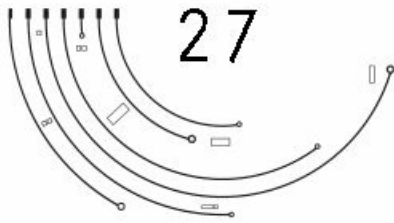


Luther esperó con los caballos durante unos quince minutos. Cuando Jane abrió la puerta y le pidió que entrara en el granero, vio que todos habían estado llorando, incluso el rancharo, a pesar de que parecía estar tallado en roble de Texas y fuera más duro que una roca.

Su respeto por su nuera era tan alto que cualquier amigo suyo era un hermano para ellos. Clare besó a Luther en la mejilla y Ancel usó ambas manos para estrecharle la suya al sheriff. Expresaron tal gratitud por lo que Luther había hecho que parecía como si Jane les hubiera dicho que ella había tenido la menor parte en el rescate de los niños y que él los había sacado a ella y a los chicos de Kentucky tras ponerlos a su cargo.

Si Ancel y Clare siempre hablaban de sí mismos, Luther no tuvo pruebas de ello esa tarde, ya que solamente parecían interesados en su esposa y en sus dos hijas: cómo eran las mujeres Tillman, dónde se encontraban ahora, cómo se proponía conducir las a un lugar seguro.

Al entrar en el granero, solo tenía una vaga idea de cómo podría unir a su familia nuevamente en este mundo que se había vuelto tan oscuro en apenas una semana. Sin embargo, Leland y Nadine Sacket les llevaron una merienda de pícnic y la pusieron sobre un mantel a cuadros rojos y blancos que colocaron encima de un fardo de paja a modo de mesa, y, para la hora del postre, los seis ya tenían un plan.



El cielo apuraba sus últimos noventa minutos de luz cuando Ancel y Clare salieron del rancho de los Sacket por tierra hacia su casa, donde no llegarían hasta bien entrada la noche. El día era apacible, pero o las llanuras comenzaban a renunciar al poco calor que tenían almacenado, o algún observador desconocido detrás de la realidad aparente de la tierra y la luz consideró oportuno colorear el momento místico, porque a medida que se alejaban, una corona de color azul acuoso se formaba alrededor de ellos, por la que pasaron como si no solo se perdieran en la distancia, sino también en el tiempo.

Cuando Jane se volvió para apartarse de la visión de sus suegros desapareciendo, Luther también se había vuelto.

—Así que supongo que... ¿San Diego?

—Es una bonita ciudad. Con un buen equipo de béisbol. «Adelante, Padres».

—¿El hijo constructor de Otis Faucheur?

—Se llama Wilson Faucheur. Necesito conocer unas normativas de construcción.

—Pero de San Francisco.

—Otis dijo que Wilson también ha hecho algunas cosas allí.

—Si pudieras esperar unos días, entonces podría ayudarte.

—No puedo esperar. O no lo haré. De todos modos, es mejor que traigas a tu familia a salvo aquí mientras puedas.

—Una vez que lo haga, sabrás cómo encontrarme.

Ella lo miró, sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—Si deciden convertirte en el número dos de la lista de los más buscados de Estados Unidos, no podrás ir por ahí como si nada. Grande y negro como eres, no puedes simplemente ponerte una peluca rubia, un poco de maquillaje y pasar desapercibido.

—Me afeito la cabeza, me dejo crecer la barba y me quedo con un aspecto de pandillero.

—Trae a tu familia, Luther. Puede que calvo, barbudo y rudo sea un cambio de imagen suficiente si necesito llamarte por el camino.

Sintió algo que se deslizaba por su mano izquierda, la levantó y vio una mariquita del tamaño de una gota de rocío venida al mundo demasiado pronto para la temporada en que estaban; con su

cáscara naranja con manchas negras se desplazaba de un nudillo al otro.

—Entonces, ¿el apartamento de D. J. Michael se encuentra en el noveno piso? —preguntó Luther.

—Él financió el edificio. Es el dueño. Tiene el noveno piso entero para él, el espacio de cuatro apartamentos en uno. Y, tal como me han dicho, los pisos octavo y décimo forman parte de su sistema de seguridad.

—Como en una especie de limbo o de tierra de nadie. ¿Cómo vas a llegar hasta allí?

—De una forma u otra.

La mariquita alcanzó la almohadilla de la base de su dedo índice y continuó su exploración alrededor del costado de su mano, a través de la cutícula entre el pulgar y el dedo. Ella levantó la palma de la mano para seguir la progresión del insecto.

—¿Qué crees que puedes obtener de él? —quiso saber Luther.

—Una confesión en vídeo. Los nombres del resto de los conspiradores.

—Eso es mucho pedir. Él tiene en la cabeza esa visión delirante que está poniendo en marcha, rey del mundo por ahora, pero querrá autoproclamarse dios de todo.

—No espero que sea fácil.

—Te llevará tiempo destruir a un hombre así, tan seguro de sí mismo. Incluso si llegas a él, no dispondrás de mucho margen.

—Tendré suficiente.

La mariquita se detuvo en la parte estrecha de la muñeca de Jane, como si estuviera estudiando qué camino seguir y considerando las posibilidades de la palma de la mano.

Tras un breve silencio, Luther dijo:

—Ahora me estás asustando un poco.

—Lo dudo.

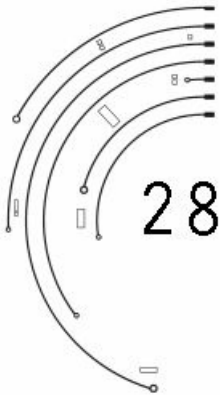
—Quiero decir que estoy asustado por ti. Tienes lo que se necesita, pero también necesitas algo de suerte. Has tenido mucha suerte hasta ahora. Pero la suerte no dura para siempre.

La mariquita comenzó a reseguir la línea del corazón de Jane, pero luego torció por la línea de la vida y volvió hacia la muñeca.

—Supongamos que llegas al noveno piso y luego todo sale mal.

De repente, la mariquita salió volando y, mientras la observaba, Jane dijo:

—Entonces, volaré.



Dadas las circunstancias, Jolie Tillman no esperaba que el jueves fuera uno de los mejores días de su vida. Pero cuando realmente empeoró, lo hizo de una manera que nunca podría haber anticipado.

Antes de registrarse en el hotel, su madre las llevó de excursión por un par de barrios residenciales de Lake Forest con elegantes mansiones y enormes robles viejos. Continuó contándoles las largas caminatas que papá y ella se dieron un lejano verano cuando la luz era cristalina y las sombras, aterciopeladas; cuando a través del aire se elevaban deslumbrantes aves fénix que ardían en llamas, pero nacían de nuevo en vuelo; cuando había unicornios revoloteando en el césped y cuando por la noche las estrellas fugaces dejaban una lluvia de diamantes que se podían recoger en la calle a manos llenas.

O, al menos, así es como le sonaba a Jolie, por el tono que adoptaba su relato, aunque no por especificaciones.

Teniendo en cuenta que un hombre siniestro con un tatuaje de serpiente y su compañero, sin duda más espeluznante aún, las habían seguido hasta Rockford; que estaban viajando en el Dodge de la tía Tandy, con olor a colonia de verbena del tío Calvin incluso tres años después de su muerte; que papá se había enfrentado a unos criminales psicópatas que de alguna manera estaban relacionados con la muerte de cuarenta y seis personas en el hotel Veblen, y que toda la familia huía de dichos criminales, los recuerdos nostálgicos de la madre resultaban no solo inapropiados, sino también absolutamente extraños.

De todo aquello, Jolie hizo tres suposiciones. Primero, que su madre y su padre habían estado muy enamorados desde el principio, y que se mostraron salvajes y totalmente apasionados el uno con el otro cuando, en su día, pasaron una semana en Lake Forest. Segundo, que el agujero en el que se encontraba la familia ahora era más profundo y más oscuro todavía de lo que su madre

había dejado entrever. Tercero, aunque su madre fuera brillante al lidiar con las crisis, esta la estaba presionando hasta el límite de su capacidad de aguante, así que se había refugiado en la nostalgia para recordarse a sí misma que, si había habido días mejores en el pasado, también podría haberlos en el futuro.

Por su diseño, explicó mamá, la guía turística, Lake Forest, en Illinois, tenía pocos puntos de acceso desde las comunidades colindantes. Ese era un reino de riqueza serena, con bellas mansiones en fincas de varias hectáreas, bosques comunitarios mantenidos con admirable cuidado y partidos de polo en verano.

El único hotel en todo Lake Forest era el Deerpath Inn, donde mamá y papá se quedaron durante esa semana mágica en que las palomas formaban la palabra *amor* en el cielo y el agua se convertía en vino cuando uno se llevaba el vaso a los labios. Construido en 1929, el hotel ofrecía encantadores salones públicos y, supuestamente, la comida más deliciosa. Las habitaciones resultaban un tanto pequeñas y anticuadas, dijo mamá, y demasiado caras para su limitado presupuesto en efectivo previsto para la fuga. Sin embargo, al ser temporada baja, había habitaciones disponibles, y el personal del hotel era excelente, incluso legendario, y papá esperaba que estuvieran allí.

A las 16:30, un botones las acompañó a dos habitaciones contiguas, una para Jolie y Twyla, y otra para mamá. Papá iba a llamar a las cinco en punto, después de lo cual irían a cenar y fingirían que todos eran tan felices como Mary Poppins.

A pesar de que la puerta de comunicación entre ambas habitaciones permaneciera cerrada, Twyla condujo a Jolie al pequeño baño, cerró la puerta y le dijo:

—¿Qué diablos está pasando? Mamá no me llama a mí, llama a Sherry, mi compañera de habitación, hablamos por el teléfono de Sherry y me dice que tengo que ir a Chicago al día siguiente por la mañana a primera hora, y que debo usar el teléfono de Sherry para reservar el vuelo, Oh, y que me asegure de que nadie me siga al aeropuerto de Boston. ¿Qué es todo este embrollo?

—Guau, Twy, esa es una palabra fabulosa para alguien que está mucho más orientado a las imágenes que al lenguaje. La universidad está abriendo tus horizontes.

—No te burles de mí, Jo. Dime lo que sabes.

—¿Es que te has vuelto demasiado sofisticada? Burlarnos la una de la otra es muy divertido. — Jolie estaba siendo sincera. Su hermana era mejor con las imágenes que con las palabras, pero podía dar además de recibir—. Twy, se trata de una parte clave en nuestra relación.

Twyla tenía una expresión siniestra.

—Dime. Lo. Que. Sepas.

—Vale, está bien. Pero no sé mucho más que tú, solo lo que sucedió ayer en Rockford. Mamá es...

El tono de llamada del teléfono de Twyla sonó debilitado dentro de su bolso, que descansaba sobre el mueble al lado del lavabo.

—Mamá no querría que contestases. Solo estamos usando teléfonos desechables —le advirtió Jolie.

Twyla sacó el teléfono del bolso, miró quién llamaba y dijo:

—Tengo que contestar. Es un chico.

—¿Tienes novio? No dijiste nada.

—Lárgate, vete, sal de aquí —le ordenó Twyla, y abrió la puerta del baño para empujar a su hermana a la habitación. Cerró la puerta.

Jolie la escuchó decir:

—Hola. —Luego un silencio—. De acuerdo. —Otro silencio—. Estamos en Lake Forest, este sitio se llama Deerpath Inn.

Entonces, Twyla debió de ponerse de espaldas a la puerta y bajó la voz. Jolie solo pudo escuchar una palabra aquí y allá.

No fue una llamada larga, y cuando Twyla abrió la puerta del baño, Jolie le dijo:

—¿Por qué le has dicho dónde estamos?

—¿Estabas escuchando detrás de la puerta?

—No pude evitar oír a medio metro de distancia. ¿Por qué le has dicho dónde estamos?

—¿Y por qué no?

—Mamá te dijo que no se lo dijeras a nadie.

—Oh, Jolie, querida, no lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo?

Twyla tiró de ella hacia el baño una vez más, cerró la puerta.

—No entiendes cómo es entre hombres y mujeres —le soltó.

—Bueno, señorita Morritos Calientes, he tenido novios —le recordó Jolie.

—Eso es el instituto, Jolie. Es muy diferente cuando sales al mundo.

—¿En qué es diferente?

—Ya lo descubrirás algún día. —Twyla se volvió hacia el espejo—. Dios, tengo ojos de vampiro. Necesito unas gotas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jolie.

Twyla sacó un bote de Visine de su bolso y preguntó:

—¿Quién?

—El semental. El tipo. El novio.

Twyla se echó Visine en un ojo y parpadeó rápidamente. Parecía que se estaba tomando tiempo para pensar.

—Charles —dijo al cabo de unos momentos.

—¿Charles qué más?

—Se lo dirás a mamá. No estoy preparada para decírselo todavía. Ni siquiera tendría que haberte dicho que se llama Charles.

Mientras Twyla se echaba unas gotas de Visine en el otro ojo, Jolie insistió.

—Oh, mierda. No me dices su apellido porque está casado.

—No está casado.

—Estás saliendo con un hombre casado.

—No.

—Oh, mierda. Estás embarazada.

Twyla soltó el bote de Visine, miró a su hermana en el reflejo del espejo en lugar de volverse hacia ella.

—Eres una cría, Jo —le dijo—. Contigo todo es un melodrama. No estoy embarazada. Él no está casado. —Encendió el ventilador del baño—. Papá está a punto de llamar a mamá. Luego nos iremos a cenar. —Abrió la puerta—. ¿Quieres refrescarte tú primero o lo hago yo?

—No necesito refrescarme. Ya estoy lo más fresca que puedo estar.

Twyla empujó a su hermana hacia atrás con suavidad.

—Entonces, dame un poco de privacidad, por favor. Y no he olvidado que esquivaste contarme lo que sabes sobre todo esto. Querré un informe completo más tarde.

Cerró la puerta de nuevo.

Algo iba mal. Todo eso de estar lo más fresca posible, eso era una trampa, desviar la atención para que Twyla pudiera salir con algo gracioso, uno de sus golpes maestros marca de la casa. Ella nunca perdería semejante oportunidad. No la antigua Twyla. No la Twyla prenovio. Estaba saliendo con un hombre casado, estaba embarazada y se estaba muriendo de cáncer. O algo así.

Preocupada, aún dolida por el comentario de «eres una cría», Jolie cogió su maleta, la puso sobre la cama, la abrió y encontró una bufanda de cachemira para el frío de la noche. Se quedó confundida por un momento, mirando una ropa que no era la de ella y una caja blanda de plástico sujeta por las estiradas correas cruzadas de la maleta. A pesar de que se dio cuenta de que había abierto la maleta de su hermana por error —ya que era idéntica a la suya—, el contenido de la caja blanda de plástico llevaba su nombre: cuatro jeringuillas hipodérmicas.

Jolie sintió como si algún fantasma en la habitación le hubiera atravesado el cuerpo con su fría mano ectoplásmica para estrujarle el corazón.

Con incredulidad, tocó la caja. Era real, no imaginada, y fría al tacto. ¿Por qué fría?

Abrió el cierre de las correas cruzadas de la maleta, cogió la caja de jeringuillas y vio una caja metálica de unos quince o diecisiete centímetros de profundidad. La caja estaba más fría que las jeringuillas.

La tapa con bisagras ajustadas era difícil de abrir incluso después de que Jolie le quitase el

pequeño cierre. La caja y la tapa estaban forradas con un aislamiento grueso de unos doce milímetros, de modo que las dimensiones interiores serían de seis por seis por cuatro, y al exponerse al aire, un vapor frío se elevó de un paquete de plástico perforado que llenaba la mitad inferior del recipiente.

—¿Hielo seco? —murmuró.

Dentro de la caja había nueve fundas de aislamiento plateado, cada una del tamaño de un dedo.

Cogió una de ellas, y estaba tan fría que casi le quemó los dedos.

La funda tenía un pequeño cierre de velcro en un extremo. Lo abrió y en la palma de su mano se deslizó una ampolla de vidrio sellada que contenía un líquido de color ámbar oscuro.

Oyó la cisterna del inodoro en el baño.

Jolie volvió a colocar la ampolla en la funda de aislamiento, puso la funda en la caja, cerró la tapa y enganchó el cierre.

Agua en el lavabo, Twyla se estaba lavando las manos.

Jolie metió la caja en la maleta, puso las jeringas encima de ella y enganchó las correas cruzadas. Cerró la maleta. La colocó en el suelo. Puso su propia maleta sobre la cama y la abrió.

Si el desvergonzado Charles estaba o no casado, o si había o no dejado embarazada a Twyla, no importaba: ella consumía drogas. No era algo insignificante como la marihuana, que ya hubiera sido suficientemente malo. Drogas que debían inyectarse. Como la heroína o algo así. Twyla se había ido a la universidad y se había liado con la gente equivocada. Quienquiera que fuese Charles, estuviera casado o no, suponía una mala influencia que había conseguido enganchar a Twyla a las drogas. Jolie estaba conmocionada, desconsolada, y no sabía muy bien qué hacer.

Ya no oía el sonido del agua en el baño. Pero la puerta no se abrió. Twyla podía tardar una eternidad en arreglarse el maquillaje y el lápiz de labios.

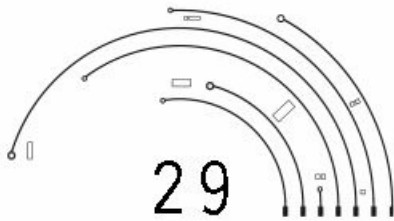
Jolie se preguntó si debería ir a la habitación de al lado y decirle a su madre lo que había encontrado. No. Ella no debería actuar precipitadamente. En muchas novelas, las mujeres jóvenes se metieron en serios problemas por actuar de forma impulsiva, por ignorancia o por un malentendido.

Jolie se sentó en el borde de la cama del hotel, con los codos en los muslos y la cara entre las manos, tratando de pensar qué debía hacer a continuación.

Normalmente, cuando Twyla se preparaba para salir, cantaba una canción u otra. Ahora no estaba cantando.

Algo iba muy mal.

Todo iba muy mal.



En la última media hora de luz, el enorme cielo del oeste se unió para lo que prometía ser una colorida puesta de sol ayudada por discretas y finas nubes.

En la carretera Interestatal 10, Jane Hawk conducía ocho kilómetros por hora por debajo del límite de velocidad, tratando de evitar llamar la atención sobre ella, aunque reuniera en su persona todo lo necesario para salir airosa de un posible interrogatorio en la carretera.

Muchos kilómetros antes, Nadine Sacket le había entregado un termo con café negro caliente, por el que le estaba agradecida, y una bolsa de galletas con azúcar caseras, que no tenía la intención de comer. Sin embargo, las galletas desprendían un agradable aroma, al igual que el café, y sentía que el Ford Escape era un poco acogedor, un pequeño refugio a alta velocidad en medio de un mundo hostil.

Necesitaba llegar a Nogales, en Arizona, para cambiarle el coche a Enrique de Soto por otro que también fuera una cosa por fuera y una bestia completamente diferente bajo el capó, que no tuviera GPS y sí un nuevo conjunto de matrículas.

Otras catorce o quince horas de viaje por carretera la separaban de Nogales. Teniendo en cuenta una noche de sueño, no esperaba poder negociar con Enrique antes de la noche del sábado.

Cuando oscureció, tras llegar a Sonora, le quitó las matrículas a un coche aparcado, las cambió al Ford y así estuvo más tranquila durante el trayecto hacia Nogales.

En el momento de cambiar su suerte, el sol colgaba hinchado cerca del horizonte, una bola naranja con vetas rojas de corazón sangriento, y parecía temblar como si pudiera estallar tras asentarse en la baja cresta rota de ese paisaje árido. El coche patrulla salió del este por un carril más rápido que el de ella, sin la sirena ni la barra de luces del techo encendidas. Si el policía quería adelantarla, cambió de opinión, redujo bruscamente la velocidad y se pegó detrás del Ford.

Ella no aceleró ni redujo la velocidad, y él la acompañó durante un kilómetro y medio.

Tal vez el NCIC hubiera conseguido una descripción de su coche después de que alguna cámara de tráfico lo captase en Iron Furnace. O tal vez el barro de la matrícula le había llamado la atención. Aunque no pudiera leer la matrícula, una mujer sola en un Ford Escape podría ser suficiente para recordarle a la asesina y traidora más buscada de Estados Unidos, motivándolo a pedir refuerzos antes de actuar.

Ella no se atrevió a confiar en que él dudara, diera media vuelta y siguiera su camino. Mejor tratar con un policía que con dos o tres. Entró con el Ford en el carril rápido, luego dio un volantazo y se salió de la carretera en dirección al arcén. El parachoques delantero derecho golpeó con fuerza contra el guardarraíl, y el coche se detuvo. Lo puso en punto muerto, pero dejó el motor en marcha.

El coche patrulla salió de la carretera y se detuvo tres o cuatro metros por detrás de ella.

Jane metió una mano en la bolsa de galletas, rompió una por el medio y se la metió en la boca. Sacó el vaso del termo y se llenó la boca de café.

Cuando la policía para a alguien en la carretera, no les gusta que uno se baje del coche hasta que ellos se lo indican. Ella salió del Ford enseguida, y dejó la puerta abierta.

Cuando vio que él la observaba desde detrás del volante, se inclinó y arrojó parte de la espesa papilla de galleta y café al suelo. Escupió el último bocado, tosió y se limpió la boca con la manga de la chaqueta. Se dio la vuelta y puso la mano izquierda en el Ford como para apoyarse mientras se dirigía hacia la parte trasera del vehículo.

La barra de luces del coche de policía comenzó a parpadear, como una advertencia a los conductores que iban hacia el oeste para que saliesen del carril lento.

Fingió cambiar de opinión sobre acercarse al coche patrulla, en cambio se subió al asiento trasero del Ford y también dejó la puerta abierta.

Si la marca del coche y la matrícula llena de barro le habían dado al policía una idea a partir de la cual se había imaginado un escenario, ella necesitaba provocar un giro en la historia que él había previsto y, en su lugar, hacerle seguir su propio guion.

Acostada boca abajo en el asiento, lo oyó salir del coche.

Un momento después, él le habló a través de la puerta abierta.

—¿Tiene algún problema, señora?

Tendría la mano derecha en la empuñadura de su arma.

Boca abajo, con la cabeza alejada de él, le habló con acento de Texas, pero se esforzó por no exagerar.

—Vete y déjame dormir.

—Necesita sentarse y hablar un poco conmigo, señora.

—Entonces, serás malo conmigo. Déjame dormir un poco.

—No haga esto más difícil para usted de lo que deba ser. ¿Me escucha ya?

—No escucho a nadie.

Dijo algo, pero un camión de dieciocho ruedas pasó y enmascaró sus palabras con el rugido del motor y el ruido del caucho sobre el asfalto.

La corriente de aire del enorme camión entró por la puerta abierta y Jane dijo:

—Oh, mierda, voy a vomitar otra vez.

Se apresuró a cruzar al otro asiento y abrió la puerta trasera del lado del pasajero.

—Eh, eh, eh —dijo el policía—, quédese ahí.

Bajó del coche, se inclinó hacia delante, se quedó de espaldas a él y emitió ruidos de arcadas. Se tambaleó a derecha e izquierda, luego apoyó la espalda en el coche, se deslizó y se sentó en el suelo.

Él no quería dejar las puertas de ambos lados abiertas. Suponían un peligro para el tráfico. Tampoco quería dejar el motor encendido. Pero no podía arriesgarse a lidiar con nada de eso.

Cuando llegó a la parte trasera del Ford, con las piedras de grava crujiendo bajo sus zapatos, probablemente estuviera siguiendo el protocolo, con la mano derecha puesta en el arma, o tal vez incluso hubiera tomado la precaución de sacarla.

Estaba sentada con las piernas abiertas y la cabeza gacha. No levantó la cara para mirarlo, porque los borrachos que evitan el contacto visual son, por lo general, menos agresivos que aquellos otros que intentan mirar fijamente a los ojos.

—Vamos, señora, no querrá resistirse a un agente de la ley, ¿verdad?

—Señor Hombre..., ¿ha aceptado a Jesús?

—¿Que si he aceptado a Jesús? Sí, señora, supongo que sí. De modo que no tiene nada que temer.

—Yo acepté a Jesús —dijo ella—, pero Él se ha ido todo enfadado conmigo, y tiene toda la razón para estarlo.

—Jesús no se enfada, señora. Él quiere que coopere conmigo, quiere que ahora se levante y hablemos.

—¿Eso quiere? Sí, pero no puedo levantarme yo sola.

—¿Está intentando volver a vomitar?

Finalmente, inclinó la cabeza hacia atrás y lo miró, con la expresión más triste que pudo.

—Me gustaría vomitar un poco más, pero parece que no puedo.

Con el rostro enrojecido por la luz del atardecer, era guapo, tal vez de unos treinta años, un póster de reclutamiento para la patrulla de carretera de Texas con su uniforme de color marrón oscuro a rayas azules y ribetes rojos a los lados del pantalón, hombreras de color azul y rojo en la camisa. Sombrero de vaquero de fieltro. Cinturón negro de charol con una hebilla plateada; la pistola en su funda.

—¿Por qué no me coge de la mano y se levanta de ahí?

—Señor Hombre, ¿está pensando en ser malo conmigo?

—No necesita que sea malo, necesita estar sobria. Vamos, ahora.

Odiaba hacerle esto. Era lo suficientemente joven como para tener todavía un poco de confianza en los demás, al menos, en lamentables mujeres borrachas como ella, si no en nadie más. Por lo

tanto, no estaba manejando aquello como decía el manual. A Jane no le gustaba ser la única que pudiera inculcarle un cinismo perdurable.

Ella le cogió de la mano fingiendo incomodidad mientras se levantaba.

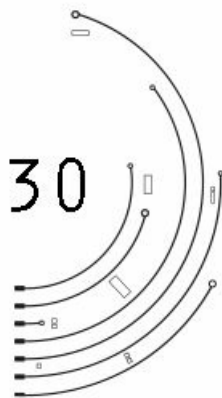
Tal vez viera la pistolera de hombro debajo de su chaqueta o tal vez se dio cuenta de que no olía ni a alcohol ni a vómito, pero por alguna razón, él dijo:

—Oh, mierda.

Podría haberse apartado con éxito si ella no hubiera sacado ya la pistola táser de su cinturón. Le dio una descarga a través de la camisa del uniforme, y él cayó junto al coche como si cada una de las articulaciones se descoyuntara. Perdió el sombrero de vaquero, que se deslizó y rodó contra el guardarraíl.

Jane se volvió y le dio otra descarga, esta vez en el cuello. Sacó la pequeña botella de plástico del bolsillo interior de la chaqueta y le roció la nariz y la boca con cloroformo. Dejó de agitarse y cayó inconsciente.

Ella cogió su sombrero y se lo colocó sobre la cara para retener dentro algunos gases, y le dejó destapada media boca y su barbilla con hoyuelo.



La frecuencia cardíaca estaba tan solo un poco elevada, respiraba profunda y lentamente, Jane no tenía ninguna razón para tener miedo. Lo peor que podía haber ocurrido no sucedió, y todo se movería de ahora en adelante de una crisis menor a otra, todas ellas manejables, hasta que estuviera fuera de Texas, a menos que se produjera otro desagradable giro en la daga de la suerte.

El cielo sombreado desde el azul de medianoche en el este hasta el azul y el oro en el oeste, las franjas de nubes deshilachadas ardiendo como banderas en llamas, la tierra tan roja como un campo de batalla apocalíptico, sombras alargadas esparcidas por doquier como combatientes heridos y moribundos...

El Ford tapaba la visión del policía caído. El tráfico que pasaba a esa hora y a esa velocidad consistía principalmente en camioneros y demás vehículos que conducían con horarios apretados, sin tiempo para la curiosidad. Los viajeros ocasionales se quedaban encerrados durante la noche, detestaban aventurarse en el desierto poco poblado después del anochecer. Sin embargo, el cuadro que formaba el coche de la policía junto al Ford detenido sin que hubiera policías a la vista era lo suficientemente peculiar como para inspirar a un intrépido samaritano a que se ofreciera a ayudar.

Además de la funda y la pistola, el cinturón de armas del policía estaba equipado con cartuchos de repuesto, un soporte de maza y un estuche de esposas. Cogió las esposas.

Era demasiado grande para moverlo una gran distancia. Lo arrastró unos cuantos metros, hasta que pudo levantarle el brazo derecho y esposarlo a la manija de la puerta del pasajero delantero del Ford.

Cuando comprobó su respiración vio que no tenía ninguna dificultad respiratoria, así que lo roció ligeramente con más cloroformo y le inclinó el sombrero sobre la cara.

Fue hacia la puerta abierta del conductor y metió la mano en el interior. Apagó el motor y cogió las llaves. Cerró la puerta mientras un camión de dieciocho ruedas pasaba rugiendo; el viento que

levantó al rebasarlos la salpicó de arena, polvo y gases.

Se dirigió a la puerta de atrás abierta, se sentó en el asiento trasero y sacó los paquetes de dinero en efectivo y las monedas de oro de los asientos delanteros. No sabía cuánto valían las monedas, pero el dinero que había cogido de la casa de Bertold Shenneck en Napa, más de diez días antes, ascendía a ciento sesenta mil dólares en billetes de cien.

Sintió satisfacción al saber que el inventor del implante cerebral estaba, en parte, financiando su asalto contra el nuevo orden mundial que él había soñado.

Después de cerrar la puerta trasera, se dirigió al capó trasero y lo abrió. Metió el dinero en efectivo envuelto en plástico en el bolso y, andando con soltura pero sin apresurarse, lo llevó al coche patrulla y lo colocó en el asiento delantero. La llave estaba puesta; el motor, en marcha, la radio de la policía sonaba con una voz que no parecía inquieta. En un segundo viaje, Jane transfirió sus dos maletas, colocándolas en la parte posterior del coche patrulla.

La mayoría de los conductores que la dejaban atrás no estaba lo suficientemente interesada como para reducir la velocidad y mirarla. Los pocos que aminoraban por un momento volvían a acelerar, probablemente acordándose de que, en el clima social vigente, aquellos que salían en defensa de la policía serían difamados o algo peor. Bienvenidos a la sociedad incívica.

Sin embargo, uno de los que se sintiera culpable por no detenerse podría llamar a la policía, o tal vez usar una radio CB para iniciar una línea de conversación sobre lo que había visto. Ella no se podía permitir escuchar el tictac de un reloj, pero, de todos modos, el tiempo seguía corriendo.

De nuevo al lado del policía, le tomó el pulso y escuchó su respiración, y decidió que podía dejarlo tal como estaba. El cloroformo altamente volátil casi se había evaporado de su cara. Incluso con el sombrero todavía atrapando algunos gases, se despertaría en unos diez minutos más o menos.

No le gustaba tener que quitarle su insignia de estrella, pero la cogió de todos modos.

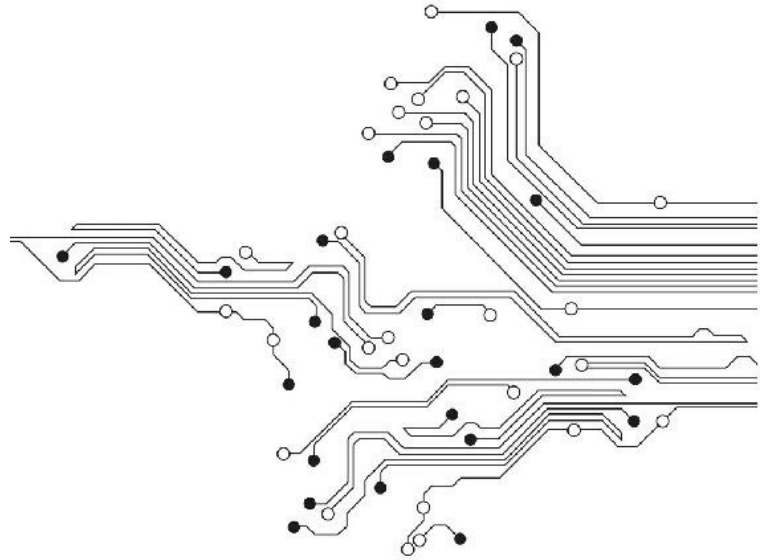
No lo desarmaría ni lo dejaría indefenso. Dejó su Sig Sauer P320 en la funda. Pero cogió la llave del Ford de uno de los bolsillos de su chaqueta y la lanzó sobre el guardarraíl, hacia la oscuridad descendente, negándole el uso de su coche.

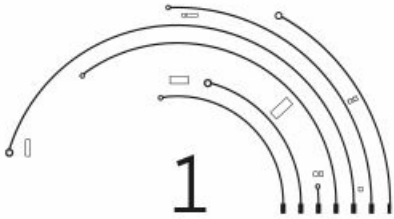
Caminó de regreso al Dodge Charger —lados negros, capó blanco, techo y puerta del maletero negros, con el emblema de la patrulla de carretera de Texas en las puertas delanteras—, y se sentó detrás del volante. Examinó rápidamente los controles, incluyendo el terminal de ordenador Panasonic Toughbook y la impresora digital de multas.

Cuando una larga brecha en el tráfico se abrió detrás de ella, salió de la carretera y se dirigió hacia el este. Encendió la barra de luces del techo y la sirena. La aceleración era excelente. El cuentakilómetros registró cien en apenas unos segundos.

SEXTA PARTE

LA NOVENA PLANTA





Jane iba a ciento setenta kilómetros por hora y acelerando...

Allí fuera, en la oscuridad intemporal, en la tierra de innumerables pueblos que se remontaban tanto en el tiempo que no tenían nombre, sino que identificaban a sus tribus con iconos; allí fuera, en las áridas llanuras y los pantanos poco profundos donde la hierba crecía tan fina como el cabello de los hombres muertos, en las laderas volcánicas donde lo único que florecía era la candelilla de cera, donde ahora no había tenues luces y las estrellas no encontraban nada que las reflejara; incluso ese vacío primigenio estaba bajo la vigilancia de cámaras en órbita, los ojos robóticos de los satélites, y si había alguna esperanza de libertad en el futuro, esta residía en el hecho irónico de que la tecnología altamente perfeccionada de la presente era estuviera controlada por seres humanos falibles que, quizá, nunca podrían controlarla por completo para imponer la máxima opresión, y que se verían expuestos ante piratas informáticos que podrían extraer los datos comprometidos en busca de vetas de criminalidad y escándalo.

A través de esa inmensa oscuridad, Jane corría en una estela de color rojo-blanco-azul, y las fugaces cascadas de tonos inundaban los vehículos con los que se cruzaba, aunque la tierra cubierta con un manto nocturno más allá de la carretera se mantuviera resistente al resplandor de la barra de luces.

No sabía si la patrulla de carreteras de Texas obligaba a mantener un contacto periódico entre cada agente de patrulla y sus operadores, para asegurarse de que sus policías estaban a salvo y continuando con su labor. Tampoco sabía si rastreaban de forma activa cada vehículo patrulla por GPS ni si asignaban a alguien periódicamente para que revisara un gráfico de ordenador con la localización actual de las unidades dentro de un condado o una jurisdicción en concreto.

Lo que ella no supiera haría que la capturaran o la mataran.

Aunque pisara el acelerador del Dodge Charger para correr a ciento noventa kilómetros por hora y se olvidara de que podía reventar un neumático, aun así, nunca conseguiría llegar a la frontera de Texas al norte de El Paso antes de que tuviera a los demás patrulleros pegados al culo del coche bloqueándole su avance. Incluso a esa velocidad, iba a necesitar más de cuatro horas para llegar hasta allí, y aunque pudiera ahorrar una hora o más cogiendo la autopista U.S. 285 en

Stockton y tratando de cruzar hasta Nuevo México al sur de Málaga, estaba el problema del combustible. Pararse a repostar equivalía a entregarse.

Después de veinte minutos, cuando había puesto unos sesenta kilómetros de distancia entre ella y el Ford donde había dejado esposado al policía, apagó la sirena y las luces, y dejó de pisar el acelerador para disminuir su velocidad a unos cien kilómetros por hora. Se cambió al carril derecho.

Sabía lo que tenía que hacer a continuación, pero no podía arriesgarse a hacerlo en la interestatal, a plena vista de todo el tráfico. No podía arriesgarse a que alguien viera adónde había ido cuando abandonó el coche patrulla.

Poco antes de reducir a la mitad la velocidad, vio la señal de un área de descanso a unos nueve kilómetros de distancia. Era su mejor oportunidad, siempre y cuando no estuviera muy concurrida. Apagó la cámara de servicio del coche.

Tal vez podría tratarse de otro golpe de mala suerte o un giro para mejor; pero, a menos de quinientos metros del área de descanso, mientras conducía detrás de un Mercedes E350 blanco, el conductor hizo una señal para girar a la derecha y redujo la velocidad para dirigirse hacia la salida. Tal vez necesitara usar las instalaciones o simplemente estuviera nervioso por tener a un policía detrás de él. Parecía hallarse solo en el coche, a menos que hubiera alguien recostado en el asiento trasero. Jane lo siguió y salió de la interestatal, encendió la barra de luces, pero no la sirena.

Hizo lo correcto al no detenerse en la vía de carril único y lo siguió hasta la zona de aparcamientos, donde, por el momento, no había ningún otro vehículo. La estructura de bloques de hormigón de los baños tenía una lámpara sobre cada una de las dos puertas y cuatro farolas bajas que trazaban el camino, pero, en medio de ese entorno tan solitario parecía más un lugar en el que uno pudiera sufrir un final violento que una estación que ofreciera un servicio. Con la intención de suavizar el aspecto del lugar, plantas de agave se alzaban como grupos de garras espinosas, cada una rematada por una maliciosa aguja de color oscuro, pero no conseguían su propósito.

Si había alguna cámara de seguridad en el área de descanso —aunque no lo creía—, la luz era demasiado escasa para que la grabación pudiera tener valor.

Aparcó detrás y a un lado del Mercedes y apagó las luces para que no pudiera verla a contraluz cuando se bajara del coche. Dejó encendida la barra de luz intermitente por la confusión que proporcionaba y para que el conductor no se asustara porque el coche se hubiera oscurecido.

Ella salió y se dirigió hacia el Mercedes mientras oía bajar la ventanilla de la puerta del conductor. Le enseñó al conductor la clásica insignia de una estrella dentro de un círculo, solo para intimidarlo, y luego lo apuntó con su Colt del 45.

—Salga del coche.

El tipo podría tener más de setenta y tantos años. Con entradas de pelo blanco. Orejas en forma

de jarra. Rasgos gelatinosos que la gravedad había convertido en un cansado rostro de payaso. No estaba gordo, y en su juventud pudo tener una mirada alegre; un Papá Noel de peso gallo.

—Tú no eres policía —le dijo.

—Además de no ser policía, tampoco soy muy paciente. Sal del coche.

Ella retrocedió para que pudiera abrir la puerta mientras sostenía la Colt con las dos manos, los brazos cerrados, ya que, por muy inofensivo que pareciese, podía resultar peligroso. Las personas más impensables eran capaces de los actos más atroces en un mundo donde el progreso acabó no solo con las fuertes obligaciones del pasado, sino también con sus valiosas lecciones.

Una vez fuera del coche, el tipo medía alrededor de un metro setenta centímetros y pesaba unos sesenta y tres kilos. Llevaba unas zapatillas Converse en blanco y negro. Pantalones chinos holgados de color gris claro. Camisa hawaiana con palmeras azules sobre un fondo dorado. Un colorido brazalete de cuentas en una muñeca. Parecía un contable retirado de Brooklyn que intentara reinventarse a sí mismo como un fan de Jimmy Buffet.

—¿Me vas a matar? —preguntó, aunque no parecía asustado.

—Ese no es el plan —contestó, preocupada de que una amenaza de muerte pudiera causarle un ataque al corazón—. Pero lo pasarás mal si me jodes. Necesito un conductor.

—Soy buen conductor. Llevo sesenta y cinco años conduciendo. Yo...

—Eres lo suficientemente bueno. Hay unas maletas en el coche patrulla. Mueve el culo y mételas en el Mercedes.

—¿Por qué no puedes cogerlas tú?

—Porque tengo que apuntarte con la pistola.

Se encogió de hombros.

—Supongo que necesitas pensar que tienes que hacerlo.

—Date prisa, joder.

Sacó una de las maletas del asiento trasero del Dodge.

—Esto pesa, lo sabes, ¿no? —Papa Noel de peso gallo necesitó ambas manos para poder levantar la maleta por el asa, y avanzó hacia el sedán como si transportara media tonelada de plomo—. No sabía que tendría un pasajero con equipaje. El maletero está lleno con el mío. ¿Lo pongo en el asiento de atrás?

—Hazlo ya.

Jane no le quitó el ojo de encima mientras él sacaba la segunda maleta del coche patrulla y ella apagaba la barra de luces y el motor. Cogió el bolso del asiento delantero y lo puso en el Mercedes.

La edad parecía haberle debilitado los brazos como si fueran los de un niño de nueve años.

—¿Esta también pesa tanto? Una persona podría morir por esto.

Enfundó la pistola.

—Dame eso.

Cogió la bolsa y la metió en la parte de atrás del Mercedes antes de cerrar la puerta de golpe.

—Debes de hacer muchas pesas —comentó el anciano.

—¿Tienes algún arma en el coche? No me mientas. Todos los que me mienten lo lamentan.

—Tengo un cojín para la próstata.

—¿Un qué?

—Un cojín de espuma con un agujero en el centro.

—¿Cómo demonios puede ser eso un arma?

—Tal vez podría ponértelo alrededor del cuello y retorcerlo.

—¿Hablas en serio?

—Solía serlo.

Aunque se sentía ridícula por hacerlo, volvió a desenfundar su Colt del 45.

—Entra en el coche, viejo. Vamos, vamos, vamos.

Se subió detrás del volante, sobre el cojín para la próstata, y Jane se sentó en el asiento del pasajero, con la pistola en la mano derecha, apuntándole.

Arrancó el coche y encendió las luces.

—¿Debería saber adónde vamos?

—Vuelve a la I-10. Al oeste.

—Ahí es donde ya estaba. —Mientras seguía la vía de servicio hacia la autopista, le dijo—: No debería darte ideas, pero ¿por qué no te llevas mi coche y me dejas aquí?

—Eres mi conductor, pero también eres mi tapadera. Deben de estar buscando a una mujer sola. Ahora somos dos. Si algún policía nos para, soy tu hija.

—¿Qué edad tienes? ¿Veinte?

—Y eso, ¿qué importa?

—Yo tengo ochenta y un años. Es mejor que seas mi nieta.

—Está bien, soy tu nieta.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre no importa.

—Si un policía me pregunta, ¿no debería saber el nombre de mi nieta?

—Está bien, tienes razón; me llamo Alice.

En la interestatal, condujo a unos quince kilómetros por debajo del límite, y ella le dijo que acelerara para ponerse a quince kilómetros por encima de ese límite.

—La mitad del tráfico te pasará a quince kilómetros por hora más. Los policías se fijarán en ellos. Podemos arriesgar la velocidad extra.

Él la obedeció, pero le dijo:

—Tienes muchísima prisa.

—No te lo puedes ni imaginar.

—¿Qué le pasó al policía del coche que tenías?

—No lo maté.

—No creí que lo hubieras matado, no una chica tan bonita como tú.

—¿Qué?, ¿estás ligando conmigo?

—No te pongas nerviosa. No he ligado con nadie en sesenta años. ¿Cuánto de lejos al oeste?

—Más allá de El Paso, a Nuevo México.

—Voy allí de todos modos. Y luego a Scottsdale.

—Entonces, tal vez puedas llevarme hasta Nogales.

—Un camino muy largo con paradas solo para repostar. Tendrás que conducir un poco.

—¿Qué? ¿Mientras tú me apuntas con la pistola? Tú mantén la velocidad.

Tras un breve silencio, él dijo:

—Me llamo Bernard Riggowitz. Puedes llamarme abuelo Bernie.

Ella suspiró.

—Esto no va a acabar bien.

—Pensamientos negativos atraen resultados negativos —le advirtió.

Cuando pasaron por Sonora, ella vio que el depósito tenía más de tres cuartos de su capacidad. Debió de haber repostado en Junction. Llegarían con facilidad a Fort Stockton, quizás incluso hasta Van Horn, antes de necesitar repostar de nuevo, y luego sería un tranquilo paseo hasta Nuevo México. A menos que hubiera un control de carretera en la estatal. O antes.

—¿Qué haces a tu edad, conduciendo por un territorio tan solitario en mitad de la noche? — quiso saber ella.

—Me gusta dormir durante el día y conducir de noche. Es relajante. Ahora tengo que hacerlo solo, desde que perdí a Miriam. Estuvimos casados sesenta y un años, desde que teníamos diecinueve, nunca nos separamos ni un solo día.

—Mierda —soltó Jane.

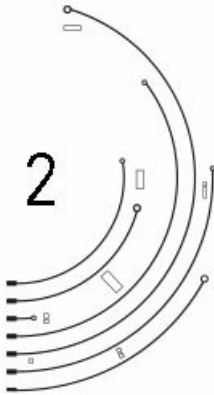
—Es cierto, lo creas o no. Nunca nos separamos ni un solo día... hasta hace un año.

—Estoy segura de que es verdad. Pero si tengo que apuntar con una pistola a un pobre hijo de puta, ¿por qué tiene que ser a un viudo de luto de ochenta y un años?

—No te preocupes por eso, Alice. Deberías perdonarme si esto suena mal, pero has puesto un poco de color en un año gris.

—Sí, pero podría matarte. No quiero eso.

—Pensamientos negativos atraen resultados negativos —le recordó.



Los McDonald's del lago Forest no eran como los McDonald's de cualquier otro lugar. No había arcos dorados. Ni materiales plásticos vulgares. Una chimenea de mármol. Muebles bonitos. Música clásica sonando en el equipo de sonido. Era como si hubiesen ido a cenar a un extraño mundo paralelo al mundo en el que vivían, y no es que este último no se hubiese vuelto lo suficientemente extraño últimamente.

Durante la cena, Twyla fue Twyla, al menos para los ojos y oídos distraídos. La madre no parecía notar nada raro en su hija mayor, pero Jolie era consciente de las sutiles diferencias entre esa chica y la hermana con la que había crecido. Esta Twyla no era tan ingeniosa, no era tan alegre, no estaba tan presente.

Algunas veces a lo largo de la cena, Jolie estuvo a punto de gritar: «Pero, mamá, ¿es que no ves que está como ida, drogada, que se pincha? Tenemos que hacer algo ahora mismo».

Pero no lo hizo, y no supo por qué no lo hizo hasta que pidieron el postre, cuando se dio cuenta de que le debía a Twyla un sincero cara a cara antes de decírselo a su madre. Habían estado tan unidas como las magdalenas en una cesta hasta que Twyla se fue a la universidad, e incluso después de eso, cuando se veían, era como si no hubiese pasado el tiempo desde la última vez que se vieron. Hasta ahora. Quizá Twyla pudiera explicarse. Nada más lejos de la realidad. No había buenas razones para la adicción, solo justificaciones. Eso era lo que decía papá. Aun así, le debía a Twyla algo de consideración antes de acusarla de nada.

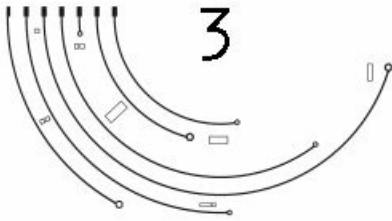
No era una buena noche para un drama familiar y el insomnio que seguiría a una confrontación. Tenían que levantarse temprano por la mañana. Mamá y papá habían hablado por sus respectivos teléfonos desechables. Él quería que viajaran a Indianápolis, lo que les llevaría unas tres horas y media si salían de Chicago momentos antes de la hora punta matutina. Se suponía que mamá debería llamar a papá cuando llegaran a Indianápolis, en cuanto pasaran de la I-65 a la I-465. Para

entonces, él sabría adónde deberían ir para que alguien se reuniese con ellas. No papá. Alguien en quien papá confiase. Todo resultaba muy misterioso, pero ¿qué no lo era en esos días? Tal vez fuera mejor posponer el enfrentamiento con Twyla hasta que toda la familia pudiese estar junta de nuevo.

Mientras Twyla esperaba a que les trajeran el postre, la madre quiso saber si los baños serían tan diferentes de los baños de otros McDonald's como todo lo demás, y Jolie también quería saberlo, así que ambas fueron a echar un vistazo. Jolie esperaba que hubiera algo en el baño de mujeres para mejorar su estado de ánimo —como una caja abierta de plata de ley valorada en diez mil dólares llena de toallas de papel con las iniciales de Ronald McDonald—, pero no era muy diferente de otros baños del resto de McDonald's, al menos no de una forma que moviera a risa.

Después de tomar el postre, mamá estaba pagando la cuenta cuando Jolie, de repente, se percató de que, tal vez, las drogas que había visto en la maleta de su hermana podrían no ser drogas. Bueno, sin duda eran drogas, pero podían ser drogas con receta y completamente legales. Twyla podría tener un grave problema de salud que requiriera la autoinyección de un extraño medicamento que debía mantenerse frío en una nevera portátil. A Jolie le dio un vuelco el corazón, como si le hubiera caído una piedra sobre el pecho, al pensar que Twyla podría padecer una enfermedad terminal o, si no era terminal, que afectara profundamente su vida.

Como las tres mujeres necesitaban dormir, no habría confrontación esa noche, pero Jolie tal vez pudiera averiguar algo de forma sutil, plantear unas cuantas preguntas inocentes, y ver la reacción de Twyla. Si no hacía eso al menos, si no comprobaba si la situación de su hermana era grave o no, no dormiría de todos modos.



Por la forma en la que Bernie Riggowitz lo dijo, Miriam y él nunca habían viajado en avión porque a él le daba miedo volar, pero exploraron cuarenta y nueve estados en coche, algunos de ellos varias veces, y nunca había estado en un estado al que no hubiera querido volver, con la posible excepción de Dakota del Norte, a pesar de que Louis L'Amour naciera allí. Miriam y él fueron bendecidos con una hija, Nasia, que ahora tenía cincuenta y dos años y vivía en Scottsdale con su marido y su precioso hijo llamado Segev. Querían que Bernie se fuese a vivir con ellos, pero, aunque los amaba, se negaba a considerar la idea. Por un lado, estaban ansiosos de que dejara de conducir de una costa a otra, completamente solo, a su edad. Pero él nunca lo haría, porque Miriam no se hallaba en una fría tumba en Nueva York, no, ella seguía allí fuera, en cada uno de los lugares que alguna vez visitaron juntos, y estar en la carretera era permanecer con ella.

Jane se enamoró del abuelo Bernie en algún lugar al este de Fort Stockton, poco antes de que se detuvieran allí para repostar a las 9:45. Ella echó gasolina y él pagó con su tarjeta de crédito, y entraron juntos en el restaurante a comprar unos perritos calientes con chili para llevar, que se comieron por el camino, con tres capas de servilletas de papel sobre las piernas para atrapar lo que él llamó «migajas».

El control de carretera —o uno de ellos— estaba colocado a unos setenta y cuatro kilómetros al oeste de Fort Stockton, justo antes de la salida 212 a Saragosa. Hacía ya mucho rato que se habían acabado los perritos de chile, pero comían cacahuets de piel roja y bebían Diet Mountain Dew cuando Bernie bajó la ventanilla ante el policía de la patrulla de carretera de Texas y le preguntó si el problema eran los terroristas. Se alegró de saber que no eran los terroristas y le entregó su carné de conducir y le presentó a su nieta Alice, y le dijo al agente que él se parecía mucho al hermano de Bernie, Lev, pero, por supuesto, cuando Lev tenía solo treinta y cinco años, hace cuarenta años.

Cuando les dejaron pasar por el control y estaban de nuevo en ruta, Jane le dijo:

—¿De verdad se parece en algo el agente a tu hermano Lev?

—No tengo ningún hermano Lev. Tengo un hermano Shem, pero no podía usar su nombre, porque no me sorprendería que un policía conociera a Shem Riggowitz.

—Puedo entender por qué Miriam quería viajar en coche contigo a todas partes.

—Usted también es una buena acompañante, señorita. Interpretaste a Alice bastante bien. Cualquiera podría pensar que has tenido mucha práctica en esto.

—Ojalá no la hubiera tenido.

—Por cierto, esa es una buena peluca. El policía no se dio cuenta.

—No llevo peluca —mintió Jane.

—Señorita, hice mi fortuna con las pelucas. Tanto de cabello humano como de las mejores fibras sintéticas. Elegant Weave (así se llamaba la compañía) vendía pelucas por toda la Costa Este, en catorce estados y en el distrito de Columbia. No puedes engañarme con una peluca.

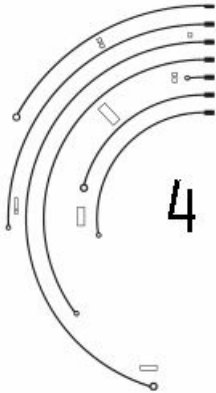
—Perdón por tratar de hacerlo. Compré esta y otras cuatro más a gente que también vende identificaciones falsas, carnés de conducir falsos, lentillas de colores para cambiar el color de los ojos y, probablemente, otras cosas de las que no me quiero acordar.

—La próxima vez que los veas, coméntales que Bernie Riggowitz de Elegant Weave dice que tienen un producto de primera clase.

Pasaron unos cuantos kilómetros en silencio, bebiendo lo que les quedaba de Mountain Dew, antes de que Jane dijera:

—No me has preguntado de qué estoy huyendo.

—Ni lo he hecho ni lo haré, *bubeleh*. No quiero decepcionarme si no es tan glamuroso como me imagino.



En su habitación del Deerpath Inn, las hermanas se turnaron para usar el baño. Jolie ya estaba en la cama, sentada contra el cabecero, cuando Twyla apareció con un pijama blanco de seda que tenía un dibujo de una lata de sopa de Andy Warhol en la blusa.

Mientras su hermana retiraba las mantas de su lado en la enorme cama, Jolie le dijo:

—¿Puedo preguntarte algo y prometes ser completamente sincera conmigo?

—¿Cuándo no he sido sincera contigo?

—Entonces, ¿va algo mal en tu vida?

Twyla se metió en la cama, suspiró y dijo:

—Charles no está casado, y yo no estoy embarazada.

—No me refiero a nada de eso.

Twyla frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—¿No estás enferma o algo así?

—¿Parezco enferma? Creo que me veo bastante bien.

—Fabulosa. Espero verme tan bien cuando tenga tu avanzada edad.

—Lo dudo. Creo que yo tengo más genes de papá y tú, de mamá.

Eso fue más propio de la vieja Twyla.

—Bueno, solo estoy preocupada por ti, eso es todo, allá sola en Boston.

—Ahora pareces papá: Boston, al otro lado del mundo.

—Entonces, ¿estás bien?

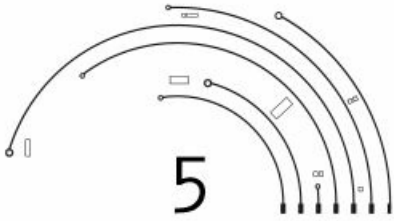
—Nunca he estado mejor. Vamos a dormir, Jo. Mañana será un día muy largo.

En lugar de apagar la lámpara de la mesita de noche, Twyla bajó la intensidad de la luz. Sostenía una revista.

—¿No te acuestas? —preguntó Jolie.

—No te molestaré. Solo quiero leer este artículo que no pude acabar en el avión.

Jolie se deslizó desde el cabecero y se volvió sobre el lado izquierdo, de espaldas a Twyla. Esperó a escuchar como pasaba la página. Pero no lo escuchaba. Twyla no era una lectora lenta. Jolie esperó, y, esperando, se quedó dormida.



Bernie había estado durmiendo la mayor parte del día, con la intención de conducir en el sosiego de la noche junto con los recuerdos de Miriam. Jane llevaba despierta desde las 4:20, cuando se despertó en el motel de Ardmore, Oklahoma. Para las 11:35 del jueves por la noche, cuando llegaron a Van Horn, Texas, no podía dejar de bostezar.

—Duerme, duerme —le dijo Bernie—. Estoy tan despierto como una lechuza. Si te necesito, te doy un toque.

Si resultaba que Jane no podía confiar en él, entonces su intuición no le servía de nada, y estaba acabada de todos modos. Reclinó el asiento y cerró los ojos.

—¿Puedes dormir con un poco de música?

—Ahora mismo, podría dormir bajo el fuego de una artillería.

—Le pondré el volumen muy bajo.

Jugueteó con los controles del CD y, cuando sonó la música, Jane dijo:

—Lawrence Welk y su Champagne Orchestra. ¿Te gusta la música de las grandes bandas? ¿El swing?

—No distingo una banda grande de otra.

—Duke Ellington, Artie Shaw, Benny Goodman. Son de los grandes.

—A Miriam le gustaba ver a Lawrence Welk en la televisión aun cuando sé que su música es cursi.

—Es lo que es. No hay nada de qué avergonzarse. Le daba a la gente lo que quería. Nunca hizo otro tipo de música. Nunca arriesgó.

—¿Entiendes de música?

Casi le dijo: «Puedo tocar rock en un piano». Estaba demasiado cansada para confiar en sí misma en una conversación.

—Buenas noches, abuelo.

Sus sueños no fueron desagradables, sino con algunas burbujas.

Cuando despertó después de una hora más o menos con Welk en un volumen muy bajo, escuchando *Apple Blossom Time*, el Mercedes no se movía. Se sentó, sobresaltada. Se habían parado en el arcén de la carretera.

Bernie no estaba en el coche. Necesitó un momento para verlo en la oscuridad, a pocos pasos de la carretera, de espaldas a ella, orinando.

Cuando regresó al coche y la vio despierta, se lo explicó.

—Lo siento. Tenía la próstata como un melón. Si necesitas un baño de señoras, pararemos a repostar en El Paso dentro de unos cuarenta y cinco minutos.

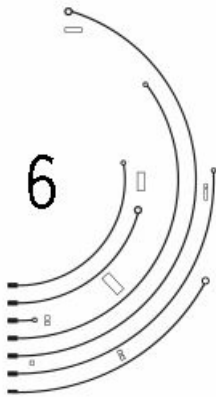
—No, estoy bien.

Cerró los ojos mientras él cogía un paquetito con una toallita húmeda en su interior de una caja de dentro del cajón de la guantera del coche y lo abría. Olía a limón.

Mientras se quedaba dormida, se preguntó si estarían lo suficientemente cerca de El Paso como para tener cobertura en el teléfono móvil. Pero, si él hubiera tenido su teléfono consigo al bajarse del coche, ¿a quién podría haber llamado? No la había entregado a la policía en el control de carretera, cuando tuvo la oportunidad.

Tenía que confiar en él. La paranoia controlada era un mecanismo de supervivencia. La paranoia descontrolada era una rampa engrasada hacia la locura.

Como si estuviera drogada, Jane durmió plácidamente durante la parada para repostar en El Paso.

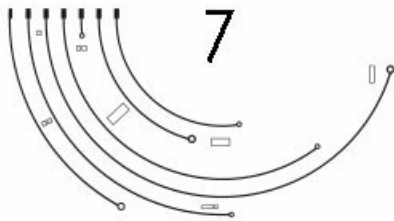


En algún momento de la noche, Jolie Tillman se despertó, aún oprimida por el agotamiento. La habitación del hotel estaba en silencio. Trató de oír la respiración de su hermana junto a ella en la cama, pero no lo consiguió.

La lámpara estaba apagada. Como no habían cerrado las cortinas de las ventanas, el resplandor de la luna y las luces ambientales de las farolas de la calle penetraban en la habitación, la pálida luz posándose débilmente sobre la superficie de todo, como si el fantasma de un hombre ciego hubiera acudido a deambular tocando lo que nunca había visto en vida.

Si Twyla no hubiera llevado puesto un pijama blanco, que atraía la luz fantasmal, Jolie nunca la habría visto en el sillón, sentada frente a la cama. Twyla podía estar dormida, aunque su postura pareciera ser la de alguien en alerta entre la penumbra. Una cubierta de sombras le ocultaba el rostro, y si tenía los ojos clavados en Jolie, ningún reflejo confirmaba su mirada.

La figura parecía tan mortalmente inmóvil en la quietud de la habitación que Jolie no estaba convencida de que ella misma estuviera despierta. Cerró los ojos, los abrió, los cerró y los volvió a abrir, y el ocupante del sillón no se fluidificó ni se desvaneció como podría haberlo hecho en la fantasía de una persona dormida. Pero el cansancio pesaba sobre Jolie, y sus párpados plomizos se cerraron y no se abrieron, de modo que la pregunta —¿realidad o sueño? — quedó sin respuesta.



Con un tirón en el cuello y un sabor amargo en la boca, Jane se despertó con el suave ronroneo de un motor. Ya no sonaba Lawrence Welk. Abrió los ojos mientras el día se abría paso a través de las praderas bajas entre dos cadenas montañosas, y el sol de las primeras horas de la mañana dibujaba las laderas volcánicas hasta las crestas rotas suavizadas por millones de años de erosión y cuencas de bosques.

Bernie Riggowitz había hecho un buen tiempo hasta El Paso y a lo largo de la esquina sudoeste de Nuevo México hasta Arizona, casi unos quinientos kilómetros en menos de cuatro horas.

Mientras Jane colocaba su asiento en posición vertical, Bernie le dijo:

—Has dormido como un gatito con la panza llena de leche.

—Sí, bueno, me siento como un gato que se ha estado peleando toda la noche.

—Si paramos en Wilcox a repostar y desayunar y conduces desde allí, podemos estar en Nogales sobre las diez o las once de la mañana.

Jane se masajeó la parte posterior del cuello.

—No estoy segura sobre la parte de «podemos». Mi plan era dejarte en algún lugar del lado sur de Tucson y hacer la última hora hasta Nogales por mi cuenta, antes de que cualquier denuncia de coche robado que hayas hecho pudiera ser una preocupación.

Su sonrisa se hundió en los pliegues de payaso triste de su rostro, pero luego declaró:

—*Shmontses!* ¿Somos socios en esto o no?

—Nunca hemos sido socios, Bernie.

—Entonces, ¿qué es lo que somos? Te pregunto.

—Secuestrado y secuestradora.

—¿Te estás volviendo loca? ¿Parezco una persona secuestrada? Estabas haciendo autostop y yo paré, vamos juntos al mismo sitio.

—El hombre de Nogales es peligroso.

—Sé lo que es el peligro. Toda mi vida he tenido a los de Hacienda pisándome los talones.

—Te olvidas de esto —le dijo, y sacó la pistola.

—¿De nuevo con el arma? Hemos superado el momento de las armas, por si no te has dado cuenta.

Ella lo pensó un poco.

—El tipo de Nogales me espera el sábado. Solo a mí. Cuando haces negocios con él, no quiere que lleves contigo a tu abuelo. Tengo que llamarlo, cambiar la cita, pero necesitaré una historia. No puedes ser Bernie Riggowitz, el rey de las pelucas.

—Nunca dije que fuera el rey. Eso es muy chabacano. Estaremos en Wilcox dentro de cuarenta minutos. Allí hay un Best Western, planearemos algo durante el desayuno.

—Déjame los planes a mí. —Jane estudió la situación en Nogales unos minutos. Si llevaba el Mercedes hasta allí sin Bernie, tendría que dejarlo para que Enrique lo enviara a México cuando ella se marchara con su nuevo vehículo. Ya conocía bastante bien a Bernie como para robarle su vehículo y entregárselo a Enrique—. ¿Tienes un sombrero?

—Por supuesto. ¿Tengo cabeza? Pues, en ese caso, tengo sombreros.

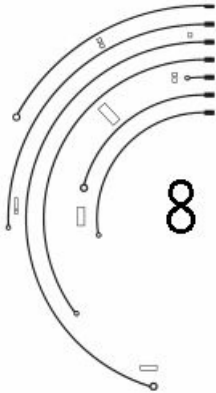
—Si tienes un sombrero que nos venga bien, entonces tenemos una historia.

—¿La historia es un sombrero?

—La historia depende de cómo te veas con el sombrero. Y todo depende de que hagas única y exclusivamente lo que yo te diga que hagas.

—¿Te podría ocasionar algún problema? No quisiera. Esto será divertido.

—No será divertido, pero será interesante. Y podríamos acabar muy mal.



Tanto si Twyla pasó la noche sentada en el sillón como si no, ella estaba en la cama cuando se despertó a las cinco de la mañana del viernes.

El pequeño alboroto que originó fue suficiente para despertar a Jolie, que miró a su hermana con los ojos entornados mientras cogía su bolso de la mesita de noche y se metía en el cuarto de baño.

Twyla nunca había sido desconsiderada, pero, a pesar de su elegancia, siempre fue muy ruidosa. Mucho más ruidosa que ahora. La cautela con que se levantó de la cama, cogió el bolso y cerró la puerta del baño tras de sí estaba fuera de lugar y señalaba la intención de que no la descubrieran.

Jolie se deslizó de la cama aún más cautelosamente que Twyla, se puso a los pies de esta y pegó la oreja en la puerta del baño justo a tiempo para escuchar el suave sonido de las teclas mientras su hermana marcaba un número en su teléfono.

A quienquiera que ella llamase, le debió de contestar, pero ella no se identificó y se puso a hablar.

—Se suponía que debía llamarte esta mañana, pero no recuerdo por qué. —Tras una pausa, Twyla dijo—: De acuerdo. —Otra pausa—. Vamos por carretera hacia Indianápolis a reunirnos con alguien. No sé con quién ni dónde. Mi madre llamará por teléfono a mi padre cuando estemos a punto de llegar. —Pausa—. Vale, sí, lo haré. Un segundo.

En el baño, Twyla abrió el grifo del lavabo.

Jolie podía oír cómo su hermana seguía hablando por teléfono, pero el sonido del agua sobre la pila de porcelana le impedía entender lo que decía.

Por eso Twyla abrió primero el grifo. No se estaba lavando las manos y manteniendo una conversación telefónica al mismo tiempo. Y quien fuera que estuviese al otro lado de la línea le

había dicho que lo hiciera.

Jolie se apartó de la puerta del baño y se sentó en el sillón desde el que su hermana la había observado dormir —o no— durante la noche.

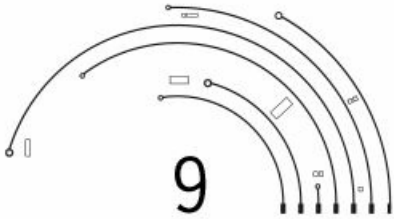
A simple vista, sin saber nada más que su nombre, a ella no le gustaba el carácter de ese Charles. ¿Qué tipo de novio quería que su chica le informara sobre su familia de una manera tan astuta? ¿Por qué razón? ¿Y por qué lo haría Twyla?

Jolie decidió que había llegado el momento de abrir de nuevo la maleta de Twyla y sacar las drogas y las jeringas. Ir a su madre con las pruebas. Y con todos los detalles del curioso comportamiento de Twyla.

Sin embargo, cuando se cerró el grifo del lavabo y el agua de la ducha comenzó a correr, decidió que ya casi era la hora de ir a hablar con su madre, pero todavía no.

Diecisiete años de amor entre hermanas y solo de buena rivalidad, diecisiete años de risas y sueños mutuos, junto con más horas de conversación entre chicas de las que se pudieran contar, habían creado un vínculo entre ellas que, si bien no era intocable, sin duda era sagrado, puro y genuino, un vínculo que no se podía forzar o romper a la ligera. Le debía a Twyla la oportunidad de reconsiderar lo que estaba haciendo. Cuando llegaran a Indianápolis y mamá recibiera más instrucciones de papá, si en ese entonces Twyla parecía ansiosa por ir a algún lugar privado y hacer una llamada de teléfono, Jolie la delataría.

Así actuaría, es triste decirlo. Delatar a Twyla sería algo terrible, algo que dañaría su relación, pero no iba a resultar tan malo como ver a Twyla, con alguna droga exótica, eliminando al resto de la familia sabe Dios con qué propósito.



Enrique de Soto, vendedor de coches sin letreros luminosos ni publicidad, tenía su exposición de automóviles en varios graneros en un antiguo rancho de caballos cerca de Nogales, en Arizona. Los graneros no eran tan viejos como aparentaban ser. Enrique y sus hombres los habían envejecido para que pareciera que la propiedad pertenecía a una familia que se encontraba al final de varias generaciones de mala suerte.

El granero delantero era de color gris desgastado con incrustaciones marrones y negras que simulaban madera podrida, salpicada de parches de pintura roja descolorida que remitía a una época lejana de prosperidad. En caso de que alguna persona con autoridad que no estuviera en la lista de negocios de Enrique se detuviera a echar un vistazo, ese granero más cercano a la carretera del condado albergaba en su interior la peor colección de antigüedades del sudoeste, como si en la familia De Soto fueran unos acaparadores locos para quienes las palabras *antigüedades* y *basura* resultaban sinónimos, y cuyos clientes compartieran su misma locura.

Mientras Jane estaba de pie detrás de la puerta doble de entrada con el propietario, esperando a que le llevaran su nuevo coche, Enrique miraba fascinado al hombre mayor que había detrás del volante del Mercedes. Bernie Riggowitz lucía un sombrero de ala ancha con una corona amplia y plana, un sombrero de copa baja que fue muy popular entre ciertos tipos duros, al menos desde los días de la Prohibición. El motor del E350 estaba en marcha, con el aire acondicionado encendido, las ventanas cerradas, y Bernie miraba fijamente hacia delante, con una expresión severa, como si estar ahí estuviera por debajo de su condición, considerando que aquello era una empresa criminal de muy baja categoría.

—Claro que he oído hablar de Meyer Lansky —dijo Enrique—. ¿Quién no ha oído hablar alguna vez de Meyer Lansky? El mayor jefe de la mafia judía de todos los tiempos. Lo llaman de una forma diferente en esas películas de El Padrino. Pero este tipo, él no es Meyer Lansky. Meyer Lansky murió antes de que yo naciera.

—No dije que fuera Meyer Lansky. No voy por ahí resucitando mafiosos muertos. Dije que es más importante que Meyer Lansky.

Enrique era un tipo duro que mataría si fuese absolutamente necesario, pero tenía una dulce cara de niño y la poco imponente presencia física de un yóquey. Sin duda, le gustaba la idea de que un

gran jefe del crimen pudiera ser tan diminuto como la colección de papadas y arrugas con sombrero de ala ancha que esperaba con rostro serio en el interior del Mercedes.

—Pero nunca oí hablar de que hubiera un nuevo jefe de la mafia judía.

—Ni lo harás —dijo Jane—. Y él no es nuevo, Ricky. ¿Parece nuevo? Lleva siendo el rey en la sombra durante cuarenta años.

—¿Y cómo se llama?

—No quieras saberlo. Él tampoco querría que lo supieras. Una vez que lo sepas... nada bueno puede pasarte. El gran error que cometieron Lansky y esos otros tipos listos fue querer ser conocidos, admirados, temidos. Según la forma de pensar de este hombre, ser conocido es buscarse problemas.

Enrique la miró de reojo.

—¿Me tomas el pelo? ¿Cómo hace negocios si nadie sabe su nombre?

—No dije que no lo supiera nadie. Quienes necesitan saberlo, lo saben. Pero ese es un círculo muy estrecho.

—¿Los tipos como él no viajan con algún guardaespaldas musculoso?

—¿Y qué te crees que soy yo?

—Sí, está bien. Pero, si es quien dices que es, ¿qué está haciendo aquí? ¿Quiere llevarse un trozo de mi pastel? Nadie se lleva un trozo de mi pastel.

—Tranquilo, Ricky. No quiero ofenderte al decirte esto, así que no descargues todo tu mal genio latino conmigo. Pero este hombre que está aquí no perdería el tiempo con tu pequeño negocio. Es insignificante para él. Hace tratos de decenas y cientos de millones. Está aquí porque está conmigo, hemos estado haciendo negocios, nos respetamos mutuamente. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—¿Desde hace mucho tiempo? ¿Cuántos años tienes, quince?

Ella se echó a reír, le puso una mano en el hombro, le apretó y dijo:

—Sabes cómo ablandar la resistencia de una chica, Ricky. Viejos amigos para mí son cinco años. Escucha, sabes quién soy, ¿no?

—Todo el mundo sabe quién eres ahora mismo. Aunque me gustaría que no renunciaras a tu apariencia anterior. Me gustaba el aspecto que tenías antes.

Cuando Marcus Paul Headsman, el asesino en serie, fue capturado en uno de los coches robados de Enrique, cuando trató de denunciar a este especialista en vehículos de segunda mano, y cuando el FBI estaba tan ocupado como para ocuparse de la empresa de De Soto, Enrique se sorprendió de poder permanecer en el negocio sin ser molestado. Cuando Jane acudió a él en busca de un vehículo la primera vez —el Ford Escape había sido su segunda transacción—, le dio la impresión de que ella quería asegurarse de que él seguía siendo un hombre libre. Enrique conocía la escasez de personal policial y la sobrecarga de la fiscalía, quien requería una

clasificación para seleccionar qué delitos castigar. Sin embargo, le gustaba pensar que una apuesta agente del FBI le había sacado tanto brillo a él que cegó el ojo de la ley a su propia existencia.

—Escucha —le dijo—, sabes que todos los policías y detectives del país me están buscando. ¿Por qué crees que no pueden poner sus manos sobre mi antigua y pequeña persona, una niña que huye a la carrera?

Enrique miró de nuevo al hombre del Mercedes.

—Porque tienes contactos como él.

—Exacto.

—¿Dónde está el Ford Escape que te vendí hace menos de tres semanas?

—Lo buscaban, estaba en una lista de coches robados. Lo dejé en el arcén de una carretera con un policía esposado a la puerta. Me paró, así que tuve que encadenarlo para que no pudiera seguirme mientras cogía su coche patrulla para escapar.

Enrique sonrió y sacudió la cabeza.

—Chica, estás pisando el acelerador y vas a chocar contra un muro de cemento.

—Pensamientos negativos atraen resultados negativos.

—Pensar en positivo no convertirá el cemento en cartón.

Un tipo llegó en un Ford Explorer deportivo de color gris metálico.

—¿Tiene potencia?

Enrique abrió el capó.

—¿Sabes lo que estás viendo?

—Un Chevy 502 fabricado por encargo. Con setecientos caballos o más de potencia.

—Ocho veinticinco. Tapa de cilindros de aluminio Bendix. Un par de Edelbrock de seis cincuenta CFM de cuatro cilindros con ignición MSD. Mete un chute de dos cincuenta de óxido nítrico en la mezcla de combustible. Una transmisión turbo de cuatrocientos con un *overdrive* Gear Vendors. Es un monstruo.

—Has tenido que hacer un gran trabajo de acoplamiento para meter todo eso ahí.

—Sin sistema de navegación. Papeles nuevos. Recién salido de fábrica sin mejoras, te costaría unos cuarenta y seis mil.

Ella cerró el capó.

—Pero no te costó nada.

—Le pagué mil cuatrocientos al tipo que lo arregló. Cuatrocientos más para llevarlo a México donde pudiera rehacerlo. Luego, las mejoras.

—En su mayoría, hechas con piezas robadas que no te costaron nada.

—No me toques los cojones. Ya sabes, la mano de obra no es gratis.

—Ya lo acordamos, Ricky. No estoy tratando de renegociar.

Abrió el bolso y le dio los veintiocho mil dólares en billetes de cien tal y como habían fijado

por teléfono.

—Los papeles y las llaves están dentro. Y un pequeño y agradable ambientador con forma de cachorro, el olor a flores le sale por el agujero del culo.

—Tu servicio al cliente es inigualable.

Cuando ella se volvió para ir hacia la puerta del conductor, le puso una mano en el brazo.

—Dile que he tenido un detalle contigo..., ¿se lo contarás al judío?

—Depende de si estoy de acuerdo o no en que sea un detalle.

Separó tres mil dólares del dinero que ella le había entregado y se los devolvió.

—Un pequeño descuento en honor de ese hombre.

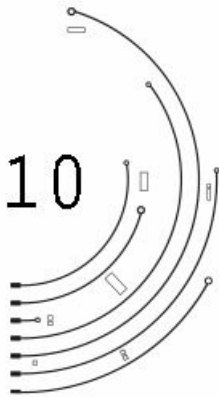
—Eso es muy generoso por tu parte, Ricky —dijo mientras guardaba el dinero en el bolso.

—Asegúrate de decirle cuál es mi nombre.

—Lo haré. Se lo diré.

Mientras abría la puerta del conductor del Explorer, Enrique le dijo:

—Esta vez trata de conservar el vehículo más de tres semanas. No puedes gastarte tanto dinero en coches. Deberías escuchar a Dave Ramsey en la radio, y seguir su plan presupuestario.



Dada la trayectoria de los recientes acontecimientos, Jolie Tillman pensó que estos se estaban precipitando hacia alguna circunstancia horrible. De hecho, el ángulo y la pendiente de deslizamiento aumentaban sin parar. Sintió un creciente impulso que la hizo marearse.

No salieron de Lake Forest tan pronto como pretendían, ni consiguieron librarse por completo de la hora punta de Chicago, y pararon a desayunar en una ciudad llamada Merriville, donde Jolie pidió unos gofres con nata, sirope y mantequilla, además de un vaso de leche con chocolate. Normalmente no comía tan mal, pero estaba de un humor que solo un montón de azúcar y grasa animal podían curar.

Todos parecían compartir el mismo humor esa mañana. Twyla, por supuesto, estaba enganchada a alguna droga ilegal o bien tratándose algún tipo de enfermedad mortal con medicación, tal vez embarazada, o en manos —y siendo manipulada por él— del malvado Charles C. Charles de la infame familia Charles, así que el hecho de que estuviera pensativa y tranquila no era sorprendente. Naturalmente, mamá se hallaba preocupada porque no sabía dónde se encontraba papá, porque sus hijas y ella huían de la clase de personas que llevan tatuajes de serpiente comiéndose su propia cola, y porque, tal vez, sus vidas no volvieran a ser las mismas, lo que explicaba por qué su frente, por lo general lisa, ahora estaba arrugada como una tela de pana ancha, y por qué no le importaba pasar el rato manteniendo una conversación frívola.

De ahí que el viaje fuera tedioso, pero llegaron a la legendaria ciudad de Indianápolis, y justo a las 10:51, Twyla usó el teléfono móvil desechable para marcar el número de teléfono de prepago de papá y luego se lo dio a mamá mientras sonaba, para que mamá pudiera infringir la ley por conducir con un teléfono en la mano. Al final, resultó que papá aún no sabía cuándo serían recibidas por su emisario. Todo estaba en el aire. Así que quería que fueran al Courtyard by Marriott en Fortune Circle y consiguieran una habitación si es que había alguna disponible para un

registro anticipado, y allí esperaran a que James Bond o su equivalente se pusiera en contacto con ellas. Si no había ninguna habitación disponible para registrarse antes de tiempo, debían esperar en el vestíbulo o en el restaurante hasta que su contacto diera señales de vida.

Ese Courtyard by Marriott quedaba cerca del aeropuerto, un bonito hotel de cuatro pisos a pequeña escala, y contaba con una habitación disponible con registro anticipado, y en recepción les permitieron pagar en efectivo en lugar de con tarjeta de crédito. Papá dijo que mamá tenía que abandonar el Dodge de la tía Tandy, lo cual fue un alivio para Jolie, ya que se sentía impregnada hasta los huesos por el penetrante olor a colonia barata del tío Calvin y por el olor a moho de la alfombrilla del coche. Un botones llevó las maletas a la habitación, y era lo suficientemente encantador como para hacer que su imaginación inventara un futuro que no implicara viajar para siempre de un lado para otro y de sobresalto en sobresalto conforme a las instrucciones de papá. Pero, poco después de que él colgara, su presentimiento de estar a punto de caer en un terrible peligro se cumplió a lo grande.

Twyla dijo que necesitaba ir al baño, y se dirigía hacia allí con su bolso, así que Jolie le dijo:

—¿Por qué no dejas tu teléfono aquí?

—¿Mi teléfono?

—Sí, tu teléfono. No deberías llamar a Charles y decirle dónde estamos. No necesita saberlo, y, en cualquier caso, se supone que no debemos ir dejando migas de pan como Hansel y Gretel.

Twyla miró a Jolie como si esta se hubiera vuelto loca.

—¿Migas de pan?

—Ya sabes a qué me refiero. —Se volvió hacia su madre—. Mamá, Twyla tiene un manipulador en su vida llamado Charles, un hombre realmente peligroso, y es posible que la haya enganchado a las drogas.

La mirada de perplejidad y ansiedad que se apoderó de su madre fue tal que Jolie casi deseó no haber empezado todo eso, cargándola con otra preocupación, pero no había vuelta atrás.

—Jolie —dijo mamá—, ¿qué te pasa? ¿Manipulador? ¿Drogas? Si hay una chica en este mundo más sensata que tú, esa es tu hermana.

—Oh, mamá. Ojalá fuese cierto. De verdad lo desearía. —Jolie cogió la maleta de Twyla y la puso sobre la cama, Twyla le dijo que no la abriera, pero Jolie la abrió de todos modos con un gesto dramático—. Jeringuillas hipodérmicas, mamá.

Pero no había jeringas ni caja metálica aislante donde esas cosas habían estado antes.

Jolie abrió el separador y dejó al descubierto la otra mitad de la maleta, que parecía no contener ninguna evidencia incriminatoria.

Twyla miró a Jolie entre herida y desconcertada, lo cual resultaba muy engañoso, bastante engañoso.

Rebuscó con determinación entre la ropa de su hermana, en busca de las jeringas y la caja

metálica aislante de drogas enfriadas en hielo seco, segura de que las había puesto en otro sitio, Jolie dijo:

—Anoche, Twy estaba sentada en el sillón, en la oscuridad, mirándome mientras dormía. Sé que eras tú, Twy. Y ahora sé que fue porque te diste cuenta de que encontré las drogas.

Como desconcertada, interpretando tan bien como si fuera una actriz en lugar de una artista visual, Twyla dijo:

—Mamá, ¿qué le pasa?, ¿por qué está haciendo esto?

Jolie volvió a rebuscar en el primer lado de la maleta.

—Lo hago porque es verdad. ¿Dónde las escondiste? Abre tu bolso. Es muy grande. Enséñanos qué hay en el bolso.

—Jolie, estás bastante alterada. Siéntate, cariño, y cálmate —le dijo su madre.

—No estoy alterada, mamá. Yo no me altero. Nunca me he alterado en toda mi vida.

Twyla se acercó a la cama y le dio la vuelta al bolso. Había abierto la cremallera de los distintos compartimentos. El contenido cayó sobre la colcha.

—Mira, Jo. ¿Lo ves? Ni jeringas ni drogas. A menos que consideres el Visine una droga. —Le dio el bolso—. Aquí tienes, vamos, cógelo y asegúrate de que no quede nada dentro.

—Sabes que las encontré —dijo Jolie—. Así que te deshiciste de ellas en Lake Forest. Twy, te quiero. Solo trato de ayudarte.

—Lo sé, querida. Sé que estás tratando de ayudarme, pero no necesito ayuda, y no entiendo a qué viene todo esto.

—Anoche estuviste sentada mirándome mientras dormía. ¿Por qué estabas viéndome dormir? Porque sabías que había encontrado las drogas y las agujas.

—No me senté a mirarte mientras dormías, Jo. Dormí como un leño.

Jolie quería devolver. No podía creer que Twyla pudiera mentir con tanta audacia, y, al parecer, tan eficazmente.

—Como un leño, ¿eh? Sí, como la piedra de la elocuencia. Todas estas mentiras me dan ganas de vomitar. Me pones enferma, Twy, lo que estás haciendo aquí, me pone enferma.

La madre cogió una Coca-Cola del minibar y la echó en un vaso.

—Ven, Jolie, siéntate y cálmate. —Llevó a Jolie a un sillón—. Bébetelo, cariño, bébetelo y relájate.

Jolie cogió el vaso, frunció el ceño y dijo:

—¿Quién bebe Coca-Cola para tranquilizarse?

—Acabas de decir que querías vomitar —le recordó su madre—. Todo el mundo sabe que la Coca-Cola es buena para el estómago revuelto.

—Respira hondo —dijo Twyla—, bébetelo la Coca-Cola y luego hablaremos de todo esto, Jo. Responderé a todas tus preguntas. Esto es solo un ridículo malentendido.

De repente, Jolie escuchó su respiración ansiosa. Respiraba de forma rápida y superficial, hiperventilando como una niña asustada, y no se había dado cuenta de la imagen de angustia que proyectaba. En realidad, no tenía miedo, solo estaba preocupada por Twyla y frustrada porque Twyla se hubiera percatado de sus sospechas, adelantándosele para esconder o destruir las pruebas. Pero los adictos eran mentirosos compulsivos tanto con otras personas como con ellos mismos. Todo el mundo lo sabía.

Tratando de mantener la calma y parecer razonable, Jolie aún mantenía un tono de voz demasiado alto cuando dijo:

—Dile a Twyla que te enseñe los brazos, mamá. Verás las señales de los pinchazos en un brazo o en los dos. Dile que te los enseñe. Díselo.

—Jolie, ahora me estás asustando —dijo la madre—. Esto no es propio de ti, decir unas locuras tan horribles de tu hermana.

—Está bien, mamá. Mira. Mira aquí. —Se levantó la manga derecha de la camisa, más arriba del codo. La piel era suave. No había marcas de pinchazos—. Mira aquí. —Se levantó la manga del brazo izquierdo. Una piel perfecta—. Todo esto es solo un tonto malentendido. Cálmate, Jo, bébete la Coca-Cola, y hablaremos, aclararemos esto.

La madre se sentó en el brazo del sillón, acariciando el pelo de Jolie con una mano.

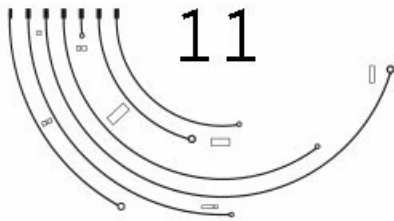
—Por favor, cariño, seamos adultos. Bébete la Coca-Cola y cálmate, y lo resolveremos todo.

Las dos mujeres habían sido muy persistentes para que Jolie se bebiera la Coca-Cola. Tal vez dos veces demasiado insistentes. Se calmó de inmediato, totalmente recompuesta, con el mismo autocontrol que mostraría un hombre condenado con una soga al cuello y una trampa bajo los pies, y escasos segundos para pensar en una posible escapatoria a la soga del verdugo. Sentada en el brazo de la silla, ahora su madre puso una mano sobre el hombro de Jolie. Twyla se puso de pie frente a ella. Inclineda sobre la silla. Twyla miraba fijamente el vaso de Coca-Cola con burbujas. La madre también miraba el vaso de Coca-Cola. Como si el vaso fuese el Santo Grial y la Coca-Cola, el vino que se convertiría en sangre.

—Oh, mierda —exclamó Jolie.

La madre levantó la vista del refresco. Twyla levantó la vista del refresco.

Jolie se levantó de la silla y arrojó la Coca-Cola a la cara de su hermana...



Tal y como acordaron, Jane siguió a Bernie Riggowitz hasta las afueras de Tucson, a menos de una hora del poco convencional concesionario de coches de Enrique de Soto, donde aparcaron el uno junto al otro en el aparcamiento de un supermercado. Trasladaron las maletas y el bolso de Jane del Mercedes al Ford Explorer.

—Será mejor que te quites ese sombrero —dijo ella— o algún poli podría detenerte por ser un jefe de la mafia judía.

—¿Quién hubiera dicho que podría parecer un asesino frío como el hielo? Se acabó mi jubilación, tengo carrera de actor protagonista.

—Eres todo un personaje, desde luego.

Se abrazaron, y ella lo besó en la mejilla, y él le dijo que esperara, que había algo que quería darle. Le dio su número de teléfono, su dirección en Brooklyn, la dirección de su hija en Scottsdale, el número de teléfono de su hija, el nombre y el número de teléfono de su sobrino, periodoncista, por si alguna vez necesitaba un implante dental; una tarjeta de una panadería de Scottsdale, donde hacían un *challah* que estaba de muerte, y una de las fotografías de Miriam que llevaba en su cartera mientras viajaba por todo el país con su espíritu.

Después de otro abrazo, ella entró en el Ford Explorer y cerró la puerta, mientras Bernie se apoyaba en la ventana abierta.

—Haz como si realmente fueras mi nieta, Alice, y dime la verdad, ¿vas a estar bien?

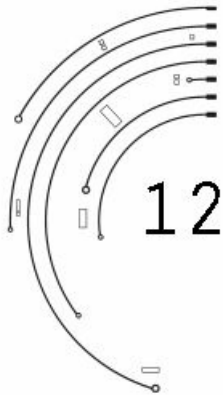
—Tengo una oportunidad, Bernie. ¿No es lo que tenemos todos, una oportunidad?

—Sea lo que sea en lo que andes metida, espero que te vaya todo bien. Para mí, mereces más que una oportunidad, te mereces lo mejor.

Ella titubeó y dijo:

—¿De veras no sabes quién soy?

—¿Tal vez debería ver el noticiario?, ¿leer el periódico? ¡Bah! Todo son mentiras o noticias deprimentes. No necesito conocer quién eres para saber quién eres.



... Arrojó la Coca-Cola a la cara de Twyla, se lanzó hacia ella y la tiró de espaldas sobre la cama de la habitación.

La madre se levantó del brazo de la silla.

—¡Jolie, para esto! —Y la agarró.

Jolie se soltó y fue hacia la puerta.

Un pestillo. Una cadena de seguridad.

La madre le agarró a Jolie la mano para intentar evitar que abriera la cadena.

—Solo queremos lo mejor para ti, cariño. Es por tu bien, de verdad.

Jolie nunca le había levantado la mano a su madre. Hasta ahora, nunca se imaginó una situación en la que cualquiera de las dos pudiera atacar a la otra. Se sintió indefensa por amor, incapaz de asestar un golpe.

Su madre empujó a Jolie contra la puerta y la retuvo con fuerza. No había ira en la cara de su madre. Solo lo que parecía preocupación.

—Cielo, está bien. No lo entiendes, pero todo va a ir bien. ¿Alguna vez haría algo que te lastimase, amor? Nunca, por supuesto. Te traje al mundo, y solo quiero cosas buenas para ti. Solo lo mejor.

Tenían las caras a escasos centímetros de distancia, con la respiración entremezclada. Jolie buscó en los ojos de su madre. No podía ver nada diferente en esos ojos. Ninguna amenaza en ellos.

—Solo quiero ir a dar un paseo —dijo Jolie, sorprendida al oír un temblor en su voz. Ella era su madre, pero Jolie sentía que era peligroso demostrar debilidad—. Solo necesito un poco de aire fresco, despejar la mente.

—Tenemos que quedarnos aquí, cariño, por si los amigos de papá se ponen en contacto con nosotros. De todos modos, no puedo dejar que vayas a dar un paseo sola, una joven guapa en una ciudad extraña.

Twyla se había limpiado la Coca-Cola de la cara. Había puesto la maleta de su madre sobre la cama.

—Escucha a mamá, Jo. No sé por qué la has tomado conmigo, pero tú sabes que mamá está de tu parte.

—Jolie, querida, estás temblando como una hoja —dijo la madre—. ¿Qué demonios está pasando por esa loca imaginación tuya? Volvamos a la silla, siéntate y te traeré otra Coca-Cola.

Twyla abrió la maleta y dijo:

—Deberías haberte bebido la Coca-Cola anoche en McDonald's, la que te pedí con el postre.

Aún con Jolie en la puerta, la madre sonrió.

—Era demasiado azúcar, Coca-Cola con un postre. Eso fue lo que dijiste. Y tenías razón, por supuesto.

Así que debía de haber un sedante en la Coca-Cola.

—Cuando mamá y tú volvisteis del baño —dijo Twyla—, ella se bebió su café, todo, y si tú te hubieras bebido tu Coca-Cola, ahora no estarías tan nerviosa.

Su madre sonrió. Su aliento era cálido y de olor agradable. Le recordó a Jolie el aroma del pan recién horneado. La voz de su madre era suave y tranquilizadora.

—Twyla tiene razón, querida. Ahora no estarías tan nerviosa. Ya ves, yo no lo estoy. Todo esto es innecesario, cariño. Volvamos a la silla, sentémonos y seamos respetuosas unas con otras.

De la maleta de la madre, Twyla sacó las jeringas hipodérmicas y la caja de metal aislante. Las puso sobre la colcha.

—¿Qué me va a pasar? —preguntó Jolie.

—¿Qué te va a pasar? —dijo la madre y sonrió ligeramente, con evidente cariño, como si el hecho de que su hija menor no comprendiese nada le resultara adorable—. Nada malo te va a pasar, cielo. Me encanta tu sentido del drama. Puede que algún día seas una muy buena escritora. Una gran escritora.

—¿Para qué son esas jeringas?

—Todos los años te vacunas de la gripe, ¿no?

—Esta no es para la gripe. No es la época. De todos modos, los médicos dan vacunas contra la gripe.

La voz de su madre era tranquilizadora y muy sensata.

—Oh, no solo los médicos, Jolie. También las enfermeras. A veces las dan los farmacéuticos. Algunas personas con un poco de formación las administran en tiendas y lugares parecidos. Hasta tú te vacunaste una vez contra la gripe en una tienda, y dijiste que fue la menos dolorosa de toda tu

vida. ¿Te acuerdas? Claro que sí. Y tienes razón, querida. Esto es mucho más importante que una tonta vacuna contra la gripe.

Cuanto más hablaba la madre, menos se parecía a su madre. Tenía una palabra para la forma en la que sonaba ahora: *empalagosa*. Irritante. Estaba poniendo excesivo empeño en consolar a Jolie, apoyándose demasiado en la confianza.

—Estoy mareada —dijo Jolie. Llevaba todo el rato de pie, rígida, con los hombros tensos mientras su madre los presionaba contra la puerta. Se tambaleó, repentinamente débil—. Necesito sentarme.

—Todas necesitamos sentarnos, cariño. Sentémonos juntas y solucionémoslo.

Twyla estaba cogiendo otra Coca-Cola del minibar.

—Está bien —dijo Jolie, temblando—. Vamos a sentarnos y decidme de qué trata todo esto.

La madre soltó a Jolie, pero aún la retenía contra la puerta con su cuerpo. Sonrió.

—Eso sí es más como mi Jolie.

Mientras miraba a su hija a los ojos, puso una mano en la mejilla de Jolie y la acarició con aparente afecto, verdadero o no.

Jolie odiaba lo que iba a hacer, pero lo hizo de todos modos: le mordió la mano. La mordió con tanta fuerza que le supo a sangre, y su madre gritó en estado de shock y de dolor. La madre dio un paso atrás, Jolie le asestó un puñetazo en el estómago y su madre cayó de rodillas junto a la cama.

El bolso de la madre estaba en la mesita de noche de al lado. Jolie lo agarró, se volvió hacia la puerta, quitó la cadena de seguridad, abrió la puerta, la cerró de golpe cuando salió y se fue corriendo.

Su habitación estaba en el tercer piso. Escaleras a ambos lados del pasillo. No había tiempo para coger el ascensor. Mientras Jolie abría la puerta de las escaleras, oyó pasos corriendo detrás de ella. Miró hacia atrás. Twyla.

Corrió por las escaleras, que parecían extenderse ante ella, sumando niveles a cada escalón que bajaba, de forma que parecía que nunca fuera a llegar al final. Jolie se hallaba desbordada. Nunca antes se había encontrado en un estado semejante. Destrozada por tantas emociones. Aterrorizada, pero llorando de dolor por haber perdido de algún modo a su madre y a su hermana —¿cómo?, ¿por qué?, ¿para qué?—, muriéndose de vergüenza por lastimar a su madre, pero aliviada por haber conseguido escapar. El mundo se había estado tambaleando de un modo u otro desde que Cora Gundersun mató a esas personas en el hotel y luego se suicidó, pero durante los últimos tres días se había ido tambaleando cada vez más rápido, y ahora había sufrido bruscamente una inversión radical de sus polos, y el norte se había convertido en el sur, un nuevo ángulo de rotación apocalíptico. Jolie podía sentir bajo sus pies el deslizamiento de la placa tectónica de forma catastrófica hasta adoptar una nueva posición, continentes enteros levantándose y colisionando y cayendo el uno sobre el otro, todas las obras de la humanidad desplomándose, con

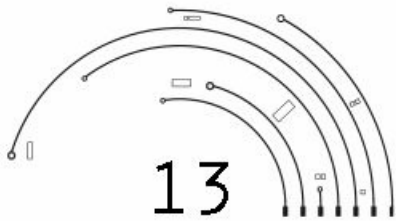
tsunamis de cientos de metros de altura emergiendo con rapidez desde las profundidades oceánicas, no literalmente, sino metafóricamente hablando.

Los pies le ardían, el corazón le palpitaba con fuerza, corrió hasta la planta baja, abrió la salida de incendios y salió corriendo por el pasillo. Mientras corría por el pasillo abrió el bolso de su madre y sacó el teléfono móvil desechable.

Muy cerca de ella, escuchó a su hermana llamarla por su nombre, y cuando las dos hermanas llegaron corriendo al vestíbulo, Twyla gritó:

—¡Ayúdenme, que alguien me ayude a detener a mi hermana! ¡Está alucinando, ha tomado drogas!

Jolie se detuvo, se dio la vuelta y le tiró el bolso de su madre a Twyla, que le golpeó de lleno en la cara. Twyla tropezó y tal vez se cayera, pero Jolie no se esperó a verlo. Corrió hacia la entrada principal, y cuando la gente se avanzó sobre ella como para interceptarla, les gritó que se fueran a la mierda, gritó tan fuerte que se le escapó la saliva. Ella nunca había usado esa palabra antes, pero ahora la usó, la gruñó, como si de verdad pudiera ser una persona enloquecida por las drogas, porque nada importaba ya, salvo escapar. Al darse cuenta de que tenía sangre en la barbilla, la sangre de su madre, gritó: «¡Os morderé!», cuando la palabrota no funcionó. Salió, por la entrada principal, al frío día, corrió lo más rápido que pudo, el corazón desbocado le golpeaba tan fuerte que con cada latido sentía una sacudida, como si un terremoto le agitara la carne y los huesos por las líneas de falla de su cuerpo, mientras el aliento le quemaba la garganta. Cuando por fin se atrevió a mirar atrás, nadie la perseguía, pero, aun así, continuó corriendo.



Jane no podía hacer nada más por el momento. Iría a por D. J. Michael, donde estaba de verdad, que sin duda sería en el noveno piso de su edificio en San Francisco, pero no ese día ni al siguiente. Demasiada falta de sueño, demasiado estrés y demasiadas emociones la habían dejado exhausta: los músculos agarrotados, la vista ojerosa, el pensamiento confuso.

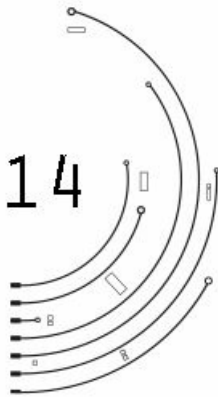
Consiguió una habitación de motel en Tucson y se dio la ducha más larga de su vida, mientras dejaba que el agua caliente la golpeará para aliviar algunos de sus dolores.

Después de ponerse ropa limpia, cogió de su cartera el carné de conducir de Melinda June Garlock y lo cambió por otro a nombre de Elizabeth Bennet.

Guardó la peluca de color castaño y las gafas de sol falsas. Se puso la versión punki irregular de un número de *Vogue* en color negro azabache. El anillo falso en la nariz: serpiente de plata con un ojo de rubí. Sombra de ojos azul y lápiz de labios a juego. «Hola, Liz Bennet».

Dejó la llave de la habitación sobre la cama y se marchó del motel sin dormir allí.

Una hora después, en Casa Grande, en un Best Western Suites, Liz Bennet le dio su carné de conducir al empleado de recepción y pagó en efectivo por una pequeña suite con una cama extra grande.



El Courtyard by Marriott estaba cerca del aeropuerto internacional de Indianápolis, si bien en la zona había varios hoteles más. Jolie no quería entrar en ninguno de ellos, porque tal vez su madre y su hermana —y quién sabe a cuántos otros como ellas habían sido capaces de someter— pudieran estar buscándola en cualquier momento en esos establecimientos. De todas formas, no había ningún otro sitio en el que pudiera entrar como si perteneciera a ese lugar, así que eligió el hotel más grande, con seis plantas y a unos dos kilómetros del Marriott.

Se sentó en una cómoda silla en el vestíbulo, no en línea recta desde la entrada principal, sino con una buena vista, preparada para huir si veía aparecer un rostro querido con su aspecto nuevo y aterrador. Tenía en su poder el teléfono móvil desechable. Con un rotulador de tinta indeleble, mamá había escrito el número del otro móvil desechable de papá en este, por si lo olvidaba.

Mientras Jolie trataba de pensar qué decirle a su padre e intentaba encontrar las palabras que pudieran convencerlo de que aquella loca acusación era verdad, sostenía el teléfono fuertemente con ambas manos. Aquello no era solo un teléfono desechable. También era su único y preciado vínculo con un pasado cuerdo, con lo que quedaba de su familia, con cualquier esperanza que pudiera tener. En esa ciudad que no había pisado nunca antes, estaba sola, sin un centavo, sin identificación. Se había dejado el bolso en la habitación del Marriott. Si bien habían dejado aparcado el Dodge de tía Tandy en el Marriott, no tenía la llave. De todos modos, tampoco se atrevía a volver allí por si su madre o el hotel había llamado a la policía. Había atravesado el vestíbulo corriendo como una loca, amenazando con morder a la gente, por lo que la policía probablemente quisiera llevarla a un hospital y dejarla en observación. En el hospital lo más probable fuera que la sedaran. Si la sedaban, estaría indefensa. Y cuando se despertara, mamá y Twyla estarían allí, y ella no sabría si le habían inyectado o no aquella solución mientras dormía. No. Error. Ella lo sabría de alguna forma, pero sería demasiado tarde. No podría salvarse a sí

misma. Luego, llamaría a alguien, al igual que Twyla llamó a alguien, y haría cada cosa odiosa que él le dijera que hiciera. El dispositivo que sostenía en las manos no era un simple teléfono, no, sino que era también un talismán con el poder mágico de liberarla de esa oscuridad que la envolvía y devolverla a la luz una vez más... «¡Si fuera capaz de reaccionar y pensar qué decirle a papá!».

Atrapado entre sus manos, el teléfono sonó. Resopló, se revolvió en la silla y casi da un grito de asombro. Rebuscó el teléfono y descolgó al tercer tono de llamada.

—¿Papá?

Mientras hablaba, se dio cuenta de que su madre podría recordar ese número, y que entonces podría ser su madre o Twyla quien llamara. Tal vez, de algún modo, en cuanto descolgó, habrían descubierto dónde se encontraba. Un talismán mágico podía funcionar en ambas direcciones.

Pero era papá.

—¿Jolie? ¿Eres tú, cariño?

Al teléfono desechable se le podía acabar el tiempo, la línea podía fallar, probablemente, algo malo pudiera suceder antes de que consiguiera reunir las palabras adecuadas y lograra pronunciarlas. Pero no sucedió nada, y después de dudar unos segundos, Jolie dijo:

—Papá, ¿por qué Cora Gundersun hizo algo tan horrible? ¿Alguien le inyectó alguna droga o algo? ¿Alguien le dijo que lo hiciera?

Papá también dudó, y Jolie pensó que al final la línea se había cortado, pero entonces él repuso:

—¿Qué pasa, cariño? ¿De dónde sacaste esa idea?

La gente iba y venía por el vestíbulo —botones con carritos de equipajes, clientes...—, pero nadie prestaba especial atención a Jolie Tillman. Nadie se sentó en las otras sillas de al lado.

Las palabras comenzaron a salir de su boca como un torrente descontrolado.

—Alguien inyectó a Twyla, no sé quién ni por qué, pero ella tenía esas jeringas y las ampollas, sí, Twyla lo hizo, las tenía en su maleta, inyectó a mamá mientras yo estaba dormida, la sedó y le puso la inyección, y ahora las dos trataron de ponerme una a mí, así que tuve que darle un mordisco a mamá y golpearla con fuerza. —Jolie comenzó a llorar—. Papá, fue horrible, tuve que morderle, era mamá, pero, en realidad, no era ella, y le mordí, fue lo peor que hice jamás.

Se acabó, había perdido la oportunidad de convencerlo, lloraba y gritaba como una niña. Papá dijo:

—Oh, Dios —dijo su padre, y ella supo que él pensaba que se había vuelto loca. Lo repitió, de la manera más horrible—: Oh, Dios.

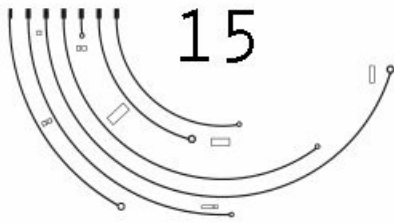
—Es verdad, papá, sé que parece una locura, pero es totalmente cierto, por favor, créeme.

A su padre se le quebró la voz. La emoción lo embargaba.

—Jolie, oh, Dios, te creo.

Y aunque continuó hablando, empezó a llorar, él, que nunca lloraba con facilidad, y fue entonces

cuando Jolie supo, más allá de todas las dudas que aún albergaba, que su vida había cambiado radicalmente, y para siempre.



Papá le dijo que ya tenía a alguien allí, en Indianápolis, para reunirse con ellas, que acababa de salir hacia el Marriott, y que lo llamaría enseguida para que fuera a buscar en su lugar a Jolie. Entonces, él se dio cuenta de que cuando mamá se despertó esa mañana y había cambiado, ella pudo haber dado su número de teléfono a los arcadios, quienesquiera que estos fueran. Luther no sabía si serían capaces de encontrarlo por el teléfono desechable una vez que tuvieran el número, pero como no podía arriesgarse, lo destruiría en cuanto colgase y usaría otro nuevo para llamar a la persona que se había puesto en camino. Tampoco sabía si, con el número del teléfono desechable, podrían estar escuchándolo en ese mismo momento, no lo creía probable, pero no quiso decir el nombre de la persona que iba a recoger a Jolie ni darle su descripción. Solo le dijo que la persona adecuada, la persona que él había enviado, reconocería a su hija porque Jolie tenía diecisiete años, era guapa, medía alrededor de un metro sesenta y cinco centímetros y era negra. Y Jolie sabría que podría confiar en esa persona porque le diría algo que solo su padre y ella sabían.

Su rápida conversación terminó y papá desapareció antes de que Jolie se diera cuenta en verdad de que el teléfono que sostenía en la mano ya no podía alcanzarlo, pues su padre lo había desconectado y pronto lo destruiría.

Jolie estaba mucho más sola entonces de lo que se había sentido apenas dos minutos antes. Ahora no tenía nadie a quien llamar. Ni a su abuela ni a la tía Tandy en Madison, porque tal vez se hubieran vuelto como mamá y Twyla. Jolie no podía estar segura de que pudiera confiar en ellas.

Los siguientes cinco minutos fueron como cinco eternidades, y se ponía nerviosa cada vez que veía aparecer a alguien por la puerta principal del hotel. Le gustaba leer todo tipo de libros y, de hecho, había leído unas cuantas novelas de espionaje, pero no era buena con las intrigas ni los misterios, demasiado nerviosa para eso.

La persona adecuada que su padre le había enviado, el contacto, resultó ser la última persona que Jolie hubiera esperado. Una rubia con una blusa blanca, chaqueta vaquera negra y vaqueros negros. Resultaba difícil adivinar su edad —tal vez cuarenta, o incluso cincuenta—. Sus botas negras de cuero minuciosamente tallado tenían incrustaciones de color azul brillante, y llevaba

aretas colgantes de diamantes incluso a mediodía. Caminó directamente hacia Jolie, que se puso de pie cuando ella se acercó, y le habló en lo que podría haber sido un acento de Texas.

—Querida, cuando eras pequeña, tu padre inventaba historias divertidas solo para ti y para nadie más, historias sobre un sheriff ratón llamado Bigotes.

A Jolie le gustaba la mujer que tenía delante y hubiera confiado en ella un poco, aunque no hubiera sabido nada de Bigotes, el sheriff ratón.

—¿Cómo estás, niña?

—Hecha un desastre. Asustada, triste, con el corazón roto, pero aguantando.

—Tú y yo lo aguantaremos juntas —dijo la mujer—. Me llamo Nadine Sacket. Tu padre está en nuestra casa de Texas. Te llevaremos con él. Pero los planes han cambiado repentinamente, así que tendremos que dar un rodeo para llegar hasta allí. Cuando estemos en el taxi, no usaremos nombres, y no hablaremos de nada que nos esté pasando de verdad. ¿Me entiendes, querida?

—Sí. Lo entiendo.

Nadine había llegado en un taxi, pero no quería irse del hotel en uno. Se marcharon por una entrada lateral. No usaron la acera de la calle, así que cruzaron por las instalaciones del hotel hasta el aparcamiento de un hotel cercano. Una vez en el nuevo lugar, Nadine detuvo un taxi, que las llevó desde el centro de la ciudad al centro de convenciones.

Desde allí caminaron hasta el Westin Indianapolis, el hotel más grande y elegante que Jolie hubiera visto nunca. Aunque Nadine no era cliente del hotel, de alguna forma convenció al conserje para que la ayudara a conseguir un coche de alquiler, y no había pasado ni media hora cuando las dos mujeres ya estaban en la carretera en un Cadillac Escalade.

—Teníamos que recogeros a las tres (a tu madre, a tu hermana y a ti) llevaros directamente al aeropuerto y luego marcharnos, pero cuando surgió toda esta monstruosidad, eso ya no podía funcionar. Tal vez los tipos malos no estén aún por todas las terminales, pero luego revisarán los vídeos de las cámaras de seguridad de allí, tratando de encontrar dónde fuiste y con quién. Así que tú y yo conduciremos hasta Saint Louis, unas cuatro horas y media sin viento de cola. Para entonces, Leland y Kelsey estarán esperándonos allí con el avión, y nos deslizaremos por el cielo hacia casa.

Teniendo en cuenta todo lo que había sucedido ese día, la velocidad y la confianza con la que Nadine tomó el control de la situación actual tranquilizaron a Jolie y la dejaron un poquito desconcertada.

—¿Quiénes son Leland y Kelsey?

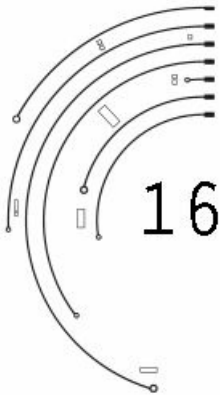
—Leland es el bribón que hizo que me casara con él cuando yo tenía solo diecinueve años. Kelsey Bodine fue enviado al rancho con nosotros cuando tenía catorce años, tan gruñón como un enterrador estreñido cuando lo conocimos. En aquellos días, ese chico no distinguía una mula de un caballo o de un poni. Pensaba de sí mismo que era retrasado, lo cual era la peor de las mentiras

que el mundo le hubiera dicho. Ahora tiene veintitrés años, trabaja con nosotros y hace de copiloto de Leland cada vez que este vuela. Seguro que te gustará el viejo Kelsey. Y sé que tú le gustarás a él, teniendo en cuenta que no debe haber un chico con ojos y corazón al que no le gustaras.

—¿Tenéis vuestro propio avión privado?

—Bueno, querida, no te esperes un enorme siete cuatro y siete convertido en una especie de palacio en el cielo. Es solo un Learjet un poco viejo, que puede llevar a unos doce pasajeros, pero es una forma muy cómoda de moverse.

Para Jolie, ese viaje a Saint Louis fue como un paseo desde un cementerio después de un funeral, marcado por la tristeza y la angustia y la preocupación por el futuro, pero también fue solo un poquito tan emocionante como el primer viaje de Harry Potter desde la plataforma nueve y tres cuartos en la estación de King's Cross hasta la escuela de Hogwarts. Nadine era muy habladora: hablaba sobre sí misma y Leland, sobre Sacket Home and School, así como sobre una deslumbrante variedad de otras cosas, y logró que Jolie hablara de sí misma más de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Sin embargo, cuando llegaron a la terminal de aviones privados en el aeropuerto internacional de Saint Louis y subieron al Lear y se encontraban ya en el aire, Jolie no pudo recordar más ni una mínima fracción de lo que cualquiera de las dos había dicho. Cuando su vida quedó en manos del señor Sacket y Kelsey Bodine, un cansancio aplastante venció a Jolie. Al no haber dormido bien durante las dos últimas noches, pensó que nunca volvería a hacerlo, considerando lo que a uno podía pasarle en sueños. Sin embargo, por fin se quedó profundamente dormida mientras se deslizaban por el cielo hacia Texas.



En Casa Grande, una ciudad de cincuenta mil almas, Jane encontró un restaurante con una buena carta de vinos. Se bebió dos vasos de *cabernet sauvignon* y comió *filet mignon*. Confiaba en su imagen de Elizabeth Bennet y se sentía a salvo.

El motel de carretera de tres estrellas tenía televisión por cable, que no le interesaba, y Sirius Radio. Sintonizó un canal de música clásica. El pianista Glenn Gould. *Variaciones Goldberg* de Bach.

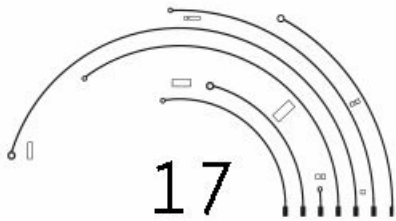
Mezcló vodka con Coca-Cola y se sentó en un sillón con tres objetos en la mano. El camafeo que Travis le había dado para la buena suerte. La alianza de boda que ya no podía usar en público. La fotografía de tamaño carné de Miriam Riggowitz, a quien Bernie había perdido un año antes.

La brillante música de Gould hablaba de alegría y de sufrimiento, se acercaba al corazón a través de la mente, trenzando el intelecto y las emociones de quien escuchaba, hasta que esos aspectos de la experiencia humana, a menudo en desacuerdo, se unían y sanaban.

A medida que la música transportaba a Jane, se sintió cautivada por la foto de Miriam, leyendo los rasgos de ese rostro claro y suave como si fuera una novela, imaginando historias que nunca podría saber ya si eran ciertas. Su fascinación la desconcertó hasta que comprendió que era por todas las Miriams del mundo que vivía en ese momento, por quienes podría morir; personas que vivían una vida plena sin ningún interés por la fama o la ideología y que enfurecían a las autodenominadas élites. A lo largo de los siglos, las Miriams y los Bernies y millones de personas como ellos habían sido los manantiales de las sociedades libres y civiles, razón por la cual gente como D. J. Michael los despreciaba y ansiaba oprimirlos; la libertad y el civismo eran barreras frente al poder absoluto y a la adoración que los poderosos pudieran imponer a los demás.

No quería otro vodka. Se desnudó, se metió en la cama y apagó la luz. Metió su pistola debajo de la almohada en la que su marido ya nunca recostaría la cabeza, mientras yacía en la oscuridad

cautivada por la música. Tal vez fuera una mujer que había nacido en una época equivocada, a quien le habían asignado un período del pasado por error; una mujer al margen de su tiempo en más de un sentido. En sus sueños, no había tiempo que la acosara, ninguna hora de la verdad a la que temer y, por una vez, ningún niño en peligro.



El sábado, Jane fue a la biblioteca de Casa Grande y usó un ordenador para buscar noticias recientes sobre D. J. Michael. Evidentemente, en aras de su seguridad personal, justo el día anterior se había anunciado que asistiría a una gala benéfica el sábado siguiente, en San Francisco, para recibir un premio humanitario.

Sospechaba que su aparición en la gala era un cebo para atraerla hasta ese lugar, para provocar un posible asalto contra él. Ella se aseguraría de no dejarse ver por el lugar.

Pasó solo unos minutos en la biblioteca y de allí condujo tres horas a Yuma, en Arizona, donde pasó la noche.

A las once de la mañana del domingo llegó a San Diego y usó un teléfono móvil desechable para llamar al número que Otis Faucheur le había dado.

Cuando un hombre contestó, Jane no se identificó.

—Creo que lleva esperando a que llame desde el miércoles.

—¿Cuándo le gustaría que nos viéramos?

—Tan pronto como pueda.

—A las dos.

Él le dio una dirección en La Jolla.

Uno de los barrios más coloridos de San Diego, La Jolla era una elegante comunidad de calles arboladas y tiendas interesantes. En la parte superior, las residencias podían costar ocho cifras.

La casa de Wilson Faucheur tenía un precio medio de siete cifras, tal vez unos quinientos metros cuadrados de suave arquitectura contemporánea. Estaba situada en una colina escalonada, y no formaba parte de la supercostosa primera línea de playa, sino que se encontraba a unas tres calles del mar.

Cuando pasó junto a la casa, no vio nada sospechoso. Aparcó el Explorer Sport en una calle paralela y regresó a la vivienda.

Aunque Otis Faucheur le hubiera dejado claro que la mataría si alguna vez regresaba a su propiedad en ese hueco de Arkansas, a ella no le preocupaba correr peligro alguno en la casa de su hijo. Según el modo de pensar de Otis, él y ella eran exploradores de las debilidades del sistema, aliados hasta cierto punto, si bien debía recordar que él formaba parte de la clase

dominante tras haber sobornado a políticos, mientras que ella era una verdadera intrusa. En una crisis, él la consideraría prescindible.

Tocó el timbre, y el hombre que respondió era bastante diferente de su padre. Alto, delgado, con el pelo grueso y oscuro. Sus rasgos resultaban demasiado afilados para ser guapo, pero era atractivo, de unos cuarenta años.

Cerró la puerta detrás de ella y dijo:

—Mi esposa no quiere formar parte de esto. Estará fuera hasta las cinco. Tienes que haberte ido para entonces.

—Entendido.

—Mi padre me dijo quién eres. Si no hubieras ayudado a mi hermano Dozier en aquel caso, no haría esto por nada del mundo.

—No te culpo.

—Aun así, ahora mismo eres muy peligrosa, me pregunto si mi anciano padre se estará ablandando, volviéndose un sentimental con la edad.

—Te aseguro que es tan sentimental como un martillo.

Los rasgos del hombre se agudizaron, como si fuera el rostro de un tótem tallado con un hacha.

—¿Se supone que esto es divertido?

—Lo que se supone que debe ser es una valoración precisa. Mira, cuanto menos discutamos, más rápido me iré.

—Algo es algo, en cualquier caso.

La condujo a través de una casa predominantemente blanca con detalles en gris suave, muebles modernos y elegantes, y arte abstracto sin alma como cadenas de código binario impresas en papel por ordenador.

Su espacioso despacho se encontraba en el más bajo de los tres pisos. Los ventanales iban del suelo al techo; las casas de las dos calles inferiores descendían hacia el océano, que parecía haberse combinado con el cielo para complementar la decoración de la vivienda: bajo un cielo gris medio, el agua de color gris oscuro a cuadros resaltaba con pequeñas olas blancas y espumosas.

Las paredes estaban cubiertas por representaciones enmarcadas de los proyectos de Wilson Faucheur. No construía una sola casa por vez, sino condominios de veinte pisos, torres de oficinas, hoteles y edificios gubernamentales. Prefería a los arquitectos que agregaban estilo por capas sobre lo que eran, en esencia, diseños que recordaban a los bloques de apartamentos de la era soviética.

Sobre dos mesas largas había un ordenador, una impresora, un escáner, libros y varias carpetas de anillas. Entre ellas, un espacio de trabajo de un metro y medio de ancho le permitía a Faucheur ir de una mesa a otra con su silla de oficina en un rápido movimiento.

Le ofreció una segunda silla a Jane y se sentaron frente a un ordenador.

—Así que quieres conocer las entrañas de un edificio.

—¿Puedes burlar el sistema?, ¿no dejar rastro?

Su mirada fría hizo que sus palabras sonaran superfluas.

—¿En qué me estoy metiendo?

—En nada serio, si eres bueno desviando la atención.

Después de un silencio durante el cual podría haber considerado rechazar la solicitud de su padre, dijo:

—Puedo rebotar a través de un par de direcciones en el extranjero. Si es necesario, se pueden plegar más tarde, como si nunca hubieran existido.

—No sería mala idea —dijo Jane.

Ella le proporcionó la ubicación del edificio de diez pisos que sería el final de su búsqueda y, posiblemente también, de su propia vida.

Cuando Faucheur consiguió habilitar un desvío, comenzó a navegar con Google Street View. La estructura que buscaban tenía un aspecto moderno: esquinas redondeadas suaves, calizas pálidas, puertas, marcos de ventanas y elementos de decoración de acero inoxidable. Sobre la entrada principal, estampadas en letras de acero pulido, las palabras FAR HORIZONS.

Los tres pisos superiores se elevaban unos cuatro metros y medio sobre los pisos inferiores para que los balcones pudieran rodear toda la edificación. El edificio estaba en la parte más alta de su calle, en un área donde la mayoría de las estructuras tenían seis pisos o menos, por lo que los tres pisos superiores tendrían unas vistas impresionantes.

—Está en un vecindario ecléctico, pero de todos modos se trata de un edificio de uso mixto inusual —dijo Faucheur—. Los tres pisos superiores son, sin duda, residenciales. Pero si lo que hay en la entrada es el nombre de una compañía, entonces los siete pisos inferiores corresponden a oficinas comerciales. Y cada uno de los balcones envolventes parece fluir sin interrupción, por lo que todos los apartamentos en cada nivel comparten una cubierta con vistas continuas, lo cual presenta un grave problema de diseño.

Jane dijo:

—Solo hay un apartamento en el noveno piso. No hay ninguno en el octavo ni en el décimo. Esos pisos son barreras de seguridad para el noveno.

Esa fría mirada de nuevo. Esta vez, no se molestó en decir nada.

Si Jane no se lo contaba antes, investigaría la historia del edificio después de que ella se fuera.

—¿El nombre de David James Michael significa algo para ti?

—Mierda.

—El noveno piso es donde vive cuando está en San Francisco.

—Y quieres encontrar una forma de burlar su seguridad.

—No voy a burlarla. La voy a atravesar.

—¿Para hacer qué?

—Grabar un vídeo con su confesión en donde se declare responsable de una serie de delitos capitales que derrumbarán su imperio y lo condenarán a la pena de muerte.

Faucheur se volvió hacia los enormes ventanales y se quedó mirando fijamente al mar, como si esperase que el capitán de la Nave de la Sabiduría le hiciera señas para aconsejarlo.

—Ya tengo la mayor parte de lo que necesito. Solo hay unas cuantas cosas que debo saber —añadió Jane.

—Michael es un gran ecologista. Supongo que lo sabes.

—He oído que le importa.

—Sí, le importa. Y, a su vez, el ecologismo se preocupa por D. J. Michael.

—Dona mucho dinero.

—Y recibe a cambio mucho más. El hijo de puta utiliza a sus amigos del ecomovimiento para sabotear los proyectos de sus competidores en la fase de los permisos. Pasan algunos años, otra compañía construye algo casi igual a lo que fue rechazado, y a través de una puerta trasera u otra obtiene una parte, si no toda.

—Eres uno de los que jodió, ¿no?

Faucheur apartó la vista del mar y la miró a los ojos.

—¿Qué necesitas saber?

—Cuatro ascensores —dijo ella, repitiendo lo que Randall Larkin le había dicho—. Tres no suben más arriba del séptimo piso. El cuarto está destinado en exclusiva a los pisos que van del octavo al décimo, ninguno por debajo.

—¿Necesitas una llave especial para desbloquearlos?

—Sí. Y una vez dentro del ascensor —dijo ella—, hay que someterse a un escáner de retina que debe coincidir con una lista de admisión. Si se intenta engañar, se para y te retiene en su interior hasta que llega la policía.

—Entonces, los ascensores no te sirven.

—Luego hay dos escaleras, una en cada extremo del edificio.

Él asintió.

—Según las normas contraincendios.

—Pero solo llegan hasta el séptimo piso.

—Eso nunca pasaría el permiso del departamento de construcción —dijo Faucheur—. Ni siquiera para D. J. Michael.

—Me han dicho que hay unas escaleras ocultas. ¿La normativa de edificación lo permitiría?

—Siempre y cuando fuesen una parte legítima de un sistema de seguridad arquitectónico. Está el sistema eléctrico y, algunas veces para unidades de muy alto nivel, puede tener además su

propio sistema arquitectónico.

—Quieres decir, como una especie de habitación del pánico.

—Sí, una habitación del pánico y, en ocasiones, una ruta de escape secreta desde el edificio, tal vez por el sótano. O incluso vertical, luego horizontal por el sótano del edificio de al lado y desde allí hacia fuera.

—¿Una habitación del pánico o una escalera oculta aparecerían en los planos presentados a la ciudad?

—No. —Volvió a dirigir su atención a Google Street View en el monitor, con una expresión menos seria. Parecía estar bajo el influjo de una especie de entusiasmo infantil—. Pero, por lo general, ambas requieren que la policía las inspeccione después de la construcción, para poder conocer la puerta trasera oculta durante una toma de rehenes. Sin embargo, la mayoría de las veces esto no se cumple.

—El tipo que me dijo todo lo demás..., él sabía que había una escalera oculta, pero no sabía dónde. ¿Puedes encontrarla?

Tocó con la yema de los dedos de la mano derecha sobre Street View la pantalla, como si pudiera resolver el rompecabezas con un toque psíquico.

—Todos los edificios tienen espacios vacíos, recovecos sin ningún uso en el plano general. Se taponan, uno ni siquiera sabe que existen. Por lo general, son pequeños y nunca contiguos a través de una estructura completa. Si sabes cómo leer los planos y puedes identificar un vacío que recorra el edificio de arriba abajo o de un extremo a otro, ese vacío será la escalera oculta o el pasaje oculto.

—¿Se puede acceder a los planos en el departamento de construcción de la ciudad? Supongo que ellos exigen que el constructor presente planos electrónicos.

Negó con la cabeza.

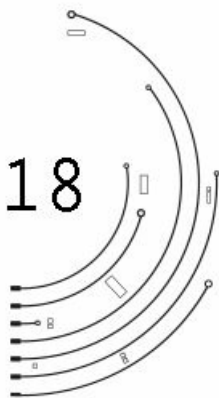
—En caso de que sea posible, no es así como vas a querer hacerlo. Las bases de datos de la ciudad, todo su sistema, es basura del gobierno. Nos atascará, nos volverá locos. Hay otra manera.

—Entonces, ¿podrás conseguirme lo que necesito?

Se recostó en su silla, dio en ella un giro completo y le sonrió.

—Si ayer alguien me hubiera dicho que tendría la ocasión de ayudar a hundir a D. J. Michael, le habría ofrecido mi huevo izquierdo por la oportunidad.

—Eso no será necesario —dijo Jane.



Wilson llamó a su esposa y le dijo que no volviera a casa hasta las seis en punto. Jane y él necesitarían más de las tres horas que había previsto.

Había una cafetera en el despacho de su casa, y Jane preparó una jarra de café fuerte. Ambos lo tomaron negro y sin azúcar.

Wilson sacó un plato con las galletas de chocolate y limón que había preparado su esposa. Jane no era una entusiasta de las galletas, pero ese parecía un momento propicio, si es que alguna vez hubo uno, y estaban deliciosas.

En lugar de piratear los archivos del departamento de construcción de San Francisco, Wilson accedió a un sitio web llamado *Emporis*, que se definía a sí mismo como proveedor de datos de construcción en edificios de «alto valor público y económico». Desde allí, fue redirigido a la empresa que había levantado el edificio en cuestión, así como a todos los subcontratistas principales que el contratista principal había contratado.

—D. J. contrató a los mejores —dijo Wilson—, y no es una compañía de la que posea una parte, que yo sepa.

El contratista mantuvo los archivos electrónicos, y Wilson confiaba en acceder a ellos en cuestión de minutos, porque había invertido horas en piratearlos en el pasado y había utilizado un troyano para instalar una puerta trasera y facilitar, así, su acceso en el futuro.

—He ofertado contra ellos —le dijo a Jane—. Los tipos abaratan costes de manera que acaban con sus competidores. Necesitaba saber cómo lo hacían. —Él pareció leer la expresión de Jane y sonrió con tristeza—. Sí, supongo que no me caí tan lejos del árbol de Otis como, a veces, me gusta pensar.

Detrás de la pared de cristal, el telar del cielo gradualmente tejía madejas más oscuras en el cielo nublado a medida que el planeta se alejaba del Sol, y el mar se oscurecía con el reflejo de

las nubes.

—El edificio tiene tres plantas de aparcamiento subterráneo. De los pisos sobre rasante, los siete primeros comprenden unos diez mil cuatrocientos metros cuadrados de espacio destinado a oficinas. Debido a los balcones envolventes, los tres pisos superiores suman poco más de dos mil quinientos metros cuadrados.

Tras mucho examinar y estudiar los planos, Wilson encontró una serie de huecos continuos de casi un metro cuadrado, con un centro muerto en la pared sur, que bajaba desde el tejado hasta el primero de los tres niveles de estacionamiento subterráneo.

—Podría ser una escalera de caracol —dijo él—, aunque es lo suficientemente grande como para hacer curvas y tener pequeños rellanos.

—¿Cómo se accede?

—Parece que termina detrás de un armario de suministros de algún tipo. Mi mayor hipótesis es que el armario estará revestido con estanterías de almacenamiento, y una palanca oculta moverá unos cuantos estantes.

—Una puerta secreta.

—Totalmente a lo Indiana Jones —dijo él.

—Habrá una alarma en la puerta. ¿Podría desactivarla de algún modo?

—Si la puerta está debidamente oculta, no querrían ponerle una alarma. Una alarma vincula el sistema de seguridad arquitectónico al sistema de seguridad electrónico, por lo que, si un pirata informático realmente brillante se metiera en este último, también podría encontrar el primero. Entonces tu ruta de escape secreta dejaría de ser secreta.

—¿Cámaras ahí dentro?

—Si se puede controlar la escalera oculta a través de cámaras de seguridad, un pirata también podría monitorizarla y ver dónde te encuentras en medio de tu huida. Un agujero de cerrojo o un pasadizo secreto es mucho más probable que permanezca a buen recaudo si se mantiene simple. Se diseña para que no pueda ser encontrado, al menos no por casualidad, y entonces el único que lo va a usar es quien sienta que lo necesita con preferencia.

Al anoecer, una brisa brotó del agua y escaló la colina, mientras las hojas de las palmeras se agitaban como si los árboles lamentasen el paso de la luz.

—Lo que creo —dijo Jane—, lo que me han dicho, es que puedo acceder al octavo o al décimo piso desde esa escalera, pero no al noveno. Tendría que derribar la puerta del noveno piso con un paquete de C-4. Es un poco difícil llegar sigilosamente después de eso.

—D. J. Michael vive en el noveno, ¿no? Dijiste que el octavo y el décimo son barreras de seguridad. ¿Qué significa eso exactamente?

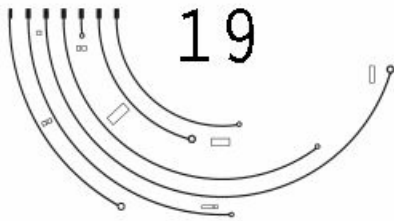
—No quieras saberlo. Tengo la intención de entrar por el octavo piso. Si salgo viva, necesito una forma de llegar al noveno desde el octavo. De algún modo, no lo estará esperando.

Wilson la miró en silencio durante un largo rato.

—Todo lo que dicen de ti en las noticias es falso, ¿verdad?

—La mayor parte. He tenido que matar a algunas personas en defensa propia. En las noticias nunca lo llaman así.

—¿De qué puñetas va todo esto realmente? —Levantó una mano para silenciarse a sí mismo—. Sí, está bien, no quiero saberlo. —Volvió a la pantalla—. A ver si podemos encontrarte lo que necesitas.



Para el lunes por la tarde, Jane había conseguido dos pistolas nuevas de John y Judy White, quienes usaban los nombres de Pete y Lois Jones, los refugiados sirios que probablemente nunca hubieran pisado Siria, y que vivían en la casa de Reseda con diversos gnomos de jardín, abuelos orgullosos de nietos inexistentes. Las pistolas eran de estructura de polímero Heckler & Kock .45. Compactos con cargadores de nueve proyectiles y empuñaduras semigrabadas que permitían un cómodo agarre. Estaban equipadas con silenciadores. También se hizo con cargadores de repuesto, cajas de municiones y un nuevo soporte doble para los hombros con pistoleras de conectores giratorios y arnés de gamuza. Aunque fuera posible que sobrepasara y perdiera libertad de movimientos, también compró un cinturón de armas de Gould & Goodrich con un sistema de cierre de velcro para asegurar varios artículos, así como algunos juguetes que colgarle.

En lugar de una sudadera rosa demasiado pequeña, la voluptuosa Lois llevaba una de color púrpura, también demasiado pequeña. Laca de uñas amarilla en lugar de verde. Los seis anillos con enormes diamantes habían dado a luz a un séptimo.

Antes de irse, con un pie en el umbral, Jane no pudo resistirse y dijo:

—Bernie Riggowitz, de Elegant Weave, dice que vendéis pelucas de primera calidad.

—Cabello ruso —dijo Lois entre varias caladas a su cigarrillo.

—¿De verdad?

—Es el mejor cabello del mundo.

—No lo sabía.

—Excepto si el pelo procede de Chernóbil.

—¿Por el accidente de la planta nuclear?

Lois exhaló una columna de humo. Se sacó algo de la lengua, lo examinó y dijo:

—No fue un accidente. No era solo una central eléctrica.

La actitud experta de la mujer indicaba que no estaba simplemente repitiendo una invención de un periódico sensacionalista.

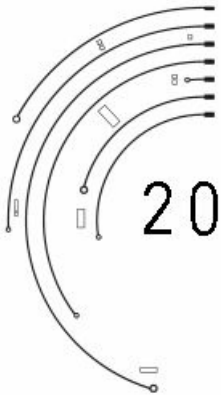
—Si no era solo una central eléctrica ni fue un accidente, entonces, ¿qué fue?

Los ojos negros se estrecharon y en ellos brilló la sugerencia de un alma tan dura y fría que una sudadera llamativa, un esmalte de uñas extravagante y un exceso de anillos no podía siquiera darle

ya un aire ligeramente cómico.

—Chernóbil no significa nada para ti. Vete. Ve adondequiera que vayas. ¿Quieres morir?, pues ve a morir.

Y le dio con la puerta en las narices.



Lunes por la noche. Diez en punto. Jane se instaló en un motel en el gran San Francisco, en un distrito que, solo diez años antes, no era de mala muerte pero que ahora estaba en claro declive. Cargados de bolsas y bultos con posesiones de un valor sobre todo imaginario, las multitudes de personas sin hogar —alcohólicos, adictos y enfermos mentales, así como aquellos que solo eran simples pobres— llenaban las oscuras puertas de los comercios cerrados, las grietas y rendijas que dejaban los arbustos en un pequeño parque cercano y las concavidades que había entre los contenedores de basura en los callejones. Las sirenas chirriaban y se desvanecían en la virulenta noche, al igual que las risas estridentes. Alguien borracho cantaba la vieja canción de Jim Croce, *Time in a Bottle*, y, de repente, se interrumpió como silenciado por una sacudida.

Tras haber decidido acostarse completamente vestida, Jane se despertó cerca de las once por el llanto de un niño. Era un llanto débil y persistente, no un chillido irritante sino más bien una expresión de sufrimiento y tristeza que cualquier adulto debería haber calmado en poco tiempo con palabras y un poco de amor, pero el llanto no cesó.

Al principio, pensó que el sonido provenía de una habitación pegada a la suya. Cuando escuchó a través de las paredes contiguas, tanto al este como al oeste, no parecía ser el caso.

Dio vueltas por la habitación, cada vez más inquieta, hasta que al final se colocó la funda de la pistola para el hombro y luego una chaqueta deportiva. Con la Colt oculta, salió de la habitación y se detuvo en el pasillo de hormigón agrietado y manchado que servía de largo distribuidor a las habitaciones destartadas, semejantes a un bloque de celdas para aquellos que nunca habían sido condenados por sus crímenes y escogieron autoencarcelarse.

Recorrió el motel de un extremo a otro, y el angustioso lloro del niño siempre sonaba en otra parte. Centró su atención en un viejo autobús VW con las ventanas tapadas por cortinas que había

en una esquina del aparcamiento. Sin embargo, cuando se acercó, el llanto del niño no procedía de allí.

El llanto cesó. Esperó a que volviera. No se oían sonidos humanos. Solo ruidos mecánicos por todos lados. Como si la era de la humanidad hubiera pasado, dejando tras de sí una ciudad en la que todos los ciudadanos fueran máquinas. El niño seguía en silencio.

Volvió a su habitación. Se quitó la chaqueta y la funda de la pistola del hombro.

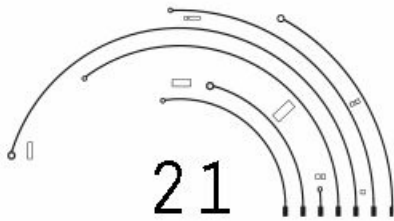
Travis. Se preguntó si, en circunstancias extremas, una madre podría escuchar a su hijo llorar a cientos de millas de distancia.

Recordó los ojos negros de Lois en Reseda, quien le había parecido una gitana leyendo el futuro en los ojos de Jane. «¿Quieres morir?, pues ve a morir».

Solo deseaba dormir en ese momento y una pronta justicia. No quería tomar vodka, pero sabía que no podría dormir sin él. Se sirvió una copa.

No deseaba morir. ¡Dios, no! Lo que aquella mujer vio en sus ojos fue terror. Un rígido y ansioso miedo a lo que le esperaba en el octavo piso del edificio de Far Horizons, a lo que Randall Larkin le dijo que le esperaba allí. Ni el duro entrenamiento de Quantico ni años de experiencia aún más dura podrían prepararla lo suficiente para dicho enfrentamiento.

Tal vez, el niño llorando que había oído esa noche fuera ella misma unos años antes cuando encontró a su madre muerta en el agua ensangrentada de la bañera.



Aparcada al otro lado de la calle de Far Horizons, Jane Hawk veía llegar al trabajo el martes por la mañana a los empleados. Algunos compartían coche. Anotó los números de matrícula de los que llegaron solos.

Por Randall Larkin, sabía que a cada empleado se le asignaba una plaza de aparcamiento numerada y que este accedía al garaje cuando un lector láser escaneaba una etiqueta de holograma pegada al parabrisas. Los visitantes tenían que solicitar la entrada con veinticuatro horas de antelación.

Más tarde, en una biblioteca, utilizó un ordenador de acceso público, abrió los registros del DMV con un código policial, identificó a los propietarios de esos vehículos y consiguió sus direcciones postales de los registros.

Para el mediodía, tenía dos candidatos. Sara Laura Shoen vivía en un dúplex en Sausalito e iba a trabajar por el Golden Gate. Henry Waldlock vivía en Pacífica, al sur de la ciudad. Lo máximo que Jane pudo averiguar por sus páginas de Facebook y otras redes sociales fue que ninguno de los dos estaba casado ni mantenía alguna relación. Ambos usaban páginas de contactos.

Como Henry tenía una casa unifamiliar que indicaba mayor privacidad que un dúplex, Jane se dirigió a Pacífica para inspeccionar el lugar. La residencia se ubicaba en un terreno muy extenso, ajardinado, y era la última casa en la calle, ideal para sus intenciones.

Después de comer algo en un restaurante, regresó al vecindario de Henry y detuvo el todoterreno a dos calles de donde vivía él. Con el bolso en la mano, caminó hasta la encantadora casa del Renacimiento español y llamó al timbre a las 17:15. Nadie respondió.

Muy a la vista, sobre un lecho de nomeolvides rojos, a la izquierda de las escaleras delanteras, había un letrero de una empresa de alarmas que advertía de que la propiedad estaba protegida.

Vécinos en el norte. Ninguno al sur. La puerta del sur tenía un pestillo con bloqueo automático por gravedad. Comenzó a caminar y siguió un acceso que había entre el garaje y un muro divisorio cubierto con enredaderas de jazmín. En la puerta lateral del garaje, se sentó en la pasarela, protegida de la calle por la puerta, y esperó.

A las 18:11, poco después de que oscureciera, el ruido de un motor fue seguido por las luces de unos faros. Un coche se detuvo en el camino de entrada, no visible desde la posición de Jane. La

persiana enrollable retumbó al subir, sonó la alarma, el coche entró en el garaje y la puerta bajó.

La alarma se detuvo mientras el coche seguía en marcha. Debió de apagarla con su teléfono móvil. Mientras Jane se ponía en pie, se encendieron las luces de la casa, también controladas por teléfono por Henry.

Él apagó el motor. La puerta del coche se cerró de golpe. Silbaba de camino entre su sedán BMW 740i y la puerta que comunicaba con la casa.

Cuando oyó que se cerraba la puerta interior, Jane forzó la puerta lateral del garaje. No necesitó la pistola de ganzúas. Deslizó el pestillo con uno de sus carnés de conducir.

La luz controlada por temporizador encima de la puerta proporcionaba una luz suave. Junto al BMW había un Corvette de 1960 de color rojo manzana de caramelo. El garaje estaba limpio y ordenado.

Como la mayoría de las personas con sistemas de seguridad, Henry no activaba la alarma del perímetro cuando se encontraba en casa. Bien por Jane, mal por él.

También se olvidó de cerrar la puerta que había entre la casa y el garaje. Jane entró en un lavadero y luego en un pasillo de la planta baja.

Luces en la cocina. Las risas del público al encender el televisor.

Con el bolso en la mano, subió las escaleras. Se escondió en la habitación de invitados más alejada de la habitación principal.

Después de la cena, Henry vio una película a un volumen tan alto que las paredes vibraban. Tal vez robots gigantes, invasores alienígenas. Interminable.

Teniendo en cuenta sus publicaciones en Facebook, y que usaba páginas de contactos y su solitaria velada, sintió algo de simpatía por él.

Sin embargo, ella lo derribaría y cogería su coche.

Cuando se fue a la cama a las diez en punto. Activó el sistema de seguridad. La voz pregrabada dijo: «Alarma de casa conectada».

Había activado la alarma del perímetro, no los detectores de movimiento.

No había ninguna razón para suponer que, de repente, él se hubiera vuelto desconfiado en mitad de la noche, pero ella sujetó la puerta con una silla de respaldo recto antes de tumbarse en la cama. Abrumada por los pensamientos sobre cuanto le esperaba en el octavo piso, no le preocupaba dormir más que Henry.

Se despertó varias veces hasta que se levantó a las 4:05. Quitó la silla de debajo del pomo. Salió al pasillo.

La luna en la ventana arrojaba una luz pálida perfecta para la caza. Se detuvo en la puerta abierta de la suite principal. Henry roncaba suavemente.

Encendió su linterna de bolsillo y entró. Él estaba tumbado boca arriba.

Cuando ella sacudió la pequeña botella de espray y le roció cloroformo en la parte inferior de

la cara, él se estremeció. Abrió los ojos, pero luego pasó de un tipo de sueño a otro.

Solo llevaba puestos los calzoncillos. Pesaría unos setenta kilos. De peso muerto. Sin embargo, lo sacó de la cama y lo arrastró por los brazos.

Cuando recobró el conocimiento, estaba sentado desnudo en el baño principal, en un inodoro sin ventanas, tan aislado como cualquier lugar de la casa. Tenía las muñecas unidas con varias vueltas de cinta adhesiva y atadas al muslo izquierdo con más metros de cinta. Los tobillos enganchados con presillas de plástico de alta resistencia, y una cadena de esos lazos robustos envolvía la base del inodoro, uniéndose a los grilletes. Una presilla le rodeaba el cuello, y una cadena de presillas unía la atadura del cuello a los grilletes del tobillo. Los labios los había sellado con cinta aislante. Sus calzoncillos colgaban del pomo de la puerta, donde pudiera verlos.

Se le pasó el efecto del cloroformo antes de lo que Jane esperaba. No podía imaginar cómo había llegado hasta allí. La conmoción, el miedo y la vergüenza le aclararon la cabeza, y un sudor fino le resbaló por la frente y el labio superior.

De pie en la puerta abierta, Jane le dijo:

—¿Ya has vuelto en ti?

Hizo un sonido de afirmación a través de la cinta adhesiva.

—Solo para salir de dudas, te daré otro par de minutos. Tu vida está en juego. Es justo asegurarnos de que lo entiendes.

Durante esos dos minutos, no dejó de mirarla.

—De acuerdo, Henry. Así están las cosas. Tal vez solo seas una abeja obrera común en Far Horizons, y no sepas qué propósitos enfermizos encierra toda esa investigación. Te daré el beneficio de la duda. Justo por eso no estás ya muerto. ¿Lo entiendes?

Asintió.

—Buen chico. Ahora voy a coger tu coche y voy a ir a Far Horizons a ocuparme de un pequeño asunto. Cuando vuelva, te dejaré libre sin un rasguño. Solo tú mismo puedes matarte, Henry. ¿Sabes cómo funcionan estas presillas?

Sacudió la cabeza. Luego asintió. Después se encogió de hombros.

—Te lo explicaré. Se pueden apretar tanto como quieras, y más fuerte, pero no se pueden aflojar. Así es como están diseñados los pequeños dientes que tienen. Más apretado sí. Más flojo no. Como una carraca. Es tan simple como *Barrio Sésamo*. ¿Entendido?

Asintió.

—Aprendes rápido. Excelente. Ahora, Henry, he dejado el espacio de un dedo entre la presilla que te rodea el cuello y la piel. Ajustado, pero no demasiado apretado. Sin embargo, si trataras de quitarte la cinta adhesiva o los grilletes, los he conectado de tal forma que tu movimiento apretaría la presilla del cuello. ¿Entiendes cómo he aplicado el principio de carraca al problema de evitar que escapes?

Asintió.

—Bien, bien, bien. Por eso mismo necesitamos aprender cosas nuevas, Henry. No solo para conocerlas, sino para aplicar los conocimientos de forma adecuada. Así que, si no te hubiera avisado de todo esto, Henry, podrías haber hecho tanta fuerza que la presilla se te habría clavado dolorosamente en la piel antes de que te hubieras dado cuenta de lo que estaba sucediendo. Y si forcejeabas cada vez más y con mayor desesperación..., bueno, ¿qué sucedería entonces? ¿Tu situación mejoraría o empeoraría? ¿Qué piensas?

Trató de decir «empeoraría» a través de la cinta adhesiva.

—Sí. Has acertado. Has recorrido un camino muy largo en muy poco tiempo, Henry. Ahora voy a quitarte la cinta adhesiva de la boca. Si gritas o pides ayuda, te haré muchísimo daño, y nadie habrá oído tu grito de todos modos. Henry, ¿eres capaz de imaginar a lo que podría estar refiriéndome con «hacerte muchísimo daño»?

Asintió.

—Buen chico. Veamos si eres tan listo como parece ser.

Le quitó la cinta adhesiva de la boca.

Henry respiró hondo, se estremeció al exhalar y comenzó a soltar un montón de palabras:

—Soy analista de control de costos, hago presupuestos, trato con proveedores, no sé mucho sobre la investigación, mierda, no entiendo nada de eso.

Ella lo miró en silencio. Y entonces dijo:

—No he venido aquí a pedirte una descripción de tu trabajo. ¿Has terminado ya con las autojustificaciones?

—Solo digo que...

Se calló en cuanto ella sacó una de las Heckler & Koch .45 compactos del arnés de doble pistolera que llevaba bajo la chaqueta deportiva.

—Solo responde a mis preguntas con sinceridad y serás el ojito derecho del profesor, Henry. ¿Tienes asistenta?

—Sí.

—¿Qué días viene?

—Miércoles. Hoy. A las nueve. De ahí que esto no vaya a funcionar. Te equivocaste de día.

—En tu página de Facebook, Henry, a veces alardeas de tu estilo de vida. Eres muy elegante al respecto, lo haces con desenfado, y tal vez ni siquiera lo consideres un alarde, aunque eso es lo que es. Llamas mucama a tu asistenta. Por lo que he leído, ella viene dos veces por semana. Lunes y jueves. ¿Ha cambiado su horario, Henry?

Dudó:

—No.

—¿Y qué día es hoy?

—Miércoles.

—Así que ya me has mentido una vez. ¿Sabes lo que pasa si me mientes dos veces, Henry?

—Sí. Supongo que sí.

—¿Qué pasará?

—Me harás daño.

Ella esperó.

—Muchísimo daño —añadió él.

—Mejor. Sé que cuando llegas a la puerta del garaje en Far Horizons, un lector láser escanea la etiqueta del parabrisas de tu vehículo. Y después la puerta se abre. ¿En cuál de los tres niveles aparcas?

—En el primero. Plaza número veintitrés. El número está en la pared. Cuando pases por la puerta, gira a la derecha. Y la plaza está a tu izquierda.

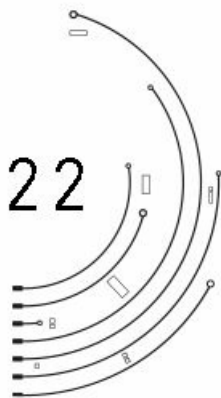
—Ahí está el buen chico que sabía que podrías ser. Me diste cinco respuestas sin que tuviera que hacer cinco preguntas. Los protocolos de entrada están automatizados. Pero ¿hay también algún guardia en el garaje?, ¿alguien que pueda ver que no eres tú quien va en ese Beemer?

— No. Los seres humanos son falibles. La tecnología es más fiable. Tenemos cámaras en el garaje, pero eso es solo para grabación de vídeo. La única forma de subir desde el garaje es por medio de un ascensor, y el ascensor requiere que todos los que suban digan su nombre.

—¿Identificación por reconocimiento de voz?

—Sí. Además, se escanea la cara. Reconocimiento facial. No vas a poder ir a ninguna parte desde el garaje. A ningún sitio. Lo que sea que estés buscando, se ha acabado antes de empezar. Deberías haberlo investigado mejor. No tiene sentido toda esta mierda.

—Ya veremos. —Enfundó la pistola. Recogió un rollo de cinta adhesiva del suelo, le enrolló un buen pedazo tres veces alrededor de la cabeza, cerrándole la boca—. Ea, ya está. Me gustas mucho más así.



Durante la noche, el frente tormentoso había descendido por la costa de Oregón, recogiendo la humedad del mar, hasta que el cielo era todo él un mar en busca de una costa en la que romper. Sobre sus escalonadas colinas, San Francisco alzaba sus brillantes torres y agujas, radiante y orgulloso ante la tempestad inminente. Si allí estaba la nueva Atlántida más allá de todo riesgo de inmersión o la misma Babilonia levantada en las sombras que se confundían con un lecho de rocas, solo el tiempo lo diría. Las calles empinadas nunca antes habían preocupado a Jane Hawk, pero en la premonitoria luz de un día a la espera de una inundación cada ascenso parecía conducir a un precipicio, y cada descenso amenazaba con convertirse en una caída en picado, aunque, por supuesto, ni la ciudad ni sus pendientes fueran lo que ella temía.

El día anterior, los empleados de Far Horizons habían llegado en dos tandas, la primera a las ocho en punto, la segunda a las nueve. Cronometró su llegada, de modo que ella descendió por la rampa de acceso desde la calle a las nueve y diez de la mañana, cuando había poca gente en el garaje. No vio el láser que leía el adhesivo del parabrisas, pero la puerta se desacopló de sus cerraduras electrónicas y rodó hacia un lado, entró y condujo hacia el piso más alto de los tres subterráneos.

La plaza número 23 estaba vacía, así que aparcó en ella.

Cuando salió del BMW, solo vio a otras dos personas que se dirigían hacia el ascensor y no le prestaron ninguna atención.

El aire fresco olía ligeramente a cal en los muros de hormigón, el suelo y el techo. El olor del humo de los tubos de escape en el ambiente era muy fuerte.

La salida secreta en el centro de la pared sur, que Wilson Faucheur había localizado para ella, estaba flanqueada por dos plazas de aparcamientos. La cerradura del cerrojo sucumbió rápidamente a la pistola de ganzúas.

Detrás de la puerta había un armario de unos dos metros de ancho y un metro y medio de profundidad. Encendió la luz, entró y cerró la puerta.

A izquierda y derecha, los estantes de unos treinta centímetros de profundidad contenían grandes latas de productos de limpieza y selladores. Un gran tablero de plástico perforado que iba desde el suelo hasta el techo cubría el metro y medio de la pared trasera entre los estantes, y de él colgaban dos escobas y media docena de otros utensilios para el trabajo de limpieza. Ninguna de las latas parecía abierta ni manchada por algún goteo. Las escobas y los demás útiles eran nuevos. El armario parecía más bien una exposición de productos que uno usado por el personal de mantenimiento, o una farsa para disfrazar el verdadero propósito del espacio.

Después de algunas consideraciones, bajó las escobas y los otros utensilios, los puso a un lado y examinó la pared. Los ganchos de los que estaban colgados los diversos útiles eran de acero inoxidable, con pinchos que desaparecían en el interior de la placa. Trató de sacarlos. Estaban pegados de forma permanente. Sin embargo, de los ocho ganchos que había, dos giraron como pomos. Uno giró trescientos sesenta grados a la izquierda. Clic. El gancho de al lado giró trescientos sesenta grados hacia la derecha. Clic. Se oyó el ronroneo de un motor, la pared se alejó de ella y la luz se extendió para reemplazar la oscuridad que había más allá.

Salió a un rellano al pie de una escalera. No era de caracol. Era de zigzag. Ese lado de la pared falsa no estaba cubierto por un tablero y tenía una manija de palanca para poder salir con facilidad. Lo cerró y oyó cómo se cerraba la cerradura. Tiró del manubrio y la puerta se abrió; luego dejó que se cerrara de nuevo.

El suelo del rellano, los peldaños o huellas y la contrahuella de la escalera estaban cubiertos con un material de goma de color gris pálido para proporcionar una base segura y silenciosa. Las paredes y el techo eran de paneles de yeso pintados de blanco, y la luz provenía de paneles incrustados en la parte superior.

Los únicos lugares en donde podrían haberse ocultado cámaras de seguridad se encontraban detrás de las lentes de los paneles de las luces fluorescentes, pero eran muy opacos y no se vería nada. Wilson Faucheur evidentemente tenía razón cuando dijo que el sistema de seguridad electrónico y el arquitectónico no se superpondrían.

Ya les había colocado los silenciadores a ambas pistolas con anterioridad. Sacó una .45 y comenzó a subir la escalera, de espaldas a la pared exterior, para poder ver lo antes posible cada rellano. La pistola empuñada con ambas manos. Brazos extendidos. El silencio era tan profundo que parecía tener sustancia, poblando la escalera como el agua llena un pozo de verdad. Nada le indicaba que su presencia hubiera sido descubierta. Ningún enemigo a la vista. Pero se hallaba en el laberinto de la bestia, y algo mucho peor que un simple minotauro con predilección por la carne humana la aguardaba.

Dos tramos de escalera y un rellano intermedio por planta. Sin puerta de salida en la planta

baja. Ni en la segunda planta. Ni en la tercera. Según todos los indicios, esa era, sin duda, la ruta secreta por la cual D. J. Michael podía escapar del edificio en una crisis.

Con cautela, subió cada uno de los pisos, rellano tras rellano.

La iluminación estaba distribuida de manera tan uniforme que no proyectaba sombras. Algunos sueños tenían lugar en un silencio sin sombras parecido. Solo la sístole rítmica de su corazón confirmaba que no estaba perdida en un sueño.

En el octavo piso, llegó a la primera puerta. Blanca sobre una pared blanca.

Si Randall Larkin hubiera sabido de qué estaba hablando, esa salida no estaría cerrada. Cualquiera que había encontrado esa escalera oculta, ya fuera por casualidad o intencionadamente, podía abrir esa puerta y arriesgarse con lo que hubiera al otro lado.

Continuó hasta el noveno piso, solo para asegurarse de que la puerta resultaba tan formidable como le habían dicho. Era un poco más grande que una puerta normal, una losa sólida de acero no menos desalentadora que una puerta acorazada de banco, rodeada por un marco de acero fundido de una sola pieza.

La pared en la que se hallaba sería tal vez de medio metro de hormigón con barras de acero, incrustado también con una matriz de fibras metálicas, capaz de soportar incluso una carga de C-4.

El hecho de que D. J. tomara estas medidas extremas para protegerse revelaba una paranoia acorde con su deseo psicopático de poder. Pero ¿era realmente paranoia, teniendo en cuenta que ella había llegado a ese umbral con el fin de obligarlo a confesar sus crímenes y sellar su destrucción? ¿O era solo prudencia? Un hombre puede estar loco y, sin embargo, ser prudente en su locura. Cuando él esperaba transformar el mundo entero, reescribir toda la historia a su gusto y convertirse en un dios entre los hombres, también actuó con prudencia al prever que habría quienes se resistieran, como había ocurrido a lo largo de la historia, aunque con demasiada frecuencia los que habían resistido al totalitarismo habían triunfado tarde y, a menudo, más por casualidad que por planificación.

Jane no subió al décimo piso, segura de que habría una puerta como la del octavo. Bajó del noveno y volvió al piso objetivo. Estaba de pie, con la espalda pegada a la pared junto a la puerta más simple que hubiera visto jamás, y, sin embargo, era una entrada al pandemónium, donde los diablos de las supersticiones pasadas se hacían reales, donde el único camino posible era el de la violencia, donde las acciones de hasta los más justos debían ser juzgadas como buenas solo en función de la cantidad de sangre de otros que hubiera derramado.

El primer enemigo con el que se encontraría serían los *rayshaws*. Bertold Shenneck, inventor del mecanismo de funcionamiento de la nanotecnología, los había bautizado con el nombre de *rayshaw* en honor al personaje que hacía lavado de cerebros, Raymond Shaw, en *El mensajero del miedo*, la novela de Richard Condon. Ya se había encontrado con ellos antes, en el rancho de

treinta hectáreas de Shenneck, en el valle de Napa, el día en que él y su odiosa esposa recibieron la muerte que se habían ganado.

Los *rayshaws* se encargaban de la seguridad del rancho. Eran el equivalente a las chicas de Aspasia, y sus recuerdos y personalidades habían sido sustituidos por redes de mecanismos de control entretrejidas en sus cerebros, reducidos a máquinas de sangre y hueso con un propósito programado. Las chicas de Aspasia eran tan ágiles e irresistibles como los súcubos, con todas las técnicas de seducción y placer sexual descargadas en su memoria, junto con la orden de ser sumisas en todo momento. Los *rayshaws*, en cambio, eran máquinas de matar, sin tener en cuenta su seguridad, sin miedo, porque el concepto de su propia naturaleza mortal había sido borrado de sus mentes, aun cuando estuvieran codificados para matar a quienes sus señores querían muertos.

Según Randall Larkin, y tal como confirmaron los planos que Wilson había revisado con Jane, el octavo piso albergaba dos apartamentos pequeños y, además, unos setecientos cincuenta metros cuadrados de espacio sin construir. En uno de los apartamentos había cuatro *rayshaws* que nunca abandonaban ese nivel del edificio, y que pasaban los días haciendo ejercicio y entreteniéndose con simples juegos de cartas, programados para encontrar en ellos la estimulación adecuada.

Por el momento, Jane guardó la pistola en su funda. Del sistema de sujeción de velcro que portaba el cinturón de armas Gould & Goodrich, sacó una granada de aturdimiento, un desactivador por explosión repentina, que era una herramienta estándar en el arsenal de un SWAT, y que consiguió en Reseda cuando compró el cinturón. Llegó hasta la puerta y agarró la palanca con la mano izquierda.

«Travis está escondido; Nick, en la tumba, así que haz que los cabrones paguen por eso», se dijo.

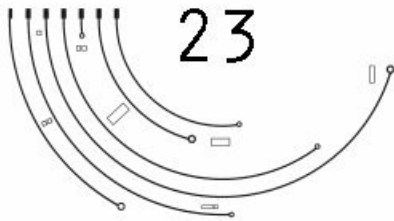
Abrió la puerta, que activó las luces en el espacio de atrás; quitó la anilla de la granada, la arrojó con fuerza hacia la parte posterior de lo que los planos llamaban «espacio sin construir» y se retiró deprisa, tirando de la puerta hasta casi cerrarla para protegerse de los efectos de la granada.

Vio el destello entre la puerta y el marco, y D. J. probablemente escuchara el estruendo desde el noveno piso, pero no quienes estaban un par de pisos más abajo. Mientras entornaba la puerta hacia el interior y sacaba una pistola, Jane sintió las vibraciones residuales en sus dientes que todavía debían de hacer temblar los huesos de los cuatros *rayshaws* e interrumpido brevemente sus conexiones nerviosas.

Entró despacio y en silencio, había un espacio sin construir a ambos lados, uno de los dos apartamentos a lo lejos a su izquierda —una larga pared blanca con lo que podría haber sido una puerta de losa de metal—, y el otro a su derecha, donde había una puerta abierta normal. Entre ella y ese segundo apartamento estaban tres de los cuatro *rayshaws*. Habían salido corriendo cuando ella los alertó al abrir la puerta de la escalera: uno estaba tirado de costado en el suelo,

había dejado caer su arma; otro, de rodillas y desorientado, pero todavía armado, mientras que el tercero se tambaleaba hacia ella. Al frente y detrás de Jane había ventanas que daban al balcón que rodeaba el edificio más allá del balcón, la ciudad se precipitaba hacia un funesto cielo encapotado por la tormenta inminente.

Y en lo alto, suspendido del techo de catorce metros de altura, había una orquestación geométrica de barras de agarre de unos cinco centímetros de diámetro a varias alturas, que se extendía a lo ancho del edificio, y que suponía la mayor amenaza.

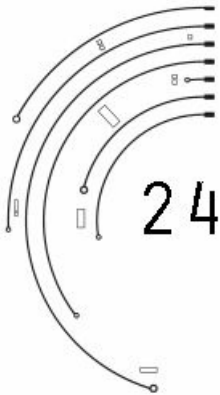


Jane avanzó medio agachada, analizando la situación...

Apuntó al hombre arrodillado y le disparó tres veces, sin darle ninguna oportunidad, porque ya no era un hombre, sino una cosa arrodillada que una vez fue un hombre, y se derrumbó en una sentencia de sangre como un penitente cuya confesión hubiera sido rechazada por algún dios enojado. Allí no había lugar para la empatía o la compasión, lo que solo conduciría a su muerte. Justo cuando cayó la primera gota de sangre del arrodillado, Jane intuyó la reacción de los aturdidos *rayshaws*, se tiró al suelo mientras su oponente abría fuego con una pistola totalmente automática con silenciador, vaciando un cargador extendido, tal vez dieciséis disparos, pero con la puntería desviada hacia arriba y a un lado, desorientado por las descargas. Las balas rebotaron en las barras de agarre de acero pulido en la parte superior e impactaron en las gruesas ventanas a prueba de balas, dejando marcas de besos blanquecinos en el cristal, y también rebotaron con un sonido agudo en el suelo de hormigón, lo que hizo que saltaran chorros de esquirilas: decenas de tiros fallidos a medida que las balas perdían energía con cada rebote. El aturdido *rayshaw* se detuvo tambaleándose, manoteando en busca de un nuevo cargador. Quizá tuviera veinte segundos. Jane se puso en pie, avanzó con decisión, pero sin correr, los brazos extendidos con la .45, con la vista centrada en el enorme hombre. «No, no es un hombre, es una cosa». Dos de sus cuatro disparos le cortaron parte del cuello, le destrozaron la cara y lo dejaron sin vida; un horror que le atormentaría por siempre en sueños. El *rayshaw* que se había desplomado en el suelo a causa de la granada aturdidora, que había dejado caer el arma, recuperó lo suficiente la conciencia como para coger la pistola. Dos disparos de la Heckler. Uno falló. El otro acertó: una herida en la pierna. El *rayshaw* la miró fijamente: el fémur destrozado por la bala de punta hueca; sin embargo, no había ninguna expresión en su pálido y ancho rostro, ni dolor ni rabia ni miedo, sino un terrible vacío; en el mejor de los casos, una apariencia robótica sin voluntad. Con la Heckler vacía en la mano izquierda, cogió la pistola de la cosa con la mano derecha y lo remató con tres disparos, más de los que necesitaba para hacer el trabajo. Hasta ese momento se había estado moviendo demasiado rápido para tener miedo, pero ahora estaba atrapada por él, gastando balas como si fueran garantías de supervivencia. Tres *rayshaws* muertos, quedaba uno con vida —«pero

¿dónde estaba?»—, la ventaja que le había dado la explosión disminuía por segundos, el corazón le latía con fuerza a la espera de pararse en cualquier momento.

Fuera, el día estalló como si fuera un momento de Hiroshima, una ráfaga de luz de Armagedón que se filtrara por las ventanas blindadas, en apariencia lo suficientemente brillante para imprimir para siempre en la pared su sombra sobresaltada. Un estallido de truenos habló estremeciéndose a través del edificio, como si su voz viniera de las profundidades de la tierra inestable, y en su eco de gruñidos, Jane escuchó un estruendo más débil que le heló la columna vertebral de un modo que la simple tormenta que caía sobre la ciudad nunca podría haber hecho. Entonces, vio al cuarto *rayshaw* en la puerta de su apartamento, tal vez a unos veintitantos metros de distancia, firme, serio y amenazante, como si fuera un lunático conjunto de partes del cuerpo procedente de innumerables cadáveres cosidos y reanimados por la tormenta, sosteniendo una pistola en una mano y algún tipo de dispositivo en la otra, tal vez un control remoto, que apuntaba hacia el extremo más alejado del espacio sin construir. El *rayshaw* parecía mirar detrás de Jane en lugar de a ella, y ella giró la cabeza para ver lo que este estaba mirando, el origen del estruendo más débil. La puerta del otro apartamento —al que se le podría llamar con más precisión corral o jaula— se movía hacia un lado sobre sus raíles metálicos.



Si hubiera podido elegir, Jane habría preferido a los coyotes, rabiosos o no, en casi cualquier cifra, a lo que le esperaba en el campo de batalla del octavo piso.

Semanas antes, en el rancho de Bertold Shenneck en el valle de Napa, además de los *rayshaws*, la seguridad también era proporcionada por coyotes con implantes cerebrales. Como un experimento inicial de la fiabilidad de la tecnología, esos lobos de las praderas podían ser controlados mediante órdenes transmitidas por microondas. Aunque la mayor parte del tiempo vivieran como animales comunes, podían ser llamados a atacar con gran ferocidad.

D. J. Michael tuvo la idea de crear una especie diferente para el servicio del octavo y noveno piso de su edificio. Varios años antes, la nación había quedado horrorizada y paralizada ante la noticia de un chimpancé mascota que, en un ataque de furia, agredió a la mujer que vivía al lado, le mordió los dedos, le destrozó la cara y la desfiguró de maneras impensables, dejándola gravemente incapacitada y en coma, todo ello en menos de un minuto. Los chimpancés del cine y la televisión, adorados por el público por sus simpáticas travesuras, eran en su mayoría chimpancés pigmeos. Un chimpancé macho adulto, de unos cincuenta y cinco kilos de peso, con sus brazos largos y su destreza atlética, era mucho más rápido que el hombre más veloz, y más fuerte que un ser humano que duplicara su tamaño. A diferencia de los gorilas, los chimpancés eran omnívoros, comían de todo: desde bayas hasta insectos y pequeños animales. Como descubrió Poe cuando escribió *Los crímenes de la calle Morgue* —protagonizada por un orangután—, una criatura que hubiera probado la sangre era más propensa a derramar sangre, y, dentro de ciertos primates, no solo en los seres humanos, había una capacidad de rabia, violencia y brutalidad que hacía que los habitantes más perversos de las pesadillas parecieran, en comparación, villanos de los dibujos animados.

Tal vez el control remoto usado por el cuarto *rayshaw* no solo abriera la puerta de la jaula, sino que además activara una orden de ataque en los programas de los chimpancés. Sin duda, su capacidad innata de violencia había sido multiplicada por sus mecanismos de control implantados, pero ¿cuánto?

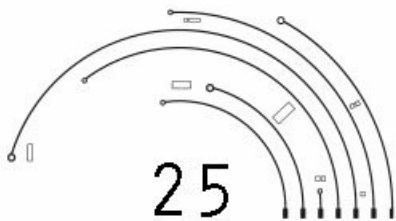
Tres bestias peludas aparecieron de pronto en el enorme espacio, no con sus estridentes gritos y chillidos, sino en un espeluznante silencio, como si participaran en alguna pantomima de simio cuyas reglas requerían que estuvieran mudos. Corrieron hacia tres postes verticales y rápidamente ascendieron mano sobre mano a la jungla de barras de apoyo suspendidas en tres niveles por toda la habitación.

Después de haber invocado al satánico trío, y después de tirar el control remoto, el *rayshaw* que quedaba en pie se lanzó hacia Jane ahora desde la puerta de su apartamento, como un gólem imponente e indestructible que se levantara desde el lodo hasta adoptar su forma actual, su sombra se reflejó repetidamente cuando varios rayos encendieron el día. El *rayshaw* disparó demasiadas balas a una distancia demasiado grande, y aunque se le acabaron con rapidez, llevaba una bandolera con cargadores de repuesto, y aquella enorme habitación no ofrecía nada detrás de lo que ella pudiera ponerse a cubierto.

Con el corazón saltando al ritmo errático de la luz de la tormenta, Jane se aferró a la disciplina aprendida en Quantico, devolvió el fuego con el arma que pertenecía a uno de los *rayshaws* muertos, y vio al gólem recibir un disparo en el hombro derecho. Arrojó el arma cuando el percutor llegó a una cámara vacía, arrancó un cargador de repuesto de su cinturón y cargó la Heckler mientras arriba las barras de apoyo resonaban y sus accesorios crujían por el impacto y el peso de los monos, que se balanceaban y descendían en picado, ascendiendo y descendiendo para ascender de nuevo.

Los animales eran muy rápidos y cambiaban de dirección tan impetuosa e impredeciblemente que Jane dudó de que pudiera matar a uno, y mucho menos a tres. Y aunque herido y moviéndose con menos seguridad, el *rayshaw* que seguía en pie continuó acercándose a ella, sujetando el arma ahora en la mano izquierda. Cuando Jane se volvió hacia él, el gólem tirador logró acertarle con un disparo. Ella no llevaba Kevlar. Demasiado estorbo cuando se requería la máxima maniobrabilidad. Sintió un dolor punzante en el costado izquierdo. Por encima de la cadera, pero por debajo de la caja torácica. Un pinchazo ardiente de carne cortada. Por un momento, el dolor la dejó sin aliento, y retrocedió dos o tres pasos temblorosos. Una sombra interna le nubló la visión, pero luego desapareció. De forma instintiva, metió la mano derecha bajo su chaqueta deportiva, pero enseguida la sacó y se limpió la sangre de la palma de la mano en la pierna de los pantalones vaqueros. Estaba sangrando. ¿Y qué? No era la primera vez. Por muy mala que fuese la herida, no resultaba mortal. Permaneció en pie, de momento era capaz de soportar el dolor, con las dos manos en la pistola de nuevo, cuando uno de los chimpancés bajó de la falsa jungla.

Tal vez cualquier forma humana era un objetivo programado, sin cuartel a los aliados, quizás el mono no funcionara bien, o tal vez la sangre de la herida del hombro enfureciera al animal. Por alguna razón, la criatura cayó sobre el último de los *rayshaws*, cara a cara, con las piernas alrededor de la cintura del gólem, las manos agarradas, parecía que le iba a morder una y otra vez antes de saltar y subir a un poste vertical cercano. Si la distancia y la luz temblorosa no la engañaban, Jane creyó ver que el *rayshaw*, agonizante, había perdido los dos ojos.



Los monos, en silencio, saltaban de barra en barra por encima de ella, la ausencia del parloteo de los simios los hacía aún más amenazantes de lo que lo serían de otro modo, envueltos en su larga pelambre negra, sus rostros pálidos con ojos vigilantes que brillaban en la luz de la habitación, rojos en los repentinos destellos de un rayo...

La presión de una inclinación hacia la izquierda trajo consigo un pequeño alivio del dolor en el costado de Jane cuando se alejó del centro de la gran sala, donde era vulnerable desde todas las direcciones. Quería colocarse de espaldas a una pared, entre dos grandes ventanas. Se hallaba a mitad de camino cuando otro simio bajó los tres niveles de las barras de agarre y se dejó caer al lado del *rayshaw* que ella había matado cuando entró, el que estaba de rodillas. El simio saltó sobre la parte posterior del cadáver, le dio un par de golpes en la cabeza y se apartó. Con gran agitación, pero en silencio, la bestia agarró al *rayshaw* y lo zarandeó una y otra vez, como si estuviera furioso de que no respondiera. El simio sujetó al gólem por la cara, levantó la cabeza sin vida y la golpeó contra el suelo, como si fuera un demonio llegado de reinos sulfurosos con una misión urgente para recolectar almas, pero que ahora se encontraba, para su amarga consternación, con que ninguna alma atendía a esa cosa muerta que parecía un hombre pero que no era un hombre. Agarró el cabello del *rayshaw*, lo retorció, lo arrancó por las raíces y con él, un aleteo espeluznante de la piel y la fina grasa subcutánea que envolvía el cráneo.

Esa grotesca actuación, en un escenario sanguinario de pesadilla, paralizó a Jane como nunca antes lo había hecho, hasta que de repente se dio cuenta de que mientras el mono permanecía enfadado y furioso sobre el cadáver, era un blanco fácil. Apretó los dientes por el arrebato de dolor que el retroceso provocaría en su herida, levantó la Heckler con ambas manos y disparó cuatro tiros, acertando al menos tres disparos. El simio agitó sus largos brazos como si atacara salvajemente a un enjambre de abejas, gritó cuando el dolor mortal tal vez eliminó su programa de control y cayó sobre el *rayshaw* que había estado atormentando.

El chirrido y el crujido de las barras aumentaron de volumen a la vez cuando los dos chimpancés restantes reaccionaron a la muerte del tercero recorriendo con rapidez la jungla de acero, formas oscuras que una vez fueron alegres y elegantes. Su enorme fuerza y flexibilidad, la certeza con la que se lanzaban y siempre alcanzaban un agarre era aterradora.

Jane apretó la espalda contra la pared entre las dos ventanas, donde la tormenta golpeaba el cristal. Había usado cuatro de los nueve proyectiles del .45. Sacó el cargador, se lo metió en un bolsillo de la chaqueta y puso otro en la pistola.

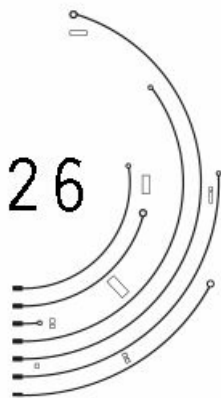
Sudando, temblando, maldiciendo silenciosamente el dolor, se limpió el sudor de los ojos con la manga de la chaqueta y siguió a los monos lo mejor que pudo, no siempre capaz de mantenerlos a los dos a la vista al mismo tiempo. Se preguntó si alguna vez se agotarían y, por supuesto, sabía la respuesta: ya no estaban controlados por sus propios deseos, sino por sus programas, y permanecerían allí arriba a toda velocidad hasta que el cuerpo les fallase o conspiraran para distraerla y luego se lanzaran sobre ella.

Sabía lo que encontraría en el octavo piso, pero, aunque había leído sobre el poder y la velocidad de esos monos y entendía su potencial de violencia extrema, los había subestimado. Y no había previsto cómo el caos de la situación limitaría su propia capacidad para moverse y reaccionar.

Aunque pudiera romper las ventanas a prueba de balas con una ráfaga lo suficientemente larga y los monos la siguieran hasta el balcón, ella no tendría suficiente tiempo para recargar. Y si intentaba salir corriendo por en medio de la habitación hasta la puerta abierta por la que había entrado, la atraparían. Además, la escalera no era una opción, considerando que estarían pisándole los talones y podrían bajar los escalones mucho más deprisa que ella.

Estaba de pie, con la pistola agarrada con ambas manos, pero cerca del cuerpo, mirando hacia el techo, rebuscando un plan en su mente. Tenía que haber alguno que funcionara. Había una respuesta a ese dilema. El mundo era un laberinto de misterios y rompecabezas, pero era un mundo de diseño racional que no presentaba rompecabezas sin respuestas. Siempre había una salida. Si tan solo pudiera encontrarla...

La tormenta únicamente llevaba unos minutos, y no había agotado todos los disparos de su cargador. El cielo resplandecía tan brillante como siempre, y los truenos restallaban como si el manto del planeta se hubiera roto por una fuerza ascendente elemental. Las luces se apagaron.



En esa mañana reducida a la penumbra del atardecer, la luz del día se colaba tenuemente bajo el saliente del balcón del noveno piso y presionaba con tal debilidad contra las gruesas ventanas del octavo piso que no dejaba ver nada del interior de la enorme habitación, a excepción de unos tres o cuatro metros, el suelo de cemento estaba cubierto por una palidez tan sutil como la capa más fina de escarcha de una helada. El relámpago, mientras duró, dejó ver fugazmente la cuadrícula escalonada de barras del techo, pero, con cada destello, las formas geométricas saltaban de esa estructura de acero, y, en el parpadeante caleidoscopio blanco y negro, Jane no podía ver dónde estaban los monos en un momento determinado.

A medida que el sonido de cada trueno desaparecía, podía oír mejor el golpe de las manos de los monos balanceándose hacia nuevos agarres, la vibración y el crujido del sistema de barras, y no tenía ninguna duda de que los animales se movían cada vez más y más rápido, en un furor silencioso que implicaba un ataque inminente. No podía coger el arma con las dos manos y ser capaz de disparar de acuerdo con su entrenamiento de Quantico. Sacó la segunda Heckler, cogió una pistola en cada mano y miró al frente en la oscuridad, pensando con rabia.

Tal vez leía mejor los sonidos de sus movimientos en algún nivel más profundo de lo que lo hacía conscientemente, pero decidió que su simplicidad animal debía afectar su estrategia más de lo que lo haría el propio programa que los dirigía a matar. El programa era un macrocontrol. Sin embargo, su instinto funcionaba a microescala, ya que se filtraba a través de cada célula cerebral y cada fibra de músculo y hueso. El programa les decía que mataran; el instinto les decía cómo. Un ataque sofisticado podía implicar que uno se le acercara desde un lado con un inesperado grito que rompería su silencio, mientras que el otro se lanzaba en un ataque frontal inmediatamente después de esa distracción, la sujetaba contra la pared y en un instante le destrozaba la cara con las garras afiladas y sus fuertes manos. Pero no eran sofisticados.

Extendió los brazos como si estuviera clavada en una cruz, a lo largo de su cuerpo, con una Heckler apuntando ligeramente hacia arriba y hacia cada lado, un poco de presión en cada gatillo. Miró la luz pálida de su derecha. Los dientes apretados. Preparada para el impacto de uno o ambos asaltantes, lo que garantizaría el fracaso, un ataque salvaje y una muerte horrible. La penumbra Gólgota del mundo exterior. La habitación sepulcral a su alrededor. Un relámpago de la tormenta lo iluminó todo, y ella creyó ver una silueta que iba de una barra intermedia a una más baja. Entre el golpe de luz y el trueno que cayó, oyó un silbido, la expresión casi muda de furia bestial. En Quantico era la mejor en las clases de tiro, tenía unas manos lo suficientemente fuertes como para apretar el gatillo de una pistola de práctica más de noventa veces en un minuto, y ahora batió su mejor tiempo, vaciando ambas pistolas, el dolor en el costado se agudizó cuando los silenciadores se deterioraron un poco por el fuego rápido.

Escuchó breves gritos de agonía, pero no podía decir con seguridad si habían gritado las dos criaturas o solo una. Si una vivía aún, necesitaba cambiar de posición y recargar lo más deprisa posible.

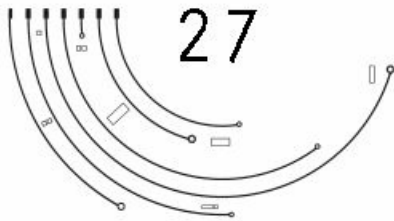
De vuelta a la pared, se deslizó hacia abajo y se sentó en el suelo. Dejó caer una Heckler entre sus piernas extendidas. Sacó el cargador de la otra pistola. Arrancó un cargador de repuesto del sistema de velcro del cinturón de su arma. Lo colocó en la pistola. Esta vez la agarró con las dos manos.

Altos paneles de vidrio a izquierda y derecha, pálidas formas de las ventanas sobre el hormigón. A su derecha, una masa inmóvil y acurrucada tendida bajo la tenue luz del día. Captó el olor fétido de sus heces derramadas en el momento de la muerte. A su izquierda, yacía una forma similar de luz pálida... Pero sin la presencia de ninguna masaapestosa de primate muerto.

Se secó el sudor de los ojos otra vez, maldijo el dolor como si este fuera una criatura sensible que tuviera los dientes clavados en ella.

Miró en dirección a la oscuridad de su izquierda, donde algún ogro sonriente aún podría estar agazapado, con sus largos dedos de los pies en torno a una barra de apoyo inferior, las manos agarrando la barra sobre su cabeza, mirándola con cruel intención. Mantuvo la Heckler pegada al cuerpo, apuntando hacia la izquierda y hacia arriba.

El simio apareció en la oscuridad justo enfrente de ella, con rapidez deslizándose por el suelo y entre sus piernas, chillando de rabia, su rostro medio humano de repente a centímetros del suyo, los ojos de color amarillo-marrón como si una luz espectral brillase desde dentro de ellos. Ella gritó, y el mono chilló con más fiereza, escupiendo sangre, evidentemente herido. Golpeando tan rápido como una serpiente enroscada, le agarró la cabeza con una mano y le arrancó el pelo, blandiendo el trofeo con un grito triunfante. Mientras el mono sostenía su peluca, Jane le disparó a quemarropa en el pecho, gastó los nueve cartuchos, y pareció que la criatura hubiera sido arrastrada hacia atrás y a lo lejos, como si algún titiritero la hubiese retirado.



Al otro lado de la ventana, los oscuros edificios se perdían por las largas colinas en dos manzanas, quizá tres, pero las luces brillaban en las zonas bajas de la ciudad, barridas por la lluvia, y en las otras colinas azotadas por la tormenta. El apagón afectaba a la zona abastecida por el transformador o cualquier otra instalación sobre la que hubiera caído el rayo.

El pinchazo inicial de la herida, como una cuchilla de afeitar, se había convertido en un dolor palpitante más tolerable.

Mientras colocaba un cargador nuevo en cada pistola y enfundaba una de las armas, Jane se quedó de pie bajo la luz acuosa del grueso vidrio, contemplando la metrópolis que brillaba bajo la lluvia. Se sentía como si estuviera atrapada en una pendiente traicionera entre dos creaciones: la que había existido siempre y la que estaba siendo alumbrada en esos tiempos de cambio utópico. No pudo evitar volver a pensar en Edgar Allan Poe, las aguas melancólicas de su ciudad en el mar, donde «lo bueno y lo malo y lo peor y lo mejor se han ido a su descanso eterno». Cuando la inminente oleada de cambios hubiera pasado, no habría descanso en el nuevo mundo, solo la paz de la sumisión o la muerte, solo el temor silencioso que mantiene al ratón mudo en presencia del gato que lo busca con dientes afilados. Muchos en esa ciudad habían muerto a lo largo de su historia, y muchos más lo harían, quizá muchos de ellos antes de lo que imaginaban. Pero, en ese momento, lo peor de lo peor seguía vivo un piso por encima de ella, un error que debía corregirse.

Con una pistola en la mano y una linterna en la otra, se abrió camino por entre los cadáveres esparcidos hasta el apartamento donde habían vivido los cuatro *rayshaws* en una privación lamentable. Los colchones desnudos sobre el suelo eran sus únicas camas. La cocina no era más que un frigorífico y un microondas. Una ducha, un retrete, un lavabo de la calidad más barata en un edificio donde todo lo demás estaba elegantemente decorado. Ni sillones ni sofás. No había televisión. Una sencilla mesa y cuatro sillas, donde podrían haber comido o jugado a los interminables juegos de cartas con los que pasaban el tiempo como motores al ralentí, a la espera de que alguien pisara el acelerador. Nadie había vivido allí. El cerebro de cada uno de los cuatro hombres había sido un esplendor de hojarasca despiadadamente deshojado, reducido a unas pocas

hojas de conocimiento, para que existieran ahí no como hombres sino como máquinas de carne y hueso programadas para matar.

Se quitó la chaqueta deportiva, la colgó en una de las sillas de la mesa de juego y se sacó la camisa empapada en sangre de los vaqueros para examinar su lado izquierdo con la luz de la linterna de mano. No había orificio de entrada. La bala le dio en el costado justo donde estarían los michelines si ella tuviera michelines. Una herida de siete u ocho centímetros y de unos tres centímetros de profundidad. Sin sangrado arterial. Un flujo constante pero aceptable de los capilares rotos. El calor de la bala podría haber cauterizado parte de la herida. Podría perder medio litro de sangre antes de acabar. No se iba a morir por eso. El mayor problema era el riesgo de infección, pero no tenía que pensar en eso hasta más tarde.

Se remitió la camisa porque aplicaba al menos algo de presión en la herida y se puso la chaqueta deportiva otra vez.

Con las cámaras apagadas, D. J. probablemente pensara que estaba muerta. Pero quizá no fuera a esperar a que se reactivara la energía para confirmarlo. Podría enviar a alguien al octavo piso para comprobarlo. Si no se había quedado ya sin tiempo, le quedaba poco.

En una esquina del apartamento, colocó la linterna en el suelo para que el rayo se reflejara en una pared blanca, proporcionando una luz escasa pero suficiente. Enfundó el .45, cogió una funda del sistema de sujeción de velcro en el cinturón de su arma y sacó un cuchillo para cortar yeso.

Wilson Faucheur había encontrado un pasaje desde el octavo piso hasta el noveno, que le permitiría evitar la puerta acorazada del apartamento de D. J. Michael. Con el cuchillo, cortó un panel de yeso de medio metro de ancho y metro y medio de alto y lo puso en el suelo. Cogió la linterna y examinó lo que había quedado a la vista: un hueco de metro y medio de profundidad y de dos metros de ancho formado de hormigón vertido en el lugar en tres lados, en donde había un montón de tuberías de agua de entrada y salida de los dos pisos superiores, además de otro montón de tubos de PVC que contenían cables eléctricos, sistemas de audio, fibra óptica y demás.

Metro y medio de los dos metros de ancho estaban reservados para futuros tubos de servicios, lo que dejaba mucho espacio para que un intruso decidido pudiera ascender desde el octavo piso del edificio hasta el noveno.

Después de sujetar la linterna a su abrigo, Jane se deslizó entre los montantes de la pared a los que estaba unido el panel de yeso. Se volvió hacia la habitación de la que acababa de salir, y usó los gatos, unas piezas horizontales de madera que conectaban los postes de la pared y servían de refuerzo, como peldaños de escalera para subir por el hueco, detrás de la pared.

A esas alturas, el dolor ya no suponía un obstáculo, sino que la motivaba, en un combate consigo misma para demostrar que, con fuerza de voluntad, podría superar la angustia del cuerpo.

Inevitablemente, cortar el panel de yeso causó un poco de ruido, y subir, un poco menos, pero dudaba de que D. J. Michael escuchara algo más silencioso que una granada aturdidora. El grueso

hormigón entre los pisos amortiguaba la mayoría del sonido y la tormenta proporcionaba un ruido de distracción. Además, cuando llegara a su destino, saldría a un armario de servicio lleno de paneles de interruptores automáticos y electrónica de servicio telefónico, en la esquina del apartamento más alejada de sus principales zonas de estar.

Si el multimillonario, con sus cámaras cegadas por el apagón, intuía que ella había sobrevivido, no se arriesgaría a salir por la escalera oculta por temor a encontrarse con ella. Se escondería detrás de la puerta acorazada, tan seguro como nunca antes lo hubiera estado.

En la gruesa capa de hormigón que servía como techo del octavo piso y suelo del noveno desaparecían los desagües y las tuberías de agua. Pasó por el hueco abierto hasta el noveno piso, donde las líneas de derivación de las otras tuberías de servicios públicos formaban un ángulo a través del panel de yeso.

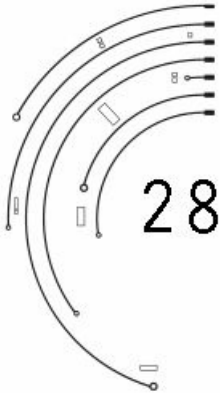
Apoyada entre los pernos y las maderas con cierta dificultad, usó el cuchillo de yeso para cortar una abertura en el armario de servicio. Allí usó la linterna sobre los paneles eléctricos y las cajas de la compañía telefónica.

«Gracias, Wilson Faucheur».

De una bolsa en su cinturón sacó uno de los juguetes que había comprado en Reseda: una cámara portátil de PatrolEyes utilizada por muchos departamentos de policía, que había colocado en un cordón. Se lo colgó alrededor del cuello. El dispositivo pesaba solo unos ciento setenta gramos. Con su lente gran angular, podría capturar horas de imágenes de alta definición y audio de calidad.

Sacó una de las Heckler, apagó la linterna, la guardó y abrió la puerta del armario de servicio. La compañía eléctrica no podía haber sustituido aún un transformador averiado por la caída de un rayo, pero había luz en el enorme apartamento de D. J. Michael. Evidentemente, tenía un generador propio para que le proporcionara energía en tales emergencias.

Fue a buscarlo.



Jane en la guarida de la cima, ochocientos treinta y seis metros cuadrados de grandeza olímpica, donde un dios loco hacía lo que fuera que hiciesen los dioses con *d* minúscula cuando no estaban destruyendo un mundo y construyendo otro...

Las lamentables circunstancias en las que habían vivido los *rayshaws* eran prueba del desprecio que sentía D. J. por la más simple de sus creaciones. Ella dudaba de que él quisiera que uno de ellos compartiera su espacio personal, y seguramente tampoco tuviera un mono programado ahí, en el noveno piso.

Si había sirvientes (ama de llaves, cocinera, mayordomo) serían como los ciudadanos de Iron Furnace, con un cierto grado de autonomía aparente, pero, en realidad, estrechamente controlados. No pondría en su espacio personal a sirvientes con el libre albedrío intacto, cuando podía asegurar su privacidad al dotar a su hogar de semizombis de alto nivel. Su esclavitud era permanente, si tuviera que matarlos para llegar a su amo, los estaría liberando.

En el supuesto de que hubiera un invitado o dos...

Bueno, cualquier invitado era probable que fuera un arcadio. Tendría que hacer con ellos lo que la situación requiriese.

A lo largo de un corto pasillo, pasó una cocina y atravesó unas cuantas habitaciones grandes que fluían elegantemente unas con otras, amuebladas con antigüedades *art déco*, muebles de calidad de museo de Deskey, Dufrière, Ruhlmann, Süe et Mare... Alfombras persas antiguas propias de los palacios de los sultanes. Por todas partes había exquisitas lámparas de Tiffany con los dibujos más extravagantes. Lámparas de araña de Simonet Frères. Pinturas voluptuosas de Lempicka, Domergue, Dupas. Esculturas de Chiparus, Lorenzl, Preiss. Esmaltes de Jean Dunand. Allí, concentradas en una sola residencia, había decenas de millones en antigüedades y arte, y hasta ese momento ningún signo de habitante alguno.

Qué extraño resultaba que un hombre que pretendía acabar con el pasado, reescribir la historia a su gusto y crear un futuro que no guardara relación con todo cuanto había existido antes, hubiera creado para sí mismo ese refugio diseñado en cada detalle para ser transportado a los años veinte y treinta. Tal vez percibiera en esa edad pasada alguna promesa que nunca se había cumplido, y que ahora tenía la intención de cumplir.

Mientras cruzaba a lo largo de esa residencia de arte y mobiliario de calidad museística, Jane se sintió un poco desorientada, tal vez porque esos artículos tan sumamente elegantes, adquiridos con tanto esfuerzo y a tan alto precio, dispuestos en un orden exquisito, contrastaban de un modo inquietante con el horror y la violencia de monos y *rayshaws* del octavo piso. Un curioso e inconstante zumbido la torturaba, dos o tres temblorosos tonos electrónicos que se entremezclaban, subían de volumen y luego desaparecían, como una banda sonora de su desorientación.

Como en el octavo piso, las ventanas eran de grueso cristal a prueba de balas. La luz plomiza de la mañana, la incesante lluvia y un paisaje urbano tan gris como si hubiera sido dibujado a lápiz contrastaban con los colores cálidos y el glamur de estos interiores.

Cuando Jane se adentró en la enorme sala con su media docena de asientos, también se oían los sonidos del espectáculo actual de la naturaleza: el murmullo constante de la garganta de la tormenta, el susurro de la lluvia que caía con fuerza y el golpeteo de las gotas inclinadas bajo el saliente del décimo piso que formaban charcos sobre los adoquines del balcón del noveno.

Las puertas dobles que daban al enorme balcón estaban abiertas de par en par. Como si hubiera descendido de los cielos sobre las corrientes de la tormenta, David James Michael apareció en el umbral y entró desde el balcón.

Estuvo tentada por el deseo de decirle: «Esto es por Nick», y dispararle al cabrón a bocajarro allí mismo, justo en ese momento. Lo habría hecho de no haber necesitado su testimonio.

Él le sonrió.

—Señora Hawk, su persistencia y resistencia son notables. Bienvenida a mi humilde morada. Le ofrecería algo de beber, pero eso parece ser una cortesía excesiva, considerando que le gustaría verme muerto.

—La muerte sería buena para usted. Mejor verlo empobrecido y en prisión.

Podría no haber estado solo en el balcón. No se veía a nadie a través de las ventanas altas, pero había zonas que no podía ver.

—No tiene buen aspecto, señora Hawk. Tiene sangre en la chaqueta.

Después de pulsar un botón para activar la cámara de vídeo PatrolEyes que llevaba colgada del cuello, siguió apuntándolo con la pistola sujeta por ambas manos.

—¿Quiere que llame una ambulancia para que la asistan?

—No, señor Michael. La llamaré cuando usted los necesite.

Estaba de pie junto a una silla Ruhlmann, un bloque grueso *bergère* cubierto por la luz de una lámpara de pie Tiffany con motivos ornamentales en forma de libélula en tonos amarillos que iban del ámbar oscuro al limón.

El cálido resplandor lo favorecía. Un apuesto hombre de cuarenta y cuatro años de aspecto juvenil, con el pelo rubio despeinado, estaba allí de pie, en zapatillas de deporte, pantalones vaqueros y una camisa desabrochada, proyectando su imagen preferida, la de un espíritu libre, un multimillonario sin pretensiones. Por supuesto, las zapatillas de deporte tal vez fueran de Tom Ford; los pantalones vaqueros, de Dior Homme y la camisa, de David Hart; un conjunto que ascendía a tres mil dólares, sin contar la ropa interior.

El solo hecho de hallarse en la misma habitación que él la hacía sentir sucia, verlo mirándola como si la estuviera considerando una posible candidata para Aspasia.

—Hábleme de los tecnoarcadios, señor Michael.

—Suenan a banda de segunda clase. ¿Qué tocan? ¿Música de baile retro de los años ochenta?

—Eres un hijo de puta engreído, ¿no? Pero hablarás.

—¿Cómo llevará a cabo el interrogatorio, señora Hawk? ¿Me atacará con una pistola táser?, ¿me drogará con cloroformo?, ¿me desnudará y atará con presillas mientras amenaza mi pene con una navaja? ¿Eso es lo que le enseñaron en Quantico? No parece muy constitucional. —Se puso una mano en una oreja—. ¿Escucha eso? ¿Escucha eso?

Ella no quería entrar en su juego. En lugar de responder a su pregunta, le dijo:

—Pon el culo en esa silla.

—¿Escucha eso? —repitió—. Es el futuro que llama a la puerta. Un futuro que no entiende y en el que no desempeña ningún papel.

Le habría encantado matarlo, con o sin una confesión.

—Señora Hawk... ¿O debería decir viuda Hawk? No, puede que le resulte doloroso ser tratada como tal. Solo Jane. Jane, porque conozco muy bien a los de tu clase, estoy seguro de que crees en la existencia de una conciencia. Una pequeña voz interior que te dice lo que está bien y lo que está mal.

—Porque conozco muy bien a los de tu clase —dijo ella, repitiendo sus palabras—, estoy segura de que no.

Se apartó de la silla y se dirigió hacia un sofá de madera dorada de *Süe et Mare* y a unos sillones a juego con tapicería de Aubusson.

Avanzando con él, sin perder de vista las puertas abiertas del balcón, alerta ante cualquier movimiento que se pudiera producir en cualquier otro lugar de la enorme sala, Jane decidió por el momento dejar que lo hiciera a su manera, ya que eso podría suponer que confesase más rápidamente que con un interrogatorio. Él era tan narcisista que, sin duda, creía que podría persuadirla acerca de lo correcta que resultaba su posición; y también creía que, aunque no

podiera convencerla, él, por algún giro del destino, conseguiría acabar con ella, aunque solo fuera porque el destino siempre cambiaba el curso de los acontecimientos, cambiaría el universo mismo, para garantizar un resultado favorable a D. J. Michael.

—Piensas que la conciencia humana es esencial para que la civilización exista y se mantenga estable —dijo él—. Bueno, yo me propongo instalarla allí donde ahora no existe. En cierto sentido, somos aliados.

D. J. no se sentó ni en el sofá ni en una de las sillas, sino que se quedó mirando una serie de figuras de Ferdinand Preiss que estaban en la mesa de centro Ruhlmann: bailarines de bronce con intrincados disfraces, pintados en frío, sobre bases de mármol y ónix, las caras y miembros de marfil tallado y teñido.

El pitido en los oídos de Jane se hizo más fuerte, miró por toda la habitación como si hubiera algún músico sentado en una esquina tocando un theremín. Pero, por supuesto, el sonido era interno, y, de nuevo, desapareció.

—Cuando esté perfeccionado dentro de un año o dos —dijo D. J. Michael—, el nanoimplante definitivo reposará tan suavemente dentro del cráneo que quienes lo lleven no tendrán la menor sospecha de que su libertad para hacer el mal ha sido suprimida. Las decisiones que tomen y sus acciones parecerán siempre resultado de sus propias elecciones. Sus valores y su moral se corregirán con tal sutileza que cada cambio de opinión parecerá producto de su propio razonamiento.

—Y tú, solo tú, decidirás qué es malo, qué es moral y qué no; cuáles son los valores correctos.

Hasta que él no la miró, ella nunca habría creído que una sonrisa pudiera transmitir una tristeza tan amarga, un desprecio tan intenso. Sin embargo, su voz se mantuvo suave y razonable mientras continuaba hablando acerca de esa sinrazón.

—Mira el mundo en todo su horror, Jane. En todo su caos. Guerra e injusticia por doquier. Intolerancia y odio. Envidia y codicia. Los códigos del bien y el mal que la humanidad ha diseñado y respaldado, ¿acaso han funcionado alguna vez, Jane? ¿No están todos los códigos equivocados de una manera u otra y, por lo tanto, son inviables?

Se apartó del conjunto de sillones Süe et Mare, le dio la espalda y se dirigió a un aparador de ébano de Macasar con incrustaciones de nácar, flanqueado por ventanas. Se quedó mirando un retrato de Tamara Lempicka que colgaba sobre el aparador: un hombre elegantemente vestido, sobre un fondo de rascacielos, todo en el estilo característico de la artista: frío, pictórico y poderoso.

—Aquellos agraciados con tal conciencia implantada nunca se mortificarán por la duda o la culpa, porque sabrán que siempre están haciendo lo mejor y lo correcto. No conocerán la preocupación o inquietud de espíritu. No quedará nada en el mundo que temer.

Con los brazos cansados, Jane bajó la Heckler.

—Lo dices de una forma muy noble, pero suena bajo y ruin para alguien que conoce la existencia de las chicas de Aspasia, de los *rayshaws* y la crueldad con que los has usado. — Levantó la pistola de nuevo—. Siéntate, joder.

Regresó a la *bergère* junto a la lámpara de libélula Tiffany, pero no le hizo caso.

—No hay crueldad en lo que hemos hecho, Jane. El mundo está lleno de personas cuya vida no tiene ningún propósito. Deambulan a través de su existencia sin sentido, a menudo en la desesperación. Seleccionamos a aquellos que vagan sin rumbo y que son infelices, eliminamos las razones de su infelicidad y les damos un propósito. O en el caso de tu marido, eliminamos a aquellos que suponen una amenaza para el futuro, como debe ser para que las masas tengan la oportunidad de ser felices.

Como antes, el multimillonario se llevó la mano a la oreja y se quedó plantado como si escuchara algo inaudible para ella.

—¿Escuchas al destino susurrar, Jane?

Apretó el gatillo y disparó, no contra él, sino al *bergère* antiguo. Destrozó la tapicería de la silla, y del agujero de la bala salió un fino hilo de humo.

—Siéntate y cuéntame con detalle todo lo que has hecho o destruiré tu preciosa decoración y luego te despedazaré por partes de la forma más dolorosa que yo pueda imaginar. Y tengo una imaginación muy vívida.

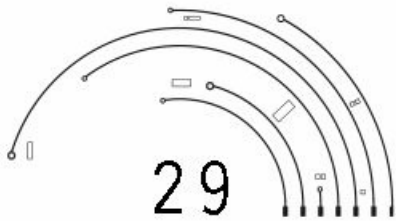
Con la mano todavía apoyada en la oreja, él insistió:

—¿No oyes los susurros, Jane? ¿Todos los susurros de la habitación de los susurros? Si aún no lo oyes, pronto lo harás.

Justo después, se dio la vuelta y caminó hacia las puertas abiertas del balcón. Ella lo siguió de cerca.

—Quieto ahí —le advirtió.

En lugar de obedecer, echó a correr a lo largo de los cuatro metros y medio de balcón, saltó la barandilla decorativa de acero y se lanzó de nueve pisos de altura al vacío de todo excepto de la lluvia.



Jane llegó a la barandilla justo cuando David James Michael saltó, casi lo agarra por los talones de sus zapatillas de deporte de diseño. Se esperaba alguna artimaña, un paracaídas de despliegue rápido, pero no había ningún truco, solo su silueta planear en el aire, con los brazos extendidos como un águila, que parecía deslizarse en lugar de caer en picado a través de la brillante lluvia. Con las ventanas oscurecidas por el apagón, los edificios colindantes se alzaban sobre la calle eclipsada, donde, en un falso anochecer, las canaletas inundadas se podían adivinar en gran medida por los collares de espuma fluorescente de las corrientes de agua. Testigo de la caída, inclinada sobre la barandilla, Jane se quedó sin aliento, y tuvo la impresión de que el corazón también se le paraba, como si se encontrara en un estado de muerte temporal, ajena al frío y a la lluvia que la golpeaba, no oía nada, no podía oler nada, ningún sentido le funcionaba, excepto la vista. Desde la cubierta del noveno piso hasta la calle, a través de más de treinta metros de ineludible atracción de la gravedad, iluminado por el parpadeo de un relámpago, el multimillonario caía a plomo como lo haría cualquier indigente. Pareció golpear los peldaños de la entrada de Far Horizons con la cabeza y caer sobre ellos, y las extremidades rotas se agitaron tan débilmente que podría haberse tratado de un monigote relleno de paja arrojado desde el noveno piso a modo de engaño.

El corazón de Jane latía con fuerza, como si se reiniciara con un tartamudeo, y su respiración se volvió fría y húmeda, mientras le llegaba el olor a ozono que los rayos desprendían en el aire. Su sordera desapareció en el instante en que una avalancha de sonidos de la ciudad la atravesaba, incluido el chirrido de los frenos cuando el tráfico en la calle de abajo reaccionó al impacto del saltador.

Enfundó la pistola, se apartó de la barandilla, entró corriendo en el apartamento y se dirigió hacia más allá de la riqueza del arte y las antigüedades, no a la sala donde estaba el ascensor privado de D. J., sino a la puerta de acero que daba a la escalera oculta. Bajó los escalones de dos en dos, saltando de un rellano a otro, con un dolor punzante en la herida, mientras descendía a través del resplandor fluorescente que ahora semejaba tan brillante como el foco de un helicóptero de la policía, segura de que tenía poco tiempo antes de que la calle frente a Far Horizons se atascara por el tráfico y luego la cortaran al llegar las autoridades.

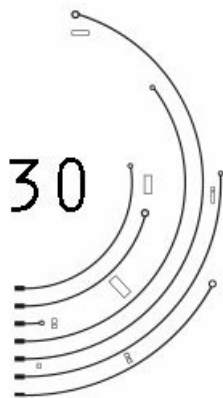
Al pie de la escalera, abrió la puerta, entró en el armario de mantenimiento con su estante de productos de limpieza y selladores; las escobas y demás utensilios de limpieza yacían en el suelo donde los dejó. Atravesó otra puerta y salió al garaje. Corrió al BMW que pertenecía a Henry Waldlock, quien, desnudo, amordazado y maniatado, esperaba su regreso.

Pensó que había perdido las llaves, pero solo había olvidado en qué bolsillo se las había guardado. La puerta pareció tardar mucho tiempo en desacoplarse de sus cerraduras electrónicas y rodar a un lado. Siguió la rampa de salida a la calle, encendió los limpiaparabrisas, los faros, con miedo a los vehículos atascados que esperaba encontrar.

Había unos cuantos coches aparcados en batería a lado y lado de la calle, y el tráfico que pasaba se hacía más lento cuando los conductores miraban boquiabiertos. Evitó mirar el cuerpo destrozado en los escalones, ya que había visto demasiados suicidios y presuntos suicidios. Un hueco por entre los coches le permitió salir del camino de acceso, cruzar el carril más cercano y dirigirse cuesta abajo.

Si a algún testigo le había parecido que ella abandonaba el lugar apresuradamente, podría haber anotado el número de matrícula, en cuyo caso se emitiría una orden de búsqueda de un momento a otro.

Condujo tan rápido como pudo, la lluvia descargaba con fuerza sobre el cristal delantero mientras salía de la zona del apagón a los distritos donde las luces brillaban en las ventanas. Allí la vida parecía discurrir como de costumbre, aunque toda esa gente ocupada estuviera, de hecho, en peligro, si bien, en su ignorancia, nunca alcanzarán a saberlo. La tormenta de ahora era un mero inconveniente, pero la tormenta de cambios que D. J. Michael había puesto en marcha podría estar aún desencadenándose, y cuando se desatara probablemente acabaría con cada hombre, mujer y niño, tal como había acabado con el multimillonario.



Para cuando Jane regresó a Pacífica, un fuerte viento había seguido a la lluvia del noroeste, arrastrando agujas y conos muertos de los pinos, flores escarlatas de los árboles de fuego, hojas del tamaño de una moneda de dólar de color azul plateado de los eucaliptos, mientras sacudía los techos de tejas, hacía rodar por las calles contenedores de basura vacíos, arrastraba latas de refrescos escurridas y luchaba contra un toro invisible con un gran capote de plástico arrancado de una valla de construcción.

En lugar de arriesgarse a conducir hasta la casa del Renacimiento griega de Henry Waldlock, aparcó a una calle de su Explorer Sport, caminó hacia él y usó un teléfono desechable para hacer una llamada al 911 en la que se identificó y dijo que el analista de control de costos necesitaba ser liberado del inodoro de su baño principal. Salió del todoterreno, encontró una alcantarilla en la calle y se deshizo del teléfono desechable.

Con la herida en el costado ardiéndole como a una res a la que hubieran marcado, emprendió un viaje de ciento doce kilómetros que la llevaría a través del puente Golden Gate al pueblo de Santa Rosa, en el condado de Sonoma, a la casa del doctor Porter Walkins, quien semanas antes había tratado a un amigo gravemente herido, Dougal Trahern, y a la propia Jane. Fue él quien le curó el rasguño que le causó el enfrentamiento con un coyote, y quien comenzó a tratarla con inmunoglobulina humana contra la rabia y le dio la vacuna de células diploides humanas.

Si confiaba en la inocencia de su paciente, el doctor Walkins trataría una herida de bala sin presentar el informe policial requerido. Era el tipo de hombre que podía ver las noticias y separar el pequeño grano de verdad —si es que lo había— del enorme montón de la paja. Creyó en Jane después de los sucesos violentos acaecidos en el rancho Shenneck en Napa, a principios de mes, y esperaba que él todavía creyera en ella después de cualquier tormenta mediática que se hubiera desatado tras la muerte de David James Michael.

Para cuando llegó al Golden Gate, la débil lluvia se filtraba a través de la espesa niebla que llegaba desde el océano. El viento transformaba la niebla en siluetas fantasmales, que sacudía de oeste a este, como si los fantasmas de innumerables marineros ahogados en el mar regresaran a la costa, en un éxodo de miles de tumbas de agua, para asistir a alguna clase de Juicio Final, en donde se contabilizara la experiencia humana e hiciera recuento asimismo de sus deudas.

El tráfico avanzaba con lentitud por la gran extensión de cableado de acero rojo, los faros redondeados de los vehículos que se aproximaban formaban un túnel de niebla. En ese pasaje, con el Pacífico invisible a la izquierda, y la bahía y la ciudad envueltas por la niebla a la derecha, Jane Hawk comenzó por fin a pensar en el misterio de lo que le había sucedido a D. J. Michael.

Acorralado por un centenar de policías enviados por los fiscales con pruebas irrefutables de sus crímenes contra la humanidad, el multimillonario lo más drástico que habría hecho hubiera sido convocar a sus abogados y destinar diez millones para su defensa. Ningún narcisista con su enorme arrogancia admitiría el menor delito ni aceptaría una derrota con facilidad, y, desde luego, no se desesperaría hasta el punto de quitarse la vida.

«¿Oyes el destino susurrar, Jane?».

Cuando D. J. le habló del destino y de la habitación de los susurros, ¿acaso sugería al ponerse la mano en la oreja que él podía escuchar instrucciones de microondas en alguna recámara receptiva de su propio cerebro? ¿O quería decir más bien que un mundo entero de personas —al servicio de una casta de élite— algún día sería accesible para ser coordinado simultáneamente en cualquier tarea que sus controladores desearan que realizase?

Sea lo que fuere lo que D. J. Michael quería decir, estaba claro que una facción dentro de los arcadios había conspirado para sedarlo sin su consentimiento e inyectarle un mecanismo de control de nanotecnología. En la historia de la revolución, ningún rey había sido depuesto por un medio más siniestro que ese, más íntimo. Esos supuestos dioses que habían concebido este nuevo panteón, que carecían del poder del monoteísmo, eran los residentes de un olimpo moderno en el que no solo gobernaban, sino que también conspiraban entre sí, demostrando que no eran superiores a los miembros de una pandilla callejera que se pelean con cuchillos y pistolas por el dominio de un barrio deteriorado o un proyecto de vivienda pública.

Justo al norte de la bahía de San Pablo, la niebla se desvaneció y Jane condujo fuera de la lluvia. El cielo permanecía bajo, arrastrando trapos grises y delgados como mortajas desgarradas por el inquieto deambular de algún difunto frío y marchito cuyo espíritu no quisiera abandonarlo. Para ella, ahora mismo, esa tierra tan fértil y esas comunidades tan vitales —Novato y Petaluma y Rohnert Park— lucían sombrías, oscurecidas incluso en ese día sin sol, perseguida como se sentía no ya por los muertos, sino por los fantasmas de los días por venir, por el destino que le susurró a David James Michael.

Sabía que eran muchas las razones de su actual estado de ánimo, pues estas se habían ido

acumulando durante los casi cinco meses transcurridos desde la muerte de Nick. Pero había una, entre todas ellas, que la afectaba en mayor medida.

«¿No oyes los susurros, Jane? ¿Todos los susurros de la habitación de los susurros? Si aún no los oyes, pronto lo harás».

El multimillonario le había asegurado que el día de la incorporación de Jane a las legiones de individuos controlados mentalmente quedaba cerca, cuando ella sería igual que los ciudadanos de Iron Furnace.

Recordó la noche anterior, cuando estaba en la habitación de invitados de Henry Waldlock mientras él pasaba la noche sin darse cuenta de su presencia, viendo alguna película ensordecedora sobre robots gigantes o lo que fuera. Sujetó la puerta de la habitación con una silla de respaldo alto antes de atreverse a dormir unas cuantas horas.

La puerta seguía cerrada cuando se despertó y fue a la habitación de Waldlock para drogarlo con cloroformo y atarlo.

No había forma de entrar en esa habitación de invitados excepto a través de la puerta bloqueada.

El baño contiguo a las habitaciones de invitados no se comunicaba con las dos habitaciones. Nadie podría haber llegado hasta ella a través del baño.

No se había asegurado de que las ventanas estuviesen cerradas. Lo debería haber comprobado. Pero era ridículo suponer que un villano con las habilidades de un ladrón trepador hubiera llegado hasta ella por la ventana.

De todos modos, se durmió porque estaba agotada, no porque la hubieran sedado.

El único lugar en el que la pudieron haber sedado sin su conocimiento era en el restaurante de Pacífica, donde cenó temprano antes de ir a ver a Waldlock. Pero nadie sabía que estaba en la ciudad, nadie pudo haber previsto dónde cenaría.

Paranoia. Comprensible pero peligrosa. Si le hubieran inyectado algo, no habría ido tras D. J. Michael. La controlarían. A menos que existiera una nueva generación de mecanismos de control, uno que no tardara más de unas pocas horas en autoensamblarse en el cerebro...

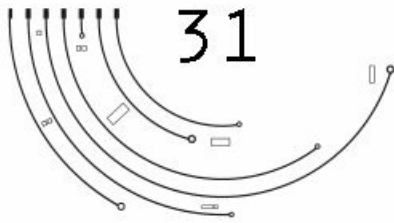
En Santa Rosa, aparcó en un barrio residencial, a una manzana de su destino. La calle estaba cubierta de hojas mojadas pegadas al suelo por la lluvia y el viento recientes, y los árboles todavía goteaban.

El doctor Porter Walkins era una rareza entre los médicos contemporáneos, un médico general con el consultorio en su propia vivienda. Jane sabía que almorzaba en casa, durante una hora en la que no reservaba citas con ningún paciente, pero ella no sabía si esa hora comenzaba a las doce o a las doce y media del mediodía.

Se sentó en el Explorer durante veinte minutos antes de dirigirse a pie a la dirección que le dio cuando la había tratado por una posible exposición a la rabia. El dolor que había disminuido

durante el viaje desde San Francisco volvió a aparecer al moverse. Una manzana le parecieron tres. Dado su aspecto desaliñado y teniendo en cuenta que el mono chillón y la lluvia le habían estropeado el disfraz, se sintió aliviada cuando llegó a la casa del médico sin encontrarse con nadie por el camino.

Dio la vuelta hasta la parte trasera del blanco edificio victoriano remozado con pan de jengibre azul y blanco, subió los escalones del porche y vio al médico a través de la ventana de la cocina. Se encontraba solo y parecía estar preparando un sándwich. Eran las 12:35 cuando llamó a la puerta.



Aunque solo contara cincuenta y tantos años, Porter Walkins tenía un código moral, un sentido del deber y un desprecio por la ideología, todo lo cual se adaptaba mejor a una época tres cuartos de siglo anterior a la era actual, y se vestía de acuerdo con su carácter. Chaqueta de sport *tweed* con parches en el codo. Camisa blanca con pajarita, el lazo no era de clip. Pantalones de lana grises con tirantes de rayas. Zapatos de cordones muy brillantes.

De cabello recortado y recto, rostro cansado y cariñoso, un retrato de un médico rural de Norman Rockwell, siempre estaba de buen humor. Pero algo en él, tal vez la cautela que expresaban sus ojos de color avellana, indicaba que escondía del mundo una persistente melancolía.

Con su recepcionista ausente por ser la hora del almuerzo, él pasó a Jane a su consulta. Cuando ella se quedó en ropa interior, él no pareció preocupado por las dos Heckler & Koch del .45 que mostraba. Jane se tendió en la camilla mientras él evaluaba y lavaba la herida, que él encontró más grave que ella. Aplicó anestesia local y cerró la carne desgarrada por la bala con puntos de sutura.

—Se caerán solos —dijo él—. No habrá que quitarlos.

En una ocasión anterior, cuando ella le preguntó por qué se arriesgaba a tratar a los pacientes de forma extraoficial, lo que le podía conllevar la pérdida de su licencia para ejercer la medicina, él repuso: «Veo las noticias, señora Hawk», con cuyo comentario él se había referido no a su historia personal, sino a las noticias de un mundo que se deslizaba hacia la oscuridad.

—¿Dio tanto como recibió? —le preguntó el doctor.

—Más. Pero no lo suficiente, nunca es suficiente. Es una carrera de alta montaña, y estoy empezando a pensar que solo soy una corredora de llanuras.

—Está exhausta. Y creo que ha perdido más de medio litro de sangre.

—He donado medio litro muchas veces. Medio litro no es nada.

Cuando se sentó en el borde de la mesa de examen, el médico arqueó una ceja y dijo con brusquedad:

—Mis palabras exactas fueron «más de medio litro». Dado que usted no fue lo suficientemente considerada como para recoger la sangre derramada para mi medición profesional, creo que lo

más prudente es que no valore la pérdida como «nada». Debe descansar un par de días en la habitación de arriba, donde yo pueda controlarla de vez en cuando.

—¿Quedarme en su casa?

—No estoy sugiriendo que compartamos cama, señora Hawk. Puede que le parezca un playboy libertino, pero le aseguro que no lo soy.

—No, lo siento, solo quise decir que no puede dejar que la criminal más buscada del país se quede en su casa.

—La más buscada quizá, pero sospecho que no una criminal.

—De todos modos, no se ofenda, pero si tengo que descansar, prefiero hacerlo donde pueda estar con mi niño, mi hijo.

Con una jeringa hipodérmica, Walkins perforó la membrana de una ampolla de algún medicamento y extrajo una dosis.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó.

Su nerviosismo lo desconcertó.

—Es un antibiótico. Teniendo en cuenta sus proezas tal y como las conozco, me sorprende que se asuste por una aguja.

—No es la aguja. Pero ¿no puedo tomar pastillas en su lugar?

—También tomará pastillas, señora Hawk. Ya que yo recibí una excelente formación médica, que usted no recibió, le sugiero que diga: «Sí, doctor», y evite la posibilidad de padecer bacteriemia, toxemia y sepsis potencialmente letal. Y puedo suponer que ha estado poniéndose la vacuna contra la rabia de acuerdo con el programa que le di, ¿no?

—Sí, por supuesto.

—¿De verdad?

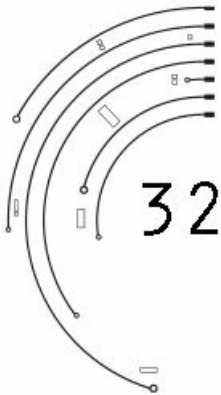
Ella hizo una mueca.

—Sí, madre, he estado inyectándome la vacuna contra la rabia.

Utilizando un tubo de goma como torniquete, buscó una vena en su brazo derecho, dijo que tenía una excelente formación venosa, le limpió la piel con alcohol y le administró la inyección.

Mientras Jane observaba cómo el líquido salía del cilindro de la jeringa, trató de no desmayarse, y la oscuridad invadió los bordes de su visión. Cuando Porter Walkins extrajo la aguja, se desmayó, y se habría caído de la mesa de exploración en la que estaba sentada si él no la hubiera atrapado en sus brazos.

Cuando recuperó la conciencia menos de un minuto después, reconoció el estado de agotamiento en que se hallaba y, una vez vestida, le permitió que la acompañara a una habitación en el piso de arriba.



Durante los cinco días transcurridos desde que Jolie Tillman consiguiera escapar de la amenaza de que su madre y su hermana le inyectaran un mecanismo de control de nanotecnología, se había vuelto inusualmente antisocial, como si toda la humanidad fuera ahora sospechosa, y había pasado la mayor parte de su tiempo con los caballos. Tan fuerte como era, la niña había llorado dos días; sin embargo, estaba apenada y deprimida más allá de la capacidad de Luther por consolarla.

Él también estaba inconsolable, había perdido tanto como ella y, en cierto modo, más, ya que Rebecca había sido y siempre sería el gran amor de su vida. Luther sabía que si él o Jolie podían encontrar una forma de salir adelante, debían hacerlo juntos. Su circunstancia era única en el sentido de que los seres queridos que habían perdido seguían vivos, pero ya no eran quienes habían sido, y estarían para siempre más allá de la redención.

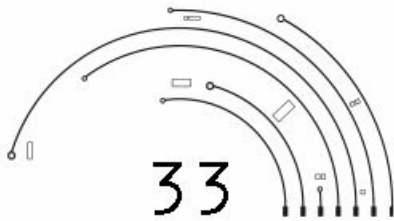
Él se había afeitado la cabeza y había empezado a dejarse crecer la barba, que era más bien blanca, aunque no tuviera blanco el pelo. Sin embargo, un cambio de aspecto no hizo nada por levantarlo de su abatimiento ni por insuflarle esperanzas de futuro.

Ese miércoles por la tarde, Luther encontró a Jolie acodada en la verja de un prado cercado, viendo a los caballos pastar y corretear. Se apoyó contra la barandilla junto a ella y no dijo nada, porque no podía pensar en nada que no hubiera dicho ya. Racional o no, hasta cierto punto Jolie lo culpaba a él. Si él no fuera sheriff, no se habría mezclado en toda esta locura. Si no hubiera antepuesto el deber a la familia, no se habría ido a Iron Furnace, en Kentucky. Si, si, si, si, si...

Él no la culpaba en absoluto por su hostilidad. De hecho, aunque supiera que no era lógico, él se culpaba a sí mismo. En efecto, si se hubiera quedado en Minnesota y no hubiera hecho nada, Rebecca y Twyla podrían no hallarse ahora entre los muertos vivientes. Pero también recordaba al arrogante hombre del Departamento de Justicia, Booth Hendrickson. Las personas poderosas que se encontraban detrás de esta pesadilla lo habrían visto antes o después como un cabo suelto y

habrían programado las inyecciones para él y su familia. Estaban en un momento de la historia que no permitía objetores de conciencia, cuando todos los hombres, mujeres y niños eran o combatientes o víctimas.

El cielo era extenso y azul; el aire, cálido; los caballos, enérgicos, y la querida niña, silenciosa en su dolor, parecía reacia a querer reconocer a su lado la presencia de su padre durante casi media hora, hasta que, por fin, extendió la mano y la colocó sobre el brazo de él.



Cuando Jane se despertó en la cama, el reloj digital de la mesita de noche marcaba las 17:40. Sus dos maletas y su bolso estaban sin abrir junto a la puerta del armario. El doctor Walkins había guardado su vehículo en el garaje y había llevado las maletas al piso de arriba.

Apartó las mantas y se sentó en el borde de la cama. En el hueco de su brazo derecho, una tirita cubría el punto en el que él le había puesto la inyección. Se lo quitó y vio una pequeña mancha de sangre en la gasa. El pinchazo de la aguja casi no se veía.

Le dolía la herida del costado, aunque no demasiado. Como estaba cubierta con un esparadrapo, no podía contar cuántos puntos tenía.

Su pistolera doble para los hombros estaba sobre la cómoda, con las dos pistolas en las respectivas fundas.

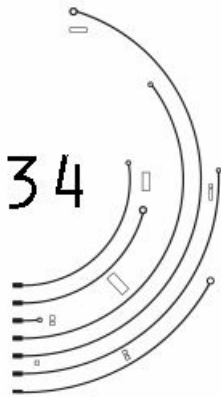
Abrió una de las maletas, cogió ropa limpia y la puso sobre la cama.

El doctor Walkins le dijo que prepararía la cena para ambos a las siete en punto.

Entró en el baño de al lado, deseando darse una ducha caliente.

En el espejo, ella miró su reflejo durante un minuto antes de decir: «Juega al mensajero del miedo conmigo».

Un minuto después, abrió el agua caliente de la ducha y respiró con placer la nube de vapor que se elevaba.



Ensalada de tomates frescos y lechuga con queso parmesano rallado. Una olla de salsa de espaguetis puesta sobre la vitrocerámica, albóndigas congeladas descongeladas y cocinándose a fuego lento en el ragú. Pan de ajo comprado en la tienda tostándose debajo de la parrilla. Medio kilo de pasta Barilla cociéndose en una olla de agua burbujeante.

Porter Walkins no era uno de esos solteros mayores que desarrollaban una pasión por la cocina. Aparte de la ensalada, si algo no podía encontrarlo en una lata, en un frasco o en el congelador del supermercado, nunca formaría parte de su dieta.

Una comida tan simple y, no obstante, a Jane le pareció deliciosa como, sin duda, cualquier condenado que se hubiera salvado de la ejecución por el indulto del gobernador encontraría sabrosa su primera comida, después de su última comida.

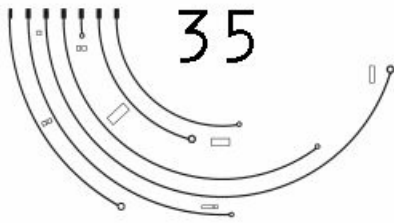
A principios de mes, tras los sucesos en el rancho de Bertold Shenneck en el valle de Napa, Porter Walkins había tratado a Dougal Trahern y a Jane sin que ninguno de los dos le contara al detalle la razón por la cual el FBI y cualquier otra agencia de cumplimiento de la ley la buscaban. Ahora, después del vino y de la cena, cuando ella se lo contó, le hizo preguntas inteligentes y curiosas, pero no encontró todo cuanto ella le dijo demasiado fantástico para tenerlo en cuenta.

Por él se enteró de que Luther Tillman formaba parte ahora de la saga de Jane Hawk, tras convertirse en un habitual en los noticiarios. Su esposa y su hija Twyla, al regresar a Minnesota tras unas cortas vacaciones, habían encontrado su casa saqueada y el cuerpo de un agente de Seguridad Nacional, Huey Darnell, con dos disparos en la parte posterior de la cabeza con un arma que pertenecía a Tillman. Las autoridades dijeron que Luther se había aliado con Jane en relación con la venta de secretos de seguridad nacional, aunque no quedase claro cómo un sheriff rural podía haberse asociado con ella. La otra hija de Tillman, Jolie, estaba desaparecida y se creía que en peligro de muerte. No se había hecho mención alguna a Iron Furnace.

Porter, sin duda, notó la tristeza que se apoderó de Jane con esta noticia.

—¿A qué peligro mortal se refieren?

—No es su hija Jolie quien corre peligro —dijo ella—. Debe de estar con él. La única forma de interpretarlo es... que su esposa y su otra hija han sido inyectadas. Han sido implantadas. Las perdió.

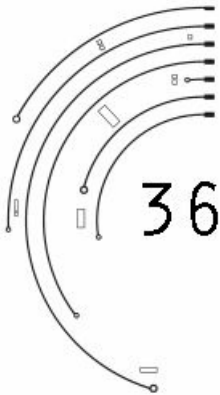


La grabación de la cámara portátil que Jane llevaba colgada se podía reproducir en cualquier ordenador. Después de la cena, Porter Walkins puso su ordenador portátil en la mesa de la cocina y juntos revisaron los últimos minutos de la vida de David James Michael.

Como prueba, el vídeo resultó de menos valor de lo que ella esperaba. Las imágenes de alta definición eran excelentes. Pero no se podía entender nada de lo que D. J. y ella dijeron. En lugar de sus voces, solo había oscilaciones de múltiples tonos electrónicos, muy parecidas al zumbido que oyó de vez en cuando mientras estaba en el enorme apartamento.

—El miserable hijo de puta tenía alguna forma de activar un sistema de enmascaramiento que interrumpiera la grabación del audio —dijo Jane—. Tal vez no tenga sentido odiar a un hombre muerto, pero odio a esa mierda arrogante ahora más que antes de que saltara.

El médico le sirvió más vino. No era una cura para su dolor, pero era bienvenido de todos modos.



La habitación de invitados del médico tenía un televisor, y el jueves por la mañana Jane descubrió que el suicidio de David James Michael era una gran noticia, tras la identificación de sus restos. Nunca esperó que la relacionaran con su muerte, y no lo estaba. Tampoco la habían vinculado públicamente a la muerte del doctor Bertold Shenneck y su esposa, porque hacerlo centraría la atención de los medios en Shenneck Technology y Far Horizons, respectivamente. Los locos que se llamaban a sí mismos arcadios no querían esa clase de atención, porque el público podría comenzar a preguntarse si todo cuanto se decía sobre vender secretos de seguridad nacional no era más que una tapadera de la verdadera razón por la que buscaban a Jane con tanta urgencia.

Cometió el error de dejar la televisión encendida demasiado tiempo, por lo que después vio una entrevista con su padre, el famoso pianista y aún no descubierto asesino de su esposa. Había cancelado su gira actual porque la infamia de su hija estaba atrayendo a sus conciertos a lo que él llamaba «el tipo de público incorrecto», y porque no le parecía bien sacar provecho de las malas acciones de «esa mujer profundamente perturbada». Lo más probable era que a él le preocupara que, antes de que la atraparan, ella pudiera vengar a su madre y ponerlo en la mira del rifle de un francotirador.

Se echó una siesta a última hora de la mañana y a primera hora de la tarde, mientras que Porter Walkins trataba a sus pacientes. Pero para cuando compartieron otra cena en su cocina, ella ya había decidido que no podía quedarse ni una noche más.

Una vez sentados delante de la sopa de verdura y los sándwiches de queso, ella le dijo:

—Shenneck está muerto, D. J. Michael está muerto. Todo este asunto era una serpiente de dos cabezas, y ellos eran esa serpiente. O eso pensé. Al acabar con D. J. de la forma en que lo hicieron, ellos creen que me han conducido a un callejón sin salida, creen que no tengo nada más que hacer a partir de ahora. Pero lo único que han hecho es mostrarme que esta serpiente tiene más

de dos cabezas. Cuanto más tiempo permanezca alejada de todo, menos posibilidades tendré de averiguar la identidad de la tercera.

Después de la cena, en el garaje de Porter Walkins, él la ayudó a cargar su equipaje; mientras estaban de pie junto a la puerta del conductor de su Explorer, él le dijo:

—Me sentiría consternado si un día escucho que hice mi mejor trabajo como médico contigo solo para que te volvieran a disparar, de muerte esta vez.

—Eso también sería decepcionante para mí.

Ella lo abrazó, y él la abrazó durante un largo rato.

Cuando la soltó, vislumbró esa melancolía en él que creyó que había imaginado.

—Si alguna vez estás herida pero demasiado lejos de Santa Rosa para que pueda ayudarte, llámame de todos modos. Iré a dondequiera que estés o, si puedo, le pediré un favor a alguien que se encuentre cerca de ti. ¿De acuerdo?

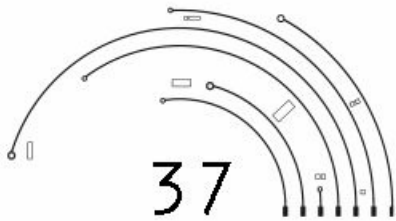
—Sí, lo haré.

Frunció el ceño.

—Lo digo en serio. No me digas que sí solo para complacerme, hija. —Cuando él vio que a ella le había sorprendido oír esa palabra, le dijo—: Soy un viejo tonto que también fue un joven tonto. Al menos, he sido constante. Nunca me casé, aunque tuve algunas buenas oportunidades. Veía que el mundo se iba al infierno y pensé que no quería ser el responsable de traer un niño a un mundo así. El tiempo pasa, y aquí estoy: sin hijos, sin esposa y sin esperanzas que me den fuerzas. Pero si hubiera llevado una vida diferente, creo que hubiera hecho lo mejor que cualquier hombre podría hacer al traer a alguien como tú a este mundo.

Jane no solía quedarse sin palabras, y tal vez nunca antes hubiera estado en un momento así, en el que sabía que cualquier cosa que dijera lo único que haría sería disminuir el poder de lo que él acababa de decir. Lo abrazó de nuevo, lo abrazó con tanta fuerza como él a ella.

Y luego Jane se puso al volante del Explorer, y él levantó la puerta del garaje, y ella se alejó de allí.



Aquel jueves por la noche, cuando llegó al Golden Gate, no había niebla envolviendo esa magnífica estructura. El enorme mar a la derecha yacía en completa oscuridad, excepto por las luces de los barcos navegando desde puertos a medio mundo de distancia, y las luces de Berkeley y Oakland que se veían a lo lejos hacia el este, más allá de la bahía escalonada, o las colinas iluminadas que parecían un país de hadas. En ese momento, a Jane le resultó difícil creer que hubiera quienes despreciaban las obras de la humanidad e incluso a la misma humanidad, no solo los arcadios sino muchos otros, quienes, en su misantropía, anhelaban deshacer todo cuanto se había construido durante milenios de lucha y esfuerzo humano, e incluso algunos que pensaban que el mundo sería un lugar mejor si la humanidad nunca hubiera existido.

Si uno de ellos estuviera con ella ahora, le habría dicho: «Maldita sea, no hay mundo si no hay un ojo humano para verlo; no hay mundo sin un propósito y un significado, sin ello no hay mundo que sea más importante que cualquier planeta estéril que ahora gire alrededor de un Sol abrasador. El mundo no puede verse ni maravillarse con sus maravillas. El misterio de la consciencia construye la realidad, y no hay realidad sin una especie plenamente consciente para comprenderla. Crees que el mundo es precioso porque estás aquí para verlo. Somos el mundo y el mundo somos nosotros, y ninguno puede ser más que un sueño sin importancia sin el otro».

Y, de nuevo, no podría decirlo, porque la vida parecía enseñarle que no estaba destinada a mover el mundo con palabras, sino que estaba destinada a actuar, a luchar, siempre y cuando recordara por lo que estaba luchando.

Pensó en Luther y en Jolie, en Dougal Trahern, en Ancel y Clare, en Nadine y Leland Sacket; pensó en los niños de Iron Furnace, en Bernie Riggowitz y en la foto de Miriam que ahora llevaba consigo; pensó en Sandra Termindale y en sus hijas, Holly y Lauren, en su caravana, y supo por qué debía seguir y por qué, de hecho, no había otra opción que no fuera la muerte.

Más tarde, se detuvo en una parada de camiones al sur de Salinas, un centro de cultivo de tan ricas tierras que la ciudad se llamaba a sí misma «la ensaladera del mundo». Aparcó en un rincón alejado de ese gran complejo de carretera, lejos de la mayoría de sus luces brillantes, para poder ver las estrellas. Salió del Explorer. Usó un teléfono desechable para llamar a Jessica y Gavin

Washington, los guardianes de su dulce niño, y decirles que, después de haber dormido parte del día, pasaría toda la noche conduciendo hasta llegar allí.

Después de apagar el teléfono, se quedó contemplando las estrellas, la luz de innumerables soles alrededor de los cuales orbitarían mundos desconocidos, catorce mil millones de años de expansión desde el Big Bang, el perímetro del universo moviéndose siempre hacia el exterior en un vacío que la mente no podía comprender por completo, todos esos trillones de estrellas tan lejanas que nunca nadie podría visitar, excepto en la fantasía. Y, sin embargo, ahí estaba ella, una pequeña vida en medio de la inmensidad del cosmos; una criatura que pensaba y amaba y necesitaba ser amada, que podía ser destruida pero no derrotada. Podía morir solo porque primero estaba viva, y, por lo tanto, la muerte también era un regalo. Regresó al Explorer y se dirigió al sur en busca de su hijo, de su vida y de lo que esta le pudiera traer.

DEAN KOONTZ

JANE HAWK

1. La red oscura

Una cadena de suicidios inexplicables se está produciendo a lo largo de todo el país. Se trata de personas que no tenían razón alguna para acabar con su vida. Entre las víctimas se encuentra el marido de Jane Hawk, una joven agente del FBI que quiere saber por qué su pareja ha tomado esa drástica decisión. Y para eso, tendrá que investigar más casos como el suyo.

2. La habitación de los susurros

Nadie esperaba que una amable profesora de escuela provocara una auténtica carnicería y después se suicidara. Todo indica que la mujer se había trastornado y su cerebro había dejado de funcionar como debía. Pero Jane Hawk, una prófuga de la justicia, sabe que las cosas no se han producido como todo el mundo cree. Desde la muerte de su marido, Hawk ha decidido dar caza a gente que mueve los hilos en la sombra y decide sobre la vida y la muerte de los demás.

3. The Crooked Staircase

Jane Hawk aún huye de la justicia mientras busca respuestas. Su marido se suicidó y desde que decidió destapar la verdad, hay personas que están intentando acabar con ella cueste lo que cueste. Pero es muy escurridiza y no solo evita a sus perseguidores, sino que empieza a acercarse a su objetivo. Y lo que va a descubrir al final de la escalera es escalofriante.

4. The Forbidden Door

La fugitiva Jane Hawk se ha convertido en la mayor amenaza para un despiadado grupo que pretende dominarlo todo. Ella ya ha demostrado más de una vez su extraordinaria capacidad para golpear donde más duele y luego escapar de sus enemigos. Pero ahora acaba de entrar en juego un elemento que puede cambiar las reglas: la vida del hijo de Jane corre peligro. Se acabó huir. Ahora esa vida es lo que más importa.

5. The Night Window

Por fin Jane Hawk no se encuentra sola en su lucha por acabar con una amenaza que se cierne sobre todo el país. Hay más gente decidida a combatir a su lado en la batalla final. El problema es

que el peligro ha aumentado, y lo que antes era un enemigo que hacía movimientos calculados, se ha transformado en algo sin control e imprevisible.